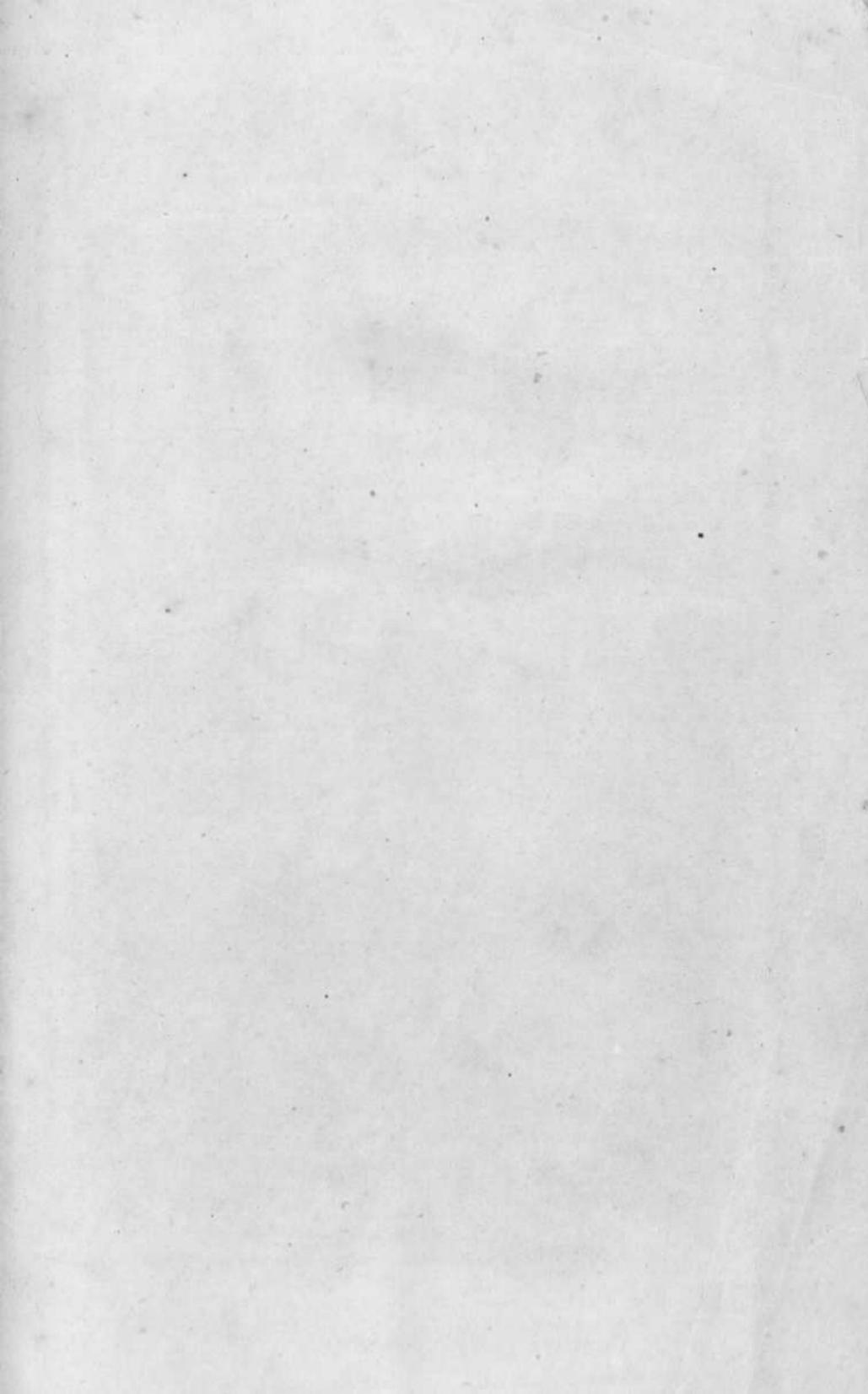




JOE
(W)

T. 1139481
C.







DE
COM

ISABEL PRIMERA



A. Kappeler

Engraving

ISABEL

PRIMERA,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL,

DE

D. Francisco José Orellana.

TOMO PRIMERO.

ADORNADA CON CINCUENTA LÁMINAS.

BARCELONA.

Biblioteca de Ambos Mundos, de Juan Pons, editor,

Calle Ancha, núm. 1.

1867.

Censura de novelas.—Madrid
31 de agosto de 1853.—Puede
imprimirse.—El censor, *C. N. de*
Rebolledo.—Es copia.

ES PROPIEDAD DE JUAN PONS.

BARCELONA.

—
Imprenta Hispana de Vicente Castañón, Asalto, n. 20.

1867.



LIBRO PRIMERO.

LOS AMORES DE LA INFANTA.

CAPITULO I.

La fuga.



A LOS 30 de mayo de 1468 iban camino de Segovia, por la orilla del Guadarrama, tres apuestas damas escoltadas por cuatro caballeros, de los cuales dos eran jóvenes, uno anciano y el otro eclesiástico. Montaban lo mismo las damas que sus acompañantes en sendos bridones enjaezados á la usanza de la época, dado que no llevasen tan brillantes arreos como pudiera usarles el caballo del mas ínfimo hidalgo del marqués de Villena, ó el de un simple familiar ó perseverante del arzobispo de Toledo.

Seguía detrás una escasa servidumbre compuesta de algunos escuderos y pajes, que conducían en acémilas dos tiendas de campaña, víveres y las maletas de las damas.

Tan reducido tren no revelaba que fuesen personas muy principales las que tan modestamente caminaban, y sin embargo, alguna de ellas lo era mas que el poderoso é intrigante D. Juan Pacheco, señor de media España, y que su ambicioso y suspicaz compañero D. Alonso Carrillo.

Ciertamente, cualquiera de estos dos orgullosos magnates, á pesar de su mucho poder, si se hubiese por acaso encontrado con aquella humilde comitiva, no habria podido menos de echar pié á tierra para saludar á una de las damas, la que ostentaba menos lujo en su traje y atavíos.

Era esta una preciosísima jóven de diez y siete años, blanca como una azucena y sonrosada como un serafín: tenia los ojos azules como el cielo de Andalucía, brillantes y animados al par que modestos, y el cabello castaño: eran sus facciones de una belleza clásica, su estatura mediana, y todo el conjunto de su persona tan agradable y majestuoso á la vez, que no parecia sino que la naturaleza la habia destinado para inspirar amor y respeto á cuantos por ventura la viesén.

Esta hermosa doncella vestia una falda de sarga, y un justillo recamado de oro, que honestamente hasta cerca del cuello le subia, dejando ver la rizada pechera de su blanca camisa terminada en una pequeña gorguera ó gola de fina randa: un brial de tela adamascada de seda y estambre llevaba sobre todo ceñido con un cinturon, y en la cabeza una toca de brocado guarnecida de encaje de plata, que la descansaba en los hombros, y un sombrero de fieltro de grana, con que al sol eclipsaban los reflejos de su cara.—Lo único que habia de notable en el traje de esta dama era la labor de la tela de su falda, que toda ella representaba figuras de castillos y leones cruzados con armonioso artificio, distintivo que solo usaban las personas de la familia real de Castilla.

Las otras damas que la acompañaban, eran una noble dueña entrada en años, y una arrogante doncella que aun no habia

cumplido los veinte. La primera, nada hermosa, cariredonda, morena y pequeña, se distinguía por la profunda vivacidad de sus ojos negros, un tanto amortiguados del mucho estudiar: se llamaba doña Isabel Galindo, cognominada *la Latina*, y era maestra ó aya de la infanta doña Isabel, hermana del rey don Enrique IV. La segunda era su mas querida é inseparable amiga Beatriz de Bovadilla, jóven de grandes prendas, varonil entereza y singular hermosura.

Era la hora en que, vencida la cúspide azulada del cielo, declina el sol hácia el Occidente, y el ardor de sus rayos se hacía sentir con tanta fuerza como en lo mas avanzado de la canícula. Ni un soplo de viento conmovia los tomillos y espartizales de que estaba cubierto el árido campo, ni un pájaro cantaba en los escasos olmos que, como centinelas del rio, se alzaban en sus orillas

Nuestros viajeros, dejando á un lado la ribera, comenzaron á subir el repecho de una montaña, parte de los ramales que de la sierra de Guadarrama se estienden hácia el Mediodía, en cuya cumbre se divisaban las ruinas de una antigua fortaleza morisca. La hermosa jóven del sombrero de púrpura, viendo aquellos torreones, volvióse á sus caballeros, y señalándoles con la mano, dijo con acento festivo:

—Amigos míos: ved allí la Alhambra de Granada. ¿Os atreveis á tomarla?

—No es difícil la empresa, sobre todo con la brillante hueste que os sigue, señora, contestó en el mismo tono D. Gonzalo Chacon, anciano guerrero de aspecto venerable y noble de antigua prosapia.

—Y tanto como no es difícil, repuso la jóven, cuyos hermosos ojos destellaron un vivo relámpago de génio.—¿Quién de vosotros no vale por cien lanzas, llevando al frente un general como yo?

—¡Cierto! ¡muy cierto! clamaron á una vez los caballeros entusiasmados.

El eclesiástico entretanto guardaba silencio y parecia un matemático que estuviese ocupado en la resolucion de un problema.

—¿Vos nada decís, señor Alonso de Coca? preguntó la jóven al capellan. ¿Acaso desaprobais nuestro plan de conquista?

—No tal, señora mia, respondió el eclesiástico: antes me ofrezco á llevar la enseña de la cruz para plantarla en la torre del homenaje

—Siendo esto así, ¡sus! ¡mis valientes! ¿Qué os detiene?

Y esto diciendo, la hermosa dama picó á su caballo, y se lanzó á escape monte arriba.

Sus compañeras y sus caballeros imitaron su ejemplo, inclusa la Latina, á quien visiblemente incomodaba aquel juego por sentirse fatigada.

Mientras así corrian, el capellan se acercó á uno de los caballeros, jóven de mediana estatura, rubio cuasi albino, cuyos ojos azules y animado semblante revelaban vivacidad y travesura, y le dijo:

—¿Creeis que sepa algo D. Gutierre?

—No es posible, señor capellan, contestó el jóven.

—Pues á no dudar ella misma nos ayuda.

—Tanto mejor.

—Vereis si tenia yo razon en contar con su imaginacion novelesca.

—Sí, sí, no lo dudo; pero callad, no sea que sospeche.

Los que así hablaban no podian ser oidos por los otros dos caballeros, que iban delante de ellos, ni mucho menos por la hermosa dama que sin duda era objeto de su conversacion; pero seguramente reconocian en ella una penetracion muy superior, pues se recelaban de que adivinase lo que entre ellos trataban sin necesidad de oirlo, y solo por los ademanes ó el jesto.

Pero eran infundados estos recelos, pues la jóven, atenta solo á la idea de llegar á la meta la primera, seguia impulsando al poderoso overo que montaba con una intrepidez de amazona. Y sin embargo, nadie le disputaba el triunfo, pues á escepcion de la otra jóven que la acompañaba, todas las demás se mantenian á una respetuosa distancia, refrenando el ardor de sus caballos.

Luego que llegaron á la cumbre del monte, las dos jóvenes amazonas se dirigieron á las ruinas, y aguardaron á los caballeros con aire de vencedor.

—¡Cuánto me place veros contenta, mi querida señora! dijo Beatriz de Bovadilla.

—Contenta, ¡oh! sí, tienes razon, amiga mia, contestó suspirando la otra jóven, á quien ya habrán conocido nuestros lectores; pues no era otra que la infanta doña Isabel, la futura gran reina de Castilla.

—Lo decís de un modo tan singular. . replicó Beatriz. ¿Me habré engañado?

—Beatriz, contestó la infanta con mas gravedad de la que pudiera esperarse de sus pocos años; Beatriz, debemos contentarnos siempre con lo que Dios dispone, pero nuestro corazon es rebelde y difficilmente se rinde al santo yugo de la resignacion.

—¿Estariais arrepentida de lo que habeis hecho? insistió Beatriz.

—No, amiga mia: estoy por el contrario satisfecha, pero no tranquila.

En esto llegaron los caballeros que se habian detenido mas, por no dejar á su espalda á la señora mayor que llamaban la Latina. El primero que se reunió con la infanta, fué un bizarro jóven á quien todavía no hemos nombrado. Andrés de Cabrera se llamaba este caballero, el cual, dirigiendo una mirada llena de amor hácia Beatriz, cuyo rostro, inflamado por el esfuerzo de la carrera, estaba magnífico de hermosura en aquel momento, dijo á la infanta con respetuosa galantería:

—Siempre os toca triunfar, señora.

—¿Estais de ello pesraoso? preguntó la infanta.

—Muy al contrario, repuso Andrés de Cabrera con intencion: me complazco en proclamar los triunfos de la hermosura, aunque tal vez me toque ser vencido y cautivo maltratado.

Beatriz dirigió al jóven una mirada severa, y luego bajó los ojos ruborizada.

La armadura venia estrecha en aquel momento al noble caballero, que haciendo caracolear á su corcel, se volvió hácia los otros, y gritó con voz enérgica para desahogar su emocion:

—¡Nobles castellanos! ¡La Alhambra por doña Isabel!...

La Latina se acercó á su real discípula, y con la autoridad

que la daba su carácter de preceptora, sin faltarla al respeto, la dijo con voz sumisa:

—Bueno es que deis ensanche á vuestro corazon, que bien lo necesita, despues del cautiverio en que ha estado sumido, señora mia; pero no os conviene tanta familiaridad con los que, si bien nobles de gran valía y muy adictos á vuestra persona, son inferiores en calidad á la infanta de Castilla.

La infanta oyó en silencio esta reconvencion, y acercándose mas á su grave maestra, la contestó con voz mimosa, é inclinando el cuerpo hácia ella:

—¡Pobre aya mia! Comprendo lo que te ha puesto de mal humor. Soy tan inconsiderada, que no reparo en tu fatiga. Te has cansado mucho, ¿no es verdad?

—Nunca me canso en servirlos, repuso la Latina: lo que os dije fué por el amor que os profeso.

—No tienes razon; aya mia: los hijos de reyes deben hacerse amar de sus nobles, y no somos superiores á los demas sino en la grandeza de ánimo. Mira, continuó esparciendo la vista por el horizonte dilatado que desde aquella altura se descubria: el mio está en este momento tan sublimado, que á no respirar el aire libre de estas montañas, á no tener por morada el universo con su bóveda inmensa, pienso que mi espíritu rompería la frágil cárcel que lo contiene.

Y esparciendo sus miradas por los neblinosos confines de la tierra, se fijó en un objeto que á lo lejos se veía. Era el sombrío alcázar de Madrid, cuyos macizos muros y agudas torres se destacaban en el fondo blanquecino del horizonte. La infanta suspiró entonces y añadió:

—¡Ah! ¿Cómo he podido vivir en aquel suntuoso sepulcro? Me estremezco al pensar lo que allí he sufrido y los peligros mas horribles aun que me han cercado.

—No penseis ya en eso, señora, dijo Beatriz; afortunadamente hemos logrado salir ilesas de aquella sentina inmundada de vicios, y Dios ha salvado vuestra virtud y vuestro noble decoro, acrisolándoles mas con el fuego de impureza que nos rodeaba.

—Sí, Beatriz, gracias sean dadas á Dios por sus muchas bondades con nosotras; pero, ¿cómo olvidar esa amarga época de mi vida en que tantos consuelos he recibido de mi buena aya y de tí?

—A mí nada me debeis, replicó Beatriz.

—¿Que no te debo nada? ¿Tan frágil es tu memoria, que no recuerdas ya lo del maestro de Calatrava?

—Seguro es que teneis mejor memoria que yo, dijo Beatriz ruborizándose.

—Pues toda vez que la tuya es tan flaca, repuso la infanta, he de contar á estos señores el suceso, para que al menos ellos no lo olviden. Venid, señores, venid, y mientras reposamos un momento á la sombra de esos viejos torreones, os contaré una hazaña peregrina de mi buena Beatriz. Así haremos tiempo para que se nos reunan nuestros criados, que han quedado muy atrás.

La comitiva rodeó á la infanta, que se aproximó á la sombra de las ruinas.

En este momento D. Gutierre de Cárdenas, aquel caballero rubio que hemos visto hablar con el capellan Alonso de Coca, se acercó á éste y le dijo en voz baja:

—Parece que no han venido.

—Aun no es tarde: callad, contestó el capellan.

—Sabeis que el rey mi hermano, dijo la infanta, obedeciendo como suele á las instigaciones del marqués de Villena, su mayor enemigo, intentó casarme con el hermano de éste, D. Pedro Giron.

—Lo cual, dijo el noble D. Gonzalo, no se habria verificado jamás, mientras hubiese caballeros de sangre pura en Castilla: no porque el gran maestro de Calatrava (que Dios perdone), dejara de ser ilustre, sino porque no lo era tanto como vos, y porque habria sido lo mismo que entregar una rosa vírgen á un jabalí soez.

—Dios habrá perdonado al maestro, D. Gonzalo, repuso la infanta; no seamos nosotros menos generosos. Yo tambien, cuando supe la determinacion de mi hermano, me indigné, y pedí á

Dios que me quitase la vida, primero que permitir se realizase tan odiosa union. Pero este peligro ya no existe, y todo lo he olvidado. Lo que ahora quiero contaros, es el valor de mi buena amiga Beatriz.

—Señora, dijo ésta; cualquiera habria hecho lo mismo en mi lugar.

—Una noche que estaba yo en mi oratorio llorando y pidiendo á Dios me libertase del duro trance en que me ponian las intrigas del marqués de Villena, vinieron á anunciarme que el maestre estaba ya en camino y debia llegar á la mañana siguiente. Desolada me dirigí á la estancia de mi hermano, y me arrojé á sus piés suplicándole me ahorrara el disgusto de rebelarme contra su voluntad: pero el rey, que tan débil se muestra con sus orgullosos vasallos, se mantuvo duro é inexorable conmigo. Entonces me avergoncé de haberle suplicado, y corrí á esconder mi pena en mi cámara. Beatriz estaba allí, y á mi llegada ocultó presurosamente un objeto debajo de su brial: este objeto brilló á mis ojos de una manera siniestra.—Beatriz, la dije: ¿qué aconsejas á tu desventurada amiga? ¿qué alivio puede esperar de tí mi corazon? Ya ninguna esperanza me queda: el rey ha decretado mi muerte y mi deshonor, pues tal considero la determinacion de ese aborrecido enlace, y despreciando mis lágrimas, se muestra decidido á llevar á cabo su intento. Y mientras así me lamentaba, noté con estrañeza que mi amiga permanecia impassible, serena, como quien ha tomado una resolucion y no teme ningun peligro.—¿Nada me respondes, Beatriz? insistí: ¿tampoco á tí te conmueve mi desesperacion? ¿Ignoras que mañana, mañana mismo he de ser sacrificada á la ambicion del de Villena y á la debilidad de mi hermano?—Eso no será, me contestó entonces con voz severa.—¿Qué no será? ¿En quién confias?—En Dios y en el cariño que os profeso, señora, me replicó: ese enlace *no lo permitirá Dios, ni yo tampoco.*—¿Y qué puedes tú hacer? la dije llorando.—No lloreis, señora, me contestó con resolucion: soy mujer y débil; pero, ¿cuándo no suplió la abnegacion en pechos femeniles al valor que nos negó la naturaleza?—Y estendiendo su mano en ademan solemne hácia el crucifi-

jo que habia sobre mi mesa, continuó:—Por este santo signo de nuestra redencion os juro, señora, que no tocará el maestre vuestra mano, pues antes que á tanto se atreva, le daré muerte con este puñal (*). Y esto diciendo me mostró el que habia escondido á mi llegada.

Un murmullo de admiracion se alzó entre los caballeros, que dirijiendo todos sus miradas á la heróica jóven, la obligaron á bajar los párpados abochornada. El apasionado Andrés de Cabrera devoraba con la vista á la hermosa doña Beatriz.

—Ahí teneis, continuó doña Isabel, lo que intentó mi amiga, y lo que seguramente habria ejecutado, si afortunadamente aquella misma noche no hubiese Dios dispuesto de la vida del maestre, cuya muerte repentina supimos por la mañana.

Don Gutierre de Cárdenas se sonrió de un modo particular y siniestro.

—Justo castigo, dijo, de la osada ambicion del maestre, y señalado favor con que la Providencia mostró haber escuchado vuestras súplicas.

Estas palabras de D. Gutierre ocultaban con visos de piedad la feroz satisfaccion que sentia el caballero al sombrío recuerdo de la muerte de D. Pedro Giron.

La infanta, que, como todo el mundo, escepto D. Gutierre, atribuia aquella muerte á un accidente natural, no sospechó lo que pasaba en el interior de aquel caballero, y moviendo su hermosa cabeza, como para desechar toda idea lúgubre, dijo:

—En fin, no pensemos mas en lo pasado, sino para bendecir al que tanto nos favorece. Ahora soy libre, ó al menos, añadió dando un suspiro, no estoy presa en la cárcel dorada de una corte corrompida, donde confío en Dios no se me volverá á sujetar. ¡Oh! ¡cuán hermoso es tener por morada la inmensidad de los campos, y por dosel ese pabellon azul inundado de luz y de alegría! Bajo este claro cielo, ante esa naturaleza inculta y agreste, me siento capaz de todo, y si me fuera dado infundir mi espíritu al gangrenado cuerpo de Castilla, ¡oh! yo le haria le-

(*) Son muchos los autores que cuentan este lance tal como aquí se refiere.

vantarse sano y vigoroso, sediento de gloria y de virtudes. Sí; mi hálito poblaria de flores y de héroes ese vasto erial, donde hoy solo se crian cambrones y malvados. ¡Castilla! ¡oh! ¡Castilla! repitió la infanta poseida de un arrobamiento celestial. ¡Patria querida, mis únicos amores! ¿qué se han hecho tus glorias? ¿dónde están tus reyes, tus Pelayos y tus Cides? ¿Será que las sombras de tus semidioses hayan de vivir siempre en la memoria, solo para mengua y baldon de los presentes?

Y reportándose en seguida, repuso:

—¡Ah! ¡perdonad, amigos míos! Vosotros también conservais la noble sangre de esos gigantes que mi memoria evoca: vosotros también podéis todavía regenerar esta patria envilecida. Sí, la savia del heroísmo aun no se ha secado en Castilla. ¡Perdonad! ¡Pero son tan pocos los que la conservan pura! Cuando veo sentado en el trono de San Fernando un rey sin reino, escarnecido de sus vasallos, y con un cetro de caña para mandarlos; cuando veo dos reyes en Castilla, y ambos hechos juguetes de la codicia y del orgullo de unos magnates que han olvidado su origen; cuando miro ennoblecido el crimen, premiada la bajeza, triunfante la intriga, menospreciada la justicia, enflaquecida la autoridad y fuerza de los magistrados; y veo repetirse los robos, agravios y muertes, sin temor alguno del castigo, y á la soberbia y el antojo mandar todo; y por último, hasta el honor privado del monarca hecho mercancía de palaciegos y rebeldes, y arrastrado entre motes y epigramas por el lodo de las calles... ¡oh! mi corazón se aflige, y necesita buscar en sí y en la memoria de los pasados siglos nobles y placenteras emociones que llenen el horrible vacío que lo circunda.

—Día vendrá, señora, en que todo esto cambie y sea Castilla lo que nunca debió dejar de ser, dijo con intención el anciano D. Gonzalo.

—¡Ay! repuso la infanta; ¿cuándo será eso?

—Cuando vos seáis reina.

La infanta se sonrió tristemente.

—Largo es el plazo, amigo mío, dijo: yo no seré nunca reina, ni lo deseo, porque habria de elevarme sobre los cadáveres

de mis hermanos Enrique y Alfonso. ¡No quiera Dios que esto suceda!

—Pero si sucediese...

—No; antes habrán remedio los males de Castilla, contestó la infanta. Mi Enrique no vivirá muchos años, porque ni su salud es buena, ni sus disgustos le dejarán vivir. Mi Alfonso es hoy un niño, pero tiene valor y entereza, es justo y bien intencionado. Yo seré su consejera, y... descuidad. Los que ahora le obligan á ser rebelde contra su voluntad; los que le han hecho rey para mandar á su arrimo, verán que no es un título vano el que le han dado. Un hombre, un hombre necesita Castilla: si mi Alfonso no sabe ser un hombre... entonces lo seré yo.

—Hasta entonces no recobrará Castilla su antigua grandeza, dijo con acento profético D. Gonzalo.

Tal era la confianza que ya inspiraba en tan temprana edad aquella niña, en quien tenían puestos los ojos algunos nobles como en el áncora de salvacion de la patria.

—¡Oh! sí, no lo dudeis, repuso la infanta: ¡mi hermano Alfonso, aconsejado por mí, tendrá dias de gloria, dias como no los ha habido iguales desde que falleció el santo rey que hoy venera la iglesia! ¡Que recuerdo, amigos míos! ¡Y que triste comparacion la de aquellos tiempos heróicos con estos tan degradados é impuros! ¡Que diferencia entre el piadoso monarca que cubierto de hierro estendia los dominios de la Santa Cruz hasta el estrecho de Gibraltar, y el desgraciado rey que se deja quitar las ciudades y fortalezas por unos vasallos insaciables de mercedes, que le desafían á batalla campal y se amotinan en su palacio! ¡Ah! ¡vuelvan, vuelvan, Dios mio, aquellos hermosos tiempos de honor y de hidalguía! ¡Vean mis ojos á la grandeza castellana unida al trono como el brazo á la cabeza, no como la oruga al tallo para chuparle el jugo y destruirle! ¡Vea yo marchar los fieros escuadrones castellanos de victoria en victoria, y despues reposar sobre sus armas, disfrutando en el seno de la familia las dulzuras de la paz y de la abundancia!

En este momento la exaltacion de la jóven Isabel habia llegado á su colmo; parecia que de su frente brotaban destellos de luz, como la del legislador de Israel.

En tan oportuna ocasion se sintió la dulce armonía de unos instrumentos tañidos por manos invisibles, cuyo melódico son parecia salir de entre las ruinas.

—Oid, dijo Isabel, estendiendo graciosamente su mano y aplicando el oido con muestras de placer. D. Gutierre de Cárdenas y el capellan se apretaron disimuladamente las manos.

—¡Hermosa música! dijo el primero.

—¡Callad!... ¡Callad!... repuso la infanta.

Todos los de la comitiva guardaron profundo silencio. Aquella música dulce y tierna, saliendo tan á deshora del solitario recinto de unas minas moriscas, tenia un encanto misterioso y poético, solo comparable al de una flor que campea lozana en la hendidura de un sepulcro.

—¿Será acaso que haya habitantes en estas ruinosas torres? dijo Beatriz en voz muy baja.

—Pronto hemos de saberlo, contestó la infanta, porque no me iré sin haberlo averiguado.

Esto diciendo, tiró de la brida, y metió su caballo por entre los escombros y la maleza.

Su comitiva la siguió; pero se detuvo de pronto, al oir una voz virginal, que con fantástico acento entonaba una cancion.



III
CAPÍTULO II.

La buenaventura.



HE aquí lo que cantaba la voz misteriosa de las ruinas.

I.

Yo soy hechicera,—nacida en Granada,
 Cual pluma ligera,—brillante cual hada.
 Con una mirada—sujeto á mi imperio
 Al hombre mas sério,—y al fuerte adalid.
 Que son mis hechizos—dos soles mellizos,
 Con que torno en blanda cera,—la cota mas acerada.
 Yo soy hechicera,
 Nacida en Granada.

II.

Soy soplo de brisa,—que vuela entre flores,
 Soy llanto, sóy risa,—soy nido de amores.
 A los amadores,—que rinde la pena,
 Reanima y serena—mi acento de ríael.

Que tengo del cielo-el don de consuelo,
 Y hago dulce y placentera-esta vida desdichada.
 Yo soy hechicera,
 Nacida en Granada.

III.

Yo cruzo los vientos,-como ave de paso;
 Yo los pensamientos-domino y rebaso.
 Yo sé del acaso-la regla inconstante,
 Y digo al instante-lo que ha de venir.
 Mi labio asegura-la buenaventura,
 Y dá valor al que espera,-y al desesperado... nada.
 Yo soy hechicera,
 Nacida en Granada.

—¡Oh! ¡que linda troba, y que voz tan halagüeña! exclamó doña Isabel, luego que cesó de oirse la voz oculta. Mucho temo que la misteriosa reina de estas soledades me haya hechizado antes de verme.

—Si tanto placer os ha dado la cantora, se apresuró á decir D. Gutierre de Cárdenas, pudiéramos hacer que nos acompañase; al menos hasta la posada de esta noche, para divertirnos.

—Que me place, contestó la infanta. Pero ¿dónde se oculta esa nuestra cautiva? porque no me negareis que habiendo conquistado esta fortaleza, son nuestros cautivos los que en ella moran.

—Ciertamente, dijo el capellan.—Y como no sea por ventura, una princesa encantada, forzosamente habrá de seguir la ley que os digneis imponerla. Pero mirad, añadió señalando á una puerta medio cubierta de escombros:—Allí sale la reina Fátima, y el rey Alhamar, que seguramente vienen á rendiros párias.

La infanta y todos los circunstantes se echaron á reir; pero en seguida fijaron la atención en una mora y un moro que salían efectivamente de uno de los ruinosos torreones.

No era raro en aquel tiempo encontrar por los caminos y en

las ciudades cristianas ciertas moras aventureras acompañadas de un músico, cuya ocupacion era la de ir de pueblo en pueblo cantando trobas amorosas, pronosticando el porvenir á las gentes sencillas, y augurando buena suerte á los enamorados. La pareja que acabamos de presentar á nuestros lectores era una de estas, pero ofrecia en sus personas y atavíos algunas particularidades que no debemos dejar pasar desapercibidas.

La aventurera tendria de diez y ocho á veinte años, y era hermosa como una creacion de Murillo: en su rostro moreno y radiante de vida brillaban dos ojos negros como la noche, rasgados y habladores: su cabello parecia ébano bruñido y hecho hebras y madejas por las manos de una hada, y lo llevaba trenzado sencillamente y adornado con una toquilla de hilo y una flor campestre cogida pocos momentos antes. Era su traje humilde, pero tan limpio y aseado, que daba placer el mirarlo, y tan airoso que habria podido pasar por elegante. La túnica corta y plegada por una faja de seda sencillamente anudada á la cintura, dejaba ver el calzon bombacho á la usanza morisca y las medias botas de piel roja, que aprisionaban sus pequeños piés. Las mangas anchas de la túnica permitian ver sus brazos desnudos y sus muñecas ceñidas por ajorcas de plata: un collar de avalorios semejantes al coral terminado en una manecilla de azabache pendiente de él, completaban su adorno. Por último, llevaba un bandolin terciado á la espalda y sujeto con un cordón de seda.

El moro formaba un notable contraste con la graciosa figura de su compañera: vestia el traje habitual de los musulimes del pueblo, pero lo llevaba tan mal, que no parecia sino que iba vestido de prestado: el turbante abultaba su cabeza mas de lo regular, y le cubria casi las orejas, no siendo parte á ocultar sin embargo algunos mechones de cabello que le salian por las sienes, lo que era indicio de que lo llevaba largo, contra las reglas de la ley de Mahoma. Por lo demas, este hombre no tenia nada de particular, escepto su barba roja, revuelta y larga, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

—Acercaos, aventureros, dijo la infanta.

La jóven mora se acercó á nuestros viajeros con desenvoltura, y deteniéndose á pocos pasos, hizo una graciosa cortesía. Su compañero la siguió pausadamente, y se quedó detrás, con un aire de cortedad rústica, que parecia recelo.

—¡Preciosa es la mora! dijo en voz baja Doña Isabel á sus damas: os digo que es capaz de hechizar á cualquiera, sin mas sortilegio que el de sus ojos.—Y dirigiéndose á ella, añadió:

—Dime, linda hechicera, ¿me conoces?

—Nunca os ví, contestó la mora con tono misterioso; pero os conozco.

—¿Sabeis mi nombre?

—¿Para qué sirven los nombres? repuso en el mismo tono la jóven aventurera.

—¿Pero, en fin quién soy?

—La estrella de Castilla; el sol del porvenir, la flor mas olorosa del Paraiso.

—Todo eso significa que no sabes como me llamo. ¿Y eres tú la que penetras los pensamientos, ves lo porvenir y predices la suerte de las criaturas?

—Si os predigo la vuestra, sin saber vuestro nombre, si os digo lo que pensáis, de donde venís y á donde vais, y lo que os sucederá despues, ¿no será doble mérito el mio?

—Ciertamente, y he de poner á prueba tu habilidad.—Síguenos, y en aquella alameda que se ve allá abajo en la orilla del rio nos encontrarás sesteando.

La infanta y su comitiva siguieron el camino, bajando la montaña por el lado opuesto, y dirijiéndose á un bosquecillo que á medio cuarto de legua se alzaba, convidando al reposo con su fresca sombra.

Doña Isabel iba pensativa durante este trecho, pero en su rostro sereno se leian pensamientos risueños. Seguramente la ocupaban esas ideas doradas con que la imaginacion juvenil engalana su presente, y á veces se remonta, como el águila candal, á las inmensurables rejiones del porvenir. El encuentro fortuito de aquella linda mora, cuyo simple aspecto revelaba un alma intelijente, un espíritu noble y perspicaz, la hizo pensar

en la suerte vária de las criaturas, en los caprichos de la casualidad, y en lo que puede esperarse de una buena estrella. Condolíase su generoso corazon en presencia de tanta juventud y hermosura reducida á la triste condicion de mendigar el sustento corriendo el mundo espuesta á las tentaciones de la seducción y la miseria, y acariciaba la idea de patrocinar á la bella aventurera, y atraerla, tal vez por sus beneficios, á la religion cristiana. Tomando de aquí vuelo su imaginacion creyó ver en su vida futura sublimes rasgos de magnanimidad, grandes empresas y hazañas fabulosas encaminadas al bien de sus semejantes; porque aquella infanta niña era el embrión de un gran espíritu político, atento siempre á todo lo bueno y provechoso. Pero allí habia tambien la cabeza de la mujer y al pensar en los pronósticos que le habia prometido la mora, veia junto á sí un príncipe bizarro y batallador que le traia banderas y trofeos de moros vencidos para rendirlos á sus plantas; y ya se figuraba verle partir de nuevo á campaña sediento de gloria, estrechando contra su corazon la banda bordada por ella, y asegurándola combatir y triunfar invocando su nombre en la pelea.—Y luego pensaba que una esposa amante no debia dejar á su esposo marchar solo al peligro, sino compartir con él los azares y fatigas de la guerra, y alentarle á él y á sus paladines con su presencia y ejemplo, y se representaba á sí misma recorriendo las lucidas huestes brillantes de seda y oro, exhortándolas para el combate, y proveyendo á todos sus necesidades y al socorro de los heridos: ó bien corriendo en un caballo blanco hácia los muros de una ciudad tomada por asalto, implorando de su esposo el perdon y la vida de los vencidos.

Al llegar á este punto el bello semblante de la infanta irradiaba destellos de alegría: en su oido resonaban confundidos los clamores del triunfo y las bendiciones de un pueblo entero. Y ¡extraña parentela del placer y el dolor!—Cuando mas engolfada estaba doña Isabel en el risueño cielo creado por su jóven fantasía, lanzó de pronto un profundo suspiro, y una lágrima se desprendió de sus ojos.

—¡Ah! ¡Castilla! ¡Castilla! murmuró, y volvió á quedar sumida en sus meditaciones.

Entre tanto D. Gutierre y el capellan marchaban rezagados, sueltas las riendas sobre los arzones, y conversando mano á mano en voz baja, tal que no podian entenderles, aunque les oyesen los demás personajes que les precedian, ni la servidumbre que venia detrás de ellos.

—¿Qué os ha parecido el moro, señor capellan? preguntó el caballero.

—Háme parecido, contestó Alonso de Coca, un mal farsante de Lope de Rueda.

—¡Oh! no tan malo. Es verdad que se le despeja la vestimenta de Mahoma, y eso prueba que el hábito no hace al monje, y que se puede ser cristiano rancio, á pesar del turbante; pero no me negareis que está desconocido con esos atalages, y sobre todo con esa maldita barba.

—Eso es verdad: yo de mí sé deciros que si me le hubiese encontrado solo en un camino, le habria echado la bolsa, sin aguardar á que me la pidiese; pero en esta ocasion he necesitado apretarme los hijares para que no se me escapase la risa.

—¡Cuidado con eso, señor Alonso! No vayais á malograr nuestro plan.

—Descuidad, D. Gutierre, soy hombre capaz de dominarme.

—Es que bien conoceis á doña Isabel. Si sospechase lo mas mínimo de nuestra treta, lo habriamos perdido todo. Seria forzoso confesarla el objeto de ese disfraz, hacerla conocer que no ha sido una aventura casual la que acaba de presenciar, y entonces, adios ilusion, adios confianza en nosotros.

—Y adios tambien los castillos y las encomiendas que nos han prometido.

—¿Cómo sabeis eso?

—¡Bah! esto es de suponer.

Don Gutierre se encogió de hombros, y repuso:

—No perdereis nada vos, señor capellan. Pero os repito que la menor sospecha, nos imposibilitaria para toda gestion ulterior, dado que esta no produzca los resultados apetecidos.

—Eso es evidente, dijo el capellan. Pero me ocurre que no habria sido menester emplear este ardid extravagante. La in-

fanta no piensa en ninguno de los muchos pretendientes que solicitan su mano, y solo con que el almirante la hubiese hablado favorablemente de su sobrino, habríamos logrado inclinarla á nuestro partido.

—No lo creais: eso mismo habria bastado para que considerase al principe D. Fernando, como á un pretendiente mas, y es lo que debemos evitar: es necesario que ella fije su atencion en él como por casualidad, y que se le aficiona por sus prendas personales, sin que medie, al parecer, escitacion de ningun género. Esto es lo que yo me he propuesto, y creo que lo conseguiré.

—Todo eso está muy bien: pero ¿qué inconveniente habria en que nosotros y nuestros amigos la hiciésemos con cautela todas las insinuaciones conducentes al mismo fin? ¿Quién como nosotros habria usado de prudencia?

—Señor Alonso, para teólogo sois poco sutil: reconocel que os llevo ventaja en achaque de intrigas. ¿No sabeis que la infanta, en medio de su candidez angelical, tiene una penetracion que asusta?

—Es muy cierto.

—¿No sabeis que aleccionada por la esperiencia desconfia de todo y de todos?

—No lo niego.

—¿Y no sabeis tambien que su único punto vulnerable, su talon de Aquiles, consiste en el entusiasmo por las acciones heroicas, por los rasgos extraordinarios de valor y abnegacion?

—Así es la verdad.

—Pues bien. Si todo esto reconocéis, convenid conmigo en que mi plan es el mejor. El tiempo os dirá si me equivoco. Nuestras revelaciones, por cautelosas que fuesen, no dejarian de despertar sospechas de que media un interés privado en el asunto: al paso que haciéndose por conducto de la voz del pueblo, como si el viento las trajese en sus alas, formarán la opinion de la infanta de un modo seguro. Despues, cuando ella tenga su voluntad inclinada, nosotros la decidiremos, no aconsejando, sino fortaleciendo su parecer con razones de conveniencia política.

Y una vez que ella esté decidida en favor de nuestro príncipe, su entereza de carácter es para nosotros una garantía de triunfo. Vengan luego el marqués de Villena con sus intrigas, D. Enrique con sus antojos inspirados por la reina: lluevan pretensiones y si se quiere amenazas: todo se estrellará contra esa rosa inalterable que también sabe resistir las tempestades y los vientos de la política, como los de las pasiones bastardas.

—Teneis razon, D. Gutierre, y por mi parte os declaro jefe de esta cruzada amorosa. Pero ¿sabe algo de vuestra intriga vuestro tio D. Gonzalo?

—Todavía no.

—Convendria prevenirle.

—Al contrario, me parece que por ahora conviene que nada sepa. Con su carácter ríjido se opondrá á ciertas escenas íntimas que deben surgir de nuestro plan, y de este modo conspirará sin saberlo á sus propios intentos. ¿Comprendeis?

—Amigo, sois todo un hombre de estado.

—Dejadme á mí, dijo satisfecho D. Gutierre: os aseguro que todo saldrá á medida de nuestros deseos.

Así continuaron hablando el clérigo y el caballero, mientras descendian la cuesta de la montaña, siguiendo los pasos de la infanta, que, muy ajena de la especie de conspiracion que se tramaba á su espalda, se habia distraido de sus cavilaciones, para decir á D. Gonzalo Chacon:

—En una cosa no habeis pensado, amigo mio, el rey nos va á declarar á todos rebeldes.

La contestacion de D. Gonzalo á cualquiera otra persona que le hubiera hecho la misma observacion, habria sido probablemente decir:—«Tanto se me da á mí del rey y de lo que piense, como del sol puesto.»—Tan degradada estaba la magestad real en la persona de Enrique IV. Pero hablando con la infanta, que, á pesar de todo, no consentia que ni aun en broma se rebajase la dignidad de su hermano en su presencia, se limitó á preguntar á su vez:

—¿De cuál rey quereis hablar?

—¡No hay mas rey que D. Enrique! contestó severamente doña Isabel.

—En ese caso, dijo el anciano magnate, D. Enrique tendrá razon: todos somos rebeldes. Sin embargo, me parece que nada puede convenir menos á vuestro hermano menor que tener razon en las actuales circunstancias. Cuando casi toda la nobleza antigua le abandona, cuando no tiene ni valor ni medios para repetir, aunque quisiera, otra jornada como la de Olmedo, cuando pierde á Segovia y su tesoro, cuando en fin debe haber abierto los ojos á la evidencia, reconociendo que no es posible mantener la farsa de su descendencia lejitima, porque hasta los muchachos cantan por las calles las proezas de D. Beltran de la Cueva, llamando á su pretendida hija *la Beltraneja*...

—¡Oh! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! interrumpió la infanta, cubriéndose el rostro con las manos.

—Cuando todo esto sucede, continuó D. Gonzalo, y hasta el reverendo arzobispo de Toledo le vuelve la espalda, ¿qué ganaria con declarar rebeldes á los que todavía permanecemos neutrales? ¡Engrosar las ya numerosas filas de sus enemigos! Ya veis que para esto no necesita poner nada de su parte.

—¡Pobre Enrique! murmuró Isabel enjugándose una lágrima.—Pero, añadió; es innegable que nos declaramos contrarios suyos en el mero hecho de refugiarnos en el campo de Alfonso. Bien sabe Dios que siento verme en este duro trance; pero ¿quién me ha puesto en el caso de faltarle á la obediencia, y de huir como una criminal, buscando un asilo entre sus enemigos? ¿Quién sino él mismo, que me obliga á poner en salvo mi honra y mi alma? Porque no dudo que me dareis la razon, y me la darán cuantos sepan el motivo de esta fuga. Mi hermano, al confinarme en el alcázar de Madrid, solo tuvo en cuenta sus miras políticas, sin cuidarse para nada de las consideraciones que se deben á una infanta, y á una doncella. Mi mayor enemigo no me habria entregado así en las garras de la inmoralidad y el mal ejemplo.

—Teneis razon, señora, y por lo mismo haceis bien emancipándoos de la mayor de las tiranías, de la que no puede imponerse ni acatarse, sin ofender á Dios.

—Pues bien, á pesar de esto, no quisiera que se diese una interpretacion torcida á mi determinacion.

—¿Y cómo podreis impedirlo?

—He pensado escribir á mi hermano lo que he resuelto, y además quiero entrar en Segovia de noche para evitar toda demostracion ajena de mi conducta puramente personal.

Don Gonzalo se encogió de hombros casi imperceptiblemente, y dijo:

—Podreis hacerlo: nada se pierde.

Habian llegado en esto á las frescas orillas del Guadarrama. Un soto frondoso, plantado por la mano de la naturaleza, estendia en aquel paraje sus densas ramas formando un magnífico entoldado de verdes hojas, bajo el cual crecia la yerba larga y espesa: una ancha cortina de arbustos de matizado verdor corría á lo largo de la ribera, perdiéndose á lo lejos como un celaje de esmeralda.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra en este sitio, y habiendo entregado las cabalgaduras á la servidumbre para que las dejasen pacer, buscaron un lugar acomodado donde poder pasar las ardorosas horas de la siesta.—Los escuderos y palafreneros descargaron de las acémilas, los víveres y algunas sillas de tijera, y dispusieron lo necesario para servir la comida.

Mientras se hacian estos preparativos, dijo Isabel al capellan:

—Presumo que traereis recado de escribir, señor Alonso.

—Presumís bien, señora, contestó éste.

—En tal caso me hareis el gusto de escribir lo que os dictaré.

Alonso de Coca buscó en sus alforjas papel y un tintero de asta, y se sentó colocando aquel sobre la rodilla.

—Podeis empezar, dijo.

La infanta dictó la siguiente carta:

«Hermano y señor mio muy querido:

«Los que contenidos por el respeto debido á vuestra autoridad «hubieran tal vez refrenado los ímpetus de su intemperancia, «estando vos ausente, atropellan hasta los fueros de la honesti- «dad y del decoro que guardarse debe una doncella de mis por- «tes. Por lo que á mi honra y al buen lustre de vuestro nombre in- «teresa, he resuelto abandonar el alcázar de Madrid como lo ha- «go en este dia, confiando en que aprobareis mi determinacion.

«No paso á reunirme con vos, porque os seria mas embarazosa que agradable mi presencia en vuestro campo, y me retiro por pronta providencia á Segovia, lo que os suplico no lleveis á mal, pues no hay en ello intencion de ofenderos. De allí no sé á dónde iré, por no tener aun dispuesta mi residencia.

«Con el mayor cariño os saluda y os desea todo género de prosperidad, vuestra hermana y adicta servidora

«ISABEL.»

«A 30 dias de mayo de 1468.»

—Ahora falta que uno de vosotros se encargue de llevar esta carta al rey mi hermano, dijo la infanta mirando á los dos caballeros jóvenes, y tomando la pluma para firmar.

Don Gutierre y Andrés de Cabrera tenian cada uno diferentes motivos para no querer encargarse de aquella comision. Sin embargo, los dos se apresuraron á ofrecer sus personas, y empezaron á disputarse la preferencia; pero el capellan cortó la disputa, diciendo:

—No insistais, señor D. Gutierre: bien sabeis que vuestra presencia en el campo de D. Enrique seria de mal agüero, y quitaria á esta carta todo el mérito de la ingenuidad.

—El señor capellan tiene razon, dijo la hermosa Beatriz: que vaya Andrés de Cabrera.

—¡Ah tirana! pensó el enamorado Andrés. Pero dijo en voz alta.

—Os estoy agradecido, señora, y parto al momento.

—No, comed algo antes, repuso doña Isabel: no se diga que trato mal á mis amigos. En todo el dia no habeis tomado alimento ninguno.

—Tanto desvelo, señora, es honrar demasiado á vuestro humilde servidor.

—Efectivamente, observó la Latina con acento algo cáustico; porque el señor Andrés de Cabrera dice que cuando se sirve á las damas, no hay necesidad de comer.

—Es muy cierto, repuso Andrés: pero en esta ocasion sirvo á mi señora haciendo todo lo contrario, pues bien habeis oido sus órdenes.

—Teneis razon, Andrés; teneis razon, dijo doña Isabel.

Ya los criados habian dispuesto una mesa de campaña para la infanta y sus damas y otra para los caballeros. El buen apetito y la alegria del campo fueron los mas agradables condimentos de aquella comida, aunque abundante, sencilla por demas, pues consistió en algunas carnes fiambres y frutas secas, pero que en aquel lugar y con tan buenas disposiciones gastronómicas, no se habrian trocado por los mas raros manjares de un festin régio.

A los postres llegaron los dos aventureros, y colocándose á una respetuosa distancia, se anunciaron tocando y cantando.

—Ahora veremos á dónde alcanza la habilidad de nuestra hechicera, dijo la infanta.

—¿Pero es verdad que intentais ponerla á prueba? preguntó la Latina con estrañeza.

—Sí, aya mia: ¿y por qué no habré de tener ese gusto?

—¿Es una cosa tan ajena de vuestra dignidad!

—Porque se trata de una pobre aventurera; pues no me negarás que personas tan distinguidas como yo no desdeñan consultar á los astrólogos, cuya ciencia no es mas ni menos que la de una decidora de la buenaventura.

—Luego no creéis en sus pronósticos.

—Yo creo en todo lo que emana del talento, querida mia; dijo doña Isabel con seriedad. Esa chispa del fuego divino que arde en la inteligencia humana, y forma el escalon que enlaza á la criatura con su Criader, merece mi mas profundo respeto, y no reparo en la pobreza ni en la magnificencia del hogar donde se alimenta. Dios esparce sus dones sin mirar la clase de sus favorecidos, porque en su presencia no existen categorías ni razas. Así que para mí un jenio siempre es un jenio aunque vista harapos; y un charlatan no es mas que un charlatan, llámese primer ministro, sábio ó titiritero.

—Eso es verdad.

—Pues bien, déjame fondear ese espíritu, para saber al menos si pertenece al género de los talentos ó de los farsantes.

La servidumbre levantó los manteles, y Andrés de Cabrera se presentó á la infanta dispuesto ya para partir.

—¡Adios, Andrés! ¡adios! le dijo doña Isabel: no te detengas y vuelve á reunirte con nosotros en Segovia.

El jóven saludó, miró apasionadamente á Beatriz y partió.

Entre tanto la infanta, sentada en su silla de tijera, mandó á la mora que se le acercase. La Latina y Beatriz se colocaron en pié á su derecha, y los caballeros y el capellan á la izquierda, sonriéndose unos y estrañando otros el capricho de su señora. El moro permaneció retirado en un extremo de aquella escena, con su caramillo en la mano, y cruzando á hurtadillas miradas de inteligencia con D. Gutierre de Cárdenes, mientras su compañera se acercaba graciosa á doña Isabel con su guzla terciada á la espalda.

—Dime, jóven hechicera, preguntó la infanta á la mora: ¿cómo te llamas?

—Azhuma, contestó la jóven.

—¿Y yo?

—Lo ignoro.

La infanta se sonrió, y repuso:

—¿Qué pienso en este momento?

—Que os engaño.

—¿Y es verdad?

—No por cierto.

—Te creo, dijo doña Isabel, moviendo su linda cabeza con aire de confianza. Y reflexionando un poco, añadió:

—¿Pudieras decirme si me añije alguna pena?

—Sí, una muy grave.

—¿Tendrá alivio?

—Sí, con el tiempo.

—Así sucede con todas las penas vulgares; de modo que nada me dices que no dirias á cualquiera otra persona.

—Es que vuestra pena no es vulgar.

—¿Y cómo sabes eso?

—Muy fácilmente: leyendo en vuestros ojos.

—¿Y qué lees en mis ojos? Veamos.

—Ambicion de gloria, que se aboga en un mar de obstáculos, que os parecen invencibles.

—Te equivocas: para mí no hay nada invencible.

—Lo sé: vuestra voluntad es de gigante; pero os faltan elementos esternos para vencer, ó existen otros que respeta vuestra virtud.

—¿Quién es esa mora? exclamó D. Gonzalo Chacon, intentando lanzarse hácia ella.

El capellan le detuvo asiéndole del brazo, y diciéndole en voz baja:

—¡Callad! no la interrumpais.

—Veo que teneis talento, Azhuma, dijo la infanta: ¿sabrias leer en mi porvenir?

—Necesito consultar vuestra mano.

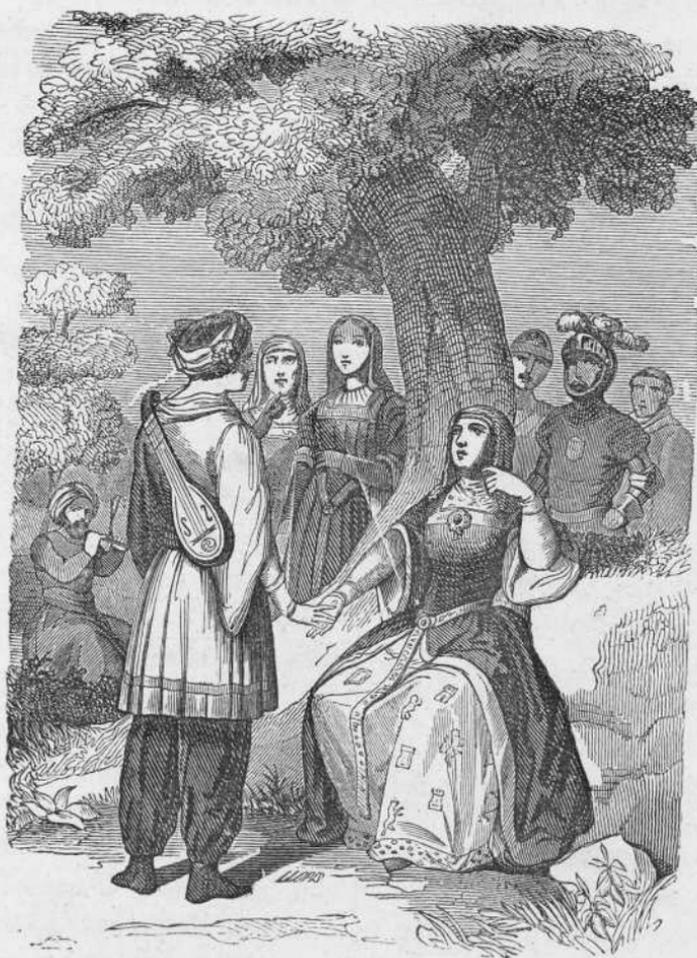
Don Gonzalo quiso impedir lo que pretendia la mora; pero la infanta le detuvo con un ademan imperioso, y dijo:

—Aquí tienes mi mano: habla.

Azhuma examinó atentamente la mano de doña Isabel, la cual entre tanto la miraba con curiosidad, teniendo graciosamente apoyada su barba en el pulgar de la mano izquierda, y el índice estendido sobre la mejilla.

Pasado un breve rato, irguió Azhuma la cabeza, dejó vagar sus miradas por el cielo, y dando á su voz una entonacion profética, exclamó:

—Densas tinieblas cubren la tierra, y como aves de rapiña caen sobre los campos yermos los ministros de la iniquidad. En el desierto del vicio se alza una columna de pureza, destinada á salvar al pueblo escogido, y conducirle al través de los peligros y de las sombras de la muerte, hasta el pais de promision. De un ciego nace el rayo de luz que anima y fortalece á la que es grande y elegida por el Señor. Los cetros se doblan á sus piés, y las potestades se le rinden. De un ciego nace la luz, que viene del Oriente, donde es brazo de la ancianidad y pedestal del trono; y la luz refleja en la columna de pureza, y de la columna brotan rayos de viva lumbre, á cuyo calor se alza un reino poderoso, y huyen espantadas las fantasmas de la noche. ¡Gloria



Isabel al pié de un árbol oye la buena ventura.

á tí, la elejida por el señor! Gloria al príncipe escelso, que es luz del que no vé, brazo de la ancianidad y pedestal del trono. Vuestros nombres brillan escritos en el cielo en tablas de diamante, y el que viva los verá unidos, y el que los vea, cantará sus triunfos y bendecirá sus bondades.

Calló la mora, y doña Isabel permaneció mirándola con muestras de asombro, y sin poder explicarse sus palabras.

—«De un ciego nace la luz,» repitió: ¿Qué quiere decir esto? ¿Quién es el príncipe que es luz del que no vé y brazo de la ancianidad y pedestal del trono? Azhuma, explícame estas dudas: háblame otro lenguaje, que sea mas perceptible á mi inteligencia: tus palabras, llenas de fé y del fuego de la inspiracion, penetran en mi espíritu y lo conmueven, pero él no las comprende.

—Ni el mio puede explicar mas de lo que vé, señora, contestó Azhuma postrándose á los piés de la infanta; la cual, estrañando esta demostracion de respeto, preguntó:

—¿Qué haces?

—¡Adoro á la gran reina!

—¿Yo soy reina?

—Sí, sois reina.

—¿De qué pais?

—Vuestro reino se alza entre celajes de oro, arrullado por las encrespadas olas del mar, como un vajel inmenso que reposa tranquilo entre tempestades. En sus floridos campos hay mieses doradas que se pierden de vista, y fértiles collados cubiertos de frondosas vides.

—Pero, su nombre...

—Ya os he dicho que yo no entiendo de nombres.

—Ni yo entiendo tu profecía, porque no conozco el pais que me has descrito.

—Aun no he concluido.

—Acaba.

—Ese reino es una isla; pero á su arrimo se forman otras mas poderosas, en cuyo centro crece un laurel que cubre con sus ramas toda la faz del orbe. La columna es el tronco del ár-

bol maravilloso, que jamás se rinde, aun que lo combatan los huracanes. Vedle como se eleva sobre los hombres y los siglos: los primeros caen; los segundos pasan: él solo permanece firme y frondoso en el verjel de la gloria.

—¡Oh! ¡te comprendo, Azhuma! Me anuncias un reino impecederero, el reino de la gloria. Eso es verdad. Lo siento aquí, en mi corazon, y debe de ser verdad. Pero ¿quién guiará mis pasos á él?

Azhuma miró al cielo sin hablar.

—¡Ah! ¡Dios! exclamó la infanta. Siendo así nada temo, nada me arredra.

Durante este tiempo se habia ido cubriendo el cielo de nubes. Un trueno lejano anunció la proximidad de una tormenta, que con tarde paso avanzaba sobre las alas de la atmósfera.

—En marcha, señores, en marcha, dijo doña Isabel á sus caballeros.

Y mientras se hacian los preparativos, preguntó á la mora:

—¿Estás contenta con tu suerte, Azhuma?

—¡Oh! señora, respondió ésta: ¿por qué me lo pueguntais?

—Porque deseo verte feliz. ¿Quisiéras entrar en mi servicio? te advierto que soy pobre.

Azhuma miró á su compañero, que frunciendo las cejas, parecia mandarle rehusar la proposicion de la infanta. Sin embargo, la mora se sonrió maliciosamente, y contestó:

—Lo tendré á mucha dicha, noble señora, y si mi dueño lo consiente. .

—¿Quién? ¿Ese moro? ¿Acaso dependeis de él?

—Soy su esclava.

—¿Qué dices tú? preguntó la infanta al moro. ¿Me la vendes?

—No la vendo, contestó con voz áspera el moro.

—Pues bien, repuso doña Isabel, me quedo con ella, y la pierdes por descortés. Pónla precio.

—Señora, he dicho que no la vendo, replicó el moro.

—¡Silencio! gritó D. Gonzalo. Estás hablando con la infanta de Castilla.

—¡La infanta! exclamaron á un tiempo Azhuma y su compañero inclinándose respetuosamente.

—Don Gonzalo, dijo la infanta, entendeos con él. Azhuma es mia.

El moro dió media vuelta y se alejó rápidamente murmurando.

—Nada quiero por ella; pero yo sabré recobrarla.—Y se perdió en la hondonada de un barranco.

Dispuestos ya los caballos, nuestros viajeros montaron en ellos, y siguieron su camino. Azhuma montó en una de las acémilas, y muy contenta siguió los pasos de su señora.

La tempestad avanzaba entre tanto, y el rujido del trueno se oía cada vez mas inmediato.

—A escape, señores, dijo la infanta. Es preciso buscar un asilo, antes que la tempestad nos alcance.

Y dando ella misma el ejemplo, partió á la carrera.

Del barranco donde se habia ocultado el moro, salieron al mismo tiempo dos jinetes montados en poderosos caballos, y vestidos á la usanza de los almogávares aragoneses, los cuales corriendo á escape por fuera del camino, tardaron poco en adelantarse á nuestros viajeros.



CAPÍTULO III.

De lo que contó á la infanta un almogávar en una venta donde los reunió la casualidad.



En el declive occidental de la sierra de Guadarrama y á pocas leguas de Segovia, habia un edificio cuadrilongo de mucha planta y escaso cuerpo, pues solo constaba del piso bajo, el cual, á juzgar por su apariencia, tenia todas las trazas de una venta ó posada.

Una higuera y un parral daban sombra á la puerta de aquel edificio, á uno de cuyos lados se veia colgada como muestra, una rama de oliva seca, símbolo de la paz, que desde los tiempos mas remotos y en casi todos los países de Europa, han venido usando los espendedores de vino, y que los venteros adoptaron como emblema de una parte accesoria de su oficio. Sobre la puerta habia una imájen de San Anton, toscamente pintada en pergamino y clavada en una especie de nicho, delante de la cual ardía una luz dentro de un farolillo mugriento.

A pesar de la hora, que podria ser la de las cuatro de la tarde, la oscuridad era tanta, á causa de la cerrazon de la atmósfera, que dentro de la venta casi no se veia, y los relámpa-

gos frecuentes iluminaban de cuando en cuando con pálidas tintas sus paredes ennegrecidas por el humo.

—Echa leña en el hogar, Leandra, por si es necesario encender fuego, decia un hombreton de faz morena y enjuta, á una jóven de veinticinco á treinta años bien parecida, que andaba haciendo las faenas de la casa.—Puede ser que la fortuna nos depare algun huésped de provecho, y segun está el tiempo, bueno será que halle lumbre para secarse la ropa.

—¡Que ha de venir aquí nadie contestó Leandra con malos modos. Si parece que está maldita esta casa.

—¡Paciencia, mujer, paciencia! repuso el ventero. ¿Encendiste la luz á San Anton?

—Confía en San Anton y échate á dormir, replicó Leandra. Encendida está la luz; pero mas valiera que mientras pasas aquí la vida esperando al que llegue, como quien acecha gorriones, meneáras esos cuartos que Dios te ha dado, y trabajáras para mantener á tu mujer.

—No empecemos, Leandra. ¿Qué diablos quieres que yo haga, si no encuentra un hombre en que ganarse la vida? Bonita está Castilla de trabajo, cuando no hay quien tenga para mandar rezar un ciego. ¡Como no quieras que me ponga á servir al marqués de Villena! y para esto seria menester que tuviese falta de soldados.

—Y que fueras valiente además... Cásese una mujer, para dar con un mandria de esta estofa.

Leandra murmuró una maldicion, que fué interrumpida por un espantoso trueno.

—¡Santo Dios!... santo fuerte... exclamó en seguida.

—¡Duro... duro! dijo su marido frotándose las manos, y asomándose á la puerta de la casa. Echa leña en el hogar, Leandra, echa leña.

Un momento estuvo en observacion el ventero, despues de lo cual retrocedió lleno de júbilo, diciendo:

—¿Eh?... ¿Eh? ¿Qué te decia yo Leandra? La tormenta y el farolillo de San Anton nos han de traer hoy algunos ducados. Ya bajan por esa cuesta echando venablos dos caballeros, que á

uzgar por su porte, son lo menos de la órden de Santiago.

—¿De veras? esclamó la jóven. ¡Bah! siempre serán lo menos dos espingarderos del rey Enrique. Dos pelagatos de esos que no tienen una blanca.

—Ya los verás, mujer, ya los verás.

En este momento comenzó á caer á torrentes la lluvia, y confundido con su monótono ruido, se oyó el estruendoso galopar de dos caballos, los cuales, hostigados por sus jinetes, entraron de rondon por la ancha puerta de la venta.

—¿No lo dije? murmuró Leandra, haciendo una mueca de desprecio. Mucho rumbo y poca poya.

El ventero acudió solícito á tener el estribo á los recién llegados, los cuales no eran otros que los dos almogávares de que hablamos en el anterior capítulo.

El uno de ellos llamaba desde luego la atencion por su barba larga, rubia y vedijosa, que le daba un aspecto nada agradable, á pesar de sus ojos azules que eran bellos y espresivos.

—Ventero, dijo éste en el acto de echar pié á tierra, ¿sabes que dá frio de entrar en tu casa?

—Señor, disimulad nuestras faltas. No podíamos pensar que unas personas como vueseñorías, viniesen á parar aquí con tan mal tiempo, pues de lo contrario todo lo hallaríais dispuesto. Sin embargo, mande vueseñoría lo que guste, pues de todo hallará en la venta del *Puerco cebado*.

—Con el nombre de la venta y diez azumbres de tinto, nos bastará para hoy. ¿Eh? repuso el almogávar mirando á su compañero.

—¡Santo Cristo! ¡y qué tragaderas! murmuró Leandra, metiendo una pajuela encendida debajo de la leña que habia puesto en el hogar.

—Escucha, tú... ¿cómo te llamas? preguntó el almogávar al ventero llevándole aparte.

—Bonifacio, señor, para lo que vueseñoría guste mandar.

—¡Eh! llévete el diablo, ¡maese Bonifacio! Yo no soy seño-
ría, ni cosa que lo valga. Escucha, necesito paja fresca para esos caballos, dos cargas de leña en el fogon, una tortilla de lonjas

de pernil, un cántaro de buen vino y la mejor habitacion de la casa.

—¡Echa!... ¡echa!... exclamó Leandra.

—Será servido, useñoría, señor caballero, contestó Bonifacio.

—¡Dale! prorumpió el almogávar apretando los puños: te he dicho maese Malifacio que no soy señoía. ¿Entiendes? No quiero serlo.

—Está bien, señor caballero...

—Ni caballero.

—¿Pues cómo?

—¡Soldado! ¿no ves que soy soldado?... Atiende: el fuego y el vino lo primero, y toma. Sirve pronto.

El almogávar puso en manos del ventero una bolsa con algunas monedas de plata.

—¡Oh! exclamó Bonifacio abriendo tantos ojos. Al momento será servido usiría, señor...

—Te doy ese dinero, prorumpió el almogávar asiendo del brazo á Bonifacio, para que no me des tratamiento: si lo repites, he de darte cuarenta palos.

—Descuidad, señor soldado, descuidad, repuso el ventero. Y se retiró con los caballos murmurando:

—¡Qué hombre tan raro! ¡Tiene dinero, y no quiere que le llamen señoía! ¿Se hallará otro ejemplar en Castilla?

Leandra que ya se habia reconciliado con los almogávares, merced á la generosidad del de la barba rubia, comenzó á disponer una mesa, despues de haber activado el fuego.

Mientras se hacian estos preparativos, los dos almogávares se asomaron á la puerta, donde conversaban en voz baja.

—Pronto deben estar aquí, pues venian á buen paso detrás de nosotros, dijo el rubio: cuidado, Bernal, que no te se escape alguna palabra, y me comprometas.

—Descuidad, señor: hablaré lo menos posible.

—No, al contrario: es menester que alternes conmigo y apoyes cuanto yo diga, pero tratándome de igual á igual, como si fuésemos dos alegres camaradas. ¿Entiendes?—Ya sabes como has de llamarme.

—Sí, señor, ya sé: Rogelio.

—Justo, contestó el rubio:—Y añadió mirando al cielo:—¡Qué pícaro tiempo! mal rato pasan esas pobres señoras.

Y volviéndose hácia dentro, gritó:

—¡Maese Malifacio! ¿Está eso?

—Venid, amigos, contestó Leandra: ya teneis fuego y un vino que lo pueden beber los ángeles.

—¡Hola! ¡Buena moza! tú lo entiendes, dijo el supuesto Rogelio, siguiendo á la ventera. Vamos, haznos la razon.

Los dos almogávares se sentaron á la mesa, donde habia dos vasos y un jarro, del cual les sirvió Leandra.

—Venga de esos labios, exclamó el mismo almogávar, tomando su vaso y presentándolo á la ventera.

—¡Con mil amores! repuso ésta tomando el vaso y un sorbo de vino.

Bonifacio, que volvia en este momento con un pernil, se quedó parado, y nada contento dijo:

—¡Calla! ¡calla! Parece que mi Leandra está ya de mejor humor. No me gusta esto.

Pero dando en seguida un brinco de alegría, fué á dejar el pernil sobre una mesa, y corrió hácia la puerta.

Se acababa de oir el ruido de muchos caballos.

—Ya están ahí; ¡mucha jarana! dijo el rubio á su compañero en voz baja.

Y ambos comenzaron á chocar los vasos, hablando á un tiempo sin entenderse, mientras Leandra despedazaba el jamon.

Doña Isabel y su comitiva entraron en la venta: los almogávares continuaron su broma, finjiendo no reparar en los recién llegados.

—¡A ver! ventero, gritó D. Gonzalo Chacon: la mejor habitacion que tengas.

—Señor, está tomada, contestó respetuosamente Bonifacio.

—¡Tomada! ¿Y dónde se albergan estas damas?

—Señor, no puedo hacer más que cederles el dormitorio de mi parienta.

—¿Qué dice ese animal? exclamó con voz estentórea Rogelio.

Todos volvieron la vista hácia el almogávar, que levantándose con el rudo ademan de un soldado, dijo, haciendo á todas las damas sin distincion una tosca cortesía.

—Nobles señoras, es cierto que mi compañero y yo hemos dispuesto de todo lo mejor de la venta, pero mas gusto tenemos en ofrecérslo, que en disfrutarlo. No se diga de nosotros, que, al pisar por primera vez el reino de Castilla, desmentimos la proverbial galantería de la corona de Aragon.

—¡Ah! ¿sois aragoneses? preguntó la infanta, muy complacida por el galante ofrecimiento del almogávar.

—Somos catalanes, señora, que viene á ser lo mismo.

—No en estos tiempos, murmuró D. Gonzalo.

—Señora, dijo la Latina en voz baja: no nos detengamos. Es preciso que os mudeis de ropa al momento.

—Tienes razon, aya mia. Vamos.

Leandra condujo á las damas á una habitacion, á donde los criados introdujeron los equipajes, mientras los caballeros se collocaban alrededor del fuego, y Bonifacio loco de contento, acomodaba las caballerías en la cuadra, echando las cuentas mas galanas que le ocurriéran en su vida.

Los almogávares volvieron á su broma, y como pertenecian á una milicia distinguida compuesta de hidalgos, pudieron ofrecer á los caballeros castellanos, y estos aceptar algunas libaciones del alegre licor.

Por este medio se estableció cierta cordial franqueza entre todos pero mas particularmente entre Rogelio y D. Gutierre de Cárdenas, el cual, hablando aparte con el capellan Alonso de Coca, le dijo:

—¿Qué os parece como bebe vino el moro?

—¡Quién! exclamó el capellan: ¿ese almogávar?...

—Es el mismo: el compañero de Azhuma. ¿Pero no le habeis conocido?

—¡No, á fé mia! Yo ignoraba esta parte del programa.

Don Gonzalo Chacon hablaba entre tanto con el supuesto Rogelio, á quien preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que salistes de Aragon?

—Acabamos de llegar, contestó Rogelio.

—Mal parados andan los catalanes, si son ciertas mis noticias.

—No tanto como hace dos meses, y si mis noticias que, segun veo, son mas recientes que las vuestras, no me engañan, creo que se saldrán con la suya.

—Lo sentiré, porque al fin son rebeldes.

—¿Qué es eso de rebeldes? replicó el almogávar, fingiendo acalorarse con la bebida. Los catalanes hacen lo que deben. Y si vuestro rey D. Enrique no los hubiese abandonado, despues de ofrecerles su apoyo en cambio de la soberanía con que le brindaron, á estas horas se contarian en el número de los pueblos independientes, y la victoria les habria hecho completa justicia.

—Se conoce que perteneceis al pueblo rebelado.

—Es cierto, gritó el almogávar, de modo que pudiese oirle doña Isabel. Soy catalan, pero mi opinion es imparcial. Porque habeis de saber que en lo mas ardiente de la lucha, y cuando el triunfo de sus armas no debe hacerse esperar, merced al apoyo del duque de Lorena, he abandonado la causa de mis paisanos.

—¡Ah! exclamó D. Gonzalo. ¿Al fin aceptó el duque el mando de los catalanes?

—¿No lo sabiais? Lo aceptó, y ha traído consigo un ejército de ocho mil combatientes. ¡Oh! Esta vez aprenderá la reina doña Juana Henriquez, que no sufren los catalanes sus intrigas sin vengarse cumplidamente.

—Hablad con mas respeto de la reina de Aragon.

—¡Hola! ¡vos la defendeis! exclamó el almogávar levantándose. Hacedis bien, pues al cabo es castellana; pero sabed, si lo ignorais, que soy hombre que sostiene sus palabras. Vos llamais rebeldes á los catalanes, porque no han querido sufrir el yugo de una señora ambiciosa. Yo les llamo leales, porque protestan con las armas en la mano contra la ceguedad de un rey, que se deja arrastrar por su mujer hasta el esceso de sacrificar á dos de sus mejores hijos, decidme si merecen perdon las muertes del príncipe de Viana y de doña Blanca de Navarra.

—¡Tened la lengua, si no quereis sufrir el castigo de vuestra

demasía! prorumpió D. Gonzalo poniendo mano á la espada.

—¿Qué haceis, querido tio? dijo D. Gutierre interponiéndose. No le hagais caso, pues no sabe lo que se dice.

—Muy bien, murmuró el almogávar al oido del anciano guerrero. Os portais como quien sois.

—¿Qué decis? preguntó D. Gonzalo admirado.

—Pero no me negareis, D. Gonzalo, que digo la verdad, continuó el supuesto Rogelio en el mismo tono. D. Carlos y doña Blanca son dos víctimas de la ambicion de su madrastra.

—¿Quién sois?... ¡Ah! exclamó el anciano reconociendo al fin jido almogávar.

—¡Silencio! dijo éste.

—¡Peralta!

—No me nombreis.

—¿Qué significa este? murmuró D. Gonzalo, llamando aparte á su sobrino.

Pedro Peralta, noble aragonés muy adicto al rey D. Juan y amigo de D. Gutierre de Cárdenas, pero que sosteniendo su papel de almogávar catalan, hablaba tan mal de la reina doña Juana, habia dicho la verdad tal como la sentia. Cual si nada hubiera pasado, volvió á sentarse á la mesa, y llenó los vasos riendo á carcajadas.

Doña Isabel que habia oido la disputa, salió con sus damas preguntando:

—¿Qué ha sido esto, señores?

—Nada, graciosa señora, contestó el supuesto almogávar levantándose: nada, una disputa estéril.—Hablábamos de la guerra de Cataluña, y como buen hijo de mi patria, me acaloré al tomar su defensa.

—Y sin embargo, repuso la infanta, si mal no he oido habeis abandonado á vuestra madre. ¿Como se concilia tanto calor al hablar de ella con esa conducta singular?

—Os lo diré, señora mia, si os dignais escucharme, replicó Peralta.

Y llamando al ventero, añadió:

—A ver, maese Bonifacio. Llevaos estos vasos.

Con la lluvia y granizo de la tempestad habia refrescado mucho la atmósfera, y el calor de la lumbre no desagradaba. Tanto por esto, cuanto por oír las esplicaciones del almogávar, la infanta tomó asiento cerca del hogar con sus amigas; Azhuma se reclinó humildemente á sus pies, y los caballeros se colocaron detrás. Pedro Peralta se sentó en frente, apoyando los codos en la mesa que tenia delante, y habló de esta manera:

—Mi posicion, y lo mismo la de mi compañero, es tan singular, señora, que siendo amante, hasta el fanatismo, de mi patria, y estando íntimamente convencido de la justicia con que sostiene sus fueros, no me es dado combatir en su defensa sin ser desleal. ¿No es así, amigo Bernal?

—Es indudable, contestó el otro almogávar.

—¿Pues como es eso? preguntó la infanta.

—Habeis de saber, que, despues de haber peleado tres años con leones aragoneses, hemos sido vencidos por un niño, y este niño, que es la causa fundamental de la rebelion catalana, nos ha dispensado generosamente la vida bajo condiciones de soltar las armas. De este modo somos esclavos agradecidos de nuestro mismo enemigo, á quien amamos en el fondo de nuestro corazon.

—¿Ese niño de quien hablais, presumo que será el príncipe D. Fernando?

—Él mismo señora.

—Esplicadme bien todo eso. No estoy bien enterada de lo que pasa en Aragon.

Con efecto la infanta solo habia oido hablar vagamente del príncipe D. Fernando, pues, retirada seis años hacia en el alcázar de Madrid por disposicion de su hermano D. Enrique, desde que nació la *Beltraneja*, solo sabia de las cosas políticas una pequeña parte de lo que pasaba en Castilla, lo que sus amigos habian creido conveniente que supiese.

Pedro Peralta, dijo:

—Sería cuento muy largo, si lo hubiésemos de tomar desde su principio. Básteos saber, señora; que Cataluña rechaza al príncipe, porque se cree que no hereda el reino por su derecho,

sino por intrigas de su madre doña Juana Henriquez. Así que la guerra se le hace á él, aunque en su nombre la sostenga el rey su padre. Sin embargo, no hay quien desconozca las nobles prendas del bizarro príncipe, y por nuestra parte, os lo digo en verdad, con gusto daríamos nuestra sangre en su defensa.

—¿Tan bueno es?

—¡Oh! lo es tanto, que nosotros, sus mismos contrarios tenemos que reconocerlo. Figuraos un jóven que á los trece años viendo á su padre anciano y á su madre conduciendo los ejércitos, arroja la pluma con que aprende escribir, empuña la espada, se lanza á los campos de batalla, y vence.—y vence á los catalanes!—Un mozo que apenas puede sostener la pesada armadura, y sin embargo, acredita ya su cordura en el consejo, su valor en los combates, y su jenerosidad despues de la victoria.

—Todo eso es muy cierto, dijo á la sazón maese Bonifacio, que estaba muy atento escuchando arrimado á una pared. Antes de ahora lo he oido contar.

—¡Hola! ¡hola! maese Bonifacio, exclamó Peralta muy contento de aquella oportuna observacion. ¿Con que tambien sabeis?

—¡Oh! aquí todo se sabe.

—Decid, decid, lo que hayais oido, repuso Peralta, para que vean estas señoras que no exajero.

—Pues, señor, dijo Bonifacio, echándose de puños sobre la mesa; es un prodijio lo que cuentan de ese príncipe. Dicen que es un valiente como Bernardo del Carpio, y no las tengo yo todas conmigo de que no sea él mismo ó su discípulo. Hasta se le parece en tener á su padre ciego.

—¡Ciego! exclamó doña Isabel. ¿Desde cuando?

—Hará dos meses que perdió la vista el rey D. Juan, contestó Peralta. Pero no necesita ver: su hijo es la luz de sus ojos, así como tambien su brazo derecho. No hace falta el anciano para nada, no; pues ya el doncel sabe sostener el trono de su padre.

—¡Qué coincidencia tan singular! murmuró la infanta. Y volviéndose á la mora, le dijo:

—¿Recuerdas tus palabras de esta tarde. Azhuma? Me hablaste de un príncipe «que es luz del que no ve, brazo de la ancianidad y pedestal del trono.» ¿Conoces, por acaso al príncipe de Aragon?

—No tenia noticia de él, señora, contestó Azhuma.

—Continuad, amigo, dijo la infanta al supuesto almogávar.

—Señora, en pocas palabras está dicho lo que el príncipe vale. Habia en Zaragoza un plebeyo enriquecido con la usura, que infatuado con su mucho dinero, llegó á cometer innumerables tropelías. El príncipe apenas fué encargado del gobierno, le mandó llamar, como si le necesitase, pues el tesoro real está agotado; le recibió afablemente, y llamando á un secretario, mandó á éste que le leyera un capítulo de todas sus culpas. El ricacho se echó á temblar, y ofreció al príncipe cuanto dinero quisiese, pero D. Fernando no le escuchó y le mando decapitar.

—¡Muy bien! exclamó la infanta: un hombre así necesitamos en Castilla.

—Oid mas, la reina estaba sitiada en Gerona: de un momento á otro debia caer en manos de nuestras tropas. El príncipe lo sabe: vuela al socorro de su madre con solos cien guerreiros. Nos acomete sin vacilar: un instante se ve envuelto por fuerzas superiores: muerto su caballo, se atrinchera con él, y resiste como un leon á sus enemigos, que lo estrechan en un círculo de hierro. Su heroica resistencia dá tiempo á que le socorran, y cuando ya batíamos palmas, nos vemos derrotados. Nosotros dos y otros muchos quedamos en su poder, pero nos concedió la libertad, pudiendo cortarnos las cabezas.

—¡Oh! me hablais de un héroe de los tiempos de san Fernando. ¿Y que edad tiene ahora?

—¡Diez y seis años!

—¡Diez y seis años! repitió la infanta quedándose pensativa. Y volviéndose á D. Gonzalo, le dijo:

—¿Qué os parece señor contador? ¿No es admirable todo esto?

—Ciertamente, aunque á mí no me admira, porque ya lo sabia.

—¡Oh! ¡Y no me habeis hablado de ese jóven héroe! ¡Cuanto daria por conocerle!

La noche habia cerrado con lluvia, y doña Isabel tuvo que resignarse á pasarla en la venta. Durante su angelical sueño, creyó ver un doncel, bello como un serafin, que armado de punta en blanco, trotaba en un bridon adornado con jaeces de guerra, mientras manos invisibles le arrojaban de entre las nubes, millares de palmas y coronas. Donde su caballo ponía los piés, brotaban al momento rosas y azucenas.

El doncel se detuvo luego delante de ella, echó pié á tierra, y arrodillándose, abrió las manos y cayeron dos reinos á sus plantas.



CAPITULO IV.

De lo demás que sucedió á la infanta camino de Segovia.



Al amanecer del dia siguiente y antes que despertase la infanta, se levantó Pedro Peralta, y mandó á su escudero que aparejase para marchar.

Entre tanto, D. Gonzalo Chacon que, como á los ancianos acaece, estaba desvelado, sintiendo los preparativos de marcha, y cuidadoso por lo que la noche anterior habia pasado, saltó del lecho, y entró en el aposento del aragonés, á quien dijo:

—Por Dios, señor Peralta, os ruego que me expliqueis este enigma de vuestra venida á Castilla, y tan de incógnito y disfrazado que no es mucho no os haya yo conocido, á pesar de nuestra antigua amistad; pues si bien sospecho cual puede ser la causa, no podré asegurarlo, y habéisme puesto en cuidado desde que anoche disputásteis conmigo para daros á conocer, y despues me recomendásteis el sigilo.

—No hay enigma ninguno, mi señor D. Gonzalo, contestó Peralta; ó al menos, para vos no debiera de haberla... Pero ya que nada sabeis, venid acá, sentaos, y hablemos quedo, no se entere la infanta.

—¿Segun esto es de ella de quien os recatais?

—De ella y de su servidumbre, escepto vos, vuestro sobrino D. Gutierre y el buen Alonso de Coca, que están en el secreto, y por quienes os creia yo enterado de todo.

—Nada me han dicho.

—Pues bien, oid. No ignorais las intrigas del marqués de Villena: sabeis que despues de haber metido al rey D. Enrique en un lodazal de impureza; despues de haber sido el fautor de su deshonra, se propone destronarle, invocando el órden, la moralidad y la reforma de los abusos, que son obra suya; y lo que es mas aun, protestando la ilegitimidad de la infanta doña Juana, despues de haber sido él en union con su tio Carrillo el protector de D. Beltran de la Cueva, y el causante de las infidelidades de la reina.

—Sí, todo eso lo sé, y no se me oculta que la reina doña Juana es víctima de las intrigas del viejo palaciego, y de la impotencia y estravíos de su marido. Pero sea como quiera, la reina se ha envilecido á los ojos de Castilla, y el rey despues de haber echado sus faltas á la calle, disgustando á su antiguo favorito, se ha hecho indigno de mandar á su pueblo noble.

—Convengo en esto, señor D. Gonzalo: pero no os dejéis llevar demasiado de vuestros patrióticos impulsos, pues servís, acaso sin saberlo, á la causa del diabólico marqués.

—No os comprendo.

—Si. D. Juan Pacheco es un demonio encarnado.

—Convenido. Pero...

—Lo que él pretende, lo que maquina y piensa es un misterio para todo el mundo, hasta para sus amigos.

—Añadid para él mismo; pues yo creo que intriga por intrigar, como los peces nadan y las aves vuelan porque no pueden vivir de otro modo. Quitad al marqués sus intrigas y se muere.

—¡Ah!... ¿Tambien vos creéis que el marqués no lleva siempre un fin oculto en sus inextricables manejos? Desengañaos, señor D. Gonzalo: ese hombre no dá un paso sin intencion. Ahí le teneis hecho gefe de la liga contra el monarca; humeando está todavía la sangre vertida en Olmedo por la nobleza rebelde

que él capitanea, el reino todo arde en bandos y obedece á dos reyes por su causa. Pues bien, á pesar de esto, ¿creeréis que el marqués ande en tratos con D. Enrique?

—No lo dudo, y hasta supongo que el rey le oirá con benevolencia. Bastará que le prometa reconocer como hija legítima suya á la Beltraneja, y afirmar que ha tenido hijos con sus queridas, para que le colme de honores y dones como á su amigo D. Beltranito, flamante duque de Alburquerque.

—Justo: ese es el resorte con que puede hacer del rey su maniquí. Tiene en su mano un arma de dos filos que, hábilmente manejada, le sirve para dominar á D. Enrique, y hacerle despreciable á los ojos de la nobleza.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que ahora intenta?

—No es posible penetrar sus fines; pero debe bastarnos conocer sus medios, para tratar de contrariarlos. Ya sabéis que, desde la muerte de su hermano el maestre de Calatrava, no se ha vuelto á pensar en dar marido á la infanta doña Isabel. Pues bien, este asunto que parecia estar ya olvidado, vuelve á ser objeto de secretas gestiones, y yo sé que quien lo promueve, es como siempre, D. Juan Pacheco.

—¿Qué me decis?

—La verdad. Y como podeis suponer, procura inclinar el ánimo de D. Enrique á dar la mano de su hermana á un príncipe estrangero. En esto se propone dos miras: la una complicar mas y mas los motivos de discordia en Castilla, echando los cimientos á futuras desavenencias, porque no parece sino que ese hombre no sabe medrar sin revueltas; y la otra evitar la eventualidad de una alianza con Aragon, que pudiera costarle su marquesado, pues como sabéis, pertenece á aquella corona. ¿Quién sabe si tambien pretenderá quitarse de encima la influencia benéfica que doña Isabel sabe ejercer en el ánimo de su hermano D. Alonso, para reinar sin necesidad del título de rey? Ahora bien, nosotros hemos pensado dejar al marqués que intrigue cuanto guste, pero sin estarnos quedos; y mi venida es con el objeto de ganar la voluntad de la infanta y decidir su inclinacion á favor del príncipe D. Fernando. Des-

de luego he contado con vos para ayudarme á conseguirlo.

—Y habeis hecho bien: no ignorais que tengo empeñada mi palabra de cooperar á ese fin, y si no he dado ningun paso, es porque estábamos convenidos en guardar la mayor reserva, hasta que llegase la ocasion oportuna.

—Pues esa ocasion ha llegado. Es menester que, desde hoy, el nombre del príncipe resuene sin cesar en el oido de doña Isabel, que halague á su imaginacion y se fije en su pensamiento. No hay para que hablarle de matrimonio hasta que sea preciso; mas para entonces, conviene tenerla tan preparada que ella lo desee y agradezca. Este es mi plan, ó por mejor decir, el de vuestro sobrino.

—Descuidad, descuidad, señor D. Pedro. Está perfectamente comprendido vuestro proyecto, y será ejecutado á las mil maravillas.

—No creo que sea difícil: los cimientos del edificio quedan echados: solo falta seguir la obra con perseverancia y tino, y yo os prometo que vuestra cooperacion no será olvidada por el príncipe mi señor.

—Ya sabeis que no aspiro á mas recompensa que á la de ver á mi señora infanta en unas manos dignas de sus grandes méritos y virtudes, contestó D. Gonzalo. Además, debemos mirar siempre al porvenir; si llegase á faltar el rey D. Alonso, lo que Dios no quiera, ó si despues de un largo reinado falleciese sin sucesion lejitima, como le sucederá á su hermano, nada será mas ventajoso que la union de Aragon y Castilla bajo un solo cetro. Este resultado, aunque acaso no alcanzaré yo á verle, me halaga mas que todas las mercedes del mundo.

—Sin embargo, yo sé que se os darán las villas de Casarrubios y Arroyomolinos.

—Basta, basta; no hablemos de eso.

—No insistiré por no desagradaros, repuso el sagaz Peralta. Y ya que estais al corriente de todo, me permitireis que os deje antes que se haga mas tarde, pues no quisiera que la infanta me viese.

—Podeis partir cuando gusteis. Solo estimaria me dijérais

quien es esa mora que habeis traído en vuestra compañía, y si podremos fiarnos de ella.

—Esa es una jóven de mucho talento: estaba al servicio de mi señora la reina doña Leonor Henriquez, y ha venido para ayudarme con su ingenio. Mi objeto era introducirla de algun modo al lado de la infanta, porque puede sernos muy útil por su elocuencia persuasiva, y ya habeis visto como la fortuna nos ha favorecido. Ella es quien, de acuerdo con vuestro sobrino D. Gutierrez, que no le vá en zaga, en travesura, imaginó la farsa que presenciásteis ayer, y que nos ha salido á pedir de boca. Sin embargo, bueno será que la celeis, pues presumo que tiene algun interés personal en Castilla, y si no me engaño es cosa de amores. El contento que recibió al saber que me acompañaba, me induce á creerlo así, no menos que su impaciencia por llegar á esta tierra; y bien sabeis que el amor hace diabluras.

—Quedo al cuidado, amigo mio.—¿Y á donde vais ahora?

—Voy á verme con el almirante D. Fadrique, para quien llevo unas cartas de su hija doña Leonor, y despues, si los negocios marchan bien, pienso avistarme con el arzobispo de Toledo.

—Id con Dios, y él os dé buena fortuna.

En esto entró Bernal á dar parte á su señor de haber dispuesto los caballos. Pedro Peralta se despidió de su amigo, y salió de la venta en compañía de su escudero, al aparecer el sol en el horizonte.

Una hora despues partia la infanta con su comitiva para Segovia.

Cien pasos habian andado fuera de la venta, cuando encontraron en el camino un hidalgo, que iba en direccion opuesta montado en un rocin, y el cual, apenas divisó á nuestros viajeros, se embozó hasta los ojos en un tabardo que llevaba sobre los hombros; pero como la mañana estaba fria, nadie reparó en esta circunstancia, ni le dió valor alguno.

El hidalgo siguió su marcha, sin saludar ni dar la menor muestra de conocer á las personas que habian pasado junto á él; pero habiendo andado un corto trecho bajó el embozo, detuvo su cabalgadura y volvió la cabeza, mirando con una particular



Un hidalgo á caballo habla con un ventero.

atencion á los viajeros que se alejaban, y sobre todo á la mora que iba en su compañía.

Era este hidalgo, (asi le llamamos atendiendo á su traje y á la espada que le pendia del cinto), un jóven que apenas habia entrado en la tercera década de su vida: tenia el rostro pálido, el cutis fino, regulares y un tanto delicadas las facciones, y los ojos negros y brillantes: su conjunto habria constituido una figura bella, sin la dureza de sus cejas que eran tambien negras, pobladas y demasiado juntas, lo cual daba una espresion algo siniestra á su fisonomía.

—La infanta doña Isabel por estos caminos... murmuró. ¿A dónde puede ir sino á Segovia?—Esto puede importar mucho al rey D. Enrique, ó á sus amigos Benavente y Santillana; pero á mí no me interesa. Lo que sí necesito saber es el nombre de la mora que la acompaña. ¡Pardiéz! ¡Juraria que es mi Jurifa!...

¿Quién me informará?

Dichas estas palabras, el jóven dió un suspiro, y picó á su caballo.

—En un momento llegó á la puerta de la venta. Maese Bonifacio se apresuró á recibirle.

—Hola, buen amigo, dijo el hidalgo al ventero. Haréisme la merced de informarme quienes son aquellas gentes que por allí van.

Y señalaba con el brazo estendido á la infanta y su comitiva.

El ventero se encojió de hombros, y abriendo las manos, como quien nada sabe de lo que le preguntan, contestó:

—Son unas personas muy principales, que han parado aquí esta noche pasada, señor hidalgo; pero ignoro sus nombres.

—¡Ah! ¿con qué han parado aquí? Huélgome de que así sea; porque en ese caso, si vos no, vuestra mujer, que allí veo, se habrá enterado de lo que necesito saber.

—¿Qué desea de mí este caballero? preguntó Leandra saliendo á la puerta.

—Pregunta por esas señoras y esos caballeros que acaban de irse, y á quienes no conocemos, dijo Bonifacio.

—No es necesario que me informeis de todos, repuso el hi-

dalgo, pues he creído conocerlos. Bastaría que me digais si habeis oído nombrar á la mora que vá en su compañía.

—Sí, contestó Leandra, me parece que es Azhuma.

—¿No os equivocais?

—No podré afirmarlo, replicó la ventera titubeando.

—Escuchad, dijo el hidalgo, llamando aparte á Bonifacio. ¿Quereis ganar diez ducados?

—¡Vaya si quiero! contestó maese Bonifacio. Vamos, ¿qué me mandais?

—Habeis de seguir inmediatamente á esos viajeros y averiguar donde paran.

—Pero, señor; pueden no parar en ninguna parte. ¿Quién sabe si van á correr todo el mundo?

—No: yo creo que no pasarán de Segovia; pero necesito saberlo con certeza.

—En ese caso...

—¿Qué? ¿os decidis?

—Estoy decidido.

—Pues ya conoceréis que no hay tiempo que perder. Mañana estaré yo aquí de vuelta, y habeis de darme la contestacion.

—La tendreis.

—Ahora, en prenda de mi palabra, tomad, dijo por último el hidalgo, dando al ventero una docena de monedas de plata.

Y acto continuo partió á todo correr de su caballo en direccion á Madrid.

Bonifacio miró alelado las monedas, y yéndose hácia su mujer, le dió un abrazo, diciendo:

—Vaya, mujercita mia, que ahora no te quejarás de mi oficio. De ayer acá llevamos ganados veinte ducados. Toma, toma, bribonzuela, y guarda estos con los otros. ¡Pardiéz! Nadie diria que estamos en Castilla.

—Cierto que nos favorece la fortuna, marido mio, contestó Leandra correspondiendo á las caricias de Bonifacio. Quiera Dios que duren estos vientos. Pero, ¿no me dirás á que santo es la limosna de este buen hidalgo?

—¿Crearás que no lo sé? Me ha dado este dinero, y mañana

me dará mas si le averiguo á donde van á parar los viajeros de anoche.

—¡Pobre Bonifacio! Pues bien necesitas correr.

—Y tanto, hija mia. Dame pues otro abrazo, y ¡adios!

—Adios, cordero mio, y no tardes; no sea que venga entre tanto algun otro hidalgo curioso, y pierdas la comision. Corre, corre.

Y asi diciendo, Leandra dió á su marido el sombrero y un palo para que se apoyase, y le puso á la puerta.

Entre tanto, siguiendo su camino nuestros viajeros, llegaron á un paraje donde la conjuncion de dos montañas formaba un arroyo, por el cual corrian las aguas de un manantial, turbias á la sazón, á consecuencia de la tormenta del dia anterior! A pesar del ruido de los caballos, doña Isabel pudo percibir unos infantiles gemidos que parecian salir del fondo de la cañada.

Inmediatamente refrenó la infanta su caballo, y llevándose un dedo á los labios, dijo á los que le acompañaban:

—¡Eseuchad!

—¿Qué es eso? preguntó la Latina.

—Es un niño que llora, repuso la infanta.

Y sin reflexionar un momento, metió su caballo por entre las matas que obstruian el barranco.

Un doloroso espectáculo se presentó á su vista. Una mujer, todavía en la flor de sus años, yacía tendida ecstásica en el suelo: sus vestidos rotos, aunque de tela fina, revelaban una espantosa miseria despues de una vida acomodada: con sus manos crispadas por las ansias de la agonía, estrechaba contra su seno una criatura moribuada que apenas conservaba fuerzas para chupar uno de sus exhaustos pechos. A su lado habia un muchacho de ocho á nueve años, haraposo y descalzo, pero hermoso, á pesar del horrible sello del hambre que desfiguraban sus tiernas facciones, el cual puesta una rodilla en tierra, y vertiendo abundantes lágrimas, hacía esfuerzos por restituir el sentimiento á la mujer, humedeciendo sus sienes y sus lívidos lábios con el agua cenagosa del arroyo.

—¡Dios mio! ¡Qué horrible desolacion! exclamó la compasi-

va infanta, echando pié á tierra precipitadamente y corriendo hácia aquel grupo de infelices.

El muchacho levantó la cabeza y fijó sus ojos inflamados por la fiebre y el llanto en la hermosa jóven, con la espresion anhelante de la esperanza. Quizá, en su desesperado abandono, creyó aquella débil criatura ver el ángel de la guarda enviado por Dios para consolar su corazon.

—¡Pobre niño! dijo la infanta inclinándose hácia él con la solicitud de una hermana. ¿Por qué lloras? ¿Quién es esa infeliz mujer?

—Es mi madre, contestó el niño sollozando. ¡Por piedad! ¡socorred á mi madre!

Los personajes que acompañaban á doña Isabel se habian acercado, y la virtuosa aya de la infanta por una parte, y el capellan Alonso de Coca por otra, se apresuraban á socorrer á la desgraciada que yacía tendida en el suelo. Pero sus socorros eran tardíos: una breve inspeccion bastó para reconocerlo así al piadoso capellan, el cual arrodillándose, comenzó á rezar el oficio de difuntos.

—¿Está muerta?... murmuró la infanta.

—Muerta, contestó en voz baja la Latina.

—¿Y esa criatura que tiene al pecho?

El capellan intentó desasir la criatura; pero no pudo. El ángel acababa de volar al cielo con su madre, y sus fauces apretadas por las ansias del hambre, habian quedado pegadas al pecho.

—¡Muerto tambien! exclamó el capellan. ¡Dichosos los que duermen en el Señor!

El niño al oir estas palabras, que aunque fueron pronunciadas á media voz, escuchó con avidéz, prorumpió en llanto dando inconsolables gritos.

—¡Madre mia! ¡madre mia! exclamaba el inocente huérfano besando el cadáver de la mujer. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Está fria! ¡está muerta! ¡Dónde iré sin mi madre de mi corazon!

—No te desconsueles, hijo mio, le dijo la infanta. Llorá, llora á tu madre; pero confía en Dios, que es padre de los desvalidos. Ven acá, ven, pobre huérfano; apártate de ese doloroso

espectáculo y desahoga tu corazón conmigo. ¡Pobre ángel, que apenas pisas la senda de la vida, y ya los abrojos del dolor despedazan tu alma!

Diciendo esto, ella misma tomó la mano yerta del muchacho, que trémulo de respeto y gratitud, le siguió llorando y sin fuerzas para resistirse, hasta la orilla del camino á donde ella le condujo:

—Señora, dijo Alonso de Coca: cuidado no esté ese niño contagiado de la peste negra, de que parece haber muerto su madre.

—Y bien, aunque así sea, ¿qué me queréis decir con eso, amigo mío? repuso la infanta con dulce dignidad.

—No es decirnos que le abandoneis, señora, contestó el capellán, conociendo el peso de la reconvención, pero sí que conven-dría dejáseis para nosotros el cuidado de aliviar su desgracia en vuestro nombre.

—La caridad es celosa, mi buen amigo, pero no escluye á nadie de su ejercicio. Todos podeis tomar parte en el consuelo de este desdichado, dijo doña Isabel.

Y sentando al muchacho en una peña junto á sí, después de mandar traer ropas para abrigo, le preguntó:

—Dime, hijo mío: ¿cuánto tiempo hace que estábais aquí?

—Hace tres días que llegamos, contestó el muchacho: no teníamos que comer, y mi madre no pudo pasar de este sitio.

—¡Qué dolor! ¡Luego ha muerto de hambre!

El muchacho no tuvo fuerzas para contestar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es posible que haya en la tierra seres tan desdichados!—¿Y tú, pobre niño, tampoco habrás comido en ese tiempo?

—Sí, señora, he comido. Yo pedía por Dios un pedazo de pan para mi madre á los que pasaban por el camino: pocos me daban; pero mi madre no quería comerlo y me lo dejaba á mí. Esta mañana pasó un caballero, y le supliqué socorriese á mi madre; pero solo me echó al suelo una moneda, que no recojí. ¿para qué me servía?

—¡Es verdad!... El oro no basta para socorrer la desgracia. ¡Oh! Si ayer no hubiésemos interrumpido nuestra marcha, tal vez habríamos salvado á esa infeliz madre.

—Dinos, niño, preguntó D. Gutierre que no habia cesado de mirar al muchacho en todo este tiempo. ¿Dónde has nacido?

—En Medina del Campo, señor.

—¿En Medina del Campo! repitió el caballero. ¿Tu padre era tejedor de paños?

—Sí señor.

—¿Se llamaba Mendo Alerce?

—Ese era su nombre.

—¿Y el tuyo?

—Rodrigo.

—Tú tenias una hermana jóven. ¿Sabes que ha sido de ella?

—Lo ignoro, señor. Hace tiempo que desapareció de mi casa: mi padre la fué á buscar y no volvió: mi madre lloraba mucho por ella y por mi padre, nombrándolos todos los dias, y pedia justicia por ellos á los jueces de la ciudad; hasta que vinieron los alguaciles y se llevaron todo lo que teníamos. Desde entonces nos faltó que comer. En este tiempo nació ese niño que açaba de morir, y mi madre pasó una larga enfermedad. Luego que sanó de ella, dispuso salir de Medina y dirigirse á Toledo en busca de un tio mio que alli reside: pero en el camino se nos acabaron los recursos, y mi madre adoleció de calenturas: llegamos á este sitio, y no pudimos pasar adelante.

—Dolorosa es tu historia, niño, y mas dolorosa de lo que á tí mismo te parece, dijo la infanta, que le habia escuchado con la mayor atencion.

Y volviéndose á D. Gutierre de Cárdenas, añadió:

—Si no me engaño, amigo mio, vos sabeis lo que esta pobre criatura no puede explicar.

—Lo sé, y os lo contaré despacio cuando gustéis, señora, contestó D. Gutierre.

—Podreis hacerlo mientras proseguimos nuestro camino.

En seguida se dispuso dar algun alimento al muchacho, y avisar al pueblo inmediato para que acudiesen á recoger los cadáveres de su madre y su hermano. Mucho costó arrancar de aquel sitio al sensible Rodrigo, pero al cabo cedió éste á las maternales insinuaciones de la infanta, y marchó en su seguimiento llorando amargamente su desventura.

CAPÍTULO V.

En el cual se dá una muestra de lo que era la justicia en el siglo xv.



La detencion de la infanta permitió á Bonifacio reunirse á la servidumbre de aquella, y marchar en su compañía, por cuyo medio no tardó en saber que era Segovia el término de su viaje; pero prudente y poco diestro, no intentó entrar en mas hondas esplicaciones para no despertar sospechas, y esperó de la casualidad y de su observacion disimulada, el complemento de lo que necesitaba saber.

La infanta iba delante en conversacion con D. Gutierrez de Cárdenas, y la seguian inmediatamente las dos damas, y detrás de ellas D. Gonzalo y el capellan. Todos caminaban silenciosos oyendo á D. Gutierrez, que referia la historia de Mendo Alerce y su infortunada familia, de esta manera:

—Tal vez recordareis, señora, si por ventura fijásteis la atencion en vuestra niñez, haber visto una casa de modesta, si bien agradable apariencia, que se alzaba en un arrabal de Medina del Campo, aislada en el centro de una frondosa huerta, como una colmena en un jardin.

—Sí, recuerdo haberla visto.

—Esa casa era la fábrica de paños de Mendo Alerce, hombre honrado que nunca hizo mal á nadie, y buen vasallo que siempre pagaba los pechos al rey vuestro hermano, y alguna vez le ayudó en sus apuros. Aplicado á su trabajo, el buen Mendo mantenía con su industria veinte familias pobres que le querían como á un padre, y sin salir de su taller daba cuantiosos provechos á ganaderos y mercaderes; porque, señora, el trabajo mecánico aunque cosa de villanos, es una de las columnas en que se apoyan los pueblos y las monarquías,

—Lo sé, amigo mio, repuso la infanta; y aun no he olvidado, ni olvidaré nunca, que mi desdichado padre en los últimos instantes de su vida, deploró no haber nacido hijo de un mecánico... Pero proseguid.

—La felicidad de Mendo estaba cifrada en su familia, y su mundo era el recinto del hogar doméstico. Amaba con particular cariño á una hija suya, primer fruto de su matrimonio, que había heredado la hermosura y mansedumbre de su madre, la robusta constitucion de su padre y las virtudes de entrambos, y que á la sazón contaba ya diez y seis años. La perla de Medina, la llamaban las gentes, y es cosa digna de notarse, que todas las jóvenes de su edad que la conocían, la amaban y ninguna la envidiaba.

—Fortuna grande y rara, observó doña Isabel; porque siendo hermosa y buena, no dejaria de tener amadores.

—Muchos se desvelaban por ella; pero era modesta, recatada y prudente, y nunca daba oído á galanteos; solamente se le conocían relaciones con un jóven pobre y simple tejedor que había quedado huérfano, con quien intentaban casarla sus padres, cuando llegase á la edad conveniente.

«No sé como ni en qué ocasion acertó á ver á Isodora, que así se llamaba la jóven, un tal Perafan de Hinstrosa, mozo disoluto, que á los veinte años era dueño de un señorío considerable y de su plena voluntad, el cual tiene su castillo señorial en una inaccesible roca de la sierra de Ataquines. Desde aquel nido de gavilán, llamado el fuerte de la Calavera, Perafan está

siendo aun hoy día el terror de la comarca: no hay robo, asesinato ni tropelia que él no cometa con la ayuda de un centenar de malhechores que tiene á sueldo, y que apadrinados por él son ejecutores serviles de sus caprichos, é imponen miedo á los mismos magistrados que debieran esterminarlos.

—No me deis mas detalles, dijo la infanta. Segun he oido, son muchos los que viven de esa manera en Castilla, sin que la autoridad tenga fuerza para reprimirlos: nobles degenerados, que prefieren la vida de bandidos á la de caballeros.

—Y otros que, no hallando cabida en el servicio honroso del rey, por haber invadido todas las puertas los hombres de nada, favoritos de los favoritos, buscan una independencia salvaje en el ejercicio de sus propias fuerzas: les han negado el empleo de perros fieles, y se dedican al de lobos carniceros. De esto hay tanto, señora, que si Dios no lo remedia, mal fin le espera á esta desventurada nacion. La mitad de Castilla será devorada por la otra mitad, y podrá llegar dia en que algun enemigo de fuera se apodere de su descarnado esqueleto. Pero sigamos nuestra historia.

«Un dia se presentó Perafan en casa de Mendo, y tomó posesion de una silla con el orgullo propio de su clase y la insolencia de su poca educacion. A la verdad, no era indispensable que tuviese con un simple villano las atenciones que se deben á las personas de calidad, pero sabido es que cada cual es señor en su casa, y Mendo era acreedor á un poco de cortesía.—Con la misma franqueza que habia entrado, Perafan pidió que le sirviesen un vaso de vino.—Mendo que le conocia, no quiso chocar con él, y mandó á su hija que trajese el licor pedido: habló entre tanto afablemente con el rico hombre, y se mostró complacido de que honrase su casa.»

«Isidora presentó la copa al caballero, el cual, tomándola de sus manos, fijó sus lúbricas miradas en la candorosa jóven, que trémula y llena de casto rubor, no se atrevia á levantar sus pestañas. Cualquier hombre de corazon habria sentido un involuntario respeto, ante aquella viva imágen de la inocencia y la pureza. Perafan, tan insolente como malvado, sin reparar siquiera

en la presencia de Mendo, siguió mirando á la muchacha, con una sonrisa de sátiro capaz de ofender á la decencia, y aun se propasó á tomar una de las negras trenzas de sus cabellos, que la bajaban sobre el pecho hasta la cintura, diciendo:

— «Bien haya el que se enrede con tan hermosos lazos.»

— «Mendo se levantó lívido de indignacion, pero reprimiendo su cólera, solo dijo á su hija:»

«Retírate, Isidora; yo te llamaré si es necesario.»

«Habiendo quedado solos Mendo y Perafan, dijo éste:—¿Sabes que tienes una hija preciosa, que merece el amor de un duque?»

«Mendo le miró sin contestar, asombrado de tan imperturbable osadía. Pero el rico hombre, sonriéndose desdeñosamente, continuó:—Pudiéramos hacer un trato, Mendo: yo no debo casarme con tu hija, porque no es mi igual, pero es tan linda, que consiento en hacerla castellana de mi castillo, y te ofrezco en cambio mil ducados de renta. ¿Qué tal? El trato es bueno.»

«El honrado tejedor oyó con fria serenidad esta insultante proposicion, y contestó:—Cuando seais mi igual, ó yo sea vuestro vasallo, podeis volver á mi casa y tratar conmigo de lo que gustéis. Ahora solo os permito salir de aquí cuanto antes, y no volver hasta que os avise.—¡Hola! ¡hola! repuso Perafan; y que humos gastas, compadre: piensa bien lo que mas te conviene, y antes de darme una respuesta decisiva, cuida que sea tal que no puedas arrepentirte.—Sé lo que podeis, y lo que valgo, replicó el industrial: proposiciones como la vuestra no merece contestacion de mi parte—Ya mudarás de parecer, insistió el rico hombre levantándose: tres dias te doy de término para pensarlo, y no te creo tan nécio que no me envíes á tu hija con la respuesta al castillo de la Calavera. Entre tanto procura no meter ruido, pues bien sabes que el escándalo no es agradable á los ojos de Dios.—Dicho esto salió, dejando al tejedor lleno de indignacion é inquietud.»

—Mentira parece que un hombre se atreva á hollar de esa manera las leyes del pudor y las de su propio decoro, dijo la infanta; y es vergonzoso que no haya quien cuide de reprimir tanta osadía.

—¿Qué quereis, señora? *Cuando caput dolet*, como dice el reverendo P. prior de Guisando, todo anda manga por hombro. ¿Cómo han de estar sanas las hojas de un árbol que tiene el corazon podrido? El que debe corregir, necesita que le corrijan, y cuando el jefe de una familia deja que le peguen los que debieran estar bajo su obediencia, no es mucho que los hijos mas fuertes azoten á los pequeñuelos.

—Así es, D. Gutierre, dijo la infanta suspirando: hemos alcanzado la época del reinado de la fuerza; pero yo os prometo que, si en mis manos estuviese el remedio, pronto desaparecerian esas guaridas de bandidos mal llamados señores, que desafian y amenguan el poder de la justicia. Continúad.

—Como podeis pensar, prosiguió D. Gutierre; Mendo guardó la mas profunda reserva, no por respeto al señor de Hinestrosa, sino por vergüenza; pues le subian los colores al rostro solo de pensar que su condicion le obligára á devorar tan villano ultraje sin poder tomar venganza. Ni habló de ello á nadie, ni pensó en contestar al rico hombre.—Así pasaron seis dias, y al séptimo llegaron á su casa, cerca de anochecer tres hombres, uno de ellos mercader palentino, conocido suyo, y los otros mozos al parecer, con sendos caballos cargados de lana. El confiado tejedor los recibió como amigos, dióles de cenar y albergue por aquella noche, como tenia de costumbre, que nunca consintió buscasen otra posada los que mantenian frecuente trato con él. Pero, ¿cuál no sería su sorpresa y dolor, cuando al levantarse por la mañana, encontró al mercader su amigo cosido á puñaladas, los supuestos mozos ausentes, y su hija que no parecia?

—¡Qué horror!

—Todo era obra de Perafan de Hinestrosa. Viéndose burlado en sus deseos, el disoluto jóven habia mandado á sus satélites que espiasen una ocasion para robar á Isidora: los malvados vieron llegar al mercader palentino, á quien reconoció uno de ellos, y asaltándole en el camino, ataron á dos criados que le acompañaban, y le dijeron que le perdonarian la vida si les permitia ir en lugar de aquellos á casa de Mendo, amenazándole

al mismo tiempo con darle muerte, á la menor palabra ó seña que revelase al industrial su secreto. Con esta estratagemá lograron su criminal intento, y para no ser descubiertos, al paso que tapando la boca á la muchacha, que sorprendieron dormida, la sacaban de su casa sin ruido, asesinaban al mercader que podía señalar sus huellas: otro tanto hicieron con los dos mozos; pero Dios que no permite haya nada oculto, salvó la vida á uno de ellos, que contó lo ocurrido.

«Mendo conoció al punto la mano de donde venia el tremendo golpe. La exasperacion de un padre que vé ultrajado su honor y arrebatado una prenda de su corazon, es violenta y disculpa muchos escesos. No es en verdad el honor de un pechero de tantos quilates como el de un noble...

—Permitid que os interumpa, D. Gutierre, dijo la infanta. Creo deber advertiros que muchos de los males que aquejan á Castilla, nacen de tener ideas erróneas de las cosas. El pechero y el noble son dos hombres, sin mas diferencia que las del nacimiento y la educacion; por lo demás, son iguales en sentimientos y afecciones, porque Dios los formó de un mismo barro. Si el noble tuviese esto bien presente, sabria que tan delicado é irritable puede ser el honor del último villano, como el suyo mismo, y respetaria en los demás lo que, tratándose de él, mira como inviolable. ¿Acaso el magnate y el pechero á quienes mutilan un miembro, no sienten igual dolor? Los grados de la sensibilidad moral, solo difieren de los que atañen al cuerpo en la predisposicion del alma, y esta no es efecto de la clase ó categoría del individuo, sino del templo de su alma.

—Es verdad. Por esto, Mendo, cuyo espíritu estaba templado como el del noble mas celoso de su honra, y que adoraba en su hija, marchó inmediatamente al castillo de la Calavera en busca del malhechor, decidido á matarle, si la fortuna le favorecia. Descabellado era este intento, como nacido de las pasiones irritadas, que no permiten reflexionar con acierto. Sin embargo, natural era que Mendo dirigiese sus primeros pasos hácia donde sabia que llevaban á su hija, por si podia llegar á tiempo de rescatarla.

«Con efecto, en el camino alcanzó á los raptores, y trabó con ellos una lucha desigual y desesperada: eran cinco, y él solo iba acompañado de un criado, que al primer encuentro huyó cobarde. A pesar de esta desventaja, el irritado padre mató á dos de los bandidos, pero sucumbió á los golpes de los otros y en presencia de la desventurada Isidora, que perdió el sentido. Esto sucedió á orillas del Adaja, cuyas aguas sirvieron de sepulcro al honrado Mendo.

—«Entre tanto la justicia recibió aviso de la muerte del mercader palentino, y comenzó á indagar cómo y por quién se había cometido aquel horrendo crimen. ¿Creeréis, señora, que las sospechas recayeron sobre Mendo?—Su desaparicion repentina era para los instructores del juicio, un indicio vehemente de su culpabilidad. Se mandó buscarle y perseguirle, y en estos y otros trámites ociosos se pasó el tiempo, y los notarios ensuciaron mucho papel.

«La viuda de Mendo se quejó de la injusticia que se cometía con su marido, alegando como prueba de su inocencia la desaparicion de su hija, y pidiendo que se averiguase el paradero de ésta, en cuya busca y no huyendo, como se suponía, había salido su padre. Los jueces se desentendieron de esto, diciendo que era un negocio distinto y que debía tratarse en otro proceso. La viuda lo intentó, pidiendo así mismo por su marido que no parecía. Pero ¿á quién podía acusar de aquel doble delito? Claro es que á Perafan: mas carecía de pruebas contra él. Las declaraciones del mozo del mercader y del criado de Mendo, solo demostraban que había bandidos en Castilla, dispuestos á robar y maltratar á los caminantes, cosa que, de tan comun, no merecía justificarse. Que un noble señor hubiese cometido la tropelía de robar una muchacha de su gusto, no era inverosímil, mas para formular la acusacion contra Perafan de Hinestrosa, se necesitaba por lo menos haber á las manos el cuerpo del delito.—¿Y quién era el guapo que osase ir á sacarlo del castillo de la Calavera? Si el señor se obstinaba en no abrir sus puertas, ¿quién era capaz de hollar sus fueros de rico hombre, ni con qué fuerza?

«El abogado de la viuda era un leguleyo hipócrita y avaro, que afectando integridad, no se vendía sino al que le pagaba caros sus servicios. Este hombre recibió un día un talego de doblones y un puñal de parte de Perafan, con un pedazo de papel, en que se le decía:

«*Escojed.*»

«El abogado devolvió al mensajero el puñal, y se quedó con el talego, protestando que nunca había dudado de la hidalguía del señor de Hinestrosa, pero que su oficio le obligaba á servir á todos los litigantes.

«Por consejo de este hombre, Perafan se allanó á franquear las puertas de su castillo á la justicia. Los curiales fueron allá, practicaron un reconocimiento, y almorzaron con el señor de Hinestrosa.

«Del proceso resultó que el mercader había sido asesinado en casa de Mendo por unos salteadores: que el rapto de Isidora era obra de los mismos; que no era posible averiguar el paradero de Mendo, y que no habiendo probado la viuda de éste su acusacion contra el señor de Hinestrosa, era de su cuenta pagar las costas del juicio y la indemnizacion de la honra del rico hombre; valuado todo en tres mil ducados.

—¡Qué infamia!

—No quedó en esto: parada la fábrica de Mendo en los siete meses que duró el proceso, no producía nada á su dueña, la cual había consumido sus recursos en gratificar al abogado y demás gente de garra. En un día se presentaron en su casa los alguaciles del tribunal y los arrendadores de las contribuciones, esos judíos sin corazón á quienes vuestro hermano tiene vendida la cobranza de las rentas reales. No hallando dinero, unos y otros comenzaron á disputar sobre los bienes de la pobre viuda, como aves de rapiña sobre cuerpo muerto, y hubo de intervenir la Santa Hermandad para ponerles en paz. Por último, secuestrado cuanto aquella infeliz poseía, fué vendido todo, y cada cual se llevó su parte.

—¡Y quedó consumada la ruina de esta familia!

—Y la de otras veinte que comían á su arrimo; y la corona

perdió un manantial de renta, que unido á otros muchos que cada dia pierde por el mismo estilo, la dejan empeñada: y varios de aquellos tejedores honrados se asociaron á Juan Lainez, el novio de Isidora; que, despechado y sediento de venganza, se hizo bandido; y la autoridad de los magistrados fué vilipendiada y maldecida por el pueblo, que no podia desconocer su parcialidad, su impotencia y su injusticia.

—¡Oh! ¡Qué horrible cúmulo de males, Dios mio! ¡Y todo por no haber en Castilla una cabeza!

—Sí, repuso con disimulada intencion D. Gutierre; por no haber una cabeza, siquiera como aquella de que anoche nos hablaba el almogávar de la venta. El príncipe de Aragon será un gran rey.

—¡Ah! Teneis razon. Dichoso podrá llamarse el pueblo que le obedezca.—Pero conclud: aunque sé ya el desastroso fin de aquella pobre mujer, tengo curiosidad de saber lo demás de su historia.

—Señora, casi lo sabeis todo: para colmo de desgracia, la desdichada habia quedado en cinta, y dió á luz un niño. Sus pesares le causaron un alumbramiento penoso, seguido de una larga enfermedad. Despues, no sé mas que lo que nos ha contado su hijo.

—¿Y no se volvió á saber de Isidora?

—Ignoro lo que ha sido de ella.

La infanta continuó hablando con sus amigas hasta que divisó las airosas torres del alcázar de Segovia. Entonces refrenó su caballo, y se dispuso á esperar que llegase la noche; pues, como ya sabemos, queria evitar que se le hiciese un recibimiento ruidoso.

Estando en esto, se vió aparecer á lo lejos una brillante cabalgata, que venia de la ciudad. Los parciales de D. Alonso habian sabido la fuga de doña Isabel del alcázar de Madrid, y salian á recibirla en triunfo, por convenir así á sus miras políticas. Querian dar publicidad á la adhesion de la infanta á la causa de su hermano menor, para comprometerla y poder contar con sus amigos.

Sin embargo, doña Isabel no consintió en lo que deseaban: cuando llegaron los magnates rebeldes á su encuentro, les mostró su agradecimiento á esta atención con palabras corteses; pero declaró que no entraria en Segovia sino como simple particular.

El astuto marqués de Villena, que hacía de cabeza en aquella diputacion, le contestó:

—Señora, se hará como gustéis: pero nosotros no podremos impedir las manifestaciones del pueblo, que tanto os ama, y que ya sabe vuestra llegada.

La infanta entró en Segovia de noche, y con efecto no pudo evitar que los balcones se iluminasen, ni que el pueblo y los hombres de armas le hiciesen salva de aclamaciones y fuegos de mosquetería.



CAPITULO VI.

Tres novios para una novia.



CON Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestro de Santiago, de quien se ha hecho mención varias veces en este libro, era un personaje singular, cuyo verdadero carácter no ha podido definir la historia. Sagaz y astuto, como su contemporáneo el rey Luis XI de Francia, con quien tuvo algún tiempo secretas relaciones, se le parecía además en el disimulo con que procuraba ocultar á todos sus intenciones, y en lo torcido de su política. Era muy activo y emprendedor, escesivamente ambicioso y audaz en la ejecucion de sus designios; pero, al meditar sobre sus hechos, ocurre la duda de si era un loco dado á la intriga por manía, un malvado propenso por instinto al mal, ó un hombre de talento, que se divertía en revolver el reino, jugando con sus principales moradores, como un niño travieso con una docena de bolos. Diríase que olvidaba el sosiego, pues á trueque de estar en movimiento, abandonaba cualquiera empresa por fácil que se le presentase, y prefería llegar al logro de sus deseos apartándose de la línea recta: muchas veces, cuan-

do sus planes tenian el mejor éxito, cambiaba repentinamente de rumbo, aventurándolo todo por promover una nueva revolucion, al paso que en sus reveses mostraba una tranquilidad imperturbable.

¿Qué se proponia este magnate? ¿Divertirse á costa ajena? Esto es lo que parece inferirse de su resignacion estóica en los contratiempos y de su aparente desprecio de los favores de la fortuna. El jugador de ajedrez que, no teniendo competidor, se entretiene en luchar de ingenio consigo mismo, y poco satisfecho de la facilidad con que vence, desbarata las jugadas, para empezar de nuevo, ó el ocioso que se distrae haciendo por perderse en las calles de una ciudad desconocida, pueden darnos una idea del marqués de Villena ocupado en sus cábalas políticas. Pero no se concibe, á la verdad, como este hombre por otra parte naturalmente humano y sin pasiones violentas, á quien jamás ajitaba el espíritu de venganza, podia entregarse con tanto placer á un género de pasatiempo, solo comparable por sus resultados al de Neron incendiando á Roma. No se concibe que, sin ánimo deliberado de dañar y sin maléficos instintos, enredase al pais en el laberinto de sus intrigas, ocasionando la mas espantosa anarquía y mucho derramamiento de sangre, á no ser que, dominado por la ambicion y la avaricia, se dejase arrastrar muchas veces á cometer actos mas bien habituales que voluntarios, y que la costumbre y una organizacion especial le hiciesen hallar placer en ellos.

Como quiera que fuese, D. Juan Pacheco era temible como enemigo y como amigo, dado que alguien pudiese llamarlo con uno ú otro nombre; pues del mismo modo que en sus proyectos, era incomprendible en sus afecciones, lo que induce á creer que no tenia ningunas, y que, en suma, era un espíritu egoista, frio, calculador y estravagante.

Desde jóven habia revelado su capacidad superior para la intriga y un talento nada comun que empleaba en persuadir á los demás con una elocuencia penetrante y sutil. Era portugués de origen y noble de nacimiento: en tiempo del rey D. Juan II entró á servir en calidad de paje al condestable D. Álvaro de Lu-

na, el cual le adelantó é introdujo en el palacio del príncipe don Enrique, cuyo débil carácter no tardó en ser dominado por la finura, gracia y habilidad del astuto valido. Sus perniciosos consejos arrastraron al jóven príncipe á mil excesos, no solo en su licenciosa vida privada, sino tambien en la conducta rebelde que observó con su desgraciado padre. Sin embargo, la maña del portugués fué tanta que el mismo D. Juan II le confirió el título del antiguo marquesado de Villena, que habia sido confiscado al príncipe D. Enrique de Aragon, yerno del rey, con sus vastos estados, que se hallaban en los confines de Toledo, Murcia y Valencia, y le constituian el vasallo mas poderoso del reino. Recientemente á favor de sus intrigas é influencia, y engañando al conde de Benavente, que estaba casado con una hija suya y pretendia el maestrazgo de Santiago, se habia hecho investir de esta dignidad por los capitulares de la órden, con lo que su poder, riquezas é influjo escedian en mucho á los del mismo rey.

Hemos creido necesario dar estos detalles, porque, sin ellos, no se comprenderia fácilmente el miedo que infundia este magnate á los demás en una edad de hierro, en que la espada cortaba todos los nudos, y porque parecerian inverosímiles algunos de los acontecimientos en que debe tomar parte.

La infanta doña Isabel, tanto por esquivar las demostraciones de júbilo con que la recibió el pueblo de Segovia, demostraciones cuyo móvil político no podia ocultarse á su mucha sagacidad, y que recibia de mal talante, cuanto por entregarse sin testigos á las dulces emociones de su cariño fraternal, tomó pretesto del cansancio de su viaje para despedir á los nobles que habian salido á recibirla, y demás personas que acudieron á visitarla, y se quedó sola con su hermano D. Alfonso. Pero antes encomendó á su amiga Beatriz, la mora Azhuma, y previno á D. Gonzalo Chacon que hiciese vestir convenientemente al niño Rodrigo Mendez y lo confiase al cuidado del prior de Gerónimos de aquella ciudad, fray Bernardo Mesa, encargándole con mucho encarecimiento su educacion y asistencia.

El alcázar de Segovia estaba todavia en poder de Pedro de

Munzares, alcaide puesto allí por el rey D. Enrique, y aunque aquel sugeto tenia tratos con los partidarios de D. Alfonso para entregar la fortaleza, no lo habia hecho aun, y el príncipe se hospedaba en el palacio del obispo D. Juan Arias, que era quien, por satisfacer un resentimiento personal, acababa de poner la ciudad en manos de los rebeldes coligados. En el mismo palacio paró la infanta con sus amigos, donde la dejaremos, para trasladarnos á un antiguo edificio de planta gótica, que se alzaba en aquel tiempo en el extremo occidental de Segovia, é inmediato á las murallas.

Delante de este edificio, ya carcomido por los años, habia una plaza, en la cual desembocaban varias calles. Por una de estas, dirigiéndose á él, iban dos caballeros embozados en sendas capas y andaban pausadamente conversando con intimidad: á una respetuosa distancia les seguian cuatro estaferos, especie de bravos, hombres desalmados que los nobles necesitaban tener á su servicio, especialmente en las ciudades para resguardo de sus personas.

Ya estaban nuestros embozados cerca de la plaza, cuando de pronto se destacó de la esquina misma del antiguo edificio un bulto negro, que aparentaba ser el de un mendigo. Al mismo tiempo, confirmando esta apariencia, se oyó una voz lastimera que decia:

—Nobles señores, almas caritativas, socorred al pobre ciego que vive condenado á perpétua noche.

El mas pequeño de los dos caballeros, que por su andar grave parecia ser tambien mas anciano, llevó la mano á sus bolsillos, como para sacar una moneda, y dijo al otro que le acompañaba con voz dulce, pero que revelaba una órden:

—Sigue adelante, Diego.

Y se encaminó hácia el mendigo, al cual dijo una palabra, tan callando, que solo de él pudo ser oida, y le tendió la mano, como para darle limosna, pero el mendigo, sin tomar nada, le entregó rápidamente un papel, murmurando un «Dios se lo pague.»

El embozado se reunió con su compañero, y continuó su ca-

mino sin haber despertado sospechas en ninguno de los que con él iban, pues sin duda estaban acostumbrados á verle hacer obras de caridad por su mano; y apenas doblaron todos la esquina, el supuesto ciego se alejó por la calle arriba, como un hombre que ha cumplido su comision, y nada le queda que hacer.

Al llegar los dos caballeros á la puerta del casaron gótico, los alabarderos y espingarderos que habia de guardia en el ancho vestíbulo y á la salida de la escalera, les presentaron sus armas en señal de acatamiento. El oficial que estaba de servicio se presentó para hacer alarde de su vigilancia, y recibir cualquiera órden que se le comunicase.

El mas anciano de los dos caballeros dejó pasar delante al mas jóven, que se dirigió al salon principal del edificio, y á los estaferos que se encaminaban á su departamento especial, escepto á uno muy jóven, á quien mandó esperarle á la puerta de su cámara; y llamando aparte al oficial, habló con él en voz baja,

Este oficial era un hidalgo portugués de buena casa, que no teniendo nada que heredar de su familia, se habia dedicado, como otros muchos, á la vida aventurera. Ignorante en sumo grado, no conocia mas leyes que las de la fuerza, ni mas artes que las de las armas: hombre robusto y valiente á toda prueba, tenia el corazon tan duro como la coraza que lo cubria, y era fiel á su señor accidental, cuyas órdenes acataba y cumplia sin exámen ni interpretaciones, mientras le ligase la palabra de servirle; pero dispuesto siempre á romper sus compromisos, tan pronto como cualquier otro señor le ofreciese mas ventajas. El traje de este hidalgo formaba contraste con su figura tosca y ruda, que no carecia sin embargo de vivacidad y revelaba cierta penetracion natural: sobre su armadura brillante, cincelada y embutida de lujosos arabescos, llevaba una especie de cota de seda, ricamente guarnecida de plata, con un blason bordado al pecho cuyos lambrequines eran de oro: en el escudo figuraban las armas del marqués de Villena, lo mismo que en el broche que sujetaba las plumas de su gorra de terciopelo.

El personaje que se detuvo á hablar con el oficial contaria unos cincuenta años, y vestia un traje completamente negro, sin

bordados ni adornos de ninguna clase; y á no ser por la roja cruz de Santiago que llevaba al pecho en el justillo y el costado izquierdo de la capa, se le habria tomado por un sugeto insignificante, ó cuando mas por un letrado. La estatura de este hombre era mediana, su constitucion nerviosa, su rostro pálido y flaco, aunque animado de una sonrisa benévola, que fácilmente podia equivocarse con una espresion de burla: su cabellera cana y despoblada, conservaba vestigios de haber sido rubia, como tambien su bigote y perilla, únicas partes de la barba que no llevaba afeitadas, y que se conocia cuidaba con una coquetería de jóven presumido: tenia la frente alta y despejada, y con solo una arruga vertical que dividia sus finas cejas, bajo las cuales, profundamente hundidos, brillaban sus ojos pequeños, alegres por lo comun, pero inmóviles é inalterables como los de una estátua. El conjunto de esta fisonomía no inspiraba sentimientos de ninguna especie, ni prevenia en favor ni en contra de aquel cuya era, y difícil si no imposible habria sido al hombre mas perspicaz adivinar por sus inflexiones los pensamientos que bullian en aquella cabeza. Tal era el poderoso D. Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestre de Santiago, cuyo carácter moral hemos procurado delinear anteriormente. Para completar su retrato diremos que su apostura y modo de andar eran arrogantes y hasta tenian cierto aire de petulancia, que habria sentado bien á un jóven libertino.

—Hola, mi buen Manoférrea, dijo el marqués en tono de familiaridad á su servidor. Y añadió en seguida, dándole un golpecito en el hombro:—Como sé que os agrada el sobrenombre, no os llamo nunca Beltran de Souza... Perdonad.

—¡Oh, señor! contestó Souza, inclinándose: podeis llamarme como gustéis, mientras no me digais perro-judío.

—¡Eso no, por vida de mi padre! Sé que sois noble y buen cristiano, y que no habeis ganado la fama de mano de hierro en ningun burdel... Pero vamos al caso. ¿Presumo que no os desagradaria echar un paseo por nuestra tierra?

—Señor, á mi me agrada todo lo que sea serviros: sabeis que mi espada y mi persona están á vuestra disposicion. Si es

necesario ir á Portugal, lo mismo allí que aquí me tendreis siempre pronto á complaceros.

—Sí; sí, será menester ir. Tengo un encargo que hacer, y no sabia confiarlo sino á una persona de vuestra lealtad y valor.

—¡Oh! lo que es eso podeis tenerlo por seguro, contestó Souza con ingénua jactancia. Yo no sabré leer el a-b-c, pues al cabo no me crié para canónigo, ni es menester saber latin para abrir á un jayan de un cintarazo; pero se me puede confiar cualquier encargo de honor.

—Pues bien, haced vuestros preparativos para mañana al amanecer: confiad la guardia á Gutierrez, y venid luego á recibir mis instrucciones. No es necesario que nadie sepa que estais de viaje.

Dicho esto, el maestre subió á su habitacion particular, á cuya puerta le aguardaba el jóven estafero; de quien queda hecha mencion.

El marqués abrió la puerta, echó una ojeada dentro, y no viendo allí á nadie, se volvió al jóven, y le dijo:

—Presumo que no conocerás á Briando, mi ayuda de cámara.

El jóven se inclinó respetuosamente, y contestó:

—Señor, no es estraño que no le conozca, estando solo desde ayer á vuestro servicio.

—No importa: sube por aquella escalera que allí se vé, y al primero que encuentres, pregúntale por Piel del Diablo, y en seguida te darán razon. Hazle venir aquí al momento.

El jóven estafero partió diligente á cumplir la órden de su señor, mientras éste entraba en su cámara, murmurando palabras ininteligentes. Viéndose solo, cerró la puerta, dió vuelta á la estancia, tocando en varios puntos de los tapices, y acercándose á una mesa que habia delante de un sitial, junto á una espaciosa chimenea, y sobre la cual ardian cuatro velas en un candelabro, sacó de su escarcela el papel que le habia dado el pordiosero. Era una carta cerrada y sellada con un signo cabalístico; el marqués rompió el sobre y leyó la carta. En seguida la acercó á una de las luces y le pegó fuego, y cuando hubo dejado de arder, arrojó las cenizas á la chimenea.

—Está bien, está bien, dijo para sí: mañana iremos á ver á nuestros buenos amigos, y haremos que Diego entre en relaciones con ellos. ¡Pardiez! Ya es tiempo de que ese mozo me ayude y aprenda á trabajar en pro de su familia. Él es listo como un corzo y no carece de astucia: tiene la sangre un poco caliente todavía, y se deja llevar mas de lo conveniente de su espíritu caballeresco; pero esto se pasará con el tiempo... y cuando sepa lo que le conviene... Sí, será hombre de provecho.

Las cavilaciones del marqués de Villena fueron interrumpidas por un hombre que, sin hacer el menor ruido, abrió una puerta oculta detrás de un tapiz, levantó éste, y apareció delante, quedando inmóvil, en una actitud graciosa que le hacía parecer una figura destacada del paño que acababa de mover.

Este hombre era pequeño y moreno: tenia la cabeza diformemente grande en proporcion de su cuerpo, y lo saliente de sus pómulos descarnados, lo sumido de su boca, lo escaso de sus barbas negras, y lo brillante de sus ojos redondos y grises, le daban el aspecto de un gato montés. Su fisonomía revelaba tanta astucia y malicia, que no era parte á desvanecer esta impresion del momento, que recibian cuantos la miraban, la especie de sonrisa que habitualmente contraia los lados de su boca, formando arrugas concéntricas. El traje de este raro sugeto era el de un servidor de buena casa, pero en sus colores alegre y chillon como el de un bufon ó juglar.

—¿Por fin, os dignais venir á servirme, señor Piel del Diablo? dijo el marqués de Villena volviendo imperceptiblemente la cabeza hácia el recién llegado. ¿Sabeis que me van dando intenciones de pedir para vos un título de duque al ex-rey D. Enrique?

—No me vendria mal, señor, contestó con poca reverencia Piel del Diablo; sobre todo si al título acompañasen treinta ó cuarenta mil ducados de renta.

—¿Qué tal el villano mal nacido! repuso el marqués sin dar á sus palabras la menor intencion de ofender. ¿De modo que, con tal de ser grande y rico, no rehusarias las mercedes de un rey destronado?

—Señor, á mí me equivocaron el nombre en la pila; debieron ponerme Tomando y no Briando. Yo tomo lo que me dan, y no miro al dador, sino al dado; en lo cual no hago mas de lo que haria cualquier señor de pendon y caldera, ó cualquier conde ó marqués encopetado.

El marqués se mordió los labios, y desentendiéndose de la alusion directa de su insolente criado, dijo:

—Ello es que, con tres bernardinas, no me has contestado á mi primera pregunta. ¿Dónde estabas, que no has acudido á servirme como corresponde?

—Como son tantas las tareas que tengo á mi cargo, no debéis estrañar que haya faltado, estando ocupado en vuestro servicio.

—¡Ah! estabas ocupado en...

—Sí: ocupado en mi oficio de dueño, para lo que maldito si valgo un ardite. ¿A quién le ocurre hacerme guardian de doncellitas errantes?

—No me parece difícil el oficio para un hombre que se llama Piel del Diablo. Pero, en fin, ¿ha ocurrido algo?

—Nada, sino que esa chicuela no quiere entrar en razon. Obstinada en que no es justo que la tengan encerrada, y en que no comerá ni dormirá mientras no se la permita andar suelta, ó al menos tener compañía de personas mas amables; pasa la mayor parte del tiempo llorando como una Magdalena.

—¡Por los cuernos de Satanás! exclamó el marqués santiaguándose. ¿Sabeis, maese Briando, ó maese Diablo, que no me gusta eso? Es lo peor que nos pudiera suceder; seguramente la tratáis mal.

—Por la piel de Satanás, os juro, señor, que no puedo tratarla con mas dulzura; solo que ella es terca, y no hay paciencia que la aguante. Unas veces llama á su madre de su alma, otras quiere dar gritos para que la oigan y la socorran, otras, —y esto es lo menos malo,—pide que la presenten al señor de este castillo, para que la deje libre, ó la quite la vida. Os aseguro que estoy divertido: si quisierais tomar el consejo de un miserable como yo, lo mejor que pudierais hacer es regalársela

á vuestro tío el arzobispo, para entretenerle, ó inducir á vuestro mayor enemigo á que se case con ella.

—No sería malo casarla contigo.

—*Liberame Dómine!* No creo, señor, que me queráis tan mal... Aunque, bien mirado... ¿Lo decis de veras, señor?

—No soy tan zote ni tan malo, señor rapista, que quiera echar margaritas á puercos. ¿Paréceos, insigne mándria, que una muchacha como una rosa, y que está ahora en sus diez y seis abriles, si no me han informado mal, haría buena liga con un perillan de vuestra facha y de vuestros años?

—Bien dicho, señor, bien dicho. Perdono la torta por el escorron; aunque quien sabe si, hablándola de matrimonio, se amansaría... Pero luego, las consecuencias... No, no, bien se está San Pedro en Roma, pues aunque no soy del todo feo, hay otros mas bonitos que yo, y... quien quita la ocasion, quita el peligro. Por esto, como soy hombre de carne y hueso, y no estoy libre de malas tentaciones, me alegraría, señor, que cuanto antes dispusieseis lo que haya de ser esa moza, pues que yo no respondo de ella ni de mí.

—En cuanto á eso, contestó el marqués con la sonrisa en los labios, no paso cuidado: tengo allá abajo una garantía de fidelidad, compuesta de tres palos y una cuerda, que me escusan muchos quebraderos de cabeza... Pero, ¿qué es eso, amigo Briando? Te has puesto pálido, y no hay por qué. Yo sé muy bien que no es necesario contigo apelar á recursos tan vulgares, y estoy satisfecho de tu lealtad.

—Gracias, señor.

—Por lo demás, continuó el marqués, ya procuraré quitarte ese cuidado lo mas pronto que sea posible, como que tengo en ello un particular interés. ¡Diablo! Según lo que me has contado, sería capaz esa pobre chica de dejarse morir, ó al menos de enfermar, si continuase mucho tiempo bajo tu custodia. No, no, eso no lo puedo yo consentir. Ya pasará á verla, y espero ser mas afortunado con ella que tú.

—Siempre lo fuisteis con las mujeres, señor; y extraño fuera que esta no se rindiera á vuestra señoría.

—No aguces tu malicia, porque esta vez de nada te sirve.—
¿A ver? Siéntate á esta mesa, que vamos á escribir.

Dicho esto, el marqués echó un papel doblado en forma de carta sobre la mesa; Briando se sentó en frente de él, tomó el papel, limpió una pluma, y se la colocó detrás de la oreja, como haria el escribiente de un notario.

El marqués se levantó, dió dos ó tres paseos por la estancia, y parándose de pronto junto á su criado, puso un dedo sobre el papel: despues de algunos momentos, retiró el dedo, que fué inmediatamente reemplazado en el mismo sitio por la pluma del escribiente, y comenzó á dictar:

«Tengo la satisfaccion de anunciaros que la jóven consabida «está ya en nuestro poder. Esto, como comprendereis, allana «muchas dificultades. Dispuesto á favorecer vuestra causa, con- «tra cualquiera otra pretension que se presente, me apresuro á «ofreceros mi mediacion, anticipándome lo posible, para evitar «que nos ganen la partida. Si os resolveis, pedid formalmente la «mano de la pretendida, y descansad en mi cooperación. Es me- «nester que esto sea pronto: los sucesos se complican, y aunque «yo me congratulo de tener en mi mano la llave del porvenir, «no sabemos lo que sobrevendrá mañana. Sin embargo, la faz de «los astros se nos presenta favorable, segun me ha informado el «mejor astrólogo de Castilla, hombre de mi entera confianza, el «cual presagia un cambio de dominio en un tiempo no muy le- «jano. Apresuraos, pues, á coger los del amor y la fortuna.»

—Muy bien; basta con eso, dijo el marqués. Ahora saca dos copias iguales de esta carta, y avísame cuando estén concluidas.

—¿Dos mas? preguntó Briando, que creia haber entendido mal.

—Sí, dos. ¿Qué tiene eso de particular?

—Nada, señor, nada.

El marqués salió del aposento por una puerta secreta, y dejó solo á su criado, que se devanaba los sesos para comprender el objeto de aquella triple misiva.

—El diablo y ese hombre son dos en la forma y uno en la esencia, decia para sí Briando, mientras hacía rechinar la plu-

ma en el papel.—No entiendo esto: aquí parece que se trata de la chicuela de arriba, que, á juzgar por su traje, me había parecido una pobrecilla paloma caída en las garras del gavilán; pero veo que se la dá mas importancia, y ahora recuerdo que efectivamente tiene un aire de distincion y unos moditos que infunden respeto. ¡Pardiez! Pero ¿quién puede ser esa doncella errante? ¿Ni qué tiene que ver ella con los sucesos... ni con los astros... ni con... Llévase Judas á la doncella y á su procurador... Y tres cartas... tres, nada menos. ¿Querrá casarla con tres á un tiempo?—Vamos, esto se comprende: pretendiéndola tres, malo ha de ser que no se la lleve alguno. Esto es claro... Sin embargo, no me satisface del todo esta esplicacion. Dice bien el marqués: mi malicia y mi agudeza de nada me sirven por esta vez... ¡Pero, tá, tá, tá! ¡Ya dí con el hilo! exclamó de pronto el astuto sirviente, que no en vano llevaba el apodo de Piel del Diablo.—Consiento que me desuellen vivo si no se trata de la infanta doña Isabel. ¡Oh! ¡viejo marrullero! Te conozco bien y no me engañan tus tretas.

Mientras así cavilaba Piel del Diablo, el marqués de Villena habia salido á su antecámara, y encontrando allí vigilante al jóven estafero, le dijo:

—Aquí no haces ya falta. Vete á la habitacion de Briando, y estate á la puerta, cuidando de que nadie salga ni se acerque á ella, hasta que él vuelva. ¿Me has entendido bien?—Veamos que tal te portas: me has agradado y quiero acostumbrarte á mi servicio. Sobre todo, ten entendido que, para merecer mis favores, se necesita ver y oír, cuando á mi me convenga, y olvidar siempre.

—Señor, contestó el jóven: sé lo que debo á vuestra señoría, y lo que me permitirá no olvidar jamás: sé que mi vida es vuestra y que no tengo ojos ni oídos mas que para servirlos.

—Así me gusta, Juan.—¿No es Juan tu nombre?

—Juan Lainez, señor.

—Tienes un apellido ilustre.

Sin embargo, señor, pertenezco á una familia de pobres menestrales, y esto me hace agradecer mas el favor de la vida que

me habeis dispensado; pues cuando caí en poder de vuestras lanzas, no creí escapar de la horca.

—No lo agradezcas á mi generosidad, Lainez, si no á tu valor: hombres de tus prendas personales son tesoros que yo aprecio y busco, y mal podia entregarte al verdugo conociéndote.

—¡Ah, señor! ¡cuán generoso sois conmigo! exclamó Juan Lainez doblando una rodilla, y tomando la mano al marqués para besársela.

—¿Qué haces, aturdido? ¿qué haces? dijo el marqués mirando á todas partes. —Levántate, y corre á tu puesto. Mucha vigilancia, y ten presentes dos cosas: que nadie se acerque al aposento de Briando, ni salga de él, y que prestes mucha atención á lo que quiera que suceda.

—Lo haré como mandais, contestó el jóven; y partió á cumplir su consigna.

Don Juan Pacheco le miró alejarse, diciendo para sí:

—Eso es lo que se llama un mozo de provecho; todo fuego, arrojo y decision: es un barril de pólvora que solo necesita para hacer estragos la llama de un esparto encendido... Yo aplicaré á su tiempo este esparto... y arda el que arda.

En seguida, frotándose las manos, como un hombre satisfecho de sí mismo, pasó á una vasta pieza, en cuyo fondo habia una chimenea tan espaciosa como muchos aposentos modernos: en este inmenso hogar ardian algunos troncos de encina, y delante de ella estaba recostado en un sillón un apuesto caballero, en la flor de su juventud, leyendo un grueso infolio, que tenia apoyado en las rodillas y en el borde de una mesa. Este jóven, aunque mucho mas corpulento que el marqués de Villena, tenia con él muchos rasgos de semejanza.

Al sentir los pasos del maestro, el caballero cerró su libro, dejando como señal un dedo dentro, y se levantó respetuosamente.

—Quieto, quieto, D. Diego, dijo el marqués:—Siempre aplicado. ¿Eh? ¿Qué estabas leyendo? Algun libro de caballerías.

—Algo tiene de eso; contestó el jóven recobrando su asiento. Es el gran *Poema de Alejandro*, que escribió el presbítero Juan Lorenzo de Astorga.

—Sí, le conozco. ¿A ver? ¿Vas muy adelantado?

—No, señor: lo tomé ahora poco para entretenerme.

Y diciendo esto el jóven puso el libro abierto sobre la mesa. El maestre echó una ojeada á los versos de Juan Lorenzo, que estaban magníficamente manuscritos en gruesos caracteres góticos, y repuso:

—Esto es. Ya habrás visto, hijo mio, como el famoso héroe macedon se indignó cuando supo que su padre Filipo era vasallo de Dario, rey de Babilonia, y como juró no comer pan á manteles, ni beber sino agua clara, ni reposar en lecho hasta haber librado á su pais del vergonzoso vasallaje.

—Sí, señor, eso estaba leyendo cuando habeis llegado.

—Lectura muy provechosa para el hijo del primer rico hombre de Castilla; es decir, casi un Filipo, vasallo de un rey de Babel. ¿No te parece que hay en esto algo de que tomar ejemplo?

—Si no os esplicais mas claro, no sé lo que me quereis decir.

—¡Válgame Dios, y que niño eres! Dime: ¿te parece que has nacido para pasar toda tu vida doblando la rodilla, y teniendo el estribo á cualquier badulaque, menos rico y mas ignorante que tú, á quien un capricho de la suerte hizo rey? ¡Pardiez! D. Alejandro era un mozo de provecho, que sabia donde le apretaba el zapato. Ponte la mano en el pecho y en la frente, y dime si no hay algo mas ahí que en esa armadura vacía que se llama Enrique IV, ó en ese mozo de espuela que se llama Alfonso. Por San Miguel, mi patron, que si no viese yo en tí otra cosa que el sucesor del marqués de Villena, me avergonzaria de haberte engendrado.

El jóven D. Diego Lopez Pacheco miró á su padre con aire de sorpresa y como dudando que hablase con seriedad:

—Presumo, señor, dijo, que os chanceais.

—No diré que no: las cosas de este mundo son un juego de azar, y la dinastía reinante de Trastamara no es, si bien se mira, sino una jugada, una broma un poco larga y algun tanto pesada.

—Y bien, señor; el hecho mismo de ser acatada esta dinastía descendiente de un bastardo, es una prueba de que Castilla no sufre otros señores que los hijos de sus reyes, y de que los profiere aunque sean ilegítimos, á lo mas escogido de cualquiera otra raza.

—¿Te parece que llegará á reinar la *Beltraneja*?

—De ningun modo.

—¡Ah!... Ya ves como las ideas cambian. La opinion pública es barro en bruto, y un diestro artífice labra con ella lo que quiere.—Óyeme bien, y no olvides mis palabras: veinte años hace que trabajo con una perseverancia infatigable, y puedo jurarte que no he trabajado en vano. Para levantar un edificio nuevo es menester destruir el antiguo. ¿Te parece que hay muchas piedras en pié?

—No faltan, señor.

—¿Cuáles son?

—Don Alfonso es un jóven de esperanzas; á falta de él, su hermana revela una gran capacidad. La familia de Aragon puede alegar derechos á la corona de Castilla.

—¡Bah! ¡bah!... No me hables de personas, D. Diego: las personas son piedras que se demuelen ó se trasladan para construir otros edificios. Háblame de ideas, de instituciones. ¿Qué ves por todas partes sino barbarie, desmoralizacion y angustias de muerte? Ponme á un hombre de talento en medio de ese caos, un hombre de cabeza donde nadie la tiene; donde cada cual fia el éxito de sus planes ambiciosos al número de sus lanzas, y dime ¿qué no puede hacer este hombre?

—Y acaso, ¿no vale nada la fuerza?

—¡Pse!... La fuerza se divide, choca y se destruye á sí misma. Ser uno fuerte, y dividir la fuerza agena, es haber triunfado.

—Confieso, señor, que no alcanza mi penetracion á donde llega vuestra sabiduría. Por eso me parece vuestra pretension imposible.

—¡Imposible!... Sabes poco la historia, D. Diego. Roma subyugó á Grecia declarándola independiente, y haciendo rey á

cada uno de sus ciudadanos. ¿Cuántos reyes habrá en Castilla dentro de poco? Tantos como vasallos. El desórden dió á la misma Roma muchos emperadores que eran simples soldados... ¡Oh! el desórden es una gran cosa. Las gentes se cansan, se marean, se aturullan, y les pasa como á las ranas que pedian rey. ¿No recuerdas la fabulilla de maese Esopo? Pues bien, eso está pasando ahora, y te juro por la cruz de Cristo, de que soy caballero, que no se han de contentar los castellanos con ninguno de sus reyes, hasta que...

—¿Hasta que les venga un culebron, que les sujete y se trague al que chille?

—Eso es: no queria decirlo, á ver si lo adivinabas.

—Pero es menester que ellos lo pidan.

—Ya lo pedirán. Llegará un dia en que, por arte de encantamiento, saldrá una voz de todas partes pronunciando un nombre. Castilla tiene el derecho de proclamar sus reyes, y será menester despertar su celo por este precioso privilegio algo maltratado por la injuria de los tiempos. Despues... despues lo del culebron.

—Cuidado, señor con eso. Don Pedro de Castilla pretendió ser el culebron de la fábula, y esto le perdió.

—Don Pedro fué un botarate, que jugaba á cartas vistas, y queria tener siempre la cuerda demasiado tirante. Sintiéndose con la fuerza del tigre, creyó imposible que le abatieran los sabuesos. Luchó de frente, y lo despedazaron. No es esto lo que se necesita, sino la astucia del raposo, y el poder del leon... Pero vamos demasiado lejos: no ha llegado aun la hora de reedificar y es inútil.—He creido conveniente hablarte de esto, á fin de que no estés desprevenido.

Don Diego se encogió de hombros, y repuso:

—Bueno es saber que os ocupais en eso, aunque solo sea para poder velar por vuestra seguridad.

—Y para que veles por la tuya, D. Diego. Lo que acabas de saber te compromete tanto como á mí.

—No temais que yo revele vuestro secreto, contestó el jóven algo resentido. ¿Pero quisiera saber, qué peligros me amenazan, á mí, que en nada pienso?...

—¡Silencio! Ya hablaremos despacio, dijo el marqués interrumpiendo á su hijo.

Acababa de sonar un ténue ruido en un testero del salon: á poco apareció entre los tapices la diforme cabeza de Piel del Diablo.

—¿Está eso? preguntó el marqués.

—Si señor.

—¡Adios, D. Diego! hasta mañana.

El jóven saludó á su padre, y éste se dirigió á su cámara entrando por la puerta que acababa de abrir Piel del Diablo, á quien dijo:

—Vé y llama al caballero Souza, y entreténlo en la puerta hasta que yo avise.

Apenas hubo salido Briando, el marqués examinó las cartas, escribiendo al pié de cada una de ellas algunas líneas, y á la cabeza los nombres de las personas á quienes iban dirigidas.

En la primera puso:

«A su alteza el señor rey D. Alfonso de Portugal.»

Y despues de cerrada, escribió en el sobre:

«Al ilustrísimo señor arzobispo de Lisboa.»

En la segunda puso la direccion: «A su alteza, el señor príncipe duque de Guiena.»

Y la cerró con dos sobres: el interior para S. M. el rey Luis de Francia; y el exterior para el señor Olivier-le-Daim.

Por último, la tercera fué dirigida á su alteza Ricardo, duque de Gloucester.

Hecho esto, el marqués guardó en su escarcela las dos últimas cartas, murmurando:

—Si con tres redes no cojo un pájaro, soy el peor cazador del mundo. Bueno fuera que los tres acudiesen al cebo; no habria nada perdido, pues como yo tengo los hilos, tiraré del que me acomode. Magnífico juego, en que nunca puedo perder: tres rivales luchan y se matan, pero no conferencian jamás entre sí. Luis XI á nadie dice la verdad, y á trueque de salir de su caro hermano, recibiria esta misiva como el agua de mayo.

Eduardo IV solo piensa en francachelas, que le impide gozar

en paz su revoltoso duque: y en cuanto al vejete de Portugal... ¡Oh! este es el mas seguro: apostaria el maestrazgo de Santiago á que está enamorado de Isabelita: por lo menos tiene interés en llevársela, para ir dejando espedito el campo á su nieta la *Beltraneja*. ¡Pobre hombre!

Acabando estas reflexiones, tomó el marqués un martillo de plata y dió un golpe en un timbre de acero. Briando entró seguido de Manóferrea.

—Puedes retirarte á descansar, amigo Briando, dijo el maestro.—Venid, Souza.

Piel del Diablo salió, mirando atrás de reajo, y Souza se acercó á su señor, el cual añadió, entregándole una de las cartas y un bolsillo de oro:

—Aquí teneis: esto para el arzobispo de Lisboa, y estotro para vos. Si en el camino tuviereis algun mal tropiezo, comeos la carta. Decidme: ¿no hay en mi guardia un francés, un tal Dubois?

—Sí, señor.

—Hacedle venir, y ya sabeis: al amanecer en marcha.

Manóferrea se retiró, y á poco entró el francés. El maestro le dió algunas intrucciones, y le entregó la carta para el duque de Guiena. Despues le confió la que iba dirigida al príncipe inglés, á fin de que la hiciese remitir desde Francia á su destino. Hecho esto, entró en su alcoba, se desnudó solo, y se metió en la cama frotándose las manos de gozo.



CAPÍTULO VII.

De como Juan Lainez encontró lo que no esperaba.



LA estancia en que habitaba el ayuda de cámara, confidente y secretario privado del marqués de Villena, se hallaba situada en una torre muy alta, que debió de ser en lo antiguo la primera construcción, á cuyo arrimo se fueron agrupando con el tiempo las demás partes del gótico edificio. Conservaba esta torre el nombre de Homenaje, con que se distinguía en las fortalezas señoriales á la mas gigantesca, sólida é inespugnable de sus obras, donde se colocaba por lo comun le pendon ó enseña del señor feudal ó del rey en su caso; y tanto por la estructura de sus gruesos muros, cuanto por la forma de sus ventanas y saetías, parecia remontarse su origen al siglo VIII, y haber sido el núcleo de uno de aquellos castillos formidables que se alzaron en los primeros tiempos de la dominación agarena.

La superstición, que todo lo abarcaba en estos siglos de sentimiento juvenil, en que la imaginación era mas poderosa que el raciocinio, habia hecho que se mirase la antigua torre con un

respeto invencible. La parte superior; inhabitada desde tiempo nimerioral, estaba casi destruida, y toda voz ó grito que en el silencio de la noche se profiriese, no dejaba de ser repetido con lúgubre murmullo en sus bóvedas descubiertas y quebrantadas: el efecto acústico solia ser á veces tan original y sorprendente, que la reproduccion de las palabras parecia un sarcasmo burlesco de algun ser invisible. Los murciélagos y las lechuzas, aves de mal agüero, como amigas de las tinieblas, que son el imperio del diablo, frecuentando con predileccion aquel lugar inaccesible, contribuian con sus chirridos á exaltar el terror supersticioso que, por otra parte, se fundaba en tradiciones pavorosas. Decíase que los cimientos de aquella torre llegaban hasta las entrañas de la tierra, y que nadie habia podido penetrar impunemente en sus mas hondos subterráneos, los cuales se suponian eran abismos sin fondo y vastas cavernas habitadas por misteriosos seres. Referíanse anécdotas capaces de erizar los cabellos: el fundador de la torre habia sido un condenado moro, gran mágico y enemigo de Dios, el cual estaba enterrado en vida por toda la eternidad al pié de aquellos muros, desde donde conspiraba contra las almas cristianas á fin de conducir las á su perdicion: en prueba de esto se citaban ejemplos muy notables é indicios existentes en algunos aposentos de la torre. Mas de un noble caballero habia pretendido bajar al fondo de ella en busca de tesoros que se suponian estaban allí escondidos, ó atraidos por la curiosidad y el deseo de señalarse acometiendo una escena que se reputaba imposible, y no habian vuelto á salir. El célebre D. Enrique de Villena, poseedor de aquel edificio en tiempos no muy remotos, allí aprendió, al decir de las gentes, las ciencias ocultas, y el espíritu malo, su maestro, le indujo á dejarse picar y encerrar en una redoma, para de este modo hacerle morir sin confesion y apoderarse de su alma. Por último, era notorio que en cierta cámara subterránea, que nadie habia visto, existian en una pared las marcas de dos manos ensangrentadas, de las cuales emanaban quejumbrosos gemidos en las noches tempestuosas.

Lo que en todo esto pudiese haber de verdad, discúrralo el

discreto lector. Ello es que las buenas gentes del siglo xv, aun muchas de las que por su posicion social se distinguian del vulgo, daban entero crédito á estos rumores, que algun fundamento tendrian, pues no hay efecto sin causa, ni aun en los extravíos de la imaginacion: ello es que á la torre se atribuia una influencia perniciosa en el ánimo de su poseedor, cualquiera que este fuese, y que nadie se acercaba solo á ella, sobre todo á las altas horas de la noche.

Juan Lainez, como nuevo en la casa del marqués de Villena, ignoraba las tradiciones y consejos de la torre del Homenaje, ó de los *Encantos*, segun vulgarmente se la llamaba. Obedeciendo las órdenes de su señor, subió una escalera que terminaba en el vasto departamento de las gentes de armas, cruzó este y salió á una galería cubierta que daba á un estenso patio, y al fin de ella se encontró en una pieza cuadrada con tres puertas: una, aquella por donde entró, otra pequeña que era la de la habitacion de Briando, y otra por donde se salia á las azoteas del palacio.

El jóven estafero no dejó de estrañar la soledad que reinaba en aquellos sitios, y á pesar de su valor, de que su mismo officio era una prueba, se estremeció al oir el eco de sus pasos, y los lúgubres alaridos de las aves nocturnas mezclados con el zumbido del viento. En su interior deploraba la triste suerte del hombre condenado á morar en aquel antro solitario y medroso; pero nosotros debemos decir que Piel del Diablo no tenia el menor recelo de ser atacado por los espíritus malignos, y que él mismo habia escogido aquella morada, como la mas tranquila, porque no podia sufrir que le turbasen el sueño.

Juan requirió su espada y su puñal, y comenzó á dar pasos delante de la puerta, entregándose á las mas diversas reflexiones.

—¿Para qué me han mandado venir aquí? fué lo primero que le ocurrió. Estos sitios parecen que están malditos, segun se alejan de ellos los servidores del marqués, pues ni siquiera se oye el murmullo de sus conversaciones, ni el ruido de sus pasos. Sin embargo, velemos, Juan, velemos. Quién sabe lo que podrá sobrevenir, y cuando el marqués me ha confiado la vigilancia de este puesto, sus razones tendrá para ello. Acaso haya

por aquí algun tesoro oculto, ú otra cosa que pueda codiciarse, y en este caso mi descuido podria tal vez costarme la vida.

Sin embargo, el tiempo pasaba, y ningun acontecimiento venia á justificar las presunciones de Juan Lainez. Algunas veces, mientras se paseaba, creyó sentir pasos en la galeria, y se detuvo á escuchar, empuñando su espada; pero todo rumor cesaba en el momento de pararse, porque los supuestos pasos no eran mas que el eco de los suyos.

El jóven resolvió estarse inmóvil arrimado á la puerta de la torre, á fin de poder evitar toda fascinacion de los sentidos. Pero á pesar de esta prudente precaucion, no tardó en percibir un rumor, que esta vez de seguro no era una reproduccion del eco: eran pasos verdaderos, que sonaron á su espalda, como si una persona hubiese pasado por detrás de la puerta; y al mismo tiempo el estafero vió trazarse en la pared de enfrente una línea luminosa.

Juan se santiguó instintivamente y giró sobre sus talones, buscando la causa de aquel ruido y de aquella luz; pero uno y otra habian cesado, y el silencio y la oscuridad parecian mas intensos despues de haber sido momentáneamente interrumpidos.

—No, pues yo estoy despierto, murmuró el jóven frotándose los ojos: alguien ha pasado junto á esta puerta, y la luz ha salido sin duda por el hueco de la cerradura. Velemos.

Y se preparó resueltamente á luchar con cualquier enemigo que se presentase, con tal que fuese un ser corpóreo y no un espíritu impalpable. Pero hé aquí que mientras el denodado mozo aguardaba ver salir por la estrecha puerta algun jayan de doce palmos, capaz de poner miedo al mismo Cid, llegó á su oido una voz melodiosa, que cantaba en son monótono el himno á la Virgen, compuesto por el arcipreste de Hita y muy popularizado en aquel tiempo.

«¡Quiero seguir á tí, flor de las flores!

Siempre decir cantar de tus loores.

Non me partir de te servir,

Mejor de las mejores.»

—¡Madre de misericordia! exclamó Juan Lainez, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo. Valedme, y si no he de ver como realidad lo que ahora considero, sueño ó delirio, quitadme la vida. ¿Esa voz que canta vuestros loores, dulce Madre de Dios, no es la voz de Isidora? ¿No es ese el himno que cien veces hemos entonado juntos, cuando, al retumbar la tempestad sobre nuestras cabezas, y agrupados con su familia en torno de tu santa imágen, implorábamos tu misericordia?

La voz volvió á oirse, pero sonaba tan lejos que parecia salir del seno de la tierra, ó vagar en las nubes.

«Gran fianza he yo en tí, la mi señora;

La mi esperanza en tí es toda hora,

Non me abandones, é sin tardanza

¡Ven me librar agora!»

El jóven habia pegado el oido á la cerradura de la puerta, para persuadirse de que no era víctima de una fascinacion. Aquella voz, aunque remota, no podia ser por él desconocida. Pero era inútil su cuidado, parecia venir de tan apartado lugar, que no atinaba cómo ni de dónde llegaba hasta él. Un momento temió si su amada Isidora sería muerta, y si su espíritu habria venido por los aires á darle el último adios.

De pronto se adelantó algunos pasos, se detuvo á escuchar en medio de la lóbrega estancia, y le pareció percibir la voz mas claramente hácia la puerta de las azoteas. Rápido como el pensamiento se lanzó á ella y la abrió. En seguida oyó mejor que antes la tercera estrofa del himno que decia así:

«¡Estrella de la mar, puerto de holgura!

¡Remedio de pesar é de tristura!

¡Ven me librar é confortar,

Señora del altura!»

Juan Lainez acababa de convencerse de la realidad. La voz salia por una ventana de la enorme torre que daba sobre los almenados muros que rodeaban la azotea. Pero aquella ventana

estaba muy alta, y el jóven necesitaba hacer alguna seña para comunicarse con su amada. Sin detenerse entonó á media voz la última estrofa.

«Sufro gran mal, sin merecer á tuerto;

Me aquejo á tal, porque cuido ser muerto.

Mas tú me val, non veo al

Que me saque á puerto.»

Una exclamacion de gozo, semejante á la del náufrago que siente entre las suyas una mano salvadora, partió de la estrecha ventana de la torre, y asomó por ella un brazo agitando un blanco cendal, que á la luz de la luna, que á la sazón iluminaba de lleno aquel costado del edificio, parecia el ala de una paloma presa entre redes.

—¡Isidora! exclamó el jóven con voz trémula y debilitada por el temor de hacerse notar.

—¡Juan! contestó la jóven desde su prision. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿No corres ningun peligro, amigo mio?

—Sin duda corremos peligro tú y yo, mi querida Isidora. Pero es forzoso que nos comuniquemos, ya que una venturosa casualidad me ha descubierto tu paradero. Es forzoso que podamos hablar sin que nadie lo sepa, y que pensemos en los medios de libertarte. ¿No puedes asomarte de modo que hablemos mas bajo?

—¡Ay! no: es imposible. La reja me lo impide.

—¡Hay una reja! murmuró Juan con desaliento. Pero añadió:—Espera, vida mia: yo me acercaré á tí.

Diciendo esto, subió sobre una almena del muro que se unia al de la torre, cayendo perpendicularmente debajo de la ventana, y de este modo acertó cosa de dos varas la distancia que le separaba de ella, si bien con gran esposicion de su vida; pues el menor movimiento que le hiciese perder el equilibrio, podia arrojarle al pié de la torre, cuya altura era considerable por aquella parte. Sin embargo, la ventaja adquirida por este medio no compensaba su afan, ni el riesgo á que se esponia.

—Isidora, dijo: estamos todavia muy distantes. Si tuvieses

una cuerda que atar á los hierros de la reja, yo subiria por ella.

—Sí, tengo, contestó la jóven.

Y en pocos momentos pendia una cuerda sobre el negro muro de la torre. Juan Lainez se asió de ella, y con la agilidad de un marino trepó hasta el derrame de la ventana, donde pudo sentarse agarrándose á las barras de la reja.

—Cuéntame, vida mia, dijo el mozo, ¿cómo es que te hallo en este sitio?

—¿Sé yo acaso dónde me hallo? contestó Isidora. Mejor podrás decírmelo tú: que sin duda has venido en mi busca.

—¡Oh! ciertamente he trabajado mucho para buscarte y vengarme de tu infame raptor, pero mis diligencias han sido vanas, y en lo que menos pude pensar era en hallarte en casa del marqués de Villena.

—¡Del marqués de Villena! exclamó Isidora. No te comprendo. ¿Este castillo es del marqués de Villena? ¿Y qué haces tú aquí?

—Qué hago yo aquí... repitió el jóven como si temiese dar una esplicacion. Isidora, no me desprecies despues de lo que vas á saber. Nuestra suerte, ligada por el amor, lo está tambien por la desgracia, y creo que al infierno habria yo ido por vengarte y vengar á tu familia. Soy estafero del marqués de Villena...

—¡Estafero!...

—Sí: estoy asalariado á su servicio, para proteger su vida y destruir la ajena, si me lo manda. Esta es mi suerte; soy un esclavo sin otra voluntad que la de mi dueño, á quien debo el favor de la vida.

—No te comprendo. Esplicáte.

—Cuando desaparecistes de tu casa, Isidora, y tu padre fué asesinado, me hice bandido, varios tejedores de tu padre me siguieron. Creiamos, al obrar así, abrazar la santa causa de la justicia, y todos juramos solemnemente consagrar nuestras vidas á la venganza de los horrendos crímenes cometidos contra tu pureza y contra el hombre mas honrado de Medina. Mis compañeros obraban á impulsos de su desesperacion, pues veian disi-

parse su única fortuna, el trabajo de sus brazos, los recursos que les habia dado la naturaleza para proveer á sus familias de un pedazo de pan, por efecto del desenfreno de un rico-hombre malvado. Yo era movido por una fuerza no menos poderosa: mi amor, la esperanza de toda mi vida se hundia en un abismo insondable, y los seres mas queridos de mi corazon padecian en sus personas, en su honra y en sus bienes, cuando nadie como ellos era digno de la felicidad de este mundo. Yo estaba furioso, como el tigre á quien arrebatan sus hijos, como el leon que ha perdido su compañera, y me arrojé á matar, para saciar la sed de venganza que devoraba mi alma.

—¡Oh! No me digas eso, amigo mio. ¿Es posible que tú, tan bueno, tan honrado, hayas podido cometer esos crímenes que Dios reprueba? ¿Qué bien me resultaba á mí de eso, si entre tanto padecia las mas crueles angustias, encerrada en el sombrío castillo de la Calavera.

—¿Y sabia yo acaso lo que hacia? Mi ánimo era arrastrar en pos de mí á cuantos infelices y malvados encontrase en mi camino: queria reunir una banda numerosa, que infundiere terror al mas pudiente rico-hombre de Castilla; lanzarme como un lobo hambriento sobre la guarida feudal del señor de Hinestrosa, beber su sangre maldecida y arrasas su castillo.

—¿Y no pensabas en mí?

—¿Puedes dudarlo? ¿Por quién sino por tí hacia yo todo esto? ¿Quién sino tú llenaba mi pecho de ira y movia mis pasos hácia la venganza? Pero Dios ha desbaratado todos mis planes: no pude reunir mas que una docena de compañeros y como éramos pocos, pronto nos vimos acosados por las hordas numerosas de los nobles, á quienes hacíamos directamente la guerra. Sin embargo, llegamos á ser en poco tiempo el terror de las gentes, y en atencion á nuestro número, nos llamaban *los Apóstoles de Medina*. Muchos inocentes habrán expiado las culpas de nuestro enemigo, pero éste ha escapado á nuestro furor, porque sin duda el demonio le favorece. Todas las noches dormíamos en un bosque de la sierra de Ataquines, aguardando la ocasion de asaltar al malvado, pero nunca pasó cerca de allí, hasta

que, hace cuatro dias, le vimos llegar en direccion á su castillo, acompañado de algunos de sus sicarios.

—Hace cuatro dias, dijo Isidora. Ese mismo tiempo hace que me sacaron de aquel castillo engañándome. Decían que me llevaban á la casa de mi madre, y héme aquí aprisionada en un edificio que ni aun sé dónde está situado.

—¡Ah! la desgracia no se cansa de perseguirnos, querida mia. Pero dime. ¿No sabes para qué te han traído aquí? ¿Cómo te tratan?

—Desde que llegué aquí estoy sola, sin mas compañía que la de un hombre muy feo de cuerpo y alma, que parece saber tanto como yo acerca de mi destino. Yo no le creo; porque, ¿cómo es posible que ese hombre ignore los fines de su señor? A todas mis preguntas contesta encogiéndose de hombros, y diciéndome:—Paciencia, hermosa niña: yo no sé nada de lo que me preguntais. Cuidad de pasar buena vida; pedid cuanto os haga falta, y sosegaos. Yo creo que esto no puede durar mucho tiempo.—Y de aquí no hay quien le saque. No sé por qué ese hombre horrible me infunde mas terror que el malvado D. Perafan; pero por lo demás me trata con mucha amabilidad; y sin embargo muchas veces he deseado que me quiten la vida, prefiriendo la muerte á mi cruel incertidumbre. Ahora doy gracias á Dios que me la ha conservado, pues confio en que hallarás medio de salvarme.

Juan Lainez guardó silencio; tenia la cabeza inclinada y meditaba profundamente sobre lo estraño de su situacion y la de su amada. No podia suponer que el marqués ignorase la estancia de Isidora en su propia casa, pero no podia concebir que supiese los amores de él con la jóven, pues en este caso no le habria confiado la guarda del lugar donde la tenia oculta.

—No sé, vida mia, no sé lo que podré hacer por tí, dijo por último: salvarte es mi mas ardiente deseo; pero solo con la destreza puede el azor vencer al águila rapante. Si el marqués de Villena es quien te tiene prisionera, ¿quién soy yo para luchar con él?... Luego, la fatalidad me ha puesto bajo su dominio y tengo que agradecerle mi cautiverio.

—¿Pues cómo?

—¡Ah! ¿no te lo he dicho? Cuando atacamos al rico-hombre de Hinestrosa, la victoria estuvo próxima á coronar nuestro esfuerzo. Seis de sus bandidos mordieron el polvo, y él mismo habría caído bajo mi puñal. Pero en el principio de la refriega fuimos acometidos por una hueste del marqués de Villena, y aun creo que por él en persona, pues no dudo que fuese él un enmascarado á quien todos obedecían.

—¿Un enmascarado?

—Sí.—Mis compañeros no pudieron resistir la violencia del choque, y pronto se desbandaron. Yo permanecí solo en mi puesto, luchando con la ceguedad del toro que desprecia la muerte ante el ansia rabiosa de acabar á su enemigo. Mas, ¡ay! ¿Qué podía hacer un hombre solo contra tantos valientes? Peleando resbalé en la sangre de mis contrarios, y la muerte apareció ante mis ojos, revestida con el lúgubre brillo de las espadas. Tu nombre, amada mía, subió de mi corazón á posarse en mis labios, porque ya veía cercano el término de mi amarga vida. Pero de pronto se oyó una voz que dijo:—«dejadle, no le mateis.»—El que así habló, era el hombre de la máscara. Pero yo despreciaba la vida, y aunque abatido, intenté resistirme para morir al filo del acero; porque no dudaba en aquel momento que me aguardase la horca, ó al menos el tormento para arrancarme los nombres de mis compañeros. Sin embargo, fácil fué á mis contrarios sujetarme, y montándome en un caballo, seis de ellos me condujeron á Arévalo aquella noche, y los demás con el jefe enmascarado siguieron su camino. Al otro día vinimos á Segovia y paramos en este palacio. El marqués de Villena me perdonó la vida, cuando yo menos lo esperaba, y me nombró su estafero en atención á mi valor, de que dijo tenía noticias.

—En verdad que no sé qué pensar de lo que nos sucede, dijo Isidora, que habia escuchado atentamente la relacion de su amante.—La misma noche que te aprisionaron, se presentó ese hombre de la máscara en el castillo de la Calavera. El rico-hombre de Hinestrosa me hizo sacar del encierro donde me tenía, y presentándome al desconocido, me dijo:—«Tus obstinados

desdenes no merecen de mi parte sino el desprecio: si hubieses acudido á mis caricias, tal vez habria yo hecho de la villana una señora. Pero tu orgullo insensato te pierde: vete en paz, y no te acuerdes de haber merecido mis favores.»

—¡El infame! ¡Favores llama á la mayor villanía y al crimen que ha labrado la perdicion de muchas familias honradas! ¿Y qué le contestaste?

—Le dije que solo un favor tenia que agradecerle, el de salir pura de sus manos; aunque esto mas que á él, lo debia á la misericordia de Dios.

Juan no pudo reprimir un movimiento de alegría, mezclado con una sombra de duda y celos. Pero reprimiéndose, dijo:

—Acaba.

—En seguida eché una ojeada á mi alrededor, y pregunté.—Pero, ¿á dónde me enviais?—Entonces me dijo, señalando al enmascarado:—Este señor te conducirá á tu casa.—Conocí que al proferir estas palabras se hacía violencia, pues apretaba los puños y estaba pálido. En aquel momento, la idea de verme libre y en el seno de mi madre pudo en mí mas que toda otra consideracion.—Vamos, dije: y me puse bajo el amparo de aquel desconocido.

—¿Y él te condujo aquí?

—Sí, al salir del castillo, ví que nos aguardaban unos veinte hombres montados. Entonces concebí recelos, y pregunté llorando si trataban de engañarme. Pero el enmascarado me tranquilizó con palabras que nada afirmaban:—No tengais miedo, hija mia, me dijo. Somos amigos vuestros, y no queremos sino vuestro bien. Y añadió hablando con sus hombres:—Ea, vamos. En marcha; que antes de amanecer quiero que esta pobre niña quede convenientemente depositada.

«Con efecto, al amanecer llegamos á un gran bosque; yo iba muy fatigada y rendida de sueño; pero me desvelé pensando que acaso habia salido de un peligro para caer en otro mayor. Sin embargo, nada sucedia que justificase mis temores. En medio del bosque, divisamos una casa rústica: entonces el enmascarado despidió á sus gentes, y se quedó solo conmigo.»—De-

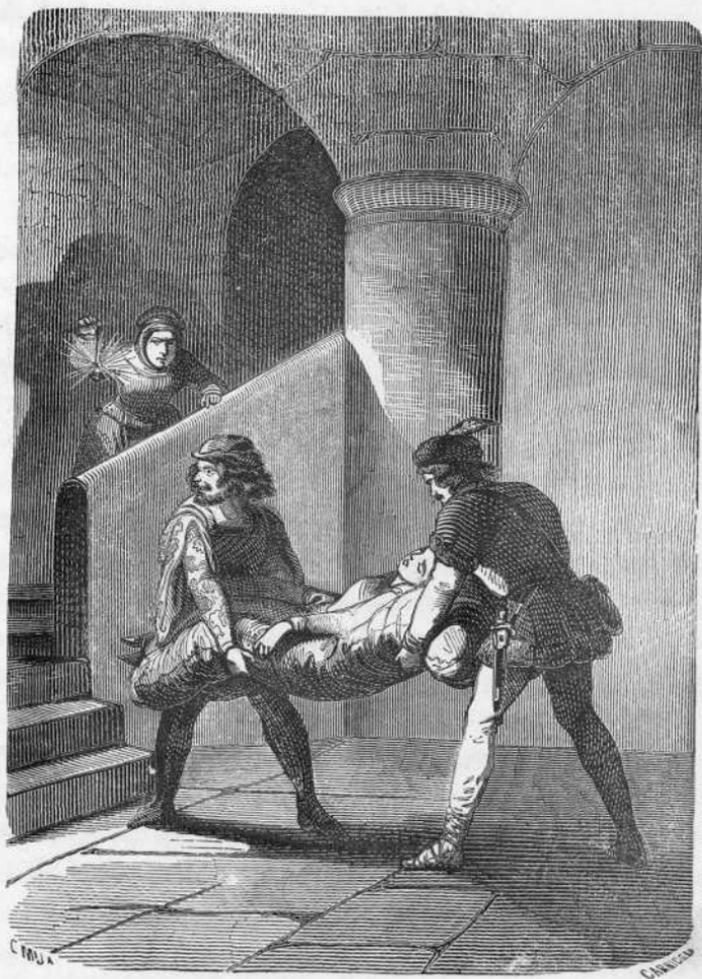
cidme, buen señor, le pregunté: ¿distamos mucho aun de Medina del Campo?—Tadavía nos falta andar una buena jornada, me contestó; porque hemos andado esta noche fuera de camino para evitar malos encuentros. Pero ahora descansareis, hija mia, y despues... Fuera esponer vuestra salud, si continuásemos hoy la marcha.

—Le conozco... le conozco en ese modo vago de contestar, dijo Juan Lainez aludiendo al marqués de Villena. ¿Y por último?

—Paramos en la casa rústica. Una mujer ya anciana nos salió á recibir. Estaba ella sola en la casa, y no se veia por allí mas persona que un jóven guarda-bosque, que andaba limpiando los árboles.—«Buena madre, dijo el desconocido á la mujer: cuidad de esta pobre niña, y disponedle un buen lecho para que descanse. Yo os lo recompensaré segun mis cortos haberes:»—La mujer me ayudó á bajar de mi acanea, me tomó la mano con mucho cariño, y se puso á preparar una ligera colacion para mí. Entre tanto el desconocido se despidió prometiendo volver, y yo quedé allí muy confiada, pensando solo en lo largo que se me haria el tiempo mientras no proseguiamos la marcha. Tomé lo que la mujer me dió, y me acosté vestida: pero á poco me asaltó un sueño profundo.

—Te habia dado alguna bebida maligna, observó el suspicaz amante.

—No lo sabré decir. Solo recuerdo que soñé cosas estrañas: me pareció que mi lecho se movia, y que dos personas me llevaban en peso, una por la cabeza y otra por los piés, mientras creia ver andar delante de mí una fantasma de mujer, semejante á la de la casa rústica, la cual llevaba una lámpara encendida en la mano. Sentí además que me daba en la cara un halito caliente y quise gritar; pero no pude. Tenia los ojos entreabiertos, y observé, aunque de una manera confusa, que pasaba por muchas galerías lóbregas, y por muchas escaleras. Al cabo quedé tranquila, y desaparecieron todas aquellas fantásticas visiones.—Cuando abrí los ojos me encontré en esta estancia: la luz rojiza del sol de la tarde entraba por la ventana. Miré alrededor, y no



Dos hombres conducen á una mujer en un colchon por un subterráneo.

vi mas persona que á ese hombre feo de quien te he hablado, el cual, como me oyese dar gritos, procuró tranquilizarme.

—¡Pardiez que es una historia estraña la que me has contado, y si no sospechase que anda en esto la mano de un hombre, lo tendria por cosa de hechicería! Dime, ¿y despues no has vuelto á ver al enmascarado?

—No.

—¿Ni ese hombre feo te ha dicho amores?

—Al contrario, me trata con respeto, y procura no molestarme con su presencia.

Juan Lainez meditó un momento, y luego dijo:

—Por mas que pienso, no acierto á comprender lo que nos está pasando. Preciso es armarse de astucia y no dormirse.—Óyeme, Isidora: yo procuraré verte todas las noches: procura tú observar atentamente cuanto haga tu guardian; escucha sus palabras con prevencion, y grábalo todo en tu memoria para contármelo luego. Entre tanto, desecha tu afliccion y confia en mí.—Solo una cosa quisiera saber, continuó el jóven con cortedad. No te la pregunto, amada mia, por satisfacer una vana curiosidad, sino á fin de poder obrar con mas acierto. ¿Qué te ha sucedido en el castillo de la Calavera? ¿Qué ha sido de tí desde que nos separamos?

—¡Oh! La Virgen, á quien me encomendé, me ha protegido. Ya sabrás la cruel muerte de mi padre, ocurrida delante de mi vista, dijo la jóven limpiándose las lágrimas.

—Sí: llegó á mi noticia ese bárbaro atentado.

—Desde aquel momento, continuó Isidora, tuve la suerte de caer enferma de tanta gravedad, que por espacio de muchos dias estuve vacilando entre la vida y la muerte. Al cabo recobré la salud, pero era tal el sobresalto interior de mi espíritu, que, aun despues levantada de mi lecho de agonía, siempre que se me recordaban mis infortunios, sufría terribles agitaciones y recaídas. Con este motivo, el señor de Hinestrosa, temiendo acaso perderme si violentaba mi voluntad, evitaba comparecer en mi presencia, y su insolente procacidad se fué trocando en humillacion. ¡Oh, cuántas veces he dado gracias á la Virgen María,

que por tan estraños medios, me salvó de las garras de aquel tigre carnicero!—Así he pasado el tiempo de mi cautividad, amigo mio, y hoy sería completamente feliz, si pudiese reposar en los brazos de mi querida madre.

Juan Lainez meneó un poco la cabeza, como quien no está satisfecho de una explicacion, ó encuentra oscuros los pormenores que se le dan.

—Sin embargo, dijo, aquel hombre te solicitaba...

—Siempre.

—¿Y te entregó tan fácilmente á otro...? No puedo entender esto.

Al concluir de pronunciar estas palabras Juan Lainez, Isidora se estremeció y volvió la cabeza hácia lo interior de su aposento.

—Retírate, Juan, dijo: retírate pronto.

—¿Qué sucede?

—Mi carcelero viene. Acabo de oir sus pasos.

Juan se deslizó por la cuerda, y bajó á la plataforma ó azotea del palacio, á tiempo que sonaba en la pieza inmediata el áspero chirrido de una llave que habria una puerta. El jóven se detuvo algunos momentos junto á la de las azoteas, y cuando todo rumor hubo cesado, entró y se puso á escuchar en la puerta de la habitacion de Briando.

El murmullo de una conversacion en monosílabos entre un hombre y una mujer, fué lo único que pudo percibir. Al fin, cansado de escuchar sin poder entender una palabra, y convencido de la inutilidad de sus pesquisas por aquella parte, se alejó por la solitaria galería, y se retiró á su dormitorio.

Una hora despues, desvelado en su cama, el jóven estafero solo oia de vez en cuando el rumor de los centinelas del palacio que se paseaban en sus puestos.



CAPÍTULO VIII.

La cita.



uy ocupado anduvo D. Juan Pacheco el día siguiente.

La ida de doña Isabel á Segovia era para los confederados un triunfo tan importante como la entrega de una ciudad, y mal podia su jefe reconocido dejar de tomar parte en la celebridad de tan fausto suceso.

El día se pasó, por consiguiente, en festejos religiosos y cívicos, preparados á toda prisa para obsequiar á la infanta, pero no por esto indignos de su elevada clase. Hubo solemnes oficios en la catedral, á los cuales tuvo que asistir el príncipe D. Alfonso, acompañado de su hermana y de todos los nobles de su corte, y en las que el vicario Prexano predicó un sermón que, en nuestros tiempos, se habria reputado como una arenga tribunicia: el orador tomó por texto de su discurso aquellas palabras de la Escritura, que dicen: *Per me reges regnant...*, y remontándose á graves consideraciones políticas, demostró que la soberanía de los reyes era una emanación de la autoridad divina; pero empleando un diestro giro de dialéctica, descendió á pintar con símiles y ejemplos tomados de la histo-

ria sagrada, una série de cuadros espantosos, en que resaltaban los efectos de la inmoralidad é irreligion de los pueblos que se habian dejado gobernar por monarcas impíos, y los castigos que Dios habia descargado sobre ellos y sobre sus súbditos contaminados por su mal ejemplo. La pintura fué hecha con tal arte y con tan claras alusiones, que nadie pudo desconocer el retrato de la corte de D. Enrique, y el orador concluyó sosteniendo con vehemencia, que en tales casos la emanacion divina de la autoridad soberana no podia reconocerse, sin acusar del mal al autor de todo bien; que el espíritu de Satanás se habia infiltrado en el ánimo del soberano, y que obedecerle y acatarle era declararse esclavo del demonio y súbdito del infierno. En el epílogo vino á probar que siendo Dios la suma virtud y la eterna justicia, no procedia de él la soberanía de un rey vicioso é injusto, y que por lo tanto, era deber de todo cristiano negarle la obediencia so pena de atraer sobre sí y sobre el pueblo la cólera celeste, y podia, consultando á su conciencia, someterse á otro jefe, que por este solo hecho, representase la voluntad del Altísimo, inspirada á las almas para su salvacion.

Este discurso produjo una sensacion extraordinaria en el auditorio, compuesto de rebeldes, que veian con gusto justificada su conducta por un orador sagrado, desde la cátedra del Espíritu Santo. El mismo D. Alfonso, á pesar de sus pocos años, lo escuchó con un secreto placer, y no disimuló en algunos pasajes sus sentimientos de aprobacion. El marqués de Villena, sobre todo, quedó tan satisfecho de las doctrinas emitidas por el vicario Prexano, que aquella tarde le envió un espléndido regalo, compuesto entre otras cosas de cien botellas de vino rancio de Jeréz, presente que le habia hecho el duque de Arcos, y una docena de jamones, manjar predilecto del vicario. Solo doña Isabel, á quien principalmente iba enderezado el discurso, se mostró inaccesible á la elocuencia del orador, y si alguna vez reveló sus emociones, fué al enjugarse sus lágrimas, que á su pesar le asomaban á los ojos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó una voz, de modo que solo pudo ser oida de su hermano.—¿Qué va á ser de nosotros, si hasta los ministros del altar atizan la tea de la discordia?

La infanta no sabia que en toda Castilla, en las aulas, en el foro y en los púlpitos, como en las plazas públicas y en los campamentos, se alzaban las voces de los oradores sagrados, ora sosteniendo el mismo tema, ora reprobando la ilegitimidad de la proclamacion de Ávila, y que el reino estaba tan dividido entre los campeones de la palabra, como entre los hombres de armas.

Despues de la funcion religiosa, el obispo D. Juan Arias celebró solemnemente la llegada de su ilustre huésped con un banquete, cuyos desperdicios habrian bastado á llenar de júbilo á cien familias, sin necesidad de ir á buscarlos muy lejos; pues era muy de notar en esta época el contraste que formaba la opulencia derrochadora de los grandes señores, tanto seglares como eclesiásticos, con la espantosa miseria de la clase plebeya, y con la escasez de medios de las personas reales.—La infanta se mostró en este banquete muy superior en política á lo que podian suponer los amigos de su hermano: como ella era, por decirlo así, la reina de la fiesta, ninguna palabra se pronunciaba, que no encerrase una alusion, mas ó menos hábilmente encubierta, sobre los sucesos de la actualidad, con ánimo de explorar sus simpatías y obtener una esplicacion terminante de su adhesion al partido rebelde; pero la infanta, con esa gracia propia de su sexo y con el talento superior que la distinguia, satisfizo á todos sin comprometerse á nada.

Como era natural, el marqués de Villena hizo recaer la conversacion sobre el sermon del vicario Prexano, y procuró explorar con su habilidad de serpiente la opinion de la infanta.—Doña Isabel contestó:

—El señor vicario posee una elocuencia peligrosa, porque los rayos de su palabra son como los del sol, que no se les puede mirar de frente, sin riesgo de perder la vista.

—Es decir que os ha parecido demasiado vehemente su discurso, repuso el marqués, pero convendreis en que ha dicho verdades evangélicas de gran valor.

—Guárdeme Dios de disputar la sabiduría de sus ministros. En cuanto al mérito del orador sagrado que acabamos de oir, solo puedo decir por mi parte que, si yo fuese reina, procu-

raria no incurrir en su anatema, y seria tan celosa de su elocuencia, que no le permitiria predicar mas que á mí sola.

De este modo, al paso que halagaba la vanidad personal del vicario, rehuia dar una esplicacion categórica, que habria sido desfavorable á las ideas emitidas por él en su sermón.

A la caida de la tarde, D. Juan Pacheco, despues de haber conversado íntimamente con el jóven príncipe D. Alfonso, cuya voluntad habia sabido cautivar, como en otro tiempo la de su hermano, se despidió de él y de la infanta, y acompañado de su hijo D. Diego, se retiró á su casa.

Piel del Diablo salió á recibirle, trayendo en su sonrisa eterna un reflejo de novedad, que siempre notaba en ella, cuando algun efecto inusitado agitaba á su dueño. El marqués conoció en sus miradas que deseaba comunicarle alguna noticia, y le llamó aparte.

—Ya sé lo que me quieres decir: el buen humor de tu prisionera, se ha convertido en inquietud á medida que se acerca la noche.

—Cabalmente: ya dije esta mañana á vuesañoría, que anoche la encontré sobresaltada, pero alegre: hoy ha estado conmigo comunicativa y á ratos jovial; pero ahora no parece sino que aguarda el momento de una cita y teme que la estorbe mi presencia.

—No lo creas: eso es malicia tuya y nada mas. Las mujeres son así: de un momento á otro mudan de aspecto como la luna.

—Sí; pero la luna, segun dice el sabio Abacuc, vuestro astrólogo, muda de aspecto conforme al lado por donde la alumbra el sol su compañero, y yo creo que las mudanzas de las mujeres son por el mismo estilo. No hay efecto sin causa.

—Así podrá ser. ¿No tienes otra noticia que comunicarme?

—Sí, señor; pero vos, que todo lo sabeis, no podreis ignorar esto.

—¿Y qué es ello?

—Corre la voz de que ha venido á Castilla un emisario del rey de Aragon á tratar de pedir la mano de la infanta doña Isabel para el príncipe D. Fernando.

—¡Ah! Eso es mas serio. Y..... ¿cómo es que corre esa voz?

—¿Qué sé yo? Hablillas del vulgo, señor, contestó Briando, dándose importancia. ¿Quién es capaz de saber como se forman esos rumores? Pero, ya sabeis: cuando el rio suena.....

—Pues oye: el vulgo es un necio. Yo he oido asegurar que quien pretende la mano de la infanta es D. Alfonso de Portugal. Pero nada creo.

—Sin embargo, señor; algo se puede creer. Yo sé de buena tinta que esta mañana, sin ir mas lejos, ha salido para Lisboa un enviado con cartas que tratan de ese asunto.

—¡Ah! ¿vos sabeis eso, señor Briando...? Está bien, está bien: no hablemos mas del particular.—Oye: manda ensillar inmediatamente un caballo para tí.

—¿Para mí?

—Sí: vas á partir á Medina del Campo, donde está D. Enrique: no te será difícil hablarle, diciendo que vas de mi parte; además que no creo esté su persona tan guardada que sea inaccesible á un hombre de tu importancia. Le dirás que le doy á Toledo en cambio de Segovia. ¿Eh? no es malo el mensaje.

—Pero no me creerá.

—Dile lo que te mando, y créate ó no te crea: prométele además, que le será entregado el tesoro que se guarda en el alcázar, pero todo con la condicion que ha de venir á Segovia á tratar conmigo.

—¿Y os parece que vendrá el raton á meterse en la ratonera?

—Vendrá. ¿Ignoras acaso que D. Enrique es mi amigo, y que ningun mal le puede suceder estando bajo el sagrado de mi palabra?—¡Oh! tú no sabes, continuó el maestre casi conmovido, cuanto deploro la triste suerte de ese desgraciado príncipe: mi afecto hácia él no ha menguado á pesar del tiempo y de las circunstancias: y ahora que hasta su hermana le abandona y viene á ofrecer su influjo á sus enemigos, siento fortalecerse en mí el deseo de sacrificarme en su servicio. ¿Entiendes? No dejes de hablarle en este sentido; pero guárdate de participar á nadie mas mis leales sentimientos, porque no ignoras que yo tengo oidos en todas partes, y no gusto de las gentes habladoras.

—Descuidad, señor: estais entendido.

—Puedes decirle, si te pregunta, lo que murmura el vulgo acerca de su hermana y el príncipe aragonés, y atiende bien á lo que te conteste.—¡Ah! Cuando partas, que ha de ser al momento, llega de paso á la casilla de la madre Úrsula, y preven á su hijo tenga dos caballos preparados para mí.

Briando marchó á cumplir las órdenes del marqués de Villena, y éste se retiró á una estancia apartada de su palacio, desde cuyas ventanas se veia el campo.

No muy lejos de allí habia en aquel tiempo, en la ladera de un monte, un bosque cercado, que habria podido confundirse con un parque ó sitio de recreo, á no ser por los monumentos de una forma especial que de trecho en trecho se alzaban á poca altura de la tierra. Todas las poblaciones de España conocian aquella clase de bosques, de los cuales procuraban alejarse los cristianos, como de lugares infectos, sin embargo de que su apariencia nada tenia de repugnante ni aun desagradable. Pero allí reposaban los restos mortales de los proscritos hijos de Judá, y si un cementerio destinado á los fieles católicos infunde á estos cierto respetuoso temor, claro es que debia de horrorizarles la mansion postrera de la maldita raza hebrea.

El marqués tenia la vista fija en una senda, que á lo lejos blanqueaba como un rastro de ceniza, delineándose confusamente á la luz del crepúsculo. Por aquella senda iban pasando, unos en pos de otros, varios hombres, que á pesar de la distancia era fácil reconocer por su traje como pertenecientes al pueblo judío: todos ellos subian al monte, y se perdian en la fúnebre selva.

Ya las sombras habian estendido su manto invisible sobre la tierra; las campanas de la ciudad habian cesado de elevar al cielo la última plegaria del dia, las aves nocturnas comenzaban á revolar en torno á la antigua torre de los Encantos, y aun permanecia el intrigante marqués abismado en sus meditaciones, mirando, sin ver, hácia la blanquecina senda. De pronto se retiró de la ventana, y pasando al vasto salon que en otro lugar hemos mencionado, dijo á su hijo que allí le aguardaba:

—¿Estás ya dispuesto, D. Diego?

—Vamos cuando gusteis, contestó el jóven.

—Quiero prevenirte por última vez, que habrás de sufrir pruebas terribles. Si no te sientes con ánimo bastante para arrostrarlas con valor digno de tu condicion, dímelo, y aun estamos á tiempo de retroceder.

—¡Pardiez! prorumpió D. Diego con exaltacion. ¿Creeis acaso que me habria decidido á seguiros, si no fuese por esos peligros que tan espantosos me pintais? Ya tengo ansias de ver si hay pruebas en la tierra ó debajo de ella capaces de hacerme mudar de color.

—Es que no son estas de las que se vencen con el esfuerzo del brazo y de la espada: no son tampoco de las que resiste una organizacion vigorosa. Son misterios incomprensibles que hielan la sangre en las venas y suspenden los latidos del corazon. Yo mismo que por ellos he pasado no podria esplicártelos, porque mis revelaciones me costarian la vida, y porque nunca son unos mismos. Ten presente: sin embargo, que dado el primer paso no es permitido retroceder: ó has de avanzar, ó morir.

—Adelante, adelante, repuso el jóven: no nos detengamos mas, pues creo que no dormiria con sosiego hasta haber entrado en relaciones con esa bendita hermandad de la *Perpétua noche*.

—¡Prudencia! exclamó el marqués, cuyos ojos chispearon con un fulgor siniestro, asiendo del brazo á su hijo. No pronuncies jamás ese nombre de modo que llegue claro á tus propios oidos.

Don Diego se sonrió, y dijo:

—¡Por Santiago de Compostela! Me hareis creer que se trata de una cosa demasiado seria.

—Sí, D. Diego, demasiado seria: tú lo has dicho. Pero no perdamos el tiempo: si estás decidido, sígueme.

Dicho esto, el marqués tomó una lámpara de mano, levantó el tapiz que cubria uno de los ángulos de la estancia junto á la gran chimenea, y tocando un resorte, abrióse una puerta, que nadie hubiera sospechado existiese en aquella parte del muro: dejó pasar delante á su hijo y volvió á cerrar.

Nuestros dos personajes se encontraron en una escalera espiral, estrecha y lóbrega, construida en el espesor de la pared, y bajaron hasta cuatrocientas gradas: una espaciosa galería se presentó á su vista al fin de la escalera, formada de fuertes arcos de medio punto, sostenidos por gruesos y toscos pilares: la humedad que filtraba por entre las juntas de las piedras, revelaba que aquella bóveda estaba labrada debajo de tierra. El otro extremo de la galería era un testero liso de argamasa tan sólida como el granito, en el cual habia una pequeña puerta de hierro entornada, que daba paso á una espaciosa cuadra de arquitectura árabe, pero no de las formas aéreas que vemos en los palacios que aun se conservan de aquella época, sino maciza como los viaductos de una fortaleza: solo se conocia su origen por lo atrevido de sus arcos de herradura y el corte de sus pilastras.

Al llegar á esta pieza, que pertenecia á los soterráneos de la torre de los Encantos, dijo el marqués:

—Mira con cuidado en donde pongo los piés, D. Diego, y no te desvies de la línea que yo siga, pues pudiera suceder que te sumergieses en algun abismo sin fondo.

La advertencia era oportuna, pues no bien hubieron salido de aquella estancia por una especie de rampa tortuosa, que á un extremo del pavimento se abria en suave pendiente, descubrióse á su lado una horrenda sima, cuya lobreguez no podia disipar la débil luz de la lámpara. Por aquel boqueron espiral salian bocanadas de aire caliente y húmedo, y sordos ruidos parecidos al fragor sordo de las olas del mar cuando amenaza una tormenta. Sin duda alguna existia en el fondo una de esas corrientes subterráneas, que la naturaleza parece complacerse en formar para la admiracion de los sábios, y los fundadores de la torre la habian utilizado para proteger de un modo seguro cualquiera retirada en caso extremo, con el esterminio infalible de sus enemigos; pues el que allí entrase sin guia, encontraba la muerte.

Por efecto de una causa desconocida, pero que acaso tendremos ocasion de explicar despues, emanaban á veces de aquellos

misteriosos senos voces estrañas, que podían confundirse con acentos humanos y con abullidos de fieras. En el momento de pasar por la peligrosa rampa nuestros personajes, se oyeron aquellos clamores siniestros.

—Hé ahí un fenómeno que no me sé explicar, dijo el marqués. Dicen que procede de espíritus infernales encadenados por cierto mago en lo profundo del abismo; pero yo no creo ni en el mago, ni en los espíritus.

—Sin embargo, señor: ¿Quién sabe si ese boqueron tendrá comunicacion con los infiernos? observó D. Diego santiguándose.

Una carcajada irónica fué la contestacion del incrédulo maestro, carcajada que repitieron cien ecos á un tiempo con un fragor espantoso.

—Si eso temes, D. Diego, repuso, bueno será que nos volvamos, pues podría suceder que esta misma noche tuvieses que bajar á profundidades como esa, y si te faltára el valor...

—No he dicho, señor, que ese peligro me infunda miedo; aunque á la verdad, bien puede arredrar al mas valiente.

—Cierto, si los diablos tuviesen algo que hacer con nosotros mientras vivimos; pero son muy señores, y no se dejan ver en este mundo.

Admirado estaba D. Diego de oír á su padre hablar de esta manera: nunca se le habia manifestado incrédulo respecto á cosas que, en aquel tiempo, habria sido culpa grave poner en duda, tal como la aparicion de los espíritus. Sin embargo, el jóven noble no era muy timorato, y pronto se acomodó á las ideas del marqués, aunque solo fuese por no aparecer cobarde á sus ojos.

Todavía tuvieron que descender á tres cuadras subterráneas antes de seguir otra direccion. Por último llegaron á una pieza mas estrecha que las anteriores, en la cual habia dos puertas que conducian á otras tantas minas abiertas en direcciones diferentes. El marqués guió por una de ellas, y despues de haber andado cosa de una milla, pasó delante de una puerta, que abrió con llave, que consigo llevaba. El aire libre penetró al momento, facilitando la respiracion, y nuestros dos magnates se encontraron en la cueva ó bodega de una casa de campo.

Era esta casa la misma que habia descrito Isidora á su amante, y ocupaba el centro de un bosque acotado, que era propiedad del marqués, y á donde solia ir de cetrería y á caza de animales silvestres y feroces que se criaban y guardaban en su recinto.

Habitaban la casa una mujer anciana y su hijo, los cuales se apresuraron á recibir á sus señores con la humilde solicitud de unos esclavos. La mujer era la que auxilió á Isidora, y la que el marqués habia dado el nombre de Úrsula, y su hijo, el jóven guarda-bosque visto por aquella cuando llegó á la casa rústica. Estos dos personajes no tenian nada de particular: eran sumisos y ciegos ejecutores de la voluntad de su dueño, como suelen serlo las gentes de su condicion. Sin embargo, en la vieja se notaba un aire de malicia, que hacía suponer mucha esperiencia y un ánimo dispuesto á ejecutar sin escrúpulo toda clase de órdenes.

—¿Están los caballos dispuestos, Pedro? preguntó el marqués al jóven guarda-bosque.

—Ahí fuera os aguardan, señor. ¿He de acompañar á vue-
señorías?

—No.

El marqués y su hijo montaron á caballo, y guiando el primero, tomaron la senda blanquecina que antes hemos descrito; pero apartándose luego á la derecha, siguieron la ladera de un monte, cuyas vertientes bajaban al rio Eresma, y al cabo de una hora de camino, llegaron á la entrada de una selva espesa y profundamente oscura. Un hombre les salió al encuentro, destacándose como una sombra de entre los troncos de los árboles, y asiendo por las bridas al caballo del maestro, que, acostumbrado á estas escenas, no hizo la menor resistencia, levantó el brazo armado de un largo puñal, preguntando en voz baja:

—¿Qué buscais?

—Las tinieblas, contestó el marqués, inclinándose al oido de aquel hombre.

—¿Cuál es vuestra divisa?

—¡Perpétua noche!

—No venís solo: ¿quién es ese hombre?

—Un novicio.

—Echad pié á tierra y seguid.

—El marqués se apeó, haciendo seña á su hijo de que le imitase, y entregó los caballos al vigilante que le habia interrogado.

La vista mas perspicaz no podia distinguir los objetos á cuatro varas de distancia. Don Diego, para no estraviarse, siguió muy de cerca los pasos de su padre, el cual á su vez era guiado por un hombre que marchaba delante, y cuya presencia solo se adivinaba por el roce de una larga túnica que vestia, cubriéndole de la cabeza á los piés.

Al cabo de un largo trecho les salió al encuentro otro vigilante, que, prévias las mismas preguntas, les pidió las espadas. El marqués obedeció sin resistencia, pero no así su hijo, el cual manifestó que semejante pretension era degradante para su clase.

—Aquí no hay clases, jóven, oyó D. Diego que decia una voz grave é imponente á su espalda. Volvió el rostro asombrado, y vió junto á sí un fantasma de atlética estatura, que tenia un puñal asestado á su cuello.

—¡Ira de Dios! exclamó el impetuoso caballero: estas gentes andan con piés de lana.

—Sed mas comedido y respetuoso con la santa Hermandad, jóven, dijo el marqués; y haced lo que os manden.

Don Diego entregó su espada, y continuó marchando en pos de su padre por la selva, que á cada paso se hacia mas lóbrega y espesa. De pronto, y cuando mas descuidado estaba, sintió que la tierra le faltaba debajo de los piés, tendió los brazos buscando donde asirse, pero antes que pudiese tocar ningun objeto, una mano vigorosa vino á posarse en su hombro, y le hundió precipitadamente en el abismo. Don Juan Pacheco siguió su camino, sin dignarse siquiera volver la cabeza.

Entre tanto el jóven, acordándose de las prescripciones de su padre, no exhaló un grito ni el mas leve acento de sorpresa: fué á caer á un antro profundo y al parecer de inmensas dimensiones, donde no habia penetrado jamás un rayo de luz: en su rápido descenso no perdió el equilibrio, y conoció que sus piés eran sostenidos por una superficie, aunque movable, sólida.

—No está esto del todo mal, dijo el intrépido jóven al pisar

de nuevo tierra firme; pero pudierais avisar con mil diablos.

Apenas habia pronunciado estas palabras, una mano invisible le tapó la boca con un lienzo, al mismo tiempo que, con violento empuje, le alzaban en bילו, y le arrojaban de una parte á otra, como si fuese una pelota de viento en poder de muchachos.

—Mal juego es este, murmuraba D. Diego, sin poder hablar; por fortuna, parece que estoy entre diestros jugadores, pues me tienen siempre en el aire; pero si llego á caer...

No bien hubo formulado esta palabra, cuando se sintió arrojado con violencia, cual si hubiese faltado el tino á los que con él jugaban, y en un momento se apoderó el terror de su corazón: iba por el aire y no acababa de caer: sin duda le habian precipitado en un abismo sin fondo. De pronto sintió un calor húmedo, semejante al que exhalaba la sima de la torre de los Encantos, y en seguida chocó su cuerpo contra la superficie de un lago, cuyas aguas fétidas, repentinamente agitadas, despidieron llamas fosfóricas. Con la violencia de la caída y el peso de la cota de malla unido al del cuerpo, el jóven se hundió en el lago: pero sin llegar al fondo, fué repelido por el agua, que le despidió á la superficie por efecto de su mucha pesantez. Sin embargo era imposible que se salvase de una muerte próxima, sin el auxilio de alguna persona: prescindiendo del embarazo de los vestidos, que oponian un obstáculo invencible á la libertad de los movimientos, la vista no descubria una orilla donde dirigirse, ó al menos los resplandores fosforecentes de aquellas aguas bituminosas no bastaban á señalar los términos del lago: además, aunque al parecer imperceptible, habia una rápida corriente, y los miasmas que se exhalaban podian asfixiar á un hombre en pocos momentos.

Luchando con la desesperacion y la agonía, vió D. Diego acercarse hácia él un cuerpo flotante, que se distinguia en la oscuridad por los destellos luminosos que brotaban á su alrededor. Cobrando entonces nuevos bríos, hizo mayores esfuerzos para mantenerse á flote, y no tardó en alcanzar al objeto que se le presentaba como único medio de salvacion: pero este objeto tenia, visto de cerca, la apariencia de un gran cetáceo, que

abriendo sus enormes fauces, le absorbió en su lóbrego seno.

En medio del aturdimiento que sufría el jóven, y del vértigo que se apoderó de su espíritu por efecto de esta rápida sucesión de misteriosos acontecimientos, cuyo desenlace le era imposible preveer, conservó espeditos sus sentidos para percibir unos cantares fúnebres, que resonaban sobre su cabeza, mezclados con ruidosas carcajadas y sonido de copas que se chocaban.

—¡Esto es horrible! pensaba el prisionero. Si al menos le dejasen á uno la facultad de defenderse, tal vez podría saber si luchaba con séres humanos; pero de este modo llego á temer que estoy por mis pecados, en poder del príncipe de las tinieblas.

Entre tanto seguían los cantares, las risas y el choque de los vasos.

—No parece todo malo en esta mansión de la noche, pensó D. Diego. Estas gentes se divierten, según creo, y yo soy un necio en contristarme, y en no tomar parte en su gresca.

Y haciendo un esfuerzo, se quitó el lienzo que le cubría la boca, y comenzó á gritar:

—¡Eh! ¡camaradas! ¡Diablos, ó lo que seáis! ¿No me dareis parte en vuestra cena?

Una trampa se abrió al momento sobre la cabeza de D. Diego, y una mano le ayudó á subir á la cubierta de aquel extraño buque. La escena que allí se representaba horrorizó mas á nuestro mozo, que todos sus anteriores contratiempos. A la luz de una antorcha de azufre, colocada sobre la mesa, media docena de esqueletos humanos tenían un extraño banquete. Con sus descarnadas manos, que crujían á cada movimiento, asían por todo manjar serpientes vivas, y las llevaban á sus mandíbulas, entre las cuales desaparecían: muchas de ellas se escapaban, y arrastrándose por el flotante pavimento, iban á zambullirse en el lago. Una voz cavernosa y vaga, como pudiera ser la de un espíritu, dijo al jóven:

—Siéntate y come.

Don Diego se negó á esta invitación, y todas las manos de los esqueletos se volvieron contra él, armadas de serpientes que le arrojaron á la cara.

La noble sangre del doncel hirvió en su corazón al sufrir este insulto.

—¡Ira de Dios! exclamó dando una patada, que retumbó á á lo lejos: aunque seais espíritus del averno, alzaos todos, y defendeos contra mí, para que pueda reducirlos á la nada.

Las secas mandíbulas de los esqueletos chocaron entre sí, al mismo tiempo que llenaba el espacio una estentórea carcajada.

La ira del jóven se convirtió en pasmo; si el valiente mancebo no hubiese estado bajo el dominio de una fascinación diabólica, probablemente habría observado que aquellas risas y los cantares que de trecho en trecho se repetían, no emanaban de la cubierta del buque, sino del entrepuente, donde había hombres ocultos, que, por medio de resortes, dirigían todos los movimientos de los esqueletos: habría notado además que aquellas serpientes eran unos animales inofensivos, unas simples culebras acuáticas, que por esta condición, apenas se veían libres buscaban su natural elemento.

Pero D. Diego no estaba ya en estado de reflexionar ni de observar: hecho juguete de una ilusión, se entregaba sin reserva á la violencia de sus afectos, y parecía haber olvidado el objeto de las tremendas pruebas porque pasaba. Recobrado del súbito estupor que le causara la fingida carcajada de los esqueletos, repitió su temerario desafío, y quiso arrojarle contra sus impasibles enemigos; pero al momento le faltó apoyo, y se hundió en el seno del barco.

Pero después atracó éste en una playa arenisca, cuyas guijas hicieron rechinar sus costados: las simuladas fauces del cetáceo se abrieron de nuevo, y el jóven fué lanzado con fuerza, quedando abandonado en medio de la oscuridad. Al mismo tiempo el barco se retiró de la ribera, y siguió bogando, y dejando en pos de sí un rastro luminoso como la cola de un cometa.

Don Diego comenzó á caminar á tientas por aquella playa tenebrosa, llevando las manos estendidas hácia delante, como el ciego que, en país desconocido, acaba de perder su lazarillo. No sabía, en verdad, si alegrarse ó deplorar la ausencia de los que hasta allí le habían acompañado. Mal, muy mal lo había

pasado con ellos, pero es tal el apego del corazón humano á la vida social, que aun á trueque de volver á sufrir nuevos tormentos y zozobras, habria preferido el jóven la compañía de sus verdugos á la espantosa soledad en que se hallaba.

Y es que, con efecto, la prueba del abandono era terrible. No ver luz por ningun resquicio; no percibir mas ruido que el de sus pasos y el de su respiracion; ignorar á donde se estendian los confines de aquel desierto; y marchar á ciegas sin esperanza de encontrar ningun ser humano, ni saber si aquella situacion duraria hasta que le asaltase la muerte, ó acaso por toda una eternidad, era un suplicio mil veces peor que servir de pelota, darse un baño en agua sulfurosa, y asistir á un banquete de culebras, ó pasearse en el vientre de una ballena de madera. Ya que otra cosa no, al menos habia en todas estas aventuras la esperanza de un término, y el consuelo que inspira la cercanía de otros séres: pero la soledad en las tinieblas, era el último extremo de la desolacion.

Al cabo de un gran rato, creyó D. Diego percibir el rumor de dos personas que conversaban con misterio, y encaminó sus pasos hácia el punto donde sonaba, como el náufrago, que vislumbra la luz de un faro entre las brumas de la borrasca. Pero no bien hubo adquirido la certidumbre de que habia hombres cerca de sí, el recuerdo de sus pasados contratiempos se despertó con viveza en su imaginacion, y detuvo su marcha, reprimió la respiracion, y procuró acercarse de manera que no fuese sentido.

Los dos interlocutores proyectaban un crimen.

—¿Con que esta misma noche, decia el uno, ha de morir esa palomita enjaulada?

—Sin remedio, contestó el otro: ha cometido la imprudencia de penetrar en los misterios de la sociedad, y ya sabes que ese crimen no se perdona.

—Es justo que muera. Pero, ¿por qué esta noche?

—Porque se teme que el marqués de Villena intente salvarla para adquirir el inmenso tesoro, cuyo secreto ella posee, y además porque pudiera muy fácilmente descubrir la puerta de escape que se oculta detrás de su lecho.

—Es verdad.

—Por eso nuestro gran maestro ha resuelto que muera, prefiriendo perder el tesoro á esponer á la *Hermandad* á revelaciones indiscretas.

—¡Pues bien! por mi parte estoy pronto á herir. ¿Cuándo ha de ser?

—No se trata de verter sangre: dentro de media hora le servirás la cena, cuida de poner en su copa el contenido de este frasco, y cuando todo esté acabado, arroja el cuerpo al *lago Negro*, para que las aguas lo lleven á la Torre de los Encantos donde podrá recogerlo, si gusta, el avaro marqués de Villena.

—Eso es: que tome tesoros.

—Y bien podrá hacerlo; porque se ha dispuesto que su hijo presencie la muerte de la palomita, para que le lleve la noticia.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho!... Ea, pues; manos á la obra.

La conversacion cesó, y D. Diego sintió el ruido de los pasos de aquellos hombres, que se alejaban.

—¿Qué palomita será esa que intentan asesinar esos malvados? pensó el jóven. ¡Oh! afortunadamente poseo el secreto, y puedo salvarla de sus manos.—Una puerta de escape detrás de su lecho... Un veneno que se ha de verter en una copa... No será, no. Y luego, mi padre está interesado en este asunto... un inmenso tesoro, cuyo secreto posee esa mujer. Bien vale todo esto la pena de que un caballero esponga un poco sus dias, si es menester, para evitar un infame asesinato.

Despues de tomar esta noble resolucion, D. Diego recapacitó un momento.

—Pero no, dijo para sí: mi deber es dejarla morir. Ahora recuerdo, por lo que han dicho esos hombres, que he venido á iniciarme en los misterios de la terrible hermandad de la Perpetua Noche, y que no debo revelar nada de lo que aquí oiga ó vea, que debo ser impassible á todo, aunque se trate de mi vida ó la de mi padre. ¡Oh!... Si esta es una prueba, confieso que es la mas terrible porque puedo pasar.

En aquel momento se oyó la dulce armonía de un laud, tañido, no muy lejos, por diestras manos.

—¿Qué oigo? murmuró D. Diego. Esa música deliciosa ¿procederá de la cautiva condenada á muerte?

Para confirmar esta presuncion, una voz de mujer cantó esta sentida endecha:

«¡Ay de mí triste!
 Que languidezco y muero,
 y en vano, en vano espero
 ¡mi salvador!
 De luto mi alma viste;
 porque, naciente y pura
 se pierde en cárcel dura
 la fuente de mi amor.
 ¡Ay de mí triste!»

Don diego marchó con precaucion hácia donde sonaba la voz de la cantora melancólica, pero habiendo cesado antes que él pudiese llegar á descubrir la morada de aquella, se detuvo, ansioso de escuchar algun rumor, que pudiera servirle de guia. No tardó en sacarle de su inquieto anhelo la misma voz, que seguia cantando acompañada del melodioso laud.

«¡Ay de mí triste!
 Que vivo suspirando,
 y en el valor soñando
 de un salvador.
 De un salvador que existe
 aquí, en mi fantasía,
 y á quien mi amor daría
 en premio á su valor.
 ¡Ay de mí triste!»

Atraido por la voz de la misteriosa cantora, como el pájaro por la mirada de la serpiente, llegó por fin D. Diego á una galería de forma elíptica, débilmente alumbrada por los reflejos pálidos de unas luces invisibles.

En la parte mas ancha de la elipse que formaba la galería,

descubrió el caballero una gran puerta cuyo umbral lo componian los brazos de dos gigantescas estatuas de bronce, colocadas á uno y otro lado, las cuales tenian las manos enlazadas, y afianzaban en la mano sendas bocinas adheridas á los lábios. Una cortina de seda color de rosa cubria la puerta y á través de ella se observaba que el interior de la estancia se hallaba perfectamente iluminado.

Nuestro jóven no se detuvo un momento: pasó el dintel, y apartó con la mano el rosado cortinaje. Al punto las bocinas de las estatuas sonaron con ronco estruendo, y con tal fuerza, que retemblaron las bóvedas, y el pavimento se estremeció.

Don Diego no pudo contener un movimiento de sorpresa y terror; pero esforzándose por aparecer sereno, pasó adelante, quedó deslumbrado ante la magnificencia de los objetos que aparecieron á su vista: él, aunque hijo del mas opulento magnate del reino, aunque habituado á frecuentar los alcázares de los reyes, no conocia nada que fuese parecido en riqueza al vasto salon en que acababa de entrar: era su forma la de una capilla, sustentada por columnas de mármol rojo, brillantemente pulimentadas, con capiteles de bronce, que representaban cariátides, bichos y otros animales raros: los testers eran de mosaico de mármoles y jaspes de diferentes colores, sobre un zócalo blanco, con vetas blancas. El pavimento estaba cubierto por un tapiz de Persia, recamado de oro y perlas: en el fondo de la estancia se alzaba un monte de cogines de terciopelo azul celeste, guarnecidos de plata y piedras preciosas, sobre los cuales reposaba con lánguido abandono una mujer vestida con toda la riqueza y voluptuosidad del lujo asiático. Para iluminar tanta opulencia, pendian del techo lámparas de alabastro en forma de azucenas abiertas, donde ardian luces de colores, alimentadas por esencias, que difundian un delicioso aroma.

Por algunos momentos permaneció D. Diego indeciso, sin atreverse á dar un paso en aquella especie de santuario; la luz ofendia á sus ojos habituados á la oscuridad. Pero la dama se incorporó en su mullido lecho de almohadones, y tendiéndole una mano le dijo con la voz mas dulce y simpática del mundo:

—Acercaos, noble caballero. ¿Qué os detiene?

—Temo turbar vuestro reposo, y haber sido indiscreto entrando aquí sin vuestra vènia, hermosa señora, contestó el jóven.

—¡Ah! venid, venid, y hablad mas bajo.

Don Diego se acercó, y vió que la dama estaba cubierta con un velo de gasa de plata que le llegaba á los piés. Mas á pesar de esto se distinguían perfectamente sus formas, que la imaginacion se fingia, bellas como las de la obra mejor acabada del cincel de Praxiteles, y sus ojos negros brillaban á través del velo, como los rayos del sol entre las frondas de una selva. Hermosa debia de ser sin duda aquella mujer, y conocíase que estaba en el apogeo de la juventud: las crenchas de su poblada y larga cabellera negra, entrelazadas con sartas de gruesas perlas le formaban un turbante y descendian en trenzas sobre sus hombros y espalda. Sus brazos desnudos eran redondos y bellos como el alabastro y sus manos pequeñas y finas, adornadas de pedrería, hubiérase dicho que eran un regalo de hadas. En una de ellas tenia cogido por el mástil el laud que poco antes oye-
ra el jóven caballero.

—Hermosa me habeis llamado, continuó diciendo la tapada. Yo os juro que lo soy tanto como la mas bella hurí del Paraiso. Pero ¿de qué me sirve esa hermosura? Las flores languidecen y mueren si se las encierra en fanales, aunque sean de oro: la luz del sol las vivifica y el beso de las auras dilata su corola y eleva gallardo su tallo. ¡Ay! Si sois noble y caballero, tened piedad de mí.

—¿Qué puedo hacer por vos? preguntó D. Diego, á quien turbaba el dulce acento de la bella encubierta.

—¡Oh! Podeis darme la libertad, y arrancarme del dominio de un horrible tirano que me sujeta contra mi voluntad. ¿Sabeis lo que es la esclavitud, cuando el corazon delira de entusiasmo y la sangre hierve á impulsos del ardor juvenil? ¿Sabeis lo que es la sujecion forzada y la pérdida del aire y del sol, cuando la imaginacion se complace en dilatar hasta lo infinito los horizontes de la vida? Si hubiese un hombre tan valiente que me sacase de este fastuoso sepulcro, yo le haria el mas feliz

y poderoso de los mortales: yo le daría mi amor, que nadie ha conseguido; mis tesoros, que nadie puede contar; y mi ciencia, que puede hacerle inmortal.

—Si solo se necesita valor para libraros, yo me creo capaz de acometer la mas árdua empresa, sin exigir nada en cambio. Mandad y sereis obedecida.

—¡Obedecida! Yo no puedo mandar á quien es señor de mi voluntad; porque (no debo negároslo), yo os he visto mil veces en mis ensueños de felicidad: yo os esperaba siempre, á todas horas, y no he dudado un momento que acudiriais á salvarme de mi cautiverio; yo he leído en el libro del destino que seriais vos mi salvador, y he nutrido en mi pecho la sagrada llama del amor primero, y la he guardado pura, como las sacerdotisas de Vesta, para ofrecerla en holocausto al mas valiente de los hombres. Pero yo ignoro los medios de alcanzar esta libertad tan deseada: he tocado con afan todas las piedras de esta mansion, y no he hallado mas salida que aquella puerta por donde habeis entrado, cuyo dintel no se puede pisar impunemente; porque los dos gigantes de bronce que la guardan, avisan inmediatamente á los esclavos de mi tirano.

—¿Y bien, qué puedo hacer? Si tuviese un arma, me abriría paso á través de un millon de enemigos; pero estoy desarmado: en este momento soy tan esclavo como vos.

—No: porque mi ciencia me ha revelado que mi salvador poseeria el secreto de una oculta salida, y si vos ignorais esto, no sois el valiente de mis sueños.

Don Diego se estremeció acordándose de lo que habia oido á los misteriosos asesinos, y preguntó:

—Pues bien: si á tanto alcanza vuestra ciencia, ¿cómo ignorais un medio de salvacion?

—¡Ay! es que mi ciencia no me revela jamás lo que directamente me interesa. Yo puedo saber lo que pensais, lo que os habrá de suceder aun con relacion á mi persona; pero no lo que yo misma debo ejecutar.

—¿Según esto sois maga?

—Sí. Por esto estoy cautiva.

En este momento sonaron las bocinas de las estatuas, y apareció en la puerta un horrible negro, que traía una mesa de oro cubierta de manjares.

—¡Ah! estamos perdidos, dijo la hermosa encubierta en voz baja. Si ese negro vuelve á salir de aquí, avisará vuestra presencia, y esto puede costarnos la vida.

—¡Quereis que muera!

La dama tomó sin contestar una mano á D. Diego y la estrechó en la suya con expresión de afecto y gratitud.

Nada mas fácil habria sido al caballero que dar muerte al negro haciéndole beber el licor que contenia la copa de su señora; pero le asaltó de nuevo la idea de que debia de ser vigilado por la terrible Hermandad, y temió que se le tendiese un lazo: Creia de buena fe que se trataba de asesinar á la hermosa cautiva en su presencia, y solo sospechaba que se le habia hecho partícipe en el crimen para probar su fidelidad. La lucha que en aquellos momentos sostenia D. Diego, era terrible; porque, aun cuando no amase á la jóven, su hermosura, que imaginaba preciosa, lo simpático de su voz y aquel amor ideal que le mostraba, tenian alicientes muy poderosos para subyugar el corazón de un jóven como él, é interesarle vivamente por ella. Parecíale además una cobardía indigna dejarla por miedo abandonada á su triste suerte, y dudaba si debia sacrificar sus sentimientos generosos al frio egoismo de aquella sociedad tenebrosa.

El negro acercó la mesa, y echando una mirada feroz al caballero, dijo:

—Mi señor ignoraba que tuvieseis compañía: voy á participárselo por si tiene á bien disponer que se traiga otro cubierto.

La dama contestó temblando, al parecer:

—No es necesario. Yo no ceno esta noche.

—Sí cenareis, señora, repuso el negro. Mi señor lo manda.

—Tu señor no puede mandar eso, dijo D. Diego, que habia reconocido en la voz del negro á uno de los asesinos. Si esta dama no quiere cenar, ¿quién puede obligarla?

—Yo.

La insolencia del negro irritó á D. Diego, el cual se levantó con ánimo de castigar su osadía: pero la dama le detuvo asiéndole la mano y diciéndole:

—Sosegaos, por Dios, mi querido caballero.—Y añadió volviéndose al negro:—Por piedad no avises á tu señor; cenaré sola.

—Enhorabuena: despachad.

La dama se acercó á la mesa y apartó el velo de su rostro: D. Diego quedó admirado al ver su hermosura, y tembló á la idea horrible de haber de consentir su muerte, pudiendo evitarla. No apartaba la vista de la copa fatal, y mil veces en pocos momentos pensó en verter aquel líquido emponzoñado, y otras tantas desistió de su pensamiento.—«No puedo salvarla, dijo para sí: vertiendo el veneno, sin duda le preparo una muerte violenta, y no tengo armas para defenderla. «Es forzoso resignarse.»

Tomada esta resolucion, se cruzó de brazos, y aguardó el desenlace de aquel misterioso drama. La hermosa jóven comia entre tanto, sin dejar de dirigir á D. Diego miradas apasionadas, mucho mas elocuentes que sus palabras. Por último tomó la copa, y antes de beber, brindó con ella al caballero, que, pálido y temblando, la rechazó cortesmente. El negro acarició con la mano la empuñadura de una gumia que llevaba pendiente del cinto.

—¿Por qué no bebeis? preguntó la jóven: tomad la copa: deseó recibirla de vuestros labios.

Don Diego tomó la copa maquinalmente, no sabiendo cómo negarse á una invitacion tan cordial, y estuvo tentado de apurar todo el líquido, y confesar despues la infame traicion, salvando en seguida á la jóven por la puerta secreta; pero conocia que iba tal vez á sacrificarse sin provecho alguno.—«¡Es imposible!... ¡es imposible!» murmuró, y tocando el licor con los lábios, devolvió la copa á la dama. Pero al ver la accion de ésta para beber, un impulso de generosidad y casi de amor, le hizo abalanzarse hácia ella. Sin embargo, se contuvo en el acto, cerró los ojos, y la dejó apurar el tósigo. Poseído entonces de un tar-dío arrebató de cólera, se precipitó sobre el negro con intencion de arrancarle del cinto la gumia, gritando:

—¡Miserable asesino! ¡Esa mujer morirá vengada!

Pero antes que pudiese apoderarse del largo puñal, una fuerte detonacion hizo temblar los muros de la estancia, y todas las luces se apagaron á un tiempo, dejando á nuestro héroe en la mas completa oscuridad. En seguida se oyó la voz de la dama que decia:

—No te aflijas por mí, D. Diego; yo soy libre como las águilas del cielo.

Y otra voz varonil, le dijo al oído:

—Marchad de frente.

Don Diego obedeció: á los pocos pasos sintió que su cuerpo giraba rápidamente, y que le daba en el rostro el aire libre, pero quiso echar el pié adelante, y conoció que estaba al borde de un precipicio: pensó retroceder; pero no pudo. Estaba entre una roca y un abismo profundo.



CAPITULO IX.

La prueba de la obediencia.



La hermandad de la Perpétua Noche, como habrá conocido el lector, era una de aquellas sociedades secretas que muchas veces se organizaron en los siglos medios, ya para empresas políticas, ya para socorrerse mutuamente las personas de la clase ínfima, y rechazar los ataques de los poderosos, auxiliándose con sus haberes y sus fuerzas.

Las hermandades gremiales de Alemania, que tanto engrandecimiento mercantil y político alcanzaron en el siglo XIII, habian encontrado imitadores en todos los países de Europa, dando su origen á los gremios de artesanos, que habian de producir con el tiempo la emancipacion de la plebe y la igualdad de derechos políticos en todas las clases de la sociedad.

A imitacion de estas hermandades, cuyo carácter religioso por lo comun no escluia la parte de ciertas formalidades terroríficas para la recepcion de cualquiera de sus miembros, se habia formado en Castilla la titulada de la *Perpétua Noche*, pero con tal secreto que, si bien constaba de mas de cien mil individuos di-

seminados en todas las principales poblaciones de España, solo tres de los socios se conocian personalmente unos á otros. Eran estos el jefe ó gran maestro D. Albarba, judío inmensamente rico é influyente, conocido entre sus correligionarios solamente con el nombre de Abiabar y el cargo de sumo sacerdote, otro judío muy renombrado como sábio astrólogo que se llamaba Abacuc y el marqués de Villena.

La organizacion singular de esta sociedad merece que la dediquemos algunas líneas.

La direccion central estaba en Castilla, y celebraba sus asambleas parciales y generales en Segovia, Toledo y Burgos, teniendo para ellas locales á propósito, conocidos solo de los judíos, cuyos jefes supremos habian conservado el secreto de su existencia transmitida por tradicion desde los tiempos mas remotos: porque es de advertir que el pueblo hebreo, para evitar las persecuciones que tantas veces sufrió de los cristianos, y á fin de salvar el arca santa, que estuvo por muchos siglos en España, necesitaba de aquellos asilos, y conocia construcciones magníficas, verdaderos palacios subterráneos, labrados por una generacion anterior á la historia, y de los cuales se hallan vestigios en todos los paises de la tierra.

Los miembros de la sociedad no se conocian mutuamente: celebraban sus reuniones á oscuras, y cubiertos con una máscara que disfrazaba la voz, de modo que dos hermanos podian discutir entre sí en la asamblea, sin sospechar su parentesco. Las muchas traiciones que habian desbaratado los mejores planes de estas sociedades, aconsejaron tan estraña precaucion.

Cada uno tenia un número de órden, por el cual se nombraba en la asamblea, y este número grabado en una tarjeta de laton, le servia para identificar su persona en caso de necesidad. Todos dependian del *número uno*, que era el jefe, quien, siendo á la vez el tesorero del rey, y teniendo á su cargo la cobranza de los impuestos, transmitia sus órdenes á los jefes de distrito por medio de los cobradores ó colectores, usando de fórmulas convenidas de antemano, y por medio de pliegos cerrados. Solamente el jefe sabia los nombres de los socios, su domicilio y

número que conservaba anotados en un padron ó censo, por medio del cual sabia el paradero de cada uno. Los jefes de distrito conocian tambien á los miembros de su demarcacion, y llevaban nota que transmitian al gran maestro.—Para reclutar los sócios, se habian pasado esquelas á todas aquellas personas que inspiraban confianza, citándolas á un punto dado y haciéndolas entrar en la sociedad, so pena de la vida.

Resultaba de esta combinacion la mas estricta fidelidad; porque todo sócio prestaba juramento de perder la vida, si oyendo á alguna persona, aunque fuese su mismo padre, revelar algo de los misterios de la Hermandad, no buscaba ocasion de asesinarle; y como ninguno conocia á otro, todos se guardaban de proferir una palabra que pudiera comprometerles, por temor de tener un espía y un verdugo en su mejor amigo.

Escusado es decir que esta sociedad se componia casi exclusivamente de judíos: su formacion tenia un fin político, cuya importancia era tambien una garantía de sigilo, pues se trataba nada menos que de extinguir la dinastía reinante en Castilla, y cualquiera otra que no fuese favorable al pueblo hebreo, para entronizar en su lugar á quien mas les conviniera. Esto explica por qué el marqués de Villena formaba parte de la tenebrosa Hermandad, y por qué ocupaba en ella un puesto preferente: se le habia designado para instrumento de la revolucion, prometiéndole la corona; y él, que era ambicioso por naturaleza, que gozaba en la intriga y en las revueltas, y que conocia el inmenso poder de los judíos por su riqueza, por su influencia sobre las principales familias del reino, con quienes habia procurado enlazarse por los vínculos de la sangre, creyó tener asegurado lo que le ofrecian, con tal que secundára las miras de la sociedad. Era por otra parte mucho lo que se podia esperar de su propio talento, y de sus grandes recursos como potentado; así es que no debe estrañarse su adhesion á un plan secreto de tanta trascendencia, pues casi podia estar seguro de triunfar en todo, teniendo á su disposicion al jefe de aquella liga misteriosa, que equivale á tener el hilo de una gran red tendida sobre toda la superficie del reino y pronta á cerrarse al primer impulso de su mano.

La entrada de D. Diego Lopez Pacheco en la hermandad de la *Perpétua Noche*, habia sido solicitada por el marqués de Villena. D. Albarba ó Abiabar no pudo negarse á la admision del jóven, que segun la cábala concertada, debia ser el sucesor natural de su padre, tanto en poder é influencia, cuanto en intrigas y ocultos manejos; al efecto se habia designado para su recepcion la noche de que hemos hecho mencion en el capítulo precedente, y para lo cual se dió con anticipacion al marqués el aviso que recibió de manos de un sócio que se fingió ciego.

Ya hemos visto las pruebas á que fué sometido el jóven novicio antes de entrar en el seno de la asamblea. Estas terribles formalidades tenian por objeto infundir en el ánimo del nuevo sócio una idea muy exagerada del poderío de la Hermandad, y reconocer su valor físico y moral. Por esto se le hizo pasar por aventuras tenebrosas, que habrian impuesto miedo al ánimo mas osado de aquellos tiempos, y se le confió un secreto, para ver si era capaz de guardarlo, á pesar de las simpatías é instintos filiales, y resistiendo á la seduccion del oro y de la hermosura. Restaba, sin embargo, probar su obediencia, y esta prueba, no menos importante que la del sigilo, debia verificarse en presencia del gran maestro.

Para la mayor inteligencia de esta tenebrosa intriga, conviene saber que, el personaje misterioso que apareció detrás de D. Diego, cuando éste se resistió á entregar su espada, no era otro que Abiabar: él mismo fué quien le impelió en el momento de hundirse debajo de tierra, y el que habló con el supuesto asesino de la hermosa cautiva en el desierto subterráneo. En cuanto al guia de la selva y al negro, envenenador, no podia ser otro que Abacuc, disfrazado con una máscara, el cual, como único iniciado en los pensamientos del gran maestro, tomaba siempre una parte activa en los mas íntimos actos de la sociedad.

Tiempo tendremos de ir conociendo mejor á estos personajes. Entre tanto vamos á introducir al lector, si no lo lleva á mal, en el recinto mas impenetrable de la sociedad.

En esta magnífica estancia que hemos procurado describir en el capítulo anterior, y detrás del mullido lecho donde repo-

saba la hermosa prisionera, habia con efecto una pequeña puerta oculta, que no habria podido distinguir la vista mas perspicaz. Sin embargo, á pesar de las tinieblas que invadieron repentinamente la suntuosa morada de la jóven, ésta se dirigió con seguro paso al sitio del secreto, empujó una de las losas de mármol que parecian incrustadas en la pared, y se abrió camino á un gabinete inmediato. Era este un aposento reducido de forma octágona, cuyos muros, techo y pavimento estaban entapizados de terciopelo negro, sembrado de estrellas de oro: una lámpara de bronce, pendiente de una cadena de hierro, difundia en este lúgubre recinto una luz ténue y azulada, que apenas permitia distinguir los objetos. En un testero habia un trono adornado con tisú negro y oro, como toda la estancia, y delante de él una mesa con un largo tapete de la misma especie. Ocupaba el trono un hombre de atlética estatura, cubierto el rostro con una máscara blanca, bajo la cual salia una imponente barba, que parecia de plata. El traje de este hombre consistia en una bata de brocado negro con llamas rojas, y un manto azul celeste todo él bordado de ojos y oidos, símbolo de la omnisciencia: en la cabeza llevaba una corona de almenas y alas de águila alternadas, como emblema de la fortaleza y del imperio.—Sobre la mesa habia una espada, una elípsedra, un gran libro y una calavera humana.—Ninguna silla mas que la del trono se veia en todo el aposento, y en el lugar que debieran ocupar los asientos, se alzaban unos pedestales de mármol negro con inscripciones blancas, los cuales sostenian esqueletos y cráneos humanos.

Al entrar en esta lúgubre mansion la hermosa jóven, el personaje que ocupaba el trono se levantó y corrió hácia ella con los brazos abiertos, diciendo:

—¡Ven á mí, digna hija de Osmin! Ven que te estreche contra mi corazon, bella Jarifa, espíritu independiente y leal.

La jóven se echó en los brazos del imponente personaje, como pudiera hacerlo en los de un padre, y dijo:

—¡Por fin os vuelvo á ver, mi querido amigo! Ilustre y generoso Abiabar, ¡cuánto he deseado este feliz momento!

—Abiabar abrazó de nuevo á la hija de Osmin, y repuso:

—Yo tambien lo he deseado, hija mia, y los dias me han parecido siglos desde que mi pariente Abiabar, el astrólogo del rey de Aragon, me avisó de tu venida. Esta misma noche, sabiendo tu presencia entre nosotros, he sufrido cruelmente por tener que dilatar nuestra entrevista, y he necesitado reprimir la impaciencia de mi corazon, al oirte cantar tan cerca de mí, sin poder salir á tu encuentro.

—Yo tambien he necesitado acallar á mi corazon, y borrar de mi semblante la huella de mis emociones.

—Lo sé, lo sé, digna hija de Agar, repuso el gran sacerdote, notablemente conmovido. Si alguna duda me hubiese quedado acerca de tu grandeza de ánimo, esta noche la habrias disipado, como el calor del sol deshace la niebla. Nuestro amigo Abacuc me habia preparado la sorpresa de presentarte á mí sin prévio aviso; pero no ha podido resistir al deseo de revelarme tus virtudes.—«Abiabar, me dijo: la hija de la infeliz Agar acaba de venir de Aragon.—¿Dónde está? ¿cómo es que no la traes á mi presencia? le pregunté.—Sosiégate, me replicó, y bendice la causa que te impide verla. Su anhelo escede al tuyo, y ahora mismo estaba ansiando darte sus brazos; pero la dije que se apresurase, porque podia ser útil su cooperacion en la prueba del novicio, y al momento me contestó:—El deber es lo primero: decidme lo que he de hacer, y despues veré á mi querido protector.»

—¿Eso os ha contado?

—Sí, mi querida Jarifa: y no sé como he podido contenerme; porque esa respuesta tuya es un reflejo del alma heroica de tu desdichada madre; de tu madre, á quien yo amé, y á quien vi perecer con el valor propio de los espíritus inmortales.

—Basta, basta, Abiabar, dijo la jóven, contrayendo sus ojos para reprimir las lágrimas. Recordad que estais en vuestro tribunal, y no ablandeis vuestro corazon con el fuego de los recuerdos.—Ya estoy de vuelta en Castilla, y en situacion de prestaros los mejores servicios.

—Sé que has venido con el condestable de Aragon, Pedro

de Peralta: pero él no está en Segovia ¿cómo es que te has separado de su compañía?

—Entrando al servicio de la infanta Isabel.

—¡Ah!... Bien.—¿Pero te conoce la infanta?

—Como me conoce todo el mundo: bajo el nombre de Azhuma la aventurera.

—Bien, alma mia, bien. Pero explícame cómo has entrado á su servicio. Esto es muy importante.

La jóven esplicó en pocas palabras el objeto de la venida de Pedro de Peralta á Castilla, el ardid que ella le inspiró para inclinar el ánimo de la infanta en favor del príncipe D. Fernando, y como logró cautivar la atencion de aquella y merecer su afecto.—Ahora, continuó, yo sabré penetrar en los mas íntimos secretos de la infanta y de sus amigos, estaré á un tiempo en Castilla y Aragon y podré ser el ojo mas vigilante de vuestro manto.

—Deja que te abrace otra vez, sublime criatura, dijo Abiabar transportado de gozo. Tú sola vales mas que los dos pueblos juntos de Israel y de Mahoma de que procedes: tú eres fuerte como Judit, astuta como Dalilah, sábia como Dévorah, y mas que todas hermosa. Tú reinarás sobre el pueblo escogido de Dios, y vengarás á tus hermanos. Bendita seas, hija de Agar la profetisa y de Osmin el zenete, y bendita la hora en que te recogí de los brazos de tu madre moribunda.

En este momento apareció en la puerta por donde habia entrado Jarifa, el fingido negro Abacuc, y haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Maestre, hace rato que el novicio espera tus órdenes en la Roca Tarpeya. ¿Qué has decidido? ¿Estás tatisfecho de su valar y fidelidad? ¿Quieres que se le arroje al abismo, ó que se le conduzca á tu presencia?

—Tráele aquí, contestó Abiabar: pero antes haz comparecer ante mí al número Mil.

Abacuc levantó un tapiz en otro extremo de la estancia, y desapareció. Abiabar, entre tanto, condujo á la jóven á un pequeño retrete situado detrás de su trono, y volvió á tomar asiento.

Poco despues apareció de nuevo Abacuc, trayendo de la mano á un sócio cubierto con una máscara y vestido con una chia ó túnica morada. El maestro mandó á éste colocarse á su lado, haciendo al mismo tiempo una seña significativa á su satélite, que marchó en busca de D. Diego.

El jóven noble permanecia en la situacion precaria en que le dejamos, colocado al borde de un precipicio, sin medio alguno de poderse mover en ninguna direccion. Este precipicio llevaba el nombre de la Roca Tarpeya, como el célebre despeñadero de Roma, porque servia para precipitar por él á los que no salian victoriosos de las pruebas de recepcion. Detrás de esta roca habia una puerta de piedra de forma cilíndrica, construida exactamente como un torno de monjas, de manera que, entrando una persona en su concavidad, bastaba hacerla girar sobre un eje que tenia en su centro para espeler fuera y dejar imposibilitado para retroceder al que ignorase el secreto. Así le habia sucedido á D. Diego, el cual se volvió loco tentando la fria piedra, y sin poder comprender que se le hubiese aislado de aquella manera, como no fuese por arte de encantamiento.

Pero de pronto oyó un leve ruido, y la voz de un hombre, que le decia:

—¡Venid!

Don Diego acudió en seguida al llamamiento, y apenas hubo tocado el cuerpo de su inesperado salvador, conoció que giraba sin mover los piés. A poco entró en el gabinete negro conducido de la mano por Abacuc.

Grande fué el asombro del jóven al verse en aquel lúgubre recinto: los objetos que le rodeaban no podian menos de inspirarle desconfianza y horror: hubo momentos en que creyó estar en el seno de una tumba y en presencia de los jueces del infierno de que habla Ovidio.

—¡Acércate, mozo! dijo Abiabar.

Don Diego obedeció maquinalmente.

—Mira en torno tuyo, continuó el maestro: descifra esas inscripciones que te rodean, y aprende en ellas á vivir.—¿Qué ves ahí?

—Veo nombres y fechas, contestó el jóven.

—Los nombres pertenecen á los traidores y á los torpes que revelaron una sola palabra de nuestros misterios: las fechas significan el dia de la falta y el de la expiacion; los esqueletos colocados encima, son el testimonio perenne de nuestra justicia.

—Lo comprendo.

—Necesitas comprenderlo bien; porque entre nosotros no se conoce la palabra perdon, ni hay parientes ni clases. Nuestra divisa es la de la muerte: *Perpétua Noche*, y la muerte es el gran nivel del universo, que todo lo iguala y equilibra.—Ten muy presente que has cometido hoy muchas imprudencias, de las cuales la menor podrá mañana costarte la vida. Tu deber se cifra en tres palabras: valor, obediencia y sigilo.

Dicho esto Abiabar descendió de su trono, abrió el gran libro que habia sobre la mesa, en cuyos amarillos pergaminos se veian dibujados con varias tintas multitud de signos misteriosos, y mostrándolo al jóven le dijo:

—Este es el libro secreto de la sabiduria de Salomon, por el cual se saben todas las acciones, palabras y pensamientos de los hombres: pon la mano sobre él y repite mis palabras.

Don Diego obedeció y fué diciendo con Abiabar:

—Juro sobre esta santa revelacion de Dios, obedecer ciegamente los decretos de la *Perpétua Noche*, sellar mis labios con tan duro sello, que no puedan jamás arrancarles una palabra todas las seducciones del mundo, ni todos los tormentos del infierno, y herir sin compasion hasta que muerte se siga á quien revele en mi presencia el menor secreto comun, aunque sea mi padre ó madre, mi señor feudal ó el mismo rey, so pena de morir.

Cuando el jóven concluyó de pronunciar esta terrible fórmula, su mano temblaba, y sus labios estaban secos.

—Ya sabes á lo que te obligas, prosiguió Abiabar: ahora escucha.

Y dirigiéndose al sócio número Mil, que permanecia inmóvil como una estatua junto al trono, le quitó de pronto la máscara, y dijo á D. Diego:

—¿Conoces á este hombre?

El jóven recobró la confianza, y estuvo á punto de dar un grito de alegría. El número Mil era su padre.

—Sí, le conozco, repuso.

—Basta, prosiguió Abiabar cortándole la palabra. Y desvainando un agudo puñal que pendia de su cinto, lo tomó por mitad de la hoja, y lo presentó al jóven por el puño, diciendo:

—Toma.

Don Diego se estremeció instintivamente al contacto frio de aquella arma traidora: una idea siniestra, pero increíble, pasó rápida por su alma, que la rechazó con horror.

El inflexible Abiabar asió de un brazo al marqués, y le hizo avanzar hasta colocarse en frente de su hijo. Entonces, mirando á éste con ojos de hiena que chispeaban á través de la máscara, señaló á su padre y dijo:

—Mátale.

El brazo de D. Diego se encogió por efecto de una crispacion nerviosa, que partia del centro de su corazon. El marqués, entre tanto tenia en él los ojos fijos, pero permanecia impassible, sereno, con los brazos cruzados, aguardando el golpe.

—¡Mátale! repitió Abiabar con voz de trueno.

El jóven levantó el brazo para herir; pero no llegó á bajarlo. Abacuc se lo detuvo en el aire.

Abiabar y el marqués de Villena se dieron las manos con muestras de satisfaccion, y el segundo volvió á donde estaba su hijo, trémulo, con los ojos estraviados y la boca espumante, y le abrazó cordialmente.



CAPITULO X.

La asamblea.



ABIABAR, satisfecho con la última prueba á que habia sometido á D. Diego, abrió el gran libro de la sabiduría por el final, anotó en él su nombre, clase y domicilio, y el número de órden que le correspondia; luego sacó de su escarcela un número igual, grabado en una chapa de metal, y lo entregó al jóven, diciendo:

—Tomad, hermano: tarde llegais á la sociedad, pues sois el número Ciento noventa mil; pero entráis con buenos auspicios en el seno de la *Perpétua Noche*, y solo depende de vos ser el primero.

Dicho esto, le abrazó, devolviéndole su espada, mandó á su satélite Abacuc, que le revistiese con la túnica y la careta, y luego que estuvo disfrazado el nuevo hermano, salieron todos á la cámara de la asamblea.

Era esta cámara un espacioso cuadrilongo, cuyos confines se perdian en las mas densas tinieblas: en el medio de esta vasta pieza, habia una estrada junto al muro, y sobre ella un sillón de encina y una mesa cubierta con un tapete negro: encima de la mesa se veia una lámpara de vidrio de forma especial á ma-

nera de candelabro con siete brazos, cada uno de los cuales terminaba en un globo azul: en estos siete globos habia otras tantas luces semejantes á estrellas opacas cuyo dudoso resplandor apenas permitia distinguir los objetos mas cercanos. Notábanse sin embargo filas concéntricas de bultos humanos que permanecian silenciosos sentados en bancos.

Guiados por Abacuc, el marqués de Villena y su hijo se colocaron en sus respectivos asientos: Abiabar ocupó el sillón de la estrada detrás del candelabro, que ocultaba en vez de hacer visible su figura, y Abacuc fué á sentarse á sus piés.

—Hermanos, dijo Abiabar con voz grave que resonó éoncava en el espacioso recinto como el mugido del toro en un valle cercado de altas rocas. Hoy toma asiento entre nosotros un nuevo compañero que ha sufrido todas las pruebas con un valor inusitado, y que confio en Dios nos prestará tan buenos servicios como el número Mil, cuyo celo y actividad habeis siempre admirado.

Un murmullo de aprobacion se alzó en el seno tenebroso de la asamblea. El gran maestro continuó:

—Siguiendo nuestra antigua costumbre, voy á recapitular el catálogo de nuestros agravios y de las obras de reparacion ejecutadas por la Hermandad, para que todo lo sepa nuestro hermano número Ciento noventa mil.

«Ninguno de vosotros ignora como por el trascurso de siglos los antiguos reyes de Castilla honraron al ilustre y sapientísimo pueblo de Israel, ni como el reino florecia al soplo vivificador de su actividad y saber. Vuestros padres os han transmitido las memorias de aquellos felices tiempos, en que los hombres eminentes de esta esclarecida raza dirigian los estudios de los príncipes, asistian en sus dolencias á los reyes y magnates y administraban su hacienda.—Ellos eran los mediadores en la política y el comercio, los estadistas y secretarios en las córtes, y el gran Alfonso el sabio aprendió de ellos á leer el eterno libro de los cielos, y les empleó en la redaccion de sus célebres *Tablas alfonsinas*.—Vino empero á ocupar el trono un bastardo, intas las manos en la sangre de su hermano y señor, y desde

entonces el pueblo escogido sufre persecuciones sin cuento, y Castilla viene á menos, sus artes y su comercio languidecen: los pecheros padecen hambre, y los nobles se ven privados del poderoso auxilio que les prestaban sus antiguos administradores y prestamistas.»

—Es verdad... es verdad... murmuraron muchos de los congregateados.

—De Castilla cundió el mal á los otros reinos de España: cinco mil de nuestros padres y hermanos, sin distincion de sexos ni edades, fueron degollados en un dia por el populacho mal aconsejado en Castilla: diez mil perecieron en Navarra y otros muchos en Aragon y Portugal: ¡caliente está todavía la sangre de estos mártires! Don Juan II espidió severas ordenanzas contra ellos; les prohibió juntarse con los cristianos, ejercer los oficios de taberneros, tenderos, figoneros, boticarios, médicos y nodrizas, y les mandó señalar, como á rufianes ó bandidos, poniendo en su traje un giron amarillo.

Un sordo ruido de indignacion acogió estas palabras de Abiabar.

—No hay compasion para nosotros, continuó el terrible maestro; pero el Dios de Israel no abandona jamás á su pueblo. Los perseguidores y verdugos de Judá son hipócritas y falsos creyentes: dicen que adoran un Dios de misericordia, y se manchan con la sangre de víctimas indefensas; dicen que su fe reprueba toda comunicacion con nosotros, y no desdeñan comer con los ahorros de nuestros trabajos, y violan nuestras doncellas: deben ser mansos de corazon, y son soberbios: nos detestan por ricos, y se apropian nuestras riquezas, y son avaros y ambiciosos.

El sumo sacerdote de los judíos hizo aquí una pausa, y para contrarestar el efecto que sus últimas palabras pudieron haber producido en el marqués de Villena, y sobre todo en D. Diego, añadió:

—Pero no todos persiguen al pueblo escogido: hay nobles de antigua prosapia y dignos émulos de las virtudes de sus mayores, que saben reconocer el mérito, y que, mansos con los humildes, serán exaltados, porque así lo prometen las santas

Escrituras. Para estos, honor, poder y gloria: para los otros, esterminio y venganza.

«El Señor de las alturas habló un día y dijo á su siervo: «Quien á hierro mata á hierro debe morir. Marcha, pueblo querido, á la conquista de tu poder perdido, y emplea contra tus enemigos las armas de tus enemigos. Borra de la faz de la tierra el nombre de la dinastía bastarda, y barre, como el torbellino, á todos sus secuaces. Ellos son hipócritas y falsos: sé hipócrita y falso con ellos, y guarda pura la fé en tu corazon: ellos desprecian la ciencia; hiételes con tu ciencia. Roe, como el gusano en la oscuridad, el tronco de la planta dañina, y no descanses hasta que caigan y esparzan sus hojas los huracanes.»

—Y la voz del Señor se cumplirá.—Ya está encendida la llama de la discordia en el campo de los filisteos: nos quieren perjuros, y millares de conversos penetran en sus filas: este es el gusano roedor. Nuestros mas fieles hermanos aparecen limpios del borron de judaismo, y por este medio ocupan los mejores puestos de la república, son hasta obispos, y esplotan la avaricia de sus verdugos, dándoles sus hijas en matrimonio. Esas hijas son otras tantas heroínas que se sacrifican, como Judit, entran en la tienda del enemigo brillantes de hermosura y de ricas preseas, para adormecerle con sus caricias. Ellas darán el primer grito de victoria: ellas degollarán al mónstruo, si no quiere rendirse. La obra de demolicion cunde con rapidez, merced á la levadura de malicia, que existe en el corazon mismo de la masa. Gracias á la prudencia y saber de nuestro amado hermano, número Dos, que está presente, (y señaló á Abacue) y á la buena voluntad del número Mil; el último Enrique bebió un brevaje que le hizo impotente, y ya sabeis los resultados de esta feliz estratagemma: las infidelidades de la reina, la privanza de D. Beltran de la Cueva, el favoritismo de la corte, los partidos y escisiones de los grandes, el descrédito del rey, sus locos devaneos, la inmoralidad descarada y la tremenda lucha de ambiciones, cuyo término solo nosotros podemos prever, todo es efecto de aquel vaso de tisana, condimentado hábilmente por nuestro hermano. La dinastía de Trastamara está herida en la cabeza, y esa cabeza caerá vilipendiada y escarnecida.

—Ya lo está, dijo desde su asiento el marqués de Villena.

—Ya lo está, repitió otra voz en un rincón de la estancia.

—Decid lo que sepais, hermanos, y dad cuenta de vuestros trabajos, repuso Abiabar.

—¡Número Trescientos cinco! exclamó el que acababa de hablar, designando así su persona. Yo he visto al último Enrique salir fugitivo de Medina del Campo: la noticia de la defección de su hermana, le ha herido como el rayo: desconfía de sus mismos amigos, y acompañado de solos diez, vaga á la ventura sin rumbo cierto, sin saber dónde podrá reposar su cabeza: los Mendozas le son fieles únicamente y su privado D. Beltran; pero diz que busca un asilo en casa del conde de Plasencia.

—¡Número Mil! dijo el marqués de Villena. Hermanos: la noticia que acabamos de oír es muy importante, porque hace pocas horas partió un mensajero en busca de Enrique, y si no le encontrase fracasaría cierto plan de uno de nuestros mejores amigos.

—Esplicadnos ese plan, hermano, dijo Abiabar.

—Sabeis que la infanta Isabel fué colocada por nuestro consejo en la corte corrompida de Enrique para viciar su corazón: esto ha sido imposible. Isabel ha salido ilesa como la salamandra del fuego; y su venida á Segovia no es una defección, como ha creído su hermano, sino la fuga del armiño que se retira del lodazal. Esto es una derrota para nosotros, derrota que nuestros amigos han querido convertir en triunfo.

—Es cierto... murmuró la asamblea.

—Pero ese triunfo es efímero: mientras Isabel no tome parte activa en la política, mientras no se ponga frente á frente con su hermano Enrique, no es posible hacerla odiosa: tal vez entonces, arrastrada por el torbellino de la intriga, caerá mas fácilmente en los deslices propios de su sexo, y esto unido á las discordias que se originan por su causa, dará el último golpe á una raza degenerada de reyes, preparando el camino á nuestro triunfo.

—Tienes razon, dijo Abiabar.

—Para llegar á este fin, continuó el intrigante marqués, ya

os dije en nuestra última reunion que era necesario suprimir una cabeza: dos reyes pueden muy bien disputarse el reino y tener cada uno su partido; tres ya es demasiado, aunque seria lo mejor. ¡Oh! si esto fuera posible, ofreceria un espectáculo muy entretenido... pero no pensemos en ello.—Suprimir á Enrique seria la mayor imprudencia: Enrique es el mas tonto, y un rey tonto es una mina inagotable de recursos: es la gallina de los huevos de oro de la fábula de Maese Esopo.—Isabel inactiva es un áncora de salvacion; se confia en ella, se la quiere, y hablando entre nosotros, hay que confesar que vale mucho: desacreditarla es lo que conviene, inutilizarla para lo futuro, y esto puede hacerse agotando mas y mas el sufrimiento del pueblo. Además no se puede fácilmente llegar á su persona, pues la rodean amigos fieles.

—Alguna persona conozco yo, interrumpió Abiabar, que hará lo que le mande la sábia Hermandad.

—Sin embargo, aunque tengamos ese gran recurso, no será prudente emplearlo por ahora. Los medios indirectos son los mas seguros, porque no se ven venir. La lima sorda, el gusano roedor, amigos míos: no lo olvidéis.—Y luego un atentado de ese género aseguraria el triunfo de Alfonso, cuyo partido es ya demasiado poderoso, y que, á medida que va entrando en años y acostumbrándose al mando, da muestras de lo que puede llegar á ser: el leoncillo enseña ya las presas, y esto es alarmante. Conviendremos, pues, en que él es el que conviene suprimir.

—Yo los suprimiria todos de una vez, dijo uno de los sócios.

—¡Qué imprudencia! exclamó el marqués: hé aquí el modo de echar por tierra todos nuestros planes en un dia. No, amigos míos, no: yo estudio los autores latinos y estoy por aquel que dice: *gutta cavat lapidem*; la gota de agua cava la piedra. Sin necesidad de esos medios violentos vereis dentro de poco la consternacion en el campo enemigo, y detrás de ella el desórden mas espantoso erigido en señor absoluto; el desórden, que es la cosa mas bella imaginable; porque á rio revuelto... ¿Estamos?

—¡Convenido, convenido! exclamaron muchas voces á un tiempo.

—Pues bien, oid ahora; Enrique vendrá á Segovia: se le hará degradarse él mismo á los ojos del pueblo mucho mas que hasta hoy lo está; para que acceda, se le hará dueño de Toledo y del tesoro real...

—Pero eso es restituirle su poder, observó uno de los hermanos.

—¡Calma, calma! ¿No habeis visto descuartizar un ciervo y arrojar los pedazos para atraer al jabalí? Cosa mayor quita menor. ¿Qué importa un desperdicio que es un cebo? Además que aquí nada se pierde, porque solo se trata de un préstamo á usura: se recogerá el capital y los réditos.

—¡Ah! ¡ya!... murmuró la asamblea como inteligente en la materia.

—Pues, nada mas; repuso el número Mil.

—Eso es cosa convenida, observó Abiabar, y casi puesta ya en ejecucion. ¿Está presente el número Trescientos doce?

—Presente está, contestó una voz, que á no ser modificada por la careta, hubiera podido confundirse con la del hidalgo curioso que se encontró con la infanta doña Isabel, junto á la venta del *Puerco cebado*.

—¿Qué noticias nos traeis de Madrid?

—Buenas noticias: el obispo de Badajoz, fray Pedro de Silva queda en ponerse de acuerdo con su hermana doña María, mujer del alcalde de Toledo, para la entrega de la ciudad al rey Enrique: se dispondrá que éste entre de noche y se aloje en el convento de dominicos, á que pertenece el obispo: el alcalde Pero Lopez de Ayala opondrá resistencia para conllevar el descontento del pueblo, pero cederá en fin si se le otorga el título de conde de Fuensalida.

—Enhorabuena, dijo Abiabar: con eso Enrique habrá perdido en la opinion pública tanto como puede ganar teniendo á Toledo.

—¿Y á qué conduce todo esto? preguntó el hermano impaciente que ya varias veces habia interumpido.

—Vais á saberlo, contestó el marqués de Villena. Perdida Toledo, los confederados necesitarán mas que nunca una cabe-

za: en esa ocasion les faltará de repente el jóven príncipe Alfonso, y acudirán á Isabel, que no podrá negarse á las escitaciones y súplicas de los primeros grandes del reino; y ya teneis en abierta lucha los restos de la familia de Trastamara, con las guerras, estragos y desórdenes que son consiguientes. Lo demás vendrá luego por sus pasos contados.

La asamblea recibió estas palabras con un murmullo de aprobacion.

—¡Número Seiscientos veinte! gritó una voz.

—Oigamos al número Seiscientos veinte, dijo el gran sacerdote de los judfos.

—Todo eso está muy bien concertado, repuso el sócio que acababa de anunciarse; pero se olvidan dos circunstancias: primera, ¿cómo y cuándo se llevará á efecto la supresion de Don Alfonso?

—El cómo ya está previsto, dijo el marqués: suponed que hay en el mundo una muchacha hermosa, la cual ha llamado la atencion del jóven príncipe por alguna aventura semi-galante, semi-trágica: una niña de historia, en fin, que por esta sola circunstancia, cuando no concurriesen otras en ella, escita vivamente el interés y la curiosidad de un mancebo inesperto. Suponed que esa muchacha está en manos de uno de nuestros amigos, merced á la influencia de la Hermandad, y que además hay de por medio un amante impetuoso, de baja esfera; pero capaz de todo, y lo que es mas esencial, locamente enamorado y resentido contra los nobles, á causa de los padecimientos de su amada. ¿Comprendeis? Este mozo es el instrumento ciego que trabajará por cuenta ajena, sin saberlo, y creyendo vengar su propio ultraje. Désele á guardar la muchacha; póngase al príncipe en acasion de enardecerse con su hermosura, y sin mas defensa que sus manos y la Providencia, y ya podéis presumir lo que resultará de todo esto. Ahí teneis el cómo: el cuándo debe ser obra de las circunstancias, y las circunstancias no se hacen.

—Muy bien dicho, repuso el número Seiscientos veinte. Pero presumo que la incomparable prudencia de nuestro hermano habrá tenido bien presente la capacidad de los instrumentos; es decir, el pudor de la muchacha y el valor de su amante.

—¿No habeis oido hablar de *la Perla* y de *los Apóstoles* de Medina?

—¡Basta, basta! exclamó Abiabar: no son necesarias mas esplicaciones. Oigamos la segunda circunstancia.

—La segunda se refiere á un hecho: yo sé que á estas horas se trabaja para ganar la influencia de los principales magnates, á fin de concertar un matrimonio entre la infanta Isabel y el príncipe de Aragon.

—Yo sé mas, interumpió Abiabar, que no perdía ocasion de revelar á la Hermandad su incansable celo:—sé que se ha hecho algo para inclinar la voluntad de la infanta en favor de este enlace, y tengo ya tomadas mis precauciones para no perder la menor incidencia de tan grave negocio. Sin embargo, hermano decid cuanto sepais.

—Pedro de Peralta ha venido de incógnito á Castilla, y ha negociado en secreto con el arzobispo de Toledo y otros grandes, que sin duda piensan apoyarle. Si ese matrimonio se realizase, todos nuestros planes se hundirian: la muerte misma de Alfonso serviría para entronizar á Isabel, y habríamos trabajado para levantar contra nosotros un poder incontrastable.

—Cierto, muy cierto, dijo Abiabar. ¿Qué decís á eso, hermano número Mil? Ya lo habeis oido, el arzobispo de Toledo está metido en la intriga.

Don Juan Pacheco se mordió los labios, avergonzado de que aquella gente supiese mas que él en un asunto que era su principal pesadilla. Conoció que á ser cierto lo de su tío el arzobispo, tenía en él un enemigo temible: hasta este dia los dos habían obrado de acuerdo, y era extraño que el prelado toledano hubiese usado de cautela con su sobrino, tratándose de cosa de tanta monta. No sabia el marqués cómo salir airoso de este lance impensado; pues si confesaba su ignorancia, perdía de su prestigio á los ojos de la asamblea, y si se mostraba enterado de todo, se hacia sospechoso en el concepto de Abiabar, por no haber revelado antes un secreto tan esencial y perteneciente á su compañero de intrigas. Sin embargo, no perdió su serenidad, y respondió:

—Tambien esa circunstancia estaba prevista, y en prueba de ello sabed que el marqués de Villena, con quien podemos contar, y cuyos servicios merecen sin duda la mas profunda gratitud de la Hermandad, anda buscando tres novios para la niña, todos ellos incompatibles con el amor del pueblo castellano: dos son estrangeros con aspiraciones á sus propios reinos, y el tercero tiene vínculos de sangre con la *Beltraneja*: este último se llevará la mano de la infanta; porque así lo dispondrá Enrique, para mejor asegurar la sucesion de su supuesta hija.

—Pero el rey de Portugal es un enemigo no menos temible que el príncipe aragonés, dijo Abiabar.

—Os equivocais; el portugués apoyará á su nieta la *Beltraneja*, pero nunca le disputará la corona de Castilla, y ved ahí á Isabel formando causa comun con la bastarda, cuya dominacion no aceptarán jamás los castellanos. Cuando este caso llegue, no habrá quien gobierne el reino; habrá sí, necesidad de un jefe poderoso, capaz de rechazar al enemigo exterior, y entonces se cumplirán nuestros mas ardientes votos.

—Sí, dijo Abiabar con vehemencia; entonces las hijas de Judá se insinuarán en el ánimo de los que, dormidos en sus brazos, las profanan, y ellas proclamarán al libertador de su pueblo.

El canto de un gallo, que resonó en este momento no lejos de la cámara de la asamblea, puso en conmocion á los congregados. Aquel anuncio de un nuevo dia era la señal de la dispersion de los hermanos. Todos se levantaron, y entonaron en coro el cántico *in exitu Israël de Ægypto, domus Jacob de populo barbaro*.

Así terminó esta sesion de la tenebrosa Hermandad, que, como habrá observado el lector, disponia de la suerte de los príncipes y jugaba con el porvenir del reino, como si se tratase de los objetos mas fútiles y despreciables.

Abacuc tomó de un rincon una linterna de forma hebráica antigua, con largo mango á manera de farol, que encendió, sacando fuego de un pomo de vidrio que contenia una preparacion pirofórica, y se dispuso á guiar á los cuatrocientos sócios que habia presentes por una larga mina, cuya boca, en extremo ló-

brega, daba á una estremidad de la estancia. Pero antes que saliese ninguno, dijo Abiabar:

—Hermanos números Mil, Trescientos doce y Ciento nueve mil, quedaos.

Los tres números nombrados volvieron á sentarse, y los demás fueron formando una larga fila, que iba perdiéndose lentamente en el negro boqueron de la mina, á la manera del agua que se traga un sumidero.—Aquella mina era inmensamente larga y terminaba en el cementerio judaico de Segovia, donde habia un mausoleo vacío, destinado para servir de entrada y salida á los hermanos hebreos.

Abacuc hizo girar una de las losas del sepulcro, y fué dejando salir por aquella puerta los sócios uno á uno, y procurando que transcurriese algun espacio entre ellos.

Mientras se ejecutaba esta larga operacion, Abiabar condujo á los tres números detenidos á su gabinete reservado, y les dijo:

—Mi confianza en vosotros es ilimitada: podeis deponer el incógnito, si gustais, porque os conviene conoceros mutuamente, como yo os conozco á todos.

—Escuchad, repuso el receloso marqués de Villena, llevando aparte al gran maestre; yo puedo fiarme de vos, pero no del primero á quien os plazca presentarme. ¿Quién es ese número Trescientos doce?

—Yo os respondo de su sigilo con mi cabeza, dijo Abiabar.

—Nada me importa su sigilo conociéndole: si hablase, conozco los deberes que me impone nuestra Hermandad para reducirle á eterno silencio. Lo que necesito saber es su nombre.

—Es un nombre ilustre: D. Pedro de Fonseca.

—¡Hola! El... sobrino del arzobispo de Sevilla. Pero ¿qué diablos tengo yo que ver con ese calavera deshecho, con ese galanteador eterno: ni cómo os fiáis de un mozo tan casquivano?

—Ese calavera, ese galanteador, como decís, es un hombre de provecho: es el que tiene en su mano el negocio de la entrega de Toledo.

—Sí, ya lo sé. ¿Pero se puede fiar de él?

—Como de mí mismo: es un esclavo de mi voluntad, porque

está perdidamente enamorado de una jóven que es enteramente mia.

—¡Enamorado! ¡Un libertino enamorado!

—Sí, porque jamás alcanzará los favores de la mujer que le ha trastornado el juicio.

—Y esa mujer...

—Tambien convendrá que la conozcais, y en esto os doy la mayor prueba de confianza; porque es la mas fuerte de las hijas de Israel, la niña de mis ojos, la confidenta íntima de la infanta Isabel y de la reina Leonor de Aragon.

—¿Será, por ventura, una morita, que ha traído de Madrid la infanta?

—La misma: un ángel que vela por nosotros, y que nos será fiel hasta la muerte.

—Mujer y fiel no puede siempre ser, repuso D. Juan Pacheco. Andaos con tiento, porque las mujeres son de hueso, es decir, quebradizas; y mediando amoríos, no doy por la mejor un ardite.

—Descuidad.

—Estoy descuidado. Ya conozco á esas dos personas, y esto me basta: encargadles que sean francas conmigo, y...

—¿Es decir que no quereis descubrirnos?

—No, no es menester. Aunque bien mirado..., sí, nos descubriremos: basta que vos me respondais de su fidelidad para que yo confie.

La indecision del marqués en estos momentos era un exceso de recelo propio de su carácter, pues aunque conservase el incógnito, no podia menos de ser revelado al jóven D. Pedro y á Jarifa: por esto se decidió á descubrirse, aunque recordando á su cómplice la responsabilidad que contraia. La cabeza de Abiabar estaba á la disposicion del marqués, porque éste, con sus propias fuerzas y con pretesto del bien del reino, podia, en el caso de verse vendido, sorprender al jefe de la conspiracion, y entregarle al brazo de la justicia real: tal era al menos su creencia, y en este concepto, sus últimas palabras encubrian una amenaza. Sin embargo, Abiabar, para quien no pasó desapercibi-

da la intencion, se sonrió detrás de su careta de un modo tan siniestro, que habria hecho al ambicioso magnate renunciar á sus cábalas, si lo hubiese visto.

—Podeis descubrirnos con entera seguridad, repuso el judío: bien sabeis que nuestros vínculos hacen de nosotros dos una sola persona: la vida y la muerte no son comunes, y vuestra persona es para mí tan sagrada y necesaria, como que sin vos, que debeis ser el jefe y libertador de mi pueblo, dejaria de existir la mision santa que guía todos mis pasos en la tierra.

Esta manifestacion, al parecer franca y expansiva, acabó de tranquilizar al marqués, el cual apartó la careta de su rostro.

Don Pedro de Fonseca no pudo contener un movimiento de sorpresa y temor, al ver al personaje que tenia delante, y fué menester que Abiabar le instase para que se descubriese á su vez. Hízolo sin embargo, con algun recelo, y D. Diego siguió su ejemplo. Solo el judío conservó la careta, y acercándose á la puerta que habia detrás del trono, dijo:

—Salid, Azhuma.

La jóven se presentó al momento, pero tan transformada que habria sido casi imposible reconocerla: vestia un traje de hombre que le daba el aspecto de un bellissimo paje, y merced al cual habia salido sin ser notada del palacio del obispo de Segovia.

—Mis queridos amigos, dijo Abiabar: me ha parecido conveniente que os conozcais como hermanos, para que marcheis en todo de comun acuerdo: vosotros sois conmigo las piedras angulares del edificio de regeneracion que nos hemos propuesto levantar.—Esta jóven, añadió, teniendo de la mano á Jarifa, os dará cuantas noticias la pidais respecto á la infanta Isabel.—Vos D. Pedro sabeis cuanta confianza merece: no necesito recomendaros nada. Solo os prevengo y á vos tambien, Azhuma, que respeteis al noble marqués de Villena, y á su hijo D. Diego, que están presentes, como á mi misma persona, y mas aun; pues en ellos está cifrado el triunfo de nuestra causa. Usad con ellos de la mas ilimitada franqueza, siempre que necesiten consultaros directamente.

Al pronunciar estas últimas palabras, Abiabar apretó la ma-

no de Jarifa de un modo significativo, y concluyó diciendo:

—Ahora podeis partir. Dentro de poco volveremos á reunirnos: entre tanto resido en Arévalo.

El marqués y su hijo saludaron á la jóven, cuyos ojos, acostumbrados á mirar osadamente á los hombres, no pudieron en esta ocasion soportar la mirada de D. Diego, y se inclinaron, quedando velados por el pudor. Nadie reparó, sin embargo, este movimiento, hijo tal vez de una secreta simpatía, porque es natural en la mujer mas atrevida, la timidez en presencia de personas de alto rango y de distinto sexo, á quienes no ha tratado.

Don Pedro de Fonseca pretendia quedarse, con el objeto de acompañar á Jarifa, pero Abiabar le penetró la intencion, y le dijo:

—Amigo mio; tendreis que hablar detenidamente con nuestro respetable marqués sobre lo de Toledo, y que entregaros al placer de su amistad, que hoy empieza. No quiero privaros de tan grata satisfaccion; haced mis veces y acompañadle.

Don Pedro salió con el marqués y su hijo por una puerta distinta que los demás hermanos, y como buen práctico en aquellas vias subterráneas, les guió hasta el bosque donde habian dejado sus caballos, que les entregó el vigilante. Allí se despojaron los tres de sus túnicas y emprendieron la marcha hácia Segovia.

No bien quedó solo Abiabar con Jarifa, se arrancó la máscara de un tiron, y exclamó dando un profundo suspiro:

—¡Por fin me veo libre! ¡Oh! Detesto el fingimiento, y sin embargo estoy condenado á fingir.

Abiabar era un hombre de cincuenta años, que en su juventud debió de haber sido extraordinariamente hermoso. Aun en aquella edad, que puede considerarse como el crepúsculo vespertino de la vida, conservaba rasgos de su antigua belleza, que unidos á las prematuras huellas de la vejez, le daban un aspecto simpático y venerable. Su fisonomía era franca, sus ojos negros como la noche, brillantes y rasgados: escasos cabellos entrecanos cubrian sus sienes abiertas, pero no su frente alta y despejada: sus labios gruesos, indicio de un temperamento fuer-

te, coloreaban entre su barba espesa y blanca como las llamas de un volcan entre la nieve.

—Por fin me veo libre, repitió tomando las manos de Jarifa: libre y á solas con el único ser digno de mi cariño; contigo, amada Jarifa, que eres el alma de mi alma, el vivo recuerdo de tu madre, de aquella mujer grande que prefirió la muerte á la deshonra.

En vez de aparecer las lágrimas en los ojos de la jóven, al recuerdo que encerraban estas palabras, un fulgor extraño los iluminó de repente. Los de Abiabar, comparados con ellos, tenían una espresion de ternura. Tanto era el rencor que aquel corazon jóven abrigaba.

—Mi madre... ¡Oh! mi pobre madre será vengada, murmuró Jarifa con los dientes apretados. Yo era muy niña cuando la ví morir, pero aquel espectáculo bárbaro no se ha borrado ni se borrará jamás de mi memoria. Sin embargo, añadió sonriéndose con sarcasmo: á no ser por vos, yo ignoraria esa historia. Repetídmela, porque mi alma se nutre y fortalece oyéndola... quizás lo necesite mas que nunca en este momento.

—¿Qué me dices, Jarifa? Será posible que flaqueara tu espíritu?

—No, amigo mio, no; pero necesito estar siempre armada contra la tentacion.

—Pues bien, oye: hace catorce años, Agar perdió á su esposo en el asalto del castillo de Monforte, de que era alcaide el valiente Osmín, tu padre, y ella cayó cautiva en poder de un soldado de D. Pedro Giron.—Yo estaba en Córdoba, á donde fué á parar el rey Enrique, cansado ya de la guerra: ví á tu madre, que sentada en la plaza pública con otros esclavos, te estrechaba, llorando, contra su seno: me compadecí de su dolor y de su hermosura, y os compré á vuestro dueño.

—Me acuerdo de eso y de que, al oiros consolar á mi madre, os tomé cariño.

—Agar era hermosa como tú, era mi hermana en religion, y la ané con un amor profundo, eterno, que todavia hoy vive en mi corazon. Pero un hombre poderoso la habia visto y la recla-

mó al soldado, el cual me buscó y me intimó una órden para que le entregase la cautiva: me resistí á ello, se nos acusó de mil absurdos delitos, como de hechicería y de haber crucificado niños cristianos y nos prendieron. Segun nuestra supuesta culpa, debíamos ser ahorcados, quemados nuestros cuerpos y aventadas nuestras cenizas.—Muchos dias se nos tuvo separados, durante los cuales, mil veces deseé la muerte, que habria preferido al suplicio de no ver á mi Agar, ni saber de su suerte.

—Y ella, entre tanto, era solicitada con palabras de amor por un magnate, que no pudiendo soportar su heroica resistencia, ¡concluyó por darle á escoger entre la deshonra y la muerte! ¡Oh! yo era muy niña, pero me acuerdo bien: habian accedido á los ruegos de mi madre, que deseaba verme, y estaba yo con ella.

—Sí... Pero ¿á qué recordar nada de esto? repuso Abiabar mesándose los cabellos. ¡Ah! ¡los miserables! Mi corazon era noble, puro y generoso: ellos lo han envenenado; ¡ellos han puesto dentro de mí todas las furias del infierno!

Los ojos del judío se arrasaron de lágrimas. Diríase que aquella naturaleza vigorosa, impulsada en la senda del mal, se sentia oprimida y atormentada por el espíritu de la venganza, y luchaba por arrancarse de sus lazos.

Jarifa se sonrió amargamente y continuó:

—Abiabar, el dolor es nuestro pasto: alimentémonos con él. Si el corazon se envenena, ¿qué importa?

—Sí, es justo... ese es nuestro destino. Suframos hasta que llegue el dia de la justicia.

—Y ese dia vendrá. ¡Pero tarda tanto!

—¿Que tarda dices? ¡Oh! tú, pobre niña, no ves el torbellino levantado por el aliento de mi rencor, llegar hasta las gradas del trono, y retorcer sus bases fundamentales: no ves la semilla de lujuria que arrojó el demonio en mi heredad, germinar vigorosa y fecunda en el campo de mis enemigos, y convertir á Castilla en un lodazal manchado de sangre: no ves los espíritus infernales de la impureza, la codicia y la vanidad batir sus negras y crujientas alas sobre este pais precito, y depositar

su hálito punzante y sucio hasta en los labios de las reinas... Es cierto que aun no ha llegado el día de la justicia; pero tiempo hace que vibra su fulgurante acero el ángel esterminador.

—Y decidme, amigo mío; ese marqués de Villena ¿puede merecer nuestra confianza? ¿No alcanza á él vuestro enojo?

—Ese marqués, contestó Abiabar con una indefinible sonrisa, es el hombre mas ambicioso y hábil de Castilla, es un lince á quien ciega y embrutece la codicia, y á quien aborrezco y desprecio: es un instrumento de mi venganza, un puñal de dos filos, que tengo asido por el mango, y cubro de flores. Algún día no me servirá ya, y lo romperé.

Jarifa palideció al oír estas palabras. Sin embargo repuso:

—Cuidad no se os escape ese puñal de las manos y se vuelva contra vos; pues aunque ya es viejo, puede renovarse en su hijo.

—¡Escaparse él de mis manos! Veo que no le conoces bien, Jarifa! ¡Renovarse en su hijo! Eso es imposible, porque su raza se extinguirá con él.

—¿Qué me decís? Y sin embargo, no hace mucho le hablabais como al salvador de nuestro pueblo.

—Te he dicho que ese hombre es un instrumento mío; pero no te he revelado que hace catorce años él no me conocía. Yo estaba encerrado en un calabozo en casa de su hermano Don Pedro Giron.

—¡Ah! ¡D. Pedro Giron era su hermano!

—Sí, ¿vas comprendiendo? El disoluto amigo de Enrique IV era su hermano. ¿Por qué si no, habria yo puesto en lucha las dos familias de Trastámara y Villena? Necesito que se devoren como han devorado mi felicidad, traidoramente y de comun acuerdo.—Enrique puso los torpes ojos en Agar: D. Pedro Giron quiso disputar la presa á su real amo, y no pudiendo arrebatársela, irritado con la noble resistencia de la víctima, la entregó al brazo del verdugo. Su cobarde señor no tuvo valor para proteger á la inocencia, ni corazon para dejar de aborrecer á la que habia despreciado su impuro amor.—Entre tanto ese marqués de Villena, entonces pobre, porque no bastaba el

tesoro de un reino para pagar sus costosos vicios, regateaba el precio de mi rescate á mis hermanos, que no podian dejar abandonado al primogénito de los hijos de la tribu de Leví. Por este medio quedé libre... libre para ver, sin poder evitarlo, el horrible suplicio de Agar, y para ser en la tierra el brazo de la divina justicia.

—Y bien: ¿quereis decirme por qué odiáis tambien al marqués, puesto que os procuró la libertad?

—Esa libertad es mil veces peor que la muerte, porque no se me concedió con Agar. Esa libertad se compró á fuerza de oro, y juró por mi alma que fué bien y completamente pagada. ¿Debo algo al marqués de Villena? El apoyo que él me presta no es por mí; es por satisfacer su insaciable ambicion: demasiado hago en alimentar sus locas esperanzas. No hace mucho que, arrastrado por ellas, quiso emparentar con la familia real, obteniendo para su hermano D. Pedro la mano de la infanta Isabel; esto solo era ya demasiado honor para que yo lo consintiese, y aceleró la muerte del matador de Agar. En los momentos mismos de su embriagadora ambicion, cuando la felicidad y la grandeza le esperaban en brazos de una hermosa mujer, yo infundí la ponzoña de los celos en el corazon de otro noble amigo suyo, y un veneno en copa dorada puso término á sus dias y á sus brillantes ilusiones. El marqués precipitó mi venganza, privándome así del plaer de saborearla, porque Don Pedro Giron estaba condenado á sufrir lentamente los mas crueles tormentos. El marqués pertenece á una raza que detesto, y no merece mi gratitud ni mi estimacion: solo es digno del empleo en que le ocupó el hombre que sabe ser traidor á sus amigos y á su rey.

—Sin embargo, dijo tímidamente Jarifa: yo le agradezco vuestra libertad, pues sin ella no tendria en vos un segundo padre. Cuando me obligaron á presenciar la muerte de mi madre, para que me sirviese de escarmiento, el dolor, que no pudo arrancar un gemido, me privó de conocimiento; y á no ser por vos, no habria ido Abacuc á recogerme al pié del patíbulo.

—Es cierto. Pero, con todo, guárdate, como yo me guardo,

de ese hombre venal, y ten presente que solo he admitido á su hijo en nuestra sociedad, para tenerlo en rehenes y estar á cubierto de sus traiciones. Él pretende para ese hijo una corona, y yo le reservo la del martirio, porque tarde ó temprano me será infiel.

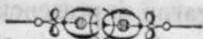
Jarifa quedó pensativa sin atreverse á contestar, por no descubrir el sentimiento de ternura que por primera vez en su vida, conmovia su corazón al hablar de D. Diego. Habia jurado el gran sacerdote ser inaccesible á toda pasión afectuosa, y consagrar á la venganza su vida entera; y esta mujer, que hasta hoy mismo se mostraba la mas rencorosa y cruel de las mortales, tenia, sin embargo, miedo de quebrantar su juramento.

Abacuc entró en la cámara negra.

—El dia se acerca, dijo: si he de acompañar á este lindo paje, para dejarlo en su casa antes de amanecer, no debemos descuidarnos.

—Tienes razon, Abacuc, contestó Abiabar. Salgamos.

Abacuc se quitó su máscara negra, púsose una bata de astrólogo, con la cual se le franqueaban todas las puertas, como á íntimo amigo del marqués de Villena y del obispo de Segovia, y acto continuo marchó con Jarifa, seguido de Abiabar. En el cementerio les aguardaba un hombre con dos caballos. El gran sacerdote montó en uno de ellos y su palafrenero en el otro, y ambos tomaron el camino de Arévalo, despues de despedirse del astrólogo y la jóven, que marcharon á pié por la senda blanquecina, que conducia á Segovia.



CAPITULO XI.

De como el marqués de Villena jugaba con dos barajas.



ocos dias despues tenia lugar en casa de D. Juan Pacheco una singular escena, que pareceria increíble, si no supiésemos la doblez con que aquel magnate obraba en sus tratos.

Sentados á una mesa, en la cual se servia un óptimo banquete, se hallaban hasta doce personajes, que componian la reunion mas eterogénea del mundo, atendidos los diversos caracteres de cada uno, y sus mútuas relaciones.

Presidían el banquete dos de los comensales sentados bajo un sólio doble y en sillones colocados á igual altura. El uno contaba cuarenta años de edad, si bien parecia mucho mas anciano á causa de su aspecto enfermizo y escuálido: era alto y huesoso; tenia la cabeza grande, ancho el rostro, fiero y desagradable, cobrizo el color, los ojos zarcos, la nariz ronca por efecto de un golpe, y el cabello castaño y lácio: á pesar de la rudeza de sus facciones, no se notaba en ellas ese duro vigor que distingue al hombre de accion y de mando, y que disimula todos los defectos fisicos en el sexo

fuerte, antes por el contrario parecían una fea máscara demasiado transparente, bajo la cual se ocultaba un ser pusilánime y apocado: no había en aquellos ojos medio azules ni dignidad ni dulzura, sino languidez y recelo; espresion que resaltaba de un modo particular á causa de tener los extremos de la boca flojamente caidos hácia la barba.

El otro personaje que acompañaba al que acabamos de describir, era un jóven de diez y seis años, robusto y de fisonomía ordinaria, pero de facciones regulares, francas y animadas. Quien no conociese á estos dos hombres, no habria podido sospechar que el primero fuese el rey D. Enrique IV, y el segundo su hermano el príncipe D. Alfonso, rey tambien para los nobles rebelados. D. Juan Pacheco los habia reunido en su casa, donde acababa de alojarse D. Enrique, apenas llegado á Segovia, con el objeto de evitar que ellos ó sus respectivos partidarios pudiesen verse y hablar en otra parte, y comprometer el éxito de sus planes.

Sentado junto á D. Enrique estaba el mismo marqués de Villena, y al lado de D. Alfonso, formando contraste en la colocacion de los personajes, se veia un magnate de edad proveccta, enjuto de rostro, cuyos ojos brillantes y frente espaciosa revelaban al hombre de talento. Era éste D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, uno de los mejores poetas de su tiempo y el noble mas leal y desinteresadamente fiel á su rey. Las demás personas que acompañaban á la mesa, eran magnates de uno y otro partido, figurando por el de D. Enrique dos hermanos del marqués de Santillana, D. Iñigo y Don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Soria, éste último, y jóven de gran porvenir, D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, y el conde de Haro; y por el de D. Alfonso el obispo de Segovia y su vicario, D. Diego Lopez Pacheco y el alcaide del alcázar.

La mas afectuosa cordialidad reinaba al parecer en esta reunion, y nadie hubiera dicho sino que se componia de los mejores amigos. El marqués de Villena animaba la conversacion con chistes de todo género, procurando alejar las ideas de la política, y despertando el apetito de sus comensales con frecuentes

libaciones: el marqués de Santillana y su hermano el obispo, alternaban en los diálogos, amenizándoles con talento y delicadeza. Don Enrique se esforzaba por parecer alegre, pero no podía desterrar de su rostro el aire habitual de encogimiento, sin embargo que en esta ocasión no creía tener nada que recejar. Su hermano estuvo al principio uraño y taciturno, pero al cabo, roto el hielo de la reserva, merced al vino de Jerez, reía estrepitosamente celebrando los chistes mas picantes de D. Juan Pacheco.

—¡Diantre! exclamó D. Enrique, observando con el placer de un goloso la profusion de manjares que cubrian la mesa.— Si todos los dias come así nuestro amigo D. Juan, vá á ser menester no irse de su casa. Nos trata como á cuerpo de rey.

—Señor, hago lo que puedo, contestó D. Juan Pacheco. ¿De qué serviria lo poco que uno tiene, si no lo emplease en esta ocasión?

—¿Eh? ¡Lo poco que uno tiene! ¿Qué os parece, hermano? Ya trocaríamos cualquiera de los dos, si fuera posible, la corona de Castilla por el marquesado de Villena, con el maestrazgo de Santiago por añadidura. ¿Eh? ¿digo bien?

—Señor, dijo el de Santillana: sabéis que los reyes no necesitan hacer cambios para disponer de lo suyo. ¿No es vuestro lo que es de sus vasallos?

—Eso es segun y como, Santillana. Ciertamente lo que tienen mis vasallos es mio... es decir, ha sido mio, y no me arrepiento de haberlo dado; pero, ¡diantre! el caso es que si con mi dinero hubieseis de haber comido hoy, aunque fuese en mi alcázar de Segovia, ¡mal año para vuestro estómago! habriais hecho una colacion de cartujos comparada con esto.

—Dispensais demasiado favor á mi mesa, repuso D. Juan, desentendiéndose de las alusiones hechas á su persona y posición.

—No, Villena, no; digo la verdad. Estoy tentado de hacerme partidario vuestro. Sois hombre entendido en esto de pasar buena vida. ¡Pardiez! Siempre fuisteis lo mismo; allá en otros tiempos, cuando erais mas amigo mio, tambien yo procuraba

imitaros; pero ahora con vuestras revueltas me habeis dejado entre todos mas pobre que una rata.

El príncipe frunció las cejas, y dijo en tono brusco:

—Tened paciencia, hermano, y ya que se os presenta esta buena ocasion, no malgastéis el tiempo.

—¿Eh? murmuró D. Enrique.

—Señores, interrumpió el marqués de Villena: me habiais prometido no hablar hoy de nada que pueda alterar vuestro buen humor. Tiempo habrá de dar á cada cosa una mano: ahora pensemos solo en hacer la guerra sin tregua ni descanso á los habitantes de mi parque segoviano, que os juro se les puede combatir sin peligro.

Diciendo esto, puso dos trozos de jabalí en dos platos, y los acercó á D. Enrique y su hermano.

—Teneis razon, Villena, dijo el rey. Ahora se trata de comer: aprovechemos la ocasion, como dice mi buen hermano.

Y saboreando la carne que tenia delante, añadió:

—¿Habeis dicho que esto se cria en vuestro parque? ¡Diantre! Si tuviéramos tiempo, habríamos de dar por él una vuelta. ¿Qué os parece, D. Beltran? ¿qué os parece, amigos míos?

—Señor, contestó D. Alfonso de la Cueva, que hasta entonces habia guardado silencio, paréceme que podeis hacer lo que disponga nuestro amigo el maestre de Santiago.

—¿Eh? ¿Eh? Decís eso de una manera...

—Maestre, interrumpió D. Alfonso, sin hacer caso de D. Beltran ni del rey: ahora recuerdo que nos habiais prometido un dia de caza en vuestro parque, y yo no os lo perdono.

—¡Ah! ya: exclamó D. Enrique. Pues entonces habremos de ir.

—Cuando gusten VV. AA. no hay mas que disponer la partida, contestó el marqués de Villena.

—Señor, dijo D. Beltran al rey: vos, tan enemigo de la guerra, ¿os atreveréis á turbar la paz de esos pobres animales?

Don Enrique miró á su favorito con ojos recelosos, como pidiendo una explicacion de sus irónicas palabras. Don Beltran se sonrió y repuso:

—Además, todavía no sabemos si los negocios para que hemos venido, dejarán tiempo á V. A. para entregarse al placer de la caza.

Don Enrique se persuadió que aquel proyecto de cacería no merecía la aprobacion de su privado.

—Es verdad, dijo: tendremos que renunciar á ese pasatiempo.

—Yo creo que habrá espacio para todo, replicó el marqués de Villena.

—No insistais, marqués, no insistais, dijo D. Alfonso mirando al maestro con intencion. Dejad que mi hermano haga lo que sea de su agrado.

El marqués miró á su vez al príncipe como queriendo tranquilizarle.

La comida concluyó ya de noche. Don Juan Pacheco, que deseaba estar á solas con D. Enrique, pero no queria que se trasluciese este deseo, antes juzgaba conveniente dar á entender que le pesaba la estancia del rey en su casa, se disculpó con éste, rogándole admitiese los servicios de su hijo, mientras él acompañaba al príncipe hasta dejarle en su casa.

—Id con Dios, marqués, id con Dios, dijo el rey: acompañad á mi hermano. Yo voy acostumbrándome á estar solo.

—No, por mí no os priveis de la compañía del marqués, repuso el príncipe. Ya voy teniendo edad para manejarme solo. Además, que van conmigo estos señores. Con que hasta mañana, y descansad.

El marqués acompañó sin embargo al príncipe hasta la puerta de su palacio para despedirle.

—¿Creeis que accederá á todo lo que queremos? preguntó de paso el obispo de Segovia al marqués.

—Ya habeis visto su mansedumbre, contestó D. Juan Pacheco. No cabe duda que hará cuanto se le proponga.

—¿Pensais decirle algo esta noche?

—No por cierto; si me pregunta, le insinuaré nuestras proposiciones, pero le dejaré libre para resolver, y no dudo que accederá. De lo contrario, ya veis: ha venido á ponerse en nues-

tras manos, y de poco le serviría la resistencia. Redactad esta noche las condiciones, á fin de que mañana tengamos eso menos que hacer.

—Lo mejor, dijo el vicario Prexano, sería, en mi concepto, encerrarle con su mujer en el castillo, y asegurar de una vez la corona en las sienes de D. Alfonso.

—No, amigo mio, no, repuso el marqués: aquí solo se trata de un buen arreglo, á fin de que nadie nos culpe de rebeldes, cuando únicamente aspiramos á estirpar los abusos y á preparar la sucesion al trono por las vias legítimas y morales. Yo soy muy amigo de la concordia: por eso he dispuesto que el príncipe coma hoy con su hermano, pues de este modo se reanudan sus relaciones, y D. Enrique acabará por amar al digno sucesor que le destinamos.

—Mucho lo dudo, dijo el príncipe. Yo por mi parte he pasado un mal rato en esa comida, y os lo prevengo, Villena, procurad que se arreglen pronto esos negocios de que no entiendo una jota, y que se vaya Enrique á sus quehaceres. Sobre todo no le detengais para la caza. Sabeis que quiero ir á ella pronto, y no me acomoda llevar en mi compañía quien me sujete.

—Bien, bien, sereis servido, repuso el marqués en voz baja. El príncipe se sonrió de un modo picaresco y añadió:

—Ea, pues; quedamos en eso. Retiraos ya, Villena, y cuidad de mi hermano.

El marqués volvió á escusarse con el príncipe y sus amigos, por tener que separarse de su compañía, y concluyó diciendo:

—¡Cómo ha de ser! Ya que á mis gestiones se debe la venida de D. Enrique á Segovia, forzoso era que le hospedase en mi casa; prescindiendo de que no era cosa de albergarle en el alcázar. ¡Diablo! esto habria sido lo peor; porque nada debemos evitar tanto como el que se comunice con la reina.

—Teneis razon, señor marqués: sois el hombre mas cauto y previsor del mundo, dijo el obispo.—Quedad con Dios, y hasta mañana.

Despedidos sus huéspedes, el marqués volvió al lado de Don

Enrique, á quien halló rodeado de sus amigos, y casi tendido en un sillón con la mayor indolencia.

—Vamos, señores, dijo el rey al ver entrar al marqués; supongo que nuestro buen amigo el de Villena, tendrá un lecho dispuesto para cada uno de nosotros. Por consiguiente, yo estoy cansado, y mi parecer es irme á dormir: haga cada cual lo que le plazca.

—¿Quién ha de acompañar á V. A.? preguntó D. Beltran.

—Nadie, nadie, Beltranico, respondió el rey, que solia tratar con esta familiaridad á su favorito. Descansad todos: Villena me hará el favor de enseñarme mi cuarto, y sus criados me desnudarán. Ea, vamos. Buenas noches, amigos míos, buenas noches.

Don Juan Pacheco llevó al rey al gabinete particular, donde le vimos por primera vez, y luego que estuvieron solos y cerradas las puertas, D. Enrique se dejó caer en un sitial junto á la chimenea, y dijo á su antiguo privado:

—¡Ay, D. Juan! ¡Qué mala vida paso, amigo mio! Ven acá, hembra, trae una silla y siéntate junto á mí, á ver si quiere Dios que podamos hablar con franqueza. ¿Eh? ¿Me parece que podremos hablar con franqueza?

—Podeis decir cuanto gustéis con toda seguridad: estamos solos, es decir, nadie os oye, contestó el marqués sentándose junto al rey.

Éste arrimó mas su sitial, y tomando una mano al maestre, y estrechándola entre las suyas, continuó:

—Díme la verdad, D. Juan, ¿ha sido tuya la ocurrencia de traer hoy á comer conmigo á mi querido hermano?

—Voy á deciros la verdad, señor: yo soy quien le ha hecho venir.

—¿Y se puede saber para qué? Si hubiese venido él solo, pase: pero esos clérigos amigos suyos, y ese alcaide, se me han atravesado en la garganta; y te lo confieso, ellos tienen la culpa de que no me haya sabido del todo bien la comida.

—Señor, lo siento; pero mi intencion ha sido buena. He tenido por objeto reconciliarlos con vos algun tanto, á fin de que sean menos duras sus exigencias.

—¡Ah! sus exigencias. ¿Con que tenemos exigencias?

—Claro está: como ellos triunfan ahora, naturalmente no deben de querer dar nada de balde. Y luego vos no estais en estado de resistir por medios violentos... de modo que...

—¿Qué es resistir? Yo estoy perdido, amigo mio, perdido enteramente: además, bien sabes que no me gusta reñir con nadie. No sé por qué me habeis metido en estas danzas... es decir, me han metido los demás, pues ya sé que tú eres siempre fiel, y aunque estabas en Ávila cuando me destronaron, tú no tenias intencion de ofenderme. ¿No es verdad?

—Así es, señor: yo no hago en todo esto mas que comprometer mi reputacion; porque al cabo, aunque por serviros, vengo á ser un espía; y si esto se llegase á saber...

—Hombre, no. Eres un defensor de mi trono, que no temes vivir entre mis enemigos. Pero al caso, al caso.

—El caso no es para temer: se trata solo de un arreglo amistoso que al fin vendrá á parar en someterse todos buenamente á vuestra autoridad.

—¡Ah! ¿con que tenemos eso? Pues entonces, ¿por qué no nos avenimos de una vez? Yo estoy dispuesto á ceder á todo, en no siendo al asunto que ya sabeis... lo de la *Beltraneja*. ¿Entendeis?

—Ya entiendo. Por eso mismo, como no tengo seguridad de que las cosas paren en bien, si no ponemos algo de nuestra parte, he dispuesto mejorar vuestra posicion para de ese modo hacerles fuerza.

—¡Ya! ¡Lo que me ha dicho tu criado... Piel del Diablo! ¿No se llama así?

—Eso es.

—Veamos, veamos, espícate.

Don Juan Pacheco metió la mano en su escarcela y sacó unos pliegos. Abrió uno de ellos que contenia un pergamino, y exclamó con tono de afectada indiferencia:

—¡Ah! Esto es otra cosa. Tambien queria hablaros de ello, pero es un asunto mio y lo dejaremos para despues.

—No, no, dijo el rey: veamos eso. Si es cosa tuya, es lo primero.

—Es una gracia que pensaba pedirlos... Pero no corre prisa.

—Veámoslo, veámoslo. ¿Es algun despacho? ¿Quieres que lo firme?

—Sí, para eso lo tengo estendido. Como sabeis, mi yerno el de Plasencia, me disputa el maestrazgo de Santiago.

—Ya lo sé: por cierto que está dado á Barrabás; yo he pasado un dia en su casa, y habla pestes de tí con motivo de la pasada que le has jugado. Pero; ¿cómo arreglaremos ese negocio? Yo no puedo confirmarte la eleccion de maestre: esto corresponde á Su Santidad.

—No se trata de eso, señor: el negocio es mas sencillo: mi yerno se contentará con que yo no disfrute el maestrazgo, y para conseguirlo alega que ese título es incompatible con el marquesado de Villena. Pues bien, señor, yo cedo el marquesado á mi hijo D. Diego, y pleito concluido.

—¡Ah! Pues si no es mas que eso, venga y lo firmaré. Tú cuidarás luego de ponerme bien con el de Plasencia.

Don Enrique tomó el pergamino, se acercó á la mesa y firmó. En seguida le estampó su sello, y lo devolvió al maestre diciendo:

—Ya está corriente. ¿Quieres algo mas?

—Nada mas, señor: ahora si gustais enteraros de esta carta...

—Ya la habrás tú leído, repuso el rey, estendiéndose perezosamente en el sillón. Dime de lo que trata, y no es menester mas.

—Es de Doña María de Silva á su hermano el obispo de Badajoz. Le dice que todo está dispuesto para recibiros en Toledo: que os presentéis con él, vestido de fraile dominico, el jueves próximo al anochecer, en la puerta de San Martin, y entrareis en la ciudad sin ser visto de nadie mas que de algunos monjes que se os reunirán: pasareis con ellos á su convento, y allí estareis hasta que os avisen para presentaros en público.

—Pero no entiendo bien eso, D. Juan. Si está todo prevenido para recibirme, ¿á qué tantas precauciones?

—Señor, nunca está por demás la prudencia. Tal vez puede malograrse el plan, y en ese caso no conviene que os espongaís.

Cuando esteis dentro de Toledo, se hará cundir la noticia de vuestra llegada, y entonces la influencia de vuestro nombre decidirá el éxito de la empresa. Es un negocio muy de vuestro carácter, una conquista pacífica.

—Comprendo; pero conforme puedo triunfar, puedo ser silbado y apedreado.

—Eso es precisamente lo que se debe evitar. Y en suma, Toledo es buena presa, que bien merece se arriesge algo por conseguirla; pues os indemnizará cumplidamente de la pérdida de Segovia.

—No lo dudo; pero vengamos á cuentas. ¿Qué pide Doña María por ese servicio? ¿Tiene algun amigo á quien hacer canónico de Toledo? ¿algun primo á quien dar una encomienda?

—Nada de eso, señor: solo desea el título de conde de Fuen-salida para su marido.

—¡Ah! ¡ya! otro conde... ¿Cuántos van ya, amigo marqués? Lo malo es que tambien querrá tener rentas, y yo de tanto dar, me voy quedando sin camisa. En fin, uno mas: haremos conde al buen Pero Lopez.

Por supuesto, señor, no necesito recomendaros el secreto por la parte que tengo en este negocio: yo no he dicho, ni hecho nada, y en prueba de ello, ni Pero Lopez, ni su mujer, ni su cuñado el obispo, os dirán una palabra de mí, porque no sospechan siquiera que yo esté enterado de todo.

—Pero ¿cómo es eso?

—Estas son cuentas mias: yo procuro servirlos: dejadme hacer, y no preguntéis el cómo. Solo os advierto que si se divulgase el secreto, se nos escaparia de las manos el talisman con que hago estas cosas.

—¡Oh! descuida, descuida: no se sabrá por mí.

—Este es un servicio que os presto yo solo, para subsanaros las pérdidas que podeis sufrir en la negociacion de mañana.

El lector habrá comprendido ya que el talisman de que Don Juan Pacheco se valia para internar á terceras personas en sus planes sin dar él la cara, no era otro que la sociedad tenebrosa de la *Perpétua Noche*, por cuya mediacion, y comprometiendo

desde luego el nombre de D. Enrique, se habia negociado la entrega de Toledo.

—Te estoy agradecido, compañero, dijo el rey. Pero veamos, veamos qué quieren esos rebeldes.

—Segun he llegado á entender, quieren el alcázar de Segovia para D. Alfonso.

—¡Diantre! ¿Con lo que hay dentro?

—No: eso entra en la parte de restitucion: ¿supongo que hablareis del tesoro real?

—Del tesoro real y de lo demás.

—El tesoro se os devolverá, con tal que lo guarde en Madrid Pedro de Munzares.

—Tanto valdria no devolvérmelo.

—¿Por qué, señor? Tened á vuestra disposicion á ese alcaide, y mandadle ahorcar cuando se os antoje.

—Dices bien; á otra cosa.

—Vuestro hermano habrá de ser reconocido por vos como príncipe de Asturias.

—Eso no, D. Juan. ¿No veis que entonces desheredo á mi hija?

—Vuestra hija, ó la hija de vuestra esposa: como querais... creo que podemos hablar ingenuamente, no perderá nada.

—¡Hombre, por Dios! No faltaba mas que eso para que todo el mundo acabase de creer... No, eso no puede ser. Poco me importaria enviar al diablo á la chicuela, si solo se tratase de ella; pero lo que dirán de mí... No, eso no me acomoda.

—¡Válgame Dios, señor! os ahogais en poca agua. ¿Me creeis capaz de proponeros nada que os pueda perjudicar?

—De ningun modo. Pero, ¿apruebas eso?

—Seguramente; y aprobándolo os doy una muestra de mi cariño. Decidme: ¿es posible que vos accedais á esa proposicion espontáneamente y sin violencia?

—No.

—Pues bien: ahí teneis vuestra justificacion mas completa. Cediendo á esa exigencia no quedais obligado á cumplir ninguna de las demás. Recoged vuestro tesoro, recobrad á Toledo, y cuando esteis en mejor posicion, alzad el grito y decid que se

os ha violentado. Echadme á mí toda la culpa, si quereis. Declarad que se os ha traído á Segovia con engaños, para obligaros luego á firmar un tratado que rechazais en todas sus partes.

—Tienes razon. ¿Hay algo mas?

—Sí. La reina será puesta bajo la guarda del arzobispo de Sevilla.

—¡Tate!... Aun eso es peor.

—No he concluido. Será entregada al arzobispo de Sevilla en garantía de que se cumplirá lo pactado.

—Ya: pero el caso es que solo yo soy el obligado á cumplir: los demás quedan libres.

—Los demás, es decir, los confederados se obligan á depone las armas y á prestaros homenaje en el término de seis meses, con tal que se lleven á cabo las estipulaciones.

—De modo que faltando yo á ellas se acabó el compromiso por su parte.

—Señor, ya os he dicho lo que se os exige, replicó el maestre levantándose; ahora os deajo: meditad vos las proposiciones, y resolved lo que tengais por conveniente.

—¡Hombre, hombre! Ven acá, no te vayas: dame consejo. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Yo lo firmaria todo á ojos cerrados.

—Pero... ¿y despues?

—Despues no sabemos lo que puede sobrevenir. Teneis seis meses para trabajar por vuestra cuenta, y en seis meses puede hundirse el cielo y volverse la tierra lo de arriba abajo. ¿Quién sabe si vuestro hermano vivirá al espirar ese plazo?

Don Enrique miró atentamente á D. Juan Pacheco, cuya fisonomía impasible como la de una estátua, no le reveló nada.

—Eso es muy eventual, dijo por último pesando las palabras. Mi buen hermano está gordo y saludable como un fraile jérónimo.

—Sin embargo, repuso el maestre, no hay nada tan inseguro como la vida. Acordaos de D. Pedro Giron.

—Ya; pero D. Pedro Giron, tu caro hermano llevaba una vida muy licenciosa; era un poco aficionado á comer de la fru-

ta agena, y malas lenguas dicen que le mató un marido celoso.

—¿Sabeis quién?

—No, no me han dicho tanto.

—Es muy posible, murmuró el maestre encogiéndose de hombros. Pero, á propósito: ¿ya sabreis que tenemos aquí á Doña Isabel?

—Lo sé, contestó el rey suspirando. ¡Tambien ella me ha abandonado! Esa niña empieza ya á darme que sentir.

—Y puede daros muy malos ratos, si no tratáis de cortarle la carrera.

—¿Es verdad lo que me han dicho de tu parte?

—Sí; las pretensiones de Aragon vuelven á reproducirse, y mucho temo que vuestra hermana cuente hoy mas amigos de los conocidos. Por de pronto tiene ya á su favor, si no me han engañado, á mi ilustre tio D. Alonso Carrillo, y el almirante no podrá menos de patrocinar á su nieto el príncipe de Aragon.

—Terribles enemigos son el arzobispo y D. Fadrique.

—No serán ellos solos; pero yo puedo oponerles otros no menos poderosos, como son Medinaceli, Treviño, y todos los confederados; á quienes ayudarán, si vos quereis, los Mendozas y demás amigos vuestros.

—Pero ¿tú tienes interés en contrariar ese enlace?

—Yo, señor, ninguno, sino el vuestro. Es preciso casar á la infanta ó con un príncipe estrangero, que no tenga conexion con los asuntos de Castilla y á quien se contente con un dote regular, ó con el que mas decidido esté á favor de vuestra causa. Ya os he hablado alguna vez del rey de Portugal.

—Sí, eso nos convendria mucho.

—Tanto os convendria, como que por este solo hecho adquiriais un auxiliar poderosísimo, el único tal vez, que apoyará la causa justa de la princesa Doña Juana.

—Es verdad, hombre, es verdad. Pero siempre me ha parecido difícil la realizacion de ese proyecto. El rey de Portugal es viejo, mi hermana lo rechazará probablemente, y sus amigos no es regular que la abandonen. Sobre todo no concibo que los confederados se adhieran á nuestro plan.

—Los confederados harán lo que yo quiera, y casi podeis felicitaros de que la infanta haya venido á ponerse en sus manos. Por lo demás, si el rey de Portugal no es del agrado de vuestra hermana, esto es cosa que toca al novio arreglar, y no á nosotros. La razon de estado y no el gusto debe consultarse en los matrimonios entre príncipes.

—¿Y no te ocurre una cosa? dijo el rey, sonriéndose con un placer interior.

—¿Cuál, señor?

—Que podíamos interesar al portugués, ofreciéndole además la mano de mi hija Juana para su hijo.

—Teneis un gran talento, señor: es mas, yo realizaria ese doble enlace, y así tendríamos á Doña Isabel fuera de combate, y á Doña Juana reina de Castilla y Portugal. Se os ha ocurrido un pensamiento feliz.

—Ya ves como tambien yo entiendo algo de combinaciones políticas.

—¡Yo lo creo! Con todo, si quereis seguir mi consejo, guardad esa especie, y comunicadla solamente con mucha reserva al rey de Portugal. Yo os apoyaré y todo saldrá á medida de nuestros deseos.

—Seguiré tu parecer, amigo mio. Veo que te interesas por mí mucho mas de lo que yo creia.—Con que ya estamos entendidos. Ahora, por caridad, déjame descansar un poco, y piensa bien lo que hacemos: no me metas en nuevas danzas, hombre; que estoy hasta el último cabello. Por Dios te lo pido.

—Descuidad. Mañana ya sabeis lo que os conviene hacer. Oponed alguna resistencia para que nada se sospeche; pero ceded á todo. Una negativa obstinada os pudiera comprometer seriamente: apenas teneis aquí quien os defienda, y yo no debo ponerme de vuestra parte, porque esto me dejaria en descubierto.

—Convenido, convenido, repuso D. Enrique bostezando. Dime, ¿dónde tengo la cama?

—Os dejo al momento, señor.

El maestre llamó á sus criados para que desnudasen al rey,

y condujo á éste á su propia alcoba, donde le hizo compañía hasta que le oyó roncar. En seguida se retiró á la estancia inmediata, tomó asiento, apoyando la barba en las palmas de las manos, y se quedó pensativo murmurando:

—¡Duerme, duerme, rey imbécil! Duerme á pesar de tu corona de espinas. Mañana despertarás para echar tú mismo un borron mas sobre tu frente.—Descansa en mí que acabaré de esponerte á la irrisión de tu pueblo, y solo te mantendré en pie mientras conserves un débil reflejo de magestad para dorar mis intrigas. Fíate de mí... yo te protejo...

Y despues de meditar en silencio un breve rato, añadió:

—Mañana es martes... dentro de tres dias será Enrique dueño de Toledo... Dentro de tres dias... estamos á mediados de junio... Para san Juan... tal vez... No: es demasiado pronto. Cálmate, ambicioso corazon. No imites al que, guiado por una luz en la oscuridad, evita un rodeo y se precipita en un abismo. Si Alfonso sucumbe, sostengamos á Enrique y elevemos á Isabel. Ahí está el triunfo.

Al dia siguiente se reunieron en el palacio episcopal unos cuarenta grandes entre los confederados que habia en Segovia, otros que habian venido de Arévalo espresamente y los del séquito del rey. Allí hubo fuertes altercados sobre las vergonzosas proposiciones que se hicieron á D. Enrique, y que arrancaron una vehemente protesta al marqués de Santillana, é impeliéron al *buen conde* de Haro á llevar mas de una vez la mano á la guarnicion de la espada. Sin embargo, dulcificadas aquellas por D. Juan Pacheco, y reducidas á los términos en que éste las habia anunciado, fueron aceptadas por el rey, no sin marcado descontento de sus mas leales vasallos.

Aquella misma tarde fué entregada la reina en manos del arzobispo Fonseca, el cual dispuso conducirla al castillo de Alahijos, escoltada por su sobrino D. Pedro y otros diez caballeros. La infanta bastarda doña Juana quedó al cuidado de Don Diego Hurtado de Mendoza; el infante D. Alfonso tomó posesion

del alcázar de Segovia; y D. Enrique, acompañado de sus pocos amigos y de una escolta que le dió el marqués de Villena para resguardo de las arcas reales, partió para Madrid.

Entre tanto, una escena de muy distinta índole tenia lugar en una estancia retirada del palacio episcopal.

La infanta doña Isabel, inflamados los ojos por el llanto, conversaba á solas con un arrogante caballero que, en pié y descubierto, la hablaba respetuosamente.

—Todo lo he oido, Andrés, decia la infanta; oculta detrás de un tapiz he presenciado, sin poder evitarlo, esa degradante abdicacion que ha hecho mi hermano de su dignidad personal y real. Ya no tiene remedio: el golpe está dado, y nada que se haga podrá reparar la herida que acaba de abrir en su honor ese pobre rey.

—Señora, contestó Andrés de Cabrera: ese golpe era inevitable, porque estaba ya preparado.

—Tienes razon, pero yo tambien la tengo doble para afligirme. Una cruel fatalidad persigue al rey, fatalidad en que sirve de instrumento mi hermano Alfonso, y lo que aun es mas triste, de instrumento complaciente. Esto será infausto para los dos. ¡Ay! ¡Ojalá Dios les perdone! ¡Sea Dios mas atento á mis ruegos que lo son los hombres!

—En verdad, señora, que el rey no lo ha sido con vos. No ha bastado la carta que le escribisteis para evitar su resentimiento. Ya os lo dije.

—¡Su resentimiento! ¿Y de qué le tiene? ¿Acaso he pensado ofenderle? Pero dime, Andrés, ¿se marchará sin verme?

—Así lo creo, señora: un momento nada mas he podido hablarle para comunicarle vuestro deseo. Me ha mirado con afectada sonrisa y ha dicho:—«¿Me traes otra carta de tu señora?

—Mi señora desea abrazaros como buena hermana, le contesté.

—Entonces repuso:—Amigo mio, no sé si tendré tiempo de complacerla.»

—¡Ingrato! ¡Cuando solo me afano por su bien! ¿Sabes para qué queria verle?—A tí puedo confiártelo, porque eres el fiel amigo de mi mejor amiga. Deseaba decirle: Enrique, no cedas

á exigencias que te degradan. Sé rey, mientras puedes serlo y al fin de tus dias dispon de tu corona segun tu conciencia y el mayor bien de tus pueblos. Si necesitas un apoyo para mantener tu decoro, en mí le tienes: yo sé que hay en el mundo un varon fuerte, á quien amo, sin conocerle, por lo que vale: su nombre y sus hazañas resuenan constantemente en mis oidos: enlaza mi suerte con la suya, y por mis respetos, muchos grandes de Castilla y Aragon, obedientes á mí, te sostendrán. Si el objeto de tanta discordia es culpable á tus ojos, si la infanta que lleva tu nombre no es digna de él, rompe los vínculos que te sujetan; pero rómpelos con dignidad: obra y manda, no obedezcas á bajas sugestiones, y todo el pueblo te aplaudirá. De este modo quitarás pretextos á la intriga y á las revueltas, sacudirás el yugo de ambiciosos palaciegos, y si alguno osa levantar la cabeza, estará solo; porque será mirado como traidor y rebelde.

Sonó en este momento ruido de clarines debajo de las ventanas del palacio. La infanta se levantó presurosa, y asomándose á una de ellas, vió al rey que partia.

—¡Se vá! exclamó. ¡Se vá sin verme! ¡Dios mio! ¿Por qué me quiere tan mal?

Y agitó su pañuelo con impaciencia; pero D. Enrique no reparó siquiera en este movimiento espontáneo de cariño.



CAPÍTULO XII.

Que sirve de introduccion al XIII.



Las ocupaciones políticas á que dió lugar la toma de posesion del alcázar de Segovia y otros sucesos que no nos interesan y seria enojoso referir en esta historia, dilataron por espacio de cuatro dias la partida de caza prometida por D. Juan Pacheco al príncipe Don Alfonso, no sin disgusto de éste, cuya impaciencia por verla realizada crecia con la tardanza. Durante este tiempo no vió el jóven príncipe una sola vez al astuto maestre de Santiago que no le recordase su promesa, mediando entre ambos en voz baja palabras de dudoso sentido y miradas significativas, que revelaban una inteligencia secreta.

Nunca, por otra parte, se habia mostrado el ilustre mancebo tan amable con su privado, á pesar de la lentitud con que éste parecia prestarse á la realizacion de sus deseos, y es seguro que le habria otorgado la gracia mas costosa que le hubiese pedido, con tal que acelerase la hora del cumplimiento de aquella promesa.

Don Juan Pacheco entre tanto no la olvidaba; pero daba la preferencia á otros asuntos de mayor entidad; lo cual, sin embargo, no le impedía ocuparse en cosas que tal vez parecerán triviales á nuestros lectores.

En uno de estos días encontró á su estafero Juan Lainez, triste y cabizbajo á la entrada de sus aposentos reservados, y le llamó para hablar con él á solas. La ocasion no podia ser mas oportuna; porque el jóven, por motivos para él muy poderosos y que no habria sabido revelar, estaba decidido á suplicar al marqués le eximiese de su servicio, peticion tanto mas difícil de hacer, cuanto que, para fundarla en algo, era necesario mentir, ó mostrarse quejoso del alto personaje á quien fuera dirigida.

Juan Lainez entró, siguiendo á su señor, en la pieza que ya conocemos, resuelto á impetrar de su magnanimidad, aunque solo fuese algunos dias de licencia, pero con intencion de no volver. Esta resolucion, que parecerá estraña á los que saben el descubrimiento hecho por nuestro mozo en la Torre de los Encantos, no lo era si se atiende á que hacía ya dos noches que Isidora no respondia á las señas de su amante.

Don Juan Pacheco miró á su criado con interés, y afectando no reparar siquiera en las vehementes muestras de inquietud y tristeza que se pintaban en su semblante, le dijo:

—Estoy contento de haberte hecho gracia de la vida, Juan, porque veo en tí un mozo de provecho, y no dudo que, así como eres valiente y servicial, serás prudente y callado. Habria sido irreparable tu pérdida, si hubieses muerto en la horca, que merecias... Porque, no cabe duda: la merecias.

—Señor, contestó Juan con timidez, y cobrando alientos á medida que hablaba: ese recuerdo de vuestras bondades me infunde confianza para pedirlos una gracia, que si bien será insignificante para vueseñoría, para mí tiene mas valor que la misma vida.

—¿Cómo es eso? ¿una gracia?... sepamos lo que es.

—Señor, me han dicho que mi padre se halla enfermo á las puertas de la muerte, y quisiera que os dignaseis concederme unos dias de licencia para ir á verle.

—¿Cuándo te han dicho eso? preguntó el maestre con una risita que descontentó al jóven.

—Señor, repuso Juan, esta mañana.

—Pues te han engañado: porque esta tarde he sabido yo de tu padre que no le duele nada, y que está mas libre de enfermedades que tú y que yo.

Juan Lainez se puso encendido de ira y vergüenza al ver descubierto su engaño; pues, como acaso recordará el lector, el amante de Isidora era huérfano de padre y madre.

—¡Ah!... exclamó balbuciendo; vueseñoría sabe... que...

—Sí; pero dejemos eso. Te he llamado para darte un encargo, que solo quiero confiar á tu fidelidad. Es una cosa que yo no debiera mezclarme; pero se trata de complacer á un amigo... á un servidor mio, y tengo la debilidad de dar gusto á todo el mundo.

Juan Lainez sintió impulsos de negar la obediencia al maestre; pero la idea de su posicion humilde, apagó todo el fuego de su interior rebeldía.

—Señor, dijo, soy vuestro esclavo; mandadme lo que os plazca.

—La comision no es agradable. Oye: tengo en mi poder una jóven, á quien protege ese amigo mio del cual te acabo de hablar. Este amigo, segun me ha dicho, debia favores al padre de la jóven, por lo que, agradecido, la ha sacado de manos de cierto hidalgo, que la tenia en su castillo, con el objeto de devolverla á su familia. Pero él se ha visto precisado á partir precipitadamente de órden del rey, por lo cual me ha encargado cuide de su protegida.

—Comprendo, dijo Juan Lainez con impaciencia y alegría. En ese caso, no hay mas que hacer sino entregarme la jóven y yo me encargo de conducirla á su casa.

—No, no es eso, repuso el maestre con su calma desesperante. No sé todavía si mi amigo tendrá por conveniente confiarte esa delicada comision.

—Pues entonces...

—Déjame hablar. Eres demasiado vivo de génio. Yo tenia

esa chica en lugar seguro; porque has de saber que cierto personaje, cuyo nombre no hace al caso, parece que está enamorado de ella, y convenia evitar que la viese ó intentára seducirla. Pero me era preciso tenerla bajo la custodia de un sugeto que no merece mi entera confianza; por lo cual he dispuesto trasladarla á otra parte. Ahora está al cuidado de una buena mujer: sin embargo, falta que un hombre de valor y fiel á mis mandatos, esté á su lado para defenderla de cualquier enemigo. Tú eres el hombre que he destinado al desempeño de este honroso cargo, que no debe serte muy gravoso, pues solo durará unos cuantos dias, mientras vuelve mi amigo.

—Aunque durase toda la vida, señor, estad seguro de que os serviré con la mayor decision.

—Ya lo supongo. Te advierto, sin embargo, que es algo peligroso tu cometido, porque si, por descuido tuyo algun hombre, sea quien quiera, tocase á la persona de esa jóven, pagarías con tu cabeza.

—No temo ese peligro, señor. Os prometo que antes me dejaré arrancar el corazon á pedazos, que consentir toque nadie á la persona que me confiais.

—Así me gusta: yo soy esclavo de mi palabra, y no estaré tranquilo hasta verme descargado del peso de la que he dado á mi amigo.

—Desde ahora podeis descansar en mí, repuso Juan. Pero aun no me habeis dicho donde está la jóven...

—Es verdad. Debes ir á ese parque inmediato, donde te permitirán estar libremente, puesto que llevas el blason de mi casa: no conviene que te presentes como defensor de la jóven; bastará que estés á la mira por lo que pueda suceder: ella habita en una cabaña que verás en medio del bosque. Ten mucho cuidado, de dia y de noche, y á nadie comuniques el motivo que allí te lleva. Esto es una precaucion que te interesa, porque de no hacerlo así te espones á ser burlado.

—¿Tanto empeño hay en apoderarse de esa jóven?

—No sé decirte si hay mucho empeño; pero siempre es bueno ponerse en lo peor; pues no debes ignorar que la maldad es ar-

tista y se vale de los mas diestros ardidés. Con que, hijo mio, corre á tu puesto, y á ver si sabes corresponder á mi confianza.

Juan Lainez, delirante de felicidad, marchó sin detenerse á desempeñar la comision que acababa de darle el maestre y que colmaba sus mas ardientes deseos.— «Sí, yo velaré por ella, iba diciendo: yo la guardaré hasta de su misma sombra, y desdichado del que intente profanar el casto templo de mis amores. No, esta vez no me la robarán; porque estoy prevenido, estoy celoso hasta del aire que respira, y no cerrará mis ojos el sueño, ni habrá sosiego para mi corazon. El duro suelo será mi único lecho, mi ballesta me servirá de almohada, y mi puñal estará siempre despierto para obedecer á su dueño.

Una reflexion turbó en seguida la infantil alegría del jóven, dando un giro mas sombrío á sus pensamientos. Isidora, segun habia dicho el maestre, y segun la relacion de ella misma, tenia un protector desconocido. ¿Quién era este hombre? Si obraba movido por la gratitud, ¿qué causa motivaba el misterio con que se encubria? El lector sabe muy bien que todo lo dicho por D. Juan Pacheco acerca de su amigo, no era mas que una pura invencion, una patraña imaginada por él para disfrazar su intriga, pero Juan Lainez no podia sospechar el engaño, porque en la situacion en que se le colocaba, debia presumir que el maestre le habia dicho la verdad, y que ignoraba sus relaciones con Isidora, pues de lo contrario no le habria confiado su guarda cuando tenia empeño en ocultarla; y mucho menos si él mismo estuviese interesado en guardarla para algun fin siniestro. Era necesario estar penetrado de los secretos pensamientos del maestre, para concebir la menor duda de su buena fé, pues aunque sus escesivas precauciones para proteger á una muchacha vulgar, pudieran parecer sospechosas en un personaje de su calidad, se justificaban, sin embargo, por los desórdenes y el desenfreno de la época, la falta de seguridad que habia en todas partes, las traiciones frecuentes, domiciliadas, por decirlo así, en el seno mismo de los que se apellidaban amigos, y en fin por las graves atenciones de diversa especie que distraian al maestre. Otras circunstancias concurrían además á dar un colorido de verdad

á esta fábula. Si se hubiese tratado de proteger á una jóven noble y de elevada clase, habria sido lo mas natural que D. Juan Pacheco la depositase en casa de cualquier familia amiga, ó en la suya propia, con el recato conveniente; pero no era posible evitar los tiros de la maledicencia, ni dejar de producir estrañeza, obrando de igual modo respecto á una muchacha del pueblo, hermosa y de antecedentes equívocos, que por su parte no podia dar cuenta de ninguna clase de relaciones anteriores con su protector.

Juan Lainez pesó en su juicio todas estas consideraciones, y concluyó por persuadirse á sí mismo que el maestro no tenia mas interés que el manifestado en la guarda de Isidora; que habia de por medio un amigo desconocido, cuyos favores no sabia si eran dignos de gratitud ó aborrecimiento, y que un capricho casual de la fortuna ponía bajo su inmediato amparo á la mujer que amaba. Por otra parte, convencido de la sinceridad de su señor, se propuso seguir fielmente las instrucciones que de él acababa de recibir, llevando su resolucion al extremo de proteger á Isidora hasta contra el amigo incógnito, y arrostrar la muerte, si fuese necesario, por defenderla.

Con este firme propósito, el jóven estafero se proveyó de armas y bajó al parque de Villena, por el cual empezó á dar vueltas impaciente; pero sin atreverse á llegar á las inmediaciones de la casa rústica, por temor de que se conociese el interés particular que en hacerlo tenia.

Bien lo habia previsto D. Juan Pacheco, que en todas sus intrigas se mostraba profundo conocedor del corazon humano; así es que, poseyendo el secreto de los amores de Juan Lainez, le eximió de la obligacion de presentarse en la casita como vigilante para evitar, no solo el embarazo que necesariamente habria de sentir el jóven al comparecer junto á su amada, en presencia de personas estrañas, sino tambien la revelacion estemporánea de estos amores.

Era la hora melancólica del dia en que los árboles, iluminados por los últimos rayos del sol, y bañando sus pies en un mar de sombras, se balancean al soplo de la brisa, como la cuna

movida por la mano de una madre. Millares de aves, acogidas en el recinto inviolable del parque, anunciaban con sus lánguidos cantares la proximidad de la noche, y cubrían con las alas á sus pequeñuelos, cual si quisiesen resguardarlos del furor del buitre, que, rey de los aires, cruzaba el espacio, dando agudos alaridos, en busca de alguna inaccesible roca.

Fuera de las agrestes armonías de la naturaleza, ningun rumor se percibía en aquellas soledades, lo cual alentó á Juan Lainez para irse acercando poco á poco á la casa rústica, pues no viendo á ninguna persona, confiaba en poder llegar hasta la mansion de su amada sin ser notado de nadie. Con efecto, velado por la espesura del monte, pudo contemplar sin recelo la pajiza cabaña que se presentó á su imaginacion, semejante á un nido de ruiseñor oculto en la enramada. Difícilmente podia el jóven reprimir sus deseos de penetrar en aquel pobre edificio, mil veces mas bello para él, que el mas suntuoso palacio: la sombra del crepúsculo iba envolviéndolo poco á poco, y ya sus foscas formas se delineaban confusas, cuando una voz conocida, uniendo sus acentos á los últimos acordes de las aves, vino á estremecer de gozo y esperanza el corazon de nuestro jóven. Aquella voz entonaba el himno á la Virgen:

«Quiero seguir á tí, flor de las flores...»

—¡Ella es, ella es!... murmuró Juan Lainez; y adelantándose sin ser dueño de sí, como atraído por un poder mágico, respondió á la primera estrofa con la segunda que dice:

«Gran fianza hé yo en tí, la mi señora...»

Pero antes que la hubiese concluido, vió lucir la mecha de un mosquete, y oyó una voz varonil que decía:

—¿Quién es el osado que pisa sin licencia el coto de mi señor? Quien quiera que sea no se mueva, si no quiere hacer esta noche compañía á D. Judas el traidor.

—Pasito, camarada, contestó Juan Lainez sin asustarse, y bajad esa mecha, que pájaros de mi calibre no los tiene nuestro amo el maestro de Santiago, para que os divertais en cazarlos.

—Decid quién sois, ó por el ánima de mi abuelo, que está

en pena, que os he de dar algo para que os sepa á caliente.

—Si quereis verme de cerca, conoceréis el blason que llevan al pecho los estaferos de Villena.

—¡Diablo! ¡Acabáras de hablar! repuso el guarda-bosque bajando su mosquete. ¿Sois vos el que viene en mi ayuda para cuidar de la caza? Eso es otra cosa.

—El mismo, dijo el jóven, conociendo por la pregunta que se le esperaba.

—Sea en hora buena: llegais á tiempo de acompañarme á cenar. Venid, compañero, venid.

Pedro el guarda-bosque condujo á Juan á la casa rústica, donde encontraron la mesa puesta, que habia sido abandonada por aquel en el momento de oír cantar al estafero.

—Venís en muy buena ocasion, camarada, dijo Pedro; pues tengo entendido que uno de estos días hemos de ver aquí de caza al príncipe D. Alfonso, y yo solo no basto á cuidar de todo.

—Sentiré, buen amigo, repuso Juan, no poderos seros tan útil como yo quisiera; pues, segun las instrucciones que se me han dado, no debo apartarme mucho de estas cercanías.

—¿Y con qué objeto?...

—No lo sé: no me toca averiguar las intenciones de nuestro amo y señor.

—No lo digo por tanto, camarada. Pero poco importa eso: quiero decir que yo guardaré las salidas del bosque, y mientras vos estareis á la mira por si se ocurre algo á los señores. Mañana os instruiré en todos los entrecijos del bosque para que podais salvar á cualquiera que se estravie.

Juan Lainez no escuchaba á su compañero: á las preguntas de éste habia contestado distraido: su pensamiento estaba fijo en Isidora, y al observar que no se veia en la casita la sombra de una mujer, comenzó á dudar de lo que ya sabia y de lo que poco antes habia oido.

—Decidme, camarada, preguntó: ¿y estás solo en esta cabaña?

—Solo con mi madre.

—¡Ah! vuestra madre habita aquí tambien, ¿y nadie mas?

—Nadie mas, que yo sepa, contestó Pedro; de modo que bien podreis quedaros á dormir con nosotros: partiremos mi cama.

—No es necesario. Yo estoy acostumbrado á dormir al sereno.

—¡Ah! eso es otra cosa. ¡Diablo! hé ahí á lo que no he podido acostumbrarme. ¿Habeis sido soldado?

—¿Quién no lo ha sido un poco en estos tiempos?

—Es verdad.—Pues, camarada, bebamos un trago, y podeis buscar la cama cuando gustéis. Pero os advierto que los jabañes tal vez no os dejarán hacer sueño seguido.

—No importa, estoy tambien acostumbrado á sus gruñidos.

Dicho esto, Juan Lainez se levantó de la mesa, volvió á mirar á su alrededor, y habiéndose despedido de Pedro, salió. Por lo que habia visto, conoció que Isidora estaba demasiado guardada para que le sirviese de algo permanecer bajo el mismo techo que ella, y antes al contrario, abrigaba la esperanza de poder hablarla por alguna ventana, pues no dudaba que le habria oido contestar á su cancion.

Con efecto, despues de mucho tiempo, cuando Juan conoció que Pedro y su madre dormirian, se acercó á la casita, y la dió vuelta examinándola toda, y tarareando el himno de la Virgen. No tardó en descubrir una ventana, ni tan baja ni tan alta que, empinándose, no pudiese llegar á ella con las manos: detúvose allí, repitiendo su canto monótono, y sintió á poco que se abrian las toscas maderas, y que una voz cariñosa pronunciaba su nombre.

—¡Isidora! respondió el jóven: ¡otra vez te hallo, vida de mi vida! Los hombres se empeñan en separarnos, y Dios nos favorece.

—¡Ay! exclamó la jóven: yo confio en él, amigo mio, y en su santa Madre, cuyo amparo invoco á todas horas. Espero que la purísima Virgen María no me abandonará; sin embargo, querido mio, tiemblo porque me veo rodeada de asechanzas y de falsos amigos, que no sé lo que quieren de mí.

—Nada temas, Isidora; bien has dicho que la santa Madre

de Dios te ampara: héme aquí puesto para protegerte, cuando hace pocas horas creía imposible hallarte, y mi corazón lleno de angustia deseaba la muerte: sin yo solicitarlo, he sido encargado de velar por tí. ¿A qué podemos atribuir esta fortuna sino á tus oraciones puras, que llegan hasta el trono del Altísimo? Sí, amada mía: nosotros, pobres huérfanos, sin apoyo en la tierra, tenemos la protección de Dios.

—Pero yo creía que habías venido á sacarme de aquí, y he temblado por tu vida cuando escuché tu canto?

—Sacarte de aquí, ese es mi mas ardiente deseo: pero ¿acaso estás mal? ¿no podremos esperar unos días?

Juan contó á su amada lo que le habia pasado con el marqués de Villena, y concluyó diciendo:

—Puesto que solo se trata de precaverte de todo peligro, y yo soy el encargado de velar por tu seguridad, nada puedes temer, aguardemos á que ese protector oculto disponga lo que tenga por conveniente, y no provoquemos las iras del marqués de Villena.

—Velando tú por mí, estoy tranquila, amigo mio, contestó Isidora: pero no debo ocultarte ninguno de los temores que asaltan mi corazón. Estoy rodeada de incomprensibles misterios: todavía no conozco á ese marqués de Villena, y sin embargo presiento que él es quien aquí me ha traído: esta casa es la misma á donde me condujo el caballero enmascarado: la mujer que la habita es la misma que me ha asistido en la prision donde me viste, despues que dejó de ir á ella el hombre feo; no sé cómo me han trasladado á este aposento, pues ha sido de noche y estando dormida. Esta mujer me habla de cosas estrañas que me repugna decirte.

—No, dímelo todo: es menester que lo sepa todo.

—Pues bien, oye, repuso la jóven con voz entrecortada. Esta mujer me anuncia una vida feliz en el seno de las riquezas y de los placeres, que ella se complace en pintar con los mas bellos colores imaginables... Pero me dice que para alcanzar tanta dicha, debo ainar á un gran personaje, que se desvive por mí.

—¡Oh! ¡calla, calla! exclamó Juan Lainez, llevando por ins-

tinto la mano al puñal que pendia de su cinto.—¿Y tú habrás escuchado con placer esas halagüeñas promesas?

—¡Juan! contestó, con la dignidad de la inocencia Isidora. Si fuese cierto lo que acabas de decir, ¿te habria yo revelado esta horrible proposicion?

—¡Ah! ¡perdóname, Isidora, este loco arrebató de celos! ¡Te amo tanto, alma mia, que hasta del sol que te alumbra quisiera preservarte! ¿Sabes tú lo que he sufrido al verte perdida para mí, al saber que un malhechor hidalgo te poseia, y al amontonar en mi imaginacion las mas espantosas suposiciones? ¡Oh! La herida profunda que abrió en mi corazon aquel malvado, no está cerrada todavía, ni creo se cerrará jamás, y por eso al menor contacto sangra; por eso siento la venenosa punzada de los celos aun al oír de tus labios virginales la palabra amor hablando de otro. No, yo no dudo de tí, ángel mio; ni he pensado lo que he dicho: esa queja es un gemido que exhala el alma lacerada; pero no contra tí.

—Te creo, y no hablemos mas de eso, Juan. En otra cosa debemos pensar. Si fuese cierto que algun personaje intenta solicitarme, si se valiese de esta mujer, ¿cómo podria libertarme de la osadía del uno y de la astucia de la otra?

—¿Cómo? Tengo un puñal que obedece al señor á quien sirvo, y estoy aquí para cortar el paso á ese pretendiente, sea quien quiera. ¿Lo comprendes bien? Sea quien quiera: estas son las palabras terminantes de mi señor; y he jurado acatarlas y cumplir su mandato á riesgo de mi vida.

—¡Sangre! ¡siempre sangre...! murmuró Isidora. ¡Esponer tu vida por mí! Eso me aterra: pero aun así, ¡qué valdrá tu valor contra la astucia? Si una bebida me sumergiese en ese profundo sueño que ya dos veces me ha privado de sentido ¿qué sería de mí? ¡Oh! ¡esta idea es horrible!

Juan Láinez se mordía los dedos hasta ensangrentarlos: su imaginacion infamable le representaba con demasiada viveza el peligro de que le hablaba Isidora: tenia la cabeza baja, hinchada la nariz, juntas las cejas, bajo las cuales brillaban sus ojos en la oscuridad como si el fluido eléctrico circulase en sus órbitas. De pronto se irguió el jóven y dijo:

—Sí, es horrible; pero ahora mas que nunca deseo apurar los medios que me ofrece mi posicion para castigar á quien ose ultrajarte. Vive tranquila, y descansa en mi desvelo: nadie turbará tu reposo de dia, porque nadie entrará en esta casa sin que yo le vea: deja de noche esta ventana entornada; y duerme sin recelo, porque yo velaré al pié de ella, y al mas leve ruido caeré á tu lado para salvarte ó morir.

—¡Ay amigo mio! Tu generoso apoyo vuelve la paz á mi corazon. Vela, sí, menester es que veles, pues temo que por este lado ha de venir el enemigo que nos acecha.

—¿Qué me dices?

—Sí; escucha: las dos noches que he pasado aquí no he podido cerrar los ojos, porque he observado que la mujer que me guarda descorra el cerrojo de esta ventana, al creerme dormida.

—¡Oh! Basta, basta. Retírate, Isidora, y descansa. Yo te juro que el traidor enemigo de mi amor y de mi reposo no llegará hasta tí.—Retírate, no sea que nos descubran y lo perdamos todo.

Diciendo esto Juan estampó un beso en la mano de Isidora que asida tenia, y se descolgó de la ventana, al pié de la cual se tendió, poniendo su carcaj y su ballesta por almohada. La jóven murmuró un «á Dios,» y al momento cerró la ventana.

Ningun incidente vino á confirmar los recelos de los amantes durante la noche. Al otro dia, Pedro el guarda-bosque salió muy de mañana de su casilla y se reunió con su compañero, á quien, segun le habia prometido, fué enseñando todos los parajes peligrosos del vasto parque. Juan Lainez llegó á temer que su complaciente camarada intentase alejarle con intencion del lugar donde estaba el objeto de sus desvelos, y así le dijo:

—No os tomeis tanta molestia, buen amigo, pues para lo que yo debo hacer, ya sé bastante.

Pedro miró á nuestro jóven con aire de desconfianza.

—¿Y sabeis acaso lo que debeis hacer? preguntó.

—Ciertamente.

—¿Qué es ello? Veamos.

Juan miró á su vez al guarda-bosque, sonriéndose de su estúpida formalidad, y le dijo:

—¿No habeis reparado en un nido de tórtolas que hay junto á vuestra casa en un frondoso fresno?

—Ya lo creo: como que mas de una vez me han dado intenciones de matar á esos pajarrucos que no me dejan pegar los ojos de noche.

—Os guardareis muy bien de hacerlo: precisamente nuestro señor tiene capricho en conservar esos pajarrucos, como vos decís, y no me ha mandado otra cosa sino á cuidar de que nadie toque á la hembra.

Pedro meneó la cabeza con aire de incredulidad, pero no sabiendo que pudiese oponer ni aun la mas simple reflexion á los caprichos de su amo, guardó silencio.

En esto se vió asomar por un extremo del parque al repugnante personaje conocido de nuestros lectores con el nombre de Piel-del-Diablo, el cual venia montado en un caballo morcillo, pequeño y ruin como su dueño, y seguido de una docena de monteros, que conducian acémilas cargadas de hachas de viento y utensilios de montería.

—¡Eh! ¡Perucho! gritó Briando al guarda-bosque. ¿A ver cómo te mueves? ¿No ves, ganapan, que invadimos tus dominios?

Pedro acudió presuroso á recibir las órdenes del ayuda de cámara, y Juan le siguió pausadamente atraído por su propio cuidado, que le hacía no perder de vista ningun incidente.

—Veamos cómo ayudas á esta gente, que aquí te traigo, á buscar los parajes mas acomodados para distribuir en ellos esas antorchas, dijo el ayuda de cámara.—Esta noche, compadre, nos vamos á divertir de lo lindo.

—¿Pues qué tenemos esta noche? preguntó Juan acercándose.

—¡Jah! ¡jah! ¡jah! exclamó Briando, riendo á carcajadas. ¿Con qué tú no sabes lo que significan estos preparativos? ¿Qué diablo entiendes tú de achaques de montería?

—Claro está que no entiendo de eso, señor Piel-del-Diablo, repuso el jóven picado. Mi oficio no es de ordenador de festejos, sino de machacador de cabezas.

—¡Eh! ¡buen mozo! exclamó uno de los monteros; la caza no es una fiesta de títeres, sino un arte noble como el de la guerra.

—Déjale, Fernando, que no sabe lo que se dice, interpuso Briando.—Y volviéndose á Juan, añadió:—¿Quieres saber de lo que se trata? Traemos esas hachas para hacerte esta noche el entierro. ¡Jah! ¡jah! ¡jah!

—Estais alegre, señor Briando, replicó el estafero, sin mostrarse resentido por la broma chocarrera del ayuda de cámara.—Mas vale así: no creais que eso me incomode: muy al contrario, veo en ello un buen presagio.

—¿Cuál?

—El de que pronto ha de verse la tierra libre de algun malhechor, porque cuando el diablo rie, aguarda amigos.

—Por ahora no sé que corra peligro de muerte otro malhechor que algun jabalí de esta selva, repuso Briando, desentendiéndose de la indirecta de Juan, que comprendió perfectamente; porque debemos advertir que, enviado por su señor con una comision particular para la madre Úrsula, el ayuda de cámara, con su mucha malicia, habia adivinado, si no todo, gran parte del proyecto de D. Juan Pacheco, y las palabras de Juan Lainez le hicieron sospechar que éste no se hallaba en el bosque sin algun misterioso objeto.

—¿Con qué, segun eso tenemos hoy caza de jabalí? preguntó Juan.

—Sí, amigo: una cosa magnífica que nunca habrás visto. Nuestro señor quiere obsequiar al príncipe con una partida de caza nocturna; espectáculo raro, que se usa en Inglaterra y que apenas es conocido en Castilla. Para eso traemos las antorchas que han de alumbrar el terreno desde los sitios mas altos.

—Una caza nocturna...., repitió Juan Lainez que no echaba en olvido su comision. Será digna de verse.

Durante esta conversacion los monteros guiados por Pedro se ocupaban en escoger los sitios mas aptos para la iluminacion. Briando, viéndolos entretenidos en esta tarea, dirigió su pocin hácia la casa rústica: Juan le siguió los pasos sin perderle de vista y pudo observar que hablaba familiar y misteriosamente

con la madre Úrsula. Sin embargo, no llegó á oír mas que estas palabras:

—Con que ya sabeis, buena madre: estad prevenida esta noche, porque puede ser que tengais alguna visita interesante.

—¡Ah, malvado! repuso Juan Lainez: tú eres el entremetido; pero yo te prometo una buena propina en pago de tus servicios.

Y se retiró cabizbajo á ocultarse entre los árboles.



CAPITULO XIII.

La partida de caza.



LEGÓ la noche: diríase que habia sido escogida entre mil para el objeto á que se la destinaba.

Era una noche oscura, negra, invisible. Nubes caliginosas interceptaban la débil claridad de las estrellas, gravitando sobre el aire, que parecia incapaz de mover una pluma. El silencio, inseparable compañero de la perfecta calma, se sentia en el ténue zumbido de la naturaleza que nunca reposa, y dejaba percibir distintamente el rápido chillido del murciélago. Las aves diurnas y los cuadrúpedos del bosque, dormian profundamente en sus nidos y guaridas, confiados en la paz de la noche.

Cual si se hubiese querido hacer mas perceptibles las tinieblas, veíanse á trechos, dispersadas por todo el dilatado parque, luces rojizas y solitarias, á cuyo trémulo resplandor distinguíanse confusamente algunos grupos de seres humanos recostados en el suelo.

De repente se iluminó el extremo del bosque mas inmediato á Segovia, oyóse el ruido de una numerosa cabalgata, y tardó

poco en aparecer la corte de D. Alfonso, rodeado de una doble línea de antorchas encendidas, formando el conjunto mas brillante y fantasmagórico que puede imaginarse.

Venian con el príncipe D. Juan Pacheco y su hijo, muchos nobles y el obispo D. Juan Arias.

La infanta Doña Isabel, acompañada de su intrépida amiga Beatriz de Bobadilla, y de los caballeros de su séquito, figuraba tambien en la partida, llevando un justillo de mallas y un sombrero con plumas, que le daban un aire varonil admirable, realzado por la agilidad con que esgrimia un rejoncillo vigorosamente sostenido por su mano derecha.

No parecia muy contento el jóven D. Alfonso de la compañía de su hermana, á quien no habia podido menos de invitar: mostrábase, sin embargo, complaciente con ella y la llevaba á su derecha. Pero aprovechando un momento en que la infanta se detuvo para hablar con sus amigas que la seguian, picó el príncipe á su caballo, y atrayendo hácia sí á D. Juan Pacheco, le dijo:

—Estamos mal, D. Juan: no vamos á tener un momento de libertad.

—Perded cuidado, señor: cuando yo os haga la señal convenida, torced á la derecha y dejad pasar todos los cazadores: yo escogeré el momento oportuno en que ni vuestra hermana ni nadie piense en vos.

—¿Y decís que está ya prevenida la muchacha?

—Ciertamente: pero no por esto confio mucho en su condescendencia; es una virtud cerril, mas indómita que una cabra montés; pero á bien que sois buen cazador, y no hay fiera de esas que no se prenda en redes de oro.

—Bien está. No me agradaria tampoco que fuese demasiado dócil: precisamente lo que me encanta en esa chica es la firmeza con que ha resistido á los halagos del señor de Hinestrosa. Por supuesto no será lo mismo conmigo.

—¿Quién tal piensa? ¿Qué punto de comparacion hay entre vos y ese bandido?

—Ninguno en verdad. Pero dejemos la conversacion. Don

Juan. No quiero que nadie sospeche.... ¿Dais vos la señal, ó la doy yo?—Si no me engaño vuestros monteros han levantado ya la caza.

—Dadla vos, señor: veo que no debemos perder el tiempo.

Una pasmosa transformacion se habia operado en el bosque en pocos momentos. Donde antes se veian luces aisladas y macilentas, brillaban ahora verdaderos haces de fuego, formados cada uno por cuarenta ó cincuenta antorchas, que difundian por el campo una claridad fantástica: muchos de los criados se habian subido á los árboles, que poblados así de luces, parecian inmensos candelabros. El montero mayor del príncipe habia dispuesto soltar las jaurias, y los perros, adiestrados en esta clase de ejercicios, acababan de levantar á un enorme javalí, que, sorprendido durante su tranquilo sueño, y encontrándose de pronto en medio de una escena incomprensible para él, corria desalentado, seguido de sus jabatos, sin saber donde refugiarse, pero repartiendo dentelladas á diestro y siniestro á los alanes, que le aturdian con sus atronadores ladridos.

Este inesperado alboroto, y la claridad rojiza que se abria paso al través de las tinieblas, turbaron así mismo el reposo de los demás habitantes del bosque, y en un momento se pobló el aire de aves, que chillando espantadas y perdiendo el tino, revolaban en torno de sus nidos, sin acertar á encontrarlos; y mas de un ciervo cruzó la pradera, introduciendo la confusion y el desórden en la jauria y en los cazadores.

—¡Fa-fa!—¡Tra-la-la-lira-fa!

Esta tocata dos veces repetida por la corneta del príncipe, puso en movimiento á toda la brillante cabalgata, que como acontecia casi siempre en estos casos, no pudo guardar uniformidad: el mayor ó menor fuego de los caballos era un obstáculo para que pudiesen marchar unidos, mayormente siendo varios los objetos que escitaban la sensibilidad, como en esta ocasion sucedia.

El javalí, despues de resistirse furiosamente contra los perros, buscó la selva, dando horribles bufidos al ver cerca de sí las ondulantes cabelleras de llama que se desprendian de las an-

torchas, y la cabalgata se lanzó detrás de él, pasando como un torbellino de fuego por delante de la casa rústica.

—¡Aquí, señor, aquí! ¡Á la derecha! exclamó D. Juan Pacheco, llamando la atención del príncipe, como si tratase de indicarle el mejor camino para perseguir á la fiera.

En este momento un magnífico venado, que andaba fugitivo, distrajo á la trailla, y una parte de los caballos siguió su movimiento.

—¡Soberbia pieza! exclamó D. Alfonso. Hé ahí un bello entretenimiento para las damas.

Y dirigiéndose á D. Gutierre de Cárdenas, que iba con la infanta, le dijo:

—No perdais esa ocasion, señor maestresala; dividámonos, y haced que mi hermana venza ese magnífico animal.

—Sí, sí, D. Gutierre, Cabrera, amigos míos, seguidme, exclamó Doña Isabel con entusiasmo. Hagamos nuestra esta presa.

Los monteros soltaron parte de la jauria, que ya instintivamente acosaba al venado, sobre el cual reconocia su propia superioridad, y los cazadores se dividieron, siguiendo dos líneas divergentes.

En estos momentos hubo alguna confusion, á favor de la cual D. Alfonso ladeó su caballo, y se salió del movible círculo de fuego que formaban las teas. Enardecidos los caballeros y fija su atención en la caza, ninguno reparó al pronto en la ausencia del príncipe, y si lo echaron menos, los de la una banda se confiaron creyendo que iria en la otra, con tanta mas razon cuanto que D. Pacheco, que se habia constituido en su guia, marchaba adelante sin dar muestras de haberse apercebido de nada.

Una observacion debemos hacer, antes de proseguir narrando estos hechos, que podrán parecer inverosímiles. Acaso le habrá ocurrido al lector, como á nosotros, la idea que, para deshacerse del malogrado príncipe D. Alfonso, nada habia sido mas fácil en una cacería nocturna, que asestarle traidoramente una flecha ú otra cualquiera arma, como ha sucedido á varios personajes, segun refiere la historia. Pero debe tenerse presente que D. Juan Pacheco jamás empleaba en sus numerosas intrigas los

medios directos, ya sea porque verdaderamente sintiese un placer enmarañando todas las situaciones, ya porque de este modo quedaba siempre mas oculta su mano. Para valerse del medio vulgar que ha costado la vida á mas de un rey, necesitaba concertarse con un asesino, y esto no lo habria consentido tampoco su carácter suspicaz. Arrastrando al inesperto príncipe á una aventura galante, no hacía nada que pudiera ser motejado por los disclutos cortesanos de su tiempo: si D. Alfonso caia en manos de un celoso desalmado y éste le daba la muerte, no era culpa suya, pues habia llevado su prevision hasta el estremo de apostar una docena de servidores suyos cerca de la casa rústica, para guardar las espaldas al príncipe; en cuanto á Juan Lainez, era su vasallo, y como á tal le haria justicia espeditiva, colgándole de un árbol, tan pronto como llegase á cometer el atentado. Así se comprende que su lealtad debia de quedar á salvo de la mas ínfima sospecha, y antes de creer que este modo de obrar le reconciliase con su conciencia, suponiendo que no esponia á su señor á mas peligro que á los que corren todos los enamorados, y en el cual podia perecer ó salvarse segun su fortuna.

Sin embargo, los cálculos estaban bien echados para que no sucediese lo último. Juan Lainez casi no conocia personalmente al príncipe, á quien solo una vez habia visto de lejos, cuando comió en casa de su señor; de modo que el respeto no podia detener su brazo: era mucho mas fuerte y animoso que su contrario, quien apenas contaba diez y seis años: estaba celoso y vivamente resentido contra la clase noble: amaba con delirio á Isidora, y de seguro velaria por ella. Por otra parte los hombres que debian proteger al príncipe no tenian instrucciones ningunas: Piel-del-Diablo era su jefe, y éste habia recibido la orden de mantenerse á la expectativa, sin moverse de su puerta, aunque oyese gritos dentro de la cabaña, y de penetrar en ella y cercarla rápidamente, solo en el caso de que sintiese ruido de armas ú otro semejante, capaz de infundir temores de alguna sorpresa ó choque. Aun en este caso debia proceder con mucha prudencia, y no precipitarse demasiado.

El príncipe, apenas se apartó de sus cortesanos, corrió presuroso hácia la casita con el ardor irreflexivo de la juventud. Deslumbrados sus ojos al pasar del vivo resplandor de las antorchas á la oscuridad, en la cual solo se distinguía un punto luminoso, que guiaba sus pasos, no reparó en varias figuras que habia inmóviles á un lado de aquel rústico edificio, ni en una sombra que se deslizó, casi arrastrando, detrás del mismo, al acercarse á su puerta.

Don Alfonso se apeó de su caballo, lo ató á un árbol, y entró temblando como un niño en la casa, donde, confiado en su mérito personal mas que en su elevada clase, creia encontrar la felicidad.

La vieja Úrsula estaba sentada junto al hogar con Isidora, pasando una á una las cuentas de su rosario, cuando apareció el príncipe. La jóven dió un grito de sorpresa, y corrió á ocultarse, entrando por una puerta inmediata: Úrsula se levantó, y encogiéndose de hombros, murmuró:

—¡Es una criatura! No habrá conocido á V. A., señor.

El príncipe, sin dar contestacion, se lanzó tras de Isidora.

—¡Ah! ¡salid! ¡salid de aquí! balbuceó la jóven, señalando la puerta con su mano trémula.

—Nada temas, hermosa Isidora, dijo el príncipe acercándose con cortedad.—¿Qué ves en mí de agresivo que te infunde terror?

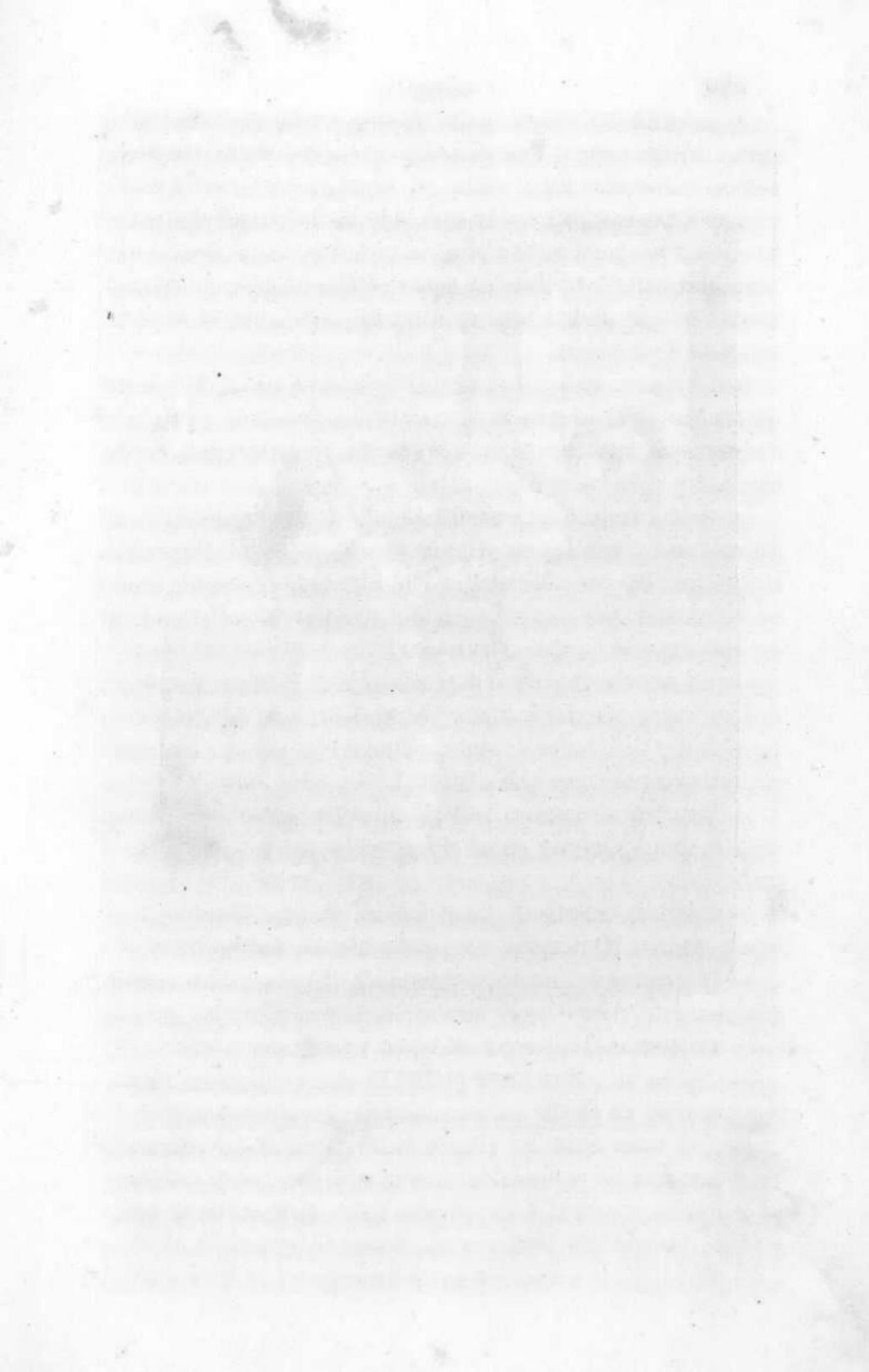
—¡Apartaos, apartaos! repuso Isidora ahogando su voz. Yo no os conozco. ¿Quién sois vos, que sabeis mi nombre?

—Tu nombre es famoso, contestó D. Alfonso, alentándose gradualmente; porque es el nombre de la mas linda de las jóvenes castellanas. ¿No te han hablado de mí?

—¡Ah! Sí, sí... Pero tened piedad de una desdichada. Un jóven como vos no puede ser un malvado. ¡Idos, dejadme!

—¿Qué estás diciendo? ¿Puede haber maldad en adorarte? Yo te juro que no pretendo hacerte el menor mal: eres preciosa; yo soy jóven, rico y el mas poderoso señor de Castilla: te amo, y puedo hacerte mas feliz que una reina.

—¡Oh! ¡callad! ¡callad! Si os oyesen...





Un jóven intenta abrazar á una mujer, y otro le sorprende por una ventana

—No temas nada: no puede oírnos nadie, repuso el príncipe.—Y volviéndose hácia la puerta, la cerró, diciendo:

—¿Ves? Ya no debes temer ningún peligro.

Isidora dió un grito de terror, y huyó á esconderse al último rincón de la estancia.

—¿Pero qué significa esto? exclamó el jóven príncipe algo incomodado. Tanta resistencia ya es necesidad.

Y corrió hácia Isidora con los brazos abiertos; pero ella le rechazó y solo pudo cogerla por la cintura.

—¡Virgen Santísima, valedme! exclamó la jóven pugnando por desasirse.

En este momento se oyó distintamente dentro de la estancia la algazara de los cazadores y el sonido de las trompas, que anunciaban con sus tocatas la muerte del jabalí. La ventana del cuarto de Isidora acababa de ser abierta, y Juan Lainez apareció en ella con el puñal desenvainado.

Silencioso como la muerte, el audaz estafero deslizó todo su cuerpo dentro con la suavidad de la serpiente, y ni el príncipe ni la jóven habrían advertido su presencia, á no ser porque el viento, que se había movido tempestuoso, entrando por la ventana, agitó fuertemente la luz de la lámpara que alumbraba esta escena.

Isidora volvió la cabeza y vió á Juan en el momento de poner los piés en el suelo.

¡Oh, Dios mio! exclamó.

El príncipe siguió con la vista el movimiento de Isidora, y viendo al estafero, que, sin proferir una palabra, ciego de ira se precipitaba hácia él, dió un salto, sacó la espada, y paró el primer golpe, gritando:

—¡Asesino!

—¡Villano! ¡Mal nacido! ¡Felon! prorumpió Juan Lainez, repitiendo sus ataques, y obligando á D. Alfonso á replegarse contra la puerta.—No te vale la espada, porque vas á morir.

Y dando un diestro quite con la punta del puñal en la guardación de la espada del príncipe, hizo saltar esta, dejándole desarmado.

—¡A mí! ¡A mí! gritó D. Alfonso con la fuerza que da la desesperacion, afianzando al mismo tiempo las muñecas de Juan Lainez, y luchando con él cuerpo á cuerpo.

Isidora, entre tanto, arrodillada á los piés de los dos combatientes, se arrastraba llorando y conteniendo ya al uno, ya al otro, que sin escuchar sus ruegos, la repelian brutalmente.

La puerta retemblo agitada por brazos vigorosos.

—¡A mí! ¡A mí! repitió D. Alfonso. ¡Ayudad al rey!

Al oír esta palabra, Juan Lainez retrocedió aterrado, y arrojó el puñal lejos de sí; pero no pudo hacerlo antes que, abriéndose violentamente la puerta, presenciáran su acción los que llegaban al socorro del príncipe.

—¡Asesino! ¡Regicida! gritó Piel-del-Diablo, precipitándose con seis de sus compañeros sobre el desarmado estafero que, sobrecogido de estupor, efecto de la reaccion que fuertemente sucede á las grandes agitaciones del espíritu, se dejó prender sin resistencia.

Isidora, combatida por la vergüenza y el dolor, se habia retirado á un ángulo de la estancia, donde estaba sentada, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando amargamente.

—No llores, Isidora, dijo Juan, mirando á su amada, sin cuidarse del dolor que le causaban las ligaduras con que le sujetaban los brazos.—No llores: aunque me arranquen la vida, yo te protegeré mejor desde la eternidad.

Isidora dió un grito, acabando de comprender la terrible situacion en que se hallaba su amado, y corriendo á echarse á los piés del príncipe, exclamó, cruzando los brazos:

—¡Piedad, señor! ¡piedad! ¡Perdonadle que no sabe lo que ha hecho. ¡Ah! ¡perdonadle! ¡perdonadle!

Don Alfonso, que desde la aparicion de sus salvadores habia quedado sumido en un profundo alelamiento, y como avergonzado de su propia accion, al oír la fervorosa súplica de Isidora, pagó tributo una vez mas á la flaqueza humana, tuvo envidia del estafero, y levantando la cabeza con semblante indignado, contestó:

—Me suplicas por él, ¿y esto no te abochorna?

— Levántate, Isidora, repuso Juan con dignidad: levántate y no supliques al hombre: si deseas obtener gracia, pídelas al rey.

— ¡Blasfemo! gritó uno de los satélites de Piel-del-Diablo tapando la boca de Juan Lainez con su callosa mano.—¿Desconoces la magestad de D. Alfonso doce?

Juan Lainez se sonrió amargamente y no volvió a contestar.

— Sí, tienes razón, Juan, dijo Isidora, levantándose. Yo iré á pedir justicia al rey cuando esté sobre su trono, cuando la pasión no le ciegue.

Y se retiró á un extremo, quedando en pié, inmóvil y enmudecida por el dolor.

Esta transición pudo ser fatal para la jóven, pues agotado repentinamente el manantial de las lágrimas, cuando vió llegar el momento en que le arrebataban su amante, permaneció algunos segundos mirando á la puerta por donde aquel acababa de salir, dió algunos pasos y cayó al suelo sin sentido.

A una larga distancia de la casa rústica estaban reunidos los mas de los cazadores alrededor del jabalí, que habia sido muerto por el jóven marqués de Villena D. Diego Lopez Pacheco, y aun se oían á lo lejos los gritos de la partida que capitaneaba la infanta Doña Isabel y que acababa de rendir al venado, en cuya persecución habia ido.

El maestro de Santiago estaba desasosegado, mirando á todas partes con el ansia de saber el resultado de su negra intriga.

— Señores, dijo por último á los que tenia mas cerca de sí, estoy con zozobra por la ausencia del príncipe, pues á la verdad, no sé á punto fijo si habrá ó no seguido en compañía de la infanta.

— Pronto hemos de salir de dudas, contestó D. Juan Arias; pues, á lo que oigo, el venado debe de tener ya la lágrima en el ojo.

— Si os parece, salgamos al encuentro de la otra partida, y así le acortaremos el camino. La noche se ha vuelto tempestuosa, y si el príncipe se hubiese extraviado tendríamos que pasar tal vez un mal rato antes de encontrarle.

Todos fueron del parecer de D. Juan Pacheco; y precedidos de las luminarias, se pusieron en marcha.

Unos mil pasos habrían andado, cuando se oyó el galope de un caballo, y acto continuo apareció D. Alfonso á la vista del maestre, que reprimió un movimiento de ira y sorpresa.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! gritó el solapado magnate, volviéndose hácia sus compañeros. Gracias á Dios no le ha pasado nada.

—Sí, gracias á Dios, decís bien, D. Juan, repuso el príncipe: solo á él debo haber escapado de una buena...

—¿Pues cómo? preguntó D. Juan Arias.

—He estado á punto de ser asesinado, señores.

Un rumor de indignacion se alzó entre los cazadores.

—¡Asesinado! ¡Ira de Dios! exclamó el maestre. ¡Asesinado en mi casa! ¿Y quién ha sido el alevoso?... ¿Donde está? Os juro que he de hacer en él un castigo ejemplar.

—No se ha escapado, no, respondió el príncipe: ahí le traen bien seguro.

—¡Qué muera! ¡Qué muera! gritaron á una voz todos los circunstantes.

—¡Qué muera comido de perros!

—¡No, colgado de los piés y abrazada la cabeza!

—¡No hay castigo bastante para el asesino!

—Calma, señores, dijo D. Juan Pacheco alzando su voz sobre estos diferentes gritos. El crimen se ha cometido en dominio de mi jurisdiccion, y á mí me cumple hacer justicia, si el señor príncipe me lo permite.

—Haced lo que gustéis, contestó D. Alfonso. Yo no puedo negaros nada, porque, despues de Dios, á vuestros servidores debo la vida.

El maestre rechinó los dientes, pero sin descomponer su fisonomía.

En esto llegó Briando, muy ufano, trayendo al desdichado Juan Lainez, que al penetrar en el círculo luminoso, en que se contenía aquella especie de consejo de guerra contra él, bajó la cabeza, preparándose á oír, sin replicar, las mas violentas

recriminaciones; pues convencido de que iba á morir, queria concentrar su pensamiento en su amada y en Dios. Sin embargo, no pudo menos de conmoverse, sintiendo penetrar en su corazón un rayo de esperanza, al oír la voz de D. Juan Pacheco, que decia:

—¿Cómo? ¿Es posible? ¡Juan Lainez, mi bravo estafero, es el delincuente! Acércate, desdichado. ¿Qué motivo ha podido conducirte á poner la mano sobre tu rey?

—Señor, contestó el jóven con sencillez. Yo no he atentado contra la vida del rey.

—¡Se atreve á negarlo! gritaron á un tiempo el príncipe y Briando.

—He dicho que no he atentado contra la vida del rey. Mi ataque se ha dirigido contra un hombre cualquiera, porque yo no conocia á S. A.

—¡Mientes, traidor! esclamó el maestre. Hace pocos dias le viste en mi propia casa.

—Es cierto que le ví; pero mi clase no me permitia estar cerca de S. A., y no pude distinguir su rostro.

—¡Eh! ¡Basta! esas son vanas disculpas.—Oid, Briando ¿qué gente os acompaña?

—Señor, contestó Briando: aquí están Ferrando, Julian, Ortega y otros arqueros de vueseñoría... están Poca-risa y Fernandito Alturas con algunos de sus oficiales...

—No digas mas. Encárgate de hacer colgar á ese bandido de cualquier árbol... y atiende, añadió en voz baja: despáchale pronto.

Piel-del-Diablo tiró de la cuerda con que tenia atado á Juan Lainez, y entregó á éste en manos de Poca-risa y Fernandito Alturas, que eran los ejecutores de la alta y baja justicia de la casa de Villena.

—Señor, dijo el maestre á D. Alfonso: si lo teneis á bien, retirémonos de este sitio, donde pronto será reparado vuestro ultraje y satisfecha mi justicia.

El príncipe accedió á retirarse, y al hacerlo D. Juan Pacheco, dijo á Briando:

—Haced que se cumplan inmediatamente mis órdenes, y dadme cuenta luego.

Briando se quedó con Juan Lainez, á quien rodeaban los dos verdugos y sus ayudantes, varios arqueros y hasta ocho criados que alumbraban con teas.

—Vamos, camarada, dijo Piel-del-Diablo en tono de burla: tu prediccion se cumple, y tambien la mia: «Cuando el diablo rie, aguarda amigos,» me dijiste, y yo te anuncié que esas hachas servirian para tu entierro. Prepárate á morir como hombre de buen humor, y no te aflijas; que estos buenos amigos te despacharán en un santiamen al otro barrio, y yo te prometo cantarte un responso.

—Mala ocasion habeis escogido para chanzas, señor Briando. Yo os perdono; y puesto que ha de ser, solo ruego á estos amigos que ejecuten cuanto antes la justicia de su señor.

—Por nosotros no ha de quedar, dijo Fernandito Alturas, haciendo un lazo con una cuerda que habia desliado de su cintura.—Esto es negocio mio, y nadie habrá que me pueda tachar de perezoso. Pero nos hace falta una escala.

—No hay que apurarse por tan poco, repuso Briando. Nuestro amigo Peruche nos surtirá de ese utensilio.

Y volviéndose á un lado divisó á Pedro el guarda-bosque detrás de los arqueros.

—¡Hola! ¿Estás atrás, holgazan, y no has traído ya la escala que hace falta? Corre pronto por ella, si no quieres acompañar á tu camarada.

Pedro se alejó rápidamente, y entre tanto el verdugo puso el lazo que habia hecho, alrededor del cuello de Juan Lainez, que viendo próximo su fin, comenzó á contristarse. Hasta estos momentos habia alimentado la esperanza de que D. Juan Pacheco no le dejaria morir, creyendo que le habia entregado á Briando para que le salvase la vida.

—¿Con que es cierto, dijo, que vuestro señor me condena?

Una brutal carcajada fué la contestacion de Briando y de Fernandito Alturas. Poca-risa no desmintió en esta ocasion su sobrenombre, Juan Lainez se volvió á él y le dijo:

—Vos, que me pareceis hombre, me haréis el favor de llevar á D. Juan Pacheco mi última voluntad.

—Lo haré.

—¡Decidle que le emplazo ante el tribunal de Dios!

Piel-del-Diablo soltó otra carjada; pero tuvo que reportarse al oír que todos los presentes reprobaban su sacrílega risa con vehementes murmullos.

En esto llegó Pedro con la escala. Uno de los ayudantes del verdugo la arrimaron á un árbol, y Fernandito Alturas, empujando hácia él á Juan Lainez, le dijo:

—¡Ea! Vamos, compañero: resignacion y á salir del paso. Esto es cosa de pocos momentos.

—¡Dios mio! murmuró el pobre jóven; ¡y ella! ¡Quién la amparará en este mundo!

—¿Qué aguardais? preguntó Piel-del-Diablo. Ved que viene tronando, y si nos entretenemos, vamos á llegar á Segovia hechos una sopa. ¡Despachad!

—Un poco de paciencia, señor Briando: dejad al reo que recite sus oraciones: para eso es cristiano.

—¡Tiene razon! Tiene razon, murmuraron todos, y se quitaron los gorros.

El huracan que se iba desencadenando por momentos, silbó con horribles alaridos en las ramas de los árboles, y ofuscó casi completamente las llamas de las antorchas, que durante algunos segundos dejaron de alumbrar con claridad esta temerosa escena. El vivo y trémulo resplandor de un relámpago coloreó al mismo tiempo de lívidos matices los rostros de los circunstantes.

Á no mucha distancia se veia parada la cabalgata en que iban el príncipe y D. Juan Pacheco, y por el extremo opuesto sentíase un ruido sordo como el que producen las pisadas de muchos caballos, mientras alternativamente aparecian y se ocultaban reflejos de luz en los troncos de los árboles.

Juan Lainez, resignado per último, miró al cielo, y conducido por sus verdugos, comenzó á subir la fatal escala, todavía volvió la cabeza hácia aquellas luces vacilantes á manera de fuegos fátuos, que se acercaban con rapidez.

—Si yo encontrase un alma compasiva á quien confiarla, moriría tranquilo, dijo.

Y al pronunciar estas palabras oyó la risa de una mujer, y la voz de otra que hablaba.

—¡Oh! ¡por piedad! exclamó entonces Juan Lainez, deteniéndose. Si habeis amado alguna vez, por vuestro amor os ruego me concedais algunos instantes.

—¿Quereis comer algo?... ¿Un vaso de vino? preguntó el verdugo. Si es eso, decidlo: yo no privo de nada de esto á mis parroquianos.

—¡Aguardad! ¡Aguardad! replicó el jóven con ansia, concentrando toda su atencion en el ruido cada vez mas cercano de la gente que hacía allí venia.

—Ese quiere entretenernos toda la noche, dijo Briando. Despachadle pronto con mil diablos.

El rugido de un trueno ahogó la última frase del satélite de D. Juan Pacheco.

El bosque se iluminó de pronto con mayor intensidad, y apareció la cabalgata en que venia la infanta doña Isabel.—Al verla Juan Lainez, aunque no la conocia, sintió inundarse de gozo su corazon.

—¡Ah! ¡por fin! exclamó ¡Una mujer! Será compasiva y me comprenderá.

Doña Isabel refrenó su caballo, sorprendida al reparar en los lúgubres preparativos.

—¿Qué es esto? preguntó: ¡una justicia! ¿Qué ha hecho ese infeliz?

—¡Noble señora! exclamó Juan Lainez desde la mitad de la escala. Vos que os compadeceis de mi afliccion, dignaos recibir los votos de un moribundo.

—¿Qué deseas? Habla.

—Señora, si os dignaseis oir dos palabras en secreto...

—No le haga caso V. A., interrumpió Briando. Es un malvado que ha intentado asesinar al rey.

—¡Qué escucho!

—¡Ah, señora! prorumpió Juan Lainez: yo he implorado vues-

tra bondad sin conoceros. Ahora que sé quien sois tengo mas confianza en V. A. ¡Oidme! ¡oidme por piedad!

—Ese jóven... Yo conozco á ese jóven, dijo D. Gutierre de Cárdenas. Es Juan Lainez.

—Juan Lainez... repitió la infanta: ese nombre no me es desconocido.

—El amante de Isidora... ¿No recordais?

—¡Ah! sí. Acercadme ese hombre, repuso la infanta.

—Señora, señora, replicó Briando interponiéndose; yo no debo consentir.

—¿Quién eres tú para oponerte á mis órdenes? ¡Apártate! prorumpió la infanta.

Y lanzó su caballo con tales brios, que faltó poco para que atropellase á Briando.

—Bajad á ese hombre; continuó señalando al reo. Y estendiendo al mismo tiempo la mano en ademan imperioso, dijo á las personas de su séquito:

—Dejadme sola con él.

Juan Lainez fué conducido al lado de la infanta, que ocupaba el centro del círculo formado por toda aquella heterogénea reunion de personas.

—Habla, dí lo que quieres, murmuró doña Isabel inclinando el cuerpo hácia Juan.

—Señora, una sola gracia, que puede valerme mi salvacion; porque sin ella, moriria desesperado.

—Pide sin temor.

—Señora, en una cabaña situada en el centro de este parque hay una infeliz jóven, una huérfana abandonada.

—¿Isidora?

—¡Oh! ¿La conoce V. A.?

—No; pero sé sus desventuras. Prosigue.

—Muerto yo, Isidora queda sola, sin amparo y espuesta su inocencia á los mas graves peligros. Mi único deseo, señora, es que la cubrais con el manto de vuestra proteccion: os lo ruego por el que murió en la cruz, y por las angustias de la santísima Virgen María. Isidora tiene su madre en Medina del Campo; si

me prometeis hacerla conducir allá con seguridad, abandonaré sin pesar esta amarga vida, pensando solo en Dios que me ha de salvar. ¡Si no os dignais otorgarme esta gracia, señora, moriré atormentado con los mas crueles dolores, y acaso con la maldicion en mis labios!

—Te doy mi palabra de amparar á esta jóven. Pero, dime: amándola tanto como demuestras, ¿es posible que hayas cometido el bárbaro delito que te imputan, y que ha de separarte de ella para siempre? ¿Es posible que un jóven de tus sentimientos haya osado atentar contra la vida sagrada de mi hermano?

—Señora, contestó Juan, llorando: no puedo engañaros cuando voy á comparecer ante el tribunal de Dios que me perdonará. El amor de Isidora me ha conducido al lugar en que me veis: por defender su honor atropellado, he acometido á un hombre á quien no conocia, y á quien ahora perdono de todo corazon, porque es mi rey, y porque no le creo tan culpable como víctima del que á mí me condena.

—Explícate con claridad. No sé lo que quieres decir.

—Señora. Yo no debo acusar á nadie, pero tampoco me reconozco delincuente. Yo he recibido la orden de velar por la seguridad de Isidora, y defenderla de todo el que intentase algo contra ella: esta orden era además un deber que mi corazon me imponia. He vigilado, y he sorprendido á un jóven que pretendia manchar su inocencia: ese jóven era el príncipe, mas yo no lo sabia: he armado mi brazo contra él,—¡Dios me lo perdone!—y este delito me cuesta la vida.

Doña Isabel quedó unos momentos profundamente pensativa, y de pronto dijo:

—¿Á quién servias? ¿Ese escudo que llevas al pecho no es el de Villena?

—El mismo, señora. Soy criado de D. Juan Pacheco.

—¿Y cómo es que Isidora está en la cabaña que me has dicho?

Juan Lainez contó en pocas palabras lo que sabia.

La infanta le escuchó con el mayor interés, y luego que el jóven hubo concluido su relacion, se volvió á sus caballeros y dijo:

—¿Á ver? uno de vosotros, vos, Cabrera, buscad al príncipe y decidle de mi parte que deseo hablarle en este momento. Que me haga la merced de venir aquí.

Andrés de Cabrera partió á escape, y la infanta continuó hablando en voz baja con Juan Lainez.

El príncipe aguardaba á su hermana, no lejos de allí, como hemos dicho. Á poco se oyó el ruido de los caballos de D. Alfonso y de toda su comitiva, que se acercaban. La infanta salió á su encuentro, previniendo antes que nadie tocase al reo.

—¿Qué pretendes, hermana? dijo el príncipe, adelantándose á fin de hablar á solas con ella, si me habeis llamado para obtener de mí la gracia para este malhechor, os advierto que nada puedo hacer por él.

—Os he llamado, señor, dijo la infanta, para pedir os justicia, no gracia..... Pero retirémonos algo mas. No quiero que nos oigan.

Y habiéndose apartado una distancia conveniente, la infanta tomó la mano á D. Alfonso, y continuó:

—Hablemos como hermanos. Dime, Alfonso, ¿qué has hecho esta noche?

La mano del príncipe tembló.

—¿Por qué me preguntas eso, Isebel?

—Respóndeme, Alfonso: ¿qué has hecho? ¿dónde has estado?

—Tú lo has visto: cazando.

—No: cazando no te habrias espuesto á una muerte oscura, que si Dios lo hubiese permitido, habrias cubierto tu nombre con una mancha eterna, y acaso con un lauro el de tu asesino.

—¡Hermana! ¡Ved lo que decís!

—No os altereis, señor. Sois príncipe, sois mi hermano, pero sobre el respeto que os debo y sobre el amor que os profeso, hay una cosa mas sagrada, y sin la cual no puedo amaros; ¡la justicia!—Sé todo lo que ha pasado esta noche, Alfonso, hermano mio: sé que has atropellado el honor y la inocencia de una jóven desventurada, que solo merece tu amparo, de una huérfana infeliz, víctima del desenfreno de estos tiempos. Sé que, sorprendido con ella por el hombre que la ama, te has espuesto á

morir como un oscuro villano; has rebajado tu alta dignidad, te has colocado al nivel del último de tus vasallos, que al atentar contra tu vida, sin conocerte, no hacía mas que defender su derecho, amparar la virtud y la honra de una débil criatura. Esto es lo que ha pasado, hermano mio: solos estamos los dos, nadie nos oye. Despójate, si puedes, de tus pasiones, entra en el severo tribunal de tu conciencia, y dime: aunque la misericordia de Dios no te hubiese salvado de ese peligro, cuya sola idea me horroriza, ¿quién sería el verdadero culpable, Alfonso? ¿Quién? ¿Tú, ó él?

Don Alfonso temblaba de piés á cabeza, y su mano estaba fria como la de un cadáver.

—Tanta severidad conmigo, Isabel, dijo, me parece infundada.

—No, querido de mi corazon: no soy bastante severa. Tú eres un niño, y no puedes comprender toda la enormidad de tu falta. Eres rey, Alfonso; al menos como tal te miran. Y eres cristiano: ¿concibes ahora los deberes que te imponen estos dos títulos para con el mundo y para con Dios? Como rey cristiano ocupas por deber el primer lugar entre los bienhechores de los hombres, tienes la prerogativa de proteger al débil contra el fuerte, y—piénsalo bien, Alfonso,—la mayor culpa de ese infeliz condenado á muerte, es la de haber usado de esa prerogativa contra tí, que hollabas los sagrados fueros del pudor. Tu falta, en otro hombre, sería una ligereza digna de castigo: en tí es la inversion completa del orden moral.—El vicio y la virtud tienen un poder superior á todas las potestades humanas: no hay grandeza que el primero no degrade y abata; no hay condicion humilde que la segunda no eleve á un grado menos que la divinidad.

—Isabel, no te niego que he obrado mal; pero... el atentado cometido contra mí...

—Ese atentado es obra tuya, porque todo crimen es obra de quien lo provoca, y el mal se vuelve siempre contra su autor, como la víbora contra el necio que la abriga en su seno. Eso es lo que mas me aflige, Alfonso mio: si Dios no hubiese tenido

misericordia de tí en esta ocasion, serias á un tiempo víctima y sacrificador de tí mismo. No habrias merecido de los hombres mas que una mirada de desprecio, y lo que es mas terrible, la condenacion del Supremo Juez.—Yo te hablo como hermana, con la tierna efusion del amor mas profundo, y por eso te digo la verdad; porque te amo, porque quiero verte grande y digno de tu clase.

—Sí, tienes razon, te creo. ¿Pero qué puedo hacer ya? Esto no tiene remedio.

—Debes evitar que caiga sobre tu cabeza la sangre de un hombre, á quien solo tu aturdimiento hace culpable, porque Dios te pediria estrecha cuenta de ella. ¿No ves su justa cólera en el rayo que centellea bramando sobre nosotros?

—¿Y habré de echar la culpa sobre mí?

—No, Alfonso: no es eso lo que deseo. Pero acaso, ¿no puedes perdonar?

—No, Isabel: ese hombre es vasallo de D. Juan Pacheco.

—Y D. Juan Pacheco, ¿de quién es vasallo?—De nadie, me dirás: esta es la verdad. Pero ya que él te aclama rey, muéstrale que lo eres. No empieces tu reinado sometiéndote á ese capricho, porque acabarás como tu hermano.

—¿Crees que D. Juan pretenda subyugarme?

—Cándido jóven, repuso amargamente la infanta. Guárdate del que se llama tu amigo, y te conduce al vicio. Ese quiere tu perdicion.

El príncipe bajó la cabeza aterrado ante la penetracion de su hermana.

—Isabel, dijo por último, quiero guiarme por tus consejos.

—Está bien: sígueme.

Y dirigiéndose la infanta á los caballeros, dijo en voz alta:

—Señores, el rey perdona al delincuente.

—¡Cómo! exclamó D. Juan Pacheco. Dispensadme, señor, añadió hablando al príncipe. Yo solo tengo aquí derecho de vida y muerte sobre ese hombre. Yo le he condenado, y nadie mas puede hacerle gracia de la vida.

—Y bien, D. Juan, repuso la infanta, el rey quiere que ese

hombre viva. El rey ofendido le perdona; ¿os opondeis á su soberana voluntad, vos, su mas adicto vasallo?

Don Juan Pacheco temió que se hiciese notable su empeño en llevar á cabo la ejecucion de la condena fulminada contra Juan Lainez, y recobrando su aire meloso, contestó:

—No quiera Dios que yo me revele contra mi señor: su voluntad es sagrada, pero tambien lo son mis prerogativas. Sin embargo, para conciliarlo todo, cedo al rey mi derecho de justicia, y la persona de mi vasallo.

Y llamando aparte á D. Alfonso, le habló rápidamente al oido: de esta suerte:

—Ved bien lo que resolvéis: yo he condenado á ese malhechor, para evitar que divulgue vuestra aventura, y para castigar, como es justo, su enorme atentado.—Y añadió en voz mas alta, para que le oyesen todos:—Si un crimen tan horrendo quedase impune, vuestra persona sería el blanco de los ataques de cualquier hombre osado: la magestad real perderia todo su prestigio; ningun noble viviria seguro, no estándolo el monarca, y ese mismo criminal, alentado con la falta de castigo, pondrá mañana asechanzas á vuestra vida. Decidid, pues, lo que os plazca.

—Debe morir... debe morir, murmuraron varias personas.

Todas las miradas se fijaron en el príncipe, que adelantándose hácia el reo, dijo con voz imponente:

—*No permita Dios que yo cometa una injusticia.* Ese hombre no merece el rigor de la muerte, y yo le tomo bajo mi real amparo.

—¡Soltadle! exclamó la infanta.—Juan Lainez, seguidme.

Don Juan Pacheco se mordió la lengua, sonriéndose alegremente.

—Qué me place, dijo: la voluntad del príncipe es la mia.

En este momento se oyó la campana del alcázar de Segovia, que tocaba á rebato.

—¡Maldicion de Dios! pensó el viejo maestro, al oir aquel toque alarmante. ¡Tambien eso ha venido demasiado pronto!—Y exclamó en seguida:—¡Alarma, señores! ¡alarma en la ciudad!

—¡Corramos!—¿Qué puede ser esto? ¡A Segovia! ¡A Segovia!
gritaron todos disponiéndose á partir.

Pocos momentos despues la gran cabalgata galopeaba hácia la ciudad, donde multitud de campanas llenaban el aire de sonidos pavorosos.—Era media noche: la tempestad huia impelida por el viento del Norte, y la luna, que entraba en su cuarto menguante, aparecia entre celajes en el Oriente.



CAPITULO XIV.

De como D. Juan Pacheco tiraba la piedra y escondia la mano.

UNA de las virtudes en que mas sobresalió doña Isabel, fué la prudencia, si solo virtud merece llamarse el lazo que las une á todas.

Conociendo el carácter de D. Juan Pacheco, y la poderosa influencia de este magnate, la infanta, despues de haberle obligado á rendir un homenaje tácito á la superior autoridad de D. Alfonso, cumpliendo á la vez con un sentimiento de justicia, procuró aplacarle, distrayendo su atencion del motivo mas poderoso que habia tenido para salvar la vida de Juan Lainez. Mostrósele agradecida, como si de él solo hubiese recibido el favor que debia únicamente á su entereza y talento, y evitó darse por entendida de todos los antecedentes que precedieran al encuentro de aquel jóven con el príncipe.

A la verdad, la infanta solo habia llegado á comprender que su hermano habia sido precipitado á cometer un acto impuro por la condescendencia ó la intencion dañada del antiguo cortesano, pero no que éste hubiese querido conducirle á la muerte.

La aventura de la casa rústica, era en su concepto resultado de la casualidad y del amor secreto de Juan Lainez. Así que al dar las gracias al maestro por haber accedido á sus deseos, únicamente le dijo, que su interés por aquel, procedía de haberle pedido la merced de velar por su Isidora, á quien ella conocía y deseaba proteger. Díjole así mismo, que esperaba de su mucha caridad le ayudaría en este generoso propósito, dotando á la doncella, y casándola bajo sus auspicios con su amante, para desde luego alejarles de la corte y evitar los inconvenientes de la fogosidad del príncipe, fogosidad, añadió la prudentísima señora en voz baja, que pudiera haberle costado la vida.

Con esto quedó burlada la astucia suma del maestro, pues aunque conocía y apreciaba el gran talento de la infanta, no pudo sospechar siquiera que le creyese culpable de connivencia en la aventura galante del príncipe. No de otro modo podía interpretarse aquella candidez de niña con que le hacía en cierto modo confidente de sus sentimientos y temores, y como por otra parte le ofrecía la ocasion de proseguir su comedia, si bien dándole un desenlace diferente del que él le había preparado, aceptó al momento la proposicion de ayudar á proteger á Isidora.

Sin embargo, la ira y el despecho hervían entre tanto en el corazón del maestro, pues veía malogrado su plan, y aun rece- labá que D. Alfonso hubiese conocido sus intenciones. Si antes había podido meditar friamente una intriga tortuosa, ahora no pensaba ya en escoger los medios que pudieran conducirle á su fin siniestro. La muerte del jóven príncipe estaba decretada, y era preciso no demorarla, con tanta mas razon, cuanto que el golpe había faltado, precisamente en el momento crítico de llegar á Segovia la nueva de haberse entregado Toledo al rey Enrique.

No era otro el motivo de la alarma dada por la campana del alcázar, y repetida por las cien bocas de bronce de las iglesias de la ciudad. Un aviso llegado á las doce de la noche, y mientras el príncipe y sus nobles se divertían fuera de los muros de aquella, había hecho concebir el temor de una sorpresa, y pues-

to en conmocion á los guerreros y soldados que guarnecian la plaza.

Esta conmocion tenia un doble fundamento. Á la vez que se recibia la noticia de la entrega de Toledo, circulaba el rumor de que el rey D. Alfonso habia sido asesinado, rumor cuyo origen era un misterio para todos. Así es que, al entrar en Segovia el príncipe sano y salvo, los habitantes en masa le recibieron con vítores y aclamaciones de júbilo.

Como era natural, casi toda la noche se pasó en consejos y preparativos de guerra, y mientras los nobles discutian lo que era necesario hacer, el pueblo bullia impaciente en las calles y plazas. De comun acuerdo se resolvió salir á campaña, siguiendo el parecer de D. Juan Pacheco, el cual, despues de haber influido de este modo en el consejo, se retiró á su casa prestando una indisposicion, y decidido interiormente á dejar obrar á los demás. Pero luego que estuvo á solas en su gabinete reservado, lejos de entregarse al descanso, tomó papel y escribió:

«Número Uno.—La red estaba bien tendida; pero los cazadores tiraron demasiado pronto de los cabos y el halcon se escapó. Dentro de dos dias pasará por ahí: disponedle un cebo que le asegure de una vez. Yo, entre tanto, no descuido la caza, porque urge mucho hacer que caiga el pájaro, sea como quiera. Os saludo.—Número mil.

A pesar de ser tan insignificante esta carta, y de estar escrita en unos términos tan oscuros, que nada podian revelar, D. Juan Pacheco habia dejado claros entre palabra y palabra, y los llenó luego con sílabas inconexas, que hacian del todo una mescolanza indescifrable. Al mismo tiempo habia disfrazado la letra de tal modo, que ninguna persona acostumbrada á ver sus escritos, la habria reconocido por suya.

Hecho esto, cerró la carta, sellándola con un anillo particular, en que habia grabada una estrella, y vacilando algunos momentos antes de resolver lo que debia hacer con ella, concluyó por guardarla en su escarcela, murmurando:

—Espacio... espacio.

En seguida dió un golpe en el timbre de acero, á cuyo sonido apareció Briando en el dintel de la puerta.

El rostro grotescamente jovial del ayuda de cámara, espresaba en este momento un sombrío recelo.

—Acércate, mala pieza, le dijo el maestre sonriéndose como siempre. Te debo cien palos y un collar, y he de pagártelos en la primera ocasion que desobedezcas mis órdenes.

—Señor, contestó Briando; perdono el collar por los cien palos, pero si he faltado á vueseñoría, estoy pronto á recibir lo que se digne darme.

—Creo que te daré ambas cosas, pero por mano de mi administrador Fernandito Alturas; porque estoy muy contento de tí.

—Señor, lo que ha pasado esta noche, no es culpa mia: yo os juro por Dios y Santa María, que he procurado serviros bien. Solo que á veces las cosas se tuercen y...

—No te hablo de eso, repuso el maestre para distraer la atencion de Briando. Esta noche no has cometido mas falta que la de no hacer cumplir mi justicia, pero al cabo me alegro de eso, porque Juan Lainez es un buen muchacho. Demasiado sabes que tienes merecida la cuerda mucho tiempo ha, y yo no te hablo de lo de ahora.—Pero, á propósito: ¿qué diablos ha sido lo que ha pasado?

Briando contó á su señor, como habiéndose apostado cerca de la cabaña del parque, para guardar al príncipe, oyó ruido de lucha dentro de ella, y las voces de Úrsula que pedía socorro, con cuyo motivo no pudo menos de acudir y sorprender á Juan Lainez.

—Bien hecho, muy bien hecho, dijo el maestre: tu obligacion era esa; pero debiste haber muerto en el acto al pícaro asesino; pues aunque yo le aprecio, amo mas al príncipe, y te habria agradecido mejor un exceso de celo que no la lentitud con que despues has cumplido mis órdenes. En fin, Briando, te perdono por esta vez; pero abre el ojo. ¡Ea! desnúdame, que me quiero acostar... Estoy enfermo: ¿lo entiendes? muy enfermo. Luego que amanezca haz que venga á verme nuestro astrólogo: no me fio de ningun médico tanto como de él.

—Sereis servido, señor, y si quereis que le busque ahora mismo...

—No: déjalo para mañana temprano, replicó el maestro.

Y mientras Briando le desnudaba, le preguntó:

—¿Qué motivo tuvo la infanta para interceder por Juan Lainez...?

—Yo, señor, no pude oír todo lo que hablaron; pero me pareció que la infanta le conocía de antes.

—¡Ah! ¿Con que hablaron mucho? ¿Y eres tan torpe que ni siquiera pudiste traducir sus gestos? Veo, maese Piel-del-Diablo, que te vas inutilizando para mi servicio.

—Señor, solo pude observar que Juan nombraba muchas veces á una tal Isidora, que vos sabreis quien es, y que contaba una larga historia, en que se hablaba de vos, del príncipe y no sé de quien mas.

—¿Con que se hablaba de mí? Ya comprendo: esa Isidora es una chica á quien yo protejo, y á quien pienso dotar decentemente. Tamhien tú la conoces; no es otra que tu bella prisionera.

—¡Ya!

—¿Qué quiere decir ese ya?

—Que ya caigo en la cuenta.

—Está bien; puedes retirarte.

Apenas quedó solo D. Juan Pacheco, sacó de su escarcela la carta que habia escrito y la metió debajo de la almohada, murmurando:

—Esto es. Consultemos con la almohada, que diz que es muy buena consejera.—¡Maldito lance! A estas horas contaba yo con un trastorno espantoso. Si mis cálculos no hubiesen salido fallidos por la inoportuna exactitud de Piel-del-Diablo, Segovia presentaria en estos momentos un soberbio espectáculo. El cadáver de Alfonsito sería paseado por las calles de la ciudad: no habrian faltado medios á mi fecunda invectiva para hacer que recayese la culpa de su muerte sobre mi querido Enrique y sobre su desenvuelta mujer: los lamentos, imprecaciones y gritos de venganza poblarian el aire; y entre tanto los magnates, reunidos en consejo, adjudicarian la corona á Isabelita, y al rayar el alba se veria un soberbio tablado levantado en la plaza

del alcázar ó en el campo, y esa hermosa niña seria proclamada reina de Castilla. ¡Oh! ¡Pícara suerte! Me arrebatas la jugada mas bonita en que yo tenia puestas todas mis ilusiones. ¿Pero qué se ha de hacer? paciencia y barajar.....—Isabelita, Isabelita..... Esa muchacha es muy sagaz. ¿Qué le habrá dicho á su hermano para que éste se haya resistido á mi voluntad? Ello es que con su maña me ha vencido. No, pues yo le juro que no le han de valer mañas. Yo la haré reina..... reina de motin: yo asociaré á mis planes contra ella, todo el ódio de los enriquestas. Esto no puede faltar; porque así acudirán mas fácilmente las moscas á la miel. ¡Oh! cuando la hagamos princesa, los pretendientes se disputarán su mano con mas calor que hasta hoy.

Dicho esto, el maestre fué cerrando los párpados, y aun despues de dormido, se sonreia con una espresion diabólica, y sus labios se movian, produciendo un débil murmullo.

Al abrir los ojos por la mañana, vió delante de sí al astrólogo, que acababa de entrar.

Abacuc era un hombre de cuarenta años, mediano de cuerpo, pero de arrogante presencia: tenia la barba poblada y negra, el color del rostro moreno pálido, y los ojos grandes y fogosos. Su traje denunciaba su espíritu rebelde, pues lejos de ser humilde como prevenian las ordenanzas reales, consistia en un magnífico ropón casi talar de tela de seda gruesa y floreada, ceñido con un cinturón de terciopelo bordado de oro, cuyas labores representaban los signos del zodíaco: usaba botas de piel anteaada fina, y su toca ó turbante se componia de los mas vistosos y delicados tejidos de Oriente.

—Me habeis llamado, dijo Abacuc. ¿Para qué me quereis?

—¡Ah! ¿Sois vos, mi buen amigo? exclamó el maestre frotándose los ojos.—Bien venido seais. Tomad asiento.

Abacuc acercó un sitial, y se sentó, apoyando el codo en la cabecera del maestre.

—Mal estamos, amigo, dijo éste último: nuestra siembra no ha producido mas que la mitad del fruto. Yo no he tenido en cuenta vuestra ciencia en esta ocasion, y sin duda alguna la constelacion reinante no me era favorable.

—A pesar de eso, yo no he dejado de consultar los astros, y he visto por su aspecto séstuple y por la preponderancia de Venus sobre Mercurio, juntamente con la ausencia de la luna en la conjuncion de los ángulos del problema, que los amores debian sobreponerse á todo, y ser afortunados, sin peligro de muertes ni desastres; de lo cual inferí que saldria fallido vuestro proyecto, si bien no corriais el menor riesgo.

—Y esto es lo que ha sucedido cabalmente. Voy creyendo en vuestra ciencia, por mas que á ello se resista mi rebelde entendimiento. Y decidme: ¿Dominará mucho tiempo ese aspecto de los astros?

—No puede durar lo que constantemente varía; pero no os aconsejo que continueis empleando por ahora los medios consabidos. Además, el sol entrará muy pronto en la casa octava, y es necesario aprovechar su influencia.

—Esa casa octava es....

—La del espanto y de la muerte.

—Ya estaba yo,—y eso que no soy astrólogo,—en que es menester no dormirse en las pajas; porque de lo contrario, habremos hecho el caldo gordo á mi amigo Enrique, sin sacar provecho ninguno. Pero, veamos: ¿sabeis lo que se prepara en estos momentos? Alfonso debe salir á campaña contra su hermano, mañana ó pasado á mas tardar.

—Lo supongo.

—Y bien, si viniesen á las manos durante esa influencia planetaria.....

—Podria ser funesta lo mismo al uno que al otro indistintamente.

—¿Es decir que no se puede prever el resultado? En ese caso no debemos confiar en los astros: lo mejor será que vos cuideis del asunto.

—¡Yo!

—¿Por qué no? Nuestra hermandad nos impone la obligacion de ayudarnos unos á otros.

—Convengo en ello; pero debierais haberme avisado con tiempo. Despues del novilunio habrá grandes mortandades; la

peste negra hará estragos: y en ese período no sería difícil salir del paso. Pero esto durará pocos días y necesito prepararme.

—Bien está: componeos como podais. A otra cosa. ¿Qué noticias os dió anoche nuestra amiga Azhuma?

—Pues qué, ¿ignorais lo que puede haberme dicho?

—Claro es que lo ignoro, cuando os lo pregunto.

Abacuc meneó la cabeza con aire de incredulidad, y repuso:

—Yo creía que vuestro hijo estaría bien informado, y no tendría secretos para vos.

—¿El marqués la ha visto y hablado?

—Seguramente.

—Pues bien, informadme de todo, porque no desconocéis que conviene. Don Diego nada me ha dicho, y por el santo bautismo que recibí, que esto no me agrada. Explicaos pronto.

Hablando así el maestro se había incorporado, apoyando los codos en la cama, y dejando traslucir un ligero destello de cólera. El astrólogo contestó:

—Azhuma también me ha callado su entrevista con el marqués, vuestro hijo, y esto me hace dudar de la fidelidad de entrambos.

—Id despacio, Abacuc: id despacio en vuestras dudas. El marqués ha dado pruebas de fortaleza y de fidelidad que no todos resistirían. Lo que haya en eso yo lo averiguaré; descuidad; mas para ello necesito estar enterado de los secretos de Azhuma.

—Esos secretos son muy importantes. No pasa día en que la infanta no hable de D. Fernando, complaciéndose en oír relatar sus hazañas y proezas. El viejo contador D. Gonzalo Chacon y su amigo Alonso de Coca, son quienes más la alucinan, refiriéndola tales aventuras del doncel, que no hicieran más los famosos caballeros de la Tabla Redonda ni el mismo Cid Campeador, si volviesen al mundo. Con estas cosas la chica pierde el seso, deja volar su imaginación juvenil por regiones incomprensibles, y llega hasta soñar que algún día será ella el lazo poderoso que una las voluntades de los soberanos de Castilla y Aragón, y el freno que reprima las ambiciones miserables y los desmanes de la nobleza degenerada.

—¡Hola! ¡hola! eso pica en historia. ¿Con que la niña tiene ya aspiraciones á dominarnos? Eso no es del todo malo. ¡La nobleza degenerada! Me ha gustado la espresion. ¿A ver la pica-ruela? Siempre he dicho que esa muchacha penetra mas de lo que conviene. Sin embargo, amigo Abacuc, dejadla que sueñe: ó lo que es mejor, procurad que alguien escite su fantasía por ese lado. ¡Qué diablo! Así no será difícil hacerla entrar en deseos de reinar, si es que ya no los tiene. ¡Oh! me divertiria mucho verla luchar con esos titanes, mil veces mas temibles que los de la fábula, que se llaman nobles.

—Pues tened por seguro que, si se viese en posicion de luchar, lucharía.

—Bien, bien: nosotros la pondremos en esa posicion. Continúa.

—Sus consejeros habituales no se limitan ya á despertar su entusiasmo y á inclinar sus simpatías hácia el príncipe de Aragon, sino que comienzan á ponerla en correspondencia frecuente con el almirante D. Fadrique y con vuestro tio Carrillo, los cuales, como sabeis, están confabulados para realizar el enlace de los dos jóvenes. El almirante se limita á dar noticias de su nieto: el arzobispo, valiéndose de la influencia que le da su carácter sagrado, hace cuanto puede para presentar al príncipe como el único ser digno por sus virtudes de unirse á una infanta de las prendas de doña Isabel. Por último, para que la fascinacion sea completa, D. Fernando acababa de ser proclamado rey de Sicilia, y esta circunstancia imprevista ha hecho que la infanta considere su enlace con él como una predestinacion; porque Azhuma, queriendo infundirla ideas de ambicion antes de conocer nuestros proyectos, la predijo que seria reina, y señaló una isla como el lugar de su reino.

—¿Cuándo pasó eso?

—El día que Azhuma se presentó por primera vez á la infanta, conducida por Pedro de Peralta.

—Me parece que la proclamacion de D. Fernando para rey de Sicilia estaba ya prevista. Si no necesitásemos del auxilio de Azhuma, fácil cosa seria desvanecer las ilusiones de la infanta.

Pero esto no es posible.—Sin embargo, hay otros medios para derribar al ídolo de su pedestal. Nuestro amigo Abiabar debe de tener parientes en Aragon, si no estoy trascordado.

—Sí, tiene allí á su primo Abiabar el astrólogo, médico del rey D. Juan.

—Pues bien: ¿faltará una jóven hermosa y complaciente que cautive la atencion de D. Fernando? ¿No tendrá el astrólogo algun filtro para hacer que el príncipe se enamore y pierda el prestigio de la virtud á los ojos de la infanta?

—No es difícil encontrar un específico para inflamar el corazon de un jóven de diez y seis años, y para hacer amable á un príncipe á los ojos de cualquiera mujer.

—Es muy cierto. Haced, pues, que nuestro amigo Abiabar se ocupe de eso, y no dudeis que habremos triunfado, porque doña Isabel no es mujer que por celos se apasione mucho menos de un hombre á quien solo conoce de fama. Pero, entre tanto, no descuidemos los demás negocios.

—¿Cuando decís que parte el príncipe?

—Mañana ó pasado á mas tardar.

—¿Qué ruta lleva?

—De aquí saldrá para reunirse al grueso de la gente que hay en Arévalo: de Arévalo marchará en seguida en direccion de Ávila. En el camino de esta ciudad hará muchas paradas, con el objeto de aguardar á los amigos y auxiliares que deben agregarse al ejército. De Ávila pasará á Toledo sin detencion.

—Está bien, D. Juan. Me retiro, y os prometo que sereis servido.

—Esperad: no os he dicho que estoy enfermo: necesito vuestros auxilios y un reposo imperturbable. Hasta que vos me aviséis, no debo moverme del lecho.

—¿A ver? ¿Y qué mal padeceis?

—Dad vos á mi dolencia el nombre que os antoje, con tal que esto me prive de salir de casa por espacio de unos cuantos dias.

—¡Ah! ya. En ese caso padeceis una fiebre catarral, que á vuestra edad puede convertirse en una enfermedad aguda, si no

se os cuida con esmero. Esto no os impedirá tomar alguna parte en los negocios, no siendo muy activa, y con tal que guardéis cama.

—Estamos entendidos. Pero no dejéis de asistirme, al menos hasta que parta D. Alfonso. Dad aviso de todo á nuestro amigo Abiabar, y así no se perderá el tiempo.

Abacuc dejó preparada una droga inocente á D. Juan Pacheco, dió algunas instrucciones sobre el régimen que debía observar el supuesto enfermo, y previno muy particularmente que se le dejase descansar. Despues de esto salió del palacio de Villena y se encaminó hácia el alcázar. El maestre sacó la carta que tenia debajo de la almohada y la hizo menudos pedazos.

Las calles de la ciudad presentaban ese espectáculo de animacion que acompaña á las grandes conmociones políticas. En todas partes se veian grupos de gente ávida de saber noticias, tanto acerca de la entrega de Toledo á D. Enrique, como de la tentativa de asesinato contra D. Alfonso. Algunos murmuraban en voz baja, culpando de este hecho al marqués de Villena, nombre con el cual seguian llamando vulgarmente á D. Juan Pacheco, pero estas acusaciones que la voz del pueblo lanzaba instintivamente al antiguo favorito de Enrique IV, no podian ser justificadas por nadie, aunque hallaban eco en todas las conciencias. Sin embargo, los mismos que así pensaban, tenian que rebelarse contra sus propios sentimientos, al considerar la adhesion que aquel magnate ostentaba á la persona del príncipe, y la entereza con que, segun era ya público, habia querido castigar el atentado.

Esta circunstancia hacía que el pueblo se perdiese en conjeturas, pues nadie acertaba á comprender cómo la infanta pudo interceder en favor del asesino de su hermano; pero tal era la idea que ya se tenia de la virtud de doña Isabel, que, lejos de sospechar una maldad en ella, todos inferian de su estraña conducta que el culpable reconocido era inocente, ó cuando mas un instrumento ciego de otra persona. Y de este modo, girando las sospechas, volvian á recaer sobre D. Juan Pacheco.

Abacuc se enteró de todo, y en vez de contradecir los juicios

de la multitud, los confirmó con su silencio y sus sonrisas. Como era hombre que gozaba reputacion de influyente en el ánimo de muchos personajes de la primera nobleza, y se le suponía enterado de las intrigas de la corte, varios curiosos se le acercaron, esperando obtener de él revelaciones de alguna especie. Ninguno le descubría claramente lo que pensaba, pero repitiendo las noticias que circulaban de boca en boca, se emitian dudas que provocaban una contestacion. Abacuc decia á todo:—Es muy extraño.—Con efecto, no se sabe qué pensar de esa misteriosa ocurrencia.—Es muy probable que la infanta doña Isabel haya sido enterada de alguna secreta intriga, cuando ha obrado de este modo; pues la infanta es virtuosa y justa.

Y acompañando estas contestaciones con risitas maliciosas que en ciertas ocasiones equivalen á una corroboracion de una sospecha, llegó á infundir en los ánimos el convencimiento de que D. Juan Pachecho era quien habia puesto asechanzas á la vida de D. Alfonso.—El lector sabe ya la siniestra intencion con que los jefes de la *Perpétua Noche* obraban respecto al maestro de Santiago, á quien odiaban tanto como á cualquier otro magnate cristiano, y cuya índole perversa y ambiciosa explotaban sin miramiento alguno á su persona. Por esto no se extrañará que Abacuc hiciese recaer el ódio público sobre aquel que pocos momentos antes le llamaba su buen amigo, y que contribuía mas que nadie á mantener su fausto y vida opulenta.

Al llegar á las puertas del régio alcázar, Abacuc se encontró con un eclesiástico de noble aspecto y nimiamente pulcro, cuya frente despejada y cabellos canos, denunciaban al hombre de sérios estudios: su edad aparecia ser de unos cuarenta y cinco años poco mas ó menos, y su traje negro tenia mas semejanza con el de un cortesano que con el de su respectiva clase. Al verle el astrólogo, le hizo un profundo saludo, al cual correspondió el clérigo con otro muy afable y cortés.

—Celebro infinito ver al elegante cronista de nuestro señor rey D. Alfonso, dijo el astrólogo.

—Tambien yo me alegro de encontrar al sabio astrólogo del marqués de Villena, contestó el cronista.

—¿En qué puede servir mi humilde persona al señor Alonso de Palencia?

—Tal vez podais serme muy útil para el esclarecimiento de un hecho que deseo apuntar en mis *Décadas*.

—Si se trata de lo que ya presumo, me parece que sacareis poco en claro de mis noticias; porque precisamente confiaba yo en vos para que desvaneciérais mis dudas. ¿Quereis hablarme del suceso de anoche?

—No: ese acontecimiento es insignificante, y en cierto modo atañe á la vida privada del rey. Tal vez mas adelante conven-drá mencionarlo, mas por ahora creo prudente relegarlo al olvido. Seguidme, pues, si no lo llevais á mal, y hablaremos despacio.

Alonso de Palencia condujo al astrólogo á una habitacion del alcázar, donde tenia su estudio. Hízole tomar asiento cerca de sí, y le dijo:

—Ya os he manifestado mi opinion, respecto al acontecimiento de anoche: lo considero de ningun valor político. Sin embargo, los que profesan vuestra ciencia, no desdeñan nada de cuanto se refiere al dominio de los hechos: vosotros creéis que todo, hasta lo mas trivial, tiene trabazon y enlace en este mundo, y en esto fundais vuestra teoría de la adivinacion. Lo que yo deseo saber, pertenece mas bien al porvenir que al pasado, y por eso recurro á vos, ya que una feliz casualidad ha hecho que nos encontremos.

Abacuc no podia palidecer, pero un ligero tinte lívido matizó sus mejillas: temió que se le hubiese tendido un lazo, y preparándose á eludir toda pregunta que pudiese comprometerle, contestó:

—Sabeis que estoy siempre dispuesto á serviros con mi escasa ciencia. Mas para formar un cálculo sobre un hecho, es necesario antes conocer este á fondo.

—No, en el caso presente no será necesario: escuchad el problema que deseo ver resuelto:—Un criado de un grande de Castilla, ha intentado matar al rey: ese criado es inocente, porque ignoraba contra quien armaba su mano, y solo creia defender á

su amada de los insultos de un particular. ¿Qué influencia puede ejercer el grande de Castilla en el porvenir del rey? Ó en otros términos: ¿Será de bueno ó mal agüero ese acontecimiento en las futuras relaciones del rey con el grande?

Abacuc conoció la suspicacia de Alonso de Palencia al hacerle esta pregunta, y repuso:

—Difícil es resolver ese problema, señor cronista, si bien la circunstancia de intervenir cuatro personas en el hecho prèvio, induce á presagiar funestas consecuencias. Pero, como conoceris muy bien, sin consultar los astros, no es posible determinar el curso fatal de los acontecimientos.

—Sin embargo, vuestro oficio es el de consultar continuamente las estrellas, y no podeis ignorar su aspecto actual.

—Es cierto; pero no es dado á nadie hacer aplicaciones generales, cuando el problema se concreta á personas determinadas.

—Permitidme una observacion, replicó el cronista, con ánimo de estrechar al astrólogo en sus trincheras. Yo me contentaria con que resolvieseis mis dudas bajo el aspecto general, porque no se os oculta que se puede prescindir de las personas, cuando se trata de un asunto que tiene relacion con la suerte del reino. En este concepto bien pudierais decirme si vuestra ciencia presagia fortuna ó adversidad al rey en sus relaciones con el jefe de la liga.

—Mi dictámen seria que el rey se abstuviese por algun tiempo del trato íntimo con su leal amigo, hasta tanto que varie la combinacion actual de las constelaciones.

—Segun eso, os parece que el maestro de Santiago ha ejercido alguna influencia en el acontecimiento de anoche? ¿No es verdad?

—Si hablais de influencia voluntaria, no lo sé; pero si os referis á la que origina el contacto de dos seres dependientes de constelaciones adversas, bien puede ser.

—Hace ya mucho rato que os estais burlando de mí, señor astrólogo, y os advierto que no me dejo burlar, ni creo en ninguna de las patrañas de vuestra supuesta ciencia: guardad eso

para los príncipes y grandes, que son gente de anchas tragaderas, y habladme como á hombre científico, que tambien soy. Vuestro amo D. Juan Pacheco, está vendido á los intereses del rey Enrique.

—Mi amo, como vos decís, no tiene confianza en nadie, y mucho menos en mí, para revelar secretos de esa naturaleza, señor cronista. Por lo demás, así como vos negais mi ciencia, puedo yo dejar de creer en la que os inspira esa sospecha.

—¿Luego no creéis que sea verdad lo que he dicho?

—No lo creo.

—Sin embargo, yo os prometo que el rey seguirá vuestro consejo: se abstendrá por algun tiempo de tratar con su buen amigo.

—Eso será obrar con prudencia. Mas decidme: si á pesar de tanta cautela sucediese al rey alguna desgracia casual, ¿qué escribiriais en vuestras Décadas?

—Escribiré que D. Juan Pacheco ha sido el autor de la tal desgracia, como lo es de otras muchas; y acaso, si las circunstancias lo permiten, pondré una nota haciendo mencion honorífica de vos.

—¡Oh! no querrá el Dios de Israel que mi nombre sea inmortalizado por vuestra pluma.

—Eso dependerá de vuestras acciones. Como sabeis, yo soy el juez imparcial de la edad presente, y doy á cada cual su merecido, para que le sirva de galardón ó castigo en los tiempos venideros.

—Haceis muy bien, si juzgais imparcialmente las acciones. Mas me parece que en esta ocasion no teneis motivo.....

—Esta mañana muy temprano habeis visitado al maestro, y despues de lo que pasó anoche es sospechosa esa visita.

—No tiene nada de particular. Don Juan está enfermo, y yo soy su médico.

—¡Ah! Siendo así, no haré mencion de vos en mis Décadas, pues yo no me ocupo de la vida privada.

Esta conversacion produjo un efecto contrario al que se habia propuesto el buen Alonso de Palencia. Las sospechas que

éste abrigaba de que se intentaba asesinar al príncipe, le habían aconsejado la idea de intimidar á D. Juan Pacheco por medio de su confidente Abacuc; pero el astrólogo, lejos de comunicar al maestro los recelos que contra él se tenían, lo cual seguramente le habria hecho retroceder en sus proyectos, aprovechó esta revelacion para obrar por sí mismo resueltamente y con mejor reserva. Su ida al alcázar tenia por objeto buscar á un judío converso, que servia en la cocina del príncipe, á fin de sobornarle, para que le ayudase á llevar á cabo su criminal intento: pero enterado de las sospechas del cronista, renunció á este medio, que podia comprometerle, y salió del palacio, caviloso, aunque decidido á realizar el atentado que meditaba.

Mientras esto sucedia, la infanta doña Isabel conspiraba tambien por su parte, pero en sentido muy diverso. Desde muy temprano habia hecho que el príncipe pasase á su estancia, donde sostenia con él una disputa que, desgraciadamente no debia ser coronada por el buen éxito como la de la noche anterior.

—Alfonso, decia doña Isabel, terminando ya su conversacion. ¿Estás resuelto á partir contra tu hermano?

—Estoy resuelto á castigar la rebeldía de Toledo, hermana; esa ciudad me habia jurado fidelidad, y si yo dejase sin castigo su falta de fé, mañana me veria solo, abandonado de todos mis amigos y sin esperanzas ningunas de mandar en el reino de nuestros padres. Mi resolucion está de acuerdo esta vez con la voluntad de mis nobles: yo he sido proclamado rey de Castilla, y debo hacerme acatar al menos de los que me han prestado homenaje.

—Tienes razon. ¿Pero qué necesidad habia de nada de esto?

—¿Y es mia la culpa de lo que sucede? Lo hecho, hecho está, y es forzoso seguir sus consecuencias, si no queremos que ellas nos arrastren en su curso natural.

—Has dicho bien, Alfonso; y por Dios te ruego que no olvides esa terrible verdad. Antes de hacer una cosa, medítala bien, porque no es ella en sí lo que se debe temer, sino sus consecuencias fatales. Ahora mismo, la fuerza incontrastable de los

hechos te impone el deber de reprimir la rebeldía de Toledo; pero esa misma fuerza te conduce á luchar frente á frente con tu hermano y mio. Solo Dios sabe cuál será el éxito de esta guerra fratricida, que de ningun modo puede acabar en bien.— Si una fatalidad provocada por los enemigos de nuestro reposo te arrojase á morir á las manos de Enrique ó á ser su matador, ¿cuál de los dos no mereceria mis lágrimas? ¿Cuál de los dos podria vivir sin llevar consigo la maldicion del Altísimo y el tormento de la conciencia? ¿Qué triunfo alcanzaria el que se levantase sobre el cadáver de su hermano, abrumado como Cain bajo el peso de la reprobacion eterna? Piénsalo bien, Alfonso: no vas á castigar á Toledo, sino á pelear contra tu hermano.

—¿Y cómo quieres que me oponga á las decisiones de mis grandes? ¿No conoces que desertarian de mis banderas, y el trono de nuestros mayores sería ocupado por la Beltraneja? Lejos de aconsejarme que retroceda, deberias unirme francamente á mi causa, pues no ignoras el derecho que me asiste.

—No, Alfonso; mientras viva nuestro hermano, nadie tiene derecho á llamarse rey. Cuando él muera, entonces podrás llamar justa tu causa.

Este modo rígido de entender la justicia no agradó á D. Alfonso, cuyo principal ó único defecto era una ambicion prematuramente desarrollada por las instigaciones de sus inmediatos consejeros.

—Así será, Isabel, dijo: pero ya no es posible retroceder. Lo mismo hizo Enrique con nuestro padre, y no por eso ha dejado de reinar.

—Es verdad: Tambien él fué rebelde, tambien hizo verter sangre, peleando por ceñirse la corona antes de tiempo, pero en Olmedo se encontraron sus huestes y las de su padre; en Olmedo ha sido derrotado despues por las armas de su hermano, y héle ahí como anda perseguido por la maldicion de Dios. ¿No te aterra su ejemplo? ¿No temes el castigo de esa mano invisible que no amaga euando ha herido? ¡Ay, Alfonso, Dios tenga misericordia de tí!

Oyóse fuera de la estancia el ruido de las armaduras de varios caballeros que venian en busca del príncipe.

—¡Adios, Isabel! ¡Adios! dijo D. Alfonso. Ya vienen á buscarme. No es posible retroceder sin mengua.

—¡Adios, hermano mio! contestó la infanta. Sigue el rumbo que te marca tu estraña suerte; pero no olvides que Dios te mira.



CAPITULO XV.

De una trucha que dieron á comer al príncipe D. Alfonso.

QUINCE dias eran pasados desde que el príncipe don Alfonso tuvo con su hermana la conversacion que acabamos de referir, y hacía doce que se partiera para Toledo, llevando en su compañía un mediano ejército, que debía ser reforzado en Arévalo, y durante su marcha hasta la ciudad de Ávila.

En estos dias la infanta doña Isabel no habia cesado de elevar al cielo sus fervientes plegarias, rogando á Dios que sus dos hermanos no llegasen á encontrarse.

Don Juan Pacheco habia permanecido en Segovia, con pretexto de su enfermedad; pero pronto se restableció, y aunque no accedió á reunirse con el príncipe, procuraba compensar esta falta, obteniendo continuas noticias de su salud. Para estar mejor informado, hizo salir en seguimiento del ejército á su médico favorito, el astrólogo Abacuc, de cuya asistencia se privó, para tener en él un corresponsal activo y celoso. Casi todos los dias llegaba un correo á Segovia, trayendo nuevas del ejército y en particular de su jóven jefe, lo cual era

un esceso extraordinario de actividad para aquellos tiempos, y demostraba el grande interés que se tomaba el maestre por las empresas de D. Alfonso y de los confederados.

Segun estas noticias, todo marchaba perfectamente. La entrega de Toledo habia sublevado los ánimos de los parciales del príncipe, que acudian de todas partes con armas, pertrechos y dinero en ayuda de su soberano. Ávila le esperaba puesta en masa sobre las armas, y hasta se sabia que en la misma ciudad imperial habia multitud de gente adicta á su causa, que solo esperaba su aparicion en las orillas del Tajo, para amotinarse contra el rey Enrique y espulsarle, abriendo las puertas á su rival.—Jamás habia sido tanta la agitacion y efervescencia de los rebeldes: acusábase públicamente á D. Enrique de haber quebrantado su palabra y de atraer sobre el país las calamidades de la guerra civil con su inconsiderada conducta: se le calificaba con los epitetos mas denigrantes, y se decia que era necesario apoderarse de su persona, destronarle y convocar inmediatamente las cortes del reino para que aprobasen la aclamacion de Ávila, y reconociesen á D. Alfonso como único rey.

La llegada de cada correo á Segovia era un motivo de alboroto y de fiestas: D. Juan Pacheco hacía cundir las noticias por medio de sus amigos, y las campanas se convertian en intérpretes del general entusiasmo; atronando los oidos con frecuentes repiques.

En medio de esta agitacion, doña Isabel, á quien no podia contagiar el feroz regocijo de los rebeldes, no habia dejado de pensar en sus amigos. Isidora y Juan Lainez se honraban con este título, que la benevolencia de la infanta otorgaba á todos los desgraciados.

La jóven huérfana sabia ya la desastrosa muerte de su madre, por su hermano Rodrigo, que, sacado del monasterio de Jerónimos por unos dias, habitaba con ella en el alcázar, y el cual le habia contado como él encontró la infanta en el camino de Madrid, y como le socorrió en el apurado trance en que se hallaba.

Para poner el colmo á los caritativos beneficios que doña Isa-

bel habia derramado sobre estos infelices huérfanos, acababa de unir á Isidora y Juan por manos de su capellan Alonso de Coca, y haciendo que los apadrinasen sus leales amigos Andrés de Cabrera y Beatriz de Bobadilla, los cuales añadieron de su bolsillo un decente donativo al dote de tres mil ducados con que contribuyó generosamente D. Juan Pacheco, cumpliendo su palabra empeñada.

La gratitud de estos jóvenes debia ser inmensa, pues tanto mayor era su fortuna presente, cuanto grandes habian sido sus anteriores desdichas, de las cuales veian desvanecidas unas y compensadas otras por el influjo benéfico de un ángel en forma de mujer. Ellos habian perdido su reposo, y lo encontraban restablecido en un momento; habian quedado pobres sin hogar ni asilo, sin mas bienes ni recursos para vivir que el trabajo de sus manos, y de pronto se les restituia un caudal bastante para volver á sus hábitos laboriosos y de gente acomodada; carecian de familia, pero iban á crearla, y si lloraban á sus padres, muertos en la flor de sus años, miraban en doña Isabel á una madre tierna, madre del corazon, á quien podian amar con el mismo respeto que inspiran los autores de la vida, administradores de la Providencia en la tierra: por ella esperaban ser felices despues de haber corrido espantosas borrascas, y teniendo todavia el corazon henchido de lágrimas, soñaban en un porvenir próspero y venturoso, como el labrador que divisa los colores mágicos del iris en el Oriente, cuando aun el trueno ruje y la tempestad que amenaza robarle sus esperanzas.

Doña Isabel daba treguas por un momento á sus penas é inquietudes, para entregarse á la dulce expansion del alma, que goza en el espectáculo sublime de los efectos de la caridad. Todo lo habia olvidado, porque las virtudes nos asoman á las puertas del cielo, y en el cielo no se conservan recuerdos de dolor. Sola en su cámara con su inseparable amiga Beatriz, dilatava su corazon, saboreando el placer de haber hecho bien, con una alegria de niña.

—Ya estais aquí, señora madrina, decia: os he visto cumplir vuestros deberes al pié del altar con la formalidad de una ver-

dadera dama, y luego alejaros con los novios, á quienes supongo habreis dado un banquete de bodas.

— ¡Pobrecillos! exclamó doña Beatriz: ¡qué felices serian si no les faltasen sus padres!

— Vamós que no se pueden quejar de la providencia de Dios. Pero, dime, Beatriz, ¿están muy contentos...? Yo lo estoy tambien. A tí puedo decírtelo, mi querida amiga: he pasado toda la mañana en la mayor impaciencia, y al mismo tiempo llena de un celestial regocijo. No sé como he podido resistir al deseo de ir á verlos, deseo que en algunos momentos se ha hecho casi superior á mi voluntad y á las consideraciones que debo á mi clase. Yo he reido como una loca, he llorado acordándome de esos infelices, y pareciéndome que los ángeles del cielo, portadores de sus bendiciones, venian unos en pos de otros á darme sus parabienes, en el momento de remontarse hasta el trono del Altísimo. ¿Comprendes tú, Beatriz, estos dulces deliquios del alma?

— Sería menester ser vos misma para comprenderlos, señora. ¡Oh! ¡bendígaos Dios, que os ha dado tan buen corazon!

— No hablemos de mí, Beatriz. Tú que sabes cuanto han padecido esos tristes huérfanos por la injusticia de los hombres, ¿crees que haya hecho yo por ellos mas de lo que debo? Ya ves, en mi pobreza ni siquiera he podido asegurar su fortuna; esta suerte estaba reservada á tí y á D. Juan Pacheco.

— Sin embargo, señora: ellos en su agradecimiento, son mas justos que vos con vos misma. No hace mucho me decian con los ojos llenos de lágrimas, que su felicidad sería completa, si se les permitiese besar la mano á su bienhechora.

— Pues bien, oye, Beatriz: puesto que estamos solas, que vengan: esto no degrada mi dignidad.— Sí, sí, condúcelos aquí. Tal vez no los volveré á ver, y quiero recrearme en los destellos de felicidad que brotan de dos tiernos corazones, como el aroma que se exhala de las flores. Corre, no te detengas: quiero despedirme de ellos para que tengan un recuerdo de mí.

Doña Beatriz salió, y volvió á poco seguida de Isidora y Juan Lainez, que temblando de respeto y ternura, no se atrevian á pasar la puerta. Detrás de ellos venia el pequeño Rodrigo, mas

tímido y á la vez mas ansioso de ver á la infanta, que sus hermanos.

La jóven desposada vestia luto, pero en su rostro fresco y hermoso asomaba el tinte indefinible de la felicidad naciente: la modestia realzaba sus gracias virginales, y el anhelo de la gratitud, en lucha con el temor y la veneracion, coloreaba sus mejillas, y hacia bajar humildemente sus párpados.

Juan Lainez, aunque mas resuelto y animoso, participaba de las emociones de su amada. Sin embargo, ambos sintieron entrar en sus corazones el suave calor de la confianza, cuando oyeron la dulce voz de la infanta, que con tono amistoso les decia:

—Venid, acercaos. ¿Estais contentos con vuestra suerte?

Juan Lainez se adelantó, llevando de la mano á su esposa, y arrodillándose contestó:

—Señora, nunca seremos bastante felices, porque jamás creemos haber pagado como debemos, los inmensos beneficios que ha derramado sobre nosotros la mano próspera de V. A. Nunca estaremos satisfechos, porque es imposible corresponder dignamente á tantas bondades. Pero si os dignais aceptar el sacrificio de nuestros corazones sencillos, esto satisfará en parte nuestros deseos.

—Sí, yo los acepto, repuso la infanta, pero con la condicion de que han de ser siempre virtuosos y buenos.—Y tendiéndoles la mano, añadió:

—Alzaos.

Los dos jóvenes se apresuraron uno en pos del otro á tomar aquella mano que cubrieron de besos y lágrimas, y que doña Isabel, enternecida, no pensaba en retirar.

—¡Ah, señora! exclamó la jóven con voz entrecortada por los sollozos: nosotros nos complacemos á nuestras solas en llamarnos con el dulce nombre de madre. Concedednos la gracia de que jamás nos apartemos de vuestro lado.

—Isidora, dijo la infanta revistiéndose de una dulce dignidad: si es cierto que me amais como á madre, hareis seguramente lo que yo os mande.

—Aunque sea necesario morir por vos.....

—No, escuchadme: ningún servicio me podeis prestar mas grato á mi corazon, que el de ser honrados y útiles á vuestra patria. Seria para mí un gran placer,—creedlo,—el de teneros á mi lado; pero esto no redundaria mas que en provecho mio.—Debeis seguir el ejemplo de vuestros padres: puesto que la munificencia del señor maestro de Santiago os ha proporcionado los medios de vivir con una honrosa independencia, volved al lugar de vuestro nacimiento, recobrad la fábrica de Mendo Alerce vuestro padre, y restableced su industria. De este modo, si algo valen mis beneficios, fructificarán como buena semilla y alcanzarán á muchos, sin disminuirse para vosotros.

—Haremos lo que sea de vuestro agrado, señora, replicó Juan Lainez. Pero ¿no nos será dado mostraros de algun modo directo nuestro amor?

La infanta meditó un momento y luego dijo:

—Sí, podeis prestarme otro servicio. La casa de Mendo Alerce debe de tener para vosotros muy tristes recuerdos: id á estableceros en Madrigal. Allí está mi madre: ofrecedla en mi nombre vuestros homenajes de gratitud, y estad dispuestos á servirla con el amor que yo lo haria.

—¡Gracias, señora! ¡gracias! Ese encargo es una nueva merced: lo cumpliremos.

—Ahora, repuso la infanta, id á mostrar vuestro agradecimiento al señor maestro de Santiago, y no olvidéis nunca lo mucho que os ha favorecido.

Durante esta escena Rodrigo se habia ido acercando paso entre paso, hasta colocarse detrás de su hermana.

—¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido? le dijo ella en voz muy baja.

—Déjale, Isidora, no le riñas, interpuso doña Isabel, para quien nada pasaba desapercibido. Yo quiero mucho á Rodrigo, porque es un buen niño y no abandonó á su madre.

Rodrigo se adelantó sin apartarse del abrigo de su hermana, y escuchó atentamente á la infanta mirándola con sus hermosos ojos negros desmesuradamente abiertos.

Los de Isidora se llenaron de lágrimas al recuerdo de su infeliz madre.

—Llévale contigo Isidora, prosiguió doña Isabel, y cúidale como á un hijo: él será tu apoyo cuando sea hombre.

Aquí llegaba este tierno diálogo, cuando se oyó una fuerte gritería en la ciudad, y el tañido de unas trompetas que á lo lejos daban al viento lúgubres sonidos. Las voces del pueblo se acercaban rápidamente hácia el alcázar. Doña Isabel se levantó y marchó apresurada á una ventana, murmurando con sobresalto:

—¿Qué novedad es esta?

Juan Lainez, Isidora y Rodrigo se retiraron como por instinto hácia la puerta de la estancia. En el rostro y la actitud de su augusta protectora acababan de ver una transición extraordinaria que les imponía un respeto invencible: no era ya la mujer de tiernos sentimientos entregada á las delicias de la caridad particular, sino la infanta de sangre real, que entraba en los dominios de su elevada clase.

No tardaron mucho en oirse los gritos del pueblo al pié del alcázar; mezclados con mil murmullos que anunciaban algun desastre. Entre estos gritos solo se podia distinguir una frecuente aclamacion que decia:

—¡Viva la reina!..... ¡Viva doña Isabel, reina de Castilla!

—¡Qué dice esa turba loca! exclamó la infanta, volviéndose hácia doña Beatriz, que estaba á su lado.—Corre, amiga mia, y llama á Chacon y á Cabrera.

Doña Beatriz se apresuró á obedecer á su señora, pero en el momento de pisar el umbral de la puerta, retrocedió diciendo:

—¡Aquí están!

Con efecto, alarmados con el alboroto los caballeros que componian la servidumbre de la infanta, venian á recibir sus órdenes ó ayudarla en lo que necesario fuese.

—¡Pronto, Chacon, amigo mio! exclamó doña Isabel, estendiendo el brazo en ademan imperioso. Bajad á ver lo que intenta esa gente mal aconsejada, y mandadle en mi nombre retirarse y callar. Id vosotros con él, Cabrera, Cárdenas y llevad los hombres de armas que haya en el alcázar. Si acaso vieseis que se resisten á obedecer, antes que os falten al respeto, avisadme. Yo sabré imponerles silencio.

—Señora, dijo D. Gonzalo Chacon, disimulando mal su alegría. Si no me engaño, los leales segovianos levantan pendones por vos, y os proclaman reina de Castilla.

—Haced lo que os he mandado, si sois caballero y leal, repuso la infanta; os lo ruega una dama.

Don Gonzalo Chacon bajó la cabeza y salió seguido de los demás caballeros.

En este momento se oyeron mas cerca los lúgubres tañidos de las trompetas, y el trote de muchos caballos que entraban en la plaza del alcázar. Al mismo tiempo, las puertas de este se abrian, dando paso á una hueste enlutada, delante de la cual iban en sus trajes habituales, el obispo D. Juan Arias y el maestro de Santiago. La gritería cesó durante un largo rato, para dar lugar á mil acaloradas conversaciones sobre un mismo objeto en que se ocupaba la multitud, entre la cual andaba Piel-del-Diablo, corriendo de grupo en grupo con extraordinaria actividad.

Entre tanto doña Isabel fijó los ojos en el claro de la ventana, prestaba atento oído al menor murmullo, y revelaba en su actitud la mas indomable impaciencia; pero nada escuchaba que pudiera despejar la situacion en que se hallaba.

Guiado por el interés que le inspiraba la infanta, uno de nuestros personajes, Juan Lainez, habia hecho salir á Isidora y Rodrigo de la estancia régia, y siguiendo los pasos de D. Gonzalo Chacon, acababa de ver entrar en el alcázar la hueste enlutada, entre cuyos soldados pudo reconocer algunos de los vasallos del marqués de Villena. Esta fuerza venia sudosa y cubierta de polvo, conociéndose que llegaba en aquel momento de hacer una rápida jornada.

Mientras el obispo, el maestro, su hijo, que capitaneaba la hueste, y otros grandes y caballeros se reunian con los de la servidumbre de doña Isabel y pedian su vénia para presentarse á ésta, Juan Lainez se acercó á uno de sus conocidos y entabló con él una conversacion en voz baja.

—¿Qué significa esto, Ferrandez? le preguntó. ¿Ha sido derrotado el príncipe.

—Algo peor que eso, amigo Lainez, contestó Ferrandez con acento compungido.

—¿Peor decís? No sé qué cosa peor nos pueda suceder.

—¿No veis las bandas de luto que traen todos los caballeros?

—Efectivamente. Pero ¿quién ha muerto?

—¿Quién ha de ser? Nuestro rey D. Alfonso.

—¿En alguna batalla?

—No, peor que eso: ha muerto de repente.

—¿Pero es eso posible? Si hace quince días estaba tan sano y robusto que podía vivir cien años.

—Tres días hace que podía levantar un castillo en peso, cenó en Cardenosa con muy buen apetito, se acostó á dormir, y por la mañana se le halló muerto en la cama.

—¡Envenenado! murmuró Juan Lainez.

—¡Psit!... callad, repuso Ferrandez, llevando aparte á su camarada. Yo eso creo, por mas que digan otra cosa. Quieren suponer que ha fallecido de peste, pero á mí no me engañan. La peste no mata así, de pronto, sin que se sienta antes un mal dolor de cabeza. El príncipe se durmió y no despertó, ni durante la noche turbó siquiera el reposo de sus camareros, que descansaban á pocos pasos de S. A.

—Me llena de consternacion lo que acabais de decir. ¡Lástima de D. Alfonso. Yo le queria, pues no ignoraríais la bondad con que me perdonó la vida.

—Sí, por cierto: y ya que me habeis recordado ese lance, ¿no me direis como fué que os espusisteis á aquel peligro?

—Eso está ya olvidado, amigo Ferrandez; y no sé como me preguntais lo que sabe todo el mundo.

—Sin embargo, yo solo he oido decir que padecisteis una equivocacion.

—Sí: nuestro señor el maestre me habia mandado guardar su parque. El rey se habia extraviado, y creyendo yo que fuese algun mesodeador de caza, le acometí. No tuvo á bien S. A. decirme su nombre y ahí teneis la causa de mi equivocacion. Pero dejemos esto; ¿cómo ha pasado esa terrible desgracia de Cardenosa?

—Escuchad: es toda una historia. Subíamos por la villa del Adaja, muy ufanos, y el rey delante de nosotros contentísimo, pues llevaba un brillante ejército, que á cada paso engordaba con nuevos pendones y mesnadas.

—Bien, bien, al caso.

—Pues precisamente este es el caso. Íbamos á entrar en Cardenosa ya casi anohecido, cuando el rey se detuvo al ver en la orilla del rio á un pescador que tenia una cesta media de truchas. Como sabeis, S. A. era un poco gloton. (¡Dios le tenga en su gloria!)—Juan Lainez se quitó la gorra, y el soldado hizo la señal de la cruz y se santiguó.

—Pues como digo, S. A. reparó en una de las truchas,—un pez magnífico, eso sí; la trucha mas magnífica que espero ver en mi vida,—y aficionóse á ella. El pescador, ó el diablo en su figura, que tal debia de ser, al momento se la ofreció con todas las demás, y S. A. dijo muy contento volviéndose á su senescal:—¡Qué me place! Dad un ducado á ese buen hombre, y guardadme esa trucha, que quiero comerla esta noche.

—¿Pero qué tiene que ver eso con lo que os pregunto?

—Mucho. Como que S. A. no cenó otra cosa mas que aquella maldita trucha, y yo no sé lo que tendria, pero le ha costado la vida.

—¿Y no se sabe quién era el pescador?

—Ni se sabe quien es, ni se ha podido dar con él: ha desaparecido como una gota de agua en un rio. El capellan Alonso de Palencia, que ha ido acompañando á Arévalo el cadáver de S. A., no ha omitido diligencia ninguna para descubrir al malvado, pero inútilmente.

—Segun eso el señor Alonso de Palencia cree que han envenenado á S. A.

—Lo cree y lo dice en alta voz, añadiendo que no descansará hasta denunciar al culpable.

Durante esta conversacion, que era repetida y comentada de mil maneras por el pueblo de Segovia, D. Juan Pacheco, el obispo y los demás personajes de que antes hemos hecho mencion, habian obtenido permiso para ver á la infanta, la cual les

aguardaba sentada en el mismo sitio en que poco antes recibiera á sus jóvenes protegidos.

El maestre se adelantó hasta ella, mientras los demás se colocaban á una respetuosa distancia, y la dijo:

—Señora; los que aquí venimos leales servidores de nuestros reyes, traemos en este momento la triste mision de participaros una infausta nueva; pero fieles siempre, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, tenemos al menos el consuelo de compartir con vos vuestro dolor.

—¡Oh! ¡Hablad! ¡hablad pronto! exclamó doña Isabel: ¿qué me anunciáis? ¿qué ha sido de mi hermano?

—Señora, resignaos, repuso hipócritamente el maestre. Dios en sus altos juicios dispone de la vida como de todas las cosas. Una dolencia repentina nos ha arrebatado aquel en quien todos teníamos puestas nuestras esperanzas.

En esta ocasion mostró doña Isabel por primera vez aquella resignacion heróica, superior á las fuerzas humanas con que supo siempre soportar los mayores infortunios. Alzó los ojos al cielo, exhaló un profundo suspiro, mas sin verter una sola lágrima, inclinó la cabeza y concentró su espíritu, cual si la fuerza del sentimiento lo hubiese transportado á la eternidad.

Don Juan Pacheco, interpretando mal este silencio, que en su juicio egoista y frio era la espresion de un contento interior, prosiguió despues de una breve pausa:

—Pero, señora: si el Todopoderoso ha tenido á bien llevar á su seno al ilustre príncipe á quien tanto amábamos, no por esto quedará Castilla huérfana de un brazo digno de regir sus destinos. Oid esos clamores que se alzan al pié de los muros de este alcázar: el noble pueblo castellano aclama por su propio instinto á la escelsa hija de D. Juan II, y pronto esa voz será la de todo el reino.

—¡Viva la reina! ¡Viva doña Isabel! gritaba el gentío, como si quisiese ayudar al maestre.

La infanta se levantó de su asiento, y con voz llena de melancólica dignidad, que impuso respeto hasta al mismo D. Juan Pacheco, respondió:

—Nobles y leales señores: aprecio vuestras generosas intenciones, y no dudo que serán las mas rectas y buenas;—pero permitidme os diga que un exceso de celo ha estraviado vuestro claro entendimiento. La ocasion presente no es la mas oportuna para halagar á mi corazon con el estraño mensaje que acabo de oir.

—Señora, repuso el maestre de Santiago: los nobles de Castilla se hacen cargo de vuestra dolorosa situacion: pero no pueden prescindir de los deberes que les impone la suerte del reino, de quien son tutores, y no dudan que la heredera del trono de Recaredo comprenderá estos rígidos sentimientos.

—La hija de D. Juan II, replicó la infanta con mayor entereza, conoce sus deberes, y os jura que no faltará en lo mas mínimo á ellos. Espera, sin embargo de vuestra hidalguía y lealtad nunca desmentidas, las consideraciones que se deben á su clase y sexo, no menos que un justo respeto á su voluntad.

—¡No es nuestro ánimo violentarla! balbuceó el maestre.

—¡No, no! repitieron todos los grandes.

—Así lo creo, dijo la infanta. Dejadme, pues, el tiempo necesario para pagar á mi desgraciado hermano el tributo de amor que le debe mi corazon, y cuidad de que nadie turbe mi recogimiento y reposo, alejando esas turbas que insultan mi dolor con sus clamores.

El obispo se acercó á D. Juan Pacheco y le dijo algunas palabras en voz baja.

—Señora, repuso el maestre: se hará lo que mandais. Además, si en ello teneis placer, quedaremos en vuestro lado los que os digneis nombrar de nosotros.

—No, gracias, Pacheco. No necesito que nadie se moleste por mí. Me basta estar sola.

El maestre saludó á la infanta: todos los demás nobles le imitaron, y salieron de la estancia.

Doña Isabel quedó sola con sus amigas doña Beatriz y la Latina, que habia acudido á su lado y con los caballeros de su séquito. Cuando dejó de oir los pasos de los nobles rebeldes, se volvió á D. Gonzalo Chacon y le dijo:

—Mandad que dispongan inmediatamente mis caballos y equipajes, y preparaos todos para partir esta misma noche.

—Pero, señora, balbuceó D. Gonzalo: no correis ningún peligro...

—Ya dos veces os habeis opuesto á mi voluntad esta noche, D. Gonzalo. Si no quereis acompañarme, decidlo. Yo no exijo la sumision de nadie: la necesito cordial y voluntaria.

—¡Oh! ¡Señora! Yo no me resisto á vuestras órdenes. Mi hacienda y mi vida son vuestras de todo corazon.

—Lo sabia, D. Gonzalo. Por consiguiente no me repliqueis.

Era cerca de media noche, y Segovia estaba tranquila y entregada al sueño.

La infanta doña Isabel salia de la ciudad camino de Ávila, en compañía de todos sus amigos y guardada por una pequeña escolta. Quince pasos delante iba Juan Lainez montado en un caballo con un arcabuz al hombro y la mecha encendida en una mano. Isidora, Rodrigo y Azhuma eran de la comitiva.

Entre tanto D. Juan Pacheco estaba en su gabinete reservado hablando misteriosamente con un judío. Terminaban su conversacion y decian:

—La Hermandad sabe hacer las cosas bien, y con poco ruido.

—Todo sirve en este mundo, amigo Abacuc. Vos ó Abiabar os habeis servido de una trucha, que es animal silencioso, y yo me sirvo del pueblo que grita y alborota: cada cosa en su tiempo. Mas decidme ¿no podrá ser descubierto el pescador?

—Descuidad: es un hermano de la *Perpetua Noche*, y ya sabeis como reciben y ejecutan nuestros cofrades las órdenes que les da su jefe. Hasta yo mismo ignoro el nombre del ejecutor.

—Mas vale así. Ahora solo falta coronar á la infanta, y no temo que sea difícil hacerlo mañana.

Los dos amigos interumpieron su plática para escuchar el ruido de una cabalgata que pasaba por el campo inmediato.

Era el que producian los caballos de doña Isabel y de su escolta.

CAPITULO XVI.

MUERTO D. Alfonso, los confederados no podían llevar adelante su rebelión. Necesitaban una cabeza, ó por mejor decir, una sombra de magestad, que les sirviese de pretesto para cohonestar sus acciones. Por esto, apenas ocurrió aquella inesperada desgracia, todas las miradas se fijaron en doña Isabel, y al momento se acudió á los recursos del maestre de Santiago para obtener un resultado que, como sabemos, tenía él previsto y preparado.

Pero ya hemos visto como la infanta rechazó desde luego el honor con que se le brindaba, y como sin la menor demora se ausentó del teatro de las revueltas, para evitar hasta las sospechas, de que autorizaba con su presencia los desórdenes que reprobaba, y que sin duda alguna debían estallar en su nombre.

Cuando D. Juan Pacheco se vió burlado de esta manera, cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que miró al cielo, meneó la cabeza con suma gracia, hizo un ademán significativo poniéndose el pulgar debajo de la barba, y esforzó su habitual sonrisa, mostrándose el hombre mas satisfecho del mundo.

No sucedió lo mismo á los demás grandes, prelados y caballeros, que de todas partes iban acudiendo á Segovia, confiados en hallar á doña Isabel en el alcázar, dispuesta á ser proclamada solemnemente reina de Castilla. Unos espresaban su sorpresa con violentas imprecaciones y arrebatos de ira: otros quedaban confundidos y aterrados; pero todos convenian en que era indispensable buscar á la ilustre fugitiva, y emplear con ella cuantos ardidés fuesen imaginables y todo género de influencias, para inclinar su ánimo á la aceptación de la corona.

El gran maestre de Santiago, entre tanto, parecia gozar en la consternacion de sus compañeros, como si quisiese compensar de algun modo el descalabro que acababa de sufrir en sus planes: y olvidado al parecer de sus intrigas, se entretenia tranquilamente en recibir y obsequiar á todos los grandes rebeldes.

Á la verdad no tenia él tan poderosos motivos como los demás para inquietarse, pues no dudaba que alcanzaria la realizacion de sus fines, contando para ello con el mismo desasosiego de los otros.

Reunidos se hallaban en la gran cámara de su palacio seis de los mas influyentes y poderosos magnates de la época, de aquellos que tres años antes habian acometido y ejecutado la temeraria empresa de deponer en estátua al rey D. Enrique levantando sobre sus hombros al infortunado príncipe Alfonso y aclamándole soberano de Castilla. Eran estos los condes de Palencia y de Paredes, D. Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, los maestros de Calatrava y Alcántara y el arzobispo de Toledo D. Alonso carrillo. Éste último, á pesar de que su carácter imperioso y esclusivo le tenia un tanto discordes con los confederados, llevándole á obrar separadamente y por su cuenta, en estos momentos de comun peligro habia creído conveniente acudir al lugar, á donde sin ser citados, concurrían todos, guiados por el instinto de conservacion.

—Yo, amigos míos, decia D. Juan Pacheco, no puedo lanzarme abiertamente á la lucha que necesitamos acometer, ni espero gran cosa de mi influencia en el ánimo de la infanta; porque ya he visto un desengaño por mis ojos, y temo mucho á la

maledicencia. No falta quien me atribuya miras ambiciosas, y os aseguro que nada me afecta tanto como ser objeto de murmuraciones injustas. A vosotros puedo decíroslo con franqueza; mi mas ardiente deseo es el de vivir y morir tranquilo, y nada me apartaria de este firme propósito, á no ser que la patria exigiese de mí el sacrificio de mi persona en la guerra contra infieles, á que todos estamos obligados como caballeros. Sin embargo, conozco que esa misma patria me impone otros deberes no menos sagrados en esta ocasion, y ya que un sentimiento de delicadeza me impide obrar, estoy dispuesto á daros los consejos que me sugiere mi decidido amor á la causa que defendemos, confiando en que vosotros hareis justicia á mi prudente proceder, y reconocereis la necesidad que tengo de no aparecer á la faz del mundo como autor de unas negociaciones que os valdrán gloria y prez. Si mis indicaciones valen algo, aprovechadlas: yo nada quiero para mí, ni aun el mérito del pensamiento.

—Conocemos vuestro ilimitado desinterés, señor maestro, y acataremos los motivos de prudencia y delicadeza que teneis para ser tan modesto, dijo el conde de Palencia. Decidnos pues lo que os parece conveniente hacer, que nosotros nos encargamos de obrar, siguiendo los consejos de vuestra sabiduría, y los de vuestro ilustre tio, que sin duda nos ayudará en este trance.

—Nunca he dejado de estar pronto á sostener á mis amigos con mis consejos, con mis guerreros y mi brazo, contestó el arzobispo, cuya bronca voz y duro aspecto parecian ser en este instante mas ásperos que de ordinario, y formaban un extraño contraste con sus palabras.

—No os altereis, mi señor D. Alonso, repuso el conde de Palencia. Bien sabido es que vuestra decision no tiene límites, y esto es precisamente lo que he querido decir.

El arzobispo pronunció entre dientes un «está bien,» y don Juan Pacheco, sonriéndose como siempre, continuó:

—Mi parecer es que, ante todo, se deje por ahora tranquilo á D. Enrique, mientras se goza en su bella conquista de Toledo, á fin de tenerle adormecido hasta dar el golpe, y trabajar

mucho secretamente para conseguir nuestro objeto. Para mayor seguridad yo me encargaré de hacerle una visita, y procuraré tenerle entretenido, cosa poco difícil, pues con la deplorable muerte de su hermano, tendrá una grande confianza en que todos, unos en pos de otros, nos habremos de rendir á su capricho. Esto es precisamente lo que yo le haré creer.

—Muy bien pensado, dijo D. Pedro de Velasco. Pero lo esencial es que la infanta se adhiera á nuestros planes.

—¡Oh! eso no será difícil, señores, contestó D. Juan Pacheco. Es decir, con tal que mi señor tío nos preste su poderosa cooperacion, lo cual no dudo.

—¡Ah! ¿Depende eso de mí? preguntó el arzobispo.

—Querido tío, me parece que conozco algun tanto el carácter de la infanta, y casi estoy seguro de que nadie conseguirá de ella, lo que no alcance el primer prelado de España.

—¡Es muy cierto! ¡Es muy cierto! exclamaron á una voz los demás grandes.

El arzobispo, que mejor que nadie conocia la doblez de su sobrino, quedó poco satisfecho de su esplicacion, porque, como ya sabemos, mediaban secretas inteligencias entre él y los amigos de doña Isabel, y sospechó que el maestro se hallase enterado de estas relaciones y aludiese á ellas. Miróle por lo tanto con atencion, pero no pudiendo descubrir nada en aquella fisonomía de hielo, contestó:

—Aunque valga poco mi influencia personal con la infanta, y sobre todo con sus amigos, estoy dispuesto á dar cuantos pasos sean necesarios. Pero bueno seria que nos procurásemos el apoyo profano de algunas personas; como por ejemplo el del almirante.

—No está demás, repuso D. Juan Pacheco; y si no he propuesto antes una alianza entre el jefe de la Iglesia española y los grandes, ha sido por temor de que lo atribuyeseis á desconfianza en vuestro poderoso ascendiente, mi querido tío. Pero ya que vos lo aceptais de buen grado, añadiré que seria bueno ganar la confianza, no solo de D. Fadrique Henriquez, sino tambien de aquellas personas que andan cerca de la infanta, las

cuales, halagadas con la prespectiva de un dorado porvenir, no cabe duda que aconsejarán bien á su señora.

—Todo eso está muy bien, señores, dijo el conde de Paredes; pero echamos la cuenta sin la huésped; pues hasta hoy no sabemos el paradero de doña Isabel.

—Descuidad, ilustre amigo, contestó el maestre de Santiago, con una sonrisa mas amable de lo ordinario. La infanta no está en Madrigal con su madre: á Ocaña no ha ido; es imposible que se haya refugiado en la corte de su hermano: si hubiese parado en el castillo de alguno de sus amigos ó de los nuestros lo sabriamos. Por consiguiente se pueden apostar diez contra uno á que se halla en un convento de monjas, y esto puede averiguarlo tambien nuestro venerable prelado, á quien debere-mos un nuevo servicio.

En este momento apareció un persevante á la puerta de la cámara, trayendo un pliego para el maestre.

—Acercaos, le dijo éste, haciéndole una seña con la mano.—Y cuando el oficial estuvo cerca de él, añadió en voz baja, tomando el pliego y mirándolo con particular insistencia:

—¿Quién os ha dado esto?

—Un mensajero que acaba de llegar de Arévalo me lo ha entregado, recomendándome la urgencia, y ha vuelto á partir sin detenerse.

—Bien está: retiraos.

En seguida el maestre pidió su vènia á los demás magnates para abrir el pliego, hizolo así, lo leyó rápidamente, y exclamó:

—Tengo buen olfato, señores: ved aquí lo que me dice no sé quien; un individuo que se firma «Un amigo de los confederados.»

Y sin mostrar á nadie la carta, la volvió á leer en alta voz, pausadamente, para suprimir muchas palabras, y aparentando entender mal los caractéres:

«Una amiga de la infanta, que tambien lo es mia, me acaba de escribir desde el convento de monjas de Santo Tomás de Ávila. Esto debe bastaros para deducir cual es la residencia actual de la ilustre fugitiva; y como sé que os interesa averiguarlo, os lo aviso...»

—Ya sabeis: un amigo de los confederados, concluyó el maestro, doblando con calma el papel y guardándolo en su escarcela.

Un murmullo de satisfaccion acogió esta inesperada noticia, que solo el arzobispo escuchó con un secreto despecho, pues por su parte no ignoraba el asilo que habia escogido la infanta, y solo queria que se debiese á él su descubrimiento. Sin embargo dijo:

—Eso nos evita el tener que darnos de calabazadas: celebros infinito que doña Isabel se encuentre en mis dominios, pues así la convenceremos á menos costa.

—Yo no dudo, repuso D. Juan Pacheco, que la voz autorizada del señor arzobispo alcanzará lo que deseamos; sobre todo ayudándole los primeros grandes del reino y los amigos íntimos de la infanta. Sin embargo, soy de opinion que todos vosotros en union con los demás compañeros, y por la mediacion del prelado de Sevilla, dirijais un mensaje secreto á los grandes andaluces, para que se adhieran á nuestra causa, y en un dia señalado levanten pendones por doña Isabel en todos los pueblos de Andalucía. Yo sé que las casas de Aguilar y las de Guzman y Ponce de Leon, aunque enemigas entre sí, depondrán todos sus ódios y resentimientos para confederarse con nosotros. Esto, como conoceréis, es sumamente importante.

—Sí, sí, teneis razon: será un gran golpe, que conviene asegurar, dijo el maestro de Calatrava; y yo me encargo de hacer que los duques de Arcos y Medinasidonia se avengan entre sí con este motivo, lo cual no podrá menos de serles provechoso. Además que sus pueblos bendecirán el lazo que los una, pues no es calculable lo que sufren diariamente por las sangrientas luchas de sus señores.

El arzobispo contraia sus ásperas y pobladas cejas, oyendo todo esto sin chistar: este prelado, que, á pesar de su dura condicion y genio belicoso é intratable, era por demás aficionado á servir á sus amigos, tenia el defecto de querer ser considerado siempre como el mas necesario de los hombres, y no admitia compañeros, cuanto menos superiores, aunque se tratase de sacrificar su persona y haberes en obsequio del partido que abra-

zaba. De modo que, al ver como su sobrino D. Juan Pacheco hacía prevalecer sus opiniones, y se colocaba en la esfera de director de estas tramas, sentíase humillado y ofendido en su amor propio, móvil de todas sus acciones. El maestro, que necesitaba el apoyo de su tío en esta ocasión, no dejó de observar sus sentimientos, adivinándolos por su actitud y por los antecedentes que mediaban entre ambos, y á fin de apaciguar la irritada envidia del prelado, dijo:

—Celebro infinito que os parezca bien mi opinion, señores; pero debo advertiros que, al emitirla, he contado principalmente con la aprobacion del sabio y venerable príncipe de la Iglesia que nos honra con su presencia; y por esto me he limitado á indicar lo que solo su mucha prudencia y sabiduría puede mejorar y hacer provechoso. No dudo que os anima á todos la misma confianza que á mí sobre este particular, pues ninguno de nosotros desconoce, que así como sin su poderosa mediacion será nulo cuanto intentemos, del mismo modo nos esponemos á errar, si no aprueba nuestro plan en todas sus partes, corrigiendo lo que merezca enmienda.

—Mi ilustre sobrino me hace demasiado favor, repuso el arzobispo: su plan me parece escelente y se debe ejecutar en todas sus partes. Por lo demás, no necesitaba encarecer la importancia de mi mediacion, para que yo me considerase obligado á interponerla, y desde luego me atrevo á ofreceros que será todo lo eficaz que podemos prometérnosla.

—Sí, lo será, replicó D. Juan Pacheco. Yo sé,—es decir,—tengo el convencimiento de que nadie, ni aun las personas consagradas al servicio íntimo de doña Isabel, lograrían en un año de insinuaciones lo que mi eminente tío puede conseguir en una hora.

—Me parece que exajerais, dijo el arzobispo.

—Bien podrá ser; pero el respeto, la veneracion que vuestras canas y vuestro sagrado carácter inspiran á la infanta, no se pueden suplir con ninguna otra influencia. Yo por mi parte confío tanto en vos que os nombro jefe de esta empresa..... Y creo que todos adherirán sus votos al mio, añadió volviéndose á los demás grandes.

—Soy del mismo parecer, dijo D. Pedro de Velasco, el futuro conde de Haro.

—Y yo..... ¡y yo! repitieron sus compañeros.

En esta unanimidad de opiniones entraba por mucho el espíritu de rivalidad, pues aunque todos reconocían el mérito superior de D. Juan Pacheco para la intriga, preferían tener por jefe al arzobispo, que al cabo no pertenecía á la misma clase que ellos, y merecía mayor respeto como príncipe de la Iglesia.

En cuanto al maestre de Santiago, colocándose en un grado inferior, después de haber hecho triunfar sus opiniones, obtenía dobles ventajas: ganaba la benevolencia de su tío halagando su vanidad, y quedaba libre de todo compromiso ulterior, que era lo que más apetecía.

—Os doy gracias, señores, dijo el arzobispo, cuyo borrascoso entrecejo se había despejado algún tanto: acepto la dirección que os servís encomendarme, y procuraré corresponder á esta prueba de confianza. Desde luego creo poder anunciaros que antes de un mes nuestra confederación se habrá engrosado, no solo con el ayuda de los poderosos señores de Andalucía, cuya adhesión tengo por cosa segura, sino también con la de todos aquellos que en Castilla han permanecido neutrales. Mi amigo el Almirante, las familias de Chacon y Cárdenas, muchas otras personas de la primera nobleza y del alto clero nos auxiliarán, y si todos los antiguos aliados permanecen fieles, compondremos un cuerpo formidable, al que no podrán resistir los favoritos del afeminado Enrique.

—No son esos los enemigos más temibles, repuso el maestre de Santiago; sino los caprichos de Isabelita, que tiene una voluntad de hierro.

—No hay caprichos de mujer que no cedan á la perspectiva de una corona, y á los votos unidos de casi todos los grandes del reino, contestó el arzobispo. Yo espero que al presentarme á Isabel, seguido de todos vosotros y de los demás amigos, cuyos nombres representan los dos tercios de las rentas de Castilla, y una fuerza por lo menos de cuarenta mil guerreros, no habrá resistencia posible: además me congratulo de tener algun

ascendiente sobre esa niña, como ha dicho muy bien mi ilustre sobrino, y.....-tal vez me equivoque;-pero me parece que hará mi voluntad.

—Eso es lo que es menester, observó el maestre de Alcántara; pues de lo contrario estamos perdidos: si la infanta no es proclamada reina, aunque sea contra su gusto, nos veremos en la dura necesidad de rendirnos á discrecion.

—No haya miedo, dijo D. Juan Pacheco. Isabel desea mandar, pero quiere que se lo rueguen, y estando de por medio mi buen tío, no será difícil desvanecer sus escrúpulos. Pero entre tanto no descuideis lo demás. Lo primero es tener las cosas preparadas á fin de que toda la tierra se levante en su nombre. Un argumento de esta especie pesa mucho, señores: puede servirnos hasta para cohonestar una abdicacion voluntaria de parte de Enrique en favor de su hermana.

—Estoy conforme con vos en eso, replicó el arzobispo; y ya he pensado que hoy, antes de separarnos, debemos dirigir nuestra invitacion á los andaluces y á todos los castellanos coligados, señalándoles dia para un movimiento general: soy tambien de parecer que vos, sobrino, conserveis una posicion independiente, á fin de poder influir en las revoluciones de Enrique.

—Ciertamente: nada es mas cuerdo, repuso D. Juan Pacheco. Así, pues, señores, olvidad por ahora que hemos estado reunidos. Yo nada he dicho, nada he aconsejado. Mañana, cuando el impotente rey haya soltado las riendas del gobierno en las manos de su hermana, tendremos ocasion de reunirnos. Bien decia yo que el señor arzobispo es la suma sabiduría. Él con vosotros debe trabajar cerca de Isabel. Mi puesto está marcado en los consejos de Enrique.

Despues de esta conferencia, el arzobispo y los otros grandes se despidieron del maestre de Santiago, para ocuparse sin descanso en la ejecucion de sus planes. En aquel mismo dia se espidieron correos á todas partes, llevando instrucciones acordes enteramente con el proyecto concertado.

Entre tanto D. Juan Pacheco se frotaba las manos de contento. Apenas quedó solo, comenzó á pasearse á largos trances por su vasta cámara, murmurando:

—Soy feliz: *beati humiltes corde...* que dice el Evangelio; la humildad es una virtud que nunca queda sin premio, y cuyos frutos cojo por haberla ejercido en obsequio de mi señor tío, que de todo tiene menos de humilde. Sea él en hora buena el jefe de la liga: no por eso dejo de ser el director de sus actos. Que trabajen... que trabajen: yo soy libre, para hacer lo que me acomode. Isabel será reina, porque así lo quiere su buen amigo Carrillo, el confidente de sus amores. Enrique luchará hasta el postrer momento de su vida, porque esto me acomoda, y porque él es el único rey legítimo. Yo no puedo adherirme á otra causa que á la suya, pues Dios castiga á los rebeldes.

Al formular esta última frase soltó una carcajada, despues de la cual se quedó profundamente pensativo.

—¡Pobre diablo de Enrique! dijo luego con semblante sereno. Es menester avisarle lo que sucede, para que no le coja de susto la nueva tormenta que le amenaza.

Y tomando papel y pluma, escribió lo siguiente:

«Señor:—¡Cuando bendeciamos los altos juicios de Dios, que, privándoos de vuestro muy amado hermano, ha querido confundir á vuestros enemigos, estos que no descansan, se disponen á combatiros con mas formidables armas. El arzobispo de Toledo, que, como ya sabeis, está concertado con el almirante y con el rey de Aragon, para enlazar á la infanta vuestra hermana con el jóven rey de Sicilia, piensa aprovechar la ocasion que se le presenta de triunfar de todos los obstáculos, colocando á doña Isabel en el lugar del difunto D. Alfonso (que Dios haya). Bien conocereis que si logra salir con su empeño, cosa no muy difícil, atendido al estado de apuro en que se encuentran hoy los rebeldes, y la grande influencia del prelado, de será fácil realizar aquel matrimonio, prescindiendo de vuestra real vénia; lo que una vez hecho, puede ocasionar un cambio de dinastía, y tal vez la sumision de Castilla á una corona extranjera. No conozco la predisposicion de la infanta; pero tengo entendido que no la desagrada la idea de reinar; pues se ha dejado decir que, si en su mano estuviera, pronto dominaria los desmanes y la ambicion de la nobleza degenera-

«da. Sin embargo, cuando se supo aquí la infausta nueva del «fallecimiento repentino de vuestro hermano muy querido, hubo «un alboroto, promovido sin duda por los rebeldes, en que se «alzó el grito de «¡viva la reina Isabel!» Yo acudí al momento «al real alcázar, y á fin de explorar el ánimo de vuestra herma- «na, procuré llevar la palabra en nombre de los grandes, con- «fiando en que no aceptaría nada que por mi mano viniese; y «ya sea que le pareciese inconveniente ceder á las exigencias «de un motin, ya que mi presencia le inspirase desconfianza, ó «bien por ambas cosas, mostróse muy prudente, y se limitó á «prevenirnos en tono de verdadera reina, que acallásemos el «tumulto. Despues de esto partió para Ávila, donde hoy se ha- «lla probablemente bajo la proteccion de D. Alonso Carrillo.— «Este revoltoso prelado se ocupa en reunir á los confederados, «y me consta que dentro de poco será invitada solemnemente «doña Isabel á ceñir la corona de Castilla, por una diputacion «de la grandeza.—Tengo recelos de que además se prepara un «alzamiento general en su favor. Os lo aviso todo para que es- «teis prevenido y dispongais lo conveniente á fin de sostener «vuestros derechos y los de vuestra hija contra la nueva usur- «pacion que se prepara.—Sabeis que en todo y para todo podeis «disponer de vuestro amigo y fiel vasallo, el que nunca os ol- «vida.»

Escrita esta carta, la cerró el maestro, y llamando á Piel- del-Diablo, le dijo:

—A Toledo vas.

—¿Cuándo, señor?

—Esta noche debes partir.—Pero..... escucha: saldrás por el camino secreto de la Torre de los Encantos: Pedro el guarda- bosque te proveerá de un buen caballo: á nadie debes decir cual es el término de tu viaje; porque peligraria tu vida. Lleva dinero: en Toledo disfrazate de fraile dominico, espia la ocasion de ver al rey nuestro señor, y entrégale esta carta en su ma- no. De nadie te fies, y sobre todo guarda esta misiva como tu propio pellejo; bien entendido que perderla y perderlo será todo una misma cosa.

—Nada temais, señor.

—Nada temo.—Ah! Espérame en Toledo, y si dentro de ocho dias no he ido, puedes volverte: me hallarás en Ávila.

Después de dar algunas otras instrucciones á su criado, el gran maestre le despidió afablemente, y se dejó caer en un sillón, quedando en la actitud en que nos pintan á Hércules en reposo.



CAPITULO XVII.

La fuerza de voluntad.



AS bóvedas góticas de la iglesia del convento de Santo Tomás repetían aun las voces de las monjas que acababan de cantar el oficio de maitines, y la ciudad de Ávila yacía sumida en el mas profundo silencio, interrumpido á largos trechos por el acompañado sonido de dos ó tres campanas que anunciaban las horas de la madrugada.

En aquel tiempo despues de media noche nadie osaba turbar la tranquilidad de la via pública, que, solitaria y lóbrega, se convertía en dominio y mansión de las almas del otro mundo, segun está consignado en un medroso adagio popular, que dice:

«Desde las doce á las tres,
deja la calle para quien es.»

Las dos de la mañana era la última hora que habia sonado en los escasos relojes de la ciudad, y los ladridos de los perros, dando la voz de alerta, denunciaban el tránsito de algun

ser humano por las desiertas calles inmediatas al convento de Santo Tomás.

Con efecto, á permitirlo la densa oscuridad de la noche, habríase podido ver la figura de un embozado, que se deslizaba á lo largo de la tapia del convento, hasta parar delante de una puerta pequeña y húmeda, que parecia condenada á rarísimo uso.

El embozado, con la precaucion de quien teme hacer el menor ruido, empujó aquella puerta, la cual cedió á su esfuerzo, rechinando ligeramente. Volvió á entornarla, y dió algunos pasos vacilando en la oscuridad, hasta que una mano de mujer vino á posarse en otra de las suyas.

—¿Sois vos, D. Diego? preguntó la mujer en voz baja.

—El mismo soy, contestó el embozado. ¿Acaso pudiera ser otro que yo?

—Callad, repuso la mujer con un acento imperioso, aunque apenas perceptible.—Tiempo tendreis de abrumarme con vuestros imprudentes celos, para los cuales no os he dado fundamento ni derecho. Seguidme.

Los dos interlocutores cruzaron como dos sombras por entre los árboles de un jardin, y entraron en una espaciosa galería abovedada, donde, á pesar de toda su cautela, resonaban sus pasos con un ruido seco y metálico.

Ningun otro rumor turbaba la paz del claustro: las vírgenes del Señor descansaban todas en sus solitarios lechos, y si acaso alguna se defendia dispierta contra el asedio de las pasiones de este mundo, era su lucha silenciosa como la resignacion y la muerte. Don Diego Lopez Pacheco se estremeció involuntariamente al oír el eco de sus pasos que parecian acusarle de profanacion. Pero su guia, inexorable como el destino, apercibiéndose de aquella momentánea turbacion religiosa, le apretó dulcemente la mano, y le condujo hasta el otro extremo de la galería, sin que el otro se atreviese á oponer la mas mínima resistencia.

Una puerta de arco rebajado se abria en aquel punto, y era tan pequeña, que para pasarla el caballero, tuvo que incli-

nar el cuerpo, hasta tocar con su frente en la espalda de la mujer. Detrás de esta puerta habia una escalera de piedra, que descendia en espiral suave al seno de la tierra.

—¿Dónde me conducís? preguntó D. Diego deteniéndose.

—Si no quereis seguirme, contestó la mujer, podeis volveros.

—No, Azhuma, repuso el caballero. Yo he solicitado esta entrevista, no dudando de vuestra amistad.

—Y bien, yo os la he concedido, y os conduzco á donde podamos hablar sin recelo. ¿Qué hay en esto de particular? ¿Habéis olvidado que estamos en un convento de monjas, donde no se pueden escoger los lugares ni las ocasiones?

—Teneis razon, seguid.

Azhuma condujo á D. Diego á una cripta, ó santuario subterráneo, que tenia exactamente las dimensiones de la iglesia del convento, y estaba construida debajo de ella. Era imponente y lúgubre el aspecto de este lugar, destinado á servir de cementerio á las monjas; todo el pavimento estaba formado en losas mortuorias, en las cuales se veian esculpidos sencillamente los nombres de las esposas del Señor, que habian dejado de ser, el dia de su fallecimiento: hácia un ángulo de esta mansion del eterno descanso habia una losa levantada, y á su lado un hoyo abierto, esperando la primera presa de la muerte, como un recuerdo permanente de la brevedad de la vida. Una sola luz, nadando en el centro de una lámpara suspendida del techo, alumbraba débilmente un retablo situado en el fondo de la cripta, y en el cual se alzaba severa la imágen del Crucificado: los toscos y gruesos pilares que sostenian la bóveda, bastante baja, daban mayor autoridad al sitio, estendiendo á lo lejos sus sombras divergentes é indecisas.

Don Diego tembló como un criminal en presencia de su juez, al pisar aquel sagrado recinto, y se quitó la gorra maquinalmente. Azhuma le llevó al lado del sepulcro abierto, y le invitó á tomar asiento en la losa que habia junto á él.

—¿Aquí?... preguntó el jóven marqués de Villena, expresando con esta palabra el profundo respeto que le imponia el sagrado lugar donde se hallaba.

—Sí, aquí: ¿qué os arredra? ¿La idea de la muerte? ¿Acaso no es la muerte, según vuestra religión, la gran puerta de la eternidad? ¿No es el primer escalon para llegar hasta el trono de Dios?

—Sí, Azhuma; pero por eso mismo tiemblo, yo que sé arrostrar esa muerte tan temida de todos los hombres: en este lugar moran los restos de seres que viven la eterna vida en presencia de Dios, y no es aquí donde yo quisiera traer mis pensamientos profanos.

Azhuma se sonrió desdeñosamente y repuso:

—Creí que al venir á verme, habiais dejado esos pensamientos fuera de este sagrado recinto. Escuchadme, (añadió, reparando que D. Diego pretendia interrumpirla); no ignorais el origen misterioso de nuestras relaciones: sabeis muy bien que se me ha impuesto el deber de corresponderme con vos, y que no puedo negaros las entrevistas que soliciteis de mí. Ese deber marca distintamente la línea de nuestra respectiva conducta: no la traspaseis, porque ya os dije que no os he dado derecho para mas.

—Azhuma, yo tampoco os he dado motivo para hablarme con tanta dureza, replicó el caballero con acento apasionado, y en verdad que no creo vuestras palabras; porque mas alta que ellas, me grita la voz de mi corazón...

—¡Imprudente!... ¡callad! murmuró la jóven con energía, moviendo apenas los labios y apretando fuertemente la mano del caballero.

Éste miró á uno y otro lado, sorprendido de la violenta interrupcion de su amiga, que parecia revelarle algun peligro. Azhuma apartó la vista de uno de los toscos pilares, en cuya sombra acababa de distinguir la figura de un hombre.

—Mi amistad, continuó Jarifa ó Azhuma con voz natural, no puede negaros ninguna prueba de confianza que tenga relacion con el voto que á entrambos nos liga. Supongo que venís á informaros del estado de los negocios que interesan á vuestro padre, y en tal concepto me hallais dispuesta, como siempre, á satisfacer vuestra curiosidad.

—Teneis razon: ese es el objeto de mi venida, repuso don Diego con amargura; vuestras cartas no han satisfecho, al parecer, á los jefes de nuestra Hermandad, que desean obtener esplicaciones verbales mas esplicitas, y me han elegido para que les transmita vuestras palabras. Podeis creer que en la eleccion que de mí se ha hecho para este cometido, ha entrado por algo mi deseo de desempeñarlo.

—Yo creia, replicó Jarifa bajando la voz, que erais simplemente enviado, tal vez para poner á prueba vuestra lealtad. Pero sea como quiera, os diré lo que sé: la infanta está rodeada de amigos torpes, que no conseguirán vencer su noble entereza, porque ambiciosos, la hablan el lenguaje de sus pasiones, que ella, ó no comprende ó desprecia.

—Siempre lo he dicho. No son los halagos del poder los que han de ganar la voluntad de la infanta; y se necesita una cabeza mas grande que la de esos consejeros ordinarios que la rodean, para despertar su ambicion. Esa cabeza yo la conozco, y la he designado á nuestros amigos.

—No digais mas: os comprendo, y os agradezco la buena opinion en que me teneis, D. Diego. Pero yo sola no puedo hacer mas que labrar el terreno; es menester que otros siembren.

—¿Y habeis trabajado algo ya?

—Yo trabajo siempre: no descanso jamás; porque... porque mi alma necesita actividad, para no consumirse de fastidio.

Al pronunciar estas palabras el rostro de Jarifa se cubrió de un vivo carmin.

—Sí, he trabajado, continuó, moviendo su linda cabeza, como para desechar un pensamiento. El espíritu inmenso de doña Isabel es como un vasto campo cubierto de plantas en flor, que necesitan el pólen generador de los frutos: el mio es el céfiro que conduce con suavidad ese pólen. Pero ¿de qué servirá esto, si detrás de mí llegan los huracanes que estremecen las plantas y tronchan las flores? Si al menos las dejasen cuajar, tal vez entonces llegaria la época de la madurez. Pero vuestros amigos son impacientes y no saben disimular su rudeza.

—¿Impacientes, decís? ¿Acaso pueden esperar? Por lo demás ya sabreis que D. Alonso Carrillo...

—Sí, ese es el único que puede hacer algo; porque ese trabaja para el porvenir, y sabe hablar el lenguaje de las grandes empresas. Sin embargo: es egoísta, y piensa demasiado en sí. —Pero escuchadme: si doña Isabel fuese vencida, ¿preven nuestros amigos íntimos todo lo que puede suceder? ¿Saben que una vez puesta en sus sienes la corona, será quizás imposible arrancarla de ellas? Decid esto á vuestro padre, porque, á pesar de su mucha sagacidad, acaso ignore que no se liga tan fácilmente al torpe avestruz el águila real que se remonta al cielo decidida á desafiar la cólera de las tempestades.

—¿Tan fuerte os parece doña Isabel?

—¡Oh! Si no fuese yo quien soy, diría que es el único genio capaz de subyugarme, por lo mismo que reconozco su grandeza superior á todo lo creado. Yo, tal vez, lograré decidirla; pero que nadie me culpe si despues de rotos los diques no es posible detener al rio en su magestuosa carrera.

—No importa, amiga mia; repuso D. Diego. Sabeis que el fruto está tierno, y los huracanes vendrán temprano: vos misma me habeis dicho que son demasiado impacientes.

—Pues bien: fiad en mí.—Ahora dejadme.

—¿No teneis mas que decirme, Azhuma? preguntó el jóven, tomando afectuosamente la mano de su amiga.

—Sí: escuchad. Yo os aprecio como á un noble y leal amigo.

—¿Nada mas?

—¿Habeis olvidado ya que estamos en la mansion de los muertos? repuso Jarifa, dando á su voz un forzado tinte de ironía.—Os concedo mi amistad, D. Diego, lo cual es demasiado conceder en mí.

—Ya lo sé, Azhuma: sois una reina demasiado tirana.

—Basta, D. Diego, replicó la incomprendible jóven estremeciéndose á su pesar, y andando hácia la escalera de la cripta.

Don Diego la siguió, y cuando ambos estuvieron en el jardín, volvió Azhuma la cabeza con recelo, y dijo al caballero en voz muy baja:

—Soy vuestra amiga, título que yo no prodigo, pues solo hay dos seres en el mundo que puedan decir que lo han

oído de mis labios. Básteos eso, D. Diego, para saber que Azhuma os ayudará siempre como la cabeza al brazo. Sin embargo, no alimenteis esperanzas quiméricas: de vos á mí hay una distancia que jamás acortará el afecto.

—¿Es decir que nunca me amareis?

—Es decir que el fuego del Etna quema; pero no sirve de dulce abrigo en el hogar.

—Cada vez me confunden mas vuestras misteriosas palabras. ¿Por qué no me franqueais vuestro corazón?

—Porque fuera inútil y acaso peligroso para vos, amigo mio. No querais saber nada mas, sino que luchais con una roca, en la cual podeis estrellaros.

—Lo comprendo. Hay quien os visita en este asilo: yo he visto una sombra precederme, y perderse en los muros de esta casa de Dios...

Pues bien, si algo parecido habeis visto, calladlo; porque pelagra vuestra vida.

—¡Mi vida! Si D. Pedro de Fonseca se cree capaz de disputarme mi amor...

—¿Os chanceais? D. Pedro está en Alaejos divertido con el amor de la reina. ¿Podeis ignorarlo?

—¿Es cierto?

—Sí; pero callad... salid.

En este momento se vió moverse un embozado entre los árboles. Don Diego reparó en él, y desnudando la espada se precipitó sobre el que creia su rival. Pero Jarifa se interpuso y deteniendo el brazo del jóven marqués con un vigor varonil, le dijo:

—¿Qué vais á hacer? ¿Olvidais donde estamos?

El embozado se acercó y murmuró casi en el oído de don Diego:

—Basta de imprudencias. Salgamos.

—Sí, salgamos. Pero ¿quién sois?

El desconocido apartió de su rostro una máscara que le cubria y contestó:

—Quien siempre vela, D. Diego.—¡La *Perpétua Noche!*—Salid.

El jóven obedeció sin replicar. Habia reconocido la voz de Abacuc.

Éste se acercó á Jarifa, y la dijo:

—Ese hombre os ama, y vos le amais.

—Y aunque digas verdad, contestó la jóven con energía, ¿qué te importa? Vigila mis acciones si así te place. Mi conciencia solo pertenece á Dios.

Abacuc guardó silencio. Volvió á cubrirse el rostro y salió del convento, siguiendo los pasos de D. Diego.

Al otro dia la ciudad de Ávila se agitaba movida por un pensamiento, de esos que parece traer el aire en sus alas invisibles, y que, sin poder nadie darse cuenta de su origen, penetran en todos los espíritus, y los impelen hácia un objeto, á la manera que el viento arrastra las olas del Océano. Diríase que todos los abulenses habian recibido durante la noche un aviso por medio de algun silfo de esos que visitan al hombre en sueños para poblar su imaginacion de quimeras extravagantes, y que se habian dado cita para contarse recíprocamente sus impresiones.

Como en tales casos acaece, cada cual revestia la idea comun con diferentes galas. Era esta idea la de la próxima aclamacion de doña Isabel como reina de Castilla; pero aunque la generalidad de las gentes se felicitaban de este proyectado suceso, unos suponian que se trataba de repetir la escena escandalosa representada delante de aquella ciudad tres años antes, cuando fué conferido el vano título de rey al malogrado Alfonso; otros mejor informados esperaban la aparicion repentina de toda la grandeza castellana en las calles de Ávila, dirigiéndose en corporacion y con banderas desplegadas al convento de Santo Tomás, y aun añadian que muchos de los mas principales habian llegado ya la noche anterior; quien hablaba de un alzamiento próximo á estallar, y de un convenio concertado para que don Enrique conservase el título y los honores de rey; quien, por último, imaginaba una pacificacion general entre los nobles de los dos partidos beligerantes, en que solo fuesen sacrificados los intereses de la reina doña Juana y de su hija.

Con este motivo traíase á cuento la conducta observada en

Alaejos por aquella desventurada señora, y la maledicencia, formando juicios y contrastes entre la esposa de Enrique IV y doña Isabel, clavaba sin piedad su viperino diente en la reputacion de la que apellidaban osadamente con los epitetos mas denigrantes. Por desgracia, las murmuraciones del vulgo podian tener algun fundamento, pues las distracciones que atribuyó Jarifa al jóven D. Pedro de Fonseca, eran una verdad, agravada por el motivo de la reclusion de la reina.

Mientras el pueblo se entregaba á sus aventuradas cavilaciones, la infanta, despues de haber oido misa, estaba tomando un parco desayuno en la celda de la abadesa del convento, estancia que se le habia cedido por consideracion á su persona. Vestia una falda de lana blanca en señal de luto; rodeábanla sus amigas la Latina y doña Beatriz, y Azhuma, reclinada en un almohadon á sus piés, recorria suavemente las cuerdas de su armonioso bandolin. Aquella música ténue, y pudiera decirse silenciosa, era una reminiscencia de otras armonías, y al mismo tiempo que embargaba los sentidos, encendia el entusiasmo, inspirando al ánimo adormecido por ella, deseos de gloria y de grandeza.

Doña Isabel conversaba con sus amigas, pero poco á poco fué concentrando su espíritu en el silencio, á medida que Azhuma modulaba con mas vigor sus arrobadoras melodías.

De pronto cesó la música. La infanta se estremeció como si acabara de pasar de un sueño delicioso á la realidad de la vida, y exclamó:

—¿Por qué no sigues?

—Temia molestaros, señora, contestó Azhuma; pero si os place, continuaré.

—Sí, me place: mi espíritu está triste, y la música me arranca lágrimas que no son de amargura ni de dolor. No sé lo que es; pero esas armonías que tú sola sabes sacar de ese frágil instrumento, tienen un hechizo que deleita y engrandece al ánimo. Son como los acordes del órgano en un dia de gran fiesta.

—Señora, es que mi espíritu huye de la tierra en algunos

momentos, para bañarse en el éter puro de su eterno sér, y cuando esto me sucede, mi mano pulsa las cuerdas, sin que yo tenga conciencia cierta de mi propia accion. Por eso recibís impresiones misteriosas, que yo misma no puedo explicar, pero que tienen un tinte místico y elevado como emanaciones del alma.

—Comprendo lo que quieres decirme, porque lo siento; pero no concibo como se comunica esa vibracion del espíritu á la materia.

—Quisiera poder explicároslo, señora; pero es uno de esos fenómenos, cuya causa debe de ocultarse en el cielo. Nadie ve el manantial donde nacen, pero los ojos del entendimiento los perciben donde quiera que el alma se ha comunicado á las obras del hombre. Cuando leéis los salmos de David ó las sublimes concepciones de los profetas, aunque mi condicion de mora me aleja de comprenderlos, siento en sus palabras un celestial embeleso: en los delicados conceptos de la poesía distingo una aureola de luz que no es el verso ni el pensamiento: cuando entro en un templo de magestuosas formas, cuando miro un castillo asentado sobre una roca y cortando las nubes y el cielo sus atrevidas torres, percibo algo mas que las moles de piedra elo-cuentemente ordenadas por el artífice, y es su idea que flota dentro del santuario y en torno de la fortaleza, y que él les comunicó, tal vez sin saberlo, en un soplo de su espíritu.

—¡Es verdad! ¡es verdad!

—Del mismo modo, señora, pero con mayor embeleso y má-gia, se descubre la predestinacion de los séres, á quienes el Supremo artista ha comunicado su divino aliento. ¿Quién puede veros sin amaros? ¿Quién no lee en vuestros ojos la órden del Eterno, que manda á los hombres postrarse ante vos? ¿Quién no presiente á vuestro lado la proximidad de una nueva era, la aurora de un nuevo dia, en que brille para todos el sol de la justicia, y en que la gloria cubra con su manto de luz y de laureles la intriga y la iniquidad?

—¡Oh! sí, eso es indudable, exclamó doña Beatriz: lo sentimos todos cuantos rodeamos á nuestra amada infanta: lo sienten los nobles que la tratan; lo siente hasta el pueblo, que no

pronuncia su nombre sino para bendecirlo, y suspirando por su porvenir de mejor suerte, y en el cual cree como en una revelacion.

—¿Será cierto que yo esté destinada á producir esa regeneracion saludable? murmuró doña Isabel, mas bien con el acento de la conmocion, que con el de duda la.

—Sí, es cierto, señora, repuso Azhuma; y el dia de esa regeneracion no está lejano. ¿Me preguntabais hace poco de dónde nacen las armonías que mis dedos hacen brotar de este instrumento, sin tener yo conciencia de ello? Pues bien, ya lo comprendo: la atmósfera que os rodea entra en mi alma por la via de los sentidos, y difundiéndose por todo mi sér, se exhala y refleja como en el espejo la imágen. Los sentimientos que os inspira mi música, están dentro de vos: yo no soy mas que el eco, y por eso lo reconocéis tan fácilmente.

La ingeniosa mora decia verdad: todo su artificio tenia por objeto escitar en el ánimo de doña Isabel la germinacion y desarrollo de los sentimientos que la conocia. Y con efecto, tal era la finura de su talento, que lograba robustecer la única ambicion, que era capaz de abrigar el alma generosa y noble de la infanta: la de regenerar su desfallecida patria.

—Me parece un sueño lo que me dices, Azhuma, replteó doña Isabel despues de reflexionar un momento. Es evidente que no solo las armonías de tu bandolin, sino tus palabras me deleitan é inflaman, pero no me parecen nuevas: creo escucharlas como un eco de mi pensamiento. Sin embargo, una cosa me has dicho que no me satisface. ¿Cómo puede estar próximo el dia de una regeneracion por mi causa?

—Señora, el porvenir es vuestro, y el sentimiento de vuestra predestinacion se difunde con la rapidez de la luz en todos los corazones. Castilla es un desierto de virtudes por donde el pueblo viaja, sumido en la desolacion y abrumado por el dolor: vuelve sus ojos, ya secos de llorar, á todas partes, y solo ve en vos la columna milagrosa, plantada por Dios en medio de él, para guiar sus pasos y salvarle. Tal es vuestro destino, y no puede tardar el dia en que, agotado el sufrimiento, acuda ese

pueblo á pedirnos un auxilio que no debereis negarle, porque sois su esperanza.

—Dices bien: no debo negárselo, no; porque antes se desgarraría mi corazón.—¿No creéis lo mismo, amigas mías? añadió la infanta volviéndose á sus damas, que presenciaban con secreto placer esta conversacion.—¿No os parece que mi destino es el de marchar á la conquista del bien al frente de ese pueblo generoso? Porque os lo digo en verdad: yo siento en mí una fuerza superior á mi voluntad, un don de Dios, que me impele sin cesar hácia un porvenir de gloria: me creo capaz de enjugar con mi aliento un mar de lágrimas, y mi espíritu, que alguna vez se contrista en presencia de los dolores de mi patria, no se abate jamás, ni concibe poder humano suficiente á contrastar su decision. ¡Oh, si Dios me reservase la heróica empresa de reconstruir la monarquía de Pelayo! ¡Si mi débil brazo de mujer fuese bastante fuerte para levantar del polvo un edificio que sobrepujase en grandeza y virtud á todas las naciones!—¿Y por qué no habrá de ser? Sí, será: lo espero, pues no en vano ha puesto Dios en mi alma esta fe poderosa que me anima.

—Sí, será, repitió Azhuma; pero es menester que sea pronto. ¿No habeis oido hablar de funestos presagios, que aparecen sucesivamente en el cielo y en la tierra?

—¿Cómo? Nada me han dicho de eso.

—Sí: un astro de extraordinaria magnitud aparece todas las noches en Occidente, arrastrando en pos de sí una estensa cabelleira de fuego: en Tordesillas se ha visto cruzar los aires un globo luminoso, estando el cielo sereno, y dividiéndose en dos con horrible fragor, desvanecerse el uno y descender el otro á la cima de una montaña. En Toledo, unas mieses han brotado sangre al tiempo de segarlas. Todos estos presagios anuncian la cólera celeste, y el pueblo los interpreta como señales infalibles de la próxima ruina del reino: llegan los temores hasta el estremo de suponer las gentes que Dios prepara á Castilla una calamidad espantosa igual á la del tiempo del rey Rodrigo, y aun dicen que hay entre los prelados un D. Oppas.

—No, eso no puede ser en nuestros tiempos, repuso la in-

fanta, dado que no faltan condes como D. Julian, capaces de hundir á su patria en la desolacion y la esclavitud.

—Cuando el cielo ó la tierra anuncia calamidades, señora, no es cuerdo desatender sus avisos, porque es prueba de que aun no se ha llenado la medida de la cólera divina: es menester mirar esas señales como indicios de misericordia, pues dan tiempo para que el hombre se corrija y ponga remedio á los excesos que arman con el rayo la mano del Eterno. En tales casos, quien se siente con fuerzas para combatir á la iniquidad, y no lo hace; quien oye el grito de socorro de los buenos que vuelven los ojos suplicantes hácia su áncora de salvacion, y lo desdeña, se convierte en cómplice de los que delinquen.—Oid: un peregrino llegó ayer á las puertas de este monasterio, pidió agua á las madres: y les refirió un suceso prodigioso, un nuevo presagio, que anuncia el triunfo posible de la mansedumbre sobre la astucia y la fiereza. En cierto bosque cerca de Astudillo, un buitre intentó devorar los hijuelos de una paloma que les cubria con sus blancas alas. Era el ave rapante una fiera de los aires, brava y corpulenta, y tenia en la cabeza un erizado penacho muy parecido á una corona real. La paloma, justamente indignada contra el enemigo de sus hijos, se afirmó en el nido, luchó con valor, y favorecida por la Providencia, hirió de muerte al buitre, que, recogido por su pastor, testigo del desigual combate, ha llenado de asombro á cuantos le han visto.

—Cierto que es admirable el suceso, y ofrece digno ejemplo á los que, fiados en su fuerza, tiranizan á los débiles.

Y á los que tienen fe en el poder de la justicia para vencer la tiranía de los malos, señora. Si ese presagio no se cumple, si esa leccion providencial no se escucha, los hijos de la paloma perecerán.

—¡No perecerán! exclamó la infanta enardecida por su fe y por el amor que profesaba al pueblo castellano. Si yo soy la paloma designada por esa singular alegoría, lucharé con valor cuando llegue la hora del combate.

Sonó en este momento con precipitado tañido el esquilon destinado á llamar á las monjas, y en seguida un rumor estraordi-

nario vino á indicar que algun acontecimiento importante turbaba la tranquilidad del claustro. La infanta sorprendida, mandó á sus amigas salir á informarse de lo que pasaba; pero pronto conoció que no habia motivo de inquietud, al oir un repique de campanas, como señal de alegría.

—¿Será mi hermano, que vendrá á visitarme? dijo entre sí doña Isabel.—Pero no puede ser él, añadió en seguida. Se habria recibido antes el aviso de su viaje á la ciudad, y mis amigos me lo hubieran dicho.

La priora, presentándose en la puerta de la celda, sacó á la infanta de su perplejidad.

—Señora, dijo: tengo la dicha de anunciaros que nuestro santo prelado el señor arzobispo de Toledo, acaba de llegar á esta nuestra casa.

—¡El arzobispo! exclamó la infanta levantándose. Decidle que no se vaya sin verme.

—No se irá sin veros, señora; pues no es otro el objeto de su venida.

—Pues bien, no le hagais esperar: que pase; pero que deseo verle á solas.

—No sé si eso podrá ser: sin embargo, le haré presente vuestro deseo.

—¿Quién le acompaña?

—Difícilmente podré acordarme de todos; pero entre unos treinta personajes de la primera nobleza, he reconocido al conde de Plasencia y á D. Pedro de Velasco, á los maestros de Alcántara y Calatrava, y á vuestros amigos Chacon, Cárdenas y Bobadilla: vienen tambien la municipalidad de Ávila en corporacion y otros sujetos desconocidos, que me parecen diputados de varias sociedades.

—¿Qué significa esto?—Esperad. Mandadme alguien que despeje esta habitacion, y.... Ya os lo he dicho: quiero ver solo á D. Alonso Carrillo.

La priora hizo una reverencia y salió. A poco entraron dos jóvenes de la servidumbre de la infanta, los cuales retiraron la mesa del desayuno y colocaron los sitios en sus puestos. Al

cabo de un raso se presentó el arzobispo solo, conforme habia dicho doña Isabel. Ésta salió á su encuentro y le besó respetuosamente el anillo, pidiéndole su bendicion; despues de lo cual se sentó, invitando afectuosamente al prelado á seguir su ejemplo.

Don Alonso dejó su sombrero sobre una mesa, y permaneciendo en pié delante de la infanta, la dijo:

—Señora, no podeis desconocer mi adhesion á vuestra persona, ni el tierno afecto que os profeso: así que no tomareis á desaire el que deje de aceptar en este momento la silla que me ofreceis. Los altos intereses del reino, en que va envuelta su salvacion ó su ruina, me traen á vuestra presencia: no vengo solo; pues me acompañan los primeros grandes de Castilla, muchos dignatarios de nuestra santa madre la Iglesia, y personas de representacion en las ciudades y villas de realengo, que, pendientes de una palabra vuestra, me aguardan impacientes ahí bajo. Al rehusar el asiento que vuestra bondad me ha ofrecido, os doy una prueba del respeto que me inspirais, y de la premura con que creo deber acudir á tranquilizar los ánimos inquietos de los nobles, del clero y del pueblo castelano.

—Haced como gustéis, señor arzobispo, repuso la infanta con dulzura. No ignorais que os aprecio y venero. Mas decidme, os ruego, cuál es el objeto de vuestra venida, pues me tiene impaciente, y aunque temo cuál puede ser, no me resuelvo á creer lo que sospecho.

—Seré breve, señora: Castilla camina á su perdicion: el príncipe que debiera regir sus destinos, es un esclavo de sus bajas pasiones, un rey de escarnio, cuya conducta pública y privada le hace incapaz de ser respetado. Consecuencias de su ineptitud y extravíos son los desórdenes que deplora esta desventurada nacion; el desenfreno de los poderosos, las tropelías y violencias que en poblado y en los campos se cometen, el menosprecio y la venalidad de la justicia, y hasta el atropello de los santos fueros de la religion y de la moral. Juguete de sus favoritos, ludibrio de su esposa, deshonorador de sí mismo. Don Enrique no ha podido menos de parar en ser odiado y comba-

tido por sus mejores vasallos, y por todos los hombres de bien.

—Acortad esa triste relacion, interrumpió la infanta, que se agitaba en su silla con muestras de disgusto.—Recordad que me estais hablando de mi hermano.

—Pues bien, señora: respetaré vuestra delicadeza ; pero me ha sido forzoso traer á vuestra memoria el catálogo inmenso de males que están cayendo sobre el reino, para que conozcais que un deber de conciencia me trae á vuestras plantas, como eco de los sentimientos leales de toda la parte sana de Castilla. No desoigais los ruegos que ese pueblo noble os dirige por boca de un ministro del Altísimo, que se complace al mismo tiempo en ser vuestro mas cariñoso amigo y fiel vasallo. Aceptad la corona que os ofrece, y ayudada, como lo sereis, por todos los hombres de honor y de valía, tendreis la gloria de hollar con vuestras plantas la serpiente infernal que amenaza ahogar á la patria, y el dulce placer de secar los manantiales de lágrimas que la inundan.

Doña Isabel escuchaba esta última parte de la arenga del arzobispo, apoyando una mano en el brazo de su sillón, y adelantando el cuerpo en ademán de querer interrumpirle. Sin embargo, le dejó concluir, y revistiéndose entonces de toda la magestad y moderacion que exigian las circunstancias, contestó:

—Sois ministro del Dios de paz, ¿os llamais mi amigo, y no vacilais en proponerme mi perdicion y la del reino?

Don Alonso, que no esperaba esta repulsa enérgica y concisa, se irguió de repente, como si el aguijon que acababa de herir su orgullo, hubiese dado rigidez á sus nervios. Pero en seguida volvió á inclinarse, y repuso:

—¿Es posible que tal penseis?

—No creo que sea tal vuestra intencion: os tengo por amigo y por eso os declaro sin rodeos lo que en mi juicio significa el honor con que me brindais. Vuestro afecto y lealtad á mi persona, os ciegan, D. Alonso ; pero yo estoy mas serena que vos, y puedo ver un grave daño, donde os parece encontrar el remedio de otros. No esperéis que yo acepte esa corona: no reconozco en nadie, y menos en mí, derecho á ella, mientras viva



Isabel sentada y un arzobispo en pié.

mi hermano Enrique: harto tiempo ha estado dividida la nacion bajo el gobierno de dos monarcas rivales.

—¿Y es eso lo que debo contestar á los grandes de Castilla, que ansiosos fijan en vos sus miradas? ¿Es eso lo que pueden esperar de su amada infanta los pueblos sedientos de justicia?

—¡Los pueblos! repitió doña Isabel. ¡Y he de apagar su sed de justicia, rebelándome contra mi legítimo señor! ¿He de asegurar sus esperanzas profanando en mí el último asilo de la lealtad al trono? Pensadlo bien, D. Alonso. Los pueblos bien aconsejados no pueden querer que la heredera de sus reyes una su suerte á la de los grandes que despedazan las entrañas de la patria: hoy, tal vez embriagados por ilusiones engañosas, me aclamarán reina y salvadora suya, mañana, cuando por mi causa encienda la discordia su asoladora tea, me maldecirán. No quiera Dios que yo atraiga sobre Castilla una desolacion irreparable.

—Vuestro espíritu generoso, que intimidan peligros imaginarios, es quien os hace pensar así.

—No insistais, D. Alonso. Sabed que tengo ambicion de reinar, y que ningun peligro me arredra, cuando, puesto el corazon en Dios, me deajo guiar por sus santas inspiraciones. Solo temo una cosa en este mundo, que es obrar mal. Yo seré reina el dia que pueda serlo: dejadme conservar la frente pura de toda mancha, y digna de ceñir la corona. Que en su desgracia tenga Castilla al menos alguien á quien volver los ojos.

—¿Qué confianza puede tener en vos si la abandonais, la primera vez que os demanda vuestro auxilio?

—La de que yo no falto jamás á mis deberes; la de que no me rindo á los halagos de la ambicion, ni provoco la cólera del Altísimo contra ella. ¡Oh, señor arzobispo! añadió la infanta, enjugándose una lágrima. Ved este luto que llevo por mi hermano Alfonso. ¿No considerais su temprana muerte como un castigo de Dios, como una señal de que el cielo desapruueba la conducta de los que á mí os envian?

El arzobispo no podia replicar á este argumento, sin dar muestras de impiedad. Viendo la inalterable firmeza de doña

Isabel, apretó los dientes, arrugó el ceño, y dijo con mal disimulado despecho:

—Está visto que me hareis quedar mal con todos los nobles, con cuya cooperación he contado para realizar vuestro enlace con el ilustre príncipe de Aragon. No hay que esperar nada de ellos, y ahora que vuestro hermano triunfa, os impondrá su voluntad: ireis á ser reina de Portugal.

—No: mientras me viva D. Alonso Carrillo, confío en Dios que no sucederá eso, contestó la infanta con acento cariñoso. Además: ¿no me habeis dicho que Castilla implora mi ayuda? La tendrá: que nada teman esos grandes que me ofrecen el trono: únanse conmigo, y yo los volveré á la gracia de Enrique. Mandadles entrar.

El arzobispo titubeó algunos momentos antes de resolverse á presentarse vencido á sus amigos. Sin embargo, conociendo que era inútil toda resistencia, se encaminó á la puerta con pasos desiguales, y llamó á uno de sus servidores, á quien comunicó la órden de la infanta. Los coligados que aguardaban allí cerca, se precipitaron dentro de la estancia.

Doña Isabel les recibió en pié y saludándoles con afectuosas sonrisas conforme iban entrando.

—Señores, les dijo, señalando al arzobispo: nuestro ilustre prelado me acaba de manifestar vuestros sentimientos hácia mi persona, por los cuales os estaré agradecida mientras viva. Desde hoy no puedo dudar de vuestra lealtad y afecto. ¿Podré contar con ellos para todo?

—¡Sí! ¡sí! gritaron los rebeldes.

—Pues bien: yo necesitaré algun día de vuestro auxilio: cuando esto sea recurriré á vosotros, segura de que sois mis buenos amigos y de que no habreis olvidado la palabra que acabais de empeñar. Hoy solo deseo que os retireis tranquilamente á vuestros hogares, y puesto que os anima el celo de trabajar por el bien del reino, pues no de otro modo os habriais levantado contra nuestro único rey legítimo D. Enrique, yo os prometo trabajar con ahinco para obtener de mi hermano la reforma de los abusos que todos deploramos, y á fin de que os

considere como buenos vasallos y dignos de su real gracia y favor.—Nada me repliqueis, añadió la prudente jóven, observando que algunos magnates murmuraban: el ofrecimiento que me habeis hecho por boca del señor arzobispo de Toledo acarrearía vuestra ruina, si fuese aceptado por mí; pues haría derramar inútilmente sangre preciosa, y me enagenaría la voluntad de las gentes. Toda vez que me amais, como lo demuestra el paso que habeis dado, no podreis querer mi descrédito, y acatareis mi resolucíon, que es inalterable. Por lo demás, formulad vuestras quejas y agravios, entregad vuestras peticiones á nuestro prelado, y siendo justas, yo me encargaré de hacer que satisfaccíon les sea dada.

Esta delicada repulsa en que tan bien habia sabido hermanar doña Isabel la dulzura y la energía, dotes sobresalientes de su carácter, desconcertó los planes de los nobles, sin dejarles recurso para insistir en su determinacion, ni para considerarse ofendidos. Los representantes de las ciudades, menos interesados que los magnates en la rebelion, y más adictos á la paz, oyeron con muestras de júbilo la contestacion, y esclamaron con entusiasmo:

—¡Viva doña Isabel!—¡Viva la infanta!

La diputacion besó la mano á nuestra heroina, la cual con una benevolencia estremada, dirigía la palabra á cada uno de los confederados, preguntándoles á veces por parientes, con lo cual acabó de cautivarlos. Así es que todos se retiraron, si no contentos confundidos y casi avergonzados de su proceder.

En la calle aguardaba todo el pueblo de Ávila, impaciente por saber el resultado de la conferencia. La noticia de lo que habia pasado cundió en seguida con rapidez, y durante aquel dia no cesaron de oírse los vivos y las aclamaciones de admiracion.



CAPÍTULO XVIII.

Perro viejo todo es tretas.



AUNQUE D. Juan Pacheco y los confederados contaban, para promover un alzamiento en Andalucía en favor de doña Isabel, con el arzobispo de Sevilla D. Alonso de Fonseca, éste, apreciando mejor que nadie el carácter de la infanta, y tal vez atraído al bando de la Beltraneja por la reina doña Juana, que, como ya sabemos, habia sido puesta bajo su custodia, y confinada en su castillo de Alaejos, se abstuvo de tomar parte alguna en aquella sublevacion, hasta tanto que se supiese el consentimiento definitivo de la ilustre interesada, y se retiró á Madrid, como á punto en cierto modo neutral, desde donde podia negociar, segun le conviniese, con D. Enrique ó con su hermana.

Mas no por esto habian dejado de llevar á cabo su plan los jefes de la rebelion: prescindiendo del arzobispo Fonseca, habian puesto en juego sus propias influencias con el conde de Cabra, cabeza de la casa de Córdoba y con el duque de Medinasidonia, que lo era de los Guzmanes, y usando del nombre

de D. Juan Pacheco, para con los dos yernos de éste D. Alonso de Aguilar, señor de Montilla, y el duque de Arcos, mas conocido con el título de marqués de Cádiz, lograron que toda la Andalucía se levantara en masa por doña Isabel.

Una diputacion de aquel reino acudió á prestar homenaje á la presunta reina; pero era demasiado grande el triunfo moral obtenido por la modestia y la virtuosa abnegacion de nuestra heroina, para que ésta, cuyo buen juicio sabia reconocer todo el valor de su obra, dejase de rehusar los nuevos ofrecimientos de un trono, como habia desechado los anteriores.

Con efecto, podia decirse que la corona de Castilla quedaba indefectiblemente asegurada en las sienas de doña Isabel, no tanto por el derecho que á ella le daba la falta de sucesion de su hermano, cuanto por la voluntad nacional, que la reconocia como mas digna de reinar, desde que se negó á ello. En pocos dias circuló por todas partes la noticia de este primer paso dado por la virtuosa infanta en la senda de su vida pública, y á la manera de un rocío benéfico vertido por la mano de Dios en un árido campo, hizo germinar las semillas de honor y de hidalguía dispersas y casi destruidas en los pechos del pueblo castellano. Los grandes rebeldes, cuyos motivos de discordia eran justos, pero que se servian de ellos para encubrir intereses y miras particulares, no se atrevian ya á resistir el torrente de la opinion pública, y se agrupaban en torno de Isabel, mas bien como rebaños que buscan un asilo contra la tempestad, que como soldados del desórden alrededor de una bandera. Sin embargo, su propia conveniencia les obligaba á fortalecer á la que, de juguete de su ambicion, que quisieron hacerla, se habia constituido en protectora suya. La ciudad de Ávila llegó á ser en breve tiempo la corte de una reina, que tenia su trono en los corazones, y donde, si bien muchos hacian de la necesidad virtud, otros aceptaban con sincero entusiasmo el cambio pacífico de las circunstancias, y todos por interés ó por amor se adunaban para salir airosos de sus anteriores compromisos.— Desde aquel punto que se negociaba con el rey, como desde una fortaleza inespugnable: los nobles y prelados reprodujeron sus

quejas, no ya con la altanería de otro tiempo, sino con la mansedumbre propia de leales vasallos. En su representación se lamentaban del favor que obtenían en el palacio real infieles enemigos de la fe católica, «é gentes incrédulas é blasfemas que afirmaban que otro mundo no hay sino nacer é morir como bestia;» de que estaban al servicio de S. A. muchos moros, á los que se facían muchas mercedes, pagándoles el sueldo doblado que á los cristianos, mientras se dejaban morir en la esclavitud los castellanos cautivos en Granada. Recordaban la mala administración de justicia, que puesta en manos de hombres venales é injustos, tenía perdido todo el reino; la fabricación de moneda de baja ley consentida á particulares por algunos provechos, y por cuya causa preferían los tratantes cambiar cosas por cosas á tomar dinero por ellas; el quebrantamiento y revocación de las leyes comprados con dádivas, el aumento de empleos y cargos públicos obtenidos por favor y cohecho «para robar los pueblos é súbditos,» y últimamente insistían con algún mayor ahínco en la necesidad de separar del lado de S. A. al duque de Alburquerque, de quien decían que deshonoraba la persona y casa real, ocupando las cosas solamente al rey debidas, y concluían suplicando que, pues eran notorias la reincidencia de la reina en sus infidelidades, y la ilegitimidad de la niña doña Juana, «por ser bien manifiesto al rey non ser ella hija de S. A.,» se enviase á Portugal á la reina con su hija, solicitando de Su Santidad el divorcio de aquella con el rey, y se declarase á doña Isabel princesa de Asturias y heredera del reino: con cuyas condiciones todos prestarían de nuevo el homenaje debido en manos de S. A. y se restablecería la paz tan deseada.

Difícilmente habría consentido la infanta en que se impusiesen al rey las últimas condiciones; pero á tal punto habían llegado las cosas, y era tan pública la infidelidad de la reina, que no había ya medio de restituir á D. Enrique una sombra al menos de dignidad, sino provocando él mismo su divorcio. Disentíase, sin embargo, todavía esta parte del mensaje, que doña Isabel quería se dulcificara en los términos, dejando á su

hermano la iniciativa de la determinacion propuesta, cuando se presentó en Ávila una embajada del rey, el cual ofrecia perdonar á los rebeldes, con tal que se redujesen á su servicio. Lamentable muestra de flaqueza, que dió nuevos bríos á los casi abatidos magnates, alentándoles para no ceder gratuitamente ante un monarca que aun vencidos les temia.

Doña Isabel despachó en seguida uno de sus servidores, Andrés de Cabrera, á Madrid con cartas para su hermano, proponiéndole una avenencia entre las partes, y pidiéndole una entrevista con ella, en un paraje de Castilla, donde sin riesgo de su persona ni temor de nuevos alborotos, pudiera conferenciar con los nobles confederados. El emisario llevó encargo de asegurar de palabra al rey, que las intenciones de la infanta eran benévolas y amistosas, que por su amor y el bien del reino, habia rehusado el trono que acababan de ofrecerla, y que todo su anhelo era estrechar con él los vínculos de cariño que debian unirlos, y trabajar por su felicidad en cuanto de ella dependiese.

Habia pasado tiempo durante estas negociaciones, y todos los interesados en el revuelto drama que se representaba en Castilla, no cesaban de moverse, cada cual en el sentido que mejor le cuadraba. El maestre de Santiago, D. Juan Pacheco, estaba al lado del rey, en cuyas resoluciones influia, tal vez mas de lo que á éste y á la tranquilidad del reino conviniera: veia todas sus intrigas convertidas en auréola de gloria para doña Isabel, y pugnaba por deshacer la obra involuntaria de sus manos. La familia de Mendoza se ocupaba en agregar secuaces al partido de doña Juana: la reina, conociendo que se levantaba contra su causa una rival mas poderosa y temible que ninguno de cuantos enemigos habia tenido hasta entonces, favorecida por D. Luis de Mendoza, alcaide de Alaejos, de esta fortaleza se fué una noche á Buitrago, donde estaba su hija, trabajando en secreto para derribar, siquiera fuese por medios violentos, al ídolo que acababa de erigir en su corazon el pueblo castellano. La *Perpétua Noche* tambien se agitaba mas que nunca en sus tramas tenebrosas, pues, como el infierno el dia de la redencion

del género humano, se retorcia en los brazos de la desesperación, al ver sus maquinaciones y las de su agente D. Juan Pacheco, servir de escabel á una niña, que á todos vencía y humillaba con un sencillo rasgo de virtud. Fuera de Castilla, los pretendientes á la mano de la infanta, invitados por el marqués de Villena, se preparaban cada cual por su lado á solicitar con toda solemnidad un enlace que les ofrecía por dote un reino. Solamente doña Isabel permanecía tranquila en medio de esta general efervescencia, y atenta á lo que mas pudiera convenir al bien comun; y únicamente respecto á un asunto que interesaba á su persona, se habia mostrado solícita. Sabedora de que el duque de Guiena la pretendía para esposa, no obstante su inclinacion á D. Fernando, aconsejada por su madre, y para no partir de ligero, habia enviado á Francia y Aragon á su capellan Alonso de Coca, para que *mirase* á los dos príncipes y se informase con gran solicitud de sus caractéres y costumbres.

Se acercaba la estacion en que la tierra, cargada de frutos, hace esfuerzos para engalanarse con las últimas flores del año, como una madre que desea parecer bien á sus hijos; los campos de Ávila ostentaban una vegetacion vigorosa, no matizada todavía por los poéticos tintes amarillo y rojo, que son presagios del otoño y del árido invierno. Era una de esas tardes deliciosas de setiembre, tan gratas en España, en que el sol no quema, y sin embargo, es agradable la sombra; y en que las auras juguetean torpes y vacilantes, como embriagadas por el aroma de la vid y el manzano. El astro del dia se ocultaba tras los montes, envuelto en un manto flotante de púrpura y oro, y la luna llena mostraba su faz pálida sobre la cordillera de Guadarrama.

En esta deliciosa tarde, que parecia convidar al reposo y á la dicha, dos hombres se paseaban debajo de unos árboles á orillas del Adaja: eran jóvenes ambos y vestian traje de caballeros.

—Deponed vuestro resentimiento, decia el mas bajo de ellos, cuyas cejas negras y juntas daban á sus facciones delicadas y bastante regulares, una espresion algo siniestra.—Nuestra amistad no debe ser alterada por el interés de una miserable criatura, de una infiel, á quien solamente nos une el secreto lazo

que ambos sabemos. Es verdad que en algun tiempo he suspirado por ella como un necio;—todos tenemos nuestra época de inocencia, pero en el dia os juro por la fe de caballero, que estoy completamente cansado de sus desdenes.

—No lo estraño, contestaba el otro, en cuyo rostro habria sido fácil reconocer el aire de la familia de Pacheco:—no lo estraño, si es cierto, como dicen, que habeis hallado mas amabilidad en otras regiones.

El primer interlocutor arrugó duramente sus pobladas cejas; pero encogiéndose luego de hombros, repuso:

—Bien puede ser: mas esto es cosa que á nadie le importa.

—Le importa mucho á doña Juana, pues de resultas de eso, temo que sea muy difícil una avenencia, en que no salga ella sacrificada.

—Para hablaros de esto os he citado, señor marqués, no para pedir os cuenta del amor de Jarifa ó Azhuma, como vos la llamais. La reina tendrá sus defectos, que no me cumple disculpar en este momento; pero ni su corazon está tan pervertido como se supone, ni es tan responsable de sus faltas que no merezca compasion.

—Decidlo á vuestro tio D. Alonso de Fonseca, que es el negociador nombrado por D. Enrique y que á estas horas está ya reunido con el arzobispo de Toledo y los demás confederados, para tratar del concierto. Él podrá tal vez influir con su elocuencia en la deliberacion, y salvar el honor de la reina.

—Me hareis creer que sois contrario á nuestra causa comun, D. Diego, ó que me guardais rencor. Pues bien, sabed que no es D. Pedro de Fonseca quien os habla, sino el número Trecientos doce.

El jóven marqués de Villena se inclinó respetuosamente y repuso:

—Sea bajo el uno ó el otro carácter, estoy dispuesto á escucharos y serviros.

—Escuchadme, pues: no ignoro que mi tio está resentido conmigo por mis devaneos de Alaejos; pero esto no es motivo para que el rey sacrifique á su hija.

—Su hija... ¿Eh?

—Su hija es menester que sea; y vive Dios, que si D. Beltran de la Cueva fuese tan valiente como ha querido aparecer en varias ocasiones, habria cumplido como hombre de honor, retando á singular combate á cuantos lo contrario sostienen, para dejar en el lugar que le corresponde la honra de la mujer á quien impusieron su amor, y borrar la mancha que ha caido sobre su hija.

—Eso habria sido muy caballeresco; pero, amigo D. Pedro, Beltranico no es como aquel famoso sueco de Quiñones, el de la puente de Orbigo que peleó con trescientos caballeros y de ninguno fué vencido, ni su conciencia está bastante tranquila, para fiar al esfuerzo de su brazo la justificacion de doña Juana.

—Estamos conformes; pero no se trata de semejante justificacion paladina. La reina se somete resignada al divorcio que se la quiere imponer, con tal que se reconozca por legítima á su hija. Esto es lo único que desea, y no cree que vuestro padre se oponga.

—Mi padre no se opone á nada; bien lo sabeis: acepta todas las circunstancias y se amolda á todas las combinaciones. Pero en estos momentos no puede hacer cosa de provecho: se le espera, es verdad, para oír su parecer en la conferencia, y esta noche debe llegar de Cadalio, á donde ha ido acompañando al rey, que aguarda allí á su hermana para reconciliarse con ella: pero, por una parte, es muy difícil y arriesgado en la actualidad el menor paso que se dé contra doña Isabel, y por otra, el rey está en extremo irritado y decidido á castigar á su esposa.

—¡El rey! ¿Tiene acaso voluntad el rey? Lo que disponga D. Juan Pacheco, eso se hará.

—Pues bien: estad seguro de que D. Juan Pacheco dispondrá lo mas conveniente.

Los dos jóvenes continuaron hablando con mucho secreto, y al cabo de un rato se despidieron, quedando acordes en verse al otro dia en aquel sitio y á la misma hora. Don Diego Pacheco se dirigió á la ciudad, mientras su compañero se alejaba en direccion á un sotillo inmediato, donde halló á su escudero con

dos caballos. Don Pedro montó en el uno, y amo y criado marcharon rio abajo hácia Cardeñosa.

El dia siguiente era el designado para terminar las capitulaciones que habia entabladas entre el arzobispo de Sevilla, por parte de D. Enrique, y los grandes confederados. Andrés de Cabrera, que disfrutaba el cargo de mayordomo de la casa real, habia sabido darse maña en su último mensaje al rey de parte de la infanta, para ganar la voluntad de aquel, y hacía las veces de mediador en estas negociaciones, ayudando en ellas á D. Alonso de Fonseca. Pero la mediacion de un caballero tan adicto á doña Isabel no podia inspirar confianza al maestro de Santiago, el cual temia que acabaran de frustrarse sus planes y que en un todo redundaran en favor de su tio Carrillo. Por esto se habia apresurado á venir al lugar donde se celebraban los conciertos, á pesar de que su hijo tenia instrucciones suyas para contrariar ciertas resoluciones y de que estas no habrian de ser valederas hasta tanto que el rey las ratificase.

Las conferencias tenian efecto en el palacio episcopal de Ávila, y ya estaban estendidos los artículos del acuerdo, en virtud del cual se habia de firmar la paz entre el rey y los grandes disidentes. Llevaban la voz como principales contratantes el ya mencionado arzobispo de Sevilla, y D. Álvaro de Estuñiga, conde de Plasencia. Don Juan Pacheco se presentó reclamando tomar parte como tercero en el tratado, y no fué posible negarle esta participacion, que uno y otro bando consideraba favorable á sus intereses, atendido el doble carácter que habia sabido conservar el astuto magnate.

Sin embargo, pronto se conoció que el maestro era hostil á doña Isabel ó por lo menos enemigo de la paz. Leyéronse los primeros artículos en que se trataba de la reforma de los abusos introducidos en la administracion de la casa real y del gobierno, y fueron aprobados sin oposicion; el que disponia que la infanta fuese declarada princesa de Asturias y única heredera de Castilla, con exclusion de la niña doña Juana, no solo mereció la aceptacion, sino tambien los aplausos del maestro; pero al darse cuenta del que disponia que el rey solicitase su divor-

cio con la reina y que la hiciese salir de sus reinos, aquel se levantó y dijo:

—Estoy enteramente conforme con ese artículo; pero, en mi sentir, debe añadirse una cláusula del mayor interés, tanto para la seguridad de su cumplimiento, cuanto para evitar una guerra.

—Decid cuál es esa cláusula, contestó el conde de Plasencia.

—Debe añadirse, que la reina no llevará consigo á su hija y que ésta quedará en poder del rey, para disponer de ella con nuestro acuerdo y consentimiento.

—No hallo inconveniente en que así se diga, repuso don Alonso de Fonseca.

—Yo sí le hallo, replicó el arzobispo de Toledo con su habitual voz impetuosa; lo mas llano seria disponer que la hija de doña Juana fuese entregada á su padre, que estados tiene suficientes para criarla con decencia.

—No creo, contestó el maestre, que pueda estar la niña en poder del duque de Alburquerque mas segura que en manos del rey. Además que para disponer de ella, seria necesario nuestro acuerdo y consentimiento.

—Es decir, repuso bruscamente el arzobispo: que vos, mi compañero Fonseca y el rey sereis los árbitros en cualquiera complicacion que sobrevenga, pues de nuestra parte queda solo el conde.

Estas palabras movieron un tumulto en la asamblea. Don Pedro de Fonseca se levantó para protestar contra ellas; ahogaban su voz los gritos de los rebeldes, que componian el mayor número y apoyaban á Carrillo. El maestre permanecia en pié mirando á unos y otros, y sonriéndose con aire de compasion. Andrés de Cabrera gritó mas fuerte que todos y consiguió hacerse oír.

—Señores, dijo: permitidme una observacion.—No atribuyamos al señor maestre de Santiago intenciones que sin duda no ha manifestado. Yo creo que se pueden admitir sus cláusulas, con solo añadir que nada disponga el rey sin acuerdo y consentimiento de doña Isabel. ¿Os parece bien, señor maestre?

Don Juan Pacheco, hácia quien se volvieron todas las miradas en este momento, se mordió los labios, y sin dejar de sonreírse, contestó:

—¿Cómo ha de parecerme mal? Preguntadlo al señor arzobispo de Toledo.

—Estoy conforme: póngase así, repuso el arzobispo.

Mientras el secretario añadía esta cláusula, D. Juan Pacheco se acercó al oído de D. Alonso de Fonseca y le habló con ahinco.

—Ya hemos tratado de eso, le contestó el arzobispo de Sevilla; pero nos ha parecido extraño á estas capitulaciones, y además cosa que debe hablarse antes con el rey.

—Yo sé la voluntad del rey sobre ese particular, y es que la infanta se háya de casar con quien el dicho señor rey acordare y determinare, y con nuestro acuerdo y consejo, repuso en voz alta el maestre: y es condición sin la cual no aceptará S. A. el tratado.

—Pues bien, dijo el arzobispo Carrillo echando fuego por los ojos. Si tanta confianza mereceis del señor rey, podreis ir y decirle de nuestra parte que las capitulaciones quedan rotas.

Y esto diciendo se abalanzó hácia la mesa donde estaba el contrato, y se apoderó de él.

Don Juan Pacheco, lejos de mostrarse indignado, como era natural, en vista de una oposicion tan violenta al asunto en que él cifraba todos sus cálculos y sus esperanzas de triunfo, se cruzó de brazos con una serenidad estóica, y replicó:

—¡Válgame Dios! es imposible hacer nada en paz con mi querido tío el señor arzobispo. No parece sino que somos enemigos mortales, y que nunca hemos tratado juntos de lo que mas conviene al bien comun.

La conducta violenta del arzobispo y la calma de su sobrino, influyeron de diferente manera en el ánimo de los nobles y prelados que habia presentes, los cuales se dividieron en dos grupos, hablando entre sí de modo que era imposible entenderse. Dudaban muchos acerca del partido que les convenia seguir: habiendo tenido por jefe durante mucho tiempo á D. Juan Pa-

checho, no podían creer que en esta ocasión se rebelase contra sus intereses y en favor de los del rey. Los que por esta causa vacilaban eran todos aquellos que no simpatizaban interiormente con la conducta noble y desprendida de doña Isabel, y á quienes por lo tanto, les importaba poco que se la sacrificase ó no á las miras políticas de su hermano.

Los que, por el contrario, habían sabido apreciar el rasgo heroico de la infanta, y los que estaban en el secreto de las negociaciones del arzobispo Carrillo para casarla con el rey de Sicilia, conocieron desde luego que el maestre quería imponerla una condición tiránica, y deshacer al mismo tiempo el vínculo que los unía.

Con efecto, si D. Juan Pacheco lograba introducir en el tratado el artículo que acababa de anunciar, doña Isabel quedaba enteramente á la merced del rey, ó mejor dicho, era su propia cautiva, porque D. Enrique haría con ella lo que él dispusiese. Por este solo pacto la infanta perdía toda la libertad de obrar en el asunto de su matrimonio, y hasta renunciaba en favor de su hermano el apoyo que pudieran prestarles los grandes: el maestre, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia eran los únicos árbitros de su destino, y aunque éste último fuese adicto á ella, siendo uno solo y ambicioso, no sería difícil con dádivas: si después de firmarlo, seguía las inspiraciones de don Alonso Carrillo ó se oponía á la voluntad real, quedaba sin fuerza el contrato en todas sus partes, ó por lo menos se autorizaba al rey para derogar los artículos que trataban de la sucesión del reino. Esto último era lo más probable, y por consiguiente la lucha que no se había podido empeñar entre los dos hermanos por el interés de la corona, llegaría á ser inevitable por causa del matrimonio. Cuando esto sucediese, hallándose la Beltraneja en poder de D. Enrique, no era difícil renovar sus pretensiones, que teniendo entonces más probabilidades de éxito, serían también más fuertemente combatidas por sus contrarios. Así la guerra se hacía interminable, y los partidos, cansados de verter sangre, despertarían el ódio general contra las personas que respectivamente defendiesen.

Tal era el blanco á que iban dirigidos los tiros de D. Juan Pacheco, á parte de que, aun obligando á la infanta á casarse contra su gusto, siempre le quedaban recursos para tener al reino en conmoëion: casando á doña Isabel con D. Alfonso de Portugal, podia hacerse que éste renunciase el derecho á la corona de Castilla en su hijo, enlazándolo con su sobrina doña Juana. De uno ú otro modo el maestre aseguraba en sus manos el hilo de sus intrigas próximo á escapársele de ellas: y viendo por un lado la actitud del arzobispo Carrillo, y por otro la indecision de una parte de los grandes, se aventuró á decir:

—Lo que el rey solicita es justo, y solo puede negársele quien tenga algun particular interés en el matrimonio de la infanta: puesto que se la declara heredera del reino, es consiguiente que se someta á la voluntad del que es su señor natural, y puede decirse su padre, en lo que atañe á la eleccion de esposo; pues de lo contrario, el reino iria á parar tal vez á manos que reprobese el monarca. Señores, si nuestra sumision á S. A. es sincera y leal, no podemos menos de concederle ese legitimo derecho de su soberanía.

—¡Es muy justo! murmuraron algunos grandes.

—No es sino un ardid, que yo y todos los mios combatiremos con todas nuestras fuerzas, dijo á esta sazón un nuevo personaje, que habiendo entrado en la cámara del consejo al comenzar este incidente, habia permanecido escuchando junto á la puerta sin llamar la atencion de los grandes congregados, que estaban distraidos en sus debates.

Todos volvieron el rostro hácia el recién llegado, que era un guerrero anciano y respetable, de magnífica presencia y talle esbelto y no doblegado por el peso de los años: llevaba la mano izquierda vigorosamente apoyada en la guarnicion de su espada, y en la derecha un baston de mando: su orgulloso continente y lucidas arneses revelaban en él á uno de los mas poderosos grandes del reino.

—¡El almirante! esclamaron á una voz con respetuoso acento varios de los nobles.

—Venís á tiempo, señor D. Fadrique, dijo el arzobispo Carrillo, mostrando al almirante un asiento á su lado.

Don Juan Pacheco temió que palideciera su estrella: D. Fadrique Henriquez, almirante de Castilla y padre de la reina de Aragon, era uno de los jefes de mas prestigio sobre los confederados, por lo mismo que se dejaba ver pocas veces entre ellos, y porque á su inmenso poder y grandeza reunia un carácter noble y recto. Él y *el buen conde* de Haro, padre de D. Pedro Velasco, de quien se ha hecho mencion en esta historia, eran de los personajes mas acatados por sus virtudes y entereza.—Ya sabe el lector que este D. Fadrique estaba de acuerdo con el arzobispo de Toledo, para casar á doña Isabel con D. Fernando.

Luego que el almirante hubo tomado asiento, le dijo el maestre:

—¿Tendreis á bien esplicarnos, señor D. Fadrique, cómo es que el rey se vale de ardidés para disponer, como es justo, de la mano de su hermana?

—Yo no he dicho que el ardid sea del rey. Todos sabemos lo que S. A. dispone. Lo que sostengo es que la cláusula que acabais de anunciar no se incluirá en el tratado de paz tal como ha sido espresada, ni los grandes que están presentes lo consentirán, sin ser ingratos y traidores á la noble infanta que les presta su generoso apoyo. Sí, señores, añadió con energía el almirante, faltariais á la ley de caballeros y abjurariais de los derechos que os conceden las leyes del reino si tal consintieseis. Las princesas de Castilla no se casan sin el acuerdo de sus grandes; y ese artículo que se pretende introducir en las capitulaciones, os priva de esa prerogativa, y deja á doña Isabel sin amparo. ¿Es así como debeis tratar á la mas digna heredera del trono de D. Juan II?

Un rumor de aprobacion se alzó en la asamblea, que casi unánime se adheria al parecer del almirante.—Don Juan Pacheco no se dejó intimidar; y deseando sacar algun partido de su causa desesperada, repuso:

—Entendámonos, señores: no se trata de oprimir á la infanta, ni de imponerle la voluntad del rey: S. A. quiere únicamente que su hermana no escoja marido que no sea de su agrado, y en esto usa de un derecho que cualquiera de nosotros tiene en su propia casa y familia. Para decirlo de una vez: algunos

magnates pretenden darla esposo sin el beneplácito del rey; lo cual, si se verificase, podria muy bien privar á doña Isabel de su derecho á la corona. Ved aquí como nadie ha pensado en dejar á la infanta sin amparo, antes se quiere que no llegue á faltarle.

El almirante y el arzobispo de Toledo se consultaron en voz baja, y el segundo dijo, poniendo el tratado sobre la mesa:

—Veo que estamos todos acordes en el fondo de la cuestion, y que solo diferimos en la forma. Por consiguiente, siempre que se salve la libertad de eleccion de la señora infanta, no habrá disidencia entre nosotros.

—La libertad de eleccion... murmuró D. Juan Pacheco: sí, sí, eso se sobreentiende.—Y acercándose al secretario, añadió:—¿A ver? Escribid.

Y dictó lo siguiente:

«Se concierta, otro si, de comun consentimiento, que la señora infanta doña Isabel habrá de casar con quien el dicho señor rey acordare et determinare de voluntad de la dicha señora infanta, et acuerdo et consejo de los dichos arzobispos de Sevilla, et maestre de Santiago, et conde de Plasencia.»

—Y de los demás grandes del reino, exclamó D. Fadrique.

—No hay necesidad de espresarlo, repuso el maestre, deteniendo la mano del secretario. Mediando la voluntad de la señora infanta, claro es, que ésta pueda elegir en su apoyo aquellos en quienes tenga confianza, para que acuerden con nosotros lo mas conveniente á su plena libertad. Incluirlos á todos, seria poner las cosas de modo que nunca llegásemos á entendernos.

—Yo creo, señores, que así queda bien, dijo D. Alonso de Fonseca.

—Soy de la misma opinion, añadió el conde de Plasencia.

—Pues bien, repuso D. Juan Pacheco: una vez que todos estamos conformes, firmemos, y negocio concluido.—Ahora tengo que anunciaros que el señor rey aguarda su querida hermana en el monasterio de Guisando: pasado mañana, lunes, si os parece bien, podeis concurrir allí, donde todos prestaremos el homenaje debido á la ilustre princesa de Asturias: se ratificará el

tratado, y no habrá mas discordia, que ¡por Dios! ya es tiempo de que vivamos en paz.

Luego que firmaron los tres magnates, se disolvió la asamblea. El maestre salió con su hijo el marqués de Villena, el cual le dijo:

—Mal negocio hemos hecho, pues habeis accedido á todo, y doña Juana queda escluida completamente...

—¡Doña Juana! interumpió el maestre. ¿Y qué me importa la Beltraneja?

—Ya; pero me habeis dado palabra...

—De arreglar las cosas del mejor modo posible; y te aseguro que han quedado perfectamente.

—Si doña Isabel cumple el tratado, será reina á vuestro pesar.

—Si doña Isabel lo cumple, lo quebrantaré D. Enrique, y si yo me empeño, ni él ni ella lo cumplirán. Déjame á mí, hombre; y no olvides que perro viejo todo es tretas.

Al anochecer de aquel dia se hallaban reunidos á orillas del Adaja, D. Diego Pacheco y D. Pedro de Fonseca. Despues de haber conversado largo trecho, el segundo dijo rechinando los dientes:

—¡No se saldrán con la suya, vive Dios! ¿Pasado mañana, me habeis dicho, es la jura de la princesa?

—Justo, el lunes.

—¿Sabeis dónde parará doña Isabel?

—Sí: Azhuma me ha dicho que ha resuelto hospedarse en la venta de Tablada.

—Está bien. ¡Adios, D. Diego!

—Mas..... ¿Qué pensais hacer?

—El tiempo os lo dirá. No me preguntéis nada, porque me está vedado hablar.

Los dos caballeros se separaron. Don Pedro se encaminó hácia un paraje solitario debajo de los muros de Ávila. Un bulto salió de entre las sombras y se dirigió hácia él.

—¡Guárdeos Dios, Abacuc! dijo D. Pedro. ¿Traeis lo que os he pedido?

—Aquí lo teneis, contestó el judío, presentándole dos frascos de vidrio, cuidadosamente tapados.

—Dadme el uno, y ya sabeis para quien es el otro.

Dichas estas palabras, D. Pedro se alejó, buscó su caballo, que estaba en un soto del rio, y partió hácia Cadalso. Abacuc se internó silenciosamente en la ciudad.

Á la una de aquella misma noche, D. Diego Pacheco, cuyos celos no habian bastado á calmar las protestas de D. Pedro Fonseca, se paseaba pegado á los muros del monasterio de Santo Tomás. Al llegar á la puerta escusada que conducia al jardin, la vió entornada, y se deslizó suavemente por ella sin producir el menor ruido.

La luna estaba vedada por algunas nubes, pero su escasa claridad permitió al jóven marqués percibir dos bultos que se movian entre los árboles: favorecido por la penumbra del callejon que mediaba entre el jardin y la puerta, pudo ocultarse y observar sin que le viesen. Pronto reconoció á Jarifa y Abacuc, que hablaban con mucho misterio. La jóven parecia resistirse á ejecutar una órden que el astrólogo la imponia, y don Diego la oyó decir:

—No: la infanta no es mi enemiga, ni á ella se estiende mi rencor.

El marqués se acordó de las palabras oscuras con que le despediera D. Pedro de Fonseca, y su corazon de jóven se sublevó contra la idea de un horrible crimen.

A poco la disputa entre Jarifa y Abacuc habia cesado: los dos se acercaron á la puerta, y D. Diego tuvo que contener la respiracion para que el judío no la sintiese en su rostro.

—Adios, Jarifa, le oyó decir: cumple tu deber: seis gotas en un vaso de agua..... Eso basta.

El astrólogo salió y Jarifa guardó en su seno un objeto brillante.

Al ir á cerrar la puerta, D. Diego la detuvo. La jóven reprimió un grito de sorpresa, y dando un salto se armó con un puñal, que llevaba oculto entre sus vestidos.

—Nada temais, Azhuma, dijo D. Diego.

—¡Ah! ¿Sois vos? repuso la mora completamente tranquila. Venid.

—Azhuma, todo lo he visto. Lo que ese hombre quiere de vos es infame, y vos no lo hareis.

—Lo que ese hombre quiere de mí lo manda la *Perpétua Noche*. Pero vos tambien lo reprobais; ¿no es verdad?

—Sí, lo repruebo, Azhuma, y estoy dispuesto á impedirlo.

—No es menester, replicó Jarifa.

Y sacando de su seno un pequeño frasco de vidrio, lo arrojó lejos de sí. El frasco dió contra el tronco de un árbol y se rompió, salpicando varias plantas con el licor que contenia.

—¡Oh! ¡noble criatura! exclamó D. Diego, tomando con efusion de amor una mano de la jóven. Por mí no temeis arrostrar las iras de la *Perpétua Noche*.

—No arrostro nada, D. Diego, contestó Jarifa esforzándose por aparecer tranquila. ¡Salid, salid!

Y sin soltar la mano del caballero, le condujo hasta fuera de la puerta, y cerró precipitadamente.

Al otro dia, todas las plantas que salpicó el licor del frasco arrojado por Jarifa, estaban marchitas.



CAPÍTULO XIX.

De como pudo ser nociva la gratitud.



LA víspera del 19 de setiembre, día de fausta memoria, porque en él se echaron los cimientos de la gran monarquía española y de la civilización moderna, llegaba un hombre, al parecer aldeano, á las inmediaciones del monasterio de Jerónimos de Guisando, situado en las faldas de la áspera sierra del mismo nombre, en los confines de las dos Castillas. El sol caminaba á su ocaso, y las sombras de la empinada montaña, que se alza á espaldas del convento, se extendía ya sobre el ameno valle, cubriendo las viñas plantadas por los monges en torno al parage, donde aun existen restos de los famosos monumentos romanos de toscas formas, designados por tradición con el nombre de toros; veíanse estas enormes moles de piedra envueltas en la media luz de la tarde, y semejantes á fantasmas de animales titánicos raros, mientras mas lejos, hácia el Mediodía y el Oriente, se divisaban, perfectamente iluminadas por los rayos del sol, las verdes colinas de Cadalso, las frondosas riberas del Al-

berche, y en lontananza, entre la húmeda neblina del río y las copas de los árboles, la torre de la villa de San Martín de Valdeiglesias; por último, limitaban el horizonte hacia el Norte las sierras de Ávila.

El aldeano evitó el encuentro de varios pajes de lanza y escuderos que se paseaban delante de la puerta principal del monasterio, y se dirigió hacia las huertas, que eran en aquel tiempo una mansión de delicias, donde los reverendos padres encontraban toda clase de frutas para su regalo y el de los viajeros que los visitaban. Dando la vuelta á la cerca que defendía dichas huertas por la parte baja, y entrando en los pinares, que cubrían la falda de la montaña, era posible entrar en ellas, aunque no sin despertar la vigilancia del hortelano.

Éste, en efecto, al ver acercarse al desconocido rústico, le gritó desde lejos preguntándole que buscaba.

—Perdonad, buen amigo, contestó el aldeano; pero si no me engaño, sois el hermano Buendía, de quien se dice que no hay pobre á quien no ayudeis.

—¡Hem! gruñó el viejo hortelano, cuyo mal humor era proverbial en toda la comarca: os advierto, hermano, que, si venís á pedir, yo no tengo facultades para nada. Eso á la portería.

—No es limosna lo que deseo, hermano, repuso el desconocido acercándose; hánme dicho que teneis mucho trabajo; vos contais ya algunos años de mas; yo soy jóven y robusto y pudierais emplearme en el cultivo de la huerta.

—Bueno seria eso, mozo; pero es menester proponerlo á los padres..... ¿Á ver? Venid acá. ¿Qué sabeis hacer?

El aldeano se aproximó mas al hermano Buendía, y entabló con él una conversacion amistosa, de la cual resultó que ambos quedaron acordes en ser compañeros de oficio. Cuando el jóven desconocido hubo ganado la confianza del hortelano, le dijo:

—Mientras hablais á los padres, bien pudierais hacer conmigo una obra de caridad.

—¿Cómo es eso? Ya os he dicho que yo no dispongo aquí de nada.

—Sin embargo, hermano; si quisierais, podriais dejarme coger una cesta de fruta para hacer un regalo.

—¿Eh?... Me gusta la idea. No, señor: no se puede tocar á una azufaiifa, ni coger una uva; mucho menos ahora que está S. A. el rey en el monasterio, y es menester obsequiarle con lo mejor.

—Cabalmente por eso deseo que me hagais este favor. Mañana, á mas tardar, llegará aquí su hermana la señora princesa, y ya comprendereis que haciéndola un presente, ó bien á alguno de los señores que la acompañan, sacaré una buena propina, que me obligo á partir con vos.

—¡Malo! ¡malo! Me quereis tentar por el interés: no, señor; yo no me dejo sobornar: yo soy muy íntegro y muy fiel.

—No ha sido ese mi ánimo, repuso el aldeano sonriéndose: he querido mostraros que sé agradecer los favores que se me hacen, y que no pienso en mí solo, sino tambien en mis amigos. ¿Con que me permitireis?...

—No puedo... Si los padres lo llegan á saber... Nada, nada.

—Lo siento; porque no es fácil encontrar frutas como las vuestras en muchas leguas á la redonda.

—Eso sí: la huerta de los PP. Jerónimos tiene la bendicion de Dios: en ninguna parte se crián melocotones mas gordos, ni peras mas esquisitas; ni en todos esos contornos se hallará una granada, pero aquí las tenemos hermosas y dignas de la mesa del rey. Mirad, mirad.

Y así diciendo, mostraba un magnífico granado, cuyas ramas se doblaban al peso de su fruta.

—No cabe duda que sois el mejor hortelano de España, hermano Buendía, Pues bien, oid: por media docena de esas granadas os doy un *enrique* de oro (*).

—Bien lo valen, contestó el hortelano, abriendo tantos ojos: pero no puedo venderlas.

—Os daré dos.

—¡Dos enriques! Me habeis engañado: no sois un pobre aldeano que busca trabajo.

—Eso no importa. ¿Me vendeis las granadas? Sí ó nó.

(*) Moneda equivalente á unos treinta y ocho reales vellon.

—Esperad... ¡Dos enriques!... No las vendo: sería un cargo de conciencia.

—Tomad tres, y si no queréis, me marchó, replicó el supuesto aldeano echando á andar.

—¡Diantre! no seáis tan vivo de genio. ¡Tres enriques!... Dadme cuatro, y coged la fruta que os agrade.

—¡Ah! ¡ya! en ese caso, no hablemos mas: cuatro enriques son mucho dinero para un pobre muchacho que desea obsequiar á su novia. Quedad con Dios.

—¡Esperad! exclamó el hortelano deteniendo al jóven. Ya me habia figurado que queriais la fruta para regalar á alguna moza; y por eso he dicho que me parece cargo de conciencia.

—Pues bien, hemos concluido...

—No: tomad, tomad lo que gustéis; pero no digais á nadie que la fruta es de aquí.

—Descuidad.

El fingido aldeano cogió lo que encontró mejor en la huerta, poniéndolo en una cesta que le dió el hortelano, entregó á éste los tres enriques de oro y salió. Luego que estuvo en un paraje solitario y oculto de la selva, que se alzaba detrás del monasterio, sacó de sus bolsillos un pequeño frasco de vidrio y un puñal, y escogiendo las frutas mas hermosas, les hizo en la corteza incisiones sutiles, é infiltró por ellas algunas partículas de un licor amarillo contenido en el frasco. Las granadas que llevaba eran un verdadero regalo regio, y en ellas se detuvo con mas cuidado, introduciéndoles el líquido por la flor.

Hecho esto, cargó con su cesta, y bajó al llano, dirigiéndose á la venta de Tablada, que se veia cerca de los famosos toros, al lado del camino de ambas Castillas. Era un edificio vasto y sólido, construido á la manera de las antiguas casas de solar, cuya fundacion debia remontarse al siglo XII ó XIII, y que pudo ser en su origen pertenencia de la noble familia que cedió á los monges el territorio de Guisando. Todavía conservaba saeteras y troneras en los gruesos muros, encalados á trechos por manos profanas, algunas almenas rotas, y á los lados de su puerta gruesas jambas de piedra toscamente labradas. Sobre el dintel

habia una pequeña imágen de S. Jerónimo, que indicaba ser el edificio propiedad del monasterio vecino, pero debajo de ella, y como objeto de la particular devocion del ventero, figuraba un S. Anton muy mal pintado en piel, con un mugriento farolillo delante. Penetrando en la venta, se encontraba un espacioso vestibulo, cuyos techos, de viejo artesonado de encina, conservaban restos muy deteriorados de pinturas, figurando ciervos con fabulosas cornamentas, jabalíes azules, caballos y caballeros de todos los colores del arco iris y muchos mas. El ancho patio y las inmensas habitaciones de esta casa confirmaban la idea de haber sido en otros tiempos mansion señorial, la que ahora servia de posada. No lejos de ella habia algunas mezquinas viviendas, restos de un villorio.

El aldeano llegó á la puerta, y se detuvo fijando sus miradas en un punto lejano del camino hácia el Norte, como si esperase la llegada de alguna persona; pero no viendo á nadie, pasó adelante llamando al ventero. Éste se presentó en seguida, y á su aspecto quedó sorprendido el rústico, y procuró disimular su turbacion.

—¿Qué se os ofrece? preguntó el ventero.

—Mirad, contestó el aldenano, ahuecando la voz: os traigo las mejores frutas que se crian en Castilla. Podreis comprármelas, y hacer un buen negocio, vendiéndolas caras á vuestros huéspedes.

—¿Á ver? ¿á ver? Son buenas y frescas, repuso el ventero, examinando las frutas. ¿Cuánto pedís por ellas?

—Os las daré baratas.—Mirad: hay aquí algunas que pueden presentarse á la princesa de Asturias.

—No digo que no: si nos arreglamos, probablemente las comerá esta noche, porque la estamos esperando. Con que decidme cuanto valen, que estoy de prisa.

—Dadme un enrique de oro y quedaos con ellas.

—¡Un enrique de oro! Si estuviere todavia en la venta del Puerco-cebado, os lo daria; porque allí no se encontraba una guinda por un ojo de la cara; pero aquí, que tenemos las huertas del monasterio que son la gloria de Dios.... No, no: diez reales de plata os doy, que ya es bastante.

—Dadme lo que queráis, y acabemos, replicó el fingido aldeano.

—¡Leandra! gritó el ventero, llamando á su mujer.

Nuestra conocida, la ventera del Puerco-cebado, acudió á la voz de su marido.

—¿Qué se os ocurre, maese Bonifacio? dijo la desenvuelta moza.—Y fijando la atencion en el aldeano, añadió:

—Yo he visto esa cara en otra parte.

—¿Qué has de haber visto! replicó Bonifacio.

—Te digo que sí: pero no puede ser: aquel otro era un hidalgo..... ¿No te acuerdas? El que te dió los diez ducados por ir á Segovia.

—Tienes razon que se le parece.

El villano permanecia entre tanto con los ojos bajos, dominando la turbacion que le causaba el exámen impertinente del ventero y su mujer.

—¡Ea! dijo con áspera voz. Despachadme pronto, pues la noche se nos viene encima, y tengo que ir á Cebreros todavia.

—Oye, Leandra, dale á este hombre diez reales de plata, y guarda esas frutas. Mira qué hermosas son, añadió Bonifacio, pesando con la mano las mas gruesas. Estas para obsequiar á la princesa, (¡Dios la bendiga!) Ponlas aparte, y no te las comas, golosa. Quiero que vea doña Isabel que somos agradecidos, pues ya sabes que desde que estuvo en nuestra casa, todo nos florece, y gracias á ella hemos podido cambiar aquella perlera del Guadarrama por este palacio.

—Tienes razon, marido, contestó Leandra.

Y pagando al supuesto villano, que se alejó sin aguardar á ser objeto de mas pesquisas, tomó la cesta y se internó en la casa, murmurando:

—Buena es la princesa; pero no tiene mejor boca que yo.

Bonifacio salió á la puerta, para mirar con ahinco hácia el camino de Ávila, por donde esperaba ver llegar á doña Isabel: habia recibido aviso, á fin de que tuviese dispuesta una habitacion para la infanta, y el buen hombre se impacientaba, temeroso de que no se realizase su fortuna.



La cesta de frutas.

[The text in this section is extremely faint and illegible. It appears to be a large block of text, possibly a list or a series of paragraphs, contained within a rectangular border.]

[Faint text at the bottom of the page, possibly a signature or a date.]

Era ya cuasi noche, cuando observó que salia mucha gente del monasterio, y aunque la distancia y la poca luz no le permitian distinguir bien las personas, le pareció que el rey estaba entre ellos.

Con efecto, D. Enrique acababa de saber que se habia divinado á lo lejos la comitiva de su hermana, y salia á verla llegar, tal vez con ánimo de recibirla cordialmente en sus brazos. Estaban con él todos sus amigos habituales, entre ellos los señores de la casa de Mendoza, que no aprobaban la reconciliacion del rey con los rebeldes, y eran adictos al partido de la guerra: reprobaban además el concierto que iba á celebrarse con doña Isabel, pues aunque no conocian aun sus bases, sabian lo bastante para presumir que seria desfavorable á la causa de doña Juana, que apoyaban abiertamente.

—No se puede negar que mi hermana se ha portado muy bien, Santillana, decia el rey al marqués de este título, y te confieso que tengo deseos de verla.

—Ciertamente que su conducta es apreciable, señor, contestó friamente el marqués; pero no ha hecho mas que cumplir con su deber.

—¿Y te parece poco? Yo me contentaria con que todos hiciesen otro tanto.

—Si nuestro consejo valiera, no habria quien os faltare al respeto. Pero dejando esto aparte, lo que yo veo es que la infanta está rodeada de vuestros enemigos, los cuales os imponen la ley. Lo que ha hecho vuestra hermana, ¿no puede considerarse mas como un rasgo de política, que como un acto de sumision?

—Hombre, hombre, no exageres las cosas. Si mi hermana no se hubiese sometido á mí, en lugar de venir los rebeldes á reconocer mi autoridad, tendríamos otra como la de Ávila y Olmedo.

El marqués se encogió de hombros, y repuso:

—¡Enhorabuena sea! No os fieis sin embargo de esos grandes que vienen á rendiros acatamiento.

—¿Cómo?... ¿sabes algo?

—Es un consejo que os da mi prevision.

En esto se vió bajar á los llanos la numerosa cabalgata que acompañaba á doña Isabel.

—¡Héla allí! exclamó el rey: cabalga bien mi hermana. ¡Pero, qué diablos! No parece sino que viene á sitiarme. ¿No ves, Mendoza? Trae un verdadero ejército. ¡Calla! ¿Y quiénes son aquellos que se apartan de su comitiva y se dirigen hácia nosotros?—Si no me engaño son el maestre de Santiago y el arzobispo de Sevilla... Sí, ellos son: tambien creo reconocer á mi mayordomo Cabrera. Vamos, respiro, don Juan Pacheco nos traerá noticias de esa buena gente, y nos dirá si es de paz ó de guerra. Digas lo que quieras, Mendoza, tengo horror á la guerra.

Don Juan Pacheco y las demás personas nombradas por el rey se acercaban á todo correr de sus caballos hácia el monasterio, seguidos de otros caballeros, mientras doña Isabel con su comitiva continuaba descendiendo á la llanura. No tardó en llegar el maestre á donde estaba D. Enrique, el cual le dijo:

—Veamos, D. Juan, veamos: ¿qué tenemos? Supongo que haremos las paces.

—Todo depende ahora de V. A. contestó el maestre echando pié á tierra.

—Si de mí depende, no habrá discordia. ¿Qué es menester hacer?

—Señor, tendremos que hablar despacio: aquí os traigo una copia del tratado, que habreis de ratificar. Entre tanto los confederados han resuelto quedarse por esta noche en la Tablada y Navahondilla, y esperan que mañana les dareis vuestro perdón, y declararéis á la señora infanta heredera del reino.

—¡Insisten en esa condicion! exclamó con ímpetu el marqués de Santillana.

—¡Paz! ¡paz, marqués! dijo el rey: eso era cosa convenida.—Y volviéndose á D. Juan Pacheco, añadió:—En ese caso, nada hacemos aquí: vamos adentro y hablaremos.

Doña Isabel pasaba en este momento por delante del monasterio: saludó con el pañuelo á su hermano, y éste le contestó afablemente, despues de lo cual se retiró con sus amigos.

La presencia de Andrés de Cabrera impedía al maestro y al rey entenderse con entera franqueza. Entraron ambos en un aposento, y hablaron largo rato sin testigos.

—El asunto es grave, D. Juan, dijo el rey, después de leer el tratado. Héme aquí otra vez en una situación como en la pasada de Segovia.

—Pues bien, acordaos de lo que entonces os dije. Nadie sabe lo que pasará mañana. Sufrid ahora las exigencias de esos señores, que ocasiones no faltarán de sujetarlos. Por de pronto se os declaran vasallos, lo cual sería imposible si no accedieseis á sus pretensiones. Prometedles todo lo que pidan, y después tiempo habrá de ir rebajando poco á poco, hasta que no quede nada.

—Sí, ya estoy en eso: pero si declaro á mi hermana princesa....

—¿Y cómo no hacerlo?

—Es claro. Pero, hombre, tú no te acuerdas nunca de lo otro.... La Beltraneja....

—Descuidad. Vuestra hermana os desobedecerá muy pronto, si yo no me engaño, y entonces....

—¡Ah! lo del matrimonio. ¿Y en qué estado está eso? Aquí no se habla de otra cosa: no parece sino que ya está todo hecho.

—Ahí teneis la confirmacion de mis pronósticos. Oponeos al matrimonio que concierta mi buen tío, sin contar con vos para nada, y estad seguro de que pronto será nulo cuanto aquí se haga.

—Tienes razon, y así lo haremos.

—Además, añadió el maestro, sacando una carta y presentándola al rey.—Ved aquí lo que me escribe el arzobispo de Lisboa.

—¿Qué dice? ¿á ver?

—Me participa que vuestro cuñado el rey D. Alonso, está decidido á pedirnos solemnemente la mano de la infanta doña Isabel, y á prestar su ayuda á su sobrina doña Juana, con tal que ésta se enlace con el príncipe su hijo.

—¡Qué coincidencial! exclamó el rey apartando indolente-

mente la vista de la carta. Lo mismo que nosotros habíamos pensado.

—Es decir, lo que vos pensasteis; no cabe duda que sois un gran político.

—Pues bien, hombre, bien. ¿Y cuándo envía su embajada nuestro cuñado?

—Ved el final de la carta. El arzobispo se pondrá en camino muy pronto, si no lo ha hecho ya, lo cual es muy posible.

—Perfectamente. Pero, dime, Pacheco: ¿todo esto no será origen de nuevos enredos y trastornos? ¿Podré acostarme á dormir tranquilo, y no soñar con ejércitos de rebeldes y otros embelecocos que me quitan la salud?

—Podeis vivir confiado en mí. Ahora no es como antes: venga lo que viniere, me teneis á vuestro lado, y ya sabeis que á mí no me arredran los peligros. Gracias á vos, soy doblemente fuerte, y puedo desafiar al mundo entero que contra vos se levantara.

—Gracias, D. Juan, eso me tranquiliza.

El resto de la velada se pasó en concertar los medios para llevar á cabo al dia siguiente la ejecucion de los principales artículos del tratado que no admitian demora, y la reconciliacion de los grandes con el rey.

Entre tanto doña Isabel reposaba de las fatigas de su viaje, conversando con sus amigas y servidores mas adictos. Contábanse entre las primeras, además de nuestras conocidas, algunas nobles dueñas de avanzada edad y carácter respetable, que se le habian unido en Ávila, y Mencia de la Torre; modesta y linda jóven rúbia, educada desde niña al lado de la infanta.—Jarifa estaba tambien á su lado, gozando del tierno afecto de su señora, que la consideraba con la solicitud del artista, que tiene entre sus manos un magnífico trozo de mármol de Paros, próximo á ser convertido por su habilidad en una brillante estatua. Doña Isabel no habia renunciado un momento á la idea, que concibiera desde un principio, de hacer á Jarifa cristiana, y estaba segura de conseguirlo con los dulces atractivos de su ejemplo y trato. Para presentarse á su hermano, á quien se afeaba el

favor que dispensaba á los infieles, habia dispuesto que la mora vistiese el bello y honesto traje de los castellanos, con el cual se realizaba notablemente su natural hermosura.

En toda la venta se notaba un movimiento solfícito que acompaña siempre á la presencia de las personas de alto rango, á quienes se sirve con amor y alegría. Bonifacio estaba fuera de sí de puro gozo, y andaba de una parte á otra dando disposiciones para la cena, y deseando que le mandasen, pero sin hacer nada de provecho. Su mujer mas activa y juiciosa, se movia menos, pero atendia infatigable á todos los quehaceres.

Ya se hallaba dispuesta la mesa de la infanta, en cuyo centro cuidó Bonifacio de colocar las mejores frutas compradas aquella tarde, que él mismo habia cuidado de escoger por su mano, haciendo notar estas circunstancias á las personas de la servidumbre de doña Isabel. Ésta se sentó á cenar, y al punto recompensó los afanes del sándio ventero, que, arrimado á la puerta de la estancia, escuchó de sus labios los elogios que ambicionaba. Pero en aquel momento la turbacion y el espanto se sucedieron súbitamente á su regocijo: unos gritos agudos, en los cuales reconoció la voz de Leandra, le anunciaron que era víctima de alguna desgracia.



CAPITULO XX.

Los toros de Guisando.



El amor conyugal no fué mas activo que la caridad para acudir al socorro de Leandra. Doña Isabel, que en los momentos de peligro ageno, se olvidaba completamente de su persona y rango, al oír los gritos angustiosos de la ventera, se levantó de la mesa, y estaba al lado de aquella antes que Bonifacio: todas las personas que la acompañaban y servían, corrieron en pos de ella imitando su ejemplo.

Leandra se hallaba sentada, con el rostro desencajado, y presa de horribles convulsiones.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡mi pobre mujercita! ¡Qué le ha pasado á mi Leandra! esclamaba el ventero dando vueltas alrededor, destentado y aturdido.

—¡Serenidad! ¡serenidad! dijo la infanta. Esto será un dolor que se pasará pronto. ¿A ver? Ayudad á esta pobre mujer para que repose en su lecho.

Jarifa estaba junto á la enferma, y la miraba con fija atencion.

—¿Qué ha comido esta mujer? preguntó.

—¿Qué ha de haber comido la pobrecita? contestó Bonifacio. En todo el día no ha hecho mas comida que el desayuno, y á mí me ha sentado perfectamente.

—No, repuso Jarifa haciendo un gesto de repugnancia al sentir el aliento de Leandra. Esta mujer ha tomado un tósigo...

—¡Un tósigo! exclamaron aterrados los circunstantes.

—La fruta... la fruta... balbuceó Leandra.

—¡San Anton bendito! ¡Ha comido la fruta, y Dios la castiga por golosa! prorumpió llorando Bonifacio.

—¿Pero no habrá remedio? dijo doña Isabel.

—Sí, todavía puede ser tiempo, contestó Jarifa.—¿A ver? Traed huevos y una escudilla.

—Bonifacio echó á correr, ligero como un gamo, y volvió á poco, trayendo lo que se le habia pedido. Jarifa rempió tres huevos, y dió á beber la clara á la enferma, que no tardó en sentir los maravillosos efectos de la albúmina, como antídoto el mas eficaz para neutralizar la accion de los venenos. Leandra se tranquilizó lo bastante para poder ir á acostarse sin auxilio de nadie, y con gran satisfaccion de todos los que presenciaban esta escena. La infanta se volvió á Jarifa, y quitándose un collar de perlas, le dijo:

—Toma, y guarda esta prenda de mi cariño, en premio de tu buena accion.

Jarifa se arrodilló conmovida, y tomó el collar, besando la mano de la infanta.

Leandra espresó sus temores de que todas las frutas que habia en la mesa de doña Isabel estuviesen envenenadas, manifestando que ella solo habia comido una manzana, y á poco habia sentido un trastorno espantoso en su naturaleza. Pidiéronse esplicaciones, tanto á ella como á Bonifacio, acerca de la procedencia de aquellas frutas; pero no fué posible saber con certeza quién era el villano que las vendió, y se dispuso enterrarlas para que nadie las aprovechase.

La noche se pasó sin otro incidente que merezca referirse. Jarifa estuvo al lado de la ventera, procurándole los auxilios que su estado requeria, y por las esplicaciones de ésta, com-

prendió la mora, que el autor de aquella tentativa criminal habia sido su antiguo amante D. Pedro de Fonseca, el cual obraria instigado, bien por la *Perpétua Noche*, bien por su imprudente celo en favor de doña Juana y su hija.

— El dia siguiente amaneció claro y sereno, como si Dios se complaciese en hermostear la aurora del mas glorioso reinado que ha existido en España. El campo intermedio entre el monasterio de Guisando y la Tablada ofrecia el espectáculo mas animado. Multitud de operarios se ocupaban en levantar un tablado y cubrirlo de ricos tapices, en presencia del numeroso acompañamiento de caballeros y soldados que habian venido siguiendo á doña Isabel y á los grandes, y de muchas gentes que acudian de todos los pueblos del valle. Sobre el cadalso se colocaron dos sillas y una mesa cubierta con un tapete de brocado, y encima de ella el libro de los Evangelios abierto, delante de un crucifijo.

Ya el sol radiaba esplendente casi en la mitad de su carrera, cuando el sonido de las trompas y clarines llenó con su armonía vigorosa el dilatado llano, levantando mil murmullos, que se confundieron en uno solo para convertirse despues en un religioso silencio. Por la colina del monasterio bajaba el rey á pié, vestido con su traje largo de corte, acompañado de sus grandes y precedido por dos maceros y dos heraldos: iban con él además algunos monges y uno de sus secretarios llevando en la mano el tratado de paz. De la venta salia al mismo tiempo la infanta con su numerosa comitiva de nobles, con sus damas y el arzobispo de Toledo, que no la abandonaba.

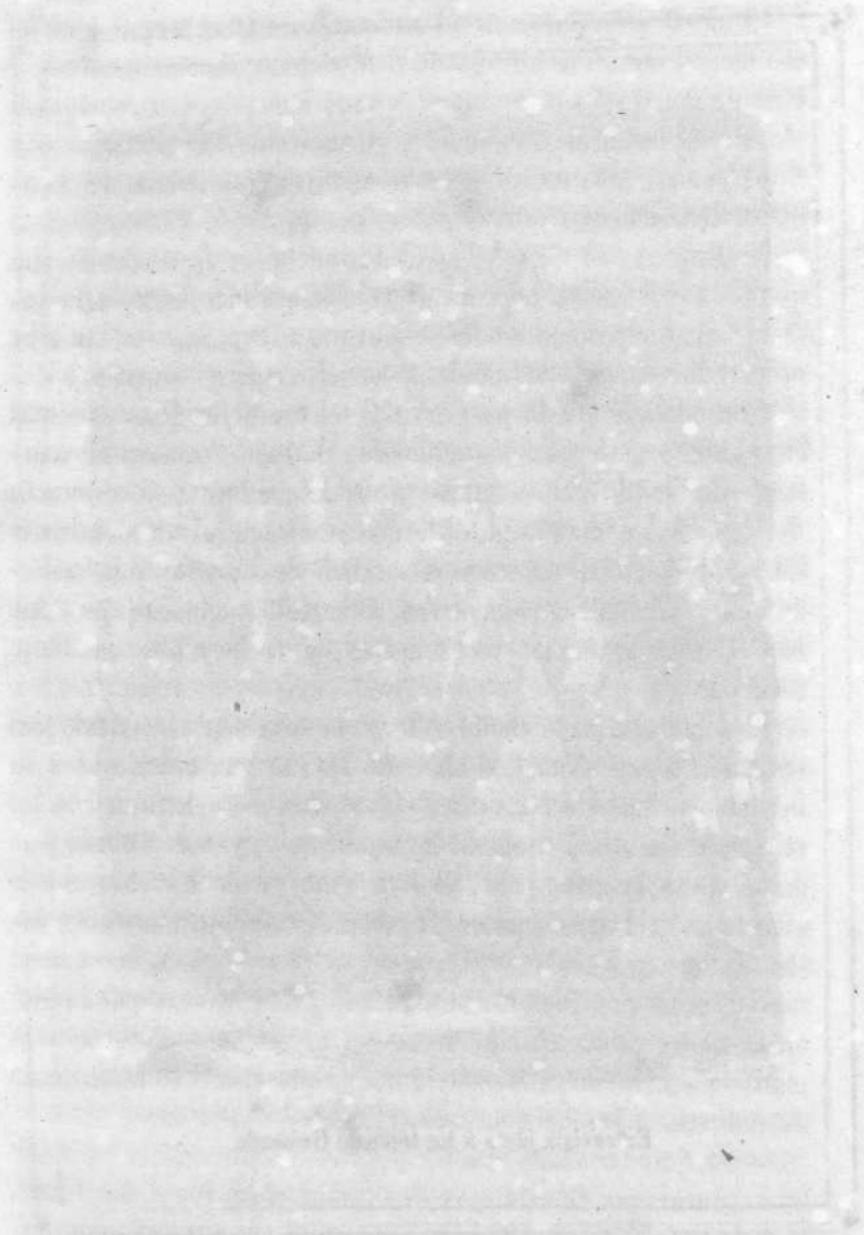
Los dos bandos avanzaron majestuosamente hasta encontrarse en la mitad de la llanura, y cerca del tablado; pero en aquel momento, doña Isabel, despreciando toda fórmula ceremoniosa, marchó hácia su hermano, que al verla se apresuró á tenderle los brazos. La infanta le dió los suyos, y exclamó:

— ¡Feliz puedo llamarme hoy que os veo reposar sobre mi corazon, hermano mio!

— Bien venida seais, hermana, contestó el rey con aquella sequedad invencible, que era la espresion necesaria de su espíritu gastado y frio.



Entrevista junto á los toros de Guisando.



El maestro de Santiago, el secretario de D. Enrique y algunos otros grandes se agruparon detrás de su señor, mientras al lado de doña Isabel se colocaban sus damas, el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia y el almirante Henriquez.

—Vamos, señores, vamos arriba, dijo el rey señalando el caldoso. Despachemos pronto.

No cansaremos al lector con largos detalles de las ceremonias que en aquel campo memorable se celebraron. El rey y la infanta tomaron asiento en las sillas que para ellos habian sido preparadas. Las damas de doña Isabel ocuparon su puesto detrás de ella, el arzobispo Carrillo, el conde de Plasencia y el almirante se pusieron á su izquierda: D. Juan Pacheco, el arzobispo de Sevilla, el secretario y otros caballeros, á la derecha del rey. Los demás grandes formaban círculo al pié del tablado, y los hombres de armas separaban de aquellos á la multitud del pueblo. Los ministriles á caballo impusieron silencio con el toque agudo de sus trompetas, y los heraldos mandaron escuchar.

El secretario se adelantó y leyó en alta voz el artículo del tratado, segun el cual se obligaba D. Enrique á declarar á su hermana princesa de Asturias y única heredera legítima de los reinos de Castilla y Leon. El rey se levantó, y acercándose á la mesa, puso la mano sobre el Evangelio: doña Isabel se colocó á su lado, y el arzobispo de Toledo le tomó el juramento en estos términos:

—¿Jurais por Dios Nuestro Señor, uno y trino y por su gloriosa madre Santa María, reconocer y sostener á vuestra hermana la señora doña Isabel, que está presente, como princesa de Asturias y heredera de estos reinos?

—Sí, juro, contestó el rey.

—¿Jurais por la salvacion de vuestra alma que doña Juana, hija de la reina vuestra esposa, no es hija vuestra: ni como tal tiene derecho á heredar de vos la corona de Castilla y Leon?

—Sí, juro, dijo el rey con voz débil.

En seguida tomó el prelado la mano de la princesa, y poniéndola sobre el libro sagrado, la hizo jurar á su vez que aca-

taria las leyes del reino como heredera de él, y sostendría sus legítimos derechos, debiendo respetar y obedecer al rey su señor, en lo que no contrariase á la voluntad segun los tratados y en cuanto no fuese opuesto á las leyes mismas que debia cumplir. Hecho esto se volvió al rey, á quien pidió la vénia para la aclamacion, y obtenida que fué, mandó á los heraldos gritar:

—¡Viva el señor rey!—¡Viva la señora princesa!—¡Viva la legítima heredera de los reinos de Castilla y Leon!

Los grandes y el pueblo contestaron con entusiasmo á esta triple aclamacion, y en seguida los primeros fueron llegando de dos en dos á prestar juramento de fidelidad y á besar la mano al rey y á la princesa, que habian recobrado sus respectivos asientos.

Concluida esta larga ceremonia, se leyeron los demás artículos del tratado, y habiendo mostrado su conformidad, el rey, que no pensaba en disimular su cansancio, se levantó diciendo:

—Si os parece, señores, iremos á reposar, y esta noche examinaremos todo eso detenidamente.

—Os ofrezco, si gustais, señor, mi palacio de Cadalso, repuso el maestre de Santiago. Allí estareis con mas comodidad.

—Bien pensado es eso, dijo D. Alonso Carrillo, marcando con intencion sus palabras. Así, tal vez, sabremos el parecer del señor marqués de Santillana, sus hermanos y deudos, que presumo no dejarán de estar allí al lado de S. A.

—Estraño es en verdad, añadió D. Fadrique Henriquez, que no hayan concurrido á esta jura los señores de la casa de Mendoza, siendo los depositarios de la niña doña Juana.

—Señores, respondió el rey: me inclino á creer que Santillana y sus parientes acatarán lo que yo determine. Tranquilizaos, pues, y que la ausencia de esos buenos amigos no altere nuestra concordia.

Dicho esto, D. Enrique tomó de la mano á la princesa y bajó con ella del cadalso. Ya les aguardaban sus caballos ricamente enjaezados, como tambien los suyos á todos los grandes y demás personas de ambas comitivas, que acto continuo empen-

dieron su marcha hácia el inmediato lugar de Cadalso entre las aclamaciones de la multitud.

El rey, la princesa y sus mas inmediatos amigos se hospedaron en el palacio de D. Juan Pacheco, edificio gótico, construido al poniente de la poblacion donde hoy está el de los duques de Frias, y guarnecido como una fortaleza. Despues de haber comido, volvióse á tratar de los asuntos pendientes entre D. Enrique y su hermana, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el maestre de Santiago y los condes de Plasencia, de Benavente y de Miranda.

No obstante la predisposicion pacífica de D. Enrique, D. Juan Pacheco hizo que se acalorasen los ánimos en tales términos, que doña Isabel creyó prudente retirarse con sus amigos á pasar la noche en la Tablada. Sin embargo, el rey firmó el tratado, sin enmandar nada, y su hermana espresó su intencion, de no quedarse en el palacio del maestre, en términos corteses y de suerte que á nadie pudiera ofender.

—Son muchas, dijo, las personas que me acompañan, y aunque conozco los buenos deseos del señor maestre, no puedo consentir en serle molesta, quedándome esta noche en su casa.

—¡Oh, señora! exclamó D. Juan Pacheco: la casa es grande, y á Dios gracias, nó faltan medios para albergar á todos.

—Quedo agradecida á vuestras bondades, señor maestre, y aunque no dudo que podeis hospedarnos á todos, estando solo mi señor hermano, será mejor atendido. Lo hago por él

—Sea como gustéis, replicó D. Juan. En ese caso permitid que os acompañen algunos de los míos.

El maestre llamó en seguida á su hijo D. Diego, y hablándole en secreto, le dijo:

—Toma diez ó doce hombres de armas y acompaña á la princesa. Si se queda en la Tablada despídete de ella, y no te apartes mucho de aquel lugar. Si durante la noche hiciesen algun movimiento sus gentes, obsérvalo; y si ella misma se marchase, avísame y síguela.

Doña Isabel se despidió de su hermano hasta el otro dia y se retiró con su gente y la del marqués de Villena.

El maestro llamó en seguida á D. Enrique y le dijo:

—Vuestra hermana es el lazo con que podeis tener atados á los rebeldes. ¿Qué pensais hacer de ella?

—Hombre, haremos lo que te parezca.

—Me parece que lo mejor es tenerla guardada.

No te entiendo. Prenderla seria un disparate.

—No se trata de eso: como heredera del reino, debe estar á vuestra disposicion. Mandadle que os siga.

—¿Y á dónde la llevaremos?

—A donde esté segura. Por ejemplo, á mi villa de Ocaña.

—Bien, eso haremos.

—Además conviene pensar en repartir algunas mercedes: al conde de Plasencia podeis hacerlo duque de algo, y al mayordomo Cabrera se le puede nombrar alcaide de Segovia.

—¡Que me place! Así me vengaré de esos Arias, que tan mal se han portado en la tenencia de aquella ciudad.

Durante este tiempo, el marqués de Santillana, sus hermanos el obispo de Sigüenza, y los condes de Tendilla y de Coruña, con otros caballeros, entre los cuales nombraremos al jóven D. Pedro de Fonseca, estaban reunidos á puerta cerrada en una celda del monasterio de Guisando.

—El rey ha puesto el sello á su deshonra, decia D. Diego Hurtado de Mendoza; pero nosotros seremos leales á su pesar, y no consentiremos que prevalezca nada de cuanto hoy se ha hecho. La princesa doña Juana está en nuestro poder, y no habrá fuerza ni autoridad que nos la arrebaten. Formaremos un muro con nuestros pechos en torno de la princesa, y la pondremos en el trono sobre nuestros hombros.

—Yo, hermano, dijo el obispo D. Pedro Gonzalez, seguiré vuestra bandera, pero dudo que sean muchos los que nos ayuden: tanto escándalo se ha dado ya, que la causa de la infeliz princesa doña Juana, no es nada popular.

—Nos ayudarán todos los hombres que tengan en algo la dignidad del trono, y esto nos basta. Por otra parte, yo cuento con el maestro de Santiago y su hijo el marqués de Villena; cuento con todos esos nobles que se arriman al sol que mas ca-

hienta, y cuento, en fin, con las armas de Portugal, que no sufrirá se deshonre á la hermana y á la sobrina de su rey. Las cosas han llegado á un punto en que es forzoso quitarse la máscara del disimulo, y luchar abiertamente contra la usurpacion. La causa de doña Juana no es popular, porque no tiene campeones que la defiendan. Salgamos al palenque, arrojemos el guante, y el mas valiente es el mejor.

—Es cierto, repuso D. Pedro de Fonseca. No podemos quejarnos de la fortuna, mientras no la tentemos. La reina tiene toda su confianza puesta en nosotros, y no seriamos nobles y caballeros si la abandonásemos sin pelear. Retemos á esa catterva de esclavos, que se arrastran cobardes á los piés de doña Isabel.

—Señores, dijo el marqués de Santillana. Ya que estamos reunidos, empecemos haciendo algo. No basta para mostrar nuestra reprobacion á los actos ejecutados hoy el que hayamos dejado de asistir á ellos. Es necesario protestar solemnemente.

—¡Sí! ¡sí! ¡es preciso! exclamaron los demás.

—Pues bien, esperad, dijo el marqués.

Y tomando un pergamino y pluma, escribió:

«La siempre leal la casa de Mendoza, y con ella todos sus «deudos, allegados y amigos, protestan delante de Dios y de «los hombres, contra los actos solemnes celebrados por el rey «D. Enrique y sus parciales, y la infanta doña Isabel y los suyos, en el campo de los Toros de Guisando, hoy 19 de setiembre del año 1468. Declaran indigno de la magestad real el «otorgamiento hecho por el dicho señor rey de sus derechos «hereditarios á la corona de Castilla y Leon en favor de la dicha infanta su hermana, y en perjuicio de su legítima hija la «princesa doña Juana. E por ende juramos que no reconocemos «la sucesion otorgada á doña Isabel, á quien haremos guerra «como usurpadora. E sostendremos todo lo susodicho, é desde «hoy para siempre retamos y desafiamos á quien lo contrario «dijere, como á felon y traidor á su rey é á su patria.»

El marqués leyó á sus parientes y amigos este presuntuoso cartel, que fué muy aplaudido, y luego dijo:

—Esto es menester clavarlo esta noche en la puerta de la habitacion de doña Isabel. ¿Quién se encarga de ello?

—¡Yo! exclamó D. Pedro de Fonseca tomando el cartel.

—Iremos todos, dijo D. Iñigo Lopez.

En seguida salieron atropelladamente del convento, y se encaminaron hácia Cadalso. Era una noche de luna bastante clara, pero nebulosa. Cerca de la venta de Tablada los nuevos rebeldes encontraron á D. Diego Lopez Pacheco, el cual les dijo donde se aposentaba la princesa.

—Tanto mejor, contestó D. Pedro de Fonseca: nos ahorramas de la mitad del camino.

Y saltando del caballo se embozó en su capellar, y seguido de otros seis, se dirigió á la venta.

Luego que estuvo cerca, suplicó á sus compañeros se detuviesen, y adelantándose solo hasta la puerta, pasó el cartel con su puñal y lo clavó en ella.

Por la mañana entregaron á doña Isabel aquel pergamino. La princesa lo leyó sonriéndose, y mandando á Beatriz de Bobadilla guardarlo en su equipage, dijo:

—¡Los Mendozas rebeldes!... ¡Qué ocurrencia! Cuando yo sea reina, he de sacar de su familia alguno de mis consejeros.





MILICA

Un embozado clava un cartel en una puerta.

CAPITULO XXI.

De un regalo que recibió la princesa, y otras cosas que verá el lector.



Divididos en dos cuerpos permanecieron algunos días los amigos de D. Enrique y doña Isabel, no obstante que estos se comunicasen con frecuencia y procurasen acelerar la efusion de las voluntades. Habia, sin embargo, elementos de discordia suficientes para impedir que se estableciese la paz en sólidas bases, y no faltaba quien cuidase de mantener vivo el fuego de las pasiones, aprovechando al mismo tiempo los nuevos gérmenes de division y descontento.

El rey habia obtenido de su hermana el consentimiento de seguirla á Ocaña, villa del maestrazgo de Santiago, y por lo tanto perteneciente á D. Juan Pacheco, y éste que, como ya sabemos, fué el que aconsejó esta medida, habia hecho cundir la voz, por medio de sus gentes, de que D. Enrique trataba de sujetar á la princesa, para imponerla su voluntad. Hablábase sin la menor reserva de su proyectado enlace con el rey de Portugal, enlace que se sabia la repugnaba, pues ya lo habia rechazado terminantemente una vez, y sin embargo se guardaba con ella el mas profundo silencio

sobre este particular, como si se quisiese dar á entender que no se hacía ningun aprecio de su repugnancia ó beneplácito.—Llamaba la atencion, por otra parte, la circunstancia de haberse unido á la corte la familia de Mendoza, cuya protesta contra los actos realizados en los Toros de Guisando era un hecho público, á la vez que permanecía en su poder y guarda doña Juana la Beltraneja, sin que el rey, á pesar de haber sido amonestado por el conde de Paredes y otros grandes, pensase en recogerla, segun lo tratado, ni menos en solicitar su divorcio con la reina.—Inferíase de aquí que D. Enrique no estaba dispuesto á cumplir su palabra empeñada, y que solo se habia comprometido para contemporizar con los rebeldes y privarles del mas poderoso medio de accion, apoderándose de la princesa.

Y así era la verdad: pero D. Juan Pacheco, no contento con haber infundido estas sospechas, dió un paso mas para producir el convencimiento, haciendo que el rey quebrantase espresamente el pacto. Era una de sus estipulaciones que, olvidando todo lo pasado, se conservase á cada cual de los grandes y nobles en el puesto que antes de la rebellion le correspondiese, y en los que durante ella hubiesen ocupado. Una de las familias de quien mas resentido estaba el rey, era la del arzobispo de Segovia D. Juan Arias, cuyo hermano D. Pedro disfrutaba la tenencia de aquella ciudad: procedia su resentimiento de antiguas desavenencias, por las cuales los hermanos Arias entregaron la plaza al príncipe D. Alfonso, como se dijo en su lugar. Ensayarse contra esta familia, que habia prestado el último servicio á los rebelados, y que estaba estrechamente relacionada con el arzobispo de Toledo, era dar el paso mas impolítico, descubriendo un rencor mezquino en el pecho del rey, que habiendo jurado perdonar, faltaba precisamente á su palabra y trato contra sus mas inmediatos ofensores. Pero así se daba con mas ruido la voz de alarma, y se atacaba á los amigos del principal caudillo de la rebellion, y esto era lo que mas convenia al maestro de Santiago. Faltábale introducir la discordia entre los partidarios de doña Isabel, y al paso que persuadia al rey que quitase á Pedro Arias Dávila y á sus deudos la tenencia de Se-

govia, le aconsejaba la diese con la alcaidía del alcázar al mayordomo Andrés de Cabrera: por medio de esta hábil combinacion, se prometia D. Juan Pacheco ganar la voluntad del fiel amigo de la princesa, de cuyo lado le apartaba desde luego para favorecerle.

Conforme lo propuso el astuto valido, así se hizo. Pedro Arias fué llamado al palacio del maestro, y detenido en él, se le obligó á firmar la entrega de la ciudad y fortaleza á su sucesor, á quien se dió la órden de ir á tomar posesion de su destino. Andrés de Cabrera no podia negarse á obedecer al rey, pero á pesar de su deber y del honor y ventajas que le resultaban de este adelanto, pasó á consultar la voluntad de la princesa.

Ésta se hallaba en aquel momento en secreta conferencia con su capellan Alonso de Coca, el cual acababa de llegar de su largo viaje. Sentada junto á una mesa, con la barba apoyada en la palma de la mano, escuchaba con la mayor atencion á su amigo, que la decia:

—La eleccion no puede ser dudosa para vuestra señoría, como no lo ha sido para mi señora la reina vuestra madre, ni para mí. El príncipe francés, ni por su persona, ni por su carácter es siquiera comparable al bizarro príncipe D. Fernando: enfermizo y débil, es además contrahecho de las piernas, y blando de ojos, de tal manera que ni resiste el calor ni la fatiga; la agitacion de un torneo basta para quebrantar su salud escasa, y mal podria soportar los duros trabajos de la guerra.

—¡Enfermizo y contrahecho! repitió la princesa. ¿Y su carácter...?

—Cual puede ser el de un hombre doliente, que por su nacimiento es superior á todos, y que, sin embargo, tiene que envidiar al último de sus servidores. Además, señora, el duque de Guiena se ha criado en la corte suspicaz é hipócrita de su hermano, lo que ha comunicado á sus modales un tinte repugnante de sombrío disimulo que de ningun modo podemos sufrir los que estamos acostumbrados á la leal franqueza castellana. Es el carácter del príncipe una mezcla de flaqueza y orgullo, de concentrado despecho y crueldad cobarde, que aleja de él to-

das las simpatías y le hace inaccesible hasta á los halagos de la adulacion.

—¡Basta, basta! exclamó doña Isabel, resistiéndose á oír el exagerado retrato que hacía del príncipe francés, Alonso de Coca.—¿Sin duda no se le parecerá á mi primo D. Fernando?

—Seguramente no. Es un arrogante jóven, derecho y bien formado, ágil á pié y á caballo, y siempre apto para la actividad y la fatiga. Cuando me presenté en su campo, se disponia para combatir á los enemigos de su padre, que, capitaneados por el duque de Anjou, venian contra Cervera. ¡Cuánto me acordé de vos en aquellos momentos! Si hubieseis estado en mi lugar, habríasle visto en consejo en medio de sus capitanes, que el mas jóven pudiera pasar por su padre: le habriais oido hablar á los ancianos con respeto, sin menoscabo de su dignidad, y discurrir con la profundidad y el acierto de un general encanecido en los campos de batalla.

—¡Oh! exclamó la princesa. Decidme la verdad, amigo mio, y nada mas que la verdad. Don Fernando es el héroe de mis sueños desde que la casualidad nos hizo encontrar en el camino de Segovia aquel soldado que nos habló de sus hazañas. Mi imaginacion me lo finge bello y noble á la manera del Cid Campeador; si despues de conocerle aparaciase á mis ojos diferente del hombre que imagino, mi corazon padeceria mucho. Así pues no me oculteis sus defectos, si los tiene, porque he decidido no dar mi mano sino al original verdadero del retrato que hay grabado en mi entendimiento; quiero un esposo fiel, valiente, emprendedor, sediento de gloria, de virtud y de justicia, y que sea capaz de identificar su alma con la mia.

—Todo eso es de esperar de vuestro ilustre primo, contestó Alonso de Coca con acento de conviccion, á pesar de que no creia fuese tan perfecto el príncipe como doña Isabel lo deseaba.—¿Quereis que os dé una muestra de su bello carácter? continuó: pues bien, oid. Cuando me presenté á S. A. para saludarle en nombre de su ilustre abuelo el señor almirante, al punto me mandó sentar á su lado, como ahora se digna consentirlo vuestra señoría, y á las pocas palabras me habló de vos.

—¡De mí!

—¡Oh! ¡y con cuánto placer le escuché hacer el mas bello elogio de mi señora!— «En medio del estruendo de las armas,— me dijo,—ha llegado hasta mí la clara fama de mi amada prima, como si un rayo de sol hubiese penetrado á través de una tempestad. Si volveis á Castilla, decidla que su generoso desprecio de la corona que la han ofrecido, ha llenado de gozo mi corazon, recordándome la noble conducta de Fernando el Grande, mi heróico abuelo, el conquistador de Antequera, el que tambien rehusó la misma corona, para mantenerla en las sienes de su sobrino, y padre de ella.»

—No me digais mas. Fernando piensa como yo, siente como yo, y como yo busca el pasto de su alma en el recuerdo de los héroes. ¡Oh! Ayude Dios nuestra union, y el leon castellano despertará de su latargo.

—Confio en Dios que os ayudará, señora, repuso el capellan, escitando por grados el entusiasmo de la princesa. Vuestra union con el jóven príncipe D. Fernando ha de ser la base del engrandecimiento de Castilla, y la aurora del dia suspirado en que flote triunfante para siempre el sagrado estandarte de la cruz. Dios habla á los corazones generosos, y les inspira nobles ideas, que son los presagios de sus altos designios. Esa predileccion con que mirais á vuestro primo sin conocerle, ¿qué es sino un presentimiento del favor de Dios? Ese lazo misterioso de dos corazones grandes, únicos tal vez en su clase entre todos los que hoy alientan, ¿no es prenda de una predestinacion providencial, de un porvenir venturoso que ya se agita, próximo á nacer en el seno del Altísimo? Porque, señora, tal vez no habeis pensado en una cosa: la union de Aragon y Castilla debe reproducir en grande escala el feliz suceso que realizó en su tiempo la virtuosa reina doña Berenguela; debe robustecer las fuerzas de la cristiandad, como en el reinado de San Fernando, haciendo de ambos reinos uno solo, grande y temible con el enlace de los poderes y las voluntades.

—¿Y podeis creer que no he pensado en eso, amigo mio? No se me ocultan, no, las ventajas políticas deesa alianza, y ellas

son el estímulo mas vehemente para dar vigor á mi decision. Con ellas creo poder inclinar las miras del rey mi hermano hácia mis simpatías; porque aun antes de que él fallezca, espero fortalecer su autoridad deprimida, y asegurar la paz á sus posteriores años.

—Noble aspiracion es esa, y Dios la premiará. Pero aun no he concluido de daros cuenta de mi encargo, y no dudo que os será grato lo que me resta deciros.

—Hablad, hablad.

—Mi conversacion con vuestro ilustre primo se prolongó desde el momento en que se trató de vos, y como S. A. no simulaba la complacencia con que me oia referir vuestros elogios, llegué á contarle hasta el lance aquel que os ocurrió el dia que huisteis de Madrid. Le dije cómo conquistasteis la Alhambra de Granada en la sierra de Guadarrama.....

—Hicisteis mal: se habrá reido de mí, creyéndome una niña informal y casquivana.

—Lo que pensó de vos no lo sabré decir: solo puedo aseguraros que, lejos de reirse, me oyó con grave silencio, no me contestó una sola palabra, y solo al separarnos me previno que antes de partir para Castilla, fuese á despedirme de S. A.

—Y entonces, ¿qué os dijo?

—Me entregó una caja para vos, en memoria de vuestra conquista de la Alhambra, y héla aquí.

El capellan sacó una cajita de madera de sándalo chapeada de oro, que era obra de los mejores artistas catalanes, y la presentó á doña Isabel.

—¿Qué es esto? preguntó la princesa, tomándola y apresurándose á abrirla con la curiosidad propia de toda mujer.

—Es un regalo que vuestro escelso primo ha hecho labrar para vos á sus propios enemigos.

Una exclamacion de sorpresa se escapó de los labios de doña Isabel. La caja contenia un collar magnífico de perlas y piedras preciosas, el cual rodeaba á una hermosa granada de filigrana de oro, guarnecida de diamantes y rubíes, y coronada por una cruz.

—¡Oh! ¡Qué delicado presente! dijo: ¡qué deliciosa alegoría!.....

—¡Y qué pensamiento tan feliz!.... añadió el capellan. ¡Quiera Dios que esa granada traiga otra mas preciosa á vuestras manos!

Doña Isabel tomó la joya, y besando la cruz que habia sobre ella, con transportes de júbilo, exclamó:

—¡Bendita sea la mano que aquí te puso, signo de redención! ¡No se cierren mis párpados hasta que yo te vea sobre aquella Granada donde hoy moran los últimos enemigos de mi fe y de mi patria! Si algun dia descansa en mis sienes la corona de Castilla, yo tejuero llevarte en triunfo hasta mas allá de los mares.

—¡Ojalá cumplais pronto vuestro juramento! dijo enternecido Alonso de Coca; y sea en union con el mas insigne príncipe que hoy existe en Europa.

En este momento se oyó fuera de la estancia la bronca voz del arzobispo de Toledo, que parecia disputar con Andrés de Cabrera.—De pronto se abrió con ímpetu la puerta, y apareció en ella el primado, seguido de su familiar Alonso de Palencia, del conde de Paredes, y su hermano Gomez Manrique, jóven poeta y caballero al servicio del arzobispo. Venian detrás, con mas mesura y respeto, el jóven alcaide de Segovia y un noble aragonés, rubio y de bella presencia, el cual se detuvo á la entrada, esperando la órden de adelantarse.

—¡No lo consentiré, no! entró diciendo el arzobispo. Si piensan que lo tratado es un juego de niños, se equivocan: ó han de cumplirlo como se debe, ó volveremos á los campos de Omedo.

—¿Qué es esto, mi respetable amigo? preguntó la princesa. ¿Qué sucede?

—¡Qué sucede!—Venid, Cabrera, y decid á la señora princesa lo que sucede.

Andrés se adelantó y hecha una profunda reverencia, dijo:

—Señora, el rey me ha confiado la tenencia de Segovia y su lacázar.

—¡Privando de ella á mis amigos los Arias! interrumpió D. Alonso Carrillo. Pero yo no lo consiento, porque esto es una indigna venganza, una infraccion de lo tratado hace ocho dias. Verdad es que el rey está resuelto á faltar á su palabra en todo, pero yo tambien lo estoy á impedirlo.

—Sosegaos, ¡por Dios! señor arzobispo, dijo la princesa. No demos escándalo, mientras podamos evitarlo. El rey quita un puesto á uno de nuestros amigos, para darlo á otro que no lo es menos. ¿Perdeis algo en el cambio?

Al hablar así doña Isabel, sabia que usaba el lenguaje debido al carácter interesado del arzobispo, quien, convencido con el peso de la razon de utilidad que acababa de darle la princesa, repuso:

—No niego que sea tan amigo nuestro Andrés de Cabrera como Pedro Arias, ni desconozco que nadie podria reemplazar á éste con tanta ventaja para nosotros como el sugeto nombrado; pero sabed que lo que se quiere es dar el primer paso para quebrantar lo pactado. Mañana os faltarán á vos misma á la fe jurada, y para que no llegue ese caso, debemos impedir todo mal precedente.

—Yo, señora, dijo Andrés de Cabrera, he venido á recibir vuestras órdenes, decidido á guiarme por vuestro consejo: si me mandais obedecer, obedeceré; si es vuestra voluntad que renuncie, dejaré el puesto á otro.

—No, contestó la princesa: mi voluntad es que acateis las órdenes del rey: sean cuales fueren debeis obedecer.

Y como viese que el arzobispo se disponia á replicar con su acostumbrada energía, se inclinó á su oido, y le dijo:

—Lo que el rey ha hecho, hecho se quedará; y si Andrés de Cabrera renuncia el puesto que le dan, podrá tomarlo un enemigo nuestro.

—Eso es verdad. Pero, señora, ¿debemos sufrir que se viole un tratado reciente? ¿No estais viendo que vuestro hermano se olvida de las estipulaciones juradas, como si á nada se hubiese obligado? ¿No intenta guardaros como prisionera en Ocaña? ¿No está concertando vuestro enlace con el rey de Portugal, sin

daros cuenta siquiera de lo que tanto os interesa? ¡Oh! no dudeis que, si ahora empieza por vengarse del alcaide de Segovia, pronto concluirá por imponeros su voluntad, quitándoos hasta el título de princesa heredera que tan merecido tenéis.

—Descuidad, el rey no dispondrá de mi mano contra mi voluntad, ni de él depende levantar el pleito homenaje que me ha prestado la grandeza castellana. De lo primero es suficiente garantía mi palabra, porque yo lo he dicho, y mi espíritu está ya decidido: la lealtad de los nobles me responde de lo segundo. Mas para que esta no me falte, procurad no cansarla; no agoteis su calor natural en sostener derechos de poco momento, porque podriais hallarla fria cuando se tratase de cosas mayores.

El arzobispo quedó admirado de la certera penetración de la princesa, y no replicó; pero dijo sin embargo:

—Con efecto, conviene guardar nuestra energía para cosas mayores, con tanto mas motivo cuanto no está lejano el momento en que necesitaremos desplegarla toda. Dentro de poco, á pesar de nuestra decision, sereis violentada, no lo dudeis, privándoos de todo derecho en la eleccion de esposo.

—¿En qué os fundais para creerlo así?

—Señora, dijo á esta sazón el conde de Paredes: no se habla de otra cosa en la corte de vuestro hermano. Además el mio, que está presente, ha recibido cartas de Portugal que anuncian una solemne embajada para solicitar vuestra mano.

—Y yo, añadió Alonso de Palencia, tengo noticias de Francia, que afirman lo mismo respecto al duque de Guiena.

—Ni el duque de Guiena, ni el rey de Portugal obtendrán mi mano. Pero... añadió la princesa en voz baja; observo que nos está escuchando un extranjero. ¿Quién es ese sugeto?

—¡Ah! exclamó el arzobispo: es un embajador del rey de Aragon: el condestable Pedro de Peralta, que os trae un mensaje de su señor.

—Acercaos, condestable, dijo la princesa: los amigos del rey de Aragon son mis amigos, y no deben estar tan lejos de mí.

Pedro de Peralta se acercó, y dobló una rodilla ante la princesa, que le dió su mano á besar.

—Nunca mas honrado y feliz que en este momento, he llegado á verme, nobilísima señora mia, dijo el condestable; oir llamarme amigo á V. A., por serlo de mi señor el rey de Aragón y Navarra, es ver colmada la medida de mis mas ardientes deseos.

—Esta voz no me es desconocida, dijo para sí doña Isabel. Y añadió en voz alta: Si no me engaño, no es esta la primera vez que me hablais. ¿Habeis estado antes de ahora en la corte de mi hermano?

—Sí, señora, contestó Peralta sin desconcertarse. Hace tres años vine á Madrid á solicitar vuestra mano para el príncipe de Viana; pero no recuerdo haber tenido la dicha de hablaros. Hoy mas afortunado, me presento á vuestra señoría para ofrecer la corona de Sicilia con la persona del príncipe D. Fernando mi señor; y espero que será grato á vuestros ojos un enlace, que debe estrechar los vínculos de dos reinos siempre amigos, católicos ambos, fuertes y llamados á constituir la mas poderosa monarquía.

—No trataré de ocultaros mis sentimientos, condestable, repuso la princesa; el ofrecimiento que, en nombre de mi amado primo, me haceis, es grato á mi corazon. Así podeis decirlo á vuestro señor, asegurándole que á nadie considero tan digno como él de llamarse mi esposo. Sin embargo, para daros una respuesta definitiva, debo antes consultar la voluntad del rey mi hermano; porque deseo estar de acuerdo con él en todo, y mantener la buena armonía que hoy nos une. Además necesito obtener el consentimiento de los principales grandes del reino, á fin de que en ningun tiempo desconozcan la autoridad de mi marido.

—Es muy prudente vuestra determinacion, señora, replicó el condestable; pero antes de decidirme á hablaros he consultado á esos mismos grandes, y todos los que no están ligados con D. Juan Pecheco aprueban este enlace. Tambien he procurado explorar el ánimo del señor rey vuestro hermano, y siento decir que se opone á daros gusto.

—Sin embargo, dejad eso á mi cuidado: el rey no será indiferente á mis observaciones.

—Os engañais, dijo el arzobispo. El rey está hoy subyugado por los consejos de mi sobrino, y no os atenderá. Digo mal: empleará, si es necesaria, la violencia, para apartaros de ese enlace.

—Pues bien, repuso doña Isabel: dejad que recurran á la violencia, no la temo, antes al contrario la desafiare, segura de vencerla, cuando se presente. Pero entre tanto, no quiero ser avara de consideraciones, ni miramientos hácia mi hermano. Yo no puedo responder hoy mas que de mis propias inclinaciones. Segun ellas, condestable, ya os he dicho lo que debeis contestar á mi amado primo: podeis añadir, que le doy mi palabra de ser suya, ó no ser de ningun otro, siempre que corresponda su carácter á las noticias que de él tengo, y que jamás he faltado ni faltare á lo que prometo.

—¡Gracias, señora! exclamó el condestable. Vuestra palabra me basta para volver contento á los piés de mi príncipe, que estoy seguro escuchará con vivo placer la amable contestacion que os dignais confiarme.

—No ireis solo, condestable, aguardad unos dias y os acompañarán algunos de mis amigos.

Pedro de Peralta besó de nuevo la mano de la princesa y salió, despues de haber prometido guardar sus órdenes. El arzobispo preguntó á doña Isabel:

—¿A quién pensais mandar y con que objeto á la corte de Aragon?

—Lo espero arreglar con vos: es menester que vayan á Zaragoza dos ó tres de nuestros amigos de mas confianza para que exploren bien las pretensiones de D. Juan II, y en caso necesario acuerden lo que convenga tratar con arreglo á las disposiciones que les daremos.

—Es muy bien pensado.

—Sí: aunque mi corazon se inclina á D. Fernando por una secreta simpatía que yo misma no me sé esplicar, aunque puedo deciros que solo á él concederé gustosa mi mano, sin embargo, no olvido que á esta mano va unido un reino, que es mi primer amor; y si este hubiese de padecer menoscabo, si alguno de los

intereses de Castilla debiera salir perjudicado, en ese caso renunciaria yo á la felicidad de mi vida y sacrificaría gustosa mis inclinaciones en las aras del bien comun.

—Admiro vuestra prudencia y abnegacion, y procuraré secundar el sentimiento de justicia y patriotismo que os anima. Sin embargo no creo que haya inconveniente alguno en que designemos desde luego las personas que deben desempeñar el delicado encargo que proponéis. Mi capellan Alonso de Palencia es hombre hábil, es un sabio que además merece toda mi confianza, y puede ser uno de los comisionados.

—Lo acepto desde luego, contestó la princesa.

El capellan dió las gracias, inclinándose respetuosamente.

—Otro de ellos, añadió doña Isabel apresurándose antes que hablase el arzobispo, será mi amigo Gutierrez de Cárdenas.

—Escelente sugeto, repuso el arzobispo: y si os parece podrá acompañarle mi mayordomo Gomez Manrique.

—No me opongo, que vaya nuestro poeta.

—En este caso, pues, bastan los tres, pudieran partir mañana mismo.

—No, contestó la princesa: primero necesito hablar á mi hermano... Nada temais, añadió, observando el mal gesto que ponia el arzobispo; seré prudente, y no le diré nada mas de lo que deba decir.

Doña Isabel mostró á sus amigos, despues de esto, el galante regalo del rey de Sicilia y mandó llamar á sus jóvenes damas, para oír su voto acerca de aquellas joyas. Beatriz de Bobadilla y Mencía de la Torre se presentaron, y la primera, que ya se habia enterado del nuevo destino conferido á su amante, pasó junto á él para decirle en voz muy baja: «Quiero hablaros.» Pero no pudo tanto su disimulo, que dejase de apercibirse la princesa de esta indicacion.

—No os detengais, Andrés, dijo ésta última: ya sabeis mi voluntad: cumplidla, pues no dudo que obedeciendo al rey podreis continuar prestándome importantes servicios.

Andrés de Cabrera se despidió protestando que su lealtad seria siempre y en todas partes invariable, y mirando á Beatriz con muestra de inteligencia salió.

Era ya casi anochecido. Andrés se encaminó á espaldas de la ventana con ánimo de esperar allí un momento favorable para hablar á Beatriz: parecíale justo demorar por algunas horas el cumplimiento de las órdenes que habia recibido, á fin de no partir sin despedirse antes de la que amaba. Pero como es achaque de enamorados rehuir la publicidad de sus actos, nuestro caballero se ocultó entre los arbustos de un sotillo que allí cerca crecían á la orilla de un arroyo. Poco tardó en observar que no estaba solo: á corta distancia de él divisó las sombras de dos personas que hablaban con intimidad. Como el acaso le favorecía, creyó no ser indiscreto escuchando su conversacion; pero era tan íntima y secreta, que apenas pudo percibir algunas palabras aisladas. Sin embargo, conoció á los dos interlocutores y se enteró de lo que trataban: eran aquellos Jarifa y Abacuc.

—El maestre, decia éste último, sabe mas que nosotros de lo que pasa: tú le revelas noticias, que nos ocultas, y debes responder ante nuestro jefe de la falsedad de tu conducta. Por otra parte, sigues favoreciendo las pretensiones de Pedro de Peralta: hoy mismo te he visto hablar con él en secreto.

—¡Necio! exclamó la mora. ¿Puedo, acaso, evitar las confidencias del aragonés? ¿Y no es necesario que las escuche si he de informaros de todo? Por lo demás, estoy pronta á responder á cuanto de mí exija Abiabar, pero, entiéndelo bien, solo á él daré satisfaccion de mi conducta.

La conversacion siguió en voz tan baja, que nada mas pudo entender Andrés de Cabrera. Le bastaba lo dicho, sin embargo, para saber que la princesa tenia una espía temible á su lado, la cual comunicaba sus secretos con el maestre de Santiago y con un jefe de los judíos llamado Abiabar; y resolvió en su interior sacar partido de esta revelacion casual, procurando entre tanto no alarmar á los que acababan de hacerla. Con este objeto se retiró á un punto oscuro junto á las paredes de la venta, y aguardó que los dos confidentes misteriosos se separasen.

Pocos momentos despues vió á Jarifa, que, con pasos ligeros y cautelosos, se encaminaba á la venta, y saliéndole al encuentro, le dijo:

— De enamorados es, hermosa Azhuma, espiar las ocasiones y aprovecharlas, y puesto que vos, si no me engaño, sabeis los peligros que arrostra un pecho amante, no estrañareis que os tome por medianera de mis amores.

— ¡Ah! exclamó la mora disimulando su turbacion: ¿con que nos habeis visto? ¿desde cuándo estabais aquí?

— He llegado en el momento que os separabais de vuestro amante, y bendigo mi buena suerte, pues no dudo que, compadecida de mí, direis á mi amada doña Beatriz que aguardo sus órdenes en este paraje.

— Sereis servido, señor caballero, contestó Jarifa; y en cambio espero de vuestra hidalguía guardareis el secreto de mis amores.

— Mal podré revelarlo, cuando no conozco siquiera al dichoso favorecido.

— Algun dia os diré su nombre. Ahora dispensadme que os lo reserve, repuso Jarifa completamente tranquilizada. Con vuestro permiso voy á complaceros, avisando á doña Beatriz.

Dichas estas palabras, la mora se alejó con la ligereza de una gacela y desapareció á la vista del caballero.

Habria transcurrido un cuarto de hora, cuando Andrés sintió los blandos pasos de una dama, y conociendo en ellos los de doña Beatriz, se apresuró á salirle al encuentro.

— ¡Con que partís, amigo mio! exclamó la jóven. ¡Vamos á separarnos, y no habeis pensado en mí!

— ¿Podeis creerlo, amada de mi corazon? Bien sabe Dios que hubiera desobedecido al rey, á trueque de no apartarme de vuestra compañía. Pero la princesa tambien me manda partir, y es forzoso acatar sus órdenes, pues bien recordareis nuestro juramento de vivir y morir en su servicio.

— Bien lo recuerdo, Andrés; por eso precisamente he querido hablaros antes que nos separemos. Vos vais á Segovia; yo en tanto seguiré mi vida errante, sin morada fija, y es preciso que continuen acordes nuestras almas como lo están nuestros corazones. Desde hoy entrais en los favores del rey: ¿os olvidareis de su hermana?

—¿Podeis temerlo?

—No, Andrés, no lo temo, porque esto sería ofenderos: sería compararos á esos nobles vulgares que tanto abundan y que solo son leales á su interés personal. La princesa está mas cercada de peligros ahora que nunca lo ha estado: necesita nuestros auxilios, y precisamente os alejan de su lado, porque conocen vuestra adhesion á su persona: se aproxima el momento decisivo de su vida, y hé aquí que, en tan críticas circunstancias, no sé quién me parece mas temible, sus enemigos, ó los que se apellidan sus amigos. ¿Qué pensais hacer?

—¡Oh! si pudiese, sin disgustar á doña Isabel, renunciaria el honroso destino que me han confiado.

—Hariais mal, amigo mio: puesto que la fortuna os brinda sus dones, aceptadlos, y emprended con valor y confianza la brillante carrera que se os presenta.

—¡Fortuna llamais á lo que llena de amargura mi corazon! ¿Me amais, Beatriz, y os decidís, á verme partir, y aun me lo aconsejais? ¡Oh! No hay para mí fortuna, no hay ambicion fuera de la suprema dicha que siento al veros, al oiros, al percibir el roce de vuestros vestidos, al contar anhelante las horas en que puedo deciros que os amo. Cuando hace poco me indicasteis el deseo de hablarme, toda la sangre de mis venas se agitó con violencia, porque esperaba que me mandariais desobedecer al rey. ¡Pero cuánto me he engañado!

—Andrés, repuso la jóven con gravedad, abandonando una mano entre las de su amante. Vuestras quejas son injustas: si yo consultase solo á mi corazon, os diria seguramente: «Á pesar del rey, á pesar de cuanto debeis á la princesa, quedaos, nada debe haber para nosotros fuera de la felicidad de amarnos.» Pero hay otra cosa, sino mas sagrada, tan respetable como nuestro amor: hemos jurado consagrar nuestras vidas al servicio de doña Isabel, á quien debemos una gratitud eterna. Pues bien, oid lo que os aconsejo, lo que mi amor exige: dedicaos á servir al rey con esa lealtad que solo á vos y á los héroes pertenece: así como otros ganan su favor con intrigas y bajezas, cautividad vos su voluntad á fuerza de nobles y leales servicios, á fuerza

de honradez y virtud. Perseverad sin descanso en esta conducta que tan fácil os debe ser, y no dudeis que al cabo serán vencidos por vos los favoritos encumbrados por la infamia. Entre tanto fácil os será acercaros á D. Enrique: poseis ya su confianza y sus tesoros: talento no os falta; sed su ángel bueno, y al mismo tiempo que descubrais los consejos de los malos, podreis conducirle suavemente por el buen camino, y asegurar la union con su hermana. Viviendo acordes los dos, podemos hacer que triunfe la causa de esa heroica princesa, y... hasta labrar nuestra futura dicha.

—¡Beatriz! ¡Beatriz! exclamó el jóven atrayéndola maquinalmente hácia su corazon, hasta hoy no os he conocido. Sí, amada mia: os juro por el Dios que nos escucha, ser desde hoy el D. Juan Pacheco del bien. Yo romperé sus tramas, yo lucharé con ese poderoso intrigante cuerpo á cuerpo, y cuando le haya vencido, tendré la dicha de decir: por ella, por mi amada Beatriz he triunfado.

En medio de este raptó de nobles sentimientos, los dos amantes se habian abandonado completamente uno en brazos del otro, sin que sus almas pudieran darse cuenta de su accion temeraria; hasta que, atraidos por una fuerza interior incontrastable, sus labios se encontraron. Entonces doña Beatriz retrocedió como asustada de sí misma, y repuso, dando un suspiro:

—¡Ah! dejadme, Andrés, dejadme: no olvidéis vuestro deber. Partid.

—¡Esperad, esposa mia! exclamó el caballero reteniendo la mano trémula de la hermosa jóven. Necesito daros un aviso antes de partir. Hay entre la servidumbre de la princesa una mujer que vende sus secretos: vigiladla, y si es menester, haced de modo que se la aparte de su lado.

—¡Es posible! ¡Su nombre! Decidme su nombre.

—Azhuma.

—¡Oh! no es posible. Conozco la lealtad de esa jóven: nadie como ella ha trabajado en favor del príncipe D. Fernando; nuestros amigos Chacon y Cárdenas la quieren mucho; últimamente ha compuesto un cantar, que habreis oido, pues todo el pueblo

lo repite, ensalzando las virtudes de la princesa y las ventajas de su union con el esposo que prefiere. Además, yo la trato con intimidad, y sé que piensa hacerse cristiana.

—Sin embargo, Beatriz: yo sé que tiene secretas inteligencias con D. Juan Pacheco y con una sociedad de judíos: no os fieis de ella, ni la comuniquéis ninguna noticia de importancia. Mas os diré: procurad que la princesa la trate con cautela.

—¡Me dejais absorta!

—¿Pero hareis lo que os encargo?

—Sí, lo haré, Andrés: yo procuraré probar á esa jóven, y tal vez logre arrancarle sus secretos, ó al menos burlar á sus confidentes. ¡Adios, amigo mio, adios! ¡No me olvideis!

—¡Tan pronto separarnos! Un momento mas...

—No, Andrés; no me es posible permanecer aquí mas tiempo. Algun dia querrá Dios que vivamos unidos para siempre.

—¡Ah! pronto será. ¡Adios, Beatriz! ¡Adios, alma mia!

Los dos amantes se abrazaron, y haciendo un supremo esfuerzo para separarse, huyó la jóven precipitadamente, cubriéndose los ojos con su pañuelo, mientras él permanecía como petrificado en el mismo sitio, mirándola desaparecer.



CAPÍTULO XXII.

Flores de Aragon.



OCAÑA era una villa fuerte con murallas y almenadas torres, honda cava y castillo formidable, que guardaban los caballeros de la orden de Santiago, como una de sus mejores joyas. Libre de los ataques de enemigos exteriores, y de los desórdenes que, en todos puntos ocasionaba la discordia, parecia este pueblo un oasis en el desierto, prosperando su agricultura y sus artes al abrigo de la paz. Sus habitantes, laboriosos y activos, gozaban de cierta bienandanza; pero al mismo tiempo, como conocedores del valor del trabajo, y celosos de su independencia y de sus fueros, miraban con prevencion á sus señores, los jefes de la orden, que absorbían con demasiada frecuencia el fruto de sus afanes.

Los bien cultivados campos de Ocaña, estaban completamente áridos, y apenas comenzaba á mostrarse entre los pardos torreones la esperanza del labrador: los viñedos estendian sobre la tierra sus desnudos sarmientos, en los cuales silbaba el viento del invierno, agitándolos en direcciones diferentes.

Los artesanos de la villa trabajaban con un ardor inusitado, dando la última mano á sus faenas: en la plaza y en las calles veíanse multitud de vendedores de frutas secas, que apenas podían dar abasto á las mujeres, que acudían á proveerse de comestibles para sus familias, y para dar mas animación á este cuadro de actividad, oíanse á trechos en muchas casas instrumentos pastoriles y alegres cantares. Todo anunciaba la proximidad del día en que los pueblos cristianos celebran el nacimiento del hijo de Dios.

No hay época del año que infunda mas alegría en medio de la desolación general que presenta la naturaleza. Los niños, en particular, se entregan en Nochebuena á un regocijo bullicioso, que brota como un puro manantial de su tierno corazón; todo fe, todo entusiasmo, nada cálculo ni raciocinio.

Los muchachos de Ocaña estaban alegres, y hermanando en su tierna inteligencia dos sentimientos diferentes y aun contrarios, espresaban su júbilo irreflexivo con gritos y carreras, parodiando combates y paradas militares. Los niños, en esta ocasión como generalmente acontece, no eran mas que el reflejo del espíritu público: sus padres, entre tanto, atareados en su trabajo, y sus madres y hermanas afanadas en los quehaceres domésticos, cantaban villancicos al nacimiento del Redentor del mundo, alternando con ellos una trova, cuyo estribillo decía:

«Flores de Aragon
dentro en Castilla son.»

A esta copla que espresaba la adhesión popular al concertado matrimonio de la princesa con D. Fernando, se mezclaban otras satíricas, en que el ingenio mordaz de las gentes del pueblo, ponía de relieve los muchos años del rey viudo de Portugal, cuyas pretensiones á la mano de doña Isabel eran notorias.

Los niños, reflejando los sentimientos del pueblo, lo mismo en Ocaña que en otras partes, formaban cuadrillas, y armados con espadas y caballos de caña, y llevando pañizuelos por estandartes, corrían por calles y campos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pendon de Aragon! ¡Pendon de Aragon!

La presencia misma del rey D. Enrique en Ocaña, y lo que es mas del maestre D. Juan Pacheco, señor de la villa, cuya oposicion al partido aragonés era bien conocida, no bastaban á detener estas manifestaciones populares, antes al contrario, como si hubiese un empeño decidido en hacer entender al monarca y á su privado la repugnancia del pueblo á entrar en sus miras, los hombres de noche y los muchachos de dia iban precisamente, á cantar los unos y á gritar los otros, á las puertas de su palacio.

Dos cuadrillas de chicos se solazaban en las afueras de Ocaña, corriendo por las eras y colinas, inmediatas al camino que salia de la villa en direccion á Poniente. Era la caida de la tarde del dia de Nochebuena, y un sol hermoso de invierno doraba los campos, prestando animacion y vivacidad á los pequeños campeones. Al revolver de un collado se encontraron las dos huestes, y siguiendo ese instinto agresivo que ya desde la niñez engendra en el hombre el espíritu de rivalidad, comenzaron á insultarse de palabras unos á otros, deprimiendo cada bando el poder de su contrario. Un grito se alzó de en medio del partido mas numeroso, que fué la señal de la batalla.—«¡Son portugueses! dijo. ¡Mueran los finchados!

Seis ú ocho tambores redoblaron al momento, con desacorde estruendo, y á la voz de «¡Pendon de Aragon! y ¡mueran los finchados!» una nube de piedras, lanzadas con fuerza por medio de hondas, cubrió el aire y encendió el corage en los pechos infantiles.

Largo rato hacía que duraba la refriega, sin que ninguno de los dos bandos se declarase vencido, cuando en lo mas ardiente de ella, y mientras los muchachos parodiaban á los hombres de tal modo que solo una fuerza mayor habria podido separarlos, acertó á pasar por el inmediato camino una brillante cabalgata, á cuya cabeza iba un grave personaje vestido con muceta violada, sotana y armadura de acero. Éste eclesiástico-militar se detuvo al oir los gritos de guerra de los combatientes, y volviéndose á un caballero que á su lado caminaba, le dijo en lengua portuguesa:

—Con malos auspicios entramos en Ocaña, amigo Souza. ¿Qué os parece de esa lucha?

—No hagais caso de eso, Monseñor, contestó Souza: son cosas de muchachos.

—Así será: pero los muchachos y los locos dicen lo que oyen; y además, Dios suele revelar sus designios *ex ore infantum*.

—No entiendo el latin.

—Pero entenderéis que esos muchachos pelean como rabiosos, unos por Aragon y otros por nosotros, y que el pendon de Aragon lleva la ventaja sobre el portugués.

—Nada debe importaros eso, mientras vuestra señoría lleve la delantera á sus contrarios.

Unas cuantas piedras mal dirigidas vinieron á dar en el grupo de caballeros, que seguian al que Souza llamaba Monseñor, y una de ellas pegó en la frente al caballo de éste, que, espantándose con la fuerza del dolor, faltó poco para que le derribase.

—¡Ah! ¡his-de-tal! gritó Souza blandiendo su lanza. ¿Os atreveis á apedrear al señor arzobispo de Lisboa?

Y espoleando su caballo, puso fin á la refriega, dispersando á los combatientes, que al verle venir hácia ellos, huyeron en distintas direcciones como una bandada de pájaros: pero en seguida los dos partidos enemigos se reunieron y depuesta toda rivalidad, ocuparon juntos un alto, desde donde hicieron salva de gritos y silbidos á los apedreados extranjeros.

—Una diputacion de caballeros de Santiago y de otros nobles, enviada por D. Juan Pacheco, que desde el castillo habia visto llegar al embajador portugués, salió á recibir á éste hasta las puertas de la villa. El maestre mismo, rodeado de sus grandes dignatarios, y acompañado de algunos magnates, entre los cuales figuraba el conde de Plasencia, ganado ya con promesas á su partido, aguardaba al arzobispo de Lisboa en el puente de la fortaleza.

El pueblo entre tanto, como amigo de novedades, se agrupaba en las calles y seguia la marcha de los recién llegados;

pero su actitud silenciosa espresaba un disgusto mal reprimido.

La embajada llegó á las puertas del castillo. El maestre de Santiago se adelantó y tomó las riendas del caballo del arzobispo, en muestra de respeto á su dignidad y de honor hecho á su calidad de huésped. El arzobispo se apresuró á echar pié á tierra, y dió los brazos á D. Juan Pacheco.

—Seais bien venido, dijo éste.

—Dios lo quiera, contestó el arzobispo.

—¿Qué podeis temer estando en mi compañía y en mi casa?

—Ciertamente mucho me vale teneros por patrono, y esto me tranquiliza; pero no impide que las gentes me pongan mal gesto, ni que los muchachos de Ocaña me reciban á pedradas.

—¡Por Santiago de Compostela! exclamó el maestre apretando los puños. ¡Pedradas á vos!

—Pedradas, D. Juan, y silbidos, que es algo peor.

—¡Oh! Yo haré un escarmiento, y juro á Dios.....

—No jureis nada, interrumpió el arzobispo. ¿Qué diablos quereis hacer con esos arrapiezos? Ya vuestro servidor Beltran de Souza les ha dado un susto: no deis motivo á que los padres de los chicos me tomen ódio, ya que me miran con malos ojos.

—Despreciad á esa canalla, señor arzobispo. Yo les enseñaré á respetaros, como deben. Ahora servios aceptar el hospedaje que he mandado prepararos; cenareis conmigo, si lo teneis á bien, y mañana os presentaré al rey.

—¿Dónde habita S. A.?

—En este mismo castillo con su hermana. Por esta razon no podré hospedaros tan dignamente como deseo y mereceis; pero se os servirá de modo que Castilla aprenda á respetaros cual corresponde. Venid, venid.

El maestre acompañó al arzobispo á las habitaciones que le estaban destinadas, y llamando aparte á Souza, se informó del desacato cometido por los muchachos contra la embajada.

—Esto no puede quedar impune, dijo. Salid al momento y haced que cojan por lo menos media docena de esos bigardos, y que los encierren en las cárceles de la villa para escarmiento de los demás.

Souza no se detuvo un momento: acostumbrado á obedecer, sin meditar siquiera las órdenes que recibia, bajó á la poblacion, acompañado de algunos mozos de espuela y otras gentes de igual calaña, y encontrándose con los ejércitos combinados de los muchachos, que entraban á tambor batiente en la villa, se echó sobre ellos de improviso, y apresó justamente los que el maestre le habia mandado: los demás huyeron precipitadamente, refugiándose en sus casas, donde contaron lo ocurrido del modo mas favorable á su propio interés.

En otra cualquiera ocasion este incidente habria pasado desapercibido, ó por lo menos se habria considerado como un simple acto de justa represion; pero en aquel dia se juntaban dos circunstancias para agriar el espíritu público y rebelar los ánimos contra él. Las madres de los prisioneros acudieron á implorar su perdon del alcalde de la villa, en gracia de ser Nochebuena, y causarles mucho sentimiento el verse separadas de sus hijos; pero se les contestó que no era posible atender á sus ruegos, en atencion al grave desacato que aquellos habian cometido contra el respetable prelado y embajador del rey de Portugal. Las desconsoladas mujeres se retiraron llorando y maldiciendo la venida de aquella embajada y en tal dia; y en poco tiempo, el pueblo entero, que se preparaba á pasar una noche de regocijo, comenzó á murmurar sin rebozo contra la tiranía del maestre, acusando al rey de Portugal y á sus emisarios del disgusto que se causaba á una parte de los honrados habitantes de Ocaña.

—Si hubiera sido en otro dia y por otra causa mas grave, decian, nada tendria de particular: ¡pero en Nochebuena y por haber silbado á unos extranjeros, que han querido pegarles!...

—Ya, decian otros, pero es que los extranjeros son portugueses.

—¡Malditos sean los portugueses! prorumpió una vieja: por ellos nos suceden todos los males.

—¡Psit!... callad y no maldigais á los portugueses, repuso el barbero de la villa: pudiera oirnos algun criado del maestre.

—¿Y qué importa que nos oiga el maestre mismo? gritó un panadero: yo no tengo miedo á nadie, porque sin mí nadie co-

me. ¡No queremos portugueses en Castilla! No los queremos. Y si hay quien me siga, vamos ahora mismo á cantar á las puertas del castillo unas coplitas, que no han de gustar mucho á esos señores finchados.

—¡Vamos! ¡Vamos! gritaron otros.

—Y tú, Lava-caras, añadió el panadero dirigiéndose al barbero, vas á traer tu guitarra para acompañarnos, ó te moleremos las costillas á coces.

Un grupo de mas de veinte personas se formó al instante, y atrayendo mas gente, que se les agregaba al ruido de la bihuela del obligado barbero y de los panderos, zambombas y otros instrumentos disonantes que cada cual tocaba á porfía, se dirigió hácia el castillo, cantando coplas como la que damos por muestra, que así decia:

«Novia pide á lo garzon

un doncel Matusalen,

mejor será que le den

un libro de devocion.

No quiere la niña

novio sesenton,

cuando la encariña

la flor de Aragon.

Flores de Aragon

dentro en Castilla son.»

Y todos repetian con desentonadas voces:

«¡Flores de Aragon!—¡Flores de Aragon!»

Al mismo tiempo la bota circulaba de mano en mano, y las cabezas se acaloraban con los vapores del vino. Entre todos el que mas bebia, quizás para espantar el miedo, era el barbero, que á la hora metia él solo mas ruido que todos los otros juntos.

Entre tanto en el castillo se representaban escenas muy distintas y de diversa índole. Mientras D. Juan Pacheco obsequiaba á sus huéspedes, dándoles un banquete régio, el rey D. Enrique cenaba á solas con su hermana en una pequeña estancia de su aposento particular. Nunca una cena mas triste se vió

en mesa de rey: doña Isabel apenas comía, y estaba silenciosa, fijos sus ojos en un punto indescriptible del espacio, y sin mirar objeto alguno: D. Enrique engullia maquinalmente, y estaba tambien distraido por una idea fija; pero luchando con su incapacidad de racionar.

La servidumbre traía y se llevaba los platos, adivinando las necesidades de sus señores, que en lo que menos pensaban era en la cena: el profundo silencio que reinaba en la estancia, turbado apenas por el rumor de los cubiertos, permitía oír distintamente los cantares del pueblo, que resonando en las bóvedas del gótico edificio, llegaban hasta allí sombríos como una amenaza.

—Vamos, Isabel, dijo por último el rey, poniendo vino en una copa: aunque sea saliéndote de tu costumbre, bebe un poco, y alégrate, que esta noche lo requiere.

—Dispensadme, señor, contestó la princesa: jamás he bebido vino, y esta noche menos que nunca lo bebería: cuando el corazón está de duelo, no apetece estímulos que lo alegren, sino lágrimas que emboten los filos de su dolor.

—No sé que haya motivo para estar triste: si fueras una niña dócil y obediente á lo que dispone tu hermano, estarias contenta. ¿Qué tienes que pedirle al esposo que te destino? Veamos, ¿qué?....

Una ráfaga de viento trajo clara y distinta la voz del pueblo, que á la sazón cantaba:

«No quiere la niña
novio sesenton.....»

—Me haceis cargos que no merezco, señor: contestó la princesa: si fueseis un hermano amante y celoso de mi felicidad no me propondriais un enlace tan desigual por la diferencia de edades, y que mi corazón, de acuerdo con la razón de conveniencia pública, rechaza.

—¿Y qué sabes tú de conveniencia pública á los diez y ocho años? ¿Quién como un príncipe de edad y esperiencia puede convenir á una jóven, que de un día á otro está llamada á heredar el reino de Castilla?

«Flores de Aragon
dentro en Castilla son.»

Cantó el pueblo como contestando á las preguntas del rey.

—No es el buen juicio patrimonio esclusivo de los muchos años, señor, repuso doña Isabel. Demasiado debeis saberlo, por desgracia. Pero dejando aparte una cuestion que no es de este momento: bien sabeis que en el negocio de mi matrimonio estais obligado á no violentar mi voluntad, como yo lo estoy á daros gusto. ¿Por qué no habremos de poner de acuerdo nuestras respectivas inclinaciones?

—Porque tú no quieres á ninguno de los pretendientes que yo prepongo: y ten entendido que aquí no hay mas voluntad que la mia: tú harás lo que yo te mande, y serás gustosa en obedecerme.

—¡Oh! no lo espereis.

—¡Qué no lo espere! gritó D. Enrique, con el furor que emplean todos los cobardes cuando creen hablar á un ser mas débil que ellos. ¡Qué no lo espere! Mañana hemos de recibir juntos al embajador de Portugal, y es preciso que oiga de tu boca una contestacion favorable á sus deseos y á los míos: es preciso que des tu palabra de esposa al rey D. Alfonso.

«Mejor será que le den
un libro de devocion.»

Cantó el pueblo. Don Enrique arrugó el ceño, y doña Isabel se sonrió de aquella coincidencia tres veces repetida, al mismo tiempo que contestaba sin alterar su serenidad:

—Si habeis comprometido vuestra palabra, mal hareis en presentarme al embajador portugués; porque me veré, á mi pesar, en la necesidad de desairaros.

—Niña mas terca! gritó el rey apretando los dientes. ¡Con que es decir que aquí yo no dispongo nada! ¡que soy un rey de palo, de quien se hace burla!.... No: pues yo te juro que habrás de obedecerme de grado ó por fuerza; basta ya de blanduras..... ¡Sí, señor, basta ya! Como he dejado que todos se me suban á las barbas, tambien esta chicuela se figura que puede

governarme á su capricho. No, de hoy mas, sé ha de hacer lo que yo mande.

Hablando así, D. Enrique se habia levantado, y andaba á largos trancos por la estancia, con el rostro descompuesto de ridícula ira, y acompañando á sus palabras los mas grotescos ademanes.

—Oidme con calma, por Dios, señor y hermano, dijo la princesa: ni me he burlado nunca de vos, ni he desconocido vuestra autoridad soberana, ni he consentido bajo ningun pretesto que se os falte en mi presencia á la consideracion que se os debe: vuestra cólera, en este momento, es infundada, y, (os le digo en verdad), pone á prueba el respeto que á todo trance quiero guardaros, pues á no ser vos quien sois, me hariais reir, no siendo para ello la ocasion oportuna. Sabed pues, que como rey y como hermano mayor, sois de mí respetado y querido mas que de ninguna otra persona en Castilla.

—Se conoce.....

—Teneis pruebas de ello. Pero ni como rey, ni como hermano podeis obligarme á tomar esposo contra mi voluntad: el que me proponeis no es de mi gusto, ni puede satisfacer las necesidades del reino que debo regir algun dia: no es un hombre cansado de vivir y abatido por los años el que conviene á una nacion agobiada, exhausta, moribunda, como la que me dejarán vuestros favoritos y enemigos cuando venga á mis manos, (que ojalá sea muy tarde); no: necesito un leon robusto y bravo, un doncel que sea capaz de amarme, y de amar lo que yo ame. No os canseis, pues; porque D. Alonso de Portugal no será nunca mi marido.

—Lo será, porque yo lo mando.

—No podeis mandarlo, señor, repuso con dulzura doña Isabel.

—Puedo encerrarte en este castillo, como á rebelde, hasta que humilles tu altiva frente, y me obedezcas.

—No hareis tal, pues provocaríais la guerra.

—¡Me amenazas!

—No: os prevengo, porque os amo todavia, los males que puede causar una inútil obcecacion.

La mansedumbre con que la princesa procuraba revestir sus contestaciones, enérgicas en el fondo, exasperaba por grados la cólera del rey, cuyo tono era cada vez mas bronco y descompuesto. Aquella alma débil y apática, incapaz de resistir á la energia varonil y á la astucia cortesana, se irritaba violentamente contra la franqueza noble y dulce de una débil mujer: la última respuesta de doña Isabel puso el colmo á su rabia impotente.

—¿Qué significa esto? exclamó balbuceando de furia, y acercándose á su hermana. ¡Obcecacion inútil!.... ¡Guerra!.... ¿Quién es el valiente que me hará la guerra? Decid..... ¿Es vuestro amigo Carrillo?

—Pudiera suceder. Sabed que está en Yepes, muy cerca de aquí, solo para evitar que se violente mi inclinacion.

—¡Pues bien! ¡Veremos si está bastante cerca para impedir que yo castigue vuestra osadía! prorumpió el rey alzando la mano con ademán de pegar á doña Isabel.

Ésta evitó la accion, dando un salto, y poniéndose en pié, con una actitud magestuosa é imponente.

—¡Rey de Castilla! exclamó: ¡respetad á la princesa de Castilla, para merecer su respeto!

Una súbita transformacion se operó en el semblante y los ademanes del rey: hubiérase dicho que tenia miedo.

—Mujer..... ¿qué es esto?.... balbuceó. Vamos..... no te irrites..... No he querido decir..... que.....

—Vuestra accion es indigna de un caballero, repuso la princesa, sin dejarle concluir: pero ya la he olvidado, y os perdono.

—De modo que..... al cabo, serás complaciente conmigo. Yo conozco que me he escedido un poco; pero la ira es ciega, y.... Con que, vamos, Isabel, dame palabra de no contar á nadie lo que ha pasado entre nosotros..... Que no se diga que hemos reñido. Es menester que vivamos en buena armonía.

—No seré yo quien turbe esa buena armonía, que tanto he deseado.

—Sí, es menester conservarla; y para evitar disturbios, que detesto, confio en que al cabo te unirás á mis planes: tú puedes

librarme de enemigos, con solo acceder á la proposicion de Portugal; porque si te opones, no me escaparé de una guerra civil, ya sea por parte del arzobispo Carrillo, ya sea por la de su sobrino D. Juan Pacheco.

—No hablemos mas de esto, señor, repuso la princesa disponiéndose á salir. Ya sabeis mi determinacion: poneos de acuerdo conmigo, segun vuestra promesa formal, y no temais la rebelion; porque será injusta, y como tal, tendreis derecho á castigarla. Mi sumision á vuestras órdenes, no podrá ser considerada jamás como un acto voluntario, porque se sabe terminantemente cuales son mis intenciones. ¡Adios, señor! Os deseo buena noche.

—¡Aguarda, Isabel, aguarda! exclamó el rey, siguiendo á su hermana hasta la puerta. No es posible que nos separemos así: es menester dar alguna contestacion al arzobispo de Lisboa... Mañana le recibiremos juntos.

—Dispensadme tan desagradable tarea. Recibidle vos, y no le prometais nada: vuestras obligaciones anteriores os ponen á cubierto de todo compromiso.—¡Adios, señor!

Doña Isabel se retiró sin aguardar á que su hermano le replicase, y fué á encerrarse en su aposento, para poder llorar sin testigos. La accion brutal de D. Enrique habia herido cruelmente su tierna delicadeza, y le hacía presentir cual seria la terquedad de aquel, apenas se aconsejase de nuevo con D. Juan Pacheco.

El rey, entre tanto, se paseaba con los brazos cruzados por la estancia donde se le habia servido la cena, murmurando palabras ininteligibles. A sus oidos llegaban de cuando en cuando los gritos y cantares del pueblo, cada vez mas desentonados y violentos, y el ruido mas cercano de la especie de orgía con que el maestre obsequiaba al arzobispo de Lisboa.

—¡Siempre he de verme entre voluntades encontradas! dijo por último el débil Enrique, parándose junto á una ventana de la cámara, y apoyando el codo en el alfeizar. ¡En hora menguada vine al mundo!... ¿Cómo puedo contentar á mi hermana sin disgustar á Pacheco? ¿Ni cómo podré asegurar la herencia de

esta pesada corona á la hija de Beltran, sin hacer que Isabel se someta á mis órdenes? ¡Mísero rey! Mejor debieras llamarte esclavo... Esclavo, no; ¡es título demasiado honroso para tu condicion! Tú no tienes honor, y si has de conservar algun resto de él, es preciso que lo compres á costa de perjurios y falsías: para tí no hay felicidad, ni cuando triunfas, ni cuando te rindes. ¡Oh!... ¡Dios mio!... ¿qué quereis de mí? ¡Estoy reducido por mis pesares casi al estado de bestia, y sin embargo me queda de hombre el sentimiento para sufrir!... ¡Maldita estrella la mia!

Una lágrima se desprendió de los ojos del rey, que permaneció un rato pensativo.

—Isabel no tiene razon: murmuró luego. ¿Por qué se ha de resistir á mi voluntad? ¿Qué le importa casarse con el portugués ó con otro cualquiera, si á ella no le corresponde la eleccion? ¿Es que quiere reinar? Cuando yo muera que solicite el reino, y que su marido se entienda con la Beltraneja. Pero no es esto... ¡no es esto!... ¡Mi cabeza se pierde! añadió arañándose con ira la frente. No sé que tengo aquí, que no me deja pensar con acierto... La Beltraneja debe ser mi heredera... Sí: esto lo comprendo bien; pero yo he jurado que no es mi hija... ¿Y qué importa?... Yo he mentido... No, ahora miento... Miento siempre... ¡Soy un miserable!

Una carcajada ruidosa de los comensales del maestre resonó en las bóvedas de la estancia, interrumpiendo el curso de las reflexiones del rey.

—¡Quién se rie de mí exclamó llevando la mano al cinto. ¡Ah! repuso suspirando. ¡Son ellos!... Sí, ellos son dichosos... y se rien... Pero esa risa desvergonzada me hace daño... es un insulto á mi amargura.

En seguida, encogiéndose de hombros, añadió:

—¿Y qué le hago? Yo aquí no soy nadie: ni aun siquiera estoy en mi casa.

Y se sentó abatido, poniendo el rostro entre las manos.

Así permaneció un largo rato, como abismado en profunda meditacion. Entre tanto seguia el alegre banquete de D. Juan

Pacheco, y la bacanal del pueblo, cuyos gritos, mezclados con el repique de las campanas que anunciaban la misa del gallo, hacían que el rey se estremeciese de vez en cuando, como un cadáver galvanizado.

—Cuando yo era niño, murmuró con voz indolente, oía con extraordinario placer los mil alegres rumores de la Nochebuena: era para mí una verdadera noche de fiesta... Pero entonces no me llamaban rey: despues ambicioné este título... ¡estaba impaciente por ser desgraciado! Nunca mas he vuelto á sentir aquellos placerés de la niñez. ¡Y ahora todo ese regocijo público me horroriza!... Esas gentes no cantan como las que yo solia oír en mi infancia, no: hasta esa canalla contraría mis designios... Aborrezco á los copleros: ellos satirizan mi impotencia.... zahieren lo que yo quiero, y ensalzan lo que me repugna: y el pueblo repite sus cantares y se rebela contra mí.

En aquel momento crecía la algazara popular, y entre imprecaciones y alaridos resonaba el estribillo de la cancion de moda

«Flores de Aragon

dentro en Castilla son.—

¡Flores de Aragon!—¡Flores de Aragon!

—¡Flores de Aragon! repitió el rey. ¡Lléveos el diablo con vuestra cantinela! ¿Y no habrá medio de hacer callar á esos villanos?—¡A ver! ¡Estúñiga!... ¡Pimentell!... ¡Mendoza!... ¡Nadie me acude!—¡Se estarán divirtiendo, mientras yo rabio!

Don Enrique volvió á caer en su habitual abatimiento, hasta que vino á sacarle de él D. Juan Pacheco, entrando en la estancia con nada respetuosos modales.

—¡Ah! Gracias á Dios que te dejas ver, D. Juan, dijo el rey levantando la cabeza. ¿Te has divertido mucho?

—He procurado pasar el rato alegremente con esos paisanos. ¿Y vos qué tal? ¿Cómo es que os veo solo?

—De mí nadie hace caso. He pasado una noche de perros. Mi hermana...

—Comprendo; habreis tenido que trabajar mucho para persuadirla...

—Sí; pero no la he convencido: ¡si supieras! Me he incomo-

— dado terriblemente, y... será menester que desistamos de ese empeño, D. Juan.

— ¿Qué es desistir? ¿Para qué la hemos traído á Ocaña? No, señor: si no quiere obedecer de buen grado, se la obliga.

— Es que no sabes lo que pasa, D. Juan: tu buen tio el arzobispo está en Yepes para protegerla.

— Ya lo sabia.

— ¿Y no temes?

— Yo no temo nada.

— Luego, hay otra cosa: escucha á ese pueblo díscolo, que nos está insultando toda la noche. ¿Cómo consientes eso?

— ¡Calle! Teneis razon: no habia oido nada hasta ahora. Con efecto, es mucha insolencia la de venirnos con flores de Aragon, estando aquí nuestro embajador... Permitidme, señor, que os deje un momento.

— Sí, anda, hombre, y mete á esa gente por vereda.

El maestre salió, y volvió á poco.

— Pues, señor, dijo: si vuestra hermana se resiste, será preciso apelar á las medidas extraordinarias.

— ¿Y cuáles son esas medidas extraordinarias?

— La cosa es clara: encierro, comunicacion con sus amigos, amenazas, firmeza de carácter, en una palabra; pues de otro modo no hay que esperar nada de ella. Nuestro embajador, que es hombre prevenido, ha mandado ya á Roma quien pida la dispensa de parentesco de los novios. Su Santidad es de nuestro partido, y no opondrá el menor obstáculo. Por otra parte, acaba de ocurrirme una feliz idea para desvanecer lo de Aragon.

— ¡Ah! ¡una idea! exclamó el rey como quien halla una piedra preciosa. Dime, dime esa idea.

— Nuestro amigo Estúñiga.....

— ¿Cuál de ellos?

— El conde de Plasencia: ha recibido un mensaje de Aragon, que además viene dirigido á otros grandes. Don Juan II se encuentra en el último extremo de sus apuros: ciego, con su mujer enferma, y sin mas apoyo que el brazo de su hijo para combatir á los catalanes, que cada dia ganan terreno y amena-

zan despojarle del reino, carece además de dinero, y se ha visto en la necesidad de pedir auxilios á los castellanos adictos al Almirante.

—¡Con que tan apurado está nuestro primo! Lo siento mucho: ¿pero cuál es tu idea?

—Voy á decíroslo: he prevenido á Estúñiga que no deje correr el mensaje, y ofrezca él negociar los socorros de los demás grandes: así entretendremos algun tiempo mas á D. Juan II en sus ahogos, á fin de que se agarre á un hierro ardiendo.

—Pero, hombre, ¡por Dios! Esa es una idea diabólica. ¿Y luego?

—Luego, le socorreré yo mismo.

—¡Tú!

—Sí, con la condicion de que D. Fernando haya de casarse con mi hija Beatriz.

—¡Efectivamente! ¡La idea es feliz, magnífica! Pero, ¿consentirá D. Juan de Aragon?....

—Peor será para él si no consiente; porque en ese caso daré mis socorros á los catalanes.

—Muy bien pensado. Así quitamos el mayor inconveniente. ¡Lástima que no hayamos tenido antes esta buena ocasion!

—Nunca es tarde, si la dicha es buena.

Oyóse en esto ruido de tumulto en la calle, y carreras de gente.

—¿Qué es eso, D. Juan? preguntó el rey.

—Nada temais, señor, contestó el maestro. Son mis sabuesos que han salido á traer caza.

—Poco despues apareció en la puerta de la estancia la grotesca figura de Piel-del-Diablo.

—¿Qué has cogido? le preguntó D. Juan Pacheco.

—Muy poca cosa, señor, contestó Briando. No he podido atrapar mas que á un músico, que está hecho una uva. Los demás han huido como gamos.

Con efecto, el único que, merced á las muchas libaciones del alegre licor de Baco, no habia podido emprender la fuga, era el mísero barbero, tocador de bihuela, y éste habia caido en

manos de Briando y otros camaradas suyos, enviados por el maestre para prender á algunos de los alborotadores.

—Mal cazador eres, Briando, dijo D. Juan Pacheco: sin embargo, mas vale algo que nada.—Y volviéndose al rey, añadió: Señor, con vuestro permiso, voy á preparar un contrapunto á ese perillan.

—Sí, Pacheco, id; y disponed que le den de firme.

El maestre salió con Briando, á quien dijo:

—¿Qué tal mis buenos vasallos de Ocaña? ¿Están muy descontentos?

—Bastante, á lo que parece, señor.

—Será menester amansarlos. Oye: mañana temprano haz que aten á un poste á ese músico que me has traído, y que le den cuarenta azotes: luego lo pondrán en la picota, con un cartel que diga «Por alborotador.» ¿Entiendes?

—Sereis servido.

—Escucha: ¿qué dicen por ahí de la embajada portuguesa?

—No hablan de otra cosa.

—Pero ¿qué hablan?

—La maldicen, y murmuran contra las pretensiones del rey de Portugal á la mano de la princesa.

—¡Hola! ¿Pues qué será cuando sepan que D. Enrique está resuelto á casar con él á su hermana, quiera ó no quiera.

—Ya; pero eso no lo sabrá nadie. Al menos de mi boca...

—¡Qué disparate! puedes decirlo á todo el mundo: no es ningún secreto. En no metiéndome á mí en colada... Con que, ya me has entendido. Es probable que el rey ponga presa á su hermana.

—Tanto empeño tiene...

—Sí, mucho. Pero dejemos esto, y vámonos á descansar.

El maestre se acostó, y antes de dormirse, pudo aun oír las voces lejanas del pueblo que seguía cantando:

«¡Flores de Aragon!»



CAPÍTULO XXIII.

De como Dios ayuda y el diablo no duerme.



PIEL-DEL-DIABLO cumplió al pié de la letra las órdenes directas é indirectas de su señor: el barbero de Ocaña fué azotado y espuesto á la vergüenza pública por alborotador, y como nadie ignoraba la clase de delito que aquel infeliz habia cometido, una sorda indignacion se apoderó del ánimo del pueblo, que ya no maldecia, ni murmuraba, ni hacía ostencion de sus sentimientos y opiniones cantando; pero afilaba sus armas en secreto, disponiéndose á defender á la princesa contra la violencia de su hermano, que, merced á la oficiosidad del fiel servidor de D. Juan Pacheco, se consideraba como un hecho resuelto y próximo á consumarse.

Contenia, sin embargo, la esplosion popular una circunstancia notable. Recibido el embajador de Portugal en la presencia del rey, éste se habia limitado á honrarle sentándole á su mesa, y tratándole como al enviado de un monarca amigo y deudo suyo; pero sin darle una promesa decisiva acerca del objeto

de su mision. Este proceder dudoso no tranquilizaba á nadie; porque entre tanto el arzobispo de Lisboa permanecia en íntimas relaciones con el maestre de Santiago, cuyo ascendiente sobre el ánimo de D. Enrique no era un misterio. Habíase notado además la presencia de un caballero aragonés en el castillo, y se sabia que este personaje acababa de partir para su tierra, despues de haber tenido frecuentes conferencias con D. Juan Pacheco, lo cual daba motivos para sospechar que se tratase de alguna avenencia entre la princesa y el rey. Pero esta idea conciliadora tenia su sombra que la oscurecia: era un continuado misterio todo lo que pasaba en el castillo, nada se sabia de doña Isabel, ni se la veia, como algun tiempo antes, salir á pasear á caballo por los campos comarcanos, falta que echaban de menos, en particular los pobres y los niños, por estar acostumbrados los unos á sus diarios socorros, y los otros á su agradable sonrisa y generosos agasajos. Temíase con este motivo que estuviese enferma; pero la opinion mas generalizada era la de que el rey, para obligarla á dar su mano al de Portugal, la tenia privada de libertad.

Esta sospecha se agravaba por momentos á medida que pasaba el tiempo, y vino por último á ser confirmada de un modo auténtico y en circunstancias harto críticas para la princesa.

Era una tarde nebulosa y fria del mes de enero. En una pequeña pieza de forma circular, que era parte de una de las torrecillas voladas del castillo, y que por su mucha elevacion podia considerarse como punto inaccesible á todo ser humano, hallábase doña Isabel con sus amigas Beatriz de Bobadilla y Mencía de la Torre, ocupada en una labor de manos, con la misma tranquilidad de ánimo que si ningun peligro la amenazase. Desde la única ventana que tenia la estancia, por donde penetraba la opaca luz del dia, descubríase el campo, y la princesa se habia colocado junto á ella, tanto para ver mas cómodamente su labor, cuanto para oir los alegres gritos de los muchachos, que, olvidado el castigo del maestre, se divertian jugando á guerra y enarbolando el pendon de Aragon.

— Admiro, señora, vuestra apacible serenidad, decia Beatriz,

en la situación gravísima en que os hallais; porque no cabe duda que se os tiene presa y completamente aislada de vuestros mas poderosos amigos: ocho dias hace que no vemos á D. Gonzalo Chacon, y si puede darse crédito á las palabras de Azhuma, ha sido enviado por el rey á Segovia: ninguna noticia recibimos aquí del señor arzobispo, aunque sabemos que se halla tan cerca de nosotras, ni podemos comunicarnos con él. Mi padre reside en el castillo, pero no se me permite verle: aquí está tambien el conde de Plasencia, pero es evidente que os ha abandonado; nada sé de Andrés, que si á nuestro lado se hallara, es seguro que tomaria vuestra defensa, ó por lo menos haria lo necesario para sacaros de este cautiverio: tres meses largos han transcurrido por otra parte, desde que partieron á Aragon vuestros amigos Cárdenas, Palencia y Manrique; ya era tiempo de que supiésemos de ellos, y sin embargo ignoramos absolutamente si han ó no vuelto. Por último se desconfia de nosotras y hasta el sustento que se os da, lo recibís por medio de Azhuma, única persona que parece merecer la confianza de vuestros carceleros, y que por lo mismo, si otras razones me faltasen, me inspira el mayor recelo. Sin embargo, os veo tranquila, y de ello me alegro; pero quisiera poseer el secreto de vuestra alma, para gozar con vos, sin temor, de una felicidad que, por mas que lo deseo, huye tenazmente de mí.

—El secreto de mi tranquilidad, querida Beatriz, no lo conozco yo misma: confieso que me he visto en circunstancias menos graves, y he temido; pero hace algun tiempo que mi espíritu posee una fuerza interior desconocida, que me hace mirar con desden todos los peligros. Creo que es Dios que me sostiene, y es tal la confianza que en él tengo, que, segura de su proteccion soberana, me rio de todos los esfuerzos de mis enemigos.

—Ciertamente, repuso Beatriz; vuestra gran fe en Dios puede solo sosteneros; pero ¿teneis algunas pruebas de su santa proteccion que alimenten vuestra esperanza?

—¡Oh! exclamó la princesa: las tengo infinitas, y no sé cómo tú, Beatriz, que siempre me acompañas, puedes dudar del favor

de Dios para conmigo. Escucha: tres veces me ha tentado el demonio de la ambicion ofreciéndome la corona de Castilla rodeada de los atractivos mas apreciables para mi corazon, y tres veces he tenido valor para rehusarla: esto es un favor de Dios. Para mostrármelo mas patente, su Divina Majestad ha permitido que recaiga en mí esa misma corona por derecho de herencia y de eleccion, como en premio de haber cumplido mi deber: este es otro favor. Se ha intentado envenenarme, y sin que nadie pensase frustrar la tentativa regicida, una casualidad descubrió el crimen, antes que se consumase: este es otro favor. Pienso en la eleccion de un esposo digno de mí; cifro en ella mi dicha y la del pueblo generoso que debo regir, y un acaso providencial me señala el hombre único capaz de salvar conmigo á ese pueblo de su ruina, y de conducirle á la gloria y la grandeza: este es otro favor. Se declara una oposicion violenta á mi eleccion, y tengo el vigor necesario para resistirme dignamente á la voluntad de mi hermano, y me encuentro legítimamente autorizada por sus mismas violencias y por la infraccion de sus palabras, para obrar libremente sin faltar á las mias: este es otro inmenso favor de Dios. Por último, esos amigos que se aprestan á sostenerme, esa decision con que el pueblo se adhiere á mi causa, como si presentiese mi amor hácia él, esta tranquilidad misma con que dejo correr el torbellino de mi adversa suerte, ¿no son otras tantas pruebas de la bondad de Dios para conmigo? Pero aun hay mas: ¿no has reparado mi predileccion en elegir todas las tardes esta ventana para sentarme á trabajar? Pues no carece de objeto: aquí se fortalece diariamente mi espíritu, escuchando los gritos de esos niños, que son mensajeros de felicidad: sus almas puras é inocentes bullen agitadas por ideas que no comprenden y sus bocas proclaman los designios de la Providencia. ¿Cómo quieres que mi espíritu desfallezca, cuando todo me asegura el triunfo? En las manos de Dios me pongo, y en él confio que me salvará.

Llegaban á este punto de su conversacion la princesa y su dama, cuando un golpecito dado discretamente en la puerta de la estancia vino á interrumpirlas.

—Abre, Mencía, dijo doña Isabel: será mi hermano; si os hago la seña convenida, retiraos.

Mencía de la Torre abrió la puerta, y se retiró dos pasos atrás, haciendo una modesta cortesía. D. Juan Pacheco entró, y saludando á la jóven con su mas afable sonrisa, se adelantó, descubierto hasta el centro de la estancia, donde se detuvo en una actitud respetuosa.—Doña Isabel palideció levemente al verle, pero conservando su continente grave y apacible á la vez, le dijo:

—Nada os detenga, señor maestro: acercaos.

El maestro dió algunos pasos mas, y volvió á saludar á la princesa, mirando al mismo tiempo á las damas con aire de desconfianza.

—Seguramente no me esperabais, señora, dijo. Hay quien murmura de mí á todas horas y con todo motivo: nada sucede en Castilla de que yo no tenga la culpa, segun las gentes, y no será extraño que me atribuyan la obstinacion de vuestro hermano para con vos, cuando yo solo puedo someterme á sus órdenes.

—Os conozco y me conocéis, señor maestro, contestó la princesa: por consiguiente son escusadas vuestras disculpas, porque no se os puede ocultar la opinion que me mereceis.

Don Juan Pacheco volvió á echar una ojeada significativa hácia las dos damas, que permanecian en pié, una junto á otra y arrimadas á la pared. La princesa conoció que la presencia de aquellas jóvenes embarazaba al maestro, y levantó la mano con ademán sencillo, al mismo tiempo que decia:

—Pero no tomareis asiento, D. Juan!

—Si me lo permitís, lo haré con mucho placer, pues deseo hablaros largamente.

—No puedo negar ese honor al íntimo amigo del rey.

Las dos jóvenes damas habiendo comprendido la seña de su señora, se retiraron á un gabinete inmediato. El maestro acercó un sitial al de la princesa, y despues de sentarse cómodamente, dijo:

—Sí, señora, me calumnian horribilmente, y esto me aflige lo que no podeis pensar.

—Os compadezco sinceramente.

—No haceis sino corresponder á mis sentimientos hácia vos, contestó el maestro. Acaso dudareis de mi sinceridad: pero os aseguro que nadie como yo se interesa en vuestra desgracia.

—¿Mi desgracia, decís? ¡Oh! vivid tranquilo por mí, señor maestro; nada temo, nada me inquieta.

—¡Ah! ¿Es posible que no os moleste vuestra penosa situación?

—Nada, os repito: soy completamente feliz. Así se lo he dicho hoy á mi hermano.

—No podeis figuraros cuanto celebro hallaros en tan buena disposicion; porque no dudo que esto me ahorrará el disgusto de afligiros. Yo, á la verdad, temia ser portador de unas nuevas, que ahora veo con gusto recibireis, si no agradablemente, al menos con indiferencia.

—¡Unas nuevas! exclamó la princesa, no sin sentir un interior sobresalto. Podeis dárme las con entera confianza.

—Señora, la una se reduce á participaros que el rey ha resuelto imponeros su voluntad. Mas como, al parecer, os veo resignada á obedecerle, no creo necesario llevar mas adelante mi dura comision.

—Al contrario, D. Juan; os conjuro que no me oculteis nada; porque vuestra fina perspicacia os ha engañado por esta vez. Lejos de hallarme resignada á obedecer á mi hermano, he resuelto á mi vez obrar con la mas completa libertad; porque los únicos vínculos que me sujetaban no existen ya: han sido rotos por el rey, y por consiguiente á nada estoy obligada. Esto no impide que yo admita cualquier proposicion conciliadora, pero todo menos dejarme imponer por fuerza ninguna voluntad injusta.

—En ese caso, siento confesar que me he equivocado; y siento sobre todo manifestaros, señora, que vuestra obstinacion puede acarrearos serios disgustos. Yo he venido aquí con la dulce esperanza de romper vuestras prisiones; porque—consideradlo bien,—estais presa, y de nada sirve la voluntad mas decidida contra el poder y la fuerza. Confio todavía en que vuestra mu-

cha prudencia reconocerá los inconvenientes de una lucha desigual é innecesaria.

—Señor maestro; no espereis de mí una resignacion que se impone. La mansedumbre me humilla; pero la violencia no hace ni hará jamás que se doble mi cabeza.

—Escuchadme, señora: yo os amo como á una hija; porque os he visto nacer; no quiero para vos sino la mayor felicidad que un padre puede desear para sus hijos. Conozco muy á fondo la causa de vuestra resistencia al ventajoso enlace que os propone el rey; sé que habeis sido alucinada, y por doloroso que esto me sea, mi conciencia me impone el deber de arrancaros la venda de los ojos.

—¡Alucinada! explicadme eso, para que lo comprenda.

—Sí, alucinada, miserablemente engañada: os han hecho creer que hay en el mundo un perfecto caballero, un príncipe sin tacha, un héroe á lo Alejandro, capaz de llenar las nobles aspiraciones de vuestro corazon; y os han engañado.

—Me estais hablando del jóven rey de Sicilia. ¿No es verdad?...

—Del mismo os hablo.

—Pues bien: respetadlo, al menos en mi presencia; porque os prometo que será mi esposo. Podeis decirlo así al rey, si os place.—Don Fernando, tal vez no será el caballero perfecto y sin tacha, que yo amo, ó que sueño, si quereis; pero os aseguro, —y en esto no cabe engaño,—que es el príncipe mas apreciable de cuantos tengo noticia.

—No ha sido mi ánimo rebajar el mérito del rey de Sicilia, á quien aprecio, señora. Digo solamente que no es un hombre extraordinario, y que no aventaja en hidalguía, caballerosidad y grandeza de ánimo á D. Alfonso de Portugal, cuyos bizarros hechos dan pábulo á la fama y son de todos repetidos con aplauso. Lo que hay de cierto,—y esto os lo digo en confianza,—es que algunos hombres hábiles han sabido acalorar vuestra imaginacion juvenil, por medio de supercherías.

—¡Don Juan! ¿qué estais diciendo?

—¡Ay! Ojalá no fuese verdad. ¿Os acordais del dia en que

por primera vez os hablaron de D. Fernando unos almogávares en cierta venta.

—Sí, me acuerdo perfectamente.

—Pues bien: ¿quereis saber quién era uno de ellos?

—¿Quién?

—Pedro de Peralta, enviado de Aragon para tratar de vuestro matrimonio con los nobles de vuestro partido. Y mientras él os engañaba, vuestros amigos Chacon, Cárdenas y Alonso de Coca y demás lo consentian. Desde entonces no han cesado de ponderaros las bellas y extraordinarias prendas del príncipe aragonés, porque estando ya predispuesto vuestro ánimo en su favor, sabian que sus cautelosas palabras serian oidas sin desconfianza; y porque esperan señaladas mercedes, en premio de su negociacion. Ahí teneis á lo que se reducen las bases de los palacios encantados que teneis en la cabeza.

—Me dejais absorta, D. Juan; y siendo cierto lo que me acabais de referir, os confieso que me parece digno de aplauso el medio ingenioso de que se han valido mis amigos para decidir mi inclinacion. Pero; ¡ay! el mal está ya hecho, señor maestre: yo soy tarda para resolverme, pero cuando me decido á dar un paso, es muy difícil hacerme retroceder.

—Sin embargo, cuando os diga todo lo que sé, seguramente retrocederéis. Siento, en verdad, que al hablaros así, podais creermeme interesado en torcer vuestra inclinacion. Dos años hace que D. Alfonso IV solicita vuestra mano: ¿teneis la menor idea de que en este período haya variado de pensamiento?

—No, porque siempre he mirado ese asunto con indiferencia.

—Pues bien: no os sucederá lo mismo con el de Aragon. Sabed que (con harto sentimiento os lo digo), D. Juan II acaba de ofrecermela mano de su hijo para mi hija Beatriz.

El rostro de la princesa se cubrió de rubor, producido por la indignacion.

—¡Para vuestra hija decís! exclamó con un tono desdeñoso que no se ocultó á la penetracion del maestre.

—¡Pues! para mi hija: ¿qué os parece?

—Me parece que habeis soñado, contestó doña Isabel recordando su serenidad.

—Bien pudiera ser, replicó el maestro con aquella frialdad cáustica y maligna, que él solo sabia usar, aparentando indiferencia. Todos soñamos en este mundo. Pero no creais que esta proposicion me envanece; reina de Aragon es la hija de D. Fadrique Henriquez; no es mucho que lo sea tambien mi Beatriz, sobre todo cuando tengo que pagarle la corona; pues necesito asegurarla antes en las sienes de su futuro esposo.

—Pero... ¿Hablais con formalidad? repuso la princesa sujetando con la mano los violentos latidos de su corazon. Eso que me decís, ¿no es una invencion de vuestra astucia para probar mis fuerzas?

—Con razon temia yo daros esta desagradable noticia. Pero ¿qué hacer? Era preciso desengañaros, porque, á la verdad, es una cosa indigna el haberos hecho concebir ilusiones muy bellas, para luego suplantaros sin miramiento alguno. Afortunadamente, doña Beatriz Pacheco no es un partido tan humilde, que pueda avergonzaros el que se la prefiera á vos.

—¡Don Juan! exclamó la princesa con dignidad: yo no me avergüenzo sino de mis faltas. Ni doña Beatriz Pacheco, ni otra mas humilde que ella puede oscurecer á la princesa heredera de San Fernando, aunque la fortuna ó la intriga la eleve sobre un trono. Pero... estoy hablando como si realmente fuera posible semejante falsía en pechos nobles... No: eso no puede ser: necesitaria verlo para creerlo.

—Me ofendeis, señora, dudando de mi palabra.

—¿Qué quereis, D. Juan? Si á vuestros asertos acompañaese alguna prueba capaz de convencerme, tal vez os daria crédito. De otro modo, mi situacion me autoriza para dudar.

—Una prueba... una prueba... no sé si la tengo aquí. Esperad, contestó el maestro haciendo que registraba en su escarcela.—Sí, aquí está: tomad, y leed.

Y sacando una carta la presentó abierta á doña Isabel, saboreando de antemano el placer de atormentar á la escelsa jóven: sus ojos, siempre apáticos, brillaban en aquel momento como

si la luz que reflejaban procediera directamente de su interior.

La princesa, entre tanto, devoraba con la vista las cláusulas escritas en aquel papel, y una palidez nerviosa iba cubriendo por grados su hermoso rostro á medida que adelantaba en la lectura.

—No quiero ver mas, murmuró por último, devolviendo con trémula mano la carta al maestre.

—Ya veis que no miento, dijo éste tomando el papel y mostrando la firma de D. Juan II con un refinamiento de malicia.—La dura necesidad en que se encuentra el rey de Aragon, le obliga á proponerme una alianza, muy honrosa para mí, á fin de salvar una parte de su corona, que se le cae á pedazos. ¿Qué puedo yo hacer, sino aceptar? Ciertamente seria un acto muy generoso de mi parte ayudarle en su apuro, sin exigir en cambio recompensa alguna; pero cuando ésta se me ofrece y es de tan alto valor, fuera en mí hasta descortesía el no aceptarla.

—Está bien, señor maestre: podeis hacer lo que mas os acomode: yo no os pido satisfaccion de vuestro proceder. Una cosa sí os he de merecer me digais. ¿Quién ha sido el portador de este mensaje?

—¡Ah! Es un caballero aragonés á quien no conoceis.

—¿Su nombre?...

—Mosen Pero Nuñez Cabeza de Vaca. ¿Quereis hablarle?

—¿Para qué?

—La confidencia que acabo de haceros, cuando nadie, ni aun mi misma hija, sabe todavía nada de esto, debe probaros el tierno interés que me inspirais. Y bien: ¿ahora persistireis en provocar la cólera del rey, por correr tras de una fantasma de hidalguía y magnanimidad imaginaria, que solo vuestro entusiasta corazon ha podido crear.

—Ignoro lo que haré, D. Juan: únicamente puedo aseguraros que este corazon todavía tiene entusiasmo y fe: que no basta un golpe, por certero que sea, para anonadarlo, y que para decidirme, necesito dejar dormir mis emociones. Mañana os daré mi contestacion.

Dicho esto, la princesa se levantó. El maestre conoció que

era ya demasiado importuna su presencia, y como por otra parte habia terminado el objeto de su visita, pidió mil perdones á doña Isabel por la molestia involuntaria que pudiera haberla causado, y se despidió con aspecto compungido y retozándole de júbilo el corazon.

La princesa se arrojó en su sillón, y apoyando la frente en la palma de la mano, permaneció en esta actitud pensativa, hasta que, llegada la noche, vino á sorprenderla en tal estado Beatriz de Bobadilla trayendo una luz.

—¡Qué es lo que miro, mi querida señora! exclamó la jóven dama. Estais triste: ¿acaso el maestro os ha afligido?

—Sí, Beatriz, me ha afligido: ha torturado mi corazon: pero ha dejado en él un rastro de esperanza.—¡Oh! ¡Dios mio!... Si fuese verdad que hasta el elegido de mi corazon es infiel á sus palabras, ¿á dónde iria yo á buscar la buena fe entre los hombres? Pero esto no puede ser: D. Fernando no puede haber consentido esa humillacion.

—¿Qué estais diciendo, señora mia? Es posible que el príncipe haya faldado...

—No, él no: esa es la esperanza que me resta. Solo he visto una carta de su padre ofreciendo su mano á doña Beatriz Pacheco, en cambio de algunos miserables socorros para someter á Cataluña.

—¡Qué villanía!

—Escucha, Beatriz: no es ocasion esta de aspavientos ni exclamaciones. Hay en este castillo un tal mosen Pero Vaca, un caballero que acaba de llegar de Aragon: necesito verle esta misma noche, sin que D. Juan Pacheco lo sepa. ¿Cómo lo haremos?

—Difícil es eso: tendríamos que valernos de Azhuma, y yo no tengo confianza alguna en esa infiel.

—No importa: llámala, y déjame á solas con ella.

Beatriz salió, y á poco entró Jarifa.—Una extraordinaria transformacion se habia operado en poco tiempo en el semblante de la jóven mora: su mirada, vivaz y enérgica otras veces, ahora estaba lángida y concentrada: habia huido de sus facciones

aquel vigor lozano que antes las animaba, revelando un espíritu independiente y un cuerpo lleno de vida.

—Ven, Azhuma, le dijo la princesa con la ternura de una madre. Tú también estás triste, hija mía. ¿Crees que mis propios pesares me han impedido notarlo? Si las penas son de las que se pueden comunicar á una buena amiga, dímelas, que acaso yo podré remediarlas.

—Mis penas, generosa señora mía, contestó Jarifa enternecida, son irremediables.

—Tú amas, infeliz, y no eres correspondida como mereces.

Una lágrima asomó á los párpados de Jarifa, que contestó:

—Si me amais, señora, permitidme que sepulte el secreto en mi corazón.

—Ya sabía yo que tenías secretos para mí, Azhuma; mas no quiero penetrarlos si no he de poder aliviar el mal que te causan. Ten presente, sin embargo, que yo también sufro, y consuélote el pensar que el dolor á nadie respeta; es la herencia de los hijos de Eva.

—¡Oh, señora! si en mi mano estuviese devolveros la dicha, Dios me es testigo de lo que haría, sin que me detuviese la ruin envidia de veros feliz, mientras yo viviese sin esperanza de serlo.

—Noble corazón, no pierdas nunca la esperanza. El Dios de los cristianos la tiene siempre reservada en su seno para los que sufren y tú serás feliz algun día. Entre tanto, voy á mostrarte que confío en tí mas que tú en mí: puedes prestarme un servicio importante á la tranquilidad de mi espíritu, dándome al mismo tiempo una prueba de tu lealtad.

—¡De mi lealtad! ¿Acaso he faltado á ella nunca para con vos?

—No, Azhuma. Sé que me eres fiel, y si lo dudase, no me valdria de tí para el encargo que voy á darte.

—Mandadme, pues, sin temor; mis hechos responderán de mi fidelidad.

—Óyeme bien; ¿has visto, por acaso, á un caballero aragonés llamado Pero Vaca, que ha venido á Ocaña estos días?

—Le he visto, y le conozco perfectamente.

—¿Podieras traerle aquí esta noche, de modo que el maestro no llegue á saberlo?

—Sereis servida. Cuando todos duerman, velad en esta estancia: yo misma le conduciré.

—¡Ah! ¡gracias, Azhuma! ¡gracias! No olvidaré nunca este servicio.

Jarifa se retiró, y la princesa fué á postrarse en un reclinatorio que tenia en la misma cámara, delante de un crucifijo de marfil. Oró largo rato, y despues se levantó tranquila y confiada en el que todo lo puede.

Las horas de la noche pasaban lentas; pero su fatal progreso las fué dejando caer en la sima insondable del pasado. Ya no se percibia ningun ruido en el castillo, y solo á trechos turbaba el silencio el canto monótono ó el relevo de los centinelas. Doña Isabel velaba sola en su retirado aposento, y para entretener el tiempo, leia en un libro de pergamino manuscrito y forrado en tafetan azul, con chapas, cantoneras y charnelas, para las cerraduras, de plata dorada y esmaltada: este libro trataba de las *virtuosas é claras mujeres*, el cual hizo é compuso el condestable D. Álvaro de Luna.

Era ya mas de media noche, y Azhuma no volvia: la princesa separaba de vez en cuando la vista de la lectura, y concentraba toda su atencion en el punto por donde debia llegar su esperado mensajero.

Al cabo, sin que precediese ningun rumor de pasos, abrióse lentamente la puerta de la estancia, y apareció en ella el rey. Doña Isabel se levantó sobresaltada, pero disimulando su emocion, se adelantó á recibir á su hermano.

—¿Qué sucede, señor? le preguntó. ¿Y cómo es que á esta hora os veo venir á mi aposento con tanto misterio? ¿Temeis acaso que se os escape vuestra prisionera?

—No hablemos de eso, Isabel, contestó el rey dejándose caer en un sillón. Estoy abrumado: hace dos horas que me acosté, y no pudiendo conciliar el sueño, he vuelto á levantarme. No sabia que hacer paseando en mi cámara, ví luz en tu ventana, y vengo á distraerme hablando contigo.

—Dichosa yo, señor, si puedo restituiros la tranquilidad, dijo la princesa echando una ojeada tímida á la puerta, que habia quedado abierta por fortuna.

—¡Oh! mucho puedes contribuir á tranquilizarme, Isabel. Por tí me veo cercado de mil peligros.

—¡Por mí! Desechad esa triste idea. Yo confio en Dios que al cabo nos uniremos como deseo. Y esto es preciso que suceda; porque de ello depende la paz de vuestro espíritu.

—¡Ay! tú no sabes, Isabel, en la que ahora estoy metido; necesito partir inmediatamente á Andalucía, para sosegar aquellos pueblos, que están dados á Barrabás. No quieren pasar por menos que verte reina en mi lugar; con este motivo, los Córdoba y Aguilares, los Ponces y los Guzmanes se están devorando unos á otros, y aquello es un infierno. Y yo tengo que ir á poner paz, ó á que me derroten y me insulten. Esto me quita el sueño: esto me mata. Dime tú, ¿qué debo hacer? ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Señor, yo iria sin perder un momento; entraria por aquellas tierras con imponente aparato de guerra, mandaria á los grandes deponer las armas, primero á uno, luego á otro, y si alguno me desobedeciera, le sitiaria en su propio castillo y arrasaria este hasta los cimientos.

—Eso está muy bien para dicho; pero lo difícil es hacerlo. Y tú no cuentas con otra cosa: supongamos que voy allá y triunfo de los rebeldes sin obstáculo, que es mucho suponer: pero, entre tanto, tus amigos de por acá aprovechan mi ausencia, se levantan, hacen de las suyas: y tengo que volver á escape á comenzar la tarea: esto es el cuento que nunca se acaba.

—Id sin temor ninguno al Andalucía. Mis amigos, si algunos tengo, hacen lo que yo les mando, y yo no he sido nunca rebelde.

—Menos cuando se trata de... Pero no hablemos de eso: eres buena hermana, y procurarás no afligirme. Con que, ¿te parece que podré partir sin cuidado?

—Sin duda alguna. Sobre todo, si os acompaña D. Juan Pacheco, nada podeis temer; porque él tiene allá muchos deudos y amigos poderosos, que se someterán á su voz.

—Por supuesto. Y si no fuera por las incomodidades del viaje y los tropiezos que puede haber, eso me tranquilizaria completamente. ¡Demonios de hombres! ¡siempre peleando, siempre alborotados! ¡No han de dejarle á uno un dia de sosiego! ¡A mí que, por vivir en paz, me dejaria cortar un brazo! Isabel, no apetezcas reinar; porque, hija, te confieso que es una cosa insoportable.

—Es un deber, señor, y como tal, pediré á Dios fuerzas para cumplirlo dignamente.

Un ligero rumor de pasos sonó fuera de la habitacion: la princesa alzó la voz, tanto para que el rey no lo oyese, cuanto para prevenir á Jarifa que no estaba sola. Pero á pesar de esta prudente precaucion, miró con inquietud hácia la puerta, por donde temia ver entrar al caballero aragonés, y frustrar sus intentos.

Afortunadamente la mora debió de conocer el peligro, pues el rumor de los pasos cesó al momento, y el rey, no estando prevenido, no se apercibió de esta circunstancia. Pero continuaba hablando de cosas indiferentes, y tan sosegado como si no pensase irse en toda la noche; de modo que la princesa llegó á temer que su hermano, sabedor de su anhelada entrevista con el aragonés, se habia propuesto impedirla.

Don Enrique comenzó á bostezar y esperezarse, estendiéndose á lo largo en su sillón. Doña Isabel aprovechó esta circunstancia para despedirse políticamente.

—Señor, le dijo: si os da sueño, avisadme, y os traeré una almohada; porque ese sillón es muy incómodo y mañana os dolerán los huesos; aunque lo mejor seria que os entregaseis al descanso en vuestro lecho.

—Tienes razon: ya debe de ser muy tarde, y es menester dormir. ¡Adios, pues, Isabel!

La princesa respiró, como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima del corazon. Don Enrique se levantó al fin, y comenzó á andar pausadamente hácia la puerta, pero al llegar á ella, se volvió diciendo:

—¡Qué oscuridad! La luz de la escalera se ha apagado, y me voy á romper algo.

—Esperad y os alumbraré, contestó la princesa alzando la voz, y entreteniéndose todo lo posible para dar tiempo á los que sin duda aguardaban junto á la puerta.—Por último tomó la lámpara temblando, y volvió á reunirse con el rey, el cual, en el momento de asomar la luz en la antecámara que daba á la escalera, exclamó:

—¡Quién anda aquí!

La princesa tendió rápidamente su mirada por la pequeña antecámara, y vió á Jarifa, en pié junto á un ángulo de la pared, teniendo con suma naturalidad estendido un extremo de la falda de su tabardo, con la cual ocultaba á Pero Vaca, que estaba encogido detrás de ella.

—Es Azhuma, señor, que aguarda para ayudarme á desnudar, dijo doña Isabel.

—Ea, pues, dale esa luz, contestó el rey, y que me alumbré ella. ¡Buenas noches, hermana!

—¡Buenas noches, señor! Azhuma, alumbrá al rey, dijo la princesa, yendo rápidamente á encontrar á la mora, y cubriendo con su sombra al caballero.

Don Enrique siguió su marcha lenta, sin reparar en esta maniobra, y su hermana, viéndole alejarse, se adelantó hasta lo alto de la escalera, y aguardó la vuelta de Jarifa, que no se hizo esperar. Entonces, á la luz de la lámpara, pudo ver el semblante noble de Pero Vaca, que era un anciano de sesenta años, fornido y de mediana estatura, cuya barba, blanca y espesa, bajaba en remolinos cubriéndole parte del pecho. Su aspecto prevenia desde luego en su favor, y la respetuosa actitud con que se presentó á la princesa, dió nuevos alientos á ésta para dirigirle la palabra.

—Seguidme, mosen Pero, dijo tomando la luz de manos de Jarifa, y haciendo á ésta una seña para que no se alejase de la antecámara.

Pero Vaca siguió á la princesa al interior de su estancia, y aguardó que se le preguntase.

—Sabiedo á lo que habeis venido á Castilla, continuó doña Isabel, comprendereis lo embarazoso de mi posicion. No debeis



Isabel alumbrando al rey Enrique IV.

estrañar, sin embargo, que os haya hecho conducir aquí tan de secreto; pues necesito oír de vuestra boca la confirmacion de un hecho que me han revelado esta tarde, para poder creer que el rey de Aragon falta á los compromisos que contrae por su propia voluntad.

—No estraño nada de cuanto haceis, señora, contestó el caballero: antes al contrario, me alegro en el alma de ser aliviado por vos de un peso enorme. Tres dias hace que deseo veros; sin encontrar de quien fiarme para conseguirlo.

—¡Ah! ¡Deseabais verme! ¿Luego mi corazon no me ha engañado? Mi primo D. Fernando es fiel á su palabra.

—¿Y habeis podido dudarle un momento?

—No, amigo: pero ¿qué significa el mensaje que habeis traído á D. Juan Pacheco? Él me ha mostrado una carta del rey de Aragon. ¿Acaso es apócrifa?

—No, señora: es auténtica: Mas ved aquí el objeto verdadero de mi comision: leed, y os tranquilizareis.

Pero Vaca entregó un grueso pliego á la princesa, que lo abrió con ávida curiosidad. Contenia un largo documento, redactado en forma de contrato y escrito en pergamino, y una carta que decia:

«Mi muy amada fija, que bien puede daros este nombre el que á toda hora lo desea: vinieron á nuestro reino vuestros enviados, é fueron de nos bien recibidos, como cumplia y era de facer con los que vuestra confianza merecen; mas aina traeyéndonos tan buenas nuevas de vos, y que tanto placen á nuestro corazon. Mostráronnos sus plenos poderes y las instrucciones, por vos é vuestros grandes é perlados convenidas, y encontrándolas buenas é justas é cumplideras, y con buen acuerdo y discrecion por lo que atañe al sosiego y ventura de esos reinos y de sus principales moradores, vinimos en aceptarlas, primero mi hijo D. Fernando en Cervera, y despues yo en Zaragoza, donde, por la gracia de Dios, voy recobrando la salud y la vista, que deseo para bendeciros y amaros ca no parece sino que el hablar de vos ha sido luz para mis ojos y melecina para mi alma y cuerpo. Por la escritura que os envío,

«signada de la mano del príncipe y mia, y sellada con el nuestro sello pendiente, que y vereis, constarvos ha que no hemos cometido ninguno de vuestros encargos: que tratará mi hijo con toda filial obediencia al señor rey D. Enrique, terná é manterná en maternal honra é acatamiento á la señora reina doña Isabel vuestra madre, como á madre suya; que observará é guardará los fueros é privilegios, leyes é loables consuetudines de esos reinos é señoríos; que, dándole Dios alguna generacion, así hijo, como hija, nunca los apartará de vos, nin los sacará de esos dichos Reinos, loable solicitud de vuestro corazón que mucho nos ha placido. Trátase así mismo de lo que atañe á la buena administracion de la justicia, que vos debereis facer en union con mi caro hijo; é de las mercedes y empleos que non se darán á estrangeros de fuera de Castilla y Leon, nin se fiarán sin vuestro consentimiento; é de lo que tanto encaresceis, de ser obligado el príncipe de facer con vos la guerra á los moros enemigos de vuestra santa fee cathólica, y en fin de todo lo al que nos encomendais, para que á cualquier caballero é otras cualesquier persona que tuviesen mercedes ó señorías recibidos hasta hoy de lo que yo tenia y era de Aragón non se les quite, nin se haya novedad; como así mesmo que tampoco se altere la buena concordia por cual injuria que nos é los nuestros hubiéremos recibido; nin por enojo ú ódio que oviésemos contra cualquier persona de esos reinos, non faremos innovacion contra los tales: mas que por servicio de Dios y contemplacion á vos los perdonaremos á todos. Esto y lo demás que por estenso vereis hemos acetado y firmado, é lo tenemos por bien dispuesto, para que ningun de esos grandes que y os quieren mal se emperca ni haya porque murmurar.

«Ha venido tambien á nos, amada hija nuestra, un mensaje de ese maestre quien vos conoceis, á quien doy cumplida contestacion. Desto vos dará cuenta mas cumplida y pormenor mi contador Mosen Pero, en quien podeis fiar como en mi mesma persona. Dios nuestro Señor os guarde, hija querida é muy amada, é vos prospere con mi bendicion. De la ciudad de Zaragoza á 12 del mes de jenero, año del nacimiento de nuestro Señor 1469.—*Rex Johann.*»

Al pié de esta afectuosa carta del rey D. Juan de Aragon, seguian algunas galantes lineas de su hijo el rey de Sicilia, que la princesa leyó para sí con la mayor complacencia, y cuyo contenido no nos han transmitido las crónicas. En seguida doña Isabel examinó detenidamente una por una las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales, sonriéndose con inefable gozo, cada vez que encontraba en ellas sus pensamientos fielmente reproducidos, y encaminados al mayor bien y engrandecimiento de Castilla.

Concluido este exámen alzó la vista del pergamino, y preguntó á Pero Vaca:

—¿Y qué cuenta me dais de la estraña comision que habeis traído para el maestre?

—Señora, el que engaña merece ser engañado. El maestre ha pretendido el enlace de su hija con el rey de Sicilia, mi señor, ofreciendo sus socorros para apaciguar á Cataluña. Mi señor, que no cree en tales socorros ni en tales pretensiones, aunque las despreciaria, si las creyese, ha dispuesto deslumbrar á D. Juan Pacheco, para que, confiado en el buen éxito de sus ridículas negociaciones, os deje en paz por algun tiempo.

—Bien: pero despues, ¿cómo retractará vuestro rey su palabra?

—Mi señor no ha dado palabra ninguna. La firma es contrahecha: el sello sí es el de Aragon; pero, todo se arreglará echando la culpa al gran canciller y desterrándole temporalmente de la corte. Ya veis que no hay peligro ninguno.

La princesa menéo la cabeza, como disgustada de este doble proceder, que sin embargo era tan propio del carácter poco escrupuloso de D. Juan II de Aragon, y consultando un reloj de hierro que tenia en su estancia, dijo:

—Es muy tarde. No perdamos el tiempo.

Y tomando una pluma, escribió al pié del contrato:

«Aceptadas por mí todas las cláusulas en este escrito contenidas.»

Y puso debajo su firma.

—Tomad esto, añadió: en cuanto amanezca partid y llevad-

lo al señor arzobispo de Toledo, que debe de estar en Yepes: contadle todo lo que sabeis de mí, y decidle que estoy cautiva; pero que no se inquiete, pues antes de ocho dias seré libre. ¡Adios!

Pero Vaca salió y fué conducido hasta su aposento por Jarifa, que le guiaba de la mano en medio de la mas profunda oscuridad.

Al volver la mora, satisfecha del buen éxito de su peligrosa comision, sintió que una mano varonil la detenia, cogiéndola de un brazo con fuerza brutal. La infeliz jóven tuvo que concentrar toda la energía de su carácter para no lanzar un agudo grito de sorpresa y dolor. Al mismo tiempo oyó una voz familiar suya, que le decia con ténue acento:

—No mueres en este instante, porque eres quien eres; pero tus horas están contadas.

—¡Abacuc! exclamó la mora. ¿Qué quieres de mí?

—Yo, nada. Tu infidelidad está descubierta: D. Juan Pacheco todo lo sabe ya. Sígueme al tribunal de la *Perpétua Noche*.

—Vamos.

El astrólogo se llevó casi arrastrando á la mísera jóven, que sin voluntad para oponer resistencia ninguna, se dejó conducir por una via subterránea, hasta salir al campo.

Allí habia un caballo atado á un árbol, Abacuc montó en él, despues de colocar á Jarifa en la grupa, y partió con la velocidad de una bala.

Por la mañana contó un pastor de las cercanías de Ocaña, que habia visto aquella madrugada un demonio huir por la llanura, llevando entre sus brazos un alma en pena.



CAPITULO XXIV.

De una manifestacion pacífica que hizo el pueblo de Ocaña.



MUSEN Pero Nuñez Cabeza de Vaca, madrugó como buen aragonés, para marchar á Yepes, según le había mandado la princesa; pero el doble carácter de su comision le obligaba á no partir sin despedirse antes del maestro de Santiago, y pedirle sus órdenes.

Era ya muy entrada la mañana, y el maestro, que sin duda se había visto, como el rey, privado del sueño, por alguna causa extraordinaria, dormía á pierna suelta, sin cuidarse, al parecer, de Pero Vaca ni de sus asuntos.

Obligado á detenerse, mal de su agrado, el aragonés salió á dar una vuelta por la villa, con ánimo de adquirir noticias acerca del paradero del arzobispo de Toledo. Era domingo: las gentes desocupadas formaban corros á las puertas de la iglesia y en la plaza; y en uno de estos grupos estaba el barbero Lava-caras, cuyas espaldas, condolidas todavía por los azotes dados de orden de D. Juan Pacheco, eran objeto de sombríos comentarios.

Débil y pacífica es la hormiga, pero muerde cuando la pi-

san: así el barbero, que contra su gusto habia tomado parte en la serenata de Nochebuena, despues de azotado, deseaba con ansia una ocasion en que desahogar su resentimiento, mostrándose incorregible y ardiente partidario de las *Flores de Aragon*: el pueblo en masa, teniendo en cuenta la causa porque aquel hombre fué castigado, formaba causa comun con él, y se creia partícipe de su afrenta.

Viendo venir á Pero Vaca, el barbero se apartó de sus amigos, y yendo hácia él, le dijo:

—Si me lo permitís, señor caballero, tendré gusto en hablaros de un asunto que tal vez os interesa.

—Decid lo que gustéis, contestó Pero Vaca.

—Pues bien, sabed que no estais seguro en Ocaña: mis paisanos recelan que el rey trata de hacer fuerza á la señora princesa para enlazarla con el rey de Portugal: con este motivo han enviado emisarios al señor arzobispo de Toledo, al señor almirante y á otros grandes, avisándoles lo que sucede. El arzobispo ha obtenido permiso para entrar su gente en la villa. Podrá ser que de un momento á otro lleguen socorros á doña Isabel: habrá jarana, y en ese caso el maestre os hará prender, creyéndoos promovedor de la revuelta.

—Podeis estar tranquilo por lo que toca á mi persona. Yo debo partir hoy mismo en busca del señor arzobispo, á quien llevo noticias de mi señora doña Isabel.

—¡Ah! ¡La habeis visto!

—Sí; pero callad. La he visto con mucho secreto, porque habeis de saber que está cautiva, y privada de comunicacion con sus amigos.

—Cautiva, ¡vive Dios! Ya lo decíamos. Pero no importa: pronto se ha de ver que Ocaña no sufre injusticias ni violencias. Si el maestre manda en su convento y tiene sus caballeros, aquí no estamos obligados mas que á pagarle sus diezmos, y tenemos fueros y armas: la villa es de doña Isabel por el tratado de los Toros de Guisando, y hoy mismo hemos de ver la cara de sol de S. A., ó juro á Dios que nos han de oir los sor-

El barbero tenia razon: la villa era de derecho y en razon del tratado, señorío de doña Isabel, aunque D. Juan Pacheco no habia pensado nunca en cederla.

—¿Pero estais seguro de que se puede contar con vuestros paisanos? preguntó en voz baja Pero Vaca.

—¿Qué si se puede contar? Á vos lo digo, porque sois de los nuestros. No hay hombre que no esté impaciente por tomar las armas; y si ya no anda la marimorena, es porque dudábamos todavia que fuese cierto lo que acabais de decirme. Pero ahora... Ya vereis, ya vereis. Los chicos apedrearon á los finchados: nosotros les ajustaremos una cuenta mas estrecha.

—Y hareis bien. Podeis decir á vuestros amigos que la princesa está en grande apuro, y que si por desgracia sucumbe, serán responsables ellos por su cobardía de todo lo que la suceda. Sin embargo, no conviene que os precipiteis; aguardad que yo parta, no sea que se me impida ir á verme con el señor arzobispo, para quien llevo un pliego interesante de la princesa.

No fué menester mas para provocar una esplosion. La mecha estaba ya encendida; y mientras Pero Vaca volvia al castillo-convento de Santiago, el barbero propagaba la llama de la rebelion entre sus paisanos, preparando un motin.

Entre tanto en el castillo se hacian los mas estraños comentarios acerca de la desaparicion repentina de Azhuma, y el jóven D. Diego Pacheco, marqués de Villena, informado de lo que pasaba, se dirigió inquieto á la estancia de su padre, el cual, mas que nunca firme en su propósito de suscitar una lucha declarada entre D. Enrique y su hermana, estaba á la sazón vistiéndose solo, y hablando consigo mismo.

—¿Quién va? preguntó con sobresalto el maestre al sentir los pasos de su hijo.—¡Ah! ¿eres tú, D. Diego? Cierra la puerta y ven acá.—Tenemos grandes novedades.

—Así lo creo, señor: presumo que sabreis ya que Azhuma se ha fugado esta noche pasada.

—¡Hola! ¿con que se ha fugado? Mas vale que piensen eso que no otra cosa.

—Es decir que no ha sido fuga. Yo estaba en cuidado por

vos; pero ya que os veo tranquilo, no dudo que tendreis conocimiento de la desaparicion de nuestra amiga.

—Sí: estoy bien informado de todo. Toma y entérate de lo que dice esta carta, contestó el maestre entregándole un papel.

Don Diego lo tomó y leyó lo siguiente:

«Á nuestro muy amado primo y venerado pontífice, salud en el Señor.—Acaba de partir de esta nuestra residencia un mensajero del rey D. Juan, portador de cartas de alianza y amistad para el muy poderoso señor maestre de Santiago. Tal es el aparente objeto de su viaje; pero sabed que además lleva la comision secreta de entregar á la princesa Isabel ó á sus amigos el contrato matrimonial hecho de acuerdo con varios comisionados de Castilla, y firmado por los reyes de Sicilia y Aragon. El mensajero se llama Pero Nuñez Cabeza de Vaca. Os doy este aviso; cumpliendo con los deberes de parentesco y hermandad que nos ligan, mientras quedo rogando por vos al Dios de nuestros padres. Soy vuestro primo y humildísimo subordinado.—Es traduccion del original hebreo.—Número Uno.»

—¿Qué te parece? repuso el maestre. No hay de quien fiarse en estos tiempos. El rey D. Juan juega conmigo á dos hilos.

—De modo que su promesa de casar á D. Fernando con mi hermana Beatriz es una impostura.

—*Tú dixistes*, D. Diego: tú lo has dicho. Pero afortunadamente, no sabe el buen viejo que yo duermo con los ojos abiertos. Ha querido engañarme, y se lleva chasco.

—Pero, señor; esto podrá ó no ser verdad. La firma que autoriza esta traduccion es para nosotros muy fidedigna; mas no sabemos si lo será tambien la del que ha dado el aviso.

—El que ha dado el aviso, si es, como presumo, Abiabar el astrólogo del rey de Aragon, merece nuestro crédito. Además, la noticia es tan exacta, como que, habiéndola yo recibido esta madrugada por conducto de Abacuc, he tenido tiempo para descubrir que Pero Vaca conferencia en secreto con doña Isabel.

—¿En ese caso procurareis apoderaros del contrato?

—No: ¿para qué lo quiero? Lo que ya he procurado es quitar de en medio la persona que les servia de medianera, y en

quien nosotros habíamos depositado una imprudente confianza.

—¿Y quién es esa persona? preguntó D. Diego con inquietud.

—¿Pues no lo sabes? Nuestra confidente Azhuma, que también jugaba á dos hilos.

—¡Azhuma! ¿Es posible? ¿Y qué habeis hecho de ella?

—¿Yo? Nada, hijo mio. Pero, ¿por qué te alarmas? Esa muchacha nos era infiel; por lo tanto, de nada nos sirve. Abacuc se ha encargado de ella, y el número Uno cuidará de hacer completa justicia. Eso no es de nuestra incumbencia...

—No, interrumpió respetuosamente D. Diego. Si á vos no os incumbe, á mí sí. Me interesa la suerte de Azhuma, y viviendo yo, ¡ay de quien ose tocarle á un solo cabello!

—¿Cómo es eso? Repetidlo, D. Diego; pues me parece que no estais en vos. Que os interesa, decís, la suerte de una enemiga mia y vuestra.

—Sí, señor, lo repito: me interesa, y antes me declararé enemigo vuestro y de toda la tenebrosa liga, que dejar de impedir se ofenda ó maltrate á esa mujer.

—Está bien: haced lo que os plazca. Pero no olvideis que sois miembro de una tenebrosa liga, y como tal, responsable de vuestros actos. Dad un solo paso, y el abismo se abrirá inmediatamente ante vos.

—Sabéis muy bien, señor, que no me intimidan los peligros, ni me detienen las amenazas. ¿Por qué no habré de salvar á esa infeliz mujer, que acaso no será culpable? Pero, en fin, vos podeis impedir que yo me precipite. Vuestra influencia sobre Abiabar es ilimitada: mandad que se respete la vida de Azhuma, y sereis obedecido.

—Yo no puedo mandar nada contra lo que he jurado. Ni la vida de Azhuma, ni la vuestra, ni la mia me pertenecen. Si ella es inocente, que se defienda: si no lo es, que muera. Pero, sepamos; ¿de dónde nace ese interés tan vivo, que hace os espongaís á perder un afecto y proteccion por defender á una infame traidora?

—Señor, contestó D. Diego con voz balbuciente: no podré explicaros la causa... pero mi corazon me dice que esa mucha-

cha es fiel... y á la verdad... un sentimiento de compasion hácia su juventud me mueve á mi pesar...

—Decidlo de una vez. Azhuma os ha enamorado. ¡Qué ridiculez!

—¡Enamorado!... Podeis creer...

—Sí, lo creo: vuestra turbacion me lo dice. ¡Y juro á Dios, que si por esa miserable mora cometieseis una imprudencia, no os valdrá ser mi hijo!

—Pues bien, señor: la amo. Si cometo por ella una imprudencia, como decís, veremos de qué os sirve despues armar vuestra saña contra mí.

—¡Está loco! ¡Dios mio, está loco! exclamó el maestre dando pasos desatentadamente por la estancia.—Ven acá, criatura, añadió acercándose á su hijo, y mirándole de hito en hito. ¿No conoces que caminas á tu perdicion? Si fueses tan ingrato que me denunciases, ¿no seria mi ruina la tuya?

—No se trata de eso, yo no quiero vuestra ruina; quiero únicamente que Azhuma viva.

—Es el caso que... puede ser ya tarde.

—¡Ira de Dios! ¿Qué decís?

—Hombre, cálmate. Esto no es mas que una suposicion. Pero si fuese cierto ¿qué irias á remediar con mover escándalo?

—¡Ah! Si semejante crimen se llega á cometer, os juro que la venganza será tremenda.

Don Juan Pacheco meditó un momento, y repuso:

—Mira, D. Diego: yo no tengo en este mundo mas interés que el de tu felicidad. Oye, pues, la voz de la razon y de mi cariño. Nada me importa que ames á esa mora, ni á cien moras como ella: lo que quiero es que no te alucines y hagas un disparate; porque, sábelo, si acaso lo ignoras, á tí y á mí nos costaria la vida.

—Tranquilizaos, señor: no desconozco lo grave de la situacion en que os pondria el mas pequeño desliz de mi lengua. Pero, aun que yo sé callar, no respondo de la impetuosidad de mis actos: en vuestras manos está evitarla. Dadme los medios de salvar á esa mujer, y nada temais: en el concepto de que

estoy decidido á partir en su busca de cualquier modo que sea.

—Sí, te los daré... Sin embargo... pudiera suceder...

—¿Qué?... Acabad.

—Que no llegases á tiempo, y en tal caso... Vé lo que haces, porque tu cabeza fluctuará entre tus amigos y tus enemigos.

—Nada me importa mi cabeza...

—A mí sí: por consiguiente solo te ayudaré con una condicion.

—¿Cuál?

—La de que has de saber dominarte y disimular tus pasiones. De otro modo no lograrás resultado ninguno ventajoso para tí. Si por desgracia estuviese ya todo consumado, ten presente que solo el fingimiento de una completa indiferencia puede asegurarte la venganza. Esto te lo dice quien tiene mas experiencia que tú.

—Bien: haré lo que gustéis; pero no me detengais un momento.

—Voy allá, voy allá.

El maestre tomó un papel, y escribió en él estas palabras.

«Suspended el castigo de la culpable, y enviádmela con el portador de estas líneas. El mayor bien de la sociedad lo exige.—*Número Mil.*»

En seguida D. Juan Pacheco cerró esta carta, y sellándola con la estrella que le servia para estos casos, dijo á su hijo:

—Toma; si te das prisa, tal vez llegues á tiempo. Abiabar está en Toledo en casa de Baruc el armero. Dale esta carta, ¡y... cuidado si te portas con prudencia, yo te ayudaré en todo: en otro caso, te abandonaré á tu suerte.

Don Diego tomó el papel, y salió precipitadamente de la estancia. Entre tanto su padre murmuraba entre dientes:

—¡Demonio de huracan! Es preciso seguirle el rumbo para que no haga estragos. Dejémosle ir y que quiebre la fuerza... Por supuesto llegará tarde: pero no le creo tan nécio que vaya á comprometerse inútilmente. Ya sabe lo que le conviene, pase la mala hora, y despues con calma todo se arreglará.

Un criado anunció á Mosen Pero Vaca.

—Que entre, que entre, dijo D. Juan, dando á su rostro el aspecto de la mas cordial benevolencia.

Pero Vaca entró, y participó al maestre su resolucion de partir en aquel mismo dia.

—Siento en el alma, le contestó D. Juan Pachecho, verme privado tan pronto de vuestra amable compañía; pero con todo, apruebo vuestra resolucion, y os deseo feliz viaje. Previendo que de un momento á otro nos dejariais, tengo ya preparada la respuesta al mensaje que me habeis traido. Tomad pues, y no os detengais, añadió entregándole un pliego. Asegurad de palabra á vuestro señor, que puede contar siempre con un afecto de mi parte igual en todo al suyo, y que estoy decidido á obrar para con él exactamente como él para conmigo. En una palabra, decidle que no puede haber entre nosotros divergencia de ningun género, sino la mas perfecta reciprocidad.

El aragonés tomó el pliego y se despidió del maestre con palabras corteses; despues de lo cual, y teniendo ya hechos sus preparativos de viaje, marchó sin detenerse. Don Juan Pacheco se mantuvo en observacion hasta que le oyó partir. Entonces, frotándose las manos muy satisfecho, salió de su aposento, y se encaminó al de D. Enrique, murmurando:

—Vaya con Dios el amigo Pero Vaca. Vino á engañarme y él es el engañado. Irá diciendo á su amo que D. Juan Pacheco es un bonachon que se mama el dedo, y cuando el buen rey de Aragon acuerde, se encontrará comprometido conmigo, y sin la paloma que busca para su hijo... Veremos quien caza á quien, señor mañoso.

Don Enrique se paseaba inquieto en su cámara, deseando ver al maestre, pero sin atreverse á llamarle.

—¡Hola, D. Juan! ven acá, le dijo al verle: me tiene aturrido esa pícara rebelion de Andalucía. Tú duermes bien, á lo que veo, á pesar de las tristes nuevas que hemos recibido; pero yo no puedo sosegar un momento.

—No os parezca, señor, contestó el maestre, que estoy muy tranquilo por mi parte. Casi toda la noche la he pasado en ve-

la, meditando lo que conviene hacer para calmar este alboroto.

—¡Ah!.... Con que á tí te parece grave el negocio.

—Sumamente grave, sobre todo mientras no conjuremos el peligro que nos amenaza por la espalda.

—Y bien: ¿qué te parece que debemos hacer?

—En mi concepto, lo primero es atar corto á vuestra hermana, obligándola de una vez á firmar el compromiso que sabeis.

—¿Y si se resiste?

—No estamos en el caso de andarnos con rodeos. Se la intima espresamente vuestra voluntad, y se le exige la sumision, so pena de pasar encerrada el resto de sus dias. Y si es menester se la encierra en el castillo de Madrid.

—Pero en ese caso no lograremos tranquilizar á nadie, que es lo que ahora nos hace falta.

—Lo que se necesita es que ella firme. Tengamos un documento en que conste su adhesion á vuestros mandatos, y despues, el que sea hombre, que se mueva.

—Es verdad: eso es lo que necesitamos. Pero ¿quién será el que la obligue?

—¿Queréis dejar en mis manos ese negocio?

—Desde luego: te doy amplias facultades para todo.

—Pues bien: hoy mismo quedará eso arreglado.

El maestro se retiró á estender el contrato de bodas entre el rey de Portugal y doña Isabel, poniéndose para ello de acuerdo con el arzobispo de Lisboa, y con el de Sevilla y el conde de Plasencia. La mayor parte del dia se pasó en estas negociaciones, y á la caida de la tarde pasó D. Juan Pacheco al aposento de la princesa, decidido á emplear todo género de medios para salirse con su empeño.

Doña Isabel habia visto partir á Pero Vaca, y por el saludo que éste le dirigió desde el campo, habia conocido que no corria ningun peligro el éxito de su comision secreta. Con esto se hallaba tranquila, no obstante la inquietud que naturalmente debia inspirarle la ausencia de Azhuma.

—Señora, le dijo el maestro con su habitual dulzura: tengo

la desgracia de ser siempre para vos nuncio de nuevas desagradables.

—Ciertamente que es una desgracia para vos, señor-maestre, la de no poder anunciarme felicidades. ¿Vamos, de qué se trata?

—El rey mi señor está enojadísimo con vos.....

—Nunca menos que ahora lo hubiera creído: anoche tuvo la bondad de visitarme, y por cierto que se mostró muy amable conmigo.

—¡Ah! no os fieis de su amabilidad, señora: cabalmente anoche tenía recelos de que esperabais á cierto confidente, y es lo mas sensible que no salieron fallidas sus sospechas.

La princesa palideció; pero sin desmentir su serenidad, repuso:

—Estraño es eso; ¿y cómo no me habló nada de lo que recelaba?

—Lo estraño hubiera sido que os hubiese hablado de ello; queria sorprenderos, y ya que esto no pudo ser, porque seguramente habiais tomado bien vuestras medidas, procuró apoderarse de la confidencia.

—¡Eso es indigno! exclamó doña Isabel, cuyo rostro se inflamó de repente. Si no me trataseis con una tiranía tan impropia de caballeros, serian escusados esos pasos tenebrosos para celar la conducta de una mujer, que no desea por cierto huir de la luz del sol para mostrar ostensiblemente sus actos. Veamos, ¿y qué ha sabido el rey?

—Lo mismo que vos.

La princesa sospechó que el maestre la engañaba. En aquel momento creia que Azhuma la habia vendido, pero como la mora no estaba enterada de su conversacion secreta con el caballero aragones, y éste, á su parecer, no habia encontrado obstáculos á su marcha, se figuró que la intencion de D. Juan Pacheco era la de arrancarle una revelacion completa de sus tratos con la corte de Zaragoza. Para confirmar sus sospechas le preguntó:

—¿De modo que habeis detenido á Pero Vaca?

—Seguramente lo habria hecho el rey, si mis buenos deseos

de evitar discordias no lo hubiesen impedido. Pero Vaca ha marchado de Ocaña esta mañana.

—¿Protegido por vos?

—Podeis asegurarlo.—Pero no es el emisario aragonés, ni su contrato de boda, lo que ahora nos interesa. El rey está irritadísimo, como ya os he dicho; tanto que para evitar los terribles efectos de su cólera, he consentido en tomar sobre mí el duro cargo de comunicaros sus órdenes terminantes.

—¿Y cuáles son esas órdenes?

—Vedlas aquí, repuso el maestre, estendiendo sobre la mesa el contrato que habia redactado. Os manda firmar estas capitulaciones; y yo os suplico que lo hagais de buen grado, para impedir que se vierta sangre por vuestra causa. El rey debe partir muy en breve á sofocar la rebelion de Andalucía, que hace estragos en vuestro nombre: para someter aquel reino, necesita tener antes la seguridad de vuestra leal sumision. Sin ella, los nobles de vuestro partido tendrán un pretexto para rebelarse en Castilla, y siento deciros que, fiel ante todo á mi rey, he dado ya mis órdenes para que en todas partes se apresten las armas, á fin de castigar al que conspire contra la paz pública. Vuestro hermano, pues, no teme ser vencido en ningún punto; pero vos debeis desear, como yo, que no se derrame sangre inútilmente.

—Deseo laudable es el vuestro, señor maestre. Si habeis visto el contrato de que ha sido portador Pero Vaca, no podreis dudar que mi mas ardiente anhelo es el de conservar la paz. Allí habreis notado varias cláusulas que imponen el respeto de los derechos adquiridos por ciertos magnates, y el absoluto perdón de las ofensas. De modo que se os trata como amigo, se os garantiza la posesion de vuestros estados, y por consiguiente se os inutiliza para la discordia; porque ni siquiera se os deja el pretexto de rebelaros contra mí.

—Celebro infinito esas buenas disposiciones, señora, replicó el maestre sin desconcertarse. Pero os juro que no he visto las cláusulas de que me hablais: yo no soy mas que un humilde instrumento de mi señor el rey, quien acaso sabrá lo que aca-

bais de revelarme. Tan ageno estoy de todo eso, como que yo habria jurado que el contrato estaba en vuestro poder.

—¡Ah! ¿Eso creiais? Pues bien: estais completamente equivocado. Es muy probable que á estas horas se halle ese documento en manos de vuestro tío D. Alonso Carrillo.

Don Juan Pacheco reconoció, aunque tarde, que habia cometido una torpeza, dejando ir á Pero Vaca, mas avezado al disimulo, y dispuesto siempre á sacar partido de todas las circunstancias, formó en el acto el mas decidido propósito de no salir de aquella estancia, sin llevar la firma de la princesa, pues con ella se prometió dejar encendida la guerra civil en Castilla, mientras acompañase al rey al Andalucía, y al mismo tiempo se aseguraba contra la realizacion del enlace aragonés.

—Vos misma, señora, dijo, confirmais mis temores. Poseyendo mi señor tío ese contrato, la rebelion es inevitable, y solo en vuestras manos está ya la tranquilidad del reino. Firmad, pues, al momento este convenio, que, como veis, está consentido por los autores del de los Toros de Guisando, únicas personas que pueden intervenir en vuestro matrimonio: y todo el pueblo os bendecirá, porque así quitais la ocasion de los horribles disturbios que nos amenazan.

—Señor maestre, repuso la princesa con dignidad. Si tan amante sois de la paz, sostenedla con vuestros consejos y vuestro ejemplo: yo no temo la guerra, ni provoco la rebelion: preguntad á vuestra conciencia si he sido yo quien ha encendido la tea de la discordia en Andalucía: preguntadle además si soy yo quien pone dificultades á la cordial union del rey conmigo, y si por mi parte se han dado los primeros pasos para quebrantar el tratado de Guisando. Mucho amo á la paz, señor maestre, y doy pruebas de ello sometiéndome á vuestra tiranía; pero sabed de una vez para siempre que prefiero la guerra, si es preciso, á una sumision vergonzosa.

—Pues bien, señora, tendreis la guerra; porque ó firmais este contrato, ó se os encerrará donde no veais la luz en mucho tiempo. Tal es la orden que he recibido, y que, á mi pesar, me verá obligado á cumplir.

—Daos prisa, pues, á ejecutar esa órden temeraria, y paraos á responder de sus consecuencias.

—Señora, preciso es que conteis con amigos muy poderosos, cuando así me desafiáis.

—¡Oh! Sí, cuento con uno, uno solo, contra quien nunca prevalecerán enemigos como vos. Cuento con el favor de Dios.

Una sonrisa irónica cruzó por los pálidos labios del maestre, quien acercándose á la princesa, que con el codo apoyado en la mesa, le miraba serena, repuso:

—La autoridad que invocáis es muy respetable. Pero, señora, Dios no puede consentir que vuestra caprichosa obstinacion cueste sangre y lágrimas á Castilla, y de seguro no lo consentirá. Yo he jurado haceros obedecer los mandatos de vuestro señor y rey; aprecio en mucho la tranquilidad del reino, y os digo que firmareis.

Y así diciendo, asió con fuerza el brazo de la princesa, y puso al mismo tiempo una pluma entre sus dedos.

Doña Isabel miró al maestre sonriéndose, á pesar de que la dura mano de éste causaba una impresion dolorosa en su delicado brazo, y despidiendo la pluma, contestó:

—No sé escribir así.

En este momento se oyó un ruidoso clamoreo, entre cuyas voces confusas se distinguian los gritos de «¡viva la princesa! ¡viva doña Isabel!»

Don Juan Pacheco soltó maquinalmente el brazo de la escelsa jóven, y se puso á escuchar.

—Ahora comprendo, señora, la causa de vuestra resistencia, dijo despues de algunos momentos. Esperabais que el pueblo amotinado sostuviese vuestra decision. Pues bien, ¡ya que lo quereis, ya que estais empeñada en que haya sangre, habrá sangre! Don Juan Pacheco, aunque viejo, conserva todavía el suficiente vigor para castigar á los enemigos de su rey. ¡Adios, señora! En vuestro nombre voy á esparcir la muerte por las calles de Ocaña.

—¡Deteneos, D. Juan! exclamó la princesa corriendo á colocarse delante de la puerta.

—Solo un medio teneis de evitar la efusion de sangre. Firmad ese contrato.

La princesa, que conservaba el contrato en la mano, lo hizo pedazos y lo arrojó al suelo con indignacion.

—Para aplacar al pueblo de Ocaña, contestó, bastará que su señora se lo mande. Aunque me tengais presa, ne he abjurado mis derechos. Ocaña es mia, señor maestre, no lo olvideis.

Durante este altercado iba entrando la noche, y el motin arreciaba.

—¡Que salga la princesa!—¡Queremos ver á la princesa!—¡Viva doña Isabel! eran los gritos por mil bocas repetidos, y entre los cuales alternaban voces de hombres, niños y mujeres.

—¡Apartaos, señora, y dejadme salir! exclamó el maestre. No me obligueis á faltaros al respeto.

—¿Acaso haceis falta en esa contienda? No es á vos, sino á mí á quien el pueblo llama.

En esto apareció el rey, que subia la escalera pálido y tembloroso diciendo:

—¡Don Juan! ¡Don Juan! Venid, venid pronto. Es preciso aplacar á esa gente... Toda la villa está levantada, y he visto entre los naturales algunos nobles forasteros... Esto es una rebellion formal... Estoy entre dos fuegos y no sé qué hacer.

—Señor, tranquilizaos: eso no será nada, dijo doña Isabel adelantándose.

—Yo lo creo: para tí no será nada, repuso el rey, á tí te aclaman... pero á mí...

—No temais, señor, dijo el maestre: pronto mis cerbatanas y mis espingardas darán cuenta de esa canalla.

—No: ¡eso no! exclamó el rey, cuya barba temblaba. De cada rebelde que muera, nacerán ciento, y no quiero mas luchas estériles... no quiero mas guerra civil... Harto tengo en que pensar.

—Señor, replicó el maestre encogiéndose de hombros: acato vuestra voluntad; pero si así os dejais imponer la ley por esos villanos, nunca tendreis una hora de reposo.

—Vamos, señor, vamos, dijo doña Isabel: confio en Dios que

todo se arreglará sin sangre y sin menoscabo de vuestra dignidad.

—Vamos, pues, Isabel. Vamos, hija: creo que sí,... que tú lo arreglarás todo.

Hablando así, D. Enrique se apoyó en el brazo de su hermana, y comenzó á bajar la escalera, seguido de D. Juan Pacheco, que se reía silenciosamente, como el ángel malo al presenciar las tribulaciones del pecador. Así llegaron hasta la cámara principal del castillo, cuyas ventanas daban á una plaza de la villa. El rey se acercó recelosamente á una de ellas, y vió desde allí el bullicioso hormiguero del pueblo, que se agitaba, blandiendo, por únicas armas, antorchas encendidas.

—¿Á ver? D. Juan, asómate y háblales, dijo: sepamos que quieren.

El maestre salió á la ventana, pero no pudo hacerse oír de los amotinados, que al verle, prorumpieron todos á un tiempo en desaforados gritos, levantando las manos desarmadas.

—Señor, dijo D. Juan Pacheco retrocediendo: lo que quieren ya se entiende; pero repito mi consejo: esa gente, á lo que veo, está sin armas: un par de descargas de arcabucería bastará para dispersarla arrepentida de su locura.

—¿Y sereis vos quien mande cargar contra un pueblo que, confiado en su lealtad y en el honor de su rey, se presenta indefenso? preguntó doña Isabel.

—Dice bien mi hermana, D. Juan, repuso el rey; no conviene agriar los ánimos. Pero ¿qué haremos? ¿No habrá medio de entenderse con esa gente?

—Sí, le hay, señor, contestó la princesa: mandad una persona que traiga á vuestra presencia algun jefe de los alborotados.—¿Á ver? añadió volviéndose hácia una multitud de caballeros que, agrupados á la entrada de la cámara, aguardaban las órdenes del rey.—Allí veo á nuestro amigo Francisco de Bobadilla; él irá, si se lo mandais.

Francisco de Bobadilla se acercó al oír su nombre, y habiendo recibido la orden de parlamentar con los amotinados, salió precipitadamente, mientras la princesa se asomaba á la ventana.

—Al verla, el pueblo prorumpió en aclamaciones de júbilo, mezclando con los vivas á ella otros mas sediciosos á Castilla y Aragon.

—Ya lo oís, decia entre tanto el maestre al rey. ¿Os parece que eso se debe consentir?

—¿Y qué haremos, D. Juan? Es preciso transigir: ¿quieres que me resista, y que las voces se conviertan en tiros?

—Mas valiera venir á las manos, que no soportar la insolencia con que esa vil canalla aclama á vuestra hermana, sin respeto alguno hácia vos.

—¿Qué remedio tiene, hombre? Déjalos que griten lo que mejor les cuadre. Afortunadamente mi hermana puede hacerles callar. Ahora manda ella: no seamos imprudentes.

La princesa se retiró de la ventana, al mismo tiempo que regresaba al castillo Francisco de Bobadilla, trayendo á un miembro del ayuntamiento de Ocaña, el cual, acompañado de una especie de escolta de mozos robustos, entró á poco en la cámara donde estaba el rey. Éste se colocó en una actitud casi magestuosa, y dijo al regidor:

—Acercaos.

El regidor adelantó algunos pasos, y hecha una profunda reverencia se detuvo dando muestras de respeto.

—Decidme, continuó el rey; ¿por qué alborotan esas gentes, y cómo es que vos lo consentís!

—Señor, respondió el regidor; el leal pueblo de Ocaña, no se rebela contra V. A.: pide sí, del único modo que le es permitido, puesto que las puertas de este edificio le están cerradas, que se le dé satisfaccion del modo como se trata á su señora la princesa. Quiere verla libre, y para no tener que exigirlo con las armas en la mano, eleva su voz, que á nadie ofende.

—Atrevido sois por demás, dijo el maestre.

—Calla, hombre, calla, murmuró el rey al oido de su privado: y contestó al regidor:

—¿Con qué tratan de acudir á las armas? ¿Y vos qué hacéis?



Isabel hablando al pueblo desde un balcon.

—Señor, la municipalidad de Ocaña participa de los sentimientos de sus administrados, repuso el regidor. Si de ofender á V. A. se tratase, armas no faltan, ni valor, ni ausilios poderosos á ese pueblo que se contenta con gritar, pero cuenta con la noble generosidad de V. A. y no duda que le otorgareis lo que desea.

—¿Y en suma, qué es ello?

—Que se le convenza de que la señora princesa no padece violencia.

Doña Isabel se adelantó y dijo:

—Podeis tranquilizar al honrado pueblo de Ocaña, y asegurarle en nombre de S. A. el rey que ningun acto de violencia se cometerá contra mí. Decidle que el rey me ama y me protege, y que no son de mi agrado esas manifestaciones ruidosas de su afecto y lealtad, que sin embargo aprecio.

—Señora, contestó el regidor: el pueblo de Ocaña oirá con respeto vuestras palabras; pero su cariño á V. A. no quedará satisfecho con esa magnánima esplicacion. Para tranquilizarle será menester que V. A. se digne aceptar el hospedaje que se la tiene preparado en la casa de la villa.

Don Juan Pacheco y el rey se miraron con muestras de inquietud. El primero iba á contestar negativamente, pero la princesa se le anticipó, diciendo al regidor:

—Id y decid á vuestros compañeros y al pueblo todo, que agradezco en el alma su atencion, y que aceptaré el hospedaje que me ofrecen, siempre que consienta en ello mi señor hermano, que por su parte no es menos gustoso en tenerme á su lado.

—Sí, eso es, dijo D. Enrique: os podeis ya retirar: mi hermana y yo resolveremos lo que mas convenga.

El regidor saludó á las personas reales y salió. Á poco se oyeron de nuevo las aclamaciones del pueblo, el cual se fué alejando hácia la plaza de la villa. No parecia sin embargo asegurada la tranquilidad; pues en todas las casas se colocaban antorchas y luminarias, y las fuerzas del ayuntamiento se disponian á pasar la noche sobre las armas, organizándose en guardias y patrullas.

—Veamos por último, que es lo que se resuelve, dijo el rey luego que se quedó solo con la princesa y el maestre.

—Á vos toca, señor, contestó doña Isabel, determinar lo que mejor os parezca. Ya habeis visto que lo he dejado á vuestra discrecion.

—No cabe duda: pero lo cierto es que no puedo negar lo que solicitan, sin que crean que te tiranizo.

—Precisamente, señor, he querido desvanecer esa idea, y no sé que hubiese podido hacerlo de otro modo.

—No lo niego: tu intencion ha sido buena, muy buena. ¿Qué dices tú, D. Juan?

El maestre, que, viéndose completamente derrotado por doña Isabel, permanecia silencioso, levantó de pronto la cabeza, y encogiéndose de hombros, contestó:

—Yo digo, señor, que por esta noche no hay mas que hacer: duerma tranquila mi señora la princesa, y mañana puede mudar de aposento.

—¿Con qué apruebas la traslacion de mi hermana?

—De seguro la apruebo. No es posible otra cosa.

Despues de estas palabras, doña Isabel se retiró á su estancia, y D. Juan Pacheco se encerró con el rey para tratar mas despacio y á solas del último partido que debia tomarse con arreglo á las nuevas circunstancias. De esta conferencia salieron contentos el maestre y D. Enrique. Aquella misma noche se despidió al embajador de Portugal, sin darle ninguna respuesta decisiva, pero sí esperanzas para en adelante, y la seguridad de no olvidar sus proposiciones.



CAPITULO XXV.

Que trata de los amores de Azhuma.



PARA evitar el encuentro de los partidarios de D. Alonso Carrillo, que ocupaban varios pueblos y castillos entre Ocaña y Toledo, el jóven marqués de Villena se vió precisado á dar un largo rodeo al dirigirse á esta última poblacion, de suerte que era ya anochecido cuando divisó sus encumbrados muros.

La agitacion de su espíritu iba en aumento á medida que se acercaba á la imperial ciudad, donde, á pesar de la velocidad de su marcha, temia no llegar á tiempo de impedir una bárbara y clandestina ejecucion.

El amor de D. Diego era tanto mas vehemente, cuanto mayores habian sido los obstáculos que á su satisfaccion se oponian. La conducta singular de Jarifa, la entereza con que siempre habia ésta rechazado los halagos de una pasion, que, sin embargo, no dejaba de compartir, ni cuidaba de disimular, ofrecia mayores alicientes al corazon del enamorado jóven que los que para él habria tenido la mas rendida correspondencia.

Sabia que era amado, pues nunca recibió desaires que le probasen lo contrario: pero al mismo tiempo miraba enfrenados sus deseos por una voluntad tenaz, por una fiereza de carácter, muy semejante á la que nace de una castidad invencible, cuya causa se encerraba en el mas impenetrable misterio. Sin estas circunstancias, acaso D. Diego se habria cansado pronto de un amor respetuoso, y en cierto modo ni compatible con la humilde condicion de la mujer á quien lo dedicaba, bien para exigir favores que creyera merecer, bien para regalarlo al olvido. Empero la noble dignidad de Jarifa le habia impuesto una veneracion fanática, y la esperanza de ser correspondido mantenía en su corazon una llama ardiente capaz de hacerle arrostrar todo género de consideraciones.—La mora no era para él un objeto de sensual complacencia, sino una cadena mágica de espirituales deliquios: pensaba en ella, como el tierno adolescente que aun ignora lo que es una mujer, en la primera jóven que despierta su sensibilidad: la veía, no en la forma corporal que constituye el grosero recreo del hombre formado, sino rodeado de un prestigio sobrenatural, que absorbía todas sus facultades físicas y le arrobaba en una contemplacion ilusoria.

Predisuesto así el ánimo de D. Diego, no es de estrañar que, sabedor del gran riesgo que corria Jarifa, se arrojase á salvarla, despreciando hasta su vida. Poseído de la mas viva inquietud, pálido, cubierto de sudor y polvo entró en la Judería de Toledo, llamando la atencion de sus habitantes suspicaces, que, al oír las pisadas de su caballo, asomaban las cabezas por las ventanas de sus oscuras viviendas, y cerraban las puertas cautelosamente.

La casa de Baruc el armero estaba situada en el extremo de la Judería, y contigua á los altos peñascos que limitan el cauce del Tajo. Al acercarse á ella D. Diego, no pudo menos de sentir amenguado su arrojo, á la vez que un estremecimiento de terror conmovia todos sus miembros. La austeridad de principios de la tenebrosa hermandad se le representó con los mas negros colores; y á su pesar conoció que debía armarse de valor para seguir fielmente los consejos de su padre: de repente

huyó á lo mas recóndito de su corazon la generosa fuerza expansiva de sus pasiones juveniles, para ser reemplazada en el exterior por la apariencia glacial del cálculo y la política.

Viéndole apearse á su puerta, Baruc, que era un viejecillo apocado, aunque estremadamente rico, y por consiguiente medroso é hipócrita, quiso encerrarse como sus demás compañeros. Mas fuéle fòrroso desistir de su intento, al oir la voz de D. Diego, que le decía:

—¿Veis que vengo á vuestra casa y me cerrais las puertas?

—Señor, se apresuró á contestar el judío inclinándose casi hasta tocar con las manos al suelo: vuestra señoría perdone á su humilde siervo, si le ha ofendido. Yo, señor, soy un fiel observador de la ley: observo el sábadó y tambien el domingo, (el lector recordará que este día era domingo). Si mi puerta está abierta, no es por codicia, ni porque yo tenga ocupado á nadie trabajando, sino para que entre la luz de Dios. Ved, mis armeros están cerrados: mis fráguas están apagadas: yo soy fiel observador de todas las leyes.

—No se trata ahora de sábados ni domingos, repuso D. Diego, cuando le dió tiempo la rápida facundia del viejecillo. Solo quiero saber si está aquí el rabí D. Abiabar.

Baruc echó á temblar, y mirando á la calle, como para asegurarse de que D. Diego venia solo, contestó:

—Ilustre señor, nadie puede afirmar ni negar nada, sin exponerse á mentir, solo Dios es infalible.

—Pero vos no podeis ignorar quien hay dentro de vuestra casa.

—Os diré: mi casa tiene dos puertas. Si os respondo que no está en ella la persona que buskais, puedo mentir, por no haberla visto entrar: si os digo que está, puedo tambien equivocarme por no haberla visto salir. Servíos pues tomar asiento y aguardar, mientras me informo bien para daros la contestaçion. ¡Oh! Detesto la mentira.

—Veo que sois un hombre precavido; pero yo no tengo tiempo que perder. Abiabar está aquí: tomad y entregadle esta carta.

Baruc tomó la carta del maestro, y mirando la estrella del sello, dijo con mas serenidad:

—Voy á serviros: si está, le entregaré la carta; si no, os la devolveré.

—¡Lléveos el diablo con vuestras disyuntivas! exclamó el marqués, perdida ya la paciencia. Despachad, y sea como quiera. No olvidéis que aguardo la contestacion.

—Voy á serviros, señor, repitió Baruc.

Y cerrando la puerta exterior, despues de haber atado á una argolla el caballo de D. Diego, se internó en la casa, no sin echar de paso una ojeada á los anaqueles de su tienda, para cerciorarse de que estaban seguros.

Durante esta conversacion, una escena muy diferente se representaba en una cuadra oblonga, tallada, debajo de la casa, en el peñasco que se alza sobre el rio.

Era este aposento semejante al gabinete negro del palacio subterráneo inmediato á Segovia, que ya conocen nuestros lectores: como aquel estaba entapizado de velludo negro sembrado de estrellas de oro: faltaban en este los esqueletos humanos y el trono suntuoso; pero en su lugar se veian arrinconados instrumentos de tortura, y un gran sillón de roble tallado al estilo gótico, junto á una mesa cubierta con tapete negro, y guardado con una franja dorada, cuyas labores figuraban los signos del zodiaco. Del techo pendia una lámpara de plata, en la cual nadaba una luz, alimentada por aceite aromático: sobre la mesa habia un libro abierto, una espada y un reloj de arena; y sentado en el sillón, con la frente apoyada en el libro, en la actitud de la mas profunda meditacion, estaba un hombre de cincuenta á sesenta años, vestido con un largo ropon y cubierta su cabeza al uso judáico.

El crugido metálico de un resorte, que sonó detrás de un plegado tapiz, sacó de su abstraccion al anciano, que alzando de repente la cabeza, fijó sus miradas brillantes en la cortina. Ésta fué apartada, dejando descubierta la bella figura de una jóven, detrás de la cual se divisaba en la penumbra el rostro pálido y barbudo del astrólogo Abacuc.



Un judío cojiendo la mano de una jóven, y mostrándole
un libro abierto.

—¡Amigo mio! ¡Mi querido protector! exclamó la jóven, hácia el anciano con los brazos abiertos.

Pero él se levantó rápidamente, y estendió el brazo teniendo abierta la mano y contestando con voz cavernosa:

—¡No te acerques á mí, precita! ¡No me toques!

Abacuc permanecía, entre tanto, detrás del tapiz; observando esta escena y teniendo en la mano un puñal desenvainado.

—¡Abiabar! exclamó la jóven con acento de reconvencion. ¿Por qué me rechazais sin escucharme? ¿Acaso no veis ya en mí la hija de Agar la profetiza y de Osmin el Zenete?

—¡Agar! ¿Qué nombre has pronunciado? Tú no eres la digna hija de la mujer fuerte, no: yo te desconozco: esos vestidos de cristiana que llevas, ¿no dicen que has adjurado la fé de tus padres? ¿no revelan en tí el vástago degenerado del árbol de Abraham? Jarifa, respóndeme: ¿qué has hecho de tus hermanos?

Jarifa se encogió de hombros y contestó:

—No sé de que me hablais, Abiabar; mis vestidos no forman parte de mi ser: ¿por ventura es esta la primera vez que me veis disfrazada? ¿Cuántas veces no he mudado de traje obedeciendo vuestras órdenes?

—¿Y acaso te he mandado yo disfrazarte de cristiana? ¿Te he mandado amar á nuestros enemigos?

—Os repito que ignoro de que me hablais. Nombradme un enemigo vuestro á quien yo ame.

—Tu serenidad no me engaña, Jarifa. Tu corazon ha hecho traicion á tus promesas y juramentos. Acércate, y atiende bien á mis palabras, porque has cometido faltas muy graves, y es menester que te convenzas de ellas.

Al hablar asi, Abiabar asió de una muñeca á la jóven, y señalándole el libro abierto, la obligó á fijar en él sus miradas.

—Hé ahí escrito tu destino, continuó el pontífice de los judios. Yo he meditado mucho sobre él, y no hallo medio de salvacion para tí.

La jóven, lejos de arredrarse al oír esta especie de sentencia de muerte, irguió la cabeza con orgulloso desden y repuso:

—Hablas de mi destino, como si fuese dado á ningun mortal

prefijar la suerte de las criaturas. ¿Qué dice contra mí ese libro, en que solo escribes mentiras? ¿De quién has recibido el derecho de condenarme sin convencerme?

—Jarifa, tu mismo desacato te condena, porque desconociendo la autoridad que tengo por la ley de Moisés, pruebas que eres rebelde y pérfida. En ese libro están escritos tus juramentos de vivir y morir formando causa comun con el vengador de tu madre: de ahogar en tu corazon todo sentimiento que no sea encaminado á la venganza: de sacrificar hasta tu vida en el servicio de nuestra religion y raza.

—Y bien: ¿cuándo he infringido esos juramentos?

—¿Eso preguntas? ¿No es verdad que te has separado de mí para unirte á la familia de Pacheco? ¿No es verdad que te has entregado en cuerpo y alma al amor de un hijo de la raza cristiana? ¿No es verdad, en fin, que sirves á la hija de D. Juan II, como si fueses su esclava, y favoreces sus proyectos, ocultándote de mí, y hasta de tus nuevos amigos?—Jarifa: defiéndete, si no eres culpada, porque deseo tu bien y no quiero tu perdicion. Por mucho que te ame, no puedo verte viva y perjura: la vida de todo el pueblo de Israel depende de mí: tú eres la depositaria íntima de mis secretos: si no estás inocente, debes morir para que todo el pueblo se salve.

—Por fin has dicho una verdad. Tienes miedo de que yo revele tus secretos. Pero, dime: ¿son justos los cargos que me haces? Yo he jurado sacrificar mis afecciones y hasta mi vida en tu servicio: pues bien, amo á un hombre á quien profesas un ódio de raza, que puede costarle su honor y su existencia: le amo con el mismo ardor con que aborrezco á los autores de mi orfandad: Pregúntale si correspondo á su pasion, y si demis labios ha merecido una sola palabra de confianza. He jurado sacrificarme, y lo cumplo. ¿Qué mas puedo hacer? Tú dices que me he separado de tí para unirme á la familia de Pacheco: ¿quién me ha entregado á tí para que me condenes? Mejor pudiera yo afirmar que D. Juan Pacheco y tú estais coligados para perderme.

—No: si el maestro te condena como yo, es porque tú le has sido infiel lo mismo que á mí.

—¿En qué os he faltado á ninguno de los dos? ¿Acaso no me habeis puesto al lado de doña Isabel para que la sirva? ¿Obedeciéndola, qué hice sino obedeceros? ¿Queriais que me resistiese á sus órdenes, y que mi desobedecencia os delatase? ¡Necios! Lo mirais todo con los ojos de vuestro interés propio; y no comprendéis lo que hacen los demás por vuestra conveniencia. Yo hubiera podido revelar al maestre el secreto de mi señora. Y ¿qué habria sucedido? Mis servicios hubieran dejado de seros útiles, como pueden seros perjudiciales por vuestra imprudencia. Si mañana, si en este momento, acaso, hay quien crea sospechosa mi conducta cerca de la princesa; si mi desaparicion infunde recelos contra el maestre y contra vosotros, no os quejéis de mí; acusaos á vosotros mismos.

Abiabar reflexionó un momento, y volviéndose hácia la puerta llamó al astrólogo.

—Jarifa tiene razon, Abacuc, le dijo en voz baja: yo no puedo condenarla, porque solo tú has cometido una imprudencia, que puede sernos muy funesta.

—Lo temia, contestó con frialdad el astrólogo: el excesivo amor que tienes á esa jóven, te priva de la energía necesaria para hacer justicia. ¡Ojalá no te arrepientas pronto de tu flaqueza!

—¿Qué estás diciendo, Abacuc? exclamó Abiabar. Juzga tú á esa mujer, y si la hallas culpable, castígala.

—¡Oh! No me será difícil convencerla. Dime, Jarifa ¿puedes negar tus simpatías á D. Diego Pacheco y á la princesa?

—Dime, Abacuc, interrogó á su vez la jóven: ¿está en mí el impedir que las personas sean dignas de amor y respeto? ¿Puedo yo mandar á mi corazon que ódie y desprecie lo que es en sí amable y grande? Los afectos que nos inspiran los seres con quienes tratamos, no están en nosotros; se nos comunican por ellos á despecho de nuestra voluntad. Ninguna fuerza humana, escepto una injusticia, pueden impedirme que ame á nuestro jefe Abiabar; así como no hay en mí facultades para dejar de despreciarte.

—Sea: eso no quiere decir mas, sino que pretendes halagar á nuestro jefe, porque temes la muerte.

—No; ¡mientes, Abacuc! Tú eres ahora mi juez, el que puede condenarme ó salvarme, y no te lisonjeo: te desprecio, y te lo digo: la muerte no me arredra; porque la vida me inspira el mismo sentimiento que tú.

Abacuc se sonrió y repuso:

—Sea en hora buena. ¿Pero no es tu deber ahogar todo género de sentimientos? Amando á D. Diego, respetando á la princesa, ¿no faltas á tus juramentos?

—No; porque ese amor y ese respeto son fruto de sus obras; son el resultado inevitable de sus virtudes.

—¿Y cómo es que á mí no me conmueven esas virtudes?

—Pregúntale al ciego por qué no le alegran los colores de la Primavera: pregúntale á una estatua por qué no la vivifica el sol.

—Tú debiste ser el ciego y la estatua. Dejando de serlo, has faltado á nuestra confianza.

—No; porque viendo las galas de la naturaleza, no me lancé á gozarlas: y sintiendo el calor del astro rey miré sus rayos con indiferencia. Pruébame que me he rendido á los que amo, que les he confiado el menor secreto, que les he servido contra vosotros, y entonces hiere.

—Jarifa: yo te entregué un licor en Ávila, y aquel licor no produjo su efecto.

—Yo no he prometido ser una miserable asesina.

—Tú has ayudado al partido de Aragon.

—Me lo mandasteis.

—Has favorecido las conferencias secretas de tu señora con sus amigos, sin dar parte á tus jefes.

—¿Dónde estaban mis jefes? ¿Debia yo descubrirme á don Juan Pacheco?

—Sí; porque se trataba de un asunto suyo.

—Tú lo sabias; pero yo lo ignoraba.

Un golpecito dado discretamente en una puerta invisible interrumpió este debate. Abiabar acudió á la seña, y apartando un tapiz, empujó un resorte y desapareció. A los pocos momentos volvió trayendo un papel en la mano.

—Toma, Jarifa, dijo: esta carta me envian, para que sus-

penda tu castigo. ¿Qué interés tiene D. Juan Pacheco en salvarte?

—Lo ignoro.

Abiabar habló en secreto con Abacuc, y mandando á Jarifa esperarle allí, se retiró con el astrólogo por la puerta que sirvió á éste para entrar, quedando los dos ocultos detrás de la cortina. Pero despues apareció en la otra puerta D. Diego Pacheco, el cual no pudo contener un grito de alegría al ver á Jarifa, y se arrojó hácia ella esclamando:

—¡Ah! ¡soy feliz, pues llego á tiempo de veros!

—¿Sois vos el portador de este mensaje? preguntó Jarifa, temblando de emocion, aunque fingia indiferencia.

—¿Quién, si no yo, habria volado á vuestro socorro?

—¡Gracias, D. Diego! Sois muy generoso y bueno para esta pobre mujer. Pero, ¿habeis podido pensar que mi gratitud me obligase á seguiros?

—Azhuma, no seais injusta conmigo: yo no he pensado en nada mas que en salvaros. Mi padre ha escrito esa carta, y él ha dispuesto que yo os acompañe.

—¿Y para qué me necesita vuestro padre?

Don Diego echó una ojeada alrededor, no pudiendo persuadirse que dejase de ser espiado, y contestó en voz baja:

—Si pudiese hablaros con toda confianza; si mis palabras hallasen algun eco en vuestro corazon, Azhuma, no me hariais esa pregunta; porque ya sabriais que quien necesita de vos no es mi padre.

—Hablad con entera franqueza, como si nadie nos escuchase. Y no hay nada que yo no esté dispuesto á oir de vuestros labios.

—Pues bien, sabedlo: esa carta ha sido arrancada por el temor; porque si la recelosa suspicacia de Abiabar os hubiese sacrificado, mi corazon, como la tempestad embravecida, no habria sufrido vallas; porque estaba dispuesto á romper todos los vínculos que me ligan en el mundo, y á pesar de mis juramentos, hubiera desencadenado mis violentas iras sobre las cabezas de vuestros verdugos. Supe el peligro que os amenazaba, y el mun-

do todo desapareció á mi vista. Vos sola fuisteis ya mi familia, mis afecciones, mi vida, y todo estuve dispuesto á sacrificarlo por vos.

No hay mujer á quien no halague la decision de un hombre que antepone su amor á toda otra consideracion, y que arrostra el peligro por ella, sin pensar en sí mismo. Jarifa estaba predispuesta, no á envanecerse con el triunfo moral obtenido sobre un caballero del rango de D. Diego, sino á dar á sus pruebas de cariño ese realce fantástico sublime que presta el amor á todas sus acciones. Al oírle hablar con el entusiasmo ingénuo de la pasion, su alma se dilató, como la corola de las flores, cuando el beso ardiente del sol las fecundiza, y aunque sus labios trémulos se negaron á formular las palabras ardientes que rodaban en su pensamiento, sus ojos chispearon con eléctrico fuego, y sus manos asieron involuntariamente las del enamorado mancebo.

—Mi gratitud será tan duradera como mi vida, D. Diego, dijo; es cuanto una mujer de mi condicion puede ofrecer al ilustre heredero de la casa de Villena. Otra vez os lo he dicho: miradme, si de ello me considerais digna, como á una hermana; pero no exijais mas de mí. Vuestra generosidad puede muy bien hacer este nuevo sacrificio.

—No hay ninguno que yo no sea capaz de hacer por vos, Azhuma. Pero, si no he de poder esperar de vos nada mas que gratitud, os dispenso de ella: sed conmigo ingrata hasta el fin: yo nada exigiré, porque vivo contento con veros. ¡Ay! Nunca merecí de vos una palabra de consuelo; nunca logré conmovier ese corazon, que no nació para amar. Si al menos puede tener cabida en él la compasion, aborrecedme, y así sereis piadosa, acertando esta vida de tormentos.

—¡Don Diego!... ¡Ah! ¡callad! exclamó la jóven oprimiendo con fuerza convulsiva las manos de su amante. Callad, porque blasfemais

—¡Oh! ¿Qué decís? Repetid vuestras palabras.

Jarifa soltó las manos del jóven, y murmuró apretando los dientes:

—Digo... ¡que delirais!

—¡Azhuma!

—Si yo fuese tan loca que diese oídos á vuestra pasión, muy en breve me maldeciriais.

—¡Oh! ¡Eso jamás!

—Don Diego: hay misterios en la vida que no se pueden sondear. Vos me pedís amor, porque creéis que mi corazón es incapaz de concebirlo, y no veis que me consumo lentamente. Me pedís compasión, y no la teneis de mí. Si os concedo el afecto de una hermana; si no miro con desden vuestro cariño; ¿qué más quereis? ¡Oh! dejadme huir de una peligrosa confianza... peligrosa para vos y para mí.

—¿Pero quién puede impedir que vuestro corazón sea mío?

—Nadie, dijo Abiabar presentándose de repente al joven marqués de Villena, que pasando súbitamente de la sorpresa á la indignación, llevó la mano á la espada para castigar al importuno que le interrumpía.

—Calmaos, joven, continuó Abiabar: estais en un lugar donde no os pertenecen vuestros pensamientos, y debierais saberlo. No os irriteis contra mí, porque en mis manos está vuestra felicidad y vuestra vida.

—¡Oh! perdonad, Abiabar, un arrebató de cólera, que no he sido dueño de reprimir.

—Jóven: todo lo he oído; veo que vuestra pasión es sincera y noble: solo el poder de Jehová manda á los afectos del alma, como solo él enfrena las tempestades del mar; y yo sería injusto si reprobase en otro lo que ha sido en mí la sávia de mi existencia. Pero escuchadme: desdichado es el hombre que no puede dominar sus pasiones: la vuestra cederá con el tiempo, y para que así sea, os permito entregaros á ella; porque, ¡ay del imprudente que intenta parar el caballo desbocado en la mitad de su carrera! Sin embargo, una condición os impongo: esta jóven es huérfana; yo la tengo por hija, y más que á tal la amo; conmigo vivirá desde hoy: donde yo vaya me seguirá, y solo allí podreis verla.

—¡Oh! ¡Gracias, generoso Abiabar! Eso me basta, contestó

D. Diego: no en vano puse en vos mi confianza. Viva la dulce hada de mis sueños, y viva para mí: no apetezco ni he pretendido nada mas.

—Pues bien, ahora que teneis el seguro de mi palabra, podeis partir tranquilo.—Jarifa, vé y despídele, hija mia, y no olvides tus deberes ni mi generosidad.

Jarifa se inclinó hácia el anciano, y dando rienda suelta á sus reprimidas lágrimas, le cubrió las manos de besos. En seguida llamó á D. Diego y le condujo fuera de la lóbrega estancia.

El astrólogo acudió al lado de Abiabar y le dijo:

—¿Qué has hecho? ¿Cuáles son tus intentos?

—He corregido tus yerros, Abacuc, contestó el pontífice, y he ganado un esclavo mas. El amor es un agente fatal de la naturaleza, que como todos los demás se sujeta á la voluntad libre del hombre. Yo aprovecho ese agente, como aprovecharia un manantial de agua pura en el desierto, y no puedo temer que se vuelva contra mí. Tú habias dejado correr el manantial, esponiéndolo á convertirse en torrente: yo detengo sus aguas para fecundizar mi heredad.

—Pero entregas la hija de Agar á un hijo de la raza precita.

—No, Abacuc; yo engañaré á la hija de Agar, y ella engañará á su amante. Desde hoy ha perdido Jarifa nuestra confianza, y es menester que siga la suerte que el destino reserve á don Diego Pacheco, el cual por amor de ella será un instrumento ciego de mi capricho. La astucia puede mas que la fuerza: de ella quiero valerme, porque con ella es seguro el triunfo. Si ese recurso me faltase algun dia, siempre habrá ocasion de acudir al filo del acero para cortar; pero entre tanto no conviene tocar el último extremo.

—Te comprendo, Abiabar, y respeto tu sabiduría. Pero entendámonos bien, y estemos de acuerdo.

—Ya te daré mis instrucciones: ahora dejemos esto: Jarifa puede volver, y no conviene que penetre nuestros pensamientos, ni desconfie de nosotros.

Á poco entró la jóven: traia los ojos enrojecidos de llorar, y

la animacion de su semblante indicaba que su corazon, lleno de amor, habia vertido en breves momentos de expansion un raudal inmenso de ternura.

—Jarifa, le dijo Abiabar, atrayéndola suavemente hácia su pecho: has triunfado de mí. El amor que te tengo me ha vencido, y en vez del castigo que merecias, te doy mi amparo. Júrame por la memoria de tu madre no abusar de mi debilidad, porque si tal hicieses, aunque me costase la vida, no te perdonaria.

—¡Oh! ¿Podeis desconfiar de mí, querido amigo? ¿Necesitais que jure respetaros y amaros, cuando habeis ligado mi voluntad á la vuestra con lazo indisoluble? No temais, no, que yo os falte: lo que llamais debilidad, es para mí grandeza de ánimo, y si antes os respetaba como á un protector, ahora os venero como á un padre.

—Yo lo seré para tí. Ese hombre que en mi juicio estaba condenado con toda su raza, ocupa ya, porque te ama, el segundo lugar en mi corazon. Desde ahora le considero como una parte de tí misma, y todos mis afanes irán encaminados á engrandecerle. Tú le amas, y yo no puedo aborrecer á los que son objetos de tu cariño.

—¡Ah! ¡Bendito seas! exclamó la jóven.

Y embargándole la voz el torrente de sus emociones, cayó de rodillas abrazando las del judío, que apretaba convulsivamente las fauces, para dominar sus sentimientos.



CAPÍTULO XXVI.

De como la princesa hizo lo que queria D. Juan Pacheco, sin dejar de hacer su gusto.



OCAÑA volvamos, donde tranquilo el pueblo veía con indiferencia los preparativos de expedición mas fastuosa que guerrera, dispuesta por D. Juan Pacheco para acudir á la pacificación de Andalucía.

De todos los estados del señorío de Villena y del maestre de Santiago, de las poblaciones de la corona, y de las demás sujetas á señores particulares, adictos al maestre, habian acudido gentes de armas, que en union con los muchos grandes y caballeros de valía, llamados de órden real, daban á Ocaña el doble aspecto de un campamento y de una corte.

Tranquilo estaba el pueblo, porque tenia ya bajo su custodia y proteccion á la princesa doña Isabel, la cual libremente servida de sus damas y de varios de los nobles mas allegados á su persona, ocupaba en la casa de la villa un departamento, si no digno de su clase, bastante acomodado para satisfacer sus modestas necesidades. Tenia, sin embargo, una guardia compuesta

de los hidalgos de la poblacion, que alternaba en este servicio, dispuestos á dar la vida por su señora, y seguros de que nadie osaria turbar el reposo de ella.

El rey habia recibido una prueba suficientemente enérgica de la decision del pueblo, para que dejase de respetar la tranquilidad de su hermana, por una parte, y de temer por otra que abusase de su ausencia para realizar su enlace proyectado: este temor crecia de punto, considerando que D. Alonso Carrillo, lejos de retirarse de Yepes, seguia concentrando allí mayores fuerzas y se comunicaba frecuentemente con doña Isabel.

Para impedir que se diese el menor paso en el asunto del matrimonio y poder alejarse descuidadamente de la princesa, ganando al mismo tiempo algunos meses de tregua, durante los cuales pudiese llegar la dispensa del Papa en el parentesco de aquella con el rey de Portugal, habia imaginado el maestre un medio ingenioso, que comunicado con D. Enrique la noche misma del motin pacífico de Ocaña, mereció la completa aprobacion del monarca.

Á fin de realizar este pensamiento se habia hecho ir á dicho pueblo á los nobles mas amigos de doña Isabel; los cuales se unian con otros grandes, partidarios de la Beltraneja, anfibios políticos, y agentes de su negocio, que ya entonces andaban por el mundo, se hallaban reunidos en la sala del consejo de la villa, aguardando el momento de presenciar una solemne ceremonia.

En otra pieza mas pequeña, que servia de antecámara al aposento de la princesa, estaban hablando acaloradamente y en secreto, junto al hueco de una ventana, nuestros antiguos conocidos el almirante Enriquez y D. Gonzalo Chacon. Aunque se nos trate de indiscretos, oigamos su interesante plática.

—No lo dudeis, señor almirante, decia Chacon: el maestre se ha propuesto desbaratar nuestros planes, y es hombre capaz de salirse con la suya. Debemos impedir á todo trance que la señora princesa preste ese juramento malhadado, que se la quiere exigir para que durante la ausencia del rey no haya novedad alguna en lo de su matrimonio.

—Pero, señor, me dejais abortar. ¿Es posible que la princesa se preste á esa exigencia?

—¡Qué quereis! Le han dicho que el bien del reino lo reclama; que sin esa condicion no es posible que D. Enrique parta de Castilla; que es preciso asegurar la paz, al menos mientras el rey esté ausente; y ya sabeis cuanto pueden las consideraciones del bien comun en el ánimo de la señora princesa. Pero á la verdad, esto nos corta los vuelos: el arzobispo tendrá que retirarse, ó lo que es peor, se disgustará, y es posible que abandone nuestra causa.

—¡Oh! teneis mucha razon; como que desapruera completamente ese paso, penetrando la diabólica intencion del maestro. Porque bien conocereis, que jurando la princesa no hacer novedad, como él quiere, todos nuestros amigos se enfriarán; si cumple el juramento, nadie puede moverse: muchos, y yo uno de ellos, se disgustarán; si lo infringe, ¿decidme quién podrá sostenerla, sin incurrir en la fea nota de rebelde? Además que, en este último caso, puede el rey desheredarla. Ya sabe el astuto D. Juan lo que se hace.

—Y entre tanto, él no dejará de activar su negocio: cuando vuelva de Andalucía lo tendrá ya todo corriente, y solo quedaremos algunos al lado de doña Isabel para impedir que lo realice: será entonces imposible luchar, y habrán sido inútiles nuestros afanes.

—Pero, á todo esto, ¿qué dice la princesa?

—La vereis: está conforme y tranquila, como si de nada se tratase.

—Si yo hubiese podido llegar á tiempo para hablarla, no estarian las cosas en este estado. Pero ya es imposible remediar nada, como no sea oponiendo la fuerza, y no sé tampoco que el éxito pudiera ser feliz.... Señor, es inconcebible que doña Isabel se haya dejado persuadir que le conviene ligarse con un juramento tan perjudicial á sus intereses. Preciso es que ese diablo de hombre le haya trastornado el seso; porque de otro modo no se hubiese ocultado á su fina penetracion que se la quiere encadenar para disponer de ella á mansalva. ¿No podria yo verla á solas todavía por algunos momentos?

—Ya es tarde: además de que tiene empeñada su palabra, viene ahí ya con su hermano, decidida á cumplirla.

Con efecto, en aquel instante se oyó la voz de un ugiar que gritaba desde la puerta de la cámara:

—¡Paso al señor rey! ¡Paso á la señora princesa!

Los dos régios personajes anunciados aparecieron en la antecámara, precedidos de cuatro maceros, y seguidos de D. Juan Pacheco, D. Beltran de la Cueva y el marqués de Santillana, y de las damas de doña Isabel; ésta iba apoyada en el brazo de su hermano, ó por mejor decir, sosteniéndole á él, y en los rostros de ambos se leía la mas íntima cordialidad. El almirante se adelantó para besar la mano al rey, el cual le dijo:

—Me alegro de veros, D. Fadrique: temia ya que no vi-nieseis.

—Mal podria faltar, señor, contestó el almirante, siendo llamado por vuestra señoría, y para un asunto en que tan interesada está mi señora la princesa.

Y al mismo tiempo miró á ésta, como diciéndola:—¿Qué vais á hacer?

Pero doña Isabel le contestó con otra mirada elocuente, que significaba:—Nada temais.

En seguida el almirante y Chacon se unieron á la régia comitativa, y todos marcharon hácia la sala del consejo. El maestro de Santiago saludó cordialmente á D. Fadrique, á quien dijo en tono de familiaridad:

—¡Ay, amigo mio! No en vano pasan los años por nosotros. La edad calma mucho los brios.

—Me parece que me echais mas edad de la que tengo, contestó el almirante con un ligero tono de ironía: ¡si supierais! No me pesa la espada todavía un adarme mas que hace veinte años.

—No lo digo por tanto; sino porque supongo que, como yo, preferireis ya la concordia y la tranquilidad á las desavenencias y trastornos. No así mi buen tio, que cada dia se endurece un tantico. Por mas que he trabajado, no he podido traerle á esta reunion de amigos, tan necesaria para la pacificacion del

reino, y que debe conducir á la mejor avenencia posible en los asuntos que hay pendientes.

—¿Qué quereis? Vuestro tio creerá probablemente, como yo, que hay avenencias peligrosas para el mantenimiento de la paz. Y sin embargo, ved lo que son las cosas: yo desapruero su falta de asistencia por la misma razon que él ha tenido para no venir.

—¡Ah! ¿Con que tambien vos creeis, como esas gentes vulgares, que de todo murmuran, que hay algo oculto detrás de esta prudente determinacion? Vamos, D. Fadrique, no penseis mal de vuestro antiguo amigo: puedo aseguraros que, al aconsejar yo esto al rey, no me he propuesto mas que tener sosegados por algun tiempo á los que piensan como mi tio. Al menos, convendreis conmigo en que no habia otro medio de cortar dificultades.

—Al contrario, opino que de aquí han de nacer otras mayores.

—¡Bah! No os inquieteis por eso. La princesa no es capaz de faltar á su palabra.

En esto habian llegado á la sala del consejo, donde aguardaban muchos altos personajes de la nobleza y clero, entre los cuales se distinguia por sus ornamentos religiosos el arzobispo de Sevilla. Don Enrique y la princesa tomaron asiento en dos siales que habia debajo de un dosel, y toda la escogida asamblea guardó silencio, esperando en pié y con las cabezas descubiertas la ejecucion del acto para que fuera convocada.

El arzobispo D. Alonso de Fonseca, colocado junto á una mesa, sobre la cual habia un crucifijo y el libro de los Evangelios, dirigió una breve alocucion al concurso, manifestando que, no por desconfianza en la suma prudencia de la señora princesa, sino por justo temor de que algunos poderosos tomasen su nombre para alterar la paz del reino, durante la ausencia del rey, ó bien la obligasen á disponer algo contrario á la voluntad de éste y la suya, se tenia por conveniente hacer que la ilustrísima señora espresase bajo juramento su cuerda resolucion de no precipitar ni consentir, por consiguiente que se precipitase un asunto tan grave como el de su casamiento.

—Sabido es, señores, continuó el prelado, que hay pretensiones encontradas á la mano de S. A. No es menos cierto que los ánimos de algunos se muestran impacientes; la resolucion de este negocio no urge tanto que no pueda aplazarse por tres ó cuatro meses, para meditarla despues con la calma que requiere. Aquí teníamos, hace poco, á un embajador de Portugal, y apenas se supo lo apremiante que es la pacificacion de Andalucía, se le despidió sin darle ninguna respuesta positiva. Esto os prueba que, en los casos árduos, lo mas urgente debe ser antepuesto á lo que no lo es tanto, y justifica la necesidad de que todos imiten la conducta prudente del señor rey.

Una pretension tan razonable, al menos presentada en estos términos conciliatorios, no podia ser disputada, sin descubrir segundas intenciones, ni revelar un obstinado empeño en estorbar la marcha del rey: éste habia cedido por su parte, atendiendo al pro comun: ¿cómo era posible, aunque todo fuese apariencia, ser menos condescendiente que él?

Nadie se opuso, por lo tanto á lo que se pretendia: los amigos de D. Juan Pacheco, los cortesanos y los indiferentes, aprobaron el discurso del arzobispo: los pocos que estaban en el secreto de la princesa, guardaron el mas profundo silencio. El prelado invitó á doña Isabel, para que se acercase á prestar el juramento convenido. Hízolo así ella, y poniendo la mano sobre el Evangelio, dijo en alta voz, antes que se le impusiese la fórmula:

«—«En el nombre de Dios que me ha de juzgar, y por ese santo signo de nuestra redencion, juro que, durante la ausencia del señor rey mi hermano, ninguna turbacion habrá en Castilla que sea por mí autorizada ni consentida. Juro tambien, y así Dios me sea testigo, no hacer novedad ninguna en lo que tengo dispuesto de mi matrimonio.»

Los ojos de D. Juan Pacheco brillaron momentáneamente con aquella claridad diáfana, que era la espresion de su alegria interior, doña Isabel le miró con afable sonrisa, como diciéndole: «Ya estarás satisfecho.»

Un secretario estendió en seguida el acta de esta ceremonia,

y la princesa le dictó palabra por palabra, para que en nada se alterase, el juramento que acababa de prestar; apresurándose, como si temiese no ver concluido á su gusto aquel documento. En cuanto estuvo terminado, tomó una pluma, lo firmó; y mostrándolo á su hermano, dijo:

—Ahí teneis, señor: con esa fiel espresion de mi voluntad podeis partir tan tranquilo, como hubierais podido hacerlo con sola mi palabra: pero la habeis querido solemne, y yo no debia disgustaros por tan poca cosa.

Y volviéndose al secretario, añadió:

—Sacadme una copia exacta de ese documento, y que la firmen los nobles presentes.

Los amigos de la princesa se miraban unos á otros, sin acabar de comprender lo que pasaba: bien es verdad que el mismo D. Juan Pacheco, vuelto un poco de su alegría repentina á un estado mas meditabundo y reflexivo, tampoco encontraba motivada la indiferente naturalidad de la escelsa jóven.

Concluido el acto, el rey se levantó y acompañó á su hermana hasta dejarla en su aposento, retirándose en seguida al castillo con su amigo el maestro. Don Fadrique y los demás grandes acompañaron tambien al rey por hacerle acatamiento; mas el primero, impaciente para hablar á doña Isabel y manifestarla el mal estado en que debian deponerse sus negocios por causa del juramento, volvió á casa de la villa tan pronto como se lo permitieron sus deberes de vasallo.

—Señora, dijo á doña Isabel, que se hallaba contenta como nunca en medio de sus damas: siento deciros que os habeis enagenado, por ser dócil y demasiado buena, de la voluntad de vuestros amigos: les habeis privado de todo medio de accion, y aunque quieran no podrán serviros.

—Amigo mio, contestó la princesa: no puedo temer que vos, ni los demás que me son fieles, me falteis, mayormente cuando nada he hecho que no esté conforme con mis intereses y los vuestros.

Y volviéndose á los demás, añadió:

—Retiraos.

Las damas salieron, y así que estuvo sola doña Isabel con el almirante, le dijo:

—Seguramente, ni vos, ni ninguno de los que han presenciado la prestación de mi juramento habeis parado mientes en mis palabras. Aquí teneis el acta: (y se la mostró): examinadla con el juicio que os distingue, y vereis que no he prometido hacer nada que no deba.

El almirante leyó detenidamente las palabras del juramento, y parándose en su primera parte, repuso:

—Esto está bien: prometeis no autorizar ni consentir revueltas. Pero si fuesen necesarias, ¿qué hariais?

—Retiraria el apoyo de mi nombre á los revoltosos, porque no concibo la necesidad del desórden.

—Es claro que no se concibe, habiéndoos obligado además á no dar un paso en el asunto de Aragon; pues todos tenemos precision de permanecer cruzados de brazos hasta el regreso de vuestro hermano, y vos misma, si algo hicieseis, perderiais todos los derechos que os asisten.

—Es que yo no he jurado eso: leed mejor.

El almirante leyó: «Juró además su señoría, poniendo á Dios por testigo, no hacer novedad ninguna en lo que tiene dispuesto de su matrimonio.»

—¿Comprendeis? dijo doña Isabel: no hago mas que confirmar mi resolucion: por medio de ese juramento, único que yo podia prestar, porque es la espresion fiel de mi conciencia, me obligo á sostener lo que tengo dispuesto; á no separarme absolutamente de la línea de conducta que me he trazado.

—Teneis razon; pero no lo habrán entendido así vuestro hermano, el maestre ni nadie.

—Sin embargo, eso es lo que dice. Si lo han entendido mal, no es culpa mia: cuando les haga falta, que lo estudien, y verán que mi intencion está muy clara y terminante. ¿Queriais que me obligase á otra cosa? ¿No habria sido necedad romper todos mis pactos y palabras anteriores, por dar gusto al suspiroz y astuto D. Juan Pacheco?

—No cabe duda que habria sido por lo menos una funesta

inconsecuencia; pero ya ves que ganais en penetracion á todos. Solo resta saber lo que haremos ahora. Nuestro amigo el arzobispo habia pensado retirarse y abandonaros, si llegabais á prestar ese juramento.

—Hará muy bien retirándose, ya que no es abandonarme, es precisamente lo que os queria decir. Él y todos los demás que se interesan en mi suerte deben aparentar frialdad, á fin de que el maestre crea seguro su triunfo: ningun vano aparato, ninguna ostentacion de fuerza nos conviene. La ocasion se nos presenta favorable para obrar: no perdamos el tiempo, y procedamos con prudencia.

—Ya sabeis que estoy decidido á servirlos: mandadme, pues, lo que gustéis.

—Por ahora os aconsejo la mas completa quietud, amigo mio. Hasta que el rey parta no se debe dar ningun paso. Despues, avisareis al arzobispo y á los demás amigos nuestros, participándoles mi resolucion de efectuar mi matrimonio antes que vuelva mi hermano. Al efecto, es menester ponerse de acuerdo con el rey de Aragon, y tratar de obtener la dispensa del parentesco que media entre D. Fernando y yo. Todo esto ha de hacerse con mucho sigilo, y sin que intervenga ninguna persona que no merezca la mas completa confianza.

—Se hará como mandais, aunque temo graves complicaciones, si vuestro hermano, como es de suponer, reprueba un enlace efectuado sin su consentimiento. La intencion de D. Juan Pacheco, al exigiros el juramento que habeis prestado, no es otra que la de haceros pasar por perjura, y dar asi pié al rey para que os prive de todo derecho á la corona.

—Es muy justo vuestro temor, y en verdad os digo que, si la voluntad de mi hermano entrase por algo en la cruda oposicion que se me hace, de ningun modo adoptaria unos medios que repugnan á mi franco carácter; pero, amigo mio, no es él quien manda, bien lo sabeis: no es él quien contraría mis leales aspiraciones; que si él fuese, alguna razon tendria para hacerlo, y yo deberia respetarla y meditarla. Son los intereses bastardos de un valido, y no quiera Dios que yo sacrifique á

tan mezquinas consideraciones mi felicidad, y la del reino que será mio. Es cierto que mi Enrique se resentirá conmigo: lo preveo; pero no temo que me crea perjura: cuando vea la lealtad de mis intenciones, cuando se encuentre con un hermano mas decidido como yo, á sostenerle dignamente en el trono que ocupa, y á defenderle contra las bajas ambiciones de interesados magnates, entonces no podrá menos de abrir los brazos para recibirme en ellos, y conocerá que si obré con cautela, no fué con ánimo de ofenderle, sino para honrarle como á señor y padre, y librarme de los lazos de la serpiente.

Despues de esta conversacion, el almirante se retiró á su posada y, habiendo convocado algunos de los amigos de mas confianza, les dió instrucciones secretas. Varios de ellos partieron la noche misma que siguió á este dia, y D. Fadrique que solo aguardó en Ocaña el tiempo necesario para despedir al rey, y ofrecerle sus servicios.

Pasada una semana; Ocaña volvió á su calma habitual: los menestrales se ocupaban en sus faenas, los labradores en el cultivo del campo: no se veian ya en las calles apuestos guerreros, ni escuderos y soldados de torva faz y modales desenvueltos, ni pajes bachilleres; ni se oian carreras de caballos, ni tocatas marciales, ni nada en fin de lo que constituia el aparato militar de aquellos tiempos. El rey habia partido, acompañado de un ejército brillante, y del maestre de Santiago, que para él era de tanto valor él solo como una numerosa hueste. Llevaba tambien la confianza de haber dejado desarmada la parcialidad de su hermana; pues el arzobispo Carrillo acababa de retirarse de Yepes, licenciando su gente, y la princesa quedaba resignada y conforme, habiéndose despedido de él con lágrimas en los ojos, lágrimas de verdadero cariño y conmiseracion; pero el rey no era capaz de apreciarlas.

Advertíanse, sin embargo, todavía ciertos síntomas de la cautela de D. Juan Pacheco. El castillo-convento de Santiago en Ocaña estaba ocupado por una guarnicion mucho mas numerosa que la que habia durante la permanencia del rey en el, y el servicio militar se hacia con tanto rigor y cuidado como si se

temiese una agresión. Además, cada dos días marchaba un correo por el camino de Andalucía, sin que hubiese motivo alguno ostensible que justificase tan activa vigilancia.

Doña Isabel, entre tanto, libre completamente para comunicarse con sus amigos, aunque rodeada de pocos, pasaba al parecer una vida sosegada. Sin embargo, casi todas las noches recibía mensajes, á que contestaba sin aguardar al día siguiente, recatándose con el mayor cuidado hasta de sus mismos servidores.

Una mañana, al presentarse en su cámara Beatriz de Bobadilla, la encontró vestida, como la habia dejado la noche anterior: un círculo azulado rodeaba sus ojos, indicio de no haber dormido. Todos los muebles del aposento estaban en completo desórden, y la princesa se ocupaba en arreglar sus maletas de viaje.

—Señora, ¿qué os sucede? dijo Beatriz sobresaltada.

—No te asustes, mi querida amiga, le contestó la princesa: he dispuesto partir de Ocaña, y para no atrasar un momento mi marcha, me entretengo en arreglar mi equipaje.

—¿Esto quiere decir, que no os creéis segura?

—No; sino que deseo ir á donde pueda estar libre de espías. ¿No has observado nada?

—No, señora. Si hubiese visto algo, lo sabriais.

—Duermes mucho, Beatriz... No es esto decirte que descuidas tus deberes; no, amiga mia: tú puedes dormir, porque no eres la heredera de un reino: á mí me toca velar.

—¿Y podré merecer, señora, me digais quien os espía?

—Lo ignoro; pero es evidente que se me observa de día, y se me guarda de noche. ¿No has visto unos hombres de mal agüero que vienen á esta casa, ya en traje de mendigos, ya con apariencia de mercaderes judíos, ya disfrazados con el santo hábito de monges y de peregrinos? Ayer mismo estuvo aquí, (bien lo verias), un supuesto anciano, cargado de reliquias, implorando nuestra caridad y murmurando falsas oraciones. Tú te compadeciste de él y le socorriste, pidiéndole en cambio que te encomendase á Dios.

—Es cierto.

—Pero no viste en él mas que á un pobre penitente: yo descubrí bajo sus canas y venerable barba, y bajo las conchas de su esclavina, ¿á quién dirías? Á un pérfido hebreo: á un embaucador de oficio, á uno de esos falsos adivinos que hacen á las estrellas cómplices de sus mentiras: al astrólogo Abacuc.

—¿Es posible? ¡y yo que tomé de sus manos una reliquia y la guardo como cosa santa! exclamó Beatriz consternada.

—Sí, es posible: pero no es solo esto. Ya varias noches, al irme tarde á la cama, despues de hacer mis oraciones, he visto una sombra negra deslizarse al pié de estos muros, precisamente junto á la poterna que da al escusado callejon que hay á espaldas de este edificio. Como sabes, por ahí suelen venir los mensajeros que me envia el señor arzobispo. Anoche sentí que abrian la poterna. ¿Quién podria ser, puesto que yo sola tengo la llave de ella? Despues oí pasos en la galería que conduce á este aposento: corrí el cerrojo de esa puerta que comunica en la galería, y resolví no acostarme. Poco antes de amanecer he visto la sombra de un hombre pasar por el callejon y alejarse cautelosamente.

—¿Y por eso tratáis de ausentaros? ¿Hay mas que dar aviso á los leales hidalgos que protejen vuestra persona, y hacer de modo que castiguen á quien se atreva á celaros?

—Ciertamente, nada seria mas fácil; pero, amiga mia; yo necesito activar el asunto que sabes ocupa mi pensamiento á todas horas: una revelacion de ese género solo serviria para entorpecerlo: pondria en alarma á todos los fieles habitantes de Ocaña, y provocaria un conflicto que debo evitar: además, no ignoras que las gentes de D. Juan Pacheco están sobre aviso, y que hay en el castillo fuerzas triples de las necesarias, capaces de reducir á la impotencia á mis defensores. No: es preciso ahorrar su sangre preciosa. Prefiero huir, y escoger un punto, desde el cual pueda obrar sin tanto peligro.

—¿Y no temeis que impidan vuestra marcha los amigos del maestro?

—No: ahora vamos á Arévalo, á fin de dar sepultura digna

y conveniente á los restos de mi desgraciado hermano Alfonso. Nadie puede impedirme cumplir este deber piadoso: ya está dispuesto en Ávila el sepulcro que ha de guardar ese precioso depósito. Despues me iré con mi madre: tampoco creo que se me pueda estorbar esta determinacion. Avisa, pues, á Mencía, y arreglad ambas vuestros equipajes, para que partamos hoy mismo. Mi guardia de hidalgos nos acompañará.

Pocas horas despues habia cundido la noticia de que la princesa marchaba de Ocaña con el objeto de celebrar las solemnes exequias de su hermano D. Alfonso, y trasladar sus restos mortales de Arévalo á la ciudad de Ávila. La villa de Ocaña presentó inmediata y espontáneamente cien hombres armados y mantenidos, con acémilas y caballos, para que acompañasen á la ilustre viajera. La guarnicion del castillo vió con indiferencia estos preparativos y la partida de doña Isabel, á quien acompañó un inmenso gentío hasta media legua fuera de la poblacion. Pero al mismo tiempo salia para Córdoba un correo con carta para D. Juan Pacheco, y entrada ya la noche, otros varios se dirigieron hácia las fortalezas situadas en la frontera de Aragon, y que pertenecian la mayor parte á la familia de Mendoza.



CAPÍTULO XXVII.

No hay amigo pequeño, ni bien que sea perdido.



DIAS y meses iban pasando, consumidos por la insaciable voracidad de su padre, el tiempo: las nieves se habian convertido en líquidos corrientes: las aguas habian dado rocío á las flores, y las flores, frutos al hombre.

La princesa doña Isabel estaba en Madrigal entregada á los dulces deberes de hija respetuosa y amante, despues de haber honrado, como buena hermana, la triste memoria del malogrado príncipe don Alfonso. Allí, en aquella modesta villa, y en una casa pobre para su elevada condicion, se albergaba la mas grande de las mujeres que han nacido, y con una mansedumbre que no comprenderiamos los que hemos presenciado la entereza de su carácter, ni que ella misma echaba de ver; atendia diligente á las mas humildes faenas, velando por la salud y la comodidad de su anciana madre, y no permitiendo que nadie la sirviese sino ella. Allí, cuando la ilustre viuda de D. Juan II de Castilla, la virtuosa matrona, reducida á un estado de estrechez y casi de enagenacion mental por los pesares y

por las injusticias de su hijastro D. Enrique, reposaba algunas horas, merced á los solícitos cuidados de su amada hija; ésta, la futura reformadora de todos los desórdenes de la edad media española, y todos los poderes bastardos; la mujer prudente que habia de enfrenar hasta la desmedida ambicion de la Iglesia, mereciendo, sin embargo el dictado de *Católica*; la destinada por Dios para coronar la gran restauracion comenzada en Covadonga y para legar al mundo un nuevo mundo, entretenia sus ócios y olvidaba sus inquietudes, ora leyendo libros religiosos é historias de grandes hombres y mujeres para fortalecer su espíritu, ora cosiendo paños para el servicio del culto de Dios, ora hilando como la mas sencilla aldeana, para dar de limosna á los pobres su hilaza y el inapreciable ejemplo de su laboriosidad. Allí, esta eminente señora, que en su grandeza de alma no comprendia que hubiese nada pequeño, vil ni despreciable, escepto la maldad, habia sido sorprendida con la rueca en las manos por el cardenal de Arrás, Juan Gofredo, embajador del rey Luis XI de Francia, que de acuerdo con D. Enrique, vino á solicitarla por esposa para el duque de Berri y de Guiena; y la noble hilandera, sin cuidarse de ocultar el instrumento de su trabajo, habia sabido rehusar con palabras corteses la oferta de este enlace, despidiendo al embajador, si no contento, confundido por su discrecion y mesura.

¿Y cómo era posible que hubiese accedido á semejante solicitud, la que tenia su corazon preso de amores; la que ardía en una vehemente pasion por su patria y por la gloria, y cifraba el triunfo de estos afectos en el nombre querido de Fernando?

Pasaba el tiempo y con el se fortalecia la decision de la princesa, sin que fuesen parte á debilitarla los contratiempos ni las dilaciones. El arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla con sus parciales trabajaban para allanar algunas dificultades que impedian llevar á cabo el matrimonio de nuestros príncipes. Era una de ellas la dispensa del parentesco, negocio árduo, y casi de imposible realizacion, por cuanto el Papa entonces reinante, Paulo II, era muy adicto al rey D. Enrique, quien por la mediacion de Gomez de Solís, agente en Roma de D. Juan Pache-

co, habia obtenido ya una bula de dispensacion para el matrimonio con D. Alfonso de Portugal. Doña Isabel sabia esto; pero sus amigos la tranquilizaban, dándola seguridades de salir adelante con su empeño, aunque sin revelarle los medios con que contaban para conseguirlo, y entre tanto ponian en juego todas sus influencias, que desgraciadamente no habian de alcanzar el resultado apetecido. Por otra parte los comisionados castellanos que fueron á Aragon, habian vuelto de su viaje, trayendo nuevas desagradables. El príncipe D. Fernando estaba ansioso por efectuar su matrimonio, pero la guerra, cada dia mas encendida, dejaba exhausto el tesoro real, y exigia dobles sacrificios y mayor actividad personal para suplir la escasez de recursos: decíase que el maestre de Santiago, lleno de resentimiento contra D. Juan II, auxiliaba de secreto la rebelion de Cataluña, y obtenia el apoyo del rey de Francia, cuya política, siempre doble y tortuosa, le inclinaba gustoso á todo trato que debilitase el poder de sus vecinos. Con este motivo, el rey de Aragon se veia obligado, muy á pesar suyo, á demorar las negociaciones conducentes al casamiento de su hijo. Estas contrariedades inquietaban á la princesa, que temia con razon encontrarse, á la vuelta de su hermano, sin haber hecho nada, y espuesta de nuevo á las violencias y á las intrigas de D. Juan Pacheco.

Éste, por su parte, aunque lejos de Castilla, trabajaba activamente para desconcertar los planes de Aragon: tenia dos cabezas de valía que se empleaban en su servicio, y una policía activa en los miembros de la *Perpétua Noche*. Eran aquellos el obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que dirigiendo á su poderosa familia y á todos sus numerosos allegados, hacía guarnecer los pueblos y castillos desde Almazan á Guadalajara y establecia en toda la frontera de Aragon escuadrones de caballería para cortar las comunicaciones, y D. Luis de Acuña, obispo de Búrgos y sobrino del maestre, que habia venido á situarse en Madrigal, donde vendiendo proteccion y amistad á la princesa, era un espía vigilante de todos sus pasos.

De aquí una circunstancia que agravaba la ansiedad de doña Isabel: hacia ya muchos dias que le faltaban las noticias de los

jefes de su partido; y era que los agentes del maestre las interceptaban, valiéndose para ello de las muchas partidas de bandidos que infestaban el país, capitaneadas por nobles como el alcaide de Castronuño, célebre salteador de quella época y el rico hombre de Hinestrosa, que gozaba de la proteccion del mismo D. Juan Pacheco.

La situacion de la princesa era, pues, mucho mas grave de lo que ella misma podia figurarse. Las personas que la rodeaban lo conocian mejor que ella; pero disimulaban por no afligirla, ó acaso por consideraciones á sus propios intereses. Todos aquellos amigos fieles, Chacon, Cárdenas, Pedro de Bobadilla, los dos capitanes Palencia y Coca, y algunos otros de menos valer, habian sido asaltados de noche separadamente por personajes misteriosos, que poniéndoles puñales al pecho, les habian intimado una órden concebida en estos términos:

«El rey sabe que conspirais contra sus mandatos y en favor de la princesa: si estimais vuestra vida, guardaos de coadyuvar de obra ó de palabra á los designios de doña Isabel. Nosotros estamos aquí, con otros doscientos para vigilar vuestra conducta y ejecutar las órdenes del rey. Una sola palabra que digais bastará para enviaros á la eternidad. Sed prudente, y mirad por vos.»

El resultado de esta intimacion fué que aquellos hombres, aunque leales y valientes, no contando con fuerzas para resistirse, tomaron el partido de permanecer en la mas completa inaccion, sin atreverse ninguno á comunicar á sus compañeros la misteriosa coaccion de que eran víctimas todos ellos.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando un dia, en que doña Isabel esperaba gozar mas que otro alguno la proteccion del cielo, llegó á temer que se encontraba en el mas completo abandono, y que nunca habia sido su situacion tan angustiosa.

Por primera vez, desde que estaba en Madrigal, veia levantarse del lecho á su querida madre, que merced á sus amorosos desvelos habia recobrado en parte su quebrantada salud, y se mostraba risueña y animosa. Era una magnifica tarde de verano, y la ilustre enferma espresó el deseo de salir, apoyada en

su hija, á disfrutar las brisas del campo. Doña Isabel creia soñar: todos sus afanes estaban compensados, y su corazon, saltando de júbilo, daba gracias á Dios que le dispensaba tamaño favor. Inmediatamente dispuso que sus damas Beatriz y Mencía se ataviasen con sus mejores galas; mandó llamar á sus amigos para que la diesen el parabien: hizo preparar una litera con el fin de conducirla delante para el caso de que su madre se cansase; y por último, su piedad filial llegó al estremo de improvisar una fiesta en celebridad de tan fausto suceso.

Doña Isabel tenia en Madrigal unos amigos en quienes nadie pensaba, merced á su condicion humilde: Juan Lainez y su mujer Isidora se hallaban allí establecidos, y habian fundado en un estremo de la villa una fábrica de paños, que, aislada entre jardines, prosperaba y mantenia ya á muchas familias laboriosas. No pasaba dia sin que los agradecidos menestrales visitasen á su escelsa protectora; pero en particular el pequeño Rodrigo estaba casi siempre acechando la ocasion de servirla, y todas las mañanas le traia un ramo de flores. Mientras la princesa hacia sus alegres preparativos de paseo, vió por casualidad al huerfanito, que arrimado tímidamente á una pared, se esforzaba sin embargo por llamar su atencion. Doña Isabel retibió contento de verle, y le habló en voz baja algunos momentos, despues de lo cual el muchacho se alejó presuroso, encaminándose á la fábrica de sus hermanos.

Los amigos de nuestra heroina se presentaron á ella; sus damas se engalanaron, y ya estaba todo dispuesto para el paseo, cuando entró en casa de la reina viuda el obispo de Búrgos: la princesa no estrañó esta visita, que solia ser diaria; participó al prelado su regocijo; lo presentó á su madre, y le invitó á pasear con ella. Don Luis de Acuña aceptó el convite, diciendo:

—Tengo un placer, señora, en acompañaros, y aunque tema seros molesto, de hoy en adelante haré de modo que no necesiteis invitarme á estar á vuestro lado.

La princesa no reparó en la especie de intimacion que se le hacia envuelta en una fórmula galante: su espíritu estaba demasiado absorto en la función de su dicha filial, para que pudiese distraerla ningun otro pensamiento.

Mientras se concluían los preparativos, el obispo llamó aparte al capellan Alonso de Palencia, y hablando con él en secreto, le dijo:

—Estais en gran peligro, mi buen amigo, y como os aprecio por lo mucho que valeis, os lo aviso, para que os pongais en salvo.

—¿Qué peligro puede correr un hombre de bien que á nadie ha hecho daño? preguntó el cronista.

—Nadie ha puesto en duda vuestra hombría de bien, señor Palencia, y antes al contrario creo daros una prueba de afecto, al aconsejaros que huyais. Á un malhechor no le hablaria yo de esta manera; porque debeis saber que tengo orden de prenderos.

—Señor, permitidme que os pregunte, quién puede haberos dado esa orden. Yo respeto vuestra elevada dignidad, pero dependiendo del arzobispo de Toledo, y tocar á mi persona es ofender á mi señor.

—Así podrá ser, Palencia: pero, amigo, esa consideracion no me impedirá cumplir lo que se me ha mandado. Tenedlo así entendido, y haced de mis advertencias amistosas el caso que mejor os parezca. Sobre todo, os prevengo, porque os quiero, que en saliendo de aquí, no vayais á veros con mi compañero el de Toledo, pues lo pasariais muy mal.

—Si se trata de intimidarme, repuso el cronista, debo manifestaros que no estoy dispuesto á ceder por miedo. La princesa mi señora necesita de mí, y no seré yo quien la abandone cuando acaso está en riesgo su persona.

—Hareis mal si os alucináis, creyendo poder servir de algo á doña Isabel. S. A. está ya detenida en Madrigal, de donde no saldrá sin mi permiso. El rey lo manda, y tengo fuerzas para hacer acatar sus órdenes.

Alonso de Palencia conoció que no hay razon contra la fuerza, y que al hablarle así el obispo, sin duda tenia la suficiente para imponer su voluntad. Veia por otra parte que, pudiendo prenderle, se limitaba á darle un aviso, aconsejándole ponerse en salvo, é infirió de aquí que no se trataba de ejercer actos

violentos contra la princesa, sino de obligarla á permanecer inactiva hasta la vuelta del rey. Sin embargo replicó:

—Á pesar de lo que me dice vuestra reverencia, no adivino el motivo que haya para que se os mande prenderme:

—Os lo diré, y así tendreis una prueba mas de mi aprecio, contestó el obispo: el rey nuestro señor sabe que vos y los demás amigos de la princesa, que hay en Madrigal, conspirais para inducir la á quebrantar el juramento que hizo en Ocaña. Por lo mismo os manda prender, á fin de que vuestra señora no haga lo que no debe, y nos obligue á usar con ella de medios violentos: el rey está decidido á emplearlos; tiene tomadas ya todas sus medidas, y solo de vos y de vuestros compañeros depende el evitar á doña Isabel sérios disgustos ó precipitarla en ellos. ¿Me habeis comprendido? Al hablaros con esta franqueza, yo, que debia ejecutar contra vos las órdenes de S. A., sin preveniros, doy una prueba, no solo de mi afecto á la princesa, sino de mi deferencia hácia vos. Creedme: seguid mi consejo, si no quereis atraer males terribles sobre la cabeza de doña Isabel, sobre la vuestra, y sobre el reino.

La presencia de la reina viuda y de su hija, que salian acompañadas de sus damas y caballeros, interrumpió esta conversacion. Todos bajaron la escalera, y al llegar al vestíbulo quedó sorprendida doña Isabel de ver allí una guardia de hasta treinta arcabuceros mandados por Pedro de Fonseca, sobrino del arzobispo de Sevilla.

—¿Qué significa esto, señor obispo? preguntó la princesa.

—Señora, contestó D. Luis de Acuña: mirando por el decoro de vuestra persona, me he privado de mi guardia ordinaria, para darla á vuestra señoría.

—Estraña atencion por cierto es la vuestra: ¿y cómo es que hasta hoy no habeis pensado en guardarme?

—Porque hasta hoy no he sabido que necesitabais ser guardada.

La princesa no se atrevió á insistir á sus réplicas, temiendo que su madre, medio alielada por la enfermedad, llegase á comprender lo que pasaba, y acaso sufriese una recaída con el disgusto.

El paseo de las régias personas por la villa fué acompañado de las mas cordiales muestras de amor y respeto por parte del pueblo que se agolpaba por uno y otro lado á saludar á sus señoras. En todos los rostros se veia pintado el apacible sentimiento de la sumision espontánea, que dista tanto del servilismo como la gratitud de la reverencia hipócrita.

Doña Isabel no podia entregarse á las dulces emociones que en otra ocasion habria experimentado en presencia del amor del pueblo á su madre, pero procuraba aparecer tranquila y risueña en medio de la viva ansiedad que se habia apoderado de su espíritu. No sentia tanto en aquellos momentos sus propios peligros como la posibilidad de que sobresaltasen á su querida enferma y la ocasionasen una recaida. Por esto disimulaba; por esto padecia interiormente, sin dar la menor muestra de flaqueza ni de indignacion. Sus amigos, á quienes no se habia podido ocultar el objeto de la guardia puesta por el obispo, y en particular Alonso de Palencia, marchaban cabizbajos y silenciosos.

De este modo salieron al campo; una fresca brisa mitigaba el calor del estío: el sol se ocultaba en el Occidente, y sus rayos horizontales matizaban con bronceados reflejos el verdor de la campiña. La vista y el oido gozaban á la vez en el espectáculo y las armonías de la naturaleza: sin embargo, la reina, segun habia previsto su hija, pronto se sintió fatigada y deseó descansar. Doña Isabel, que habia dirigido espresamente su paseo hácia la fábrica de Juan Lainez, se la mostró á su madre como el lugar mas inmediato y apropiado para detenerse algunos momentos.

Los dependientes de la fábrica, hombres y mujeres, con sus dueños al frente, se presentaron á la puerta del edificio vestidos con sus trajes de dia de fiesta, desnudas las cabezas, y las de las muchachas mas jóvenes, coronadas de flores. La reina doña Isabel quedó agradablemente sorprendida por este espectáculo que no esperaba. Juan Lainez se adelantó, y doblando respetuosamente una rodilla, le ofreció su casa por si queria descansar en ella.

—Sí, dijo la ilustre enferma: entraremos: es para mí muy grato encontrar súbditos tan leales como vosotros, y que sepan

acatar á la que fué su soberana y á la que puede serlo, aunque la una esté viuda y desamparada y la otra huérfana y oprimida.

Estas palabras hirieron el corazón de la princesa, pues conoció por ellas que no se ocultaba á su madre su situación, y que al igual de ella procuraba disimular su sentimiento.

—Señora, dijo la princesa: estas buenas gentes no son extrañas á nosotros, y por lo mismo sus demostraciones tienen el doble sentido de la veneración y la gratitud.

—Lo sé, hija mía, lo sé, repuso la anciana reina: Juan Lainez y su mujer nos aman sinceramente: por eso acepto gustosa su hospitalidad.

Juan Lainez é Isidora dieron las gracias con palabras entrecortadas y con lágrimas en los ojos, y guiaron á sus ilustres huéspedes hacia el jardín, donde tenían dispuesta una colación debajo de un emparrado: la mesa estaba cubierta con las mejores y más tempranas frutas de todo el país, que alternaban con algunas conservas inócuas y de fácil digestión, confeccionadas por las manos de la linda huérfana de Mendo Alerce. La limpieza era el mejor adorno de aquel festín campestre: los manteles habrían hecho parecer oscura á la nieve puestos á su lado, pero resaltaba más su blancura bajo el vivo matiz de unas guirnaldas de flores que festoneaban la mesa todo en torno.

Las muchachas más jóvenes de que antes hemos hecho mención, se aprestaron á servir la frugal merienda, y entre tanto sus compañeras de fábrica y los oficiales formaban parejas en una llanada del jardín debajo de los árboles. Varios jóvenes aparecieron tañendo instrumentos melódicos, y las parejas comenzaron á bailar al compás de la música.

El niño Rodrigo, tímido como siempre, miraba esta escena desde un punto apartado entre unos arbustos, sin atreverse á tomar parte en la fiesta que había hecho preparar, comunicando á sus hermanos las órdenes de doña Isabel. Este retraimiento de nuestro pequeño amigo sirvió de alguna utilidad, como se verá después.

Mientras la reina viuda distraía sus pesares y refrescaba su

abatido espíritu con el espectáculo campestre y sencillo que se le ofrecía, D. Gonzalo Chacon, su sobrino Cárdenas y el cronista Palencia se habian retirado á un extremo del jardín, desde donde, aparentando mirar el baile de los obreros, conversaban misteriosamente. La curiosidad hizo que se fuesen á colocar junto al sitio donde estaba Rodrigo oculto entre el ramaje, y en quien por esta causa no repararon.

—Estamos perdidos, decia el cronista: nos hemos confiado con la ausencia del rey, no hemos atendido á nuestros medios de defensa, y hénos aquí forzados á mirar cruzados de brazos el triunfo de los enemigos de la princesa.

—Cierto que estamos mal, dijo Chacon: cuando el obispo de Búrgos se ha decidido á poner una guardia en casa de doña Isabel, es prueba de que nos tiene cortada la retirada. Los inmensos preparativos hechos por los de la casa de Mendoza debieran haber despertado el celo del arzobispo de Toledo, y del almirante para prevenir este caso extremo: pero se han descuidado, y ahora es imposible ganar la partida á nuestros contrarios.

—Se han descuidado, decís: añadió Cárdenas. ¿Sabeis si acaso tienen recursos para oponerse á las tramas y al poder del maestre? Desde que la princesa prestó su juramento de no hacer novedad, nuestro partido ha menguado considerablemente, al paso que ha crecido en iguales proporciones el de D. Juan Pacheco y la Beltraneja. Muchos han visto en doña Isabel un espíritu apocado, y sobre todo la han creído subyugada por su hermano; y bien sabeis que en nuestros dias el que domina es el que tiene razon. Todos se adhieren al bando que mas puede, y abandonan al que creen abatido.

—Así es la verdad, repuso el cronista: pero eso ha sucedido en todos tiempos, y es preciso reconocer que no es prudente, aunque pueda ser heroico, aventurarse á sostener una causa perdida; sobre todo cuando no hay fuerzas para resistir los ataques.

—¿Tan perdido conceptuais nuestro asunto? preguntó Chacon.

—Por ahora lo considero irrealizable. ¿Qué podemos hacer nosotros sin auxilio ajeno?

Los dos caballeros se encogieron de hombros.

—Pudiéramos dar aviso al arzobispo de lo que pasa, continuó el cronista: pero ¿acaso lo ignorará? ¿No sería temeridad esponerse á dar un paso en este sentido, cuando están tomadas las precauciones para impedirlo? ¿Ni qué adelantariamos, siendo mas que probable que haya fuerzas para rechazar el mezquino auxilio que puede prestar el arzobispo, sobre todo si no está preparado para el caso? Yo, señores, opino que debemos permanecer á la expectativa; lo demás será comprometernos inútilmente y esponer á la princesa á mas positivos riesgos.

—¿No será posible sacarla de Madrigal? preguntó Cárdenas.

—¿Quién piensa en eso? repuso su prudente tio. En primer lugar no podemos reunir arriba de veinte hombres.

—Siendo decididos, ya son bastantes.

—¿Para qué son bastantes? Treinta lo menos he contado en casa de la reina, y al frente de ellos está, como habreis visto, el furibundo partidario de la Beltraneja Pedro de Fonseca; es decir, un enviado de los Mendoza, que sin duda no habrá venido sin traer quien le guarde las espaldas. El obispo, sin contar con las gentes de armas de su obispado, que estarán ya en pié de guerra, tiene aquí hasta cien hombres mas: aunque lográsemos sacar á la princesa ocultamente, pronto nos la arrancarían de las manos, y perderíamos su causa y nuestra vida. Es un delirio pensar en eso.

—Efectivamente no podemos hacer nada, dijo el cronista: dar un paso cualquiera en estas circunstancias será comprometer á la princesa.

—¿Pero habremos de abandonarla cobardemente? insistió Cárdenas.

—Mas vale fingir que la abandonamos, que esponerla imprudentemente á nuevos peligros: yo creo que mostrándonos indiferentes, la servimos mejor que de otra manera; es menester que nuestros enemigos se confíen, y así todo quedará reducido á una vigilancia estéril, y entre tanto habrá tiempo de preparar nuestras fuerzas.

—Teneis razon, teneis razon, dijeron á la vez los dos caballeros.

Y como temiesen llamar la atención del obispo, que no les perdía de vista, se acercaron á sus otros compañeros, á tiempo que la reina viuda se disponía á retirarse, por ser ya entrada la noche.

La vuelta al palacio formó un contraste singular con la salida: el pueblo no se agolpaba como antes dando muestras de regocijo: agrupada la gente en varios parajes hablaba con aire misterioso y triste, cual si algun acontecimiento grave y siniestro hubiese venido á turbar su ingénua satisfacción. Algunos grupos se acercaban al paso de las reales personas, pero en los rostros se veía pintado el temor, y muchos se apartaban desalentados y afligidos. Ninguna de estas demostraciones se ocultó á la perspicacia de doña Isabel, quien, sin revelar sus emociones en su semblante ni en sus palabras, comprendía que su situación se agravaba con algun suceso extraordinario.

Apenas llegaron á su casa, la princesa detuvo al obispo, y llevándole á donde no pudiese oírle su madre, le dijo:

—Habládme con verdad, como cumple á un caballero y á un prelado. ¿Qué precauciones son estas que se toman contra mí? ¿Qué sucede para que se me trate como á criminal, y para que todas las personas que veo anden como aturdidas y desconsoladas?

—Señora, os hablaré con franqueza: estais detenida bajo mi custodia, hasta que el rey disponga de vos.

—Todavía no se ha renunciado á esas imprudentes violencias, que pueden provocar un conflicto.

—No sé lo que habrá dispuesto S. A. el rey, contestó hipócritamente el obispo; mas me parece que si vos no dais lugar á una disposición violenta no se adoptará. Por lo demás, tengo entendido que el pueblo de Madrigal ha recibido una intimación formal de S. A. para que no se mueva, so pena de ver arrasadas sus casas hasta los fundamentos. Ahí teneis, señora, lo que sucede; y si os parece poco motivo para que las gentes tímidas se alarmen, os diré además que mi compañero el arzobispo de Sevilla está en marcha para este pueblo, con el fin de hacer acatar las órdenes de vuestro hermano y señor.

—¿Pero á qué conducè todo esto?

—Señora, vos lo sabeis sin duda: yo no puedo hacer mas que aconsejaros que permanezcais tranquila.

—¡Tranquila! murmuró doña Isabel con profundo resentimiento.—Y añadió en voz natural.—Está bien: cumplid vuestras órdenes. Ahora, dejadme, si es que se me permite estar sola.

El obispo se despidió. Al bajar al vestíbulo, se le acercó Pedro de Fonseca y le pidió instrucciones.

—Nada mas teneis que hacer, le dijo el prelado, sino vigilar con mucho esmero las salidas de la casa, y tener cuenta con las personas que entran en ella. Nuestra gente queda ya intimidada: el pueblo no es probable que se mueva. Si conseguimos mantener el terror los ocho dias, que me habeis dicho tardará en venir vuestro tio, habremos triunfado.

Con efecto, aunque se habian dado órdenes á D. Alonso de Fonseca para marchar sobre Madrigal y prender á doña Isabel, faltaba mucho para que llegase este caso, y el obispo de Burgos, no se creía bastante fuerte para detenerla, por lo cual habia recurrido á las amenazas á fin de ganar algun tiempo.

Entre tanto, la princesa apelaba á sus amigos, creyendo encontrar en ellos la fortaleza de ánimo que inflamaba el suyo. Pero pronto vió, con dolor, que hay pocos amigos en la desgracia; los mas la habian abandonado, y aunque Chacon, Cárdenas, Bobadilla y los dos capellanes permanecian fieles aun á su lado, sin embargo estaban abatidos y solo podian inspirar desaliento.

—En los casos estremos, les dijo, es cuando se prueba el valor de los hombres: no necesito explicaros la situacion en que me hallo: vuestros semblantes me revelan que no la ignorais. ¿Estais dispuestos á favorecerme?

—Señora, contestó Pedro de Bobadilla: nosotros estamos prontos á sufrir la suerte que se os destine; si os prenden, partiremos vuestra prision; si os maltratan, estaremos á vuestro lado para defenderos. No podemos hacer mas.

—Y vosotros, ¿qué decís? preguntó á los demás caballeros.

—Señora, respondió Chacon; ¿qué quereis que os diga, sino que es locura luchar contra lo imposible.

—¡Lo imposible! murmuró doña Isabel. ¿Es decir que no hay en vuestros corazones aliento para librar de la opresion mas injusta á una débil mujer?

—Señora, no tenemos quien nos auxilie, dijo el cronista, y sería una temeridad esponernos á provocar la indignacion del rey...

—¿No teneis quien os auxilie? ¿Pues y el arzobispo? ¿y el almirante?

—Mi señor el arzobispo está en Maqueda: el almirante en Valladolid; no es posible á ninguno de nosotros salir de Madridal, porque se nos observa y seríamos detenidos.

—Está bien, señores, repuso doña Isabel con amargura: está bien; ¡dejadme!

Todos bajaron las cabezas consternados, y sin atreverse á salir, hasta que se les repitió la órden.

La escelsa jóven los miró marchar con el rostro inflamado de vergüenza, y alzando los ojos al cielo, murmuró:

—¡Tambien ellos!... ¡Dios mio!... ¡Estoy sola!

Y doblando el cuello quedó largo rato en actitud pensativa, con la mejilla apoyada en la mano, hasta que oyendo que alguien sollozaba cerca de sí, levantó la cabeza y vió á su amiga Beatriz.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? le preguntó. ¿Háte sucedido alguna desgracia?

—¿Qué desgracia mayor puede sucederme, que veros siempre perseguida, señora mia? contestó Beatriz.

—¡Ah! ¿Es por mí? Entonces no llores: no son lágrimas lo que yo necesito: sino corazones denodados, y por desgracia no los encuentro.

—¡Oh, señora! no faltan corazones valientes y leales, pero cuando las cosas son imposibles...

—¡Tambien tú!... No repitas jamás esa palabra en mi presencia. Nada es imposible para los que tienen fé en Dios, y Dios no me ha abandonado.

—Quiero decir, señora, que valiera mas desistieseis de vuestro proyecto de matrimonio.

—¡Desistir de él!... Tanto valdria desistir de la vida. No, Beatriz, no: tú no eres mi amiga si tal me aconsejas. Dios quiere probar mi paciencia; ¡cúmplase su santa voluntad!

—¿Y por qué no habremos de creer que Dios reprueba ese enlace, puesto que tantos obstáculos lo impiden?

—¡Oh! ¡Calla, calla! Si tienes miedo, Beatriz, guárdalo para tí! pero no trates de infundírmelo. Esos obstáculos son obra de la malicia: no los atribuyas á Dios porque blasfemas.

—Señora: bien sabeis cuanto os amo, y que nunca he tenido otra voluntad que la vuestra; pero temo...

—Bien, Beatriz: tranquilízate y... déjame sola.—Te lo suplico.

Beatriz se retiró, y doña Isabel, cayendo de rodillas en su reclinatorio, comenzó á orar, pronunciando las palabras del Salvador:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué me habeis desamparado?— Pero á poco añadió: No; tu estás conmigo, vida y ser del universo: tú alientas en mi alma, y por tí triunfaré de las fuerzas del Averno.

Doña Isabel pasó la noche desvelada, pero sin verter una lágrima.

Al amanecer entró en su cámara Mencía de la Torre con un ramo de flores, que, segun su costumbre, acababa de traer el niño Rodrigo. La jóven comenzó á deshacerlo para poner las flores en agua, y vió un papel que venia oculto entre ellas.

—¿Qué podrá ser esto? exclamó con la naturalidad de la sorpresa.

—¿Un papel? ¿A ver? Dámelo, dijo la princesa, que estaba recostada en su lecho y despierta.

Mencía entregó el papel á su señora, que, habiéndolo desdoblado, leyó para sí.

«Señora: no olvideis que teneis un esclavo fiel hasta la muerte, y siempre dispuesto á sacrificar su vida por vos. Si os hiciese falta mi ayuda, no vacileis en mandarme. Fidelidad, valor y sigilo, todo lo hallareis en mí.»

—¿Quién ha traído esto? preguntó doña Isabel á Mencía.

—Rodrigo, contestó la jóven.

—Hazle entrar, y déjame sola con él.

La princesa se levantó en seguida, tomó un papel, y escribió una carta dirigida al arzobispo de Toledo y á D. Fadrique Henriquez colectivamente, manifestándoles en pocas palabras su situación, y quejándose con afabilidad del abandono en que la dejaban. Luego escribió en otro papel:

«Mi buen amigo: acepto tu generosa oferta, y lo tendré presente toda mi vida. Importa á mi libertad que la carta adjunta sea leída antes de tres dias por las personas para quienes va. Confío en tu prudencia, fidelidad y valor.»

Hecho esto, metió la una carta dentro de la otra, y volviendo la cabeza, vió á Rodrigo, que esperaba sus órdenes arrimado á la puerta.

—Toma, Rodrigo, le dijo; guarda esto en tu seno para que nadie lo vea, y entrégalo á tu hermano Juan.

El muchacho tomó las cartas con aire de satisfaccion, como quien sabe á ciencia cierta el asunto que se le confia, y las guardó diciendo:

—No las verá nadie, no: ya sé yo lo que tengo que hacer.

—Dí á tu hermano que el arzobispo está en Maqueda y el almirante en Valladolid. ¿No lo olvidarás?

—Lo sabe ya mi hermano.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, señora; lo decian ayer unos caballeros que iban con vuestra señoría: yo escuché lo que hablaban, lo conté á mi hermano, y por eso os ha escrito.

—Bien, bien, hijo mio; vuela, pues: no te detengas en ninguna parte, y cuidado con decir nada á nadie.

—Voy corriendo: ahora saldré despacio para que no sospechen, y cuando esté en la calle seré un águila.

Rodrigo salió efectivamente de casa de la reina viuda tan sério como un diplomático de nuestros dias, y talareando un canto popular. Cuando la princesa le vió en la calle desde su ventana, se volvió hácia el crucifijo que tenia en su reclinatorio, y besándole los pies con fervor, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! Nada puedo ya temer, pues me enviais la esperanza por medio de un ángel.

CAPITULO XXVIII.

La sorpresa.



OCHO dias habian pasado desde que el obispo de Búrgos intimó á doña Isabel la órden de permanecer detenida bajo su custodia. En este tiempo ningun acontecimiento vino á confirmar los temores que tan diestramente habia sabido infundir aquel prelado, para suspender la accion á los amigos de la princesa, pero entre tanto estos se fueron retirando á varios pueblos que les fueron designados, escepto Pedro de Bobadilla, que permaneci6 en Madrigal, como mayordomo que era de la reina viuda: circularon rumores cada vez mas alarmantes; hízose pública y notoria la venida del arzobispo de Sevilla de órden del rey, con el objéto de conducir presa al castillo de Madrid á doña Isabel: ésta, en vista de la conducta de sus amigos y de las instancias que le hacian sus damas para que abandonase su proyecto de matrimonio, llegó á temer que estaba entregada á sus enemigos: el pueblo aterrorizado conocia la opresion en que se hallaba su señoa, pero ni aun tenia valor para explicar en público

sus sentimientos: cada cual miraba por sí: nadie por la ilustre huérfana que no podía ofrecer el apoyo de auxiliares poderosos.

Á medida que pasaba el tiempo se aumentaba la ansiedad de nuestra heroína: todas las noches imploraba la ayuda de Dios, y se entregaba al sueño con la esperanza de mejorar de situacion; pero al otro dia se encontraba en el mismo abandono, sin recibir una noticia de sus anhelados salvadores, sin saber que habia sido de Juan Lainez, ni si su arriesgada comision estaba cumplida ó frustrada: y á este estado de penosa incertidumbre se agregaba á cada momento alguna circunstancia que lo hacia mas insoportable. Ya era la nueva de alguna correría emprendida por las bandas facinerosas del alcaide de Castronuño, conocidamente adictos á D. Juan Pacheco; ya el relato de la detencion y muerte violenta de algun emisario desconocido; ya el rumor de haber sido atacado y destruido el ejército de D. Alonso Carrillo; ya en fin la enumeracion exagerada de las fuerzas con que se acercaba á marchas dobles el arzobispo de Sevilla.

Nunca se habia visto la princesa en tanto apuro: nunca fué mayor su inquietud, ni menor su confianza en las personas que se habian comprometido á sostenerla.

El obispo de Búrgos, entre tanto, adquiria por el contrario mayor audacia en proporcion que se acercaba el término del plazo en que debia ser auxiliado por el tio de Fonseca. Era llegado ya el octavo dia, y durante él habia de quedar resuelta la suerte de su prisionera: no temia el obispo que acudiese á ésta un socorro inesperado, porque estaba seguro de haber tomado bien sus precauciones, á fin de que ningun aviso de ella á sus parciales pudiese salir de la villa: en particular tenia interceptados con gente armada los caminos de Valladolid y Toledo.

El sol tocaba ya al término de su carrera, y el horizonte, caldeado durante el dia por sus ardorosos rayos, estaba cubierto de una neblina espesa, que ningun soplo de viento disipaba: era una de esas tardes calorosas que enervan las fuerzas y entristecen el ánimo.

Doña Isabel estaba en la cámara particular de su madre, desde cuyas ventanas, á la sazón abiertas, se descubria el cam-

po y el camino, por donde la escelsa jóven esperaba ver llegar algun socorro. Hacíale compañía el obispo Acuña, que poco ó nada se apartaba de su lado desde que la declaró su prisionera. Beatriz de Bobadilla y Mencía de la Torre hacian labor en un extremo de la pieza, y conversaban en voz baja: las dos damas, á pesar de su probada fidelidad y amor á la princesa, tenian miedo de sufrir las consecuencias de su adhesion á un partido desesperado: ellas, débiles mujeres, no podian salvar del peligro á su señora, y pensaban en los medios de salvarse á sí mismas.

—¿Qué haremos nosotras en este apurado trance? preguntaba Mencía,

—¿Qué habremos de hacer, cuando los caballeros huyen acobardados? Yo sé que de hoy á mañana estará aqui la gente del rey: se llevarán á nuestra señora presa. Quedemos nosotras libres, y así al menos podremos trabajar en su favor.

El miedo, astuto consejero, siempre halla disculpas con que engañar al corazón y arrastrarle á cometer las acciones mas cobardes. Sin embargo, estas jóvenes merecian perdon: el ejemplo de hombres valerosos, que habian abandonado su puesto de honor, las acobardaba.

—¿Y cómo podré yo favorecerla? ¡pobre de mí! exclamó Mencía: tú, al menos, cuentas con el apóyo de tu futuro esposo y el de tu padre; pero yo, pobre huérfana, no tengo mas que hacer que refugiarme en el regazo de mi madre.

Mientras así hablaban de modo que no pudiesen oirlas, el obispo, sin tener consideracion á la tristeza de la reina viuda, que estaba en su sillón cabizbaja y abatida, decia á la princesa:

—Estas son las consecuencias del poco respeto á los mayores. La inobediencia perdió á nuestros primeros padres, y nosotros hemos heredado de ellos la flaqueza en el cumplimiento del deber y las penas que son consiguientes á toda falta.

Rato hacía que estaba hablando el obispo, sin que la princesa, absorta en sus pensamientos, le escuchase; pero al oir estas últimas palabras, salió de pronto de su abstraccion y repuso:

—Dispensadme, mi reverendo señor, que interumpa vuestra homilia. Tengo el convencimiento íntimo de haber cumplido hasta hoy mis deberes, al menos los que me impone una ley superior á la voluntad ó el capricho de los hombres; tengo la seguridad de haber seguido la senda que me señala mi conciencia, sin haber escuchado jamás los consejos del interés ni de la ambicion; y todos los castigos con que me amenazan, y todas las tribulaciones que puedan arrojar mis enemigos sobre mí, no bastarán á separarme de mi resolucion.

—Eso es obcecacion y temeridad, señora: desde aquí estoy viendo el camino por donde hoy mismo, acaso antes de ponerse el sol, han de llegar los encargados de conduciros á Madrid. Yo daria mi mejor caballo, el halcon mas diestro y audaz,... ¿qué digo? Daria la armadura embutida de arabescos que me regaló el walí de Málaga, por oiros decir: «Se acabó todo: me casaré con quien mi hermano disponga.»

—Podeis guardar vuestro caballo, vuestro halcon y vuestra armadura: no saldrán esas palabras de mi boca.

—Pues bien: tendreis que sufrir las consecuencias.

—Nunca mejor que ahora he conocido el deber que Dios me impone de atender por mí misma á mi porvenir: dijo la princesa, como si en vez de contestar al obispo, hablase con su propia conciencia.—Nunca como ahora conozco la necesidad que tiene de fortalecerse quien ha de ocupar un trono, y mucho mas si es una débil mujer. La corona de Castilla reposa hoy en las sienes de un hombre, y este hombre es juguete de ambiciosos y malvados. ¿Qué sería mañana, si esos mismos, que hoy arrastran la púrpura real por el cieno, la vieren sobre mis hombros de mujer, y sobre los de un rey hechura suya? Los que ahora me aprisionan, luego me escarnecerian.... ¡Oh! no: Castilla necesita un jefe capaz de recibir mi espíritu, mi espíritu solo, y de sostener mi flaqueza, que de otro modo me haría vacilar á cada paso. No siendo así, prefiero no reinar.

El sol habia ocultado la mitad de su disco detrás de los montes, y todavia seguia hablando la princesa, cuando, poniéndose en pié el obispo, fijó sus miradas en un punto lejano del cam-

po, donde se alzaba una especie de niebla mas espesa que la neblina. Esta nubecilla tomaba cuerpo por momentos, y parecia irse acercando á medida que crecia. Pronto se delineó mas claramente, conociéndose ser un dilatado torbelleno de polvo, de cuyo seno salieron repentina y vivamente reflejados los mairibundos rayos del astro del dia. Persuadido entonces el obispo de lo que aquello era, exclamó:

—¡Ellos son!

La princesa, en cuyos ojos habian dado tambien los reflejos de las armas, se levantó, y permaneció algunos instantes fijando á su vez la vista en la nube de polvo que randa se aproximaba. En aquellos momentos habria sido posible contar los latidos de su corazon. La reina viuda se incorporó en su sillón, participando de la ansiedad de su hija.

El obispo se dispuso á salir.

—No os vayais: esperad, le dijo la princesa. Si son vuestros amigos, aquí podreis recibirlos.

—Teneis razon, contestó el obispo volviéndose á sentar tranquilamente.

—Sí, es lo que debéis hacer, prosiguió la princesa con un leve tono de ironía, para que vean que cumplis bien vuestro cometido. Además que si yo me fugase en estos críticos momentos, contraeriais una grave responsabilidad.

Un paje entró, y habló algunas palabras en secreto con Beatriz. La jóven se levantó en seguida, y salió fuera con él. Á poco volvió; pero sin pasar de la puerta, pudo hacer una seña á la princesa, que habia observado con atencion su salida, y que inmediatamente marchó á su encuentro.

—¿Qué me quieres? le preguntó.

—Ahí está Rodrigo, que pretende hablaros, contestó Beatriz.

Rodrigo, cuyo rostro encendido como una amapola daba muestras de que habia corrido mucho, como tambien su respiracion agitada, sacó del seno una carta sudada, y la entregó á doña Isabel; la cual, habiéndola leído rápidamente, tomó una pluma y escribió en otro papel:

«No entreis: esperadme: si dentro de una hora no estoy con vos, venid entonces. = Isabel.»

Y doblando este lacónico billete, lo dió á Rodrigo, diciéndole:

—¡Toma y vuela, ángel mio!

El muchacho salió, y doña Isabel, volviendo á la cámara de su madre, encontró al paje que aun estaba en la antecámara, y le dijo, de modo que pudo oírlo el obispo:

—¡Haz que ensillen mis caballos! ¡Corre, al momento!

El obispo abrió los ojos y volvió la cabeza lleno de asombro. Dudaba que fuese cierto lo que habia oído.

Doña Isabel entró, y dirigiéndose á su madre, que no menos sorprendida que el prelado, faltaba poco para que abandonase su asiento, se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Adios, madre de mi corazon! Otra vez nos separa nuestro destino: pero no os aflijais. El dolor debe ser para mí sola, que no puedo permanecer aquí para aliviar vuestros padecimientos. Yo parto, pero es para encontrar un apoyo que nunca me falta y un sosten para vuestra ancianidad.

Y volviéndose hácia el obispo, que no acababa de comprender lo que veia, le dijo:

—Padre mio, quedad con Dios y él os proteja, como yo os perdono.

—Pero, señora... contestó el obispo con voz balbuéciente: ¿qué significa esto? ¿A dónde vais?

—No lo sé todavía: solo puedo deciros que nos separamos.

—Cuidado con lo que haceis, señora: no os espongais... Ved que están mis amigos ya para entrar en la villa. Miradlos. (Y señalaba á un grueso cuerpo de ejército, que acababa de pasar cerca del pueblo). Son las fuerzas del rey, y no podré impedir que os atropellen, si os obstináis en partir.

—Nada temais, señor de Acuña: esos que veis allí, no son vuestros amigos; son los míos.

—¡Ah! ¡Vuestros amigos! No puede ser.

—No lo dudeis: ved esta carta, repuso la princesa, entregándole la que habia traído Rodrigo.—Pero os repito que no os cause alarma: ya he mandado que no entren para evitaros un conflicto.

Mientras el obispo leia con avidéz la carta, doña Isabel, mi-

rando á sus damas, que agrupadas cerca de ella, observaban esta escena con vivísimo interés, les dijo:

—Ya podeis estar tranquilas, amigas mías: ¿quereis acompañarme?

—A todas partes, y como quiera que sea, contestó Beatriz, avergonzada de haber sentido flaquear su valor un momento.

Mencía espresó su voluntad abrazando la cintura de su compañera y dejando correr sus lágrimas.

—Pues bien, no hay tiempo que perder, repuso la princesa: disponeos á partir.

El obispo, concluida la lectura de la carta, dejó caer los brazos en la actitud del abatimiento.

—No cabe duda, murmuró: nos han cogido la delantera.—Y añadió en voz natural.—Tomad, señora, vuestra carta, y haced lo que os parezca mas conveniente. Os advierto que hay abajo un hombre muy decidido á cumplir las órdenes que se le han dado, y que tal vez se opondrá á vuestra salida.

—Eso dependerá de las instrucciones que vos le deis, mi reverendo señor. A mi vez os advierto que si dentro de media hora no estoy fuera de Madrigal, vendrá por mí el señor arzobispo de Toledo; en cuyo caso podeis pasarlo mal vos y vuestro hombre: una hora es el plazo que he dado para mi salida: calculad el tiempo que hace recibí esta carta, y teniendo en cuenta el carácter impaciente del señor arzobispo, resolved lo que os parezca mas conveniente.

—¡Media hora! Poco tiempo es, pensó el obispo. Señora, dijo, lo que ha de ser ya está resuelto: partid cuando gustéis.

El paje anunció que ya estaban preparados los caballos.—Al mismo tiempo apareció en la puerta de la cámara Pedro de Fonseca.

—Voy allá, voy allá, dijo el obispo, yendo á su encuentro.

—¡Nos han sorprendido! exclamó Fonseca en voz baja.

—Ya lo sé. ¿Os encontrais con fuerzas para resistiros?

—Eso es imposible.

—Pues bien, haced lo que os plazca: yo declino mi responsabilidad.

—Pero nuestro deber es cumplir las órdenes del rey.

—En ese caso cumplid vuestro deber, y decidios pronto; porque antes de media hora vereis las barbas al viejo Carrillo.

—¿Qué fuerzas traerá?

—Segun he calculado, pasan de mil hombres.

—En ese caso es inútil toda resistencia.

—Claro está que sí. Nosotros hemos hecho cuanto podíamos; si vuestro tío se ha dormido, no es culpa nuestra.

Pedro de Fonseca se tiraba de las barbas y revolvía los ojos con ira. El obispo continuó diciendo:

—¡Ea! no hay que apurarse. Dejemos ir á la princesa, y pensemos en seguirle la pista. Vaya donde quiera todo es Castilla, como no sea que tome el camino de Aragon, lo cual no la sería muy provechoso, segun los aires que corren por la frontera.

Fonseca tuvo al fin que resignarse, y marchó á levantar la guardia de la princesa. Ésta, entre tanto, habia ya hecho todos sus preparativos de marcha, que consistian en mudar de vestido, ponerse un sombrero y cerrar algunas maletas. Dispuesta ya con sus damas Beatriz y Mencía, se acercó nuevamente á su madre, que lloraba de gozo y dolor todo á un tiempo, y volviendo á darle los brazos, le dijo:

—Adios, madre mia: no lloreis por mi ausencia, pues ya estais viendo que la dispone la voluntad de Dios. Nuestra separacion era inevitable: mas vale que sea para bien, que no para mal....

—¡Adios, hija de mi alma! exclamó la anciana, besándola con efusion. Adios, y él te proteja, y te bendiga.

Doña Isabel se apartó bruscamente de su madre para ocultarle sus lágrimas, y volviéndose al obispo, le tendió la mano, diciendo:

—Seamos amigos, señor de Acuña: yo nunca os he querido mal.

Y besándole la mano, se inclinó para recibir su bendicion. El obispo se sintió conmovido y la bendijo.

Todas las personas de la servidumbre de la reina habian

acudido. La princesa dirigió á cada una en particular palabras de cariño, les recomendó el cuidado de su madre, y dando á ésta un postrer beso, salió rápidamente sin volver atrás la cabeza.

En el vestíbulo de la casa habia ya tres caballos enjaezados, tenidos de las bridas por sendos palafreneros, y las correspondientes acémilas. Pedro de Bobadilla, que salia acompañando á su hija, tuvo el estribo á la princesa, mientras las damas montaban en sus respectivas hacaneas, y tomando luego las riendas, rompió la marcha. Nadie pensó en impedirles el paso. Las gentes del pueblo se acercaban y aplaudian á la ilustre fugitiva, á quien amaban como princesa y compatriota suya, pues allí habia nacido.

El arzobispo de Toledo, que ya estaba impaciente con la tardanza, se avanzaba hácia la villa armado de todas armas, y seguido de un centenar de ginetes, todos nobles ó hidalgos y de los mas aguerridos. Al divisar á la princesa, hizo alto, y á una seña suya, puestos en alto los clarines, ondearon sus pendoncillos morados, y estremecieron el aire con sus agudas notas.

—¡Viva la princesa! gritó con voz nerviosa y trémula el arzobispo. Y otras ciento en seguida, y otras mil mas lejos repitieron unísonas esta ferviente aclamacion.

Doña Isabel acercó su caballo al del prelado, y tomándole la mano, se la besó, diciendo:

—Bien venido seais, mi querido salvador.

—Me alegro de veros en mi poder, contestó el arzobispo. Si hubieseis tardado cinco minutos en venir, habia de haber dado á mi compañero Acuña una leccion de galantería, tal que no la olvidase en toda su vida.

—Mas vale que no sea así. Marchemos cuando gustéis; pues quiero evitar sucesos desagradables. Pero antes desearia ver al mensajero que os he mandado: ¿no está ya con vos?

—No me hableis de él: en mi vida he conocido hombre mas terco.

—¿Acaso os ha desagradado?

—No quiero decir eso. He llegado á ofrecerle hasta una al-

dea en premio de sus servicios, y ni aun eso, ni siquiera un vaso de agua pagado por mí ha consentido tomar. ¡Diablo de mozo! ¿Le habiais mandado vos que no tomase nada mio?

—Juan Lainez, señor, no es hombre que me sirva por interés. Pero ¿dónde está? vereis que pronto quedá pagado.

—Por ahí andaba, dijo el arzobispo. ¿Á ver? Llamad á ese muchacho; á ese Juan Lainez.

—Aquí estoy, señor, exclamó el industrial, saliendo á caballo y armado de entre los guerreros del arzobispo.

—Juan, le dijo la princesa; cada día te haces mas acreedor á mi aprecio.

—Señora... con nada os pago.

—Ven, acércate; toma mi mano.

Juan Lainez se arrojó del caballo, y acudió á besar la mano de doña Isabel, quien, quitándose un medallon que llevaba al cuello, continuó diciendo:

—Ahora vuélvete á tus quehaceres y al cuidado de tu casa, y lleva esta memoria de mi cariño á tu Isidora. No os olvidéis de mí. ¡Adios!

El jóven, ahogado por la emocion, no tuvo alientos para responder. Se inclinó respetuosamente, y estrechando contra sus labios el medallon, permaneció un rato como clavado en aquel sitio, viendo alejarse á la princesa y á su poderosa escolta. Un pequeño bulto se le acercó, sacándole de su contemplacion.

—Vámonos, Juan: ya se ha ido, dijo.

—¡Ah! ¿eres tú, Rodrigo? Ven que te abrace, querido mio: á tí debo la dicha de haber besado su mano.

—Juan, contestó el muchacho: yo soy mas afortunado que tú: me ha llamado ¡ángel mio!

El jóven industrial tiró de las riendas de su caballo, tomó de la mano á Rodrigo: á poco se perdieron ambos en la oscuridad.

Veinte y cuatro horas despues la ciudad de Valladolid ofrecia un aspecto á la vez alegre y marcial: sus muros estaban cubiertos de soldados: sus calles retumbaban el ruido de las carreras de los caballos, que conducian la flor de la nobleza vallesoletana, y al estruendo de las bandas de música guerrera:

las campanas de sus iglesias y numerosos conventos, echadas á vuelo, agitaban el aire con su armonía estrepitosa: todas las casas ostentaban en sus fachadas antorchas encendidas, y vistosas coladuras. Por la calle de Santiago, y dirigiéndose á la puerta del mismo nombre, bajaban en procesion todas las autoridades y personajes influyentes de la ciudad, entre quienes se distinguian el almirante D. Fadrique y Juan de Vivero, noble opulento y muy adicto á doña Isabel, con sus esposas. Seguíanles las comunidades religiosas de ambos sexos y multitud de gente del pueblo. Todos los habitantes de Valladolid parecian movidos por un resorte y animados de un comun pensamiento.

Sobre el puente del Esquevá se habia levantado un enorme arco de ramaje verde, adornándolo con banderolas y pendoncillos de varios colores; y para hacer ostensible de noche este aparato, se habian colocado en él grandes teas, que á la sazón ardian, dándole desde lejos la apariencia de un incendio.

Bajo este arco se encontraron la procesion ó comitiva que salia de la ciudad y un ejército que llegaba por el camino de Medina del Campo. Dos lombardos, formidables cañones de hierro que apenas habrian podido arrastrar seis bueyes, situados en el baluarte mas inmediato, dieron al momento la señal de una salva, que pronto se hizo general en todos los fuertes de la muralla; y un viva á la ínclita princesa doña Isabel, pronunciado en alta voz por el almirante, acabó de inflamar el entusiasmo de todas las clases de la poblacion, que unánimes lo repitieron.

La princesa, colocada debajo del arco triunfal, dió su mano á los principales magnates, prelados y damas que habia presentes. El almirante, siguiendo una costumbre de galantería muy comun en aquel tiempo, echó pié á tierra, y tomó las riendas del caballo que montaba doña Isabel; y de este modo, rodeada de nobles, personajes de la alta gerarquía eclesiástica, guerreros, soldados y pueblo, y en medio de vivas aclamaciones y estruendosas músicas, repiques de campanas y salvas de artillería, hizo nuestra heroína su entrada en la ciudad, que ansiosa la esperaba, para declararse su protectora á todo trance.

Luego que hubieron entrado las últimas acémilas del ejército de D. Alonso Carrillo, se cerró la puerta de la ciudad, entregándose sus habitantes sin recelo al mas ruidoso regocijo.

La comitiva se dirigió primero á la plaza de Santa María, donde el obispo, acompañado de su cabildo y revestido con los ornamentos pontificales, se presentó á las puertas de la catedral para recibir á la princesa: el templo estaba cuajado de luces, y las armonías del órgano conquistaban los ámbitos del sagrado recinto á las aromas del incienso y la mirra.

Después de haber orado un rato, dando gracias á Dios por el buen éxito de la expedición, fué conducida doña Isabel á casa del almirante, donde pasó aquella noche, mientras se le disponia su residencia en la de Juan de Vivero.

Reunidos en un opíparo banquete, de aquellos que solo la nobleza del siglo xv sabia disponer con una prodigalidad monstruosa, se felicitaban recíprocamente D. Fadrique Henriquez, el arzobispo de Toledo, sus hijos Froilo y Lope, los obispos de Segovia y Valladolid, y otros muchos magnates y ricos hombres, juntamente con varias damas de esclarecido linaje, por el fausto acontecimiento que habia libertado á la princesa de las manos de sus opresores. Doña Isabel ocupaba un asiento de honor entre los dos jefes de su partido, y su aspecto era rozagante y sereno, á pesar de las fatigas de su rápido viaje.

Sentados á una mesa particular detrás de los principales personajes de esta reunion, habia tres hombres, cuyas fisonomías y trajes formaban el mas estraño contraste. Dos de ellos eran familiares y favoritos del arzobispo: el uno tenia las facciones duras y atezadas: usaba barba y cota de malla bajo sus hábitos clericales: era de complexion nerviosa, flaco de miembros y de atlética estatura: en sus ojos cóncavos y de color negro brillante se descubria un carácter irascible y pronto á irritarse. El otro era pequeño de cuerpo y algo corcovado: vestia traje negro de paño burdo en todo tiempo, y llevaba al cuello un enorme rosario cargado de medallas, á guisa de cadena ó joyel: la fisonomía compungida é hipócritamente humilde de este hombre resaltaba de una manera grotesca al lado de la de su compañe-

ro, y justificaba el apodo de *el Beato*, con que se le nombraba generalmente. Llamábase Froilan de Ávila, era judío converso, y gozaba de la mayor intimidad del arzobispo, á quien, de acuerdo con su compañero, derretia cuantiosas rentas, haciéndole creer que podía crear oro y plata por los procedimientos de la alquimia. El tercer comensal de esta segunda mesa era un hombrecillo pálido é imberbe, de mirada inquieta, cuyo vestido de brocado y grana, unido á un gorro de forma de diadema y terminado en una manga puntiaguda con cascabeles, revelaba su profesion de truhan. Conocíasele con el nombre de Domingullo, y era en efecto bufon del almirante.

Hablaban la princesa y el arzobispo, al terminarse la comida, de las diligencias hechas para activar el matrimonio de aquella.

—Tan adelantado está ya todo, dijo el arzobispo, como que solo falta que venga el príncipe para realizar vuestra union.

—¿Es posible? repuso doña Isabel. Sin duda habreis pensado en la dispensa de Su Santidad.

—Señora, cuando creíamos encontrar en eso un obstáculo insuperable, nos hemos encontrado que el rey D. Juan lo tenia ya vencido.

—¡Ah! ¿El rey D. Juan ha obtenido la bula?

—Mi compañero el obispo de Segovia, os dirá, señora, lo que ha hecho en vuestro favor.

—Cuatro años hace, dijo el obispo, que está concedida la dispensacion, y seis meses que se me delegó la bula para su reconocimiento y ejecucion.

—¿Cuatro años, y hasta hoy no he sabido nada! observó doña Isabel.

—Habia sido otorgada por Su Santidad Pio II, con la condicion de que no se cumpliese la gracia hasta pasado este tiempo, atendida la corta edad del señor príncipe: no se nombraba en ella á vuestra señoría, porque entonces no habia seguridad de que accedieseis á este enlace; pero las circunstancias del parentesco que se espresan, no dejan duda acerca de la intencion del Sumo Pontífice, y en mi confirmacion he cuidado de colmar

este vacío. El rey D. Juan no creyó necesario hablaros de esto, porque era ya negocio concluido.

—¿Y estais cierto de que esa bula no podrá ser anulada por el Papa actual?

—Señora, yo la he reconocido segun mi conciencia y oyendo á los jueces de mi tribunal. La tengo por auténtica y valedera, y creo que los fallos de la Iglesia no pueden ser revocados.

—Yo os apuesto mi corona condal contra veinte doblones, dijo á esto Domingullo, á que mi primo Enrique hallará reparos que oponer á esa bula.

—¡Silencio, truhan! exclamó D. Fadrique, volviéndose hácia su bufon. Si vuelves á entrometerte en estos graves asuntos, he de mandar cortarte la lengua.

—Dejadle hablar, amigo mio, dijo la princesa.

—¡Oponer reparos á una bula de Su Santidad! murmuró el Beato, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo: ¡es á cuanto pudiera llegar la impiedad de un mal rey!

—Con que dices, Domingullo: ¿cuál es tu opinion? insistió doña Isabel.

—Hija mia, contestó el bufon, aunque Fadriquito mande cortarme la lengua, no quiero privarme de ganar los veinte doblones. Si antes de un año no está encausado mi amigo el obispo por el Papa Paulo, pierdo mi corona.

—¿Y por qué?

—Por haber obedecido al Papa Pio, que ya está muerto.

—No hagais caso de ese loco, dijo el arzobispo visiblemente agitado. Las decisiones de Roma no mueren aunque muera quien las dicta.

—Es muy cierto, répuso la princesa; pero no se deben despreciar las palabras de un loco. Haced de modo que el nuncio de Su Santidad dé su consentimiento para mi boda.

—Se hará como deseais, señora.

Este incidente no tuvo por el pronto mas consecuencias. Terminada la comida, y cuando ya todas las personas principales se habian recogido á descansar, los tres individuos que acabamos de dar á conocer salian recatadamente del palacio del almirante por una puerta escusada.

—Era ya media noche y las calles estaban desiertas.

—Ya que nos has facilitado esta salida, dijo el gigantesco favorito del arzobispo al bufon, guárdanosla hasta que volvamos, para que tengamos segura la entrada.

—Eso haré, compadre Alarcon, contestó Dominguillo; que no estoy yo para andar en devaneos.

El Beato y Alarcon se alejaron, y habiendo andado varias calles, se detuvieron en un campo que se extendía delante del monasterio de las Huelgas. Pegado á los muros de este se divisaba un bulto negro.

—Quedaos aquí, amigo Alarcon, para lo que ocurra, dijo el Beato; mientras voy en nombre de la gloriosa santa Eduvigis, á ver si salimos con bien de esta aventura.

—Id con Dios, camarada, y no deis vuestro secreto sino á buen precio.

Alarcon quedó oculto detrás de una esquina y el Beato se dirigió hácia el bulto negro, que le salió al encuentro.

—¿Traeis eso? preguntó el desconocido.

—Aquí está, contestó el Beato, sacando un pergamino. ¿Traeis las mil doblas?

—Aquí están, repuso el otro sacando un talego de cuero.

—Pues bien, toma y daca.

—Esperad: ¿decís que la bula que me traeis copiada es un documento falso?

—Sí, os lo juro: es una pura invencion del rey D. Juan y de D. Alonso Carrillo.

—¿Y el reconocimiento del obispo Arias?

—Un mero embrollo para salir del paso y casar á la princesa, sea como quiera.

—Corriente, tomad vuestro dinero, y dadme esa copia. Si me engañais, tened cuenta con vuestra vida.

—Yo no engaño á mis hermanos, amigo Abacuc.

—¿Me conoceis?

—¿Y vos á mí?

Estos dos hombres cambiaron sus respectivos objetos y se separaron.

El Beato volvió á donde estaba Alarcon, que desde su escondite atisbaba sus menores movimientos.

—Aquí tienes, camarada, le dijo presentándole el saco: nosotros sabemos hacer oro aunque no para nuestro señor.

—¿Á ver? dijo Alarcon, tomando á peso el talego con ansia de avaro: partamos aqui mismo.

—Decís bien, partamos, murmuró con su voz chillona Dominguillo, que habia venido siguiéndoles. ¿Cuánto me toca?

—¡Esto! exclamó Alarcon rechinando los dientes.

Y sacando un agudo puñal, se arrojó veloz como el tigre sobre el mísero bufon, que cayó al suelo sin poder proferir un «¡Dios me valga!»

El Beato se inclinó sobre su cuerpo, y despues de rezar un *Pater noster*, dijo:

—Á la verdad, este hombre no podia vivir porque sabia mucho.



CAPITULO XXIX.

El mozo de mulas.



El partido de la princesa comenzaba á fortalecerse, merced á las activas diligencias del arzobispo Carrillo y del almirante, como tambien á consecuencia de las públicas demostraciones de acatamiento hechas con este objeto en Valladolid: sin embargo, urgía en gran manera la pronta venida del príncipe D. Fernando y la realizacion de sus bodas, pues la parcialidad de D. Juan Pacheco y de la reina doña Juana se agitaba mas activa que nunca, y era preciso aprovechar la ausencia de D. Enrique, cuya detencion en Andalucía no podia prolongarse ya por mucho tiempo.

Si hemos de conocer á fondo los interesantes acontecimientos que precedieron á la union de las coronas de Castilla y Aragon, y las mil contrariedades y violentas luchas que tuvo que sufrir y sostener doña Isabel antes de sentarse en el trono de sus mayores, forzoso es que sigamos paso á paso esta parte de la historia de nuestra heroína, tan poco desarrollada por los historiadores, como cuidadosamente descrita por los cronistas de su tiempo.

—Trasladémonos á las márgenes del Duero, hácia aquella parte fecunda en recuerdos y tradiciones heroicas y novelescas que baña los campos de Gormaz.

Vuelta la espalda á este rio, y caminando contra la corriente del Ucero, su tributario, subian una cuesta abierta en una áspera colina dos viajeros, seguidos de sendos criados. El uno era eclesiástico, pero vestia ropa corta y muy pulcra, y montaba una poderosa mula cubierta de ricos paños, y adornada con jaeces de seda y campanillas; el otro era un caballero rubio, mediano de cuerpo y bien portado: llevaba espada sobre su traje de ciudad, y cabalgaba en un valiente caballo morcillo de raza andaluza; los criados iban en mulas, conservando la correspondiente distancia detrás de sus amos.

Acerquémonos á estos y oigamos su conversacion.

—Es menester que no nos descuidemos, amigo D. Gutierre, decía el eclesiástico. Yo sé que el almirante ha mandado ó piensa mandar á su confidente Tristan de Villarroel con una comision igual á la nuestra, y no me gustaria que nadie se llevase el lauro de esta empresa, despues de tanto como hemos trabajado nosotros.

—¡Pues no faltaba mas! contestó D. Gutierre de Cárdenas. Hemos prometido traer á Castilla al príncipe, y lo traeremos: está en ello interesado nuestro honor, aunque solo sea para borrar el recuerdo de nuestra conducta en Madrigal. Lo que importa es que á nuestro regreso hallemos prontas las fuerzas que nos han prometido.

—Mucho temo que sea menester recurrir á la astucia para salir del paso con bien.

—Pues qué ¿no os parece bastante la gente que se ha dispuesto reunir? El conde de Medinaceli nos ha ofrecido quinientas lanzas, Rodrigo de Olmos traerá ciento de Valladolid; ciento cincuenta que tendrá ya preparadas el obispo de Osma, y doscientas que vendrán con el rey de Sicilia, son en todas novecientas cincuenta lanzas, unos siete mil hombres: me parece, amigo Palencia, que no se necesita mas para hacer que los zorros del obispo Mendoza se escondan en sus madrigueras.

—Efectivamente; pero quitad de esas novecientas cincuenta lanzas, las quinientas de D. Luis de la Cerda y las ciento cincuenta de D. Pedro Montoya, y vereis lo que os queda; unos dos mil hombres poco mas.

—Pero ¿será posible que el conde falte á su promesa, y que el obispo de Osma, hechura de vuestro señor, nos sea infiel?

—Tanto voy aprendiendo en el mundo, contestó Alonso de Palencia, que algunas veces ni aun me fio de mí mismo. Sabeis que los hombres de armas del conde debian proteger disimuladamente nuestra salida de Castilla. ¿Cuántos habeis visto hasta ahora?

—Teneis razon, que no hemos visto ninguno.

—Pues bien: eso me hace recelar que nuestros dos poderosos auxiliares han mudado ya de camisa: el conde andaba tras del título de duque, y Montoya pretende una alcaldía para uno de sus bastardos: si les han prometido darles lo que quieren y alguna otra merced que aumente sus rentas, no hay que contar con ellos.

—Terrible sería nuestra posicion, si saliese cierto vuestro pronóstico, señor capellan; porque podríamos vernos reducidos á las cien lanzas de Rodrigo de Olmos, pues no ignorais lo apurado que está de hombres y recursos el rey de Aragon, ahora que los franceses le estrechan en Cataluña.

—Por eso he pensado ir al Burgo á verme con el obispo Montoya, penetraré sus intenciones, y segun sean estas, así obraremos.

Nuestros dos viajeros siguieron caminando hasta llegar á una alquería, desde donde se alcanzaba á ver el Burgo de Osma, cuyos fuertes muros y altos torreones parecian contruidos para imponer terror á la comarca.

—Quedaos aquí, D. Gutierre, dijo el cronista, mientras voy á engañar al obispo, si es que nos engaña, ó á recomendarle la vigilancia, si es que persevera fiel á la princesa. No conviene que nos vea juntos, pues recelaria la comision secreta que llevamos.

Don Gutierre de Cárdenas se quedó en la alquería, y Alonso de Palencia marchó al Burgo acompañado de su criado.

Entrada ya la noche, volvió el cronista muy mal humorado.

—¿Qué tenemos, amigo Palencia? preguntó Cárdenas.

—Lo mismo que os habia dicho: el obispo está ya comprado por la familia de Mendoza, y el conde de Medinaceli apresta sus hombres de armas para impedir la entrada del príncipe en Castilla.

—¡Ira de Dios! exclamó D. Gutierre, descargando una puñada sobre la mesa donde acababan de servirle una pobre cena. ¿Es decir que esos magnates no tienen palabra; que no se puede contar aquí mas que con la traicion?

—¿Lo sabeis ahora? ¡Bah! No hay que amostazarse por eso, compañero. Ya he tomado yo mis disposiciones para burlar á toda esa caterva de hombres venales.

—¿Qué pensais hacer?

—Lo primero, es menester escribir inmediatamente á mi señor el arzobispo, para que dentro de diez ó doce dias mande al Burgo trescientas lanzas con una persona de toda seguridad.

—Muy bien pensado.

—Esa carta la llevará vuestro escudero Fortun, cambiando vos con él de cabalgadura.

—¿Cómo! ¿Yo he de abandonarle mi caballo?

—Precisamente; porque vos no sois desde este momento mas que un simple escudero mio: así lo he dicho al obispo á fin de deslumbrarle.

—Corriente: paso por todo: seré vuestro escudero.

—Además, atended bien: yo voy á Zaragoza en busca de la bula de dispensacion, para llevarla á mi señor, despues que la examine el obispo Montoya.

—Pero ¿no está ya esa bula en Valladolid?

—No me habeis entendido: eso es lo que he dicho al obispo, el cual, embaucado con esta patraña, cree que las cosas no adelantarán un paso sin que antes él se informe de todo, y me ha ofrecido un guia, que estará aquí mañana temprano, dándome además un pasaporte para pasar la frontera.

—¡Sois el diablo! ¡Ah! perdonad, señor capellan. Pero, ¿cómo habeis conseguido todo eso?

—Mintiendo como un bellaco, amigo mio. Es menester vencerse de que la verdad está hoy reñida con la fortuna, y estoy por decir con la honradez. El que no miente no medra. Con que, al avío: no perdamos el tiempo en vana conversacion.

Dicho esto, el cronista mandó á su criado le trajese papel y tintero, que siempre llevaba en su equipaje, y se puso á escribir al arzobispo. Terminada la carta, la dió á leer á su compañero de viaje, quien hallándola buena, llamó á su escudero y le previno ensillase su caballo y se dispusiese para partir.

Una hora despues regresaba Fortun por el camino de Valladolid, y al amanecer, continuaron su marcha hácia Aragon, Alonso de Palencia y su criado, y D. Gutierre de Cárdenas en traje de escudero. Un vasallo del obispo de Osma les enseñaba el camino.

Para no fatigar á nuestros lectores, dejaremos ir á los comisionados de Castilla, que por los anteriores detalles se infiere habian procurado reunirse con doña Isabel y recobrar su confianza despues que la abandonaron en Madrigal, y permaneceremos en las pintorescas comarcas de Osma, esperando su regreso. La campiña es árida; pero lo fragoso del terreno, las quebradas verticales, y los profundos y sinuosos barrancos, tienen tambien su encanto para la imaginacion; y la inmensidad de los horizontes, que, semejantes á un vasto Océano azulado de empinadas olas, se descubre desde la elevada planicie donde el Duero muelle su hondo lecho, elevan el alma á la contemplacion de lo infinito. La estacion es favorable para gozar del espectáculo de la naturaleza: el follaje de los árboles, habiendo alcanzado su mayor granazon, comienza á palidecer: la atmósfera, refrigerada por las tempestades del equinoccio, es clara y diáfana, y evoca sin cesar el vaho de la tierra, que fluctúa en los aires, formando grupos de caprichosas nubes.

Diez veces habia dorado el sol las sierras de Soria desde que partieron del Burgo los comisionados castellanos, cuando una mañana se vió asomar por el camino de Monteagudo á Berlanga una brillante comitiva seguida de acémilas, al parecer

cargadas de espléndidos regalos. Á la cabeza de esta expedicion iba el noble caballero aragonés Mosen Pero Vaca, y formando parte de su acompañamiento el capellan Alonso de Palencia y el confidente de D. Fadrique Henriquez, Tristan de Villarroel. Caminaban con grande ostentacion y en tren de embajada: sin embargo, el semblante de Pero Vaca espresaba mucha inquietud y cuidado. Palencia parecia empeñado en tranquilizarle, pero sus palabras no bastaban á serenar la ansiedad del anciano, á quien su mucha esperiencia hacía tímido y cauteloso.

—En mal hora he consentido que se adopte vuestra resolucion, iba diciendo el aragonés: si al príncipe le sucede alguna desgracia, no viviré tranquilo el resto de mis dias.

—Calmaos, por Dios, señor Pero Vaca, contestaba el cronista. ¿Quién sabe que el príncipe viene camino de Castilla? Mi proyecto es el mejor que pudiera ejecutarse en estas circunstancias. Ya vereis como S. A. no corre ningun peligro.

—¡Hum! profirió Pero Vaca. Mientras yo no le vea, no recobraré mi tranquilidad. Decís que nadie sabe su venida: yo sé deciros por esperiencia propia, que otras cosas mas secretas han llegado á noticia de mis contrarios: no hace tanto tiempo que el maestre de Santiago, tuvo aviso de una comision, cuyo secreto solo yo poseia. ¿Quién se lo dijo? Esto no se ha podido averiguar: no podré afirmar si es que tiene hecho pacto con el diablo, lo cual creo, ó si se vale de otros medios; pero lo cierto es que nada se le oculta.

—¡Bah! si el maestre se sirve de algun diablo, preciso es que sea un diablo muy torpe; porque yo le he engañado mas de diez veces. Os repito que desecheis vuestros temores. Ya estamos dentro de Castilla, y no puede pasar mucho tiempo sin que nos reunamos con el príncipe, y sin que recibamos socorros.

En esto se vió llegar por el camino un pasajero, á quien Palencia detuvo, para preguntarle si habia visto alguna gente armada, y si corrian por el pais algunas nuevas dignas de particular mencion.

—Señor, contestó el pasajero, mucho se habla de una embajada que diz viene de Aragon á dar tréguas para lo del ca-

samiento de la señora princesa doña Isabel; porque parece que el rey D. Juan no quiere indisponerse con nuestro rey D. Enrique.

Alonso de Palencia miró á Pero Vaca con intencion de acabar de tranquilizarle. El pasajero lo observó y añadió:

—Digo, señor, esta es la voz que corre: acaso vuestras mercedes estarán mejor informados.

—No por cierto: eso es lo que todos dicen, repuso Palencia. Pero, con todo, ¿no habeis visto alguna gente armada?...

—Sí, señor: acabo de encontrarme con unos cien hombres á caballo que cruzaban por un camino de travesia hácia Berlanga.

—¡Diablos! exclamó Pero Vaca. ¿Y no sabreis decirnos qué gente era esa? ¿No habeis conocido á su jefe?

—Menester es que vayais con cuidado, replicó el pasajero, pues á lo que he llegado á entender es gente del arzobispo de Toledo, y el que la manda se llama Gomez Manrique.

Pero Vaca respiró como si acabara de salir de un cepo. El cronista se apresuró á decir al pasajero:

—Gracias, buen amigo, por el aviso: iremos con precaucion.

Y siguiendo su marcha dijo á Pero Vaca:

—Ya lo estais viendo: nuestras gentes nos aguardan en el Burgo, y nada se sospecha.

Una hora despues se apeaban nuestros viajeros en una posada de Ortezuela, pueblo situado á media legua de Berlanga y próximo á la orilla izquierda del Duero. Mientras se les preparaba la comida, se oyó en la calle ruido de caballos, Palencia corrió á la puerta y vió con agradable sorpresa al poeta Gomez Manrique acompañado de tres hombres de armas.

—¡Cuánto me alegro de veros, mi querido amigo! exclamó dándole los brazos. Entrad y hablaremos, que importa mucho; pero ¿cómo venís con tan poca gente?

—Vengo solo á saber noticias de vuestra comision, contestó el poeta: mi gente ha quedado en Berlanga, desde donde saldrá hoy mismo para reunirse en Osma ó el Burgo con doscientas lanzas mas que trae mi hermano D. Pedro.

—Venid, venid, daremos esas buenas nuevas á Mosen Pero Vaca, que tiene mas miedo que un zorzal.

Los dos amigos entraron á donde estaba el aragonés, á quien dijo Palencia:

—Albricias, compañero: aquí teneis al escelente caballero Gomez Manrique, que nos acude con cien lanzas; mientras su hermano el conde de Treviño está ya en camino del Burgo con otras doscientas.

—¡Gracias á Dios! exclamó el anciano, dando la mano á Manrique. ¿Pero nada sabemos del príncipe?

—¡Cómo! exclamó el poeta. Yo esperaba que vosotros me dariais noticias suyas.

—Os las daremos, amigo mio: sentaos y os contaré.—Como sabeis, toda la frontera de Aragon está ocupada por las fuerzas del obispo de Sigüenza, á quien se ha entregado el conde de Medinaceli. El único puesto de la línea que permitia algun acceso para entrar en Castilla era este; pero el obispo de Osma tambien se nos ha declarado contrario, y en este caso no habia mas medio que recurrir á la fuerza.

—Eso es positivo, y supongo que el príncipe traerá la suficiente para hacerse respetar con ayuda de la nuestra.

—No tal; viene solo, de incógnito, y acompañado únicamente de cuatro amigos y dos criados.

—¡Es posible!

—Lo mismo que yo he dicho, observó Pero Vaca: es una temeridad lo que hemos hecho.

—¡Qué ha de ser! continuó Palencia. El rey D. Juan se encontraba acosado por las armas catalanas y francesas, y con trescientos *enriques* (*) en sus arcas. ¿Qué podíamos hacer con esto? ¿Dónde estaban los hombres y el dinero para formar una escolta respetable? ¿No es cierto lo que digo, señor Pero?

—Teneis razon.

—Pues bien, no habia mas recurso que aplazar el negocio, lo cual era perderlo, ó emplear el valor y la astucia para salir del paso. Esto es lo que hemos hecho.

(*) Moneda igual á unos doce mil reales.

—Continuad.

—El príncipe se decidió en seguida por lo segundo: «no consentiré, dijo, que mi amada Isabel sufra mas vejaciones y atropellos. Si hay un hombre arrojado que me acompañe, á Valladolid voy solo, y fío en Dios y en mi valor que he de salirme con mi empresa.»

—¡Dios lo haga! murmuró Pero Vaca. Yo me opuse á semejante determinacion; pero cuando el príncipe quiere una cosa, no hay razones que le atajen.

—Así me gusta, dijo Manrique. Proseguid.

—Quiso, sin embargo S. A. consultar antes su resolucion con el rey su padre, quien, como prudente, la desaprobaba, pero que al cabo dejó el negocio en manos de su hijo. En resúmen, se dispuso que el príncipe saliese de Zaragoza con su mayordomo mayor Mosen Ramon de Espés, Gaspar hermano de éste, Pero Nuñez, y Guillen Sanchez, su copero; todos en guisa de mercaderes, y sin que en el mismo Aragon se supiese de su viaje. Nosotros, entre tanto, hemos venido por diferente camino, trayendo el equipaje del príncipe, y haciendo correr la voz de que son regalos para D. Enrique, y de que las negociaciones del casamiento están interumpidas. Y este plan, que hasta hoy, que sepamos, no se nos ha frustrado, es el que tiene tan inquieto á nuestro amigo Pero Vaca.

—Pues á mí me parece bien, repuso Manrique.

—Lo cierto es, replicó el aragonés, que ignoramos absolutamente lo que ha sido de S. A.—Cárdenas se apartó de nosotros en Calatayud, (¡ojalá hubiese yo podido acompañarle!) para juntarse con el príncipe en Verdejo; pero ni sabemos del príncipe, ni de Cárdenas, ni de ninguno de su comitiva.

—Pues bien, ya estamos en el punto de reunion. Salgamos uno de nosotros en busca del príncipe, á fin de avisarle donde se encuentran sus amigos, y pongámonos en las manos de Dios.

—Yo iré á buscarle, exclamó Tristan de Villaroel.

—En verdad no hay nada que temer, dijo Manrique: yo, señores, veo el negocio terminado felizmente, y os confieso que estoy contentísimo. Voy á beber un vaso de vino con vosotros á

la bien venida del príncipe, y me retiro á Berlanga á tener dispuesta mi gente.

Los cuatro amigos bebieron á la salud de D. Fernando y de doña Isabel, primer acto de expansion y entusiasmo en que se unian aquellos dos nombres, que habian de estar eternamente unidos en la historia. En seguida se volvió Manrique á Berlanga; y luego que hubieron comido los otros, continuaron su marcha, Tristan en busca del príncipe y Pero Vaca con su comitiva hácia el Burgo de Osma, punto para el cual estaban todos citados.

Al anochechar divisaron los muros de la ciudad: la luz del crepúsculo apenas permitia distinguir los objetos á larga distancia; pero el cuidado, aumentando la perspicacia de los sentidos, hizo que Palencia percibiese multitud de gente á caballo, que se movia al pié de la muralla.

—Mosen Pero, dijo: asi Dios me valga como es cierto que hay ya novedad en el Burgo. Mirad.

—Con efecto, allí se distingue una cosa que parece ejército. ¿Quiénes pueden ser esas gentes?

—Es verdad que no es fácil adivinarlo: pueden ser de los nuestros, y tambien las doscientas lanzas que el obispo Montoya tenia en Vizcaya. Es menester averiguarlo, antes de aventurarnos á pasar de aquí.

Pero Vaca llamó á uno de los caballeros de su comitiva, y le mandó ir á informarse de lo que aquello era. El caballero partió á escape, y á poco regresó acompañado de otros dos.

Palencia reconoció en uno de ellos al conde de Treviño, y corriendo á su encuentro, le saludó, diciendo:

—¡Ah! ¿Sois vos, señor conde? Bien hallado seais. ¿Pero cómo es que os veo detenido en las puertas del Burgo?

—No me habéis de eso, señor Palencia, contestó el conde con muy mal humor. Una hora hace que el teniente del obispo me tiene ahí, sin permitirme entrar, so pretexto de que su señor está ausente en Uçero; y vive Dios que si llega á cansarme, le he de romper las puertas y pegar fuego á la fortaleza.

—No será menester nada de eso: despedid vuestra gente á

Osma, y veamos el modo de entrar nosotros en el Burgo. El príncipe debe de llegar de un momento á otro, y bueno es que encuentre amigos en todos los pueblos de la comarca. ■■■—

Parecióle bien al conde el consejo del capellan, y preguntándole noticias de su espedicion, se encaminó con la comitiva de Pero Vaca hácia la fortaleza. Luego que llegaron á esta, el conde despidió su gente, y despues de tener nuevas hablas con los de adentro, le fueron abiertas las puertas, como tambien al aragonés con todos los de su séquito, en calidad de embajador.

Mientras esto sucedia en el Burgo, en la posada de una aldehuela poco distante de Gómara, estaban cenando cinco individuos que parecian ser ricos mercaderes: dos de ellos se hablaban como hermanos; los otros tres como compañeros de espedicion. Servíales á la mesa un apuesto mancebo de diez y siete á diez y ocho años, cuyo rostro, blanco y sonrosado naturalmente, habia recibido del sol y de la intemperie un tinte oscuro, que le daba cierto aire de virilidad precoz. Tenia los ojos grandes y muy claros, la mirada atrevida, la nariz y la boca pequeña, y castaño claro el cabello, que le caia sobre la espalda formando graciosas ondas; era de mediana estatura, pero sus miembros, perfectamente proporcionados, revelaban agilidad y fuerza. Aunque ocupado en su servil ejercicio, que parecia desempeñar con gusto, distraíase á menudo, requebrando á la hija del posadero, moza ojinegra y no mal parecida, que aparentando un pudor algo cerril, contestaba á sus galanteos con empellones y pellizcos, prueba evidente de que el mozuelo le agradaba mas de lo justo. Los mercaderes se reian embromando á la moza, y se dejaban servir mal de su criado, aunque de vez en cuando le recordaban su obligacion.

—¿Qué tal, Gutierre amigo? decía el mas anciano de los mercaderes á otro jóven y rubio. ¿Sabeis que nuestro Ferrando está esta noche muy desenvuelto? Parece que le ha caido en gracia la morenilla.

—Cierto que está alborotado, seor Ramon, contestó el rubio; lo mejor sería que se fuese á cuidar del ganado, porque aquí maldito si hace nada de provecho.

—¡Eh, Ferrando! dijo el que parecía hermano de Ramon: acércame el salero.

—Allá va, seor Gaspar, contestó el atolondrado jóven, cogiendo á la moza de la cintura y echándola encima al mercader.

Esta broma, en vez de incomodar á los amos, provocó una carcajada general. Sin embargo, no gustó al posadero, el cual, encarándose con el criado, le dijo:

—Un poco de mas juicio, mocito, si no quereis que os enseñe á tenerlo.

El jóven se puso encendido como una amapola, y se inclinó maquinalmente, como buscando algun objeto con que castigar al posadero; pero en seguida se encogió de hombros, echándose á reir. La muchacha se interpuso al mismo tiempo diciendo:

—¡Eh! no os alboroteis, señor padre, que no me ha hecho daño.

—Mira, Ferrando, dijo el anciano Ramon: llama á Juan para que nos sirva, y vete á cuidar de las caballerías. Basta ya de bromas.

El mozo hizo lo que le mandaban sin replicar, pero no dejó de dirigir sus piropos á la muchacha, que, mientras cenaba, le servia con mas esmero que á los amos, á pesar del empellon.

Mientras los mercaderes hablaban de sobremesa, Ferrando se retiró á la cuadra, echó pienso á las bestias, y les limpió el polvo de las crines, cantando alegremente. La vigorosa constitucion de aquel jóven parecia resistir á toda fatiga. Continuamente iba y venia de un lugar á otro, chanceándose con todos y agitándose con una movilidad febril, hasta que, al cabo, cual si no pudiese contener su impaciencia natural, se acercó al viejo Ramon, y le dijo:

—Seor amo, las bestias han comido y descansado: nosotros tambien hemos satisfecho nuestras necesidades. ¿No pudiéramos aprovechar la noche, que, aunque oscura, está serena y hermosa, y ganar para mañana temprano una jornada? Ya es tarde, la luna saldrá pronto: con que si os parece aparejaremos para marchar.

Los mercaderes se consultaron con sus miradas y hablando en voz baja.

—Dice bien Ferrando, observó el rubio Gutierre. Podemos todavía esta noche pasar del Burgo, y estar mañana en Gumiel de Mercado.

—Ea pues, no nos detengamos, dijo Ramon: fuera pereza, señor Guillen, añadió dando una palmada en el hombro á uno de sus compañeros, que dormitaba echado de pechos sobre la mesa.

—¡Qué sucede! exclamó Guillen sobresaltado.

—Nada de particular: que nos marchamos.

—¿Qué prisa llevan? preguntó con tono displicente la hija del posadero.

—¡Ay, Saladilla! le contestó el mozo de mulas, intentando abrazarla; tenemos precision de llegar pronto al mercado de Medina. Pero no te aflijas: te prometo traerte de la feria un collar, la primera vez que por aquí pase.

—¡Toma! ¿y cuándo será eso?

—Descuida, Saladilla, dijo Guillen: Ferrando cumple lo que ofrece: tendrás el collar aunque sea la víspera del día del juicio.

—Así lo creo, contestó la muchacha. Y dando media vuelta, se alejó disgustada.

Ferrando y Juan aparejaron las caballerías, y á la media hora estaba todo dispuesto para marchar.

Los mercaderes se despidieron del posadero, que les deseó buen viaje y montaron en sus caballos y mulas. En aquel momento reparó Ferrando en el bulto de una mujer, que, escondida á la sombra de un poste, parecía enjugarse los ojos con la punta de un mandil. Se acercó y reconoció á la Saladilla.

—No llores, niña, le dijo; pues atraerás la desgracia sobre mi viaje. Adios, hasta la vista.

—Tomad, Ferrando, le contestó la muchacha con timidez; llevad este escapulario con la imágen de Nuestra Señora del Buen Suceso, para que nada malo os pase en el camino.

—Gracias, hermosa. ¡Adios! repuso el jóven, tomando el escapulario y poniéndoselo al cuello. ¡Adios! Te prometo que antes de ocho días sabrás de mí.

—Vamos. ¡Ferrando, vamos, hijo! gritó Ramon.

El mozo apretó la mano á la muchacha, y corrió á montar en su mula.

Oscura y fria estaba la noche, y aunque no tardó en aparecer la luna menguante, pesadas nubes interceptaban á trechos sus rayos prestados, amenguando su claridad: al primer canto del gallo, se levantó un airecillo sutil y helado que penetraba los huesos.

La una de la madrugada seria, cuando llegaron nuestros mercaderes á las inmediaciones del Burgo. Iban rendidos de cansancio y ateridos de frio: al verles caminar, habria llamado la atencion la circunstancia de que el mozo de mulas montaba el mejor caballo y marchaba delante de todos llevando al lado al rubio Gutierre, que le hablaba en tono respetuoso. Ramon y Gaspar le seguian muy de cerca, y detrás los otros dos viajeros y dos criados. Ramon no cesaba de recomendarle que fuese con cuidado, al mismo tiempo que hacía presente la necesidad de tocar en el Burgo, aunque solo fuese para saber noticias de Pedro Vaca y su embajada.

—Señor, iba diciendo Gutierre al mozo de mulas: salvo vuestro parecer, opino que deberíamos hacer un esfuerzo mas, y llegar hasta Osmá; pues dudo que aqui nos abran las puertas.

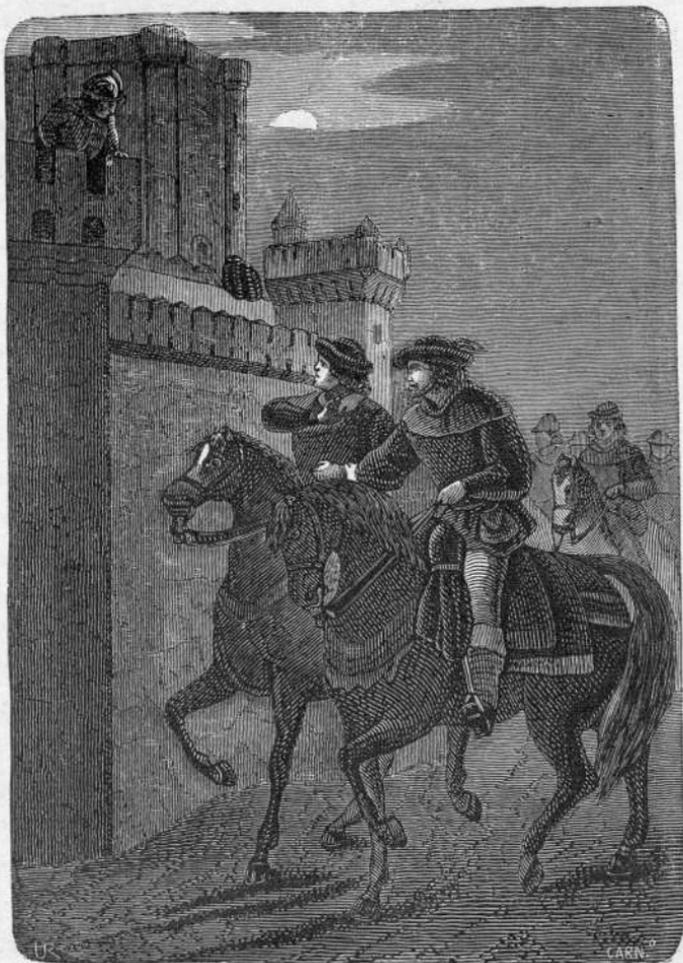
—¿Y por qué no han de abrirnos? repuso el jóven. ¿Pues qué, se usa en Castilla dejar al raso y á la intemperie á los honrados mercaderes que buscan posada de noche? No: es menester que descanséis.

—Sí, menester es que V. A. descanse, pues lleva cuarenta y ocho horas caminando sin dormir.

—Yo no voy cansado; pero vosotros.... ¿Á ver? Mudemos de tono, dijo el jóven rey de Sicilia interrumpiéndose. Hay gentes en la muralla.

Con efecto, los centinelas de los puestos avanzados de la fortaleza, sabiendo que estaba dentro de ella el conde de Treviño, y que sus fuerzas habian tenido que retirarse por no permitirles entrar, vigilaban las avenidas con mucho cuidado.

Una voz gritó desde el adarve:



Varios ginetes al pié de un castil'lo.

—¡Atrás quien quiera que seais!

—¿Cómo atrás? prorumpió D. Gutierre de Cárdenas. Llamad buen amigo, para que nos abran.

—Retiraos, digo, contestó el centinela: no es hora esta de abrir á nadie. Aguardad á mañana.

—Y mientras podemos morirnos de frio.

—¡Eh! Dejaos de contestaciones, amigo Gutierre, dijo el príncipe lanzando su caballo hácia la puerta, y dando en ella fuertes golpes. Don Gutierre le siguió de cerca, y pudo, tirándole de un brazo, librarle de una enorme piedra, que, arrojada desde el adarve por el centinela, le pasó muy cerca de la cabeza.

—¡Oh! ¡Don bellaco! gritó el príncipe apretando los puños con ira y mirando hácia el adarve.

Una voz se oyó dentro que decía:

—¡No tireis mas! ¡No tireis mas! ¡Que son amigos!

El príncipe reconoció esta voz y gritó:

—¡Ah! ¿Estais ahí, amigo Palencia? disponed que nos abran á mí y á mis compañeros.

Alonso de Palencia, que, con el cuidado, no habia podido dormir, oyó las voces de D. Fernando y su amigo Cárdenas y por esto acudió en el momento en que el centinela arrojaba la piedra. Inmediatamente corrió á dar aviso á Pero Vaca y al conde, que estaban aposentados allí cerca, y mandando encender antorchas, antes que se alarmase la escasa guarnicion del Burgo, lograron sorprender con los hombres de armas aragoneses la guardia de la puerta y franquear la entrada al príncipe.

—¡Señor, seais tan bien venido, como habeis sido deseado! exclamó D. Pedro Manrique corriendo el primero á rendirle homenaje, tomándole la mano y besándosela: teneis á vuestras reales plantas al conde de Treviño.

—¡Alzaos, conde! respondió el político jóven. No es á mis piés, sino en mis brazos, donde yo quiero ver á los nobles castellanos tan leales como vos.

El conde se levantó, y D. Fernando le abrazó y dió paz, besándole en el rostro. Todo esto pasaba delante de los hombres

de guardia de la puerta, que presenciaban esta escena con asombro. El príncipe llamó á parte al conde y le dijo en voz baja:

—¿Qué gente os acompaña?

—Aquí, señor, la que veis: mis hombres de armas están en Osma.

—En ese caso mandad que toquen trompetas con mucha algarazara, para que crean que tengo un ejército ahí fuera, y disponeos todos para partir conmigo al momento.

—¿Sin descansar?...

—Yo no me canso nunca.

El conde hizo lo que el príncipe le mandaba. En pocos momentos el sonido de las trompetas y el estruendo de las aclamaciones de un centenar de hombres, pusieron en consternación á todos los habitantes del Burgo, que despertaban despavoridos sin comprender lo que sucedía.

Inmediatamente D. Fernando y todos sus amigos cruzaron el río á nado y se dirigieron á Osma, donde acabaron de pasar el resto de la noche. El príncipe no se acostó: se entretuvo hasta el amanecer en escribir á su hermano el arzobispo de Zaragoza el éxito de su viaje; y luego que fué de día, espidió á su compañero de cuadra Juan de Aragon con la carta que habia escrito; y acompañado de la fuerte escolta del conde y de Gomez Manrique, continuó su viaje para Gumiel. Alonso de Palencia y D. Gutierre de Cárdenas, partieron delante por un camino de travesía, con el objeto de llegar antes á Valladolid, y ganar las albricias de doña Isabel.



CAPITULO XXX.

La boda.



GRANDE fué la alegría de la princesa cuando, por boca de sus amigos Cárdenas y Palencia, supo la entrada de D. Fernando en Castilla, y el éxito feliz de su arriesgada determinacion. Para mejor poder entregarse á la expansion de sus sentimientos, procuró quegarse á solas con D. Gutierre, que como criado suyo (era su maestresala) y persona á quien queria mucho, le inspiraba gran confianza.

La sensible jóven esperimentó, durante esta íntima conferencia, las mas diversas emociones, y mas de una vez vertieron sus ojos dulces lágrimas de ternura. Sus labios no vagaban en preguntar los mas insignificantes detalles, y sus oidos escuchaban con avidez la relacion del mensajero. Cuando éste le referia la decision con que el príncipe adoptó el partido temerario de venir á Castilla aunque fuese solo, sus miradas brillaban de gratitud y entusiasmo; cuando le describia la impaciencia de aquel durante el viaje, contándole como el primer dia anduvo veinte leguas, como per-

maneció tres días consecutivos en marcha sin dormir una hora, y como, en fin, habia consentido en hacer los oficios mas humildes de criado y postillon por no esponerse á ser descubierto; la angusta doncella tenia que contener los apresurados latidos de su corazon, y derramaba lágrimas de amor; cuando oyó el relato de la aventura del Burgo, en que faltó tan poco para que la ligereza de un oscuro soldado destruyera la vida del elegido de su alma, una palidez mortal cubrió su agraciado semblante. Por último, al saber la manera cordial y política al mismo tiempo, que tuvo de recibir el homenaje del conde de Treviño, no pudo menos de esclamar:

—¿Y es ese el jóven tosco y sin educacion, que D. Juan Pacheco y los suyos se han complacido en pintarme algunas veces como grosero y falto de talento? Verdad será que no puede ser muy instruido y sabio un doncel, á quien las desgracias de su padre han arrojado del regazo de su madre á los campos de batalla; pero ese rasgo solo prueba que hay en él una finura natural y una elevacion de miras que no todos comprenderian. ¡Oh! ese mancebo tiene sagacidad y energía: él y yo somos todavía niños: mucho podemos aprender; mucho haremos con la ayuda de Dios.

Don Gutierre apoyó este juicio de la princesa, recordando el ardid de que se valió D. Fernando para atemorizar á los habitantes del Burgo, haciéndoles creer que traia un ejército formidable.

—¿Y estais seguro, preguntó doña Isabel, de que nada malo le habrá sucedido despues que os separasteis de S. A.?

—Señora; podeis estar tranquila: los pueblos de su tránsito están todos ocupados por amigos leales de vuestra señoría, como son los Manriques, Castros y Rojas, y además en cuantos puntos he tocado he visto á las gentes de algun valer predisuestas en su favor.

—Decidme, Cárdenas; repuso la princesa bajando la voz: ¿tardará mucho en llegar?

—Segun su impaciencia no creo que tarde mucho: es probable que esté ya en Dueñas.

Dos caballos pararon á las puertas de la casa de Juan de Vivero, que era donde habitaba doña Isabel.

Don Gutierre salió á informarse de lo que aquello era, y volvió á poco en compañía de Pero Vaca y Tristan de Villarroel. La princesa les recibió con muestras de afecto.

—Perdonad, señora, dijo Pero Vaca, que nos presentemos á V. A. conforme acabamos de llegar. El buen deseo de participaros cuanto antes una feliz nueva, disculpa nuestro atrevimiento.

—De cualquier modo sois de mí bien recibidos. Hablad; ¿dónde está vuestro señor?

—En Dueñas queda esperando vuestro permiso para venir á á veros. Esta carta que me ha dado para V. A. os informará de todo.

Doña Isabel tomó la carta sin disimular su alegría; pero por primera vez en su vida se sintió turbada y sin alientos para responder.

—Id, dijo, y dad cuenta al arzobispo y á D. Fadrique del motivo que os trae á Valladolid, y podeis decirles que necesito deliberar con ellos.

Luego que la princesa quedó sola, su primer cuidado fué leer la carta, en que D. Fernando le participaba el feliz término de su viaje, y le espresaba el vehemente deseo que tenia de verla y ponerse á sus órdenes. Añadia el jóven rey de Sicilia que, para gozar de su amable vista sin el inconveniente de importunos testigos, anhelaba venir en secreto una noche á Valladolid, y hablarla solo en presencia de algunos de sus amigos de mas confianza.

—¡Sí, que venga! dijo la princesa hablando consigo misma: yo también deseo verle sin estorbos de gente molesta; necesito poder mirarle con serenidad, y sondear su espíritu, que ha de ser uno con el mio.

Y se puso á contestar accediendo á lo que el príncipe solicitaba. Pero no habia concluido su carta, cuando le anunciaron la llegada del arzobispo, el almirante, Chacon y otros amigos íntimos.

El arzobispo aprobó la determinacion de D. Fernando, y sobre todo el proyecto de venir secretamente, no solo atendiendo á consideraciones puramente personales y de conveniencia para que los futuros cónyuges pudieran conocerse antes de consumir su enlace, sino tambien para evitar obstáculos que habria podido crear la publicidad; pues la ciudad de Valladolid estaba llena de agentes públicos y secretos del partido de Don Juan Pacheco, que abrigaban todavia esperanzas de impedir la realizacion del matrimonio. En su consecuencia, doña Isabel mostró al prelado la carta que estaba escribiendo á su llegada, y concluida que fué, se entregó á Pero Vaca, el cual partió en seguida para Dueñas, sin aguardar á ver las cañas y otras fiestas que D. Lope Vazquez de Acuña y Troilos Carrillo, hijos del arzobispo de Toledo, y otros caballeros estaban disponiendo á toda prisa para solemnizar aquel mismo dia la llegada del rey de Sicilia.

Una repentina tristeza se apoderó del ánimo de la princesa, no bien hubo partido el enviado aragonés. El almirante, que como abuelo del príncipe, observaba con particular interés todo cuanto á él se referia, no dejó de reparar en ello, y con la influencia que le daban, no tanto su elevada categoría, cuanto sus canas y su lealtad, se acercó á la augusta novia y le preguntó la causa de su malestar.

—Amigo mio, no hay dicha cumplida en esta vida, contestó doña Isabel. Me aflijo acordándome de mi hermano. Si este enlace que se prepara, y que no dudo que me hará feliz, se hiciera con su beneplácito, ó al menos, mereciese su aprobacion, nada faltaria á mi ventura, porque podria celebrarse en familia; estarian conmigo él y mi madre y todo sería júbilo y contento.

—Eso no puede ser, mi querida señora, contestó el almirante: si hubiésemos de esperar el consentimiento del rey, nunca os uniriais con mi augusto nieto.

—Lo sé; pero, ¿no será conveniente que yo dé á mi hermano una prueba mas de mi respeto, participándole mi resolucion irrevocable?

—¿Y qué adelantaremos con eso? dijo el arzobispo, tomando parte en la conversacion.

—Darle mi testimonio auténtico de mi lealtad, y poder vencerle algun dia de que la conducta ilegal de sus malos consejeros me ha obligado á seguir mis propias inspiraciones en el negocio mas importante de mi vida. Sí, quiero escribirle: quiero que sepa que le amo y le venero, y que, á pesar de cuanto ha pasado entre nosotros, tengo á dicha ofrecerle un hermano, un hijo mas, que le ame y defienda.

—No me parece mal pensado, repuso el almirante.

—Pues bien, venid, mis respetables amigos: yo escribiré lo que me dicte mi corazon, y vosotros enmendareis los yerros que cometa mi poca esperiencia y limitado talento.

Dicho esto los tres se retiraron á un cuarto reservado, y la princesa, con ayuda de los dos ancianos, escribió una larga carta á D. Enrique participándole su determinacion. Trájole á la memoria todos los sucesos ocurridos desde que falleció su hermano D. Alfonso; la generosidad con que, en su obsequio, rehusó el título de reina que por tres veces le ofrecieron; le habló del concierto de los Toros de Guisando, donde fué solemnemente reconocida por heredera del reino, y de cómo se habian infringido sucesivamente todas las estipulaciones de aquel tratado, compeliéndola con amenazas y violencias á tomar esposo contra su voluntad: alegó el parecer y voto de los principales grandes y prelados y de muchos caballeros que le habian persuadido prefiriese el enlace del príncipe D. Fernando á cualquier otro, apoyándose en razones de conveniencia pública que lo hacian ventajoso y útil para bien y acrecentamiento del reino, y por último, le suplicó apróbase su matrimonio, asegurándole con sentidas palabras que el rey de Sicilia su esposo, seria para él un buen hijo, y le tributaria el homenaje del mayor rendimiento y sumision.

Escrita esta carta, se nombraron los emisarios que debian llevarla á Sevilla, donde á la sazón estaba D. Enrique, ignorante absolutamente de lo que pasaba; pues D. Juan Pacheco, que por temor al ódio de los sevillanos, residia fuera de aquella ciudad, por una de las contradicciones de su carácter, ponía el mayor cuidado en que el rey nada supiese, y acababa de espe-

dir órdenes é instrucciones á sus afiliados para que nadie estorbare el casamiento de la princesa. No faltaba en Valladolid quien murmurase muy en secreto, diciendo que la causa de este cambio de conducta en el maestro de Santiago, no era otra que la bula de dispensacion del parentesco que mediaba entre don Fernando y doña Isabel.

**

Era la noche del sábado 14 de octubre de 1469, y once horas despues de medio dia, como dicen las crónicas de aquel tiempo. Valladolid, cansada de fiestas y regocijos públicos, pero soñando en otros mayores que se preparaban, dormia profundamente. Velaban su tranquilo sueño los guardadores de la ciudad, y en dos extremos de ella, velaban tambien dos reuniones de personas de índole diversa.

En la sinagoga de la Judería, ó barrio de los judíos, habia unos setenta individuos, los cuales acababan de entrar por una parte subterránea, despues de terminadas las ceremonias religiosas propias del dia. Todos ellos estaban cubiertos con túnicas y antifaces y sentados en bancos en frente de una mesa, cuyo testero ocupaba un personaje que parecia presidir aquella lúgubre asamblea. El templo infundia pavor: una sola luz, colocada detrás del ara de los holocaustos, disipaba las tinieblas, pues otra que habia sobre la mesa, concentraba todos sus reflejos en un punto de esta, merced á una pantalla casi esférica que les prestaba un color azulado.

El individuo que hacía las veces de presidente, se levantó, y en medio de un silencio solo comparable al de las tumbas, dijo:

—Os he congregado, hermanos, para daros cuenta de una comunicacion importante, que acabo de recibir de nuestro jefe y gran maestro: cada uno de nosotros en particular, y todos en general, podremos sacar partido de ella. Escuchad.

Y desdoblando un pergamino que habia puesto sobre la mesa, leyó:

«A todos nuestros amados hermanos en Israel, y muy especialmente á los que reciben la luz de la verdad y la fuerza

«del Omnipotente por las vias santas de la *Perpétua Noche*, sa-
 «lud y bendicion. Estad preparados porque se acerca la hora
 «señalada por el que todo lo ve, para el triunfo del pueblo es-
 «cogido de Dios. Los hijos de nuestros opresores trabajan para
 «nosotros, como el torpe buey ara los campos para alimentar
 «al hombre. La nieta del bastardo se desposa con el hijo del
 «tirano de Aragon: en sus desposorios alumbrará la tea que ha
 «de consumir á todo el pueblo infiel. Sus leyes les prohiben
 «casarse sin dispensa de su Pontífice, porque son parientes en
 «tercer grado; y han falsificado una licencia para efectuarlo.
 «Guardad el secreto, y cuando se haya consumado el incesto y
 «el sacrilegio, publicad la impostura. Entonces la guerra y las
 «discordias devorarán las entrañas de nuestros enemigos: en-
 «tonces será el crugir de huesos y rechinar de dientes. No les
 «negueis vuestros tesoros, porque con ellos han de fundir sus
 «espadas y armaduras para convertirlas en cadenas: apoderaos
 «sí, en cambio, de sus rentas y señoríos, á fin de que les falte
 «la base de su poder cuando llegue el momento de la disolu-
 «cion. No faltarán así grandes de la tierra que nos ayuden, y
 «la religion de nuestros padres brillará deslumbradora como el
 «sol, y reconstituiremos en España el reino de Jehová.»

Un murmullo de frenético entusiasmo se alzó en la asamblea.
 El presidente concluyó diciendo:

—Ya habeis oido, hermanos mios, lo que se prepara. Que
 cada uno cumpla con su deber, y aprovechando las ocasiones
 en su propio beneficio, trabaje al mismo tiempo en la grande
 obra de salvacion. Humillémonos ahora ante nuestros opresores:
 lamamos su piel como el escorpion. Pronto vendrá el día en que
 podamos decir: «¡No mas humillaciones! ¡No mas cautiverio!
 ¡Hosanna al pueblo bendito de Israel!»

Mientras se celebraba esta tenebrosa reunion, que á la vez
 debia de tener otras semejantes en muchas ciudades de España,
 en el casaron de Juan de Vivero, situado en la parroquia de
 San Martin y por consiguiente en la parte oriental de Vallado-
 lid, tenian lugar otras escenas.

Doña Isabel estaba en su pequeña cámara privada: rodeá-

banla sus inseparables amigas Beatriz y Mencía, la esposa de Juan de Vivero, el almirante D. Gonzalo Chacon, Gutierre de Cárdenas, y un capellan del arzobispo de Toledo, llamado Pero Lopez de Alcalá. En los semblantes de todos reflejaba esa vaguedad de sentimientos, que precede á un suceso previsto y esperado: el de la princesa, en particular, tenia una movilidad inusitada, cual si el deseo, la inquietud y el temor se disputasen su ánimo. El menor ruido la sobresaltaba, mientras que la calma y el silencio la obligaban á moverse involuntariamente. Para disimular sus emociones, dirigia la palabra á unos y á otros, hablando siempre de cosas indiferentes, contra su costumbre. Sin embargo, sostenia la conversacion mas á menudo y en voz baja con Gutierre de Cárdenas, que conociendo su situacion, se habia colocado en pié junto á ella.

—Mucho tardan, le dijo: ¿habrán tenido algun contratiempo?

—Todavía no es la media noche, señora. No paseis cuidado.

—Oye, Cárdenas, cuando vengan, dime cuál es, sin que nadie lo entienda.

—Sereis servida, señora.

La casa en que pasaba esta escena tenia una puerta que salia al campo, y por ella debian entrar los que esperaba doña Isabel. Acercándonos á esta puerta, habriamos podido ver dos bultos que dificilmente se distinguian en la penumbra del dintel. Eran dos hombres que hablaban poco y en voz baja: de cuando en cuando se adelantaba uno de ellos hácia el campo, miraba con atencion á lo largo de una senda abierta por el uso al pié de los muros de la ciudad hácia el Norte, y volvía á dar cuenta á su compañero de sus observaciones.

Las campanas de los innumerables conventos de la ciudad comenzaban á tocar á maitines, cuando el observador de la puerta, sintiendo los pasos de un caballo, se volvió á su compañero y le dijo:

—¡Ya viene!

Pocos momentos despues llegó un ginete, cuyo caballo, sorprendido por la presencia de aquellos hombres, hizo hincapié, al mismo tiempo que los escondidos, marchando hácia él, decian:

—¡Aquí es! ¡Aquí es!

—¿Sois vos, señor de Vivero? preguntó el ginete.

—El mismo soy, señor Guillen Sanchez. ¿Viene el rey?

—Pronto le tendreis aqui. Esperad un momento.

Y así diciendo, Guillen Sanchez* volvió grupa y se alejó por donde habia venido.

Al poco rato llegaron por el mismo sendero cinco hombres á pié, y otros dos detrás con mulas cargadas; y se acercaron al postigo de la casa de Juan de Vivero. El compañero de éste se adelantó y dijo:

—Venid, señor: ¡cuánto habeis tardado! ¡Entrad, entrad!

El jóven rey de Sicilia se acercó y tomó la mano que le ofrecia el incógnito, que no era otro que el arzobispo de Toledo.

Luego que entraron todos, un criado sacó una luz que habia oculta en un recodo de la escalera, y habiendo alumbrado á los señores, ayudó á descargar las acémilas. El arzobispo y el dueño de la casa guiaron al príncipe y á sus cuatro acompañantes hasta el aposento de doña Isabel, la cual, sentada entre sus damas, aguardaba temblando el momento de la presentacion. Gutierrez de Cárdenas estaba apoyado en el respaldo de la silla de su señora, con la vista fija en la puerta de la estancia.

De pronto se oyó la voz del príncipe, que preguntaba: —

—¿No llegaremos nunca? ¿Dónde está?

—*¡Ese es!* murmuró Cárdenas al oido de la princesa.

Juan de Vivero apareció en la puerta: detrás de él el arzobispo, y en seguida D. Fernando.

—*¡Ese es! ¡Ese es!* repitió Cárdenas.

—Eses te daré (*), le dijo doña Isabel con disimulo, sin apartar la vista de su primo.

Éste venia vestido con un magnífico traje corto de brocado, que deslumbraba la vista y al mismo tiempo dejaba ver sus airosas formas: traia en la cabeza un bonete ó toquilla de terciopelo leonado, guarnecido con una franja en figura de diadema

(*) Quiso decir que pondria unas SS en el escudo de sus armas, y efectivamente de aquí provino esta divisa en el de la casa de Cárdenas.

real, y adornado con una magnífica pluma ondulante, y al cinto una espada guarnecida de piedras preciosas. Al entrar se descubrió para saludar á doña Isabel, que al devolverle el saludo, le tendió afectuosamente la mano, sin permitir que se la besase, y obligándole á cubrirse de nuevo, le ofreció una silla á su lado.

Los dos augustos jóvenes no habrían podido explicar lo que sentían en aquel momento solemne. Ambos se habían formado ilusiones; ambos se habían representado el uno al otro en su imaginación bajo el aspecto más bello é ideal; pero al verse por primera vez, conocieron que sobrepujaba mucho la realidad á sus esperanzas. Doña Isabel bajó los ojos modestamente, sin poder apenas dominar su emoción. El príncipe le dijo:

—Señora, cuando dí cima á la empresa que me ha proporcionado la dicha de traerme á vuestras plantas, creí haber hecho algo para mereceros: ahora veo que para ser digno de una mirada vuestra, es menester tener treinta vidas y sacrificarlas en vuestro servicio.

—Me lisonjeais demasiado, primo, contestó doña Isabel con su natural franqueza. Para merecerme habeis hecho más de lo necesario, pues basta probarme que se me profesa un afecto igual al mio.

—¡Señora, tanta dicha....!

—¡Llamadme Isabel! Aprecio en más esta denominación de cariño, que la que usais de respeto.

—¡Ah, Isabel! Sin lisonja os digo que sois, si por el nacimiento princesa de Castilla, por vuestras gracias y amabilidad reina de las mujeres. No me hagais la ofensa de creer que estas palabras son un tributo de galantería: soy un rudo soldado, y os digo lo que siente mi corazón.

Las demostraciones de llaneza y afecto de doña Isabel, que desde luego cautivaron la atención de su futuro esposo, eran en verdad hijas de su cariño y del carácter expansivo y franco que la distinguía; pero emanaban además de otra causa que no hemos explicado. Muchos de los grandes que seguían la corte de la princesa, habían pretendido que ésta exigiese de D. Fer-



Le tendió afectuosamente la mano sin permitir que se la besase.

nando ciertas atenciones de respeto y acatamiento, que desde la primera entrevista la colocasen en un grado superior á él. Pretendian que, siendo ella la presunta reina de Castilla, debia su esposo reconocerla, como tal, digna de ocupar un rango mas elevado: querian que él le besase la mano, que no se cubriese en su presencia sin mandárselo ella, y que se sentase en una silla mas baja. Pero doña Isabel tenia demasiado talento para no despreciar estas pequeñas miserias de la etiqueta palaciega; conocia que semejantes pretensiones nacia de una baja adulacion, y que las inspiraciones de tales consejeros solo podian conducirla á poner el pié en su nuevo estado, creando descontentos y sembrando discordias. Por esto, armada de energía, contestó á los que tales cosas le hablaban:

«No esperéis que yo humille al que ha de ser mi marido. Aunque D. Fernando, por su calidad de rey de Sicilia y por su sexo no fuese superior á mí; aunque fuese de condicion mas humilde que la mia, por el solo hecho de unirse conmigo, le trataría de igual á igual. No, jamás envileceré á quien mas debo amar y respetar: jamás daré el mal ejemplo de abatir al que conmigo ha de formar un solo individuo y una sola potestad. Eso seria degradarme á mí misma.»

Palabras dignas de eterna alabanza, y que por sí solas hacen el retrato moral y el elogio de doña Isabel.

Y hé aquí porque, aun violentando su pudor, trataba al príncipe con la llaneza y cariño mas estremados.

La entrevista duró dos horas, en cuyo tiempo se formalizaron los esponsales, firmando el contrato de bodas los dos contrayentes, y se aplazó dia para la celebracion solemne del matrimonio. Don Fernando presentó á su esposa los regalos que habia traído para ella, y se despidió, volviéndose aquella misma noche á Dueñas con sus caballeros.

* * *

El miércoles de la semana siguiente, á las cuatro y media de la tarde, no se podia transitar por las calles que caen hácia el Norte en Valladolid, tanto era el gentío que á las mismas se

agolpaba. El almirante mayor de Castilla con toda su servidumbre casi régia, el arzobispo de Toledo con su cohorte abigarrada de caballeros, hidalgos, familiares, capellanes y hombres de armas, y multitud de nobles, prelados, abades, oidores, letrados y demás personas de algun valer y representacion que habia en la ciudad, se dirigian en corporacion hácia la puerta de Santa Clara. Los balcones y ventanas de las casas, adornados con vistosas colgaduras, gemian bajo el peso de las damas, que atraidas por la curiosidad, aprovechaban la ocasion de ostentar sus gracias y lucidos atavíos. El populacho se codeaba y comprimia por ver la brillante comitiva; y esto daba ocasion á gritos, denuestos y una que otra riña y alboroto. En otra parte una caterva de muchachos, con el privilegio de insolencia que les daban su edad y sus ligeras piernas, silbaban y hacian bafa y escarnio de algun mozalvete almibarado que se entretenia en galantear á las monjas puestas en sus miradores. Mas allá era una pandilla de villanos, que con señas y grotescos ademanes, hacian alarde de su malicia, al ver á un reverendo padre saludar con la mano, y á una reverenda madre de veinte abriles contestarle con su pañuelo (*).

Un repique general de campanas y las voces de la muchedumbre anunciaron la aproximacion á la ciudad del personaje que era objeto de la pública atencion. El jóyen rey de Sicilia, tan celebrado en los cantos populares, y cuyas hazañas eran de todos sabidas, no podia menos de escitar la curiosidad, sobre todo cuando venia á casarse con la princesa heredera del reino, precedido de la fama de sus recientes aventuras caballerescas.

Así es que al aparecer en la carrera designada para su ingre-

(*) Una de las reformas que con mas empeño, aunque no sin grande oposicion, emprendió y llevó á cabo doña Isabel durante su glorioso reinado, fué la de las órdenes religiosas, que por lo desordenado de los tiempos y lo estragado de las costumbres, habian perdido toda la pureza de su instituto. Los escritores contemporáneos deploran la corrupcion de los regulares: el cura de los palacios habla en su historia de los excesos que hizo corregir la reina, y Fernandez de Oviedo, en su *Epilogo real*, dice que, antes de la reforma «*así tenian hijos los frailes y las monjas como si no fueran religiosos.*»

so en la ciudad, al verle tan jóven, armado de lucentes armas, cubierto con su coronado yelmo y su manto real, seguido de treinta caballeros y rodeado de los grandes mas notables que habia en Valladolid, el pueblo se deshacía en aclamaciones, y las damas le saludaban desde sus miradores, pareciéndoles mas hermoso de lo que realmente era.

La brillante comitiva se encaminó á la casa de Juan de Vivero á donde llegó al anochecer. Un gentío inmenso se agolpaba á las puertas, y aun penetraba en los patios y aposentos hasta donde se lo permitian los guardias puestos para contenerlo.

Transcurrido algun tiempo despues que hubo entrado el príncipe con todo su cortejo, se abrió de pronto la gran puerta de la *sala rica*, y se dió permiso para que entrasen cuantos cupiesen.

La sala era una inmensa nave, cuyos muros estaban cubiertos con tapices de seda y oro, alternandó con otros de labores primorosamente historiadas. En el fondo se habia levantado una espaciosa entrada y sobre ella un altar: á la izquierda habia una mesa con tapete de brocado, encima de la cual se veian varios pergaminos: á la derecha estaban sentados en sendos sillones de dorado respaldo y con escubeles á los pies los augustos novios, teniendo cerca de sí á sus damas y caballeros mas estimados, el arzobispo de Toledo, y los padrinos D. Fadrique y doña Maria, mujer de Juan de Vivero: el resto de la sala la ocupaban multitud de personajes de la princesa, nobleza, condes, ricos hombres, caballeros, teólogos y letrados y por último individuos de todas clases y condiciones en número de mas de dos mil.

En medio de un silencio religioso se adelantó el arzobispo y dijo:

--Reverendos obispos y prelados, magníficos grandes del reino, ilustres caballeros, hombres buenos, honrados ciudadanos, todos los que presentes estais, sabed y aced saber, que por concesion apostólica de nuestro santísimo padre y hermano en Cristo Pio II, de piadosa memoria, ha sido dispensado el impedimento de consanguinidad que tenian para contraer matrimonio los muy magníficos, altos é ilustrísimos señores D. Fernando rey